caba que el Rey seria trabajado de sus grandes. El pueblo, atemorizado con todas estas señales y pronósticos, hacia procesiones y votos para aplacar la saña de Dios. Lo que importa mas, las costumbres no se mejoraron en nada; en especial era grande la disolucion de los eclesiásticos; á la verdad se halla que por este tiempo don Rodrigo de Luna, arzobispo de Santiago, de las mismas bodas y fiestas arrebató una moza que se velaba, para usar della mal; grande maldad y causa de alborotarse los naturales debajo de la conducta de don Luis Osorio, hijo del conde de Trastamara. En enmienda de caso tan atroz despojaron aquel hombre facinoroso y malvado de su silla y de todos sus bienes. Su fin fué conforme á su vida y á sus pasos; lo que le quedó de la vida pasó en pobreza y torpezas, aborrecido de todos por sus vicios y infame por aquel exceso tan feo. Desta forma en breve penó el breve gusto que tomó de aquella maldad con gravísimos y perpetuos males, con que por justo juicio de Dios fué, como lo tenia bien merecido, rigurosamente castigado.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Del concilio de Mantua.

Las cosas ya dichas pasaban en España en sazon que el pontífice Pio enderezaba su camino para la ciudad de Mantua, do á su llamado de cada dia acudian prelados y príncipes en gran número. De España enviaron por embajadores para asistir en el Concilio el rey de Castilla á Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Tendilla; el rey de Aragon á don Juan Melguerite, obispo de Elna, en el condado de Ruisellon, y á su mayordomo Pedro Peralta. Solicitaba el Pontífice los de cerca y los de léjos para juntar sus fuerzas contra el comun enemigo. David, emperador de Trapisonda, ciudad muy antigua y que está asentada á la ribera del mar mayor que llaman Ponto Euxino, y Usumcasam, rey de Armenia, y Georgio, que se intitulaba rey de Persia, prometian, por ser ellos los que estaban los mas cerca del peligro, de ayudar á esta empresa con grandes huestes de á caballo y de á pié, y por mar con una gruesa armada. El Padre Santo no se aseguraba mucho que tendrian efecto estas promesas. De las naciones y provincias del occidente se podia esperar poca ayuda, por las diferencias domésticas y civiles que en Italia, Francia y España prevalecian, por cuyo respeto y en su comparacion no hacian mucho caso de la causa comun del nombre cristiano. Es así, que el desacato de la religion y daño público causa poco sentimiento si punza el deseo de vengar los particulares agravios. Sin embargo de todas estas dificultades, no desmayó el Pontífice; antes determinado de proballo todo y hacer lo que en su mano fuese, en una junta muy grande de los que concurrieron al Concilio de todo el mundo hizo un razonamiento muy á propósito del tiempo, cosa á él fácil por ser persona muy elocuente y que desde su primera edad profesó la retórica y arte del bien hablar. Declaró con lágrimas la caida de aquel nobilísimo imperio de Grecia, tantos reinos oprimidos, tantas provincias quitadas á los cristianos, donde Cristo, hijo de Dios, por tantos siglos fué santísimamente acatado, de donde gran número de varones santísimos y eruditísimos salieron, allí prevalecia la impiedad y supersticion de Mahoma. «Si va á decir verdad, no por otra causa sino por habellos nosotros desamparado se ha recebido este daño y esta llaga tan grande. A lo menos ahora conservad estas reliquias medio muertas de cristianos. Si la afrenta pública no basta á moveros, el peligro que cada uno corre le debe despertar á tomar las armas. Conviene que todos nos juntemos en uno para que cada cual por sí, si nos descuidamos, no seamos robados, escarnecidos y muertos. Tenemos un enemigo espantable y que por tantas victorias se ha hecho mas insolente; si vence, sabe ejecutar la victoria y sigue su fortuna con gran ferocidad; si es vencido, renueva la guerra contra los vencedores no con menos brio que antes, tanto mas nos debemos despertar. No podrá ser bastante contra las fuerzas de los nuestros si se juntan en uno, mayormente que Dios, al cual tenemos airado por nuestras ordinarias diferencias, á los que fueren concordes será favorable. Poned los ojos en los antiguos caudillos y en las grandes victorias que en la Suria los nuestros unidos y conformes ganaron contra los bárbaros. Los que somos fuertes y diestros para las diferencias civiles y domésticas, ¿por ventura serémos cobardes y descuidados para no acudir al peligro comun y vengar la afrenta de la religion cristiana? ¿Hay alguno que se ofrezca por caudillo para esta guerra sagrada? Hay quien lleve delante en sus hombros el estandarte de la cruz de Cristo, hijo de Dios, para que le sigan los demás? Hay quien quiera ser soldado de Cristo? Ofrezcámonos por capitanes, que no faltarán varones fuertes y diestros y soldados muy nobles que se conformen en su valor y esfuerzo y parezcan á sus antepasados. Determinado estoy, si todos faltaren, ofrecerme por alférez y caudillo en esta tan santa guerra. Yo con la cruz entraré y romperé por medio de las haces y huestes de los enemigos, y con nuestra sangre, si no se ganare la victoria, por lo menos aplacaré la ira de Dios y inflamaré con mi ejemplo vuestros ánimos para hacer lo mismo; que resuelto estoy de hacer este postrero esfuerzo y servicio á Cristo y á la Iglesia, á quien debo todo lo que soy y lo que puedo. «Movíanse los que se hallaron presentes

con el razonamiento del Pontífice; más los embajadores de los príncipes gastaban el tiempo en sus particulares contiendas y controversias, y así todo este esfuerzo salió vano. En especial Juan, duque de Lorena, hijo de Renato, duque de Anjou, se quejaba mucho que el Papa hobiese confirmado el reino de Nápoles y dado la investidura de aquel estado á don Fernando, su enemigo. A causa destos debates no se pudo en la principal empresa pasar adelante; de palabra solamente se decretó la guerra sagrada. El Papa asimismo publicó una bula en que, al contrario de lo que sintió en conformidad de los padres de Basilea antes que fuese papa, proveyó que ninguno pudiese apelar de la sentencia del romano Pontífice para el concilio general; con esto se disolvió el Concilio el octavo mes despues que se abrió. Los embajadores de Aragon, despedido el Concilio, fueron á Nápoles á dar el parabien del nuevo reino al rey don Fernando. Iñigo Lopez de Mendoza alcanzó del Pontífice un jubileo para los que acudiesen con cierta limosna; del dinero edificó en su villa de Tendilla un principal monasterio de frailes isidros con advocacion de Santa Ana. En este comedio á su hermano don Diego de Mendoza quitaron la ciudad de Guadalajara, de que sin bastante título se apoderara. El comendador Juan Fernandez Galindo, caudillo de fama, con seiscientos caballos que el Rey le dió, la tomó de sobresalto. Agraviáronse desto los demás grandes; ocasion de nuevos desabrimientos y de que se ligasen entre sí de nuevo en deservicio de su Rey. El almirante don Fadrique atizaba los desgustos; convidó á su yerno el rey de Aragon para se juntar con los grandes desgustados y alterados y mover guerra á Castilla. Entraban en este acuerdo el arzobispo de Toledo y don Pedro Giron, maestre de Calatrava, y los Manriques, linaje poderoso en riquezas y aliados, y ahora de nuevo se les ayuntaron los Mendozas por estar irritados con este nuevo, que llamaban agravio. El color y voz que tomaron era honesto, es á saber, reformar el estado de las cosas, estragado sin duda en muchas maneras. Estos intentos y tratos no podian estar secretos; don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, dió aviso de lo que pasaba al rey don Enrique. El premio que le dieron por este aviso fué la iglesia de Santiago, que á la sazon vacó por muerte de don Rodrigo de Luna, y se dió á un pariente suyo, llamado tambien don Alonso de Fonseca, dean que era de Sevilla. Estaba apoderado de los derechos de aquella iglesia, como poco antes queda dicho, don Luis Osorio, confiado en el poder de don Pedro, su padre, conde de Trastamara. Era menester para reprimille persona de autoridad; por esto los dos arzobispos permutaron sus iglesias, y con consentimiento del Rey don Alonso de Fonseca, el mas viejo, pasó de Sevilla á ser arzobispo de Santiago. La iglesia de Pamplona por muerte de don Martin de Peralta se encomendó al cardenal Besarion, griego de nacion, persona de grande erudicion y de vida muy santa, para que, sin embargo de estar ausente, la gobernase y gozase de la renta de aquella dignidad y obispado.

CAPITULO II.

Cómo Scanderberquio pasó en Italia.

Las alteraciones de Nápoles eran las que principalmente entretenian los intentos del pontífice Pio, que de noche y de dia no pensaba sino en cómo daria principio á la guerra sagrada contra los turcos. El fuego se emprendia de nuevo entre Juan, hijo de Renato, y el nuevo rey don Fernando; las voluntades de Italia estaban divididas entre los dos, y la mayor parte de la nobleza neapolitana, cansada del señorío de Aragon, se inclinaba á los angevinos. ¿Con qué esperanza? Con qué fuerzas? El ciego ímpetu de sus corazones hizo que antepusiesen lo dudoso á lo cierto. El primero que tomó las armas fué Antonio Centellas, marqués de Croton. Con la mudanza de los tiempos alcanzara la libertad, y ardia en deseo de vengarse; mas el Rey ganó por la mano, desbarató sus intentos, y púsole de nuevo en prision con gran presteza. Quedaba Martin Marciano, duque de Sesa, que sin respeto del deudo que tenia con el Rey, ca estaba casado con doña Leonor, su hermana, se hizo caudillo de los rebeldes. Fué grande este daño: muchos movidos por su ejemplo se juntaron con esta parcialidad, y entre ellos el príncipe de Taranto, primero de secreto y despues descubiertamente, y con él Antonio Caldora y Juan Paulo, duque de Sora; el número de los nobles de menor cuantía no se puede contar. Francisco Esforcia, duque de Milan, en el tiempo que se celebraba el concilio de Mantua, do vino en persona, aconsejó al Pontífice hiciese liga con el rey don Fernando; que echados los franceses de Italia, se allanaria todo lo demás que impedia el poner en ejecucion la guerra contra los turcos. Al Pontífice pareció bien este consejo, mas no era fácil ejecutalle á causa que el rey don Fernando, cercado dentro de Barleta, ciudad de la Pulla, se hallaba sin fuerzas bastantes para defenderse en aquel trance y peligro que de repente le sobrevino. Estaba muy léjos y el enemigo apoderado de los pasos; por esto no podia el Pontífice envialle socorro por tierra. Determinó despachar sus embajadores al Epiro ó Albania para llamar en ayuda del Rey á Georgio Scanderberquio, que era en aquel tiempo, por las muchas victorias que ganara de los turcos, capitan muy esclarecido. El, sabida la voluntad del Pontífice y movido por los ruegos del rey de Nápoles, que envió por su parte á pedir le asistiese, no le pareció dejar pasar ocasion tan buena de servir á la religion cristiana y mostrar su buen deseo. Envió delante á Coico Strofio, pariente suyo, acompañado de quinientos caballos albaneses. El mismo se aprestaba con intento de ir en persona á aquella empresa; para hacello le daban lugar las treguas que tenia asentadas con los turcos por tiempo de un año. Juntada pues una armada, pasó á Ragusa, ciudad que se entiende llamaron los antiguos Epidauro. Desde allí aportó á Barleta, por ser la travesía del mar muy breve. Fué su venida tan á propósito, que los enemigos no se atrevieron á aguardár, antes sin dilacion, alzado el cerco, se fueron de allí bien léjos. Con este socorro don Fernando, y con gentes que todavía le vinieron de parte del Pontífice y del duque de Milan, despues de

con el razonamiento del Pontífice; mas los embajadores de los príncipes gastaban el tiempo en sus particulares contiendas y controversias, y así todo este esfuerzo salió vano. En especial Juan, duque de Lorena, hijo de Renato, duque de Anjou, se quejaba mucho que el Papa hobiese confirmado el reino de Nápoles y dado la investidura de aquel estado á don Fernando, su enemigo. A causa destos debates no se pudo en la principal empresa pasar adelante; de palabra solamente se decretó la guerra sagrada. El Papa asimismo publicó una bula en que, al contrario de lo que sintió en conformidad de los padres de Basilea antes que fuese papa, proveyó que ninguno pudiese apelar de la sentencia del romano Pontífice para el concilio general; con esto se disolvió el Concilio el octavo mes despues que se abrió. Los embajadores de Aragon, despedido el Concilio, fueron á Nápoles á dar el parabien del nuevo reino al rey don Fernando. Iñigo Lopez de Mendoza alcanzó del Pontífice un jubileo para los que acudiesen con cierta limosna; del dinero edificó en su villa de Tendilla un principal monasterio de frailes isidros con advocacion de Santa Ana. En este comedio á su hermano don Diego de Mendoza quitaron la ciudad de Guadalajara, de que sin bastante título se apoderara. El comendador Juan Fernandez Galindo, caudillo de fama, con seiscientos caballos que el Rey le dió, la tomó de sobresalto. Agraviáronse desto los demás grandes; ocasion de nuevos desabrimientos y de que se ligasen entre sí de nuevo en deservicio de su Rey. El almirante don Fadrique atizaba los desgustos; convidó á su yerno el rey de Aragon para se juntar con los grandes desgustados y alterados y mover guerra á Castilla. Entraban en este acuerdo el arzobispo de Toledo y don Pedro Giron, maestre de Calatrava, y los Manriques, linaje poderoso en riquezas y aliados, y ahora de nuevo se les ayuntaron los Mendozas por estar irritados con este nuevo, que llamaban agravio. El color y voz que tomaron era honesto, es á saber, reformar el estado de las cosas, estragado sin duda en muchas maneras. Estos intentos y tratos no podian estar secretos; don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, dió aviso de lo que pasaba al rey don Enrique. El premio que le dieron por este aviso fué la iglesia de Santiago, que á la sazon vacó por muerte de don Rodrigo de Luna, y se dió á un pariente suyo, llamado tambien don Alonso de Fonseca, dean que era de Sevilla. Estaba apoderado de los derechos de aquella iglesia, como poco antes queda dicho, don Luis Osorio, confiado en el poder de don Pedro, su padre, conde de Trastamara. Era menester para reprimille persona de autoridad; por esto los dos arzobispos permutaron sus iglesias, y con consentimiento del Rey don Alonso de Fonseca, el mas viejo, pasó de Sevilla á ser arzobispo de Santiago. La iglesia de Pamplona por muerte de don Martin de Peralta se encomendó al cardenal Besarion, griego de nacion, persona de grande erudicion y de vida muy santa, para que, sin embargo de estar ausente, la gobernase y gozase de la renta de aquella dignidad y obispado.

CAPITULO II.

Cómo Scanderberquio pasó en Italia.

Las alteraciones de Nápoles eran las que principalmente entretenian los intentos del pontífice Pio, que de noche y de dia no pensaba sino en cómo daria principio á la guerra sagrada contra los turcos. El fuego se emprendia de nuevo entre Juan, hijo de Renato, y el nuevo rey don Fernando; las voluntades de Italia estaban divididas entre los dos, y la mayor parte de la nobleza neapolitana, cansada del señorío de Aragon, se inclinaba á los angevinos. ¿Con qué esperanza? Con qué fuerzas? El ciego ímpetu de sus corazones hizo que antepusiesen lo dudoso á lo cierto. El primero que tomó las armas fué Antonio Centellas, marqués de Croton. Con la mudanza de los tiempos alcanzara la libertad, y ardia en deseo de vengarse; mas el Rey ganó por la mano, desbarató sus intentos, y púsole de nuevo en prision con gran presteza. Quedaba Martin Marciano, duque de Sesa, que sin respeto del deudo que tenia con el Rey, ca estaba casado con doña Leonor, su hermana, se hizo caudillo de los rebeldes. Fué grande este daño: muchos movidos por su ejemplo se juntaron con esta parcialidad, y entre ellos el príncipe de Taranto, primero de secreto y despues descubiertamente, y con él Antonio Caldora y Juan Paulo, duque de Sora; el número de los nobles de menor cuantía no se puede contar. Francisco Esforcia, duque de Milan, en el tiempo que se celebraba el concilio de Mantua, do vino en persona, aconsejó al Pontífice hiciese liga con el rey don Fernando; que echados los franceses de Italia, se allanaria todo lo demás que impedia el poner en ejecucion la guerra contra los turcos. Al Pontífice pareció bien este consejo, mas no era fácil ejecutalle á causa que el rey don Fernando, cercado dentro de Barleta, ciudad de la Pulla, se hallaba sin fuerzas bastantes para defenderse en aquel trance y peligro que de repente le sobrevino. Estaba muy léjos y el enemigo apoderado de los pasos; por esto no podia el Pontífice envialle socorro por tierra. Determinó despachar sus embajadores al Epiro ó Albania para llamar en ayuda del Rey á Georgio Scanderberquio, que era en aquel tiempo, por las muchas victorias que ganara de los turcos, capitan muy esclarecido. El, sabida la voluntad del Pontífice y movido por los ruegos del rey de Nápoles, que envió por su parte á pedir le asistiese, no le pareció dejar pasar ocasion tan buena de servir á la religion cristiana y mostrar su buen deseo. Envió delante á Coico Strofio, pariente suyo, acompañado de quinientos caballos albaneses. El mismo se aprestaba con intento de ir en persona á aquella empresa; para hacello le daban lugar las treguas que tenia asentadas con los turcos por tiempo de un año. Juntada pues una armada, pasó á Ragusa, ciudad que se entiende llamaron los antiguos Epidauro. Desde allí aportó á Barleta, por ser la travesía del mar muy breve. Fué su venida tan á propósito, que los enemigos no se atrevieron á aguardar, antes sin dilacion, alzado el cerco, se fueron de allí bien léjos. Con este socorro don Fernando, y con gentes que todavía le vinieron de parte del Pontífice y del duque de Milan, despues de

algunas escaramuzas y encuentros que tuvo con los enemigos, asentó sus reales cerca de Troya, ciudad de la Pulla, que se tenia por los rebeldes. Tenian los contrarios hechas sus estancias en Nucera, ciudad distante ocho millas. En medio desta distancia y espacio se levanta el monte Segiano; quien dél primero se apoderase parecia se aventajaria á sus contrarios; así, en un mismo tiempo Scanderberquio por una parte, y Jacobo Picinino, un principal caudillo de los angevinos, por otra parte partieron para tomalle. Adelantáronse los albaneses por ser mas ligeros y haberse puesto en camino antes que amaneciese; que la diligencia es importante, y mas en la guerra. Luego que llegó el dia, cada cual de las partes ordenó sus haces para pelear. Dióse la señal de acometer; cerraron los unos y los otros con igual denuedo; duró la pelea hasta la tarde sin reconocerse ventaja; mas en fin vencidos, desbaratados y puestos en huida los angevinos, el campo y la victoria quedaron por los aragoneses, y juntamente el reino, corona y ceptro. En breve las ciudades y pueblos que se tenian por los enemigos se recobraron. Hecho esto, Scanderberquio un año despues que vino, con grandes dones que el Rey le dió, volvió á su tierra con sus soldados alegres y contentos por el buen tratamiento y los despojos que tomaron á los enemigos. En particular dió el Rey á Scanderberquio por juro de heredad la ciudad de Trani, y los castillos de San Juan el Redondo y el de Siponto, en que está el famoso templo de San Miguel Arcángel, todo en el reino de Nápoles. Despues desto, vuelto á su tierra, ganó nuevas victorias de los turcos, con que se hizo mas esclarecido y sin par por la perpetua felicidad que tuvo. Falleció siete años adelante, agravado de una dolencia que le sobrevino en Alesio, pueblo de su estado. Dejó un hijo, llamado Juan, debajo de la tutela de venecianos. Sin embargo, le dejó mandado que hasta tanto que fuese de edad bastante para recobrar aquel estado y gobernalle se entretuviese en el reino de Nápoles con los pueblos y estado que el rey don Fernando le dió en premio de lo que le sirvió y ayudó. Desta cepa procedió la familia y alcuña nobilísima en Italia de los Castriotos, marqueses que fueron de Civita de Santangelo, puesta en aquella parte del reino de Nápoles que se llama el Abruzo. Uno destos señores, bisnieto del grande Scanderberquio, y á él muy semejante en el rostro y en el valor de su ánimo, Fernando Castriota, marqués de Civita de Santangel, murió en la famosa batalla de Pavía, que se dió el año de 1525. Descuidóse de llevar cadenas en las riendas, que le cortaron, y el caballo le metió entre los enemigos sin poderse reparar. Las cosas de Albania, luego que Scanderberquio murió, fueron de caida; tan grave es el reparo que muchas veces hace el esfuerzo y prudencia de un solo capitan, y en tanto grado es verdad que un hombre presta mas que muchos. En España don Cárlos, príncipe de Viana, alcanzado de su padre perdon para sí y para los suyos, y con pacto que le darian cada un año cierta renta con que se sustentase, de Mallorca llegó á Barcelona á los 22 de marzo, año de 1460. No entendia el pobre Príncipe que se le apresuraba su perdicion. Tratábase por medio de embajadores, que de ambas partes se enviaron, de casalle con doña Catalina, hermana del rey de Portugal; ya que el negocio estaba para concluirse, don Enrique, rey de Castila, le desbarató con una embajada que le despachó, en que iban el electo obispo de Ciudad-Rodrigo, fraile de profesion, cuyo nombre no hallo, y Diego de Ribera, su aposentador mayor. Estos persuadieron á don Cárlos antepusiese al casamiento de Portugal el de doña Isabel, hermana del rey don Enrique, especial que le ofrecian por medio de las fuerzas de Castilla alcanzaria de su padre, que tan duro se mostraba, todo lo que desease. Daba él de buena gana oidos á estas práticas, y parecíale que este partido le venia mas á cuento; por tanto, cesó y se dejó de tratar del casamiento de Portugal. La infanta doña Catalina, perdida aquella esperanza, ó lo mas cierto, por su mucha santidad, se entró en el monasterio de Santa Clara de Lisboa, y en él estuvo hasta que murió á tiempo que de nuevo se trataba de casalla con el rey de Inglaterra Eduardo, cuarto deste nombre. El cuerpo desta señora fué enterrado en la misma ciudad en San Eulogio. Dejó por su albacea á Jorge de Acosta, que fué su ayo desde su primera edad; principio para subir á grandes dignidades, en particular de cardenal; falleció en Roma los años adelante. Al rey de Aragon avisó el almirante don Fadrique de lo que su hijo el príncipe don Cárlos pretendia y los tratos que con el de Castilla traia; llamóle á Lérida, do á la sazon se tenian las Cortes de Cataluña, y las de Aragon en Fraga. Algunos le persuadian que no fuese, que se recelase de alguna zalagarda; pero él se determinó obedecer. Su padre le recibió con semblante alegre y rostro ledo, y le dió paz en el rostro; mas luego le mandó llevar preso, que fué á 2 de diciembre. Sintió esto mucho el Príncipe, tanto mas, que le sucedió muy fuera de lo que pensaba. Suelen las últimas miserias dar ánimo para hablar libremente: «¿Dónde, dice, está la fe real y la seguridad dada, en particular á mí y concedida en comun á todos los que vienen á las Cortes generales? ¿Qué quiere decir darme paz por una parte, y por otra ponerme en hierros y prisiones? Las ofensas pasadas, cualesquiera que hayan sido, ya me han sido perdonadas. ¿Qué delito he cometido de nuevo? Qué cosa he hecho para tratarme así? ¿Por ventura es justo que el padre se vengue del hijo y con nuestra sangre ensucie sus manos? Afuera tan gran maldad; afuera tan gran deshonra y afrenta de nuestra casa.» Decia estas cosas con ojos encendidos, grandes gritos y descomunales para que le oyesen todos y mover á los circunstantes; pero sin dejalle pasar adelante le llevaron á la prision. Bramaba el pueblo, murmuraba y decia que eran embustes de su madrastra; los señores se hermanaban entre sí y prometian de no desistir hasta ver á su Príncipe puesto en libertad.

CAPITULO III.

De la muerte de don Cárlos, príncipe de Viana.

Las paces que se asentaron con los moros y duraron al pié de tres años, al presente se quebrantaron con esta ocasion. Tenia Ismael, rey de Granada, dos hijos principales sobre los demás: el uno se llamaba Alboha-

con, y el otro Boabdelin. El Albohacen por no sufrir el ocio y con deseo de dar muestra de su esfuerzo, juntado que hobo un ejército de dos mil y quinientos de á caballo y quince mil infantes, entró por las tierras del Andalucía; en todo el distrito de Estépa hizo grandes talas y daños y robó gran número de ganado. Avisado del daño don Rodrigo Ponce, hijo del conde de Arcos, acudió al peligro junto con Luis de Pernia, capitan de la guarnicion que tenia Osuna. Recogieron hasta docientos y sesenta de á caballo y seiscientos de á pié; con tanto fueron á verse con el enemigo, que iba cargado con la presa, y sin cuidado ninguno como quien tal cosa no temia, resueltos de quitársela y aun en ocasion combatille. Las fuerzas de los nuestros eran pequeñas, y parecia locura pelear con tan grande morisma. Ofrecióse una buena ocasion, que parte de los moros con la presa habia pasado el rio de las Yeguas, y en el postrer escuadron quedaba sola la caballería. Advirtió esto don Rodrigo desde un ribazo cercano, y dado que los suyos temian la pelea, mandó tocar las trompetas y dar seña de pelear. Arremetieron con gran vocería los cristianos; los contrarios, divididos en tres partes, los recibieron no con menor constancia. Duró mucho la pelea; pero en fin los moros fueron desbaratados con muerte de mil y cuatrocientos de los suyos. De los nuestros perecieron treinta de á caballo, ciento y cincuenta de á pié. Alojáronse los vencedores aquella noche en un lugar llamado Fuente de Piedra; el dia siguiente á tiempo que recogian los despojos ven volver los ganados á manadas. Cuidaron al principio que fuese algun engaño, y por la polvareda que se levantaba sospechaban eran los enemigos que revolvian sobre ellos; mas luego se entendió que, huidas las guardas por el miedo, los ganados por cierto instinto de la naturaleza se volvian á las dehesas y pastos acostumbrados; tanto fué mas alegre la victoria y la presa mas rica. En las ciudades y pueblos hicieron procesiones en accion de gracias y regocijos por el buen suceso. Quebrantada por esta manera la confederacion y las paces, de una y de otra parte se hicieron correrías sin que sucediese cosa notable. Solamente Juan de Guzman, primer duque de Medina Sidonia y conde de Niebla, trataba y se apercebia para cercar á Gibraltar, pueblo que está puesto á la boca del Estrecho. El desastre pasado de su padre y grande desgracia, que murió en aquella demanda, antes le animaba que espantaba. La guerra que se levantó contra el rey de Aragon en su mismo estado era mas grave; los catalanes enviaron embajadores á su Rey para le suplicar que el príncipe de Viana fuese puesto en libertad. No quiso otorgar con esta demanda; de las palabras acudieron á las armas, salieron gran número dellos de Barcelona, apoderáronse de Fraga, pueblo puesto en la raya de Aragon. Dió grande ánimo á la muchedumbre alterada Gonzalo de Saavedra, que le envió el rey de Castilla en ayuda de los catalanes á su instancia con mil y quinientos de á caballo. El general de todo el ejército catalan era don Juan de Cabrera, conde de Módica, ciudad de Sicilia; por otra parte, don Luis de Biamonte se mostraba á la frontera de Navarra con gente armada á punto de entrar en Aragon, si á peticion tan justa el Rey no quisiese condescender. Forzado pues de la necesidad, dió libertad á su hijo á 1.° de marzo del año 1461 con órden que desde Morella, do estaba detenido, la Reina, su madrastra, le llevase á Villafranca. Allí le entregó á los catalanes, que sin embargo no quisieron consentir que la Reina entrase en Barcelona, porque, puesto que con la libertad del Príncipe dejaron las armas, los ánimos no quedaban del todo sosegados; antes llegaron á tanto, que contra voluntad de su padre acordaron de jurar al Príncipe por heredero de aquel principado. Demás desto, alcanzaron que de voluntad ó por fuerza le nombrase por vicario y gobernador de todos sus estados, cargo que se acostumbraba dar á los hijos mayores de los reyes. En particular sacaron por condicion que en el principado de Cataluña fuese señor absoluto, sin que dél se pudiese apelar. Su padre llevaba muy mal que le quedase á él solamente el nombre de príncipe y diesen á su hijo una parte tan principal de sus estados; que era despojalle en vida, quitalle las fuerzas y juntamente afrentalle. Pero fuéle forzoso venir en todo esto, porque los catalanes, como gente feroz y de ingenios determinados, si no se les concedia, nunca acabaran de sosegarse; que fué causa de que en asentar estas condiciones y capitular se gastó mucho tiempo. En este comedio se tornó á tratar de nuevo con mas veras y diligencia del casamiento entre el príncipe don Cárlos y la infanta doña Isabel. Llegaron á término que se tuvo el negocio por concluido, tanto, que el Príncipe envió á Castilla por sus embajadores para que de su parte visitasen á la Infanta y á su madre, á don Juan de Cabrera y á Martin Cruilles, personas principales, que fueron hasta Arévalo á hacer aquel oficio. Emprendióse á la misma sazon guerra en Navarra con esta ocasion. Cárlos Artieda, luego que vino el aviso de la libertad del príncipe don Cárlos, se apoderó en su nombre de Lumbier, pueblo de Navarra. Acudió don Alonso, el que fué duque de Villahermosa, por mandado del Rey, su padre, y cercó aquel pueblo, y comenzó á batille con todos los ingenios y pertrechos que pudo. La parcialidad del Príncipe no tenia muchas fuerzas; el rey de Castilla envió á Rodrigo Ponce y Gonzalo de Saavedra con gente en su ayuda para que hiciesen alzar el cerco; hízose así. Todavía se hacian mayores aparejos para continuar aquella guerra, cuando vino nueva y se divulgó que la reina de Castilla, que á la sazon se hallaba en Aranda de Duero, quedaba preñada. Esta nueva agradó asaz, tanto mas, que era fuera de lo que comunmente se esperaba; y aun por ser naturalmente los hombres inclinados á creer lo peor, no faltaba quien dijese que aquel preñado era de don Beltran de la Cueva; habla que por entonces se rugia, y despues se confirmó esta opinion al tiempo que don Fernando de Aragon reinaba en Castilla, si con verdad ó en gracia suya, aun cuando el negocio estaba fresco, no se pudo averiguar. En Valladolid don Pedro de Castilla, antes obispo de Osma, y á la sazon de Palencia, falleció por ocasion de una caida que dió de la escalera de su casa. En su lugar fué puesto don Gutierre de la Cueva por contemplacion de su hermano don Beltran, que en aquel tiempo alcanzaba mas privanza que todos con el Rey y mas mano en la casa real. El arzobispo don Alonso de Fon-

seca fué enviado de la corte con muestra de honralle para que estuviese en Valladolid por gobernador en tanto que el Rey se ocupaba en la guerra que pensaba hacer en Navarra. Atizó este consejo su mismo competidor el marqués de Villena; pretendia con esto quedar solo y enseñorearse del Rey como lo tenia comenzado. Para salir con su intento con mas facilidad prometia su diligencia, si don Alonso de Fonseca se ausentaba, para ganar á los grandes que andaban apartados de su servicio, en especial el arzobispo de Toledo y el Almirante; que el maestre de Calatrava ya estaba apartado del número de los desabridos, y alistaba gente para acudir á lo de Navarra. Luego pues que don Alonso de Fonseca partió á Valladolid, el marqués de Villena fué al reino de Toledo, y á la misma sazon el maestre de Calatrava llegó á Aranda de Duero, acompañado de dos mil y quinientos de á caballo; con estas gentes el rey de Castilla marchó la vuelta de Almazan. El espanto de los aragoneses fué grande, mas el ímpetu de la guerra y el ejército revolvió contra Navarra, y por el mes de mayo llegó á Logroño, pueblo principal en la Rioja. Desde allí, engrosado el campo con las gentes que de todas partes acudian, entraron por las tierras de Navarra. Entregáronse las villas de San Vicente y de la Guardia. Pusieron cerco sobre Viana, que despues de combatilla muchos dias al fin la rindió Pedro Peralta, á cuyo cargo estaba, y á la sazon era condestable de Navarra. La villa de Lerin no se pudo tomar por ser muy fuerte. Desta manera se hacia la guerra en Navarra, cuándo prósperamente, cuándo al contrario. Don Alonso, hijo del rey de Aragon, por otra parte tomó por fuerza la villa de Abarzuza, con muerte y prision de la guarnicion de Castilla que en ella tenian. Todo este ruido y aparato se desbarató con una enfermedad mortal que sobrevino en Barcelona á don Cárlos, príncipe de Viana, ocasionada de las pesadumbres y cuidados y congojas que continuamente le trabajaron; así lo entendieron y así debió ser. Entre los biamonteses se tuvo por cosa cierta y averiguada que murió de yerbas que le dieron en la prision, que lentamente le acabasen y á la larga. Falleció á 23 de setiembre, miércoles, fiesta de santa Tecla. Al tiempo de su muerte pidió perdon á su padre. Fué sepultado en Poblete. Vivió cuarenta años, tres meses y veinte y seis dias. Príncipe mas señalado por sus continuas desgracias que por otra cosa alguna. No alcanzó tanta ventura cuanta era su erudicion y otras buenas partes merecian. Tuvo por familiar á Osias Marco, poeta en aquella era muy señalado y de fama en la lengua limosina ó de Limoges; su estilo y palabras groseras, la agudeza grande, el lustre de las sentencias y de la invencion aventajado. Traia el príncipe don Cárlos por divisa dos sabuesos muy bravos pintados en su escudo, que sobre un hueso peleaban entre sí; representacion y figura de los reyes de Francia y de Castilla, por cuya porfía y codicia le tenian casi consumido el reino de Navarra. Murieron asimismo otros príncipes: Cárlos VII, rey de Francia, al cual sucedió Luis XI, su hijo; el infante don Enrique, tio del rey de Portugal, finó por este mismo tiempo sin haberse jamás casado y sin llegar á mujer; vivió setenta y siete años; su muerte fué á 13 de noviembre en el Algarve, en un pueblo de su estado que se llama Sagra. Depositáronle en Lagos entonces; desde allí adelante le trasladaron á Aljubarrota. Quedaba de todos sus hermanos don Alonso el Bastardo, duque de Berganza, que falleció tambien el año siguiente; de doña Beatriz, su mujer, hija del condestable Nuño Pereira, dejó un hijo, llamado don Fernando, de quien, sin que haya faltado la línea, descienden los duques de Berganza, señores los mas principales y ricos en el reino de Portugal.

CAPITULO IV.

De las alteraciones que hobo en Cataluña.

Con la muerte del príncipe don Cárlos, si bien cesó la causa de las diferencias y debates, no quedaron las discordias apaciguadas. Don Fernando, hermano del muerto, fué luego jurado por príncipe y heredero de los estados de su padre, primero en Calatayud en las Cortes de Aragon que allí se juntaron, despues en Barcelona, donde la Reina, su madre, le llevó; pero toda la esperanza que por esta causa tenian de que todo se apaciguaria salió vana á causa que la gente catalana de repente tomó las armas, y los nobles por estar desabridos con el rey de Aragon pretendian y aun decian en secreto y en público que por engaños de su madrastra el Príncipe, su antenado, fué muerto; maldad muy indigna y impiedad intolerable. El que mas encendia el pueblo era fray Juan Gualves, de la órden de Santo Domingo. Persuadíales en sus sermones sediciosos que con las armas se satisficiesen de aquel exceso tan grave y feo; que cuando ellos disimulasen, el cielo en la sangre del pueblo tomaria sin duda venganza; que debian aplacar á Dios con castigar ellos primero delito tan atroz. Alterada la muchedumbre y el pueblo, la Reina se salió de Barcelona. El color era sosegar ciertos alborotos de Ampúrias; la verdad que no se atrevia á salir en público, ca temia no le perdiesen el respeto los que tan alterados andaban. Acordó de reparar en la ciudad de Girona, que está en lo postrero de Cataluña, hasta ver qué término tomaban las cosas. El rey de Aragon por otra parte, vista la tempestad que se levantaba, convidaba á los príncipes extraños que se confederasen con él; en particular pedia al rey de Francia le ayudase, y al de Castilla que á lo menos no le hiciese daño; que pues don Cárlos, en cuyo favor tomó las armas, era muerto, sacase las guarniciones de soldados que tenia puestos en Navarra. Hallábase á la sazon el rey don Enrique en Madrid, deshecho su campo y alegre por la preñez de la Reina, su mujer, que hizo traer allí en hombros porque con el movimiento no recibiese cualque daño. Al principio pues del año 1462 le nació una hija, que se llamó doña Juana; luego todos los estados del reino la juraron por princesa y heredera de Castilla; gran mengua engerir en la sucesion real la que el vulgo estaba persuadido fuese habida de mala parte, tanto mas, que para honrar á don Beltran y gratificalle sus servicios le hizo á la sazon el Rey conde de Ledesma, que fué nueva ofension y ocasion de mas murmurar. En su lugar fué puesto por mayordomo en la casa real Andrés de Cabrera, grande amigo suyo y aliado;

principio de do como de escalon vino á alcanzar adelante grandes riquezas, no sin ofension de muchos y sin envidia de los que llevaban mal que un hombre poco antes particular subiese en breve tan alto. Estaba á la sazon en la corte el conde de Armeñaque, que vino por embajador del rey de Francia para tratar de hacer paces y confederacion entre los dos reyes. El arzobispo de Toledo, reconciliado á la sazon con el Rey, era el que todo lo mandaba, tanto, que cada semana se tenia en su casa consejo y audiencia de los oidores para determinar los pleitos y negocios. Los embajadores de Aragon por la mucha instancia que hicieron en fin concertaron se hiciese confederacion á 23 de marzo con las capitulaciones infrascritas: que entre Castilla y Aragon hobiese paz; el rey de Castilla retuviese como en rehenes y por resguardo los castillos de la Guardia y de San Vicente, Arcos, Raga y Viana, y volviese todo lo demás que tenia en Navarra; demás desto, que en la raya de Aragon y de Navarra pusiese en tercería á Jubera y á Cornago, y en el reino de Murcia á Lorca; los depositarios fuesen el arzobispo de Toledo y el maestre de Calatrava y Juan Fernandez Galindo para efecto que si el rey de Castilla quebrantase la alianza, entregasen estos pueblos al rey de Aragon; el cual en Olite, donde se hallaba para desde allí acudir á todas partes, puso su confederacion con el rey de Francia á 12 de abril. Asentaron que el rey de Francia enviase al Aragonés de socorro setecientos hombres de armas y docientos mil ducados para pagar el sueldo á su gente, y que el rey de Aragon entre tanto que no pagase esta suma, diese en prendas lo de Cerdania y Ruisellon, y todavía por las rentas de aquellos estados no se desfalcase parte alguna del principal. Para que esta avenencia tuviese mas fuerza se concertó habla entre los reyes de Francia y Aragon en Salvatierra, pueblo de Bearne. Juntamente al conde de Fox, por la instancia que sobre ello hacia, concedió que doña Blanca, hermana del príncipe don Cárlos, á quien pertenecia el reino de Navarra, fuese puesta en su poder; notable agravio, quitalle el reino y despojalla de la libertad; pero ¿qué no hace la codicia desenfrenada de reinar? Luego que tomaron este acuerdo, desde Olite con grande desgusto suyo la llevaron á Bearne. Quejábase mucho á los santos y á los hombres de un desafuero tan grande. Escribió al rey don Enrique una carta, en la cual le pedia tuviese compasion de su suerte; que sobre las otras desgracias le quitaban la libertad, y en breve le quitarian la vida, si él no le daba alguna ayuda y la mano; suplicábale á lo menos vengase la muerte de su hermano y sus desventuras, como era justo; que se membrase del amor antiguo, que aunque desgraciado, al fin era de marido y mujer. Pusiéronla en el castillo de Ortes, del estado de Fox; allí no mucho despues fué muerta con yerbas que le dieron, sin que ninguno saliese á la venganza. La fama de su muerte tan injusta y cruel por mucho tiempo estuvo secreta. En fin, los desastres de su vida tuvieron aquel desgraciado remate; que cuando la miseria persigue á uno, ó fuerza mas alta, no para hasta acaballe. Su cuerpo enterraron en la ciudad de Lescar. Estaba el rey de Aragon en Tudela, y el rey don Enrique por Segovia y Aranda pasó á Alfaro, pueblo no muy léjos de Tudela. Allí con intervencion del marqués de Villena los dos reyes firmaron las capitulaciones del concierto que en Madrid tenian acordadas, á la misma sazon que los catalanes, á 30 del mes de mayo, cercaron á la reina de Aragon dentro de Girona, mas congojada por el riesgo que corria su hijo el Príncipe que por su mismo peligro. El caudillo de la comunidad era Hugo Roger, conde de Pallas; el principal que defendia la ciudad por el Rey Luis Dezpuch, maestre de Montesa. Entraron la ciudad los comuneros, acometieron el castillo viejo, que se llamaba Gironela, do la Reina se recogió. Salieran los catalanes con su intento si no sobreviniera la caballería francesa, con cuya ayuda, no solo cesó el peligro, pero aun echaron de la ciudad á los levantados. Acudió al tanto el rey de Aragon con presteza, como al que el cuidado que tenia de su mujer y hijo le punzaba. Hobo muchos encuentros y refriegas, en que los levantados, como gente recogida de todas partes, no se igualaban á los soldados viejos. El Rey, despues de haber reducido á su obediencia muchas ciudades y pueblos, llegó á poner sus estancias junto á Barcelona. La reina de Castilla malparió en esta sazon en Aranda con gran riesgo de su vida. Por la vidriera de cierta ventana el rayo del sol que entraba le comenzó á quemar el cabello y le ocasionó aquel sobresalto y daño. La tristeza que causó esta desgracia en la corte en breve se trocó en alegría á causa que don Beltran, conde de Ledesma, casó con la hija menor del marqués de Santillana. Las bodas se celebraron en Guadalajara con grandes fiestas. Halláronse á ellas presentes el Rey y la Reina. Acabadas las fiestas, la Reina se fué á Segovia, y el Rey se partió para Atienza con intento de darse á la caza, por ser aquella comarca muy á propósito para ella. Allí vino un caballero, llamado Copones, en nombre y como embajador de Barcelona; ofrecianle aquel estado de Cataluña si les enviase gente de socorro y los recibiese debajo de su amparo. Era este negocio muy grave; habido su acuerdo y aceptada la oferta, les envió el Rey de socorro dos mil y quinientos caballos, que por caminos extraordinarios llegaron á Cataluña. Con este socorro aquella muchedumbre levantada se animó, confiada que por aquel camino se podria defender y sustentar. En cumplimiento de lo asentado levantaron los pendones por el rey don Enrique. Apellidáronle conde de Barcelona, y batieron con su cuño y armas la moneda de aquel estado. Por esta manera se despeñaban loca y temerariamente en su perdicion. Alegróse con esta nueva el rey de Castilla don Enrique, pero mucho mas con saber que don Juan de Guzman, duque de Medina Sidonia, quitó á Gibraltar á los moros, y el maestre de Calatrava á Archidona. Mandóse poner entre los otros títulos reales al principio de las provisiones el de Gibraltar, á ejemplo de Abomelique, el cual era de linaje de los Merines, y como arriba queda dicho, se llamó rey de Gibraltar.

CAPITULO V.

De una habla que tuvieron los reyes, el de Castilla y el de Francia.

Entraron otras bandas de soldados de Castilla por tierras del reino de Valencia y Aragon; el miedo y el espanto fué grande, si bien aquel Rey acudió luego al peligro. Pudiéranle quitar el reino por estar gastado y sin sustancia él y sus vasallos, si cuan grandes eran las fuerzas de Castilla, tan grande brio y ánimo tuviera el rey don Enrique; por esto el de Aragon ponia gran cuidado en reconciliarse con él. Para este efecto vino por embajador del rey de Francia Juan de Rohan, señor de Montalvan y almirante de Francia; llegó á Almazan, donde el rey don Enrique se hallaba, por principio del año 1463; fué muy bien recebido y festejado con convites muy espléndidos, con bailes y con saraos. Danzaban entre sí los cortesanos, y sacaban á danzar á las damas de palacio. En particular la Reina, presente el Rey y por su mandado, salió á bailar con el embajador francés; él, acabado el baile, juró de no danzar mas en su vida con mujer alguna en memoria de aquella honra tan señalada como en Castilla se le hizo. Acordóse por medio desta embajada que los reyes de Castilla y de Francia se viesen y hablasen para tratar en presencia de todas las diferencias que tenian y componer sus haciendas. Como se concertó, así se hizo, que aquellos príncipes tuvieron su habla por el fin del mes de abril cerca de la villa de Fuente-Rabía. Vinieron con el Francés los dos Gastones, padre y hijo, condes que eran de Fox, el duque de Borbon, el arzobispo de Turon y el almirante de Francia. Al de Castilla acompañaban el arzobispo de Toledo y los obispos de Búrgos, Leon, Segovia y Calahorra, el marqués de Villena, el maestre de Alcántara y el gran prior de San Juan, todos y cada cual arreados muy ricamente y con libreas y mucha representacion de majestad. Entre todos se señalaba el conde de Ledesma, gran competidor del de Villena; salió arreado de vestidos muy ricos, recamados de oro y sembrados de perlas. El vestido y traje de los franceses era muy ordinario, especial el del Rey, que era causa á los castellanos de burlarse dellos y de motejallos con palabras agudas y motes. Pasaron los nuestros en muchas barcas el rio Vedaso ó Vidasoa. Puédese sospechar se hizo esto por reconocer ventaja á la majestad de Francia; nuestros historiadores dicen otra causa, que todo aquel rio pertenece al señorío de España; y consta por escrituras públicas, acordadas en diferentes tiempos entre los reyes de Castilla y Francia, y de lo procesado en esta razon en que se declara que pasando el rey don Enrique el rio Vidasoa en un barco llegó hasta donde llegaba el agua, y allí puso el pié, y al tiempo que quiso hablar con el rey Luis, tenia un baston en la mano; desembarcado en la orilla y arenal donde el agua podia llegar en la mayor creciente, dijo que allí estaba en lo suyo, y que aquella era la raya dentre Castilla y Francia, y poniendo el pié mas adelante, dijo: Ahora estoy en España y Francia; y el rey Luis respondió en su lengua *il est vrai*, decís la verdad. En estas vistas y habla se leyó de nuevo la sentencia que poco antes pronunció en Bayona el rey de Francia, elegido por juez árbitro entre Castilla y Aragon, en que se contenian estas principales cabezas: que las gentes de Castilla saliesen de Cataluña y se quitasen las guarniciones que tenian en Navarra; la ciudad de Estella con toda su merindad quedase en Navarra por el rey don Enrique; la reina de Aragon y su hija estuviesen en Raga en poder del arzobispo de Toledo para seguridad que se guardaria lo concertado. Esta sentencia ofendia mucho á la una nacion y á la otra, á los de Castilla y de Aragon, sobre todo á los de Navarra; quejábanse que aquel asiento y sentencia era en gran perjuicio suyo. Ningun otro provecho se sacó de juntarse estos príncipes. Pero de todo esto y aun de toda esta manera de juntas y hablas entre los príncipes será á propósito referir aquí lo que siente Filipe de Comines, historiador muy señalado de las cosas de Francia que pasaron en esta era, y que se puede comparar con cualquiera de los antiguos. Sus palabras, traducidas de francés en castellano, dicen así: « Neciamente lo hacen los príncipes de igual poder cuando por sí mismos se juntan á habla, en especial pasados los años de la mocedad, cuando en lugar de los juegos y burlas, á que aquella edad es aficionada, entra la envidia y emulacion; ni carecen de peligro juntas semejantes; y si esto no, ningun otro provecho resulta dellas sino encenderse mas la ira y el odio, de manera que tengo por mas acertado concertar las diferencias entre los reyes, y cualquier otro negocio que haya, por sus embajadores que sean personas prudentes. Muchas cosas me ha enseñado la experiencia, de las cuales tengo por conveniente poner aquí algunos ejemplos. Ningunas provincias entre cristianos están entre sí trabadas con mayor confederacion que Castilla con Francia, por estar asentada con grandes sacramentos amistad de reyes con reyes y de nacion con nacion. Fiados desta amistad, el rey Luis XI de Francia, poco despues que se coronó por rey, y don Enrique, rey de Castilla, se juntaron á la raya de los dos reinos. Don Enrique llegó á Fuente-Rabía rodeado de grande acompañamiento; seguíanle el gran maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo y el conde de Ledesma, que entre todos se señalaba por ser su gran privado. El rey de Francia paró en San Juan de Angelin, acompañado, como es de costumbre, de muchos grandes. Gran número de la una nacion y de la otra alojaba en Bayona, los cuales luego que llegaron, se barajaron malamente. Hallóse presente la reina de Aragon que tenia diferencias con el rey don Enrique sobre Estella y otros pueblos de Navarra que dejaran en manos del Rey. Una ó dos veces se hablaron y vieron á la ribera del rio que divide á Francia de España, pero brevísimamente, cuanto pareció al maestre de Santiago y al arzobispo de Toledo, que lo gobernaban todo, y por esto fueron por el rey de Francia festejados grandemente en San Juan de Angelin cuando allí le visitaron. El conde de Ledesma pasó el rio en una barca que llevaba la vela de brocado; el arreo de su persona era conforme á esto, en particular llevaba unos hermosos borceguíes sembrados de pedrería. Don Enrique era feo de rostro; la forma del vestido sin primor y que descontentaba á los franceses. Nuestro Rey se señalaba por el hábito muy ordinario; el vestido corto, el sombrero comun,

con una imágen de plomo en él cosida, ocasion de motas y remoquetes; los españoles echaban aquel traje á poquedad y avaricia. Desta manera se acabó la junta, sin que della resultase otro provecho mas de conjuraciones y monipodios que entre los unos y otros grandes se forjaron, por las cuales yo mismo vi al rey don Enrique envuelto en grandes trabajos y afanes, que se continuaron hasta su muerte, desamparado de sus vasallos y puesto en un estado miserable.» Hasta aquí son palabras de Filipe de Comines; lo demás que dice se deja por abreviar. Este año, á los 12 de noviembre, pasó desta vida á la eterna el santo fray Diego en el su monasterio de franciscos de Alcalá de Henáres, que fundó don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Fué natural de San Nicolás, diócesi de Sevilla. Su vida tal, y los milagros que Dios por él hizo tantos, que el papa Sixto V le canonizó á los 2 de julio, año del Señor de 1588.

CAPITULO VI.

Los catalanes llamaron en su ayuda á don Pedro, condestable de Portugal.

Halláronse presentes á la junta destos príncipes dos embajadores de Barcelona, llamados el uno Cardona, y el otro Copones. Quejáronse al de Castilla que se hacia agravio á su nacion en desamparallos contra lo que tenian capitulado. Estas quejas no fueron de efecto alguno; las orejas destos príncipes estaban cerradas á sus ruegos por respetos que mas á ellos les importaban. En Tolosa, pueblo de Guipúzcoa, el comun del pueblo mató, á 6 de mayo, á un judío, llamado Gaon. Fué la ocasion que por estar el Rey cerca, entre tanto que se entretenia en Fuente-Rabía, comenzó el judío á cobrar cierta imposicion, que se llamaba el pedido, sobre que antiguamente hobo grandes alteraciones entre los de aquella nacion, y al presente llevaban mal que se les quebrantasen sus privilegios y libertades. No se castigó este delito y esta muerte, antes poco despues en Segovia, do se fué el rey don Enrique, hobo entre dos frailes y se encendió una grave reyerta. El uno afirmaba en sus sermones que muchos cristianos se volvian judíos, en que pretendia tachar el libre trato que con los de aquella nacion y con los moros se tenia; y era así, que muchos de aquellas naciones, enemigos de Cristo, libremente andaban en la casa real y por toda la provincia. El otro fraile lo negaba todo, mas en gracia de los príncipes, como yo creo, que por ser así verdad. Nunca sin duda en España se vió mayor estrago de costumbres ni corrieron tiempos mas miserables. En particular el pueblo en Sevilla andaba muy alborotado en gran manera, á causa que don Alonso de Fonseca, el mas viejo, pedia que le fuese restituida aquella iglesia, que diera los años pasados en confianza á su pariente, llamado tambien don Alonso de Fonseca. Alegaba que así estaba establecido por los derechos y recebido por la costumbre, y que así lo mandaba el Padre Santo. El pueblo y la nobleza, divididos en parcialidades, unos favorecian al pretensor, otros al contrario; de que resultaban alteraciones y corria riesgo no viniesen á las manos. Acudió á grandes jornadas el rey don Enrique, y con su venida entregó la iglesia á don Alonso de Fonseca, el mas viejo, y pagaron con las cabezas y con la vida seis personas que fueron los principales movedores de aquel motin y alboroto. El rey de Portugal á la sazon con una gruesa armada volvió á Africa; iban en su compañía don Fernando, su hermano, y don Pedro, su primo, que era condestable de Portugal. Los catalanes, desamparados de la ayuda de Castilla y visto que los franceses é italianos los tenian prevenidos por el rey de Aragon, acordaron, lo que solo les faltaba y quedaba, llamar socorros de mas léjos; con este acuerdo enviaron á convidar á don Pedro, condestable de Portugal, para que desde Ceuta viniese á tomar posesion de aquel principado, que decian le pertenecia por su madre, que era la hija mayor del conde de Urgel. En mal pleito ninguna cosa se deja de intentar. Parecíale al Condestable buena ocasion esta; hízose á la vela, llegó á la playa de Barcelona, y surgió en ella á 21 de enero, principio del año 1464. Allí sin dilacion fué llamado conde de Barcelona y rey de Aragon; acometimiento que por falta de fuerzas salió en vano, y la honra le acarreó la muerte, demás de otros daños que resultaron. Lo primero con la partida de don Pedro las fuerzas de Portugal se enflaquecieron en Africa, por donde de Tánger, que pretendian tomar, fueron con daño rechazados los fieles por los moros; y algunas entradas que se hicieron en los campos comarcanos no fueron de consideracion ni de algun efecto notable; solo junto al monte Benasa en un encuentro que tuvieron con los enemigos, el mismo rey de Portugal estuvo á gran riesgo de perderse con toda su gente. Duarte de Meneses, como quier que por defender á su Rey se metiese con grande ánimo entre los enemigos, fué muerto en la pelea y otros con él. El conde de Villareal defendió aquel dia la retaguardia, por lo cual mereció mucha loa por testimonio del mismo Rey, que despues de la pelea le dijo: «Hoy en vos solo ha quedado la fe.» El rey don Enrique desde Sevilla fué á Gibraltar; allí á su instancia y por sus ruegos aportó el rey de Portugal á la vuelta de Africa y de Ceuta. Estuvieron en aquel pueblo por espacio de ocho dias; despues dellos el de Portugal se volvió á su reino. El rey don Enrique por la parte de Ecija rompió por el reino de Granada, sin desistir de la empresa hasta tanto que le pagaron el tributo que tenian antes concertado, y le hicieron otros presentes de grande estima. Con esto por Jaen, do residia Miguel Iranzu, su condestable, por frontero, pasó el Rey de priesa á Madrid. Queria recebir y festejar otra vez al de Portugal, que, por voto que tenia hecho, se encaminaba para visitar á Guadalupe, casa de mucha devocion. Viéronse los dos reyes y habláronse en la Puente del Arzobispo, raya del reino de Toledo; hallóse presente la reina de Castilla, que en compañía de su marido iba para verse con su hermano el rey de Portugal. En esta junta se concertaron dos casamientos, uno del rey de Portugal con doña Isabel, hermana del rey don Enrique, y otro de doña Juana, su hija, con el príncipe y heredero de Portugal. Dilatáronse para otro tiempo las bodas, y al fin la tardanza hizo que no surtiesen efecto. Estaba del cielo determinado que los aragoneses, reino mas á propósito que el de Portugal, viniesen á la corona de Castilla, bien que no sin grandes y largas alteraciones de España; males que parece pronos-

ticó un torbellino de vientos que en Sevilla se levantó, el mayor que la gente se acordaba, tanto, que llevó por el aire un par de bueyes con su arado, y de la torre de San Agustin derribó y arrojó muy léjos una campana, arrancó otrosí de cuajo muchos árboles muy viejos, y los edificios en muchas partes quedaron maltratados. Viéronse en el cielo como huestes de hombres armados que peleaban entre sí, quier fuese verdadera representacion, quier engaño, como se puede pensar, pues refieren que solamente las vieron los niños de poca edad. Finalmente, tres águilas con los picos y uñas en el aire combatieron por largo espacio; el fin de aquella sangrienta pelea fué que cayeron todas en tierra muertas. Los hombres, movidos destos prodigios y señales, hacian rogativas, plegarias y votos para aplacar, si pudiesen, la ira del cielo que amenazaba y alcanzar el favor de Dios y de los santos.

CAPITULO VII.

De una conjuracion que hicieron los grandes de Castilla.

El rey don Enrique comenzaba á mirar con mala cara al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena por entender que en las diferencias de Aragon no le sirvieron con toda lealtad; por esto ni le hicieron compañía cuando fué al Andalucía, ni se hallaron en la junta que tuvieron los reyes en la Puente del Arzobispo; antes por temer que se les hiciese alguna fuerza, ó dallo así á entender, desde Madrid se fueron á Alcalá. Luego se juntaron con ellos el almirante de Castilla y el linaje de los Manriques y don Pedro Giron, maestre de Calatrava; allegáronseles poco despues los condes de Alba y de Plasencia por persuasion del marqués de Villena, que fué secretamente para esto á verse con ellos. El rey de Aragon asimismo por grandes promesas que le hicieron se arrimó á este partido. Estos fueron los principios y cimientos de una cruel tempestad que tuvo á toda España por mucho tiempo muy gravemente trabajada. Era necesario buscar algun buen color para hacer esta conjuracion. Pareció seria el mas á propósito pretender que la princesa doña Juana era habida de adulterio, y por tanto no podia ser heredera del reino. Procuraron para salir con este intento apoderarse de los infantes don Alonso y doña Isabel, hermanos del Rey, que residian en Maqueda con su madre, por parecelles á propósito para con este color revolvello todo. Verdad es que á instancia del Rey y con rehenes que le dieron para seguridad, el marqués de Villena don Juan Pacheco volvió á Madrid. Todo era fingido, y él iba apercebido de mentiras y engaños con que apartar á los demás grandes del Rey y de su servicio. Para este efecto le dió por consejo hiciese prender á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, que á menos desto él no podria andar en la corte seguramente. Despues que tuvo persuadido al Rey, con trato doble avisó á la parte del peligro en que estaba. Dió él crédito á sus palabras, huyóse y ausentóse; traza con que forzosamente se hobo de pasar á los alterados. Con esto quedó mas soberbio don Juan Pacheco, en tanta manera, que estando la corte en Segovia al tiempo de los calores, cierto dia entró con hombres armados en el palacio real para apoderarse del Rey y de sus hermanos. Pasó tan adelante este atrevimiento, que quebrantó las puertas del aposento real, y por no poder salir con su intento á causa que el Rey y don Beltran de la Cueva con aquel sobresalto se retiraron mas adentro en el palacio y en parte que era mas fuerte, determinó de noche, que fué nueva insolencia, llevar adelante su maldad. Ya era llegada la hora, y los sediciosos se aparejaban con sus armas para ejecutar lo que tenian acordado; mas el Rey y los suyos fueron avisados, con que las asechanzas no pasaron adelante. Estaba don Juan Pacheco, autor de todo esto, á la sazon en palacio; los mas persuadian al Rey y eran de parecer que le debian echar la mano y prenderle. Era tan grande el descuido del Rey, que antepuso una vana muestra de clemencia á su salud y vida. Decia que no era justo quebrantalle la seguridad que le diera, con que escapó entonces de aquel peligro y las cosas se empeoraron de cada dia mas, mayormente que por el mismo tiempo por bula del sumo Pontífice don Beltran de la Cueva fué nombrado por maestre de Santiago, cosa que al pueblo dió mucha pesadumbre por el agravio que se hacia al infante don Alonso en quitalle aquella dignidad. Las demasías de don Juan Pacheco no parecia se podian castigar mejor que con levantar por este medio á su contrario y competidor don Beltran. Intentó de nuevo el dicho marqués de Villena si podia salir con su pretension y con asechanzas y tratos apoderarse del Rey; con este deseño le hizo fuese á Villacastin para tener allí habla. Descubrióse tambien el engaño, y con esto se previno y remedió el daño. Desde Búrgos los conjurados, juntados al descubierto y quitada la máscara, escribieron al Rey de comun acuerdo una carta muy desacatada. Las principales cabezas y capítulos eran: que los moros andaban libres en su corte sin ser castigados por maldad alguna que cometiesen; que los cargos y magistrados se vendian; que el maestrazgo de Santiago injustamente y contra derecho se habia dado á don Beltran; la princesa doña Juana, como habida de adulterio, no debia ser jurada por heredera; que si estas cosas se reformasen, de buena gana dejarian las armas prestos de hacer lo que su merced fuese. Recibió el Rey y leyó esta carta en Valladolid, sin que por ella mucho se alterase; ciega sin duda el entendimiento la divina venganza cuando no quiere que se emboten los filos de su espada. A la verdad este Príncipe tenia con los deleites feos y malos enflaquecidas las fuerzas del cuerpo y del alma. Hallóse presente don Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, que pretendia con grande instancia se debia con las armas castigar aquel desacato; pero no aprovechó nada, dado que le protestaba, pues no queria seguir el consejo saludable que le daba, que vendria á ser el mas miserable y abatido rey que hobiese tenido España; que se arrepentiria tarde y sin provecho de la flojedad que de presente mostraba. Tratóse de nuevo de concierto, pues lo de la guerra no contentaba. Para esto entre Cabezon y Cigales, pueblos de Castilla la Vieja, don Juan Pacheco, ¿con qué cara, con qué vergüenza? en fin, en un campo abierto y raso habló por grande espacio con el rey don Enrique. Resultó de la habla que se concertaron y hicieron estas capitulaciones: el infante don Alonso heredase el reino á tal que se casase con la pre-

tensa princesa doña Juana; don Beltran renunciase el maestrazgo de Santiago; que se nombrasen cuatro jueces, dos por cada una de las partes, y por quinto fray Alonso de Oropesa, general que era de los jerónimos; lo que sobre las demás diferencias determinase la mayor parte destos jueces, aquello se ejecutase. Tomada esta resolucion, el infante don Alonso, que era de edad de once años, de Segovia fué traido á los reales del Rey. Allí le juraron todos por príncipe y heredero del reino; quedó en poder de los grandes, de que resultaron nuevos daños. A don Beltran de la Cueva dió el Rey la villa de Alburquerque con título de duque, y juntamente le hicieron merced de Cuellar, Roa, Molina y Atienza, demás de ciertos juros que en el Andalucía le señalaron por cada un año en recompensa de la dignidad y maestrazgo que le quitaban. Los alterados señalaron por jueces árbitros á don Juan Pacheco y al conde de Plasencia. El Rey á Pero Hernandez de Velasco y Gonzalo de Saavedra, enemigos declarados de don Juan Pacheco. El arzobispo de Toledo y el almirante se reconciliaron con el Rey; la amistad duró poco, ó como decia el vulgo, fué invencion y querer temporizar. Andaban los cuatro jueces árbitros alterados, y entendíase que si llegaban á pronunciar sentencia, dejarian á don Enrique solo el nombre de rey y le quitarian todo lo demás. Por esto mandó él de secreto al maestre de Alcántara y al conde de Medellin, personas de quien mucho se fiaba, que con las mas gentes que pudiesen se viniesen á él y desbaratasen aquellos intentos. Gonzalo de Saavedra, que era uno de los jueces, y Alvar Gomez, secretario del Rey, al cual hiciera merced en la comarca de Toledo de Maqueda y de Torrejon de Velasco y de San Silvestre, fueron por el Rey llamados. Pusiéronles algunos grandes temores, así á ellos como al maestre de Alcántara don Gomez de Solís y al conde de Medellin; avisáronlos que los querian prender y que sus malos tratos eran descubiertos; con esto les persuadieron se declarasen y públicamente con sus gentes se pasasen á los conjurados. El Rey, avisado de todo esto, puso tachas á los jueces árbitros y alegó que los tenia por sospechosos; mandó otrosí á Pedro Arias, ciudadano de Segovia, cuyo padre fué su contador mayor, que por fuerza se apoderase de Torrejon. Así lo hizo, y dejó aquella villa á los condes de Puñonrostro, sus descendientes. Pedro de Velasco se juntó tambien con los conjurados, dado que su padre el conde de Haro se quejaba mucho desta su liviandad, tanto, que ni con soldados ni con dineros le ayudaba, y le era forzoso andar entre los otros grandes muy desacompañado y desautorizado. Por este mismo tiempo, á 14 de agosto, falleció en Ancona, ciudad de la Marca, el papa Pio II. Pretendia, despues de convocados los príncipes de todo el mundo para tomar las armas contra los turcos, pasar el mar Adriático y ser caudillo en aquella guerra sagrada, que fué una grande determinacion; y con este intento, bien que doliente, se hizo llevar á aquella ciudad; atajóle la muerte y cortóle sus pasos. Duróle poco tiempo el pontificado, solo espacio de tres años; su renombre por sus virtudes y pensamientos altos y por sus letras será inmortal. Con su muerte todos aquellos apercebimientos se deshicieron. Pusieron en su lugar con grande presteza al cardenal Pedro Barbo, de nacion veneciano, á 30 del mismo mes de agosto. Llamóse Paulo II. Era de cuarenta y siete años cuando fué electo en lo mejor de su edad. Mostróse muy aficionado á las cosas de España, y así ayudó con su autoridad y diligencia al rey don Enrique en sus grandes trabajos.

CAPITULO VIII.

De las guerras de Aragon.

Con la venida á Barcelona de don Pedro, condestable de Portugal, los catalanes cobraron mas ánimo que conforme á las fuerzas que alcanzaban. Mayor era el miedo todavía que la esperanza, como de gente vencida contra los que muchas veces los maltrataron; la obstinacion de sus corazones era muy grande, que mas que todo los sustentaba. La ciudad de Lérida despues que por el Rey estuvo cercada largo tiempo y despues que le talaron y robaron los campos al derredor, finalmente fué forzada á entregarse. En muchas partes en un mismo tiempo la llama de la guerra se emprendia con daño de los pueblos y de los campos, rozas y labranzas; miserable estado de toda aquella provincia. El principal caudillo en esta guerra era don Juan, arzobispo de Zaragoza, que fué otro hijo bastardo del rey de Aragon, mas á propósito para las armas que para la mitra y roquete. Filipo, duque de Borgoña, por el contrario, envió á don Pedro una banda de borgoñones, ayuda de poco momento para negocio tan grande. Con su venida la gente y compañías de catalanes se juntaron en la villa de Manresa hasta en número de dos mil infantes y sobre seiscientos de á caballo. Estaba el conde de Prades por parte del rey de Aragon puesto sobre Cervera. El cerco se apretaba, y los cercados, forzados de la hambre y falta de otras cosas, trataban de rendirse. Para prevenir este daño y por la defensa determinó don Pedro de ir en persona á socorrellos. La gente del rey de Aragon, lo principal de su ejército y la fuerza se tenia á la raya de Navarra á propósito de sosegar las alteraciones de aquella nacion. Mandó el Rey á su hijo el príncipe don Fernando que con parte del ejército marchase á toda priesa para juntarse con el conde de Prades. Era don Fernando de muy tierna edad, tenia solos trece años; la necesidad forzó á que en aquella guerra comenzase su padre á valerse dél, y él á ejercitarse en las armas; por esto no tuvo tiempo para aprender las primeras letras bastantemente; sus mismas firmas muestran ser esto verdad. Llegaron los del condestable de Portugal á un lugar llamado los Prados del Rey con determinacion de dar la batalla; así lo avisaban las espías. El príncipe don Fernando, que cerca se hallaba, apercebidas todas las cosas y aparejadas, fué en busca del enemigo. Hizo alto en un ribazo, de do se veian los reales de los catalanes. El Portugués hizo al tanto, que se mejoró de lugar y trincheó los reales en un collado cercano. Parecia queria excusar la batalla, bien que ordenó sus haces en forma de pelear. En la avanguardia iba Pedro de Deza con espaldas de los borgoñones, que cerraban aquel escuadron. En el segundo escuadron iban por capitanes de los soldados navarros y castellanos Beltran y Juan Armendarios. El cuidado

de la retaguardia llevaba el mismo don Pedro de Portugal. Las gentes de don Fernando eran menos en número, que no pasaban de setecientos caballos y mil infantes. Ordenáronlas desta manera: la avanguardia se encomendó al conde de Prades; Hugon de Rocaberti, castellan de Amposta y Mateo Moncada fortificaban los costados; don Enrique, hijo del infante de Aragon don Enrique, quedó de respeto para socorrer donde fuese necesario; en el postrer escuadron iba el príncipe don Fernando, acompañado de muchos nobles. Bernardo Gascon, natural de Navarra, con la infantería de su cargo llevó órden de tomar la parte de la montaña para que no les pudiesen acometer por aquel lado. Antes que se diese la señal de pelear, el príncipe don Fernando armó caballeros algunas personas nobles. Comenzaron á pelear los adalides, que iban delante, con grande vocería que levantaron; cargaron los demás, y en breve espacio el primero y segundo escuadron de los portugueses fueron forzados á retirarse, y en fin, todos se desbarataron por el esfuerzo de los aragoneses. Con tanto, atemorizados los demás que pusieron en la retaguardia, en que se hallaba el mismo don Pedro de Portugal y la fuerza del ejército, poca resistencia pudieron hacer. Volvieron las espaldas y huyeron desapoderadamente, la gente de á pié por los montes cercanos, los de á caballo por los llanos. Don Pedro de Portugal se valió de maña para escapar; quitóse la sobreveste, y mezclado con los vencedores, el dia siguiente sin ser conocido se puso en salvo. Los borgoñones, á los cuales se dió la primera carga, casi todos quedaron en el campo; peleaban entre los primeros, y conforme á su costumbre tienen por cosa muy fea volver el pié atrás. De los demás muchos fueron presos, y entre ellos el conde de Pallas, principal atizador de toda esta guerra. Dióse esta batalla postrero dia de febrero del año 1465. La victoria fué tanto mas alegre, que de los aragoneses pocos quedaron heridos, ninguno muerto. Don Pedro de Portugal se volvió á Manresa. Beltran Armendario, sin embargo, fortificó con gente el lugar de Cervera, en que metió parte del ejército, bien que desbaratado, no con menor ánimo que si ganara la victoria. De allí pasó la fuerza de la guerra á la comarca de Ampúrias, en que llevaban siempre lo mejor los aragoneses, y los portugueses lo peor. Parecia que todas las cosas eran fáciles á los vencedores, tanto mas, que los alborotos de Navarra estaban casi acabados y los biamonteses reducidos á la obediencia del Rey con el perdon que otorgó á don Luis y á don Cárlos, hijos de don Luis, ya difunto, conde de Lerin y condestable de Navarra, y juntamente les fueron restituidos sus bienes, cargos y dignidades que solian tener; lo mismo se hizo con don Juan de Biamonte, hermano del dicho Condestable, prior que era de San Juan, en Navarra. Declararon otrosí por herederos de aquel reino á Gaston, conde de Fox, y doña Leonor, su mujer, que ya se intitulaban príncipes de Viana. Ismael, rey de Granada, gozaba de tiempo atrás de una paz muy sosegada, cuando le sobrevino la muerte, á 7 de abril, que fué domingo, año de los árabes 869, á 10 dias del mes de xavan. Sucedióle Albohacen, su hijo, varon de grande ánimo y de grande esfuerzo en las armas. Tuvo este rey dos mujeres, la una mora de nacion, cuyo hijo fué Boabdil, que adelante se llamó el Rey Chiquito, la otra era cristiana renegada, por nombre Zoroira; della tuvo dos hijos, llamados el uno Cado, y el otro Nacre, los cuales en tiempo del rey don Fernando el Católico, cuando se ganó Granada, se volvieron cristianos; el mayor se llamó don Fernando, y el menor don Juan. Su madre al tanto, movida del ejemplo de sus dos hijos, se redujo á nuestra fe y se llamó doña Isabel. En tiempo deste rey Albohacen hobo por algun tiempo paz con los moros. Por frontero á la parte de Jaen estaba Iranzu, el condestable; por la parte de Ecija don Martin de Córdoba. Por el mismo tiempo don Fernando, rey de Nápoles, vencidos y desbaratados sus enemigos, así los de dentro como los de fuera, afirmaba su imperio en Italia. Despues que en una batalla muy señalada que se dió cerca de Sarno, en Tierra de Labor, quedó vencido, se rehizo de fuerzas, y ayudado de nuevos socorros del Papa y duque de Milan y de Scanderberquio, como arriba queda dicho, el año siguiente despues que perdió aquella jornada humilló al enemigo, que soberbio quedaba, en una batalla que le ganó cerca de Troya, ciudad de la Pulla. No paró hasta tanto que forzó á Juan, duque de Lorena, á retirarse á la isla de Isquia; de donde, sosegadas las alteraciones de los barones y apaciguada la provincia, perdida toda esperanza, fué forzado con poca honra á dar la vuelta á Francia. Era este Príncipe igual en esfuerzo á sus antepasados, y dejó gran fama de su mucha bondad; la fortuna y el cielo no le fueron mas que á ellos favorables. Desta manera el rey don Fernando, puesto fin á la guerra de los barones de Nápoles, que fué muy dudosa y muy larga, entró en Nápoles como en triunfo de sus enemigos á 14 del mes de setiembre; grande magnificencia y aparato, concurso del pueblo y de los nobles extraordinario, que le honraron á porfía con todas sus fuerzas, regocijos y alegrías que se hicieron muy grandes. La reina doña Isabel, su mujer, como quier que atribuia la victoria á Dios y á los santos, visitaba las iglesias con sus hijos pequeños que llevaba delante de sí; arrodillábase delante los altares, cumplia sus votos, hacia sus plegarias, hembra que era muy señalada en religion y bondad, y que merecia gozar de mas larga vida para que el fruto de la victoria fuera mas colmado. Todo lo atajó la muerte; falleció casi al mismo tiempo que el reino quedaba apaciguado. El rey don Fernando, su marido, fundada la paz y ordenadas las demás cosas á su voluntad, tuvo el reino mas de treinta años. Emprendió en lo de adelante y acabó muchas guerras felizmente en ayuda de sus amigos y confederados. Fuera desto, á los turcos que se apoderaron pasados algunos años de Otranto y de buena parte de aquella comarca, desbarató y echó de Italia por su mandado don Alonso, su hijo, duque de Calabria. En conclusion, si este Rey en el tiempo de la paz continuara las virtudes con que alcanzó y se mantuvo en el reino, como fué tenido por muy dichoso, así se pudiera contar entre los buenos príncipes y en virtud señalados; mas hay pocos que en la prosperidad y abundancia no se dejen vencer de sus pasiones y sepan con la razon enfrenar la libertad.

CAPITULO IX.

Que el infante don Alonso fué alzado por rey de Castilla.

No sosegaron las alteraciones de Castilla por quedar el infante don Alonso en poder de los grandes; antes fué para mayor daño lo que se pensó seria para remediar los males. Como fueron los intentos y consejos errados, así tuvieron los remates no buenos. El Rey, de Cabezon, cerca de donde fué la junta y la habla que tuvo con don Juan Pacheco, se partió para el reino de Toledo; los grandes se fueron á Plasencia. El maestre de Calatrava don Pedro Giron, que en Castilla la Vieja era señor de Ureña, se partió para el Andalucía, do tenia tambien la villa de Osuna, con intento de mover los andaluces y persuadilles que tomasen las armas contra su Rey. Era el Maestre hombre vario y no de mucha constancia ni muy firme en la amistad, y que tenia mas cuenta con llevar adelante sus pretensiones y salir con lo que deseaba, que con lo que era honesto y santo. Quitaron el priorado de San Juan á don Juan de Valenzuela, y al obispo de Jaen despojaron de sus bienes y rentas, no por otra causa sino porque eran leales al Rey; delito que se tiene por muy grave entre los que están alborotados y amotinados. Por toda aquella provincia trató de levantar la gente, en especial de meter en la misma culpa á los señores y nobles; prometia á cada cual conforme á lo que era y á su calidad cosas muy grandes, con que muchos se alentaron y resolvieron de juntarse con los alborotados, en particular las comunidades y regimientos de Sevilla y de Córdoba y el duque de Medina Sidonia y conde de Arcos y don Alonso de Aguilar. El rey don Enrique, vista la tempestad que se aparejaba y armaba, en Madrid hizo una junta para tratar del remedio. Preguntó á los congregados lo que les parecia se debia hacer, si acudir á las armas, ó pues las cosas no se encaminaban como se pensó, si seria bien tornar á mover tratos de paz. Callaron los demás; el arzobispo de Toledo dijo que su parecer era debian procurar que el infante don Alonso volviese á poder del Rey, porque ¿quién seria mas á propósito para guardalle como prenda de la paz y para seguridad del casamiento poco antes concertado que su mismo hermano, y que poco despues seria su suegro? Que si no obedeciesen, en tal caso se podria acudir á las armas y á la fuerza y castigar la contumacia de los que se desmandasen. Para lo cual debia la corte con brevedad pasarse á Salamanca, por estar aquella ciudad cerca de donde los conjurados se hallaban, y por esta causa ser muy á propósito para asentar la paz ó hacer la guerra. Parecia á algunos que estas cosas las decia con llaneza; así, vinieron los demás en el mismo parecer, sin que ninguno de los que mejor sentian se atreviese á chistar; todo procedia, no por razon y justicia, sino por fuerza y violencia. Envióse pues por una parte embajada á los grandes, y por otra mandaron que las compañías de soldados acudiesen á Salamanca. Pasó el Rey á Castilla la Vieja y á Salamanca, y con las gentes que llevaba y allí halló puso cerco sobre Arévalo, que se tenia por los alborotados. Desde allí el arzobispo de Toledo, quitada la máscara, se fué á Avila, ciudad que tenia en su poder, que poco antes le dió el Rey, así aquella tenencia como la de la Mota de Medina. A Avila acudieron los conjurados llamados por el Arzobispo; asimismo el Almirante, como lo tenia acordado, se apoderó de Valladolid, do estos señores pensaban hacer la masa de la gente. Con estas malas nuevas y por el peligro que corria de mayores males, despertado el Rey de su grave sueño, á solas y las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo, habló con Dios, segun se dice, desta manera: «Con humildad, Señor, Cristo hijo de Dios y rey por quien los reyes reinan y los imperios se mantienen, imploro tu ayuda; á tí encomiendo mi estado y mi vida; solamente te suplico que el castigo, que confieso ser menor que mis maldades, me sea á mí en particular saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille, y haz que la gente en comun no reciba por mi causa algun grave daño.» Dicho esto, muy de priesa se volvió á Salamanca. Los alborotados en Avila acordaron de acometer una cosa memorable; tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nacion; pero bien será se relate para que los reyes por este ejemplo aprendan á gobernar primero á sí mismos, y despues á sus vasallos, y adviertan cuántas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada, y que el resplandor del nombre real y su grandeza mas consiste en el respeto que se le tiene que en fuerzas; ni el Rey, si le miramos de cerca, es otra cosa que un hombre con los deleites flaco; sus arreos y la escarlata ¿de qué sirve sino de cubrir como parche las grandes llagas y graves congojas que le atormentan? Si le quitan los criados, tanto mas miserable; que con la ociosidad y deleites mas sabe mandar que hacer ni remediarse en sus necesidades. La cosa pasó desta manera. Fuera de los muros de Avila levantaron un cadahalso de madera en que pusieron la estatua del rey don Enrique con su vestidura real y las demás insignias de rey, trono, cetro, corona; juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decian tenia cometidos. Leíase la sentencia, y desnudaban la estatua poco á poco y á ciertos pasos de todas las insignias reales; últimamente, con grandes baldones la echaron del tablado abajo. Hízose este auto un miércoles, á 5 de junio. Con esto el infante don Alonso, que se halló presente á todo, fué puesto en el cadahalso y levantado en los hombros de los nobles, le pregonaron por rey de Castilla, alzando por él, como es de costumbre, los estandartes reales. Toda la muchedumbre apellidaba como suele: Castilla, Castilla por el rey don Alonso, que fué meter en el caso todas las prendas posibles y jugar á resto abierto. Como se divulgase tan grande resolucion, no fueron todos de un parecer; unos alababan aquel hecho, los mas le reprehendian. Decian, y es así, que los reyes nunca se mudan sin que sucedan grandes daños; que ni en el mundo hay dos soles, ni una provincia puede sufrir dos cabezas que la gobiernen; llegó la disputa á los púlpitos y á las cátedras. Quién pretendia que, fuera de herejía, por ningun caso podrian los vasallos deponer al rey; quién iba por camino contrario. Hizo el nuevo Rey mercedes asaz de lo que poco le costaba, en particular á Gutierre de Solís, por contemplacion del

maestre de Alcántara, su hermano, dió la ciudad de Coria con título de conde. Las ciudades de Búrgos y de Toledo aprobaron sin dilacion lo que hicieron los grandes. Al contrario, no pocos señores comenzaron á mostrarse con mas fervor por el rey don Enrique; teníanle muchos compasion, y parecíales muy mal á todos que le hobiesen afrentado por tal manera. Pensaban otrosí que en lo de adelante daria mejor órden en sus costumbres y eso mismo en el gobierno. Don García de Toledo, conde de Alba, ya reconciliado con el Rey, acudió luego con quinientas lanzas y mil de á pié. La Reina y la infanta doña Isabel fueron enviadas al rey de Portugal para alcanzar por su medio le enviase gentes de socorro. Habláronle en la ciudad de la Guardia, á la raya de Portugal; pero fuera del buen acogimiento que les hizo y buenas palabras que les dió, no alcanzaron cosa alguna. Las gentes de los señores acudieron á Valladolid; las del Rey á Toro, mas en número que fuertes. Los rebeldes, muy obstinados en su propósito, cargaron sobre Peñaflor. Defendiéronse los de dentro animosamente, que fué causa de que, tomada la villa, le allanasen los muros. Querian con este rigor espantar á los demás. Acudieron á Simancas; el Rey para su defensa despachó al capitan Juan Fernandez Galindo desde Toro con tres mil caballos. Con su llegada cobraron los cercados tanto brio y pasaron tan adelante, que como por escarnio y en menosprecio de los contrarios los mochilleros se atrevieron á pronunciar sentencia contra el arzobispo de Toledo y arrastrar por las calles su estatua, que últimamente quemaron; pequeño alivio de la afrenta hecha al Rey en Avila y satisfaccion muy desigual, así por la calidad de los que hicieron la befa como del á quien se hacia. Alzaron los conjurados el cerco por la resistencia que hallaron, especial que se sabia haberse juntado en Toro un grueso ejército de gentes que acudian al Rey de todas partes, hasta ochenta mil de á pié y catorce mil de á caballo. Con estas gentes marcharon la vuelta de Simancas; en el camino cerca de Tordesillas fué en una escaramuza y encuentro herido y preso el capitan Juan Carrillo, que seguia la parte de los grandes. Ya que estaba para espirar, llamó al Rey y le avisó de cierto tratado para matalle. Declaróle otrosí en particular y en secreto los nombres de los conjurados; mas el rey don Enrique los encubrió con perpetuo silencio por sospechar, como se puede creer, que aquel capitan, aunque á punto de muerte, fingia aquel aviso, ó por odio que tenia contra los que nombraba, ó para congraciarse con el mismo Rey. Llegó pues á poner sus reales junto á Valladolid; no pudo ganar aquella villa por estar fortificada con muchos soldados, demás que en la gente del Rey se veia poca gana de pelear, y á ejemplo del que los gobernaba, una increible y vergonzosa flojedad y descuido. Tornaron en aquel campo á mover tratos de concierto; acordaron de nuevo de hablarse el rey don Enrique y el marqués de Villena. Fué mucho lo que se prometió, ninguna cosa se cumplió; solamente persuadieron al Rey que, pues sus tesoros no eran bastantes para tan grandes gastos, deshiciese el campo; que en breve el infante don Alonso, dejado el nombre de rey, con los demás grandes se reduciria á su servicio. Desta manera derramaron los soldados por ambas partes; y á los grandes que estaban con el Rey, aunque no sirvieron, ó poco, se dieron en Medina del Campo premios muy grandes. Particularmente á don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Calahorra, hizo el Rey merced de las tercias de Guadalajara y toda su tierra; al marqués de Santillana, su hermano, dió la villa de Santander en las Astúrias; al conde de Medinaceli dió á Agreda; al de Alba el Carpio; al de Trastamara la ciudad de Astorga en Galicia con nombre de marqués, sin otras muchas mercedes que á la misma sazon se hicieron á otros señores y caballeros. Los alborotados se partieron para Arévalo. Con su ida Valladolid volvió al servicio del Rey. Tenian al infante don Alonso como preso, y porque trataba de pasarse á su hermano, le amenazaron de matalle; ¡miserable condicion de su reinado! Dél estaban apoderados sus súbditos, y él, en lugar de mandar, forzado á obedecellos. Con todo se tornó á tratar de hacer paces. Prometian los alterados que si la infanta doña Isabel casase con el maestre de Calatrava, se rendirian, así el Maestre como su hermano el de Villena, en cuyas manos y voluntad estaba la guerra y la paz. Daba este consejo el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca. El Rey vino en ello, y con esta determinacion despidieron de la corte al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra por ser muy contrarios al dicho Maestre, que para el dicho efecto hicieron llamar. La Infanta sentia esta resolucion lo que se puede pensar; su pesadumbre grande, sus lágrimas continuas; consideraba y temia una cosa tan indigna. Su camarera mayor, llamada doña Beatriz de Bovadilla, con la mucha privanza que con ella tenia, le preguntó cuál fuese la causa de tantas lágrimas y sollozos. «¿No veis, dice ella, mi desventura tan grande, que siendo hija y nieta de reyes, criada con esperanza de suerte mas alta y aventajada, al presente, vergüenza es decillo, me pretenden casar con un hombre de prendas en mi comparacion tan bajas? ¡Oh grande afrenta y deshonra! No me deja el dolor pasar adelante.» «No permitirá Dios, señora, tan grande maldad, respondió doña Beatriz, no en mi vida, no lo sufriré. Con este puñal, que le mostró desenvainado, luego que llegare, os juro y aseguro de quitalle la vida cuando esté mas descuidado!» ¡Doncella de ánimo varonil! Mejor lo hizo Dios. Desde su villa de Almagro se apresuraba el Maestre para efectuar aquel casamiento, cuando en el camino súbitamente adolesció de una enfermedad que le acabó en Villarubia por principio del año de nuestra salvacion de 1466. Su cuerpo sepultaron en Calatrava en capilla particular. Dijose vulgarmente que las plegarias muy devotas de la Infanta, que aborrecia este casamiento, alcanzaron de Dios que por este medio la librase. Estábale aparejado del cielo casamiento mas aventajado y muy mayores estados. En los bienes y dignidades del difunto sucedieron dos hijos suyos. Don Alonso Tellez Giron, el mayor, conforme al testamento de su padre, quedó por conde de Ureña. Don Rodrigo Tellez Giron, el segundo, hobo el maestrazgo de Calatrava por bula del Papa que para ello tenia alcanzada. Sin estos tuvo otro tercer hijo, llamado don Juan Pacheco, todos habidos fuera de matrimonio. Poco antes de la muerte del Maestre se vió en tierra de Jaen tanta muchedumbre de

langostas, que quitaba el sol. Los hombres atemorizados, cada uno tomaba estas cosas y señales como se le antojaba conforme á la costumbre que ordinariamente tienen de hacer en casos semejantes pronósticos diferentes, movidos unos por la experiencia de casos semejantes, otros por liviandad mas que por razones que para ello haya. En este tiempo, Rodrigo Sanchez de Arévalo, castellano que era en Roma del castillo de Santangel, escribia en latín una historia de España mas pia que elegante, que se llama *Palentina*, por su autor, que fué obispo de Palencia. Dióle aquella iglesia á instancia del rey don Enrique, al cual intituló aquella historia, el pontífice Paulo II, con quien, puesto que era español, el dicho Rodrigo Sanchez tuvo mucho trato y familiaridad.

CAPITULO X.

De la batalla de Olmedo.

Muy revueltas andaban las cosas en Castilla, y todo estaba muy confuso y alterado, no la modestia y la razon prevalecian, sino la soberbia y antojo lo mandaban todo. Veíanse robos, agravios y muertes sin temor alguno del castigo, por estar muy enflaquecida la autoridad y fuerza de los magistrados. Forzadas por esto las ciudades y pueblos, se hermanaron para efecto que las insolencias y maldades fuesen castigadas. A las hermandades, con consentimiento y autoridad del Rey, se pusieron muy buenas leyes para que no usasen mal del poder que se les daba y se estragasen. Comunmente la gente avisada temia no se volviese á perder España y los males antiguos se renovasen por estar cerca los moros de Africa, como en tiempo del rey don Rodrigo aconteció. La ocasion no era menor que entonces, ni menos el peligro á causa de la grande discordia que reinaba en el pueblo y la deshonestidad y cobardía de la gente principal. Pasaron en esto tan adelante, que vulgarmente llamaban por baldon al arzobispo de Toledo don Oppas, en que daban á entender le era semejable y que seria causa á su patria de otro tal estrago cual acarreó aquel Prelado. Estas discordias dieron avilenteza al conde de Fox, que con las armas pretendia apoderarse del reino de Navarra como dote de su mujer, y que se le hacia de mal aguardar hasta que su suegro muriese. Conforme al comun vicio y falta natural de los hombres, hacia él lo que en su cuñado culpaba, el príncipe don Cárlos. Y aun pasaba adelante con su pensamiento, ca queria hacer guerra á Castilla y forzar al rey don Enrique le entregase los pueblos de Navarra, en que tenia puestas guarniciones castellanas. De primera entrada se apoderó de la ciudad de Calahorra y puso cerco sobre Alfaro. Para acudir á este daño despachó el de Castilla á Diego Enriquez del Castillo, su capellan y su coronista, cuya corónica anda de los hechos deste Rey. Llegado, acometió con buenas razones á reportar al Conde; mas como por bien no acabase cosa alguna, juntadas que hobo arrebatadamente las gentes que pudo, le forzó á que, alzado el cerco de priesa, se volviese y retirase. Asimismo la ciudad de Calahorra volvió á la obediencia del Rey, ca los ciudadanos echaron della la guarnicion que el de Fox allí dejó. Desta manera pasaban las cosas de Navarra con poco sosiego. En Cataluña se mejoraba notablemente el partido aragonés. Los contrarios en diversas partes y encuentros fueron vencidos, y muchos pueblos se recobraron por todo aquel estado. Lo que hacia mas al caso, don Pedro el Competidor, yendo de Manresa á Barcelona, falleció de su enfermedad en Granolla un domingo, á 29 de junio. Su cuerpo enterraron en Barcelona en nuestra Señora de la Mar con solemne enterramiento y exequias. El pueblo tuvo entendido que le mataron con yerbas, cosa muy usada en aquellos tiempos para quitar la vida á los príncipes. Yo mas sospecho que le vino su fin por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el ánimo aquejado con los cuidados y penas que le acarreó aquella desgraciada empresa. Este fué solo el fruto que sacó de aquel principado que le dieron y él aceptó poco acertadamente, como lo daba á entender un alcotan con su capirote que traia pintado como divisa en su escudo y blason en sus armas, y debajo estas palabras: «molestia por alegría.» Dejó en su testamento á don Juan, príncipe de Portugal, su sobrino, hijo de su hermana, aquel condado, en que tan poca parte tenia; además que los aragoneses con la ocasion de faltar á los catalanes cabeza, se apoderaron de la ciudad de Tortosa y de otros pueblos. Para remedio deste daño los catalanes, en una gran junta que tuvieron en Barcelona, nombraron por rey á Renato, duque de Anjou, perpetuo enemigo del nombre aragonés; resolucion en que siguieron mas la ira y pasion que el consejo y la razon. A la verdad poca ayuda podian esperar de Portugal, y llamado el duque de Anjou, era caso forzoso que los socorros de Francia desamparasen al rey de Aragon, y por andar el conde de Fox alterado en Navarra, entendian no tendria fuerzas bastantes para la una y la otra guerra. Por el contrario, por miedo desta temp stad el rey de Aragon convidó al duque de Saboya y á Galeazo en lugar de su padre Francisco Esforcia, ya difunto, duque de Milan, para que se aliasen con él. Representábales que Renato con aquel nuevo principado que se le juntaba, si no se proveia, era de temer se quisiese aprovechar de Saboya, que cerca le caia, y de los milaneses por la memoria de los debates pasados. Acometió asimismo á valerse por una parte de los ingleses; por otra, al principio del año de nuestra salvacion de 1467, envió á Pedro Peralta, su condestable, á Castilla para que procurase atraer á su partido y hacer asiento con los señores confederados y conjurados contra su Rey. Y para mejor expedicion le dió comision de concertar dos casamientos de sus hijos, doña Juana y don Fernando, con el infante don Alonso, hermano del rey don Enrique, y con doña Beatriz, hija del marqués de Villena; tan grande era la autoridad de aquel caballero poco antes particular, que pretendia ya segunda vez mezclar su sangre y emparentar con casa real. Ayudábale para ello el arzobispo de Toledo, clara muestra de la grande flaqueza y poquedad del rey don Enrique. Verdad es que ninguno destos casamientos tuvo efecto. Al infante don Alonso asimismo poco antes le sacaron de poder del arzobispo de Toledo con esta ocasion. El conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, reconciliado que se hobo con el rey don Enrique, alcanzó del le hi-

ciese merced de la villa de Portillo, de que en aquella revuelta de tiempos estaba ya él apoderado. Deseaba servir este beneficio y merced con alguna hazaña señalada. El infante don Alonso y el arzobispo de Toledo, donde algun tiempo estuvieron, pasaban á Castilla la Vieja. Hospedólos el Conde en aquel pueblo. El aposento del Infante se hizo en el castillo; á los demás dieron posadas en la villa. Como el dia siguiente tratasen de seguir su camino, dijo no daria lugar para que el Infante estuviese mas en poder del Arzobispo. Usar de fuerza no era posible por el pequeño acompañamiento que llevaban y ningunos tiros ni ingenios de batir; sujetáronse á la necesidad. El rey don Enrique, alegre por esta nueva, en pago deste servicio le dió intencion de dalle el maestrazgo de Santiago, que el Rey tenia en administracion por el Infante, su hermano. Merced grande, pero que no surtió efecto por la astucia del marqués de Villena, con quien el de Benavente comunicó este negocio y puridad. Pensaba por estar casado con hija del Marqués que no le pondria ningun impedimento. Engañóle su pensamiento, en el Marqués quiso mas aquella dignidad y rentas para sí que para su yerno; y no hay leyes de parentesco que basten para reprimir el corazon ambicioso. De aquí resultaron entre aquellos dos señores odios inmortales y asechanzas que el uno al otro se pusieron. El Marqués era mañoso. Hizo tanto con el Conde, que restituyó el infante don Alonso á los parciales. Con esto la esperanza de la paz se perdió y volvieron á las armas. El rey don Enrique sintió mucho esto por ser muy deseoso de la paz, en tanto grado, que sin tener cuenta con su autoridad, de nuevo tornó á tener habla con el marqués de Villena, primero en Coca, villa de Castilla la Vieja, y despues en Madrid; y aun para mayor seguridad del Marqués puso aquella villa como en tercería en poder del arzobispo de Sevilla. No fueron de efecto alguno estas diligencias, dado que doña Leonor Pimentel, mujer del conde de Plasencia, acudió allí, llamada de consentimiento de las partes por ser hembra de grande ánimo y muy aficionada al servicio del Rey; por este respeto juzgaban seria á propósito para reducir á su marido y á los demás alterados y concertar los debates. Tenia el marqués de Villena mas maña para valerse que el rey don Enrique recato para guardarse de sus trazas. Concertaron nueva habla para la ciudad de Plasencia. Los grandes que andaban en compañía del Rey llevaban mal estos tratos. Temian algun engaño, y decian no era de sufrir que aquel hombre astuto se burlase tantas veces de la majestad real. De Madrid pasó el Rey á Segovia al principio del estío; los rebeldes se apoderaron de Olmedo. Entrególes aquella villa Pedro de Silva, capitan de la guarnicion que allí tenia. La Mota de Medina se tenia por el arzobispo de Toledo. Los moradores de aquella villa por el mismo caso eran molestados, y corria peligro de que los señores no se apoderasen della. El rey don Enrique, movido por el un desacato y por el otro, mandó hacer grandes levas de gente. Llamó en particular á los grandes; acudió el conde de Medinaceli, el obispo de Calahorra y el duque de Alburquerque don Beltran, que hasta entonces estuvo fuera de la corte. Asimismo Pero Hernandez de Velasco, alcanzado perdon de su yerro pasado, fué enviado por su padre con setecientos de á caballo y un fuerte escuadron de gente de á pié. Por este servicio alcanzó se le hiciese merced de los diezmos del mar; así se dice comunmente y es cierto que se los dió. Era tanto el miedo del Rey y el deseo que tenia de ganar á los grandes, que para asegurar en su servicio al marqués de Santillana puso en su poder á su hija la princesa doña Juana, y así la llevaron á su villa de Buitrago; grande mengua. Todos los grandes vendian lo mas caro que podian su servicio á aquel Príncipe cobarde; persuadíanse que con aquello se quedarian que alcanzasen y apañasen en aquellas revueltas. Despues que el Rey tuvo junto un buen ejército, enderezó su camino la vuelta de Medina. Llegó por sus jornadas á Olmedo; los conjurados, con intento de impedir el paso á la gente del Rey, salieron de aquella villa puestos en ordenanza. El rey don Enrique deseaba excusar la batalla; su autoridad era tan poca y los suyos tan deseosos de pelear, que no les pudo ir á la mano. La batalla, que fué una de las mas señaladas de aquel tiempo, se dió á 20 de agosto, dia de san Bernardo. Encontráronse los dos ejércitos, pelearon por grande espacio y despartiéronse sin que la victoria del todo se declarase, dado que cada cual de las dos partes pretendia ser suya. La escuridad de la noche hizo que se retirasen. Los parciales se volvieron á Olmedo con el infante don Alonso; las gentes del Rey, que eran dos mil infantes y mil y setecientos caballos, prosiguieron su camino y pasaron á Medina del Campo. El rey don Enrique no se halló en la batalla. Pedro Peralta le aconsejó, ya que estaban para cerrar las haces, se saliese del peligro; algunos cuidaron fué engaño y trato doble á causa que de secreto favorecia á los conjurados, á los cuales habia venido por embajador. En particular era amigo del arzobispo de Toledo, á cuyo hijo, llamado Troilo, dió poco antes por mujer á doña Juana, su hija y heredera de su estado. Tampoco se halló presente el marqués de Villena por estar embarazado en el reino de Toledo, á causa de la junta y capítulo que tenian los treces de Santiago, que por el mismo tiempo le nombraron por maestre de aquella órden; debió ser con beneplácito del Rey, tal fué su diligencia, su autoridad y su maña. Con esto él creció grandemente en poder, y el recelo y temor de los demás grandes, pues con ser él el principal autor de toda aquella tragedia, al tiempo que otro fuera castigado, de nuevo acumulaba nuevas dignidades y juntaba mayores riquezas. En Navarra tenia el gobierno por su padre doña Leonor, condesa de Fox, en el tiempo que por diligencia de don Nicolás Echavarri, obispo de Pamplona, recobraron los navarros á Viana, que hasta entonces quedó en poder de castellanos. Un hijo desta señora, llamado Gaston, como su padre, de madama Madalena, su mujer, hermana que era de Luis, rey de Francia, hobo á esta sazon un hijo, llamado Francisco, al cual por su grande hermosura le dieron sobrenombre de Febo. Otra hija del mismo, que se llamó doña Catalina, por muerte de su hermano juntó por casamiento el reino de Navarra con el estado de Labrit, que era una nobilísima casa y linajo de Francia, como se declara en su lugar. Hacia de ordinario su residencia el rey de Aragon en Tarragona

para proveer desde allí á la guerra de Cataluña; y dado que era de grande edad y tenia perdida la vista de ambos ojos, todavía el espíritu era muy vivo y el brio grande. En aquella ciudad concertó de casar una hija suya bastarda, llamada doña Leonor, con don Luis de Biamonte, conde de Lerin. Desposólos, á 22 de enero del año 1468, don Pedro de Urrea, arzobispo de aquella ciudad y patriarca de Alejandría. Señaláronle en dote quince mil florines, todo á propósito de ganar aquella familia poderosa y rica en el reino de Navarra; buen medio, si la deslealtad se dejase vencer con algunos beneficios. Hacíanse las Cortes de Aragon en la ciudad de Zaragoza; presidia en ellas la Reina en lugar de su marido. Allí, de enfermedad que le sobrevino, falleció, á 13 de febrero, con grande y largo sentimiento del Rey. Dolíase que siendo él viejo y su hijo de poca edad, les hobiese faltado el reparo de una hembra tan señalada. A la verdad ella era de grande y constante ánimo, no menos bastante para las cosas de la guerra que para las del gobierno. Poco antes de su muerte tuvo habla con doña Leonor, su antenada, condesa de Fox, en Egea, á la raya de Aragon, do pusieron alianza en que expresaron que los mismos tuviesen las dos por amigos y por enemigos; palabras de ánimo varonil y mas de soldados que de mujeres. Su cuerpo fué sepultado en Poblete. De sola una cosa la tachan comunmente, que fué la muerte del príncipe don Cárlos, su antenado; así lo hablaba el vulgo. Añaden que la memoria deste caso la aquejó mucho á la hora de su muerte, sin que ninguna cosa fuese bastante para aseguralla y sosegar su conciencia muy alterada. Las revoluciones y parcialidades dan lugar á hablillas y patrañas.

CAPITULO XI.

Cómo falleció el infante don Alonso.

Llegó la fama de las alteraciones de Castilla á Roma; en especial el rey don Enrique por sus cartas hacia instancia con el pontífice Paulo II para que privase á los obispos sediciosos de sus dignidades y pusiese pena de descomunion á los grandes, si no sosegaban en su servicio. Por esta causa Antonio Venerio, obispo de Leon, enviado á Castilla por nuncio con poderes bastantes, despues de la batalla de Olmedo, en que se halló presente, primero fué á hablar al rey don Enrique en Medina del Campo, teniendo en esto consideracion á su autoridad real; despues como procurase hablar con los conjurados, apenas pudo alcanzar que para ello le diesen lugar, antes le despidieron primera y segunda vez con palabras afrentosas, y pusieran en él las manos si no fuera por tener respeto á su dignidad. Como amenazase de descomulgallos, respondieron que no pertenecia al Pontífice entremeterse en las cosas del reino. Juntamente interpusieron apelacion de aquella descomunion para el concilio próximo, condicion muy propia de ánimos endurecidos y obstinados en la maldad, que siempre se adelante en el mal hasta despeñarse, y quiera remediar un daño con otro mayor, sin moverse por algun escrúpulo de conciencia. Sucedió un nuevo inconveniente para el Rey que mucho le alteró, y fué que don Juan Arias, obispo de Segovia, por satisfacerse de la prision que se hizo en la persona de Pedro Arias, su hermano, contador mayor sin alguna culpa suya, solo por engaño del arzobispo de Sevilla, olvidado de las mercedes recebidas y que su hermano ya estaba puesto en libertad, se determinó entregar aquella ciudad de Segovia á los parciales. Ayudáronle para ello Prejano, su vicario, y Mesa, prior de San Jerónimo, con quien se comunicó. Es aquella ciudad fuerte y grande, puesta sobre los montes con que Castilla la Vieja parte término con la Nueva, que es el reino de Toledo. Acudieron todos los grandes como tenian concertado. Fué tan grande el sobresalto, que la Reina, que allí se halló, y la duquesa de Alburquerque apenas pudieron alcanzar les diesen entrada en el castillo, á causa que Pedro Munzares, el alcaide, de secreto era tambien uno de los parciales. La infanta doña Isabel, como sabidora de aquella revuelta y trato, se quedó en el palacio real, y tomada la ciudad, se fué para el infante don Alonso, su hermano, con intento de seguir su partido. Estas nuevas y fama llegaron presto á Medina del Campo, do el rey don Enrique se hallaba, con que recibió mas pena que de cosa en toda su vida, por haber perdido aquella ciudad, ca la tenia como por su patria, y en ella sus tesoros y los instrumentos y aparejos de sus deportes. Desde este tiempo, por hallarse no menos falto de consejo que de socorro, comenzó á andar como fuera de sí. No hacia confianza de nadie. Recelábase igualmente de los suyos y de los enemigos, de todos se recataba, y de repente se trocaba en contrarios pareceres. Ya le parecia bien la guerra, poco despues queria mover tratos de paz, cosa que por su natural descuido y flojedad siempre prevalecia. Señaló la villa de Coca para tener habla de nuevo con el marqués de Villena, magüer que los suyos se lo disuadian, y como no fuesen oidos, los mas le desampararon. En Coca no se efectuó cosa alguna; pareció se tornasen á ver en el castillo de Segovia. Allí se hizo concierto con estas capitulaciones, que no fué mas firme y durable que los pasados. Las condiciones eran: el castillo de Segovia se entregue al infante don Alonso; el rey don Enrique tenga libertad de sacar los tesoros que allí están, mas que se guarden en el alcázar de Madrid, y por alcaide Pedro Munzares; la Reina para seguridad que se cumplirá esto esté en poder del arzobispo de Sevilla; cumplidas estas cosas, dentro de seis meses próximos, los grandes restituyan al Rey el gobierno y se pongan en sus manos. Vergonzosas condiciones y miserable estado del reino. ¡Cuán torpe cosa que los vasallos para allanarse pusiesen leyes á su Príncipe, y tantas veces hiciesen burla de su majestad! La mayor afrenta de todas fué que la Reina en el castillo de Alabejos, do la hizo llevar el Arzobispo conforme á lo concertado, puso los ojos en un cierto mancebo, y con la conversacion que tuvieron se hizo preñada, que fué grave maldad y deshonra de toda España y ocasion muy bastante para que el poco crédito que se tenia de su honestidad pasase muy adelante y la causa de los rebeldes ya pareciese mejor que antes. El Rey, cercado de trabajos y menguas tan grandes, desamparado casi de todos y como fuera de sí, andaba por diversas partes casi como particular, acompañado de solos diez de á caballo. Acordó por postrer remedio

de hacer prueba de la lealtad del conde de Plasencia y entrarse por sus puertas y ponerse en sus manos. Fué allí muy bien recebido, y entretúvose en el alcázar de aquella ciudad por espacio de cuatro meses. En este tiempo, por muerte del cardenal Juan de Mela, que despues de don Pedro Lujen tuvo encomendada la iglesia de Sigüenza, aquel obispado se dió á don Pedro Gonzalez de Mendoza, sin embargo que don Pero Lopez, dean de Sigüenza desde los años pasados, como elegido por votos del cabildo, pretendia y traia pleito contra el dicho cardenal Mela. Envió el Papa un nuevo nuncio para convidar á los grandes que se redujesen al servicio de su Rey, y porque no obedecian, últimamente los descomulgó. No se espantaron ellos por esto ni se emendaron, bien que lo sintieron mucho, tanto, que enviaron á Roma sus embajadores; mas no les fué dado lugar para hablar con el Pontífice ni aun para entrar en la ciudad antes que hiciesen juramento de no dar título de rey al infante don Alonso. Ultimamente, en consistorio el Papa con palabras muy graves los reprehendió y amonestó que avisasen en su nombre á los rebeldes procederia con todo rigor contra ellos si no se emendaban; que semejantes atrevimientos no pasarian sin castigo; si los hombres se descuidasen debian temer la venganza de Dios. Añadió que sentia mucho que aquel Príncipe mozo por pecados ajenos seria castigado con muerte antes de tiempo. No fué vana esta profecía ni falsa. Con esta demonstracion del Pontífice las cosas del rey don Enrique se mejoraron algun tanto, en especial que por el mismo tiempo se redujo á su obediencia la ciudad de Toledo con esta ocasion. Era Pero Lopez de Ayala alcalde de aquella ciudad; su cuñado fray Pedro de Silva, de la órden de Santo Domingo, obispo de Badajoz, á la sazon estaba en Toledo; el cual, comunicado su intento con doña María de Silva, su hermana, mujer del Alcalde, dió al Rey aviso de lo que pensaba hacer, que era entregalle la ciudad. Acudió él sin dilacion, y en dos dias llegó desde Plasencia á Toledo para prevenir con su presteza no hiciese el pueblo alguna alteracion. Entró muy de noche, hospedóse en el monasterio de los dominicos, que está en medio y en lo mas alto de la ciudad. Luego que se supo su llegada, tocaron al arma con una campana; acudió el pueblo alborotado. Pero Lopez de Ayala como supo lo que pasaba, pretendia que el rey don Enrique no saliese en público ni se pasase adelante en aquella traza. Alegaba que le perderian el respeto; así, pasada la media noche, cuando el alboroto estaba sosegado, se salió de la ciudad. Partióse el Rey muy triste, y en su compañía Perafan de Ribera, hijo de Pelayo de Ribera, y dos hijos de Pero Lopez de Ayala, Pedro y Alonso. Al salir de la ciudad reconoció el Rey el cansancio de su caballo, que habia caminado aquel dia diez y ocho leguas. Pidió á uno de los que le acompañaban le diese el suyo; no quiso. Vista esta cortedad, los dos hijos de Pero Lopez de Ayala á priesa se arrojaron de sus caballos, y de rodillas suplicaron al Rey se sirviese dellos, del uno para su persona, del otro para su paje de lanza. El Rey los tomó y partió de la ciudad acompañándole á pié aquellos caballeros que le dieron los caballos. Llegados á Olías, hizo el Rey merced á Pero Lopez de Ayala de setenta mil maravedís de juro perpetuo cada un año. El Obispo asimismo fué forzado á dejar la ciudad. Todo lo cual se trocó en breve; los ruegos, importunaciones y lágrimas de su mujer pudieron tanto con el Alcalde, que arrepentido de lo hecho, dentro de cuatro dias tornó á llamar al Rey. Volvió pues, y halló las cosas en mejor estado que pensaba. Solo por la instancia que hizo el pueblo y por su importunidad les confirmó sus antiguos privilegios y les otorgó otros de nuevo. A Pero Lopez de Ayala en remuneracion de aquel servicio dió título de conde de Fuensalida, y de nuevo le encomendó el gobierno de aquella ciudad, con que el Rey se partió para Madrid. Allí hizo prender al alcaide Pedro Munzares por no estar enterado de su lealtad; contentóse de quitalle la alcaidía, y con tanto poco despues le soltó de la prision. Alteró grandemente la pérdida de Toledo á los parciales, tanto, que salieron de Arévalo, do tenian la masa de su gente, con intento de poner cerco á aquella ciudad. Marchaba la gente la vuelta de Avila, cuando un desastre y revés no pensado desbarató sus pensamientos. Esto fué que en Cardeñosa, lugar que está en el mismo camino, dos leguas de Avila, sobrevino de repente al infante don Alonso una tan grave dolencia, que en breve le acabó. Falleció á 5 de julio; su cuerpo, vuelto á Arévalo, le sepultaron en San Francisco; dende los años adelante le trasladaron al monasterio de Miraflores de cartujos de la ciudad de Búrgos. De la manera y causa de su muerte hobo pareceres diferentes; unos dijeron que murió de la peste que por aquella comarca andaba muy brava; los mas sentian que le mataron con yerbas en una trucha, y que se vieron desto señales en su cuerpo despues de muerto. Alonso de Palencia en la historia deste tiempo y en sus *Décadas*, que compuso como coronista del mismo infante, con la libertad que suele, no dudó de contar esto por cierto, hasta señalar por autor de aquella maldad y parricidio al marqués de Villena, maestre de Santiago, lo que yo no creo. Porque ¿á qué propósito un señor tan principal habia de manchar su sangre y casa con hecho tan afrentoso? O ¿qué ocasion le pudo dar para ello un mozo que apenas era de diez y seis años? Sospecho que las grandes alteraciones y la corrupcion de los tiempos dieron ocasion á que la historia en alabar á unos y murmurar de otros, conforme á las aficiones de cada cual, ande por este tiempo estragada.

CAPITULO XII.

Que el príncipe de Aragon don Fernando fué nombrado por rey de Sicilia.

Renato, duque de Anjou, sin dilacion aceptó el principado que de su voluntad los catalanes le ofrecian. Movíale á aceptar la ambicion sin propósito, enfermedad ordinaria, y el deseo que tenia de vengar en España los agravios que los aragoneses le hicieron en Italia. Verdad es que él por su larga edad no pudo ir allá; envió á su hijo, llamado Juan, duque que era de Lorena, de quien arriba se dijo fué echado de Italia, para apoderarse de aquel estado; pretendia ayudarse de sus fuerzas y de los socorros de Francia. El rey Francés, pospuesta la confederacion que tenia con Aragon asentada, le envió alguna ayuda despues que hobo puesto fin

á la guerra civil y muy áspera que tuvo con su hermano el duque de Berri, y con Cárlos, duque de Borgoña; parte poco adelante le trajo Juan, conde de Armeñac, con quien el de Lorena, no solo tenia puesta confederacion, sino tambien asentada hermandad para acudirse el uno al otro en las cosas de la guerra. Con tantas ayudas como tuvo, el de Lorena dió alegre principio á esta empresa; el remate fué diferente. La ciudad de Barcelona, luego que vino, le abrió las puertas. Tratóse de la guerra, y acordaron hacer el mayor esfuerzo por la parte de Ampúrias. Acudió el rey de Aragon á la defensa, aunque viejo y ciego. Cerca de Rosas en un encuentro fué desbaratada cierta banda de aragoneses. La fuerza del ejército francés marchó la vuelta de Girona con intento, si Pedro de Rocaberti, que tenia el cargo de la guarnicion, y los demás capitanes saliesen de la ciudad, presentalles la batalla; si se defendiesen dentro de los muros, tenian esperanza con cerco de apoderarse de aquella ciudad fuerte y rica. Sacaron los aragoneses su gente con grande ánimo; hobo algunos encuentros, siempre con mayor daño de los de fuera que de los de dentro. Acudió el príncipe don Fernando, metió todas sus gentes dentro de la ciudad; con tanto hizo que se alzase el cerco. En breve aquella alegría se destempló y trocó en grave pesadumbre. Salió don Fernando de la ciudad, y en una batalla que se dió cerca de un pueblo llamado Villademar le desbarató cierta parte del ejército francés; y muertos muchos de los aragoneses, el Príncipe se salvó por los piés. Quedó preso y en poder de los enemigos Rodrigo Rebolledo, capitan de gran nombre, cuya diligencia que hizo y esfuerzo de que usó en la defensa del Príncipe fué grande. Los primeros ímpetus de los franceses, mas fuertes que de varones, con maña y dilacion mas que con fuerza se han de rebatir. Tomaron este acuerdo, y por estar cerca el invierno, pusieron guarniciones en lugares á propósito, y dejaron á don Alonso de Aragon para que tuviese cuidado de aquella guerra. Hecho esto, el príncipe don Fernando se partió para Zaragoza, do se tenian Cortes á los aragoneses, y se halló presente á la enfermedad de su madre la Reina y á su muerte, de que queda hecha mencion. Difunta su madre y por estar su padre ciego y en edad de setenta años, fué necesario que las cosas de la paz y de la guerra, cargasen sobre los hombros del príncipe don Fernando, que, aunque de poca edad, daba grandes muestras de virtudes y de un natural excelente. Era menester que tuviese autoridad para gobernar cosas tan grandes; por esto en aquella ciudad fué nombrado por rey de Sicilia como compañero de su padre en aquella parte. Esto sucedió casi á los mismos dias y tiempo en que el infante don Alonso de Castilla pasó desta vida, como queda dicho. El cielo le aparejaba mayor imperio en Italia y en España y la gloria de deshacer el reino de los moros de Granada. Sabida que fué en Zaragoza la muerte del infante don Alonso, luego fué Pedro Peralta con muy bastantes poderes enderezados á los grandes parciales de Castilla para pedilles diesen á la infanta doña Isabel por mujer á don Fernando. Su padre el rey de Aragon se quedó en Zaragoza, y él se volvió á Cataluña á continuar la guerra, que se hacia por mar y por tierra con gran riesgo del partido de Aragon. Lo que mas deseaba el de Lorena era apoderarse de Girona por entender, tomada aquella ciudad, en todo lo demás no hallaria resistencia. Con esta resolucion se volvió á Francia para hacer nuevas juntas de gentes, como lo hizo con tanta diligencia, que solo en lo de Ruisellon y lo de Cerdania levantó quince mil hombres, fuerzas contra las cuales, juntas con las gentes que antes tenia, los aragoneses no eran bastantes, tanto, que no pudieron meter en Girona, que de nuevo la tenian cercada y con gran porfía la batian, ni vituallas ni socorros. Verdad es que por el esfuerzo y diligencia de don Juan Melgueríte, obispo de aquella ciudad y de los otros capitanes que dentro estaban, magüer que el peligro fué grande, la ciudad se defendió. Entre tanto que combatian á Girona, el rey don Fernando volvió sus fuerzas á otra parte, y se apoderó de un pueblo, llamado Verga, por entrega de los de dentro, que le hicieron á 17 de setiembre. Con esta toma, aunque no de mucha importancia, se comenzaron á mejorar las cosas, mayormente que el rey de Aragon á la misma sazon recobró la vista, cosa de milagro. Fué así, que un judío, natural de Lérida, llamado Abiabar, gran médico y astrólogo, se encargó de la cura, y mirado el aspecto de las estrellas, á 11 de setiembre, con una aguja le derribó la catarata del ojo derecho, con que de repente comenzó á ver. Rehusaba el Judío volver á probar cosa tan peligrosa como aquella; decia que el aspecto de las estrellas ni era ni seria en mucho tiempo favorable y que bastaba servirse del un ojo; ¿á qué propósito intentar con peligro lo que excedia las fuerzas humanas? Parecia bien lo que decia á los mas prudentes; pero como quier que el Rey hiciese instancia, á 12 de octubre se volvió á la misma cura, con que quedó tambien sano el ojo izquierdo. Esta alegría, que por la salud del Rey fué, como era razon, muy grande, se aumentó mucho y en breve por alzarse el cerco de Girona, que tenia á todos puestos en mucho miedo. Fué la causa sobrevenir el invierno y la falta que los enemigos tenian de cosas necesarias. Así, la prontitud y alegría con que los franceses vinieron parecia haberse caido, y que cada dia la empresa se hacia mas dificultosa. En Portugal se desposó el príncipe don Juan con doña Leonor, su prima, olvidado del concierto hecho con Castilla de casar con doña Juana. La poca honestidad y poco recato de aquella Reina confirmaban mucho la opinion de los que decian que su hija era habida de mala parte. El padre de la desposada doña Leonor, que era don Fernando, duque de Viseo, apercebida una armada en que pasó á Africa, ganó allí algunas victorias de los moros, y vuelto á su tierra, de su mujer doña Beatriz, hija de don Juan, maestre que fué de Santiago en Portugal, le nació un hijo, llamado don Emanuel, que los años adelante por voluntad de Dios vino á heredar el reino de Portugal. Cuentan los portugueses que en su nacimiento se vieron señales en el cielo que pronosticaban la gloria de aquel Infante y su majestad, como gente muy aficionada á sus reyes y que gusta de hallar cualquier camino y motivo para honrallos.

CAPITULO XIII.

Que ofrecieron el reino de Castilla á la infanta doña Isabel.

La muerte del infante don Alonso fué ocasion que muchos se redujesen al servicio del rey don Enrique; pero la paz duró poco, y la guerra que luego resultó fué larga y grave, con que las fuerzas de España quedaron quebrantadas. La ciudad de Búrgos volvió á la obediencia del rey don Enrique, á ejemplo de Toledo y á persuasion de Pero Fernandez de Velasco. Juntamente en Madrid el arzobispo de Sevilla, el conde de Benavente y otros grandes le hicieron de nuevo sus homenajes. Los parciales, por verse de repente despojados de la ayuda y arrimo del mal logrado Infante, para tener persona en cuyo nombre ellos reinasen, trajeron á la infanta doña Isabel desde Arévalo á la ciudad de Avila. Allí se resolvieron de ofrecelle el nombre de reina y las insignias reales. Tomó el arzobispo de Toledo la mano y cuidado de persuadille aceptase el reino, que de derecho y razon decia era suyo. Relató por menudo la afrenta de la casa real, la cobardía, el descuido, la deshonestidad, los partos adulterinos, con peligro que los que no debian heredasen el reino ajeno, las infamias perpetuas de toda la nacion; para cuyo remedio era menester su autoridad, su sombra y su amparo. Que no era justo rehusase ponerse á cualquier trabajo y peligro por el bien comun de la patria. A todo esto respondió ella. «Yo os agradezco mucho esta voluntad y aficion que mostrais á mi servicio, y deseo poder en algun tiempo gratificalla; pero aunque la voluntad es buena, que estos vuestros intentos no agradan á Dios da bien á entender la muerte de mi hermano mal logrado. Los que desean cosas nuevas y mudanza de estado ¿qué otra cosa acarrean al mundo sino males mas graves, parcialidades, discordias, guerras? Por los evitar ¿no será mejor disimular cualquier otro daño? Ni la naturaleza de las cosas ni la razon de mandar sufre que haya dos reyes. Ningun fruto hay temprano y sin sazon que dure mucho; yo deseo que el reino me venga muy tarde para que la vida del Rey sea mas larga y su majestad mas durable. Primero es menester que él sea quitado de los ojos de los hombres que yo acometa á tomar el nombre de reina. Volved pues el reino á don Enrique, mi hermano, y con esto restituiréis á la patria la paz. Este tendré yo por el mayor servicio que me podeis hacer, y este será el fruto mas colmado y gustoso que desta vuestra aficion podrá resultar.» Forzó aquella modestia á que, no solo aprobasen su determinacion, sino que la alabasen, maravillados todos los que presentes estaban de la grandeza de su corazon, que menospreciaba lo que por alcanzar otros se meten por el fuego y por las espadas; por el mismo caso la juzgaban por mas digna del nombre real que le ofrecian. Pero era pesada á todos tan larga tempestad de discordias, y así se comenzaron á inclinar á la paz; mayormente que el rey don Enrique por sus embajadores les ofreció perdon si se reducian á su servicio. Con este intento el arzobispo de Sevilla á ruegos de los grandes y por permision del Rey fué á Avila, por cuyo medio é ayudado tambien por su parte de Andrés de Cabrera, mayordomo de la casa real, se asentó la paz con estas capitulaciones: la infanta doña Isabel sea declarada y jurada por heredera del reino y por princesa; para su acostamiento le entreguen las ciudades de Avila y Ubeda, las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona, que son pueblos muy apartados entre sí, con tal condicion que jure de no casarse sin consentimiento del Rey; con la Reina se hará divorcio con beneplácito del Papa; hecho esto, ella y su hija sean enviadas á Portugal; á los conjurados sea dado perdon y restituidos todos sus bienes y oficios y cargos que en tiempo de las revueltas les quitaron; para que todas estas cosas se efectuasen señalaron tiempo de cuatro meses. Estas capitulaciones no contentaron al marqués de Santillana y á sus hermanos, que por el mismo tiempo eran venidos á Madrid, y juzgaban les era mas á propósito tener en su poder á la pretensa princesa doña Juana, tanto mas, que por el mismo tiempo la Reina, con ayuda de Luis de Mendoza, del castillo en que la tenian, se fué una noche á Buitrago á verse y estar con su hija. El sentimiento del arzobispo de Sevilla, que la tenia encomendada, por esta causa fué grande. En el tiempo que estuvo detenida parió dos hijos, á don Fernando y á don Apóstol; tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el Real, monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de quel convento este cuidado por ser parienta de don Pedro, padre de aquellas criaturas, y el mismo don Pedro muy cercano deudo del arzobispo de Sevilla. Sin embargo, se señaló el monasterio de Guisando, que está entre Cadahalso y Cebreros y á la mitad del camino que hay desde Madrid á la ciudad de Avila, para que allí los grandes alterados tuviesen habla con el Rey. En aquella habla se hicieron muchos conciertos y sacaron grandes condiciones y partidos. Todos se persuadian se quedarian con todo lo que en aquella sazon cada cual alcanzase, y que el Rey y su hermana vendrian en cualquier partido, por estar muy cansados de la guerra y deseosos grandemente de la paz. Refieren otrosí que el Rey y marqués de Villena tuvieron habla en secreto, sin que se sepa lo que en ella acordaron. Solo por lo que adelante sucedió entendieron se enderezó todo á asegurar sus cosas el de Villena y aumentar su casa y estados. El obispo Antonio Venerio, nuncio del Papa, absolvió á los grandes del homenaje hecho al infante don Alonso, demás que pretendian por su muerte, alteradas las cosas, cesar la obligacion que le tenian. Con esto hicieron de nuevo sus homenajes al rey don Enrique; y la infanta doña Isabel de comun consentimiento fué jurada tambien por princesa heredera del reino. Lo uno y lo otro se hizo á los 19 de setiembre, dia lúnes. A los demás conjurados se dió perdon. El enojo que el Rey tenia muy mayor contra los dos hermanos Arias, que estaban apoderados de la ciudad de Segovia, ejecutó con aquella ocasion de haber concertado las paces y restituídole las ciudades, en que al momento les quitó el alcázar de Segovia, que tenian á su cargo, y el gobierno de aquella ciudad, y le entregó á Andrés de Cabrera; ocasion y escalon para alcanzar adelante gran poder y muchas riquezas. Por este tiempo en tierra de Toledo, en un lugar que se llama Peromoro, corrió de los haces que ciertos hombres seguban gran copia de sangre, cosa que

al presente causó gran maravilla, y adelante se entendió era anuncio y pronóstico de los grandes males que sobre los pasados avinieron á España. El marqués de Villena, vuelto á la privanza de antes, se comenzó de nuevo á apoderar de todo, con disgusto de los demás grandes; gran descuido y poquedad del rey don Enrique; tanto mas, que á persuasion del Marqués, y en su compañía su hermana la infanta doña Isabel, se fué á Ocaña, casi al principio del año 1469. Tenia el de Villena intento de casar la Infanta con el rey de Portugal, y á su persuasion vino por embajador sobre el caso don Alonso de Noguera, arzobispo de Lisboa, acompañado de otras personas principales. Por el contrario, el arzobispo de Toledo pretendia casarla con don Fernando, rey de Sicilia; y despues de partido Pedro Peralta, embajador de Aragon, no cesaba de hablarla en este propósito, á que ella de suyo se inclinaba; y aun como la hablasen en el casamiento de Portugal, respondió llanamente que no era su voluntad ni le queria. Aconsejaba el de Villena que le hiciesen fuerza y por mal la constriñesen á conformarse. El rey don Enrique, dudoso de lo que haria, en fin se resolvió en lo que le pareció ser mas seguro, de despedir por entonces los embajadores de Portugal con color que el negocio no estaba sazonado y que adelante se podria tratar dél. En especial que se ofrecia un nuevo partido asaz considerable. El Cardenal atrebatense vino por embajador de Luis XI, rey de Francia, á pedir que la infanta doña Isabel casase con su hermano Cárlos, duque de Berri, nueva ocasion para que los grandes se dividiesen y tuviesen sobre este negocio diversos pareceres. Todo era sementera de nuevas discordias, sin estar apenas sosegadas las pasadas; en particular el Andalucía no se quietaba ni queria dejar las armas. Por muerte de don Juan, duque de Medina Sidonia, sucedió en aquel rico estado don Enrique, su hijo bastardo, como heredero, no solo de sus bienes, sino tambien de sus parcialidades y enemistades. Seguíanle el conde de Arcos y don Alonso de Aguilar, que todos en nombre de la infanta doña Isabel alborotaban aquella tierra. Pareció convenia acudir el Rey en persona á sosegar estos bullicios en sazon que el marqués de Villena renunció en su hijo don Diego Lopez Pacheco el marquesado de Villena con intento que el Rey y el Papa le confirmasen á él el maestrazgo de Santiago y gozar sin contraste de aquella rica dignidad. Quedóse la Infanta en Ocaña; hiciéronla jurar de nuevo no casaria ni trataria dello sin que el Rey, su hermano, lo supiese y sin su voluntad. El conde de Benavente y Pero Hernandez de Velasco fueron á Valladolid para gobernar el reino durante la ausencia del Rey.

CAPITULO XIV.

Del casamiento y bodas de los príncipes doña Isabel y don Fernando.

Asentadas las cosas en la manera que dicho es, el rey don Enrique enderezó su camino para el Andalucía. Iban en su compañía el maestre de Santiago y los prelados de Sevilla y de Sigüenza; llegaron á pequeñas jornadas á Ciudad-Real. Allí se quedó enfermo el de Sevilla. En Jaen fué el Rey muy bien recebido y festejado por su condestable Iranzu; luego despues desto redujo á su servicio la ciudad de Córdoba por entrega que della le hizo con ciertas condiciones don Alonso de Aguilar. Sosegados los alborotos que allí andaban entre este caballero y el conde de Cabra don Pedro de Córdoba, venido el estío, pasó á Sevilla. Sucedió lo mismo allí, que por autoridad del Rey y con su presencia se sosegaron las alteraciones de los señores que moraban en aquella ciudad y se compusieron sus diferencias. Los moros estaban quietos, cosa que hacia maravillar por andar los nuestros tan revueltos y alterados, que no se aprovechasen de la ocasion que se les presentaba. Estaban los fronteros, que eran capitanes de grande esfuerzo, mayormente el Condestable ya dicho, alerta y en vela, y no les daban lugar para hacer algun insulto. Las discordias asimismo que entre los moros se levantaran de nuevo los embarazaban para no acudir á la guerra de fuera. Fué así, que Alquirzote, gobernador de Málaga, hombre muy experimentado en la guerra y de gran renombre y fama, como se viese apoderado de aquella ciudad, se rebeló contra el rey Albohacen, ayudado de muchos que se tenian por agraviados del Rey, demás que de ordinario aquella gente, por ser de ingenio mudable, gusta que haya mudanza en el estado. Vinieron á las armas y dióse la batalla: llevó Alquirzote lo peor por ser sus fuerzas mas flacas; trató de confederarse con el rey don Enrique. Señalaron para tener habla á Archidona, que está á la raya del reino de Granada. Vino allí el Moro muy alegre con grandes presentes que traia; partióse con no menor confianza por la palabra que el Rey le dió de envialle socorros y ayuda, que fué ocasion para que Albohacen con las armas hiciese este año y el siguiente muchas veces entradas y rompiese por tierra de cristianos. Llevaron los moros grandes cabalgadas de hombres y de ganados, quemaron campos y poblados. Era tan grande su indignacion y su avilenteza tal, que hacian lo último de poder, y pasaron muy mas adelante de lo que antes solian en las talas, quemas y robos. Pero aunque fué grande el estrago y que se podia comparar con los antiguos, ningun pueblo señalado tomaron á los nuestros; solo diversos escuadrones de soldados moros por toda el Andalucía y por el reino de Murcia hacian correrías, mas á manera de salteadores que de guerra concertada. Volvamos con nuestro cuento á la infanta doña Isabel, que se quedó en Ocaña; muchos y grandes príncipes la pedian á un mismo tiempo por mujer. Tenia grandes partes de virtudes, honestidad, hermosura, edad á propósito, sobre todo el dote, que era grandísimo, no menos que el reino de su hermano. A los demás pretensores, es á saber, al de Portugal, que era viudo, y al duque de Berri, mozo extranjero, se la ganó finalmente el rey don Fernando, no sin voluntad y providencia del cielo. Ayudó mucho la diligencia del rey de Aragon, su padre; con muchos presentes que dió, y mayores promesas para adelante, manera la mas segura de negociar y la mas eficaz, granjeó los criados de la Infanta. El que mas podia con ella y mas privaba era Gutierre de Cárdenas, su maestresala, y con él Gonzalo Chacon, tio del mismo de parte de madre, mayordomo que era y contador de la Princesa. A

este prometieron la villa de Casarubios y Arroyomolinos; á Gutierre de Cárdenas la villa de Maqueda, fuera de otras grandes dádivas de presente, y promesas de oficios, encomiendas y juros para adelante. Por medio de los dos y del arzobispo de Toledo, que entraba á la parte, se concertó el casamiento con ciertas condiciones, que todas se enderezaban á que en tanto que viviese el rey don Enrique se le guardase todo respeto. Que despues de su muerte la infanta doña Isabel tuviese todo el gobierno de Castilla, sin que el rey don Fernando pudiese hacer alguna merced por su propia autoridad, ni tampoco diese los cargos á extraños, ni quebrantase en alguna manera las franquezas, derechos y leyes del reino; en conclusion, que si no fuese con voluntad de su mujer, no se entrometiese en ninguna parte del gobierno. Todas estas capitulaciones y el casamiento se concertaron secretamente. Don Fernando, sin embargo, se detuvo á causa de la guerra de Cataluña, en que los enemigos de nuevo tenian puesto sitio sobre Girona, y al fin la forzaron á rendirse. Demás desto, en Navarra se levantó otra tempestad. El obispo de Pamplona don Nicolás en el camino de Tafalla, que iba á verse con la infanta doña Leonor y á su llamado, fué muerto por órden de Pedro Peralta. Enviáronse personas que pidiesen justicia al rey de Aragon, y le hiciesen instancia para que mandase castigar tan grave maldad. Recelábanse no creciese el atrevimiento por falta de castigo, y aquel sacrilegio, si no se castigaba, fuese causa que todo el pueblo lo pagase con alguna plaga que les viniese del cielo. Quejábanse que el matador por engaño se apoderó de Tudela; demás desto, extrañaban que el mismo Rey concediese franquezas á muchos lugares con mucha liberalidad como de hacienda ajena. Pedian fuese servido de recobrar á Estella con todo su distrito, de que todavía estaban apoderados los de Castilla. El conde de Fox con el deseo de mandar andaba otrosí inquieto, y parecia que todo esto pararia en alguna guerra, por lo cual no menos era aborrecido del rey de Aragon, su suegro, que poco antes lo fué el príncipe don Cárlos. El Rey respondió á los embajadores blandamente y conforme á lo que el tiempo pedia, que era temporizar y entretener. A Pedro de Peralta no se dió por ende castigo ninguno por el delito tan atroz como cometió. La infanta doña Isabel se hallaba congojada y suspensa; temia no la hiciesen fuerza, si se detenia en Ocaña mas tiempo. Partióse para Castilla la Vieja, y por no darle entrada en Olmedo, que la tenia en su poder el conde de Plasencia, se fué para Madrigal, do residia su madre. Cosas tan grandes no podian estar secretas: escribió el maestre de Santiago sobre el caso al arzobispo de Sevilla, que despues de convalecido de la dolencia ya dicha se entretenia en Coca; encargábale grandemente se apoderase de la persona de la Infanta; intentos que desbarató la presteza con que el de Toledo y el Almirante la acudieron con buen número de caballos. Lleváronla á Valladolid para que estuviese allí mas segura, por ser el pueblo tan grande y estar de su parte el arzobispo de Toledo y en su compañía. No era menor la congoja con que don Fernando se hallaba y recelo que tenia no le burlasen sus esperanzas. Así, en lo mas recio de la guerra de Cataluña se partió para Valencia con intento de recoger el dinero, que conforme á lo asentado se obligó de contar á su esposa para el gasto de su casa y corte. Desde allí, dado que hubo la vuelta á Zaragoza, porque el negocio no sufria tardanza, en hábito disfrazado y solo con cuatro personas que le acompañaban pasó á Castilla. En Osma encontró con el conde de Treviño don Diego Manrique, que tenia parte en aquel trato de su casamiento. Desde acompañólo del mismo Conde y de docientos de á caballo pasó á Dueñas, villa que era de don Pedro de Acuña, conde de Buendía, hermano del arzobispo de Toledo. Allí se vió con su esposa, y apercebidas todas las cosas, en Valladolid en las casas de Juan de Bivero, en que al presente está la audiencia real, se desposaron un miércoles á 18 de octubre. Luego el dia siguiente se velaron con dispensacion del papa Pio II en el parentesco que tenian. Así hallo que el arzobispo de Toledo dijo estaban dispensados, creo por conformarse con el tiempo para que no se reparase en aquel impedimento; invencion suya, como se deja entender por la bula que los años adelante sobre esta dispensacion expidió el papa Sixto IV. Era don Fernando de poca edad, que apenas tenia diez y seis años, pero de buen parecer y de cuerpo grande y robusto. Escribieron los nuevos casados sus cartas al Papa y al rey don Enrique y á los demás príncipes y grandes; la suma era excusarse de haber apresurado sus bodas. El aparato no fué grande; la falta de dinero tal, que les fué necesario buscalle para el gasto prestado. Por el mismo tiempo don Enrique, hijo del infante don Enrique de Aragon, fué hecho duque de Segorve por merced del rey de Aragon, su tio, que dió tambien á don Alonso, su hijo bastardo, con título de conde á Ribagorza, ciudad de Cerdania á los confines y á la raya de Francia. A los 6 de diciembre finó en Roma don Juan de Carvajal, cardenal y obispo de Plasencia, su natural; yace en San Marcello de Roma. Fué auditor de Rota, despues legado de tres papas á diversas partes, hombre de negocios, de vida y casa ejemplar. En la Extremadura labró sobre Tajo una famosa puente, que hoy se llama del Cardenal.

CAPITULO XV.

Que doña Juana se desposó con el duque de Berri.

Ocupábase el Rey en Sevilla en asentar las diferencias que traian alterada aquella ciudad, cuando el maestre de Santiago desde Cantillana, donde se quedó cerca de aquella ciudad, le envió aviso del casamiento de su hermana. El desabrimiento que dello recibió fué en demasía grande; sin dilacion mandó aprestar lo necesario para ir á Trujillo. Pretendia entregar aquel pueblo, que está á los confines del Andalucía, y hacer dél merced á don Alonso de Zúñiga, conde de Plasencia, en remuneracion de lo mucho que en el tiempo de sus trabajos le sirvió. Cosa tan grande no pudo estar secreta; los moradores, hombres que son animosos y esforzados, comunicado el negocio con Gracian Sese, alcaide del castillo, se determinaron á contradecillo. Su resolucion era tal, que se resolvieron de defender con las armas la libertad que sus antepasados les deja-

ron. No era cosa segura usar con ellos de fuerza; así, el Rey se resolvió en dar al Conde en trueco la villa de Arévalo, que está en Castilla la Vieja, no léjos de Avila, á la ribera del rio Aduja, la cual villa tenia el Conde empeñada, que se la dió en prendas el infante don Alonso hasta que le hiciesen pagado de cierta suma de dineros que le prestara; y porque el trueco era desigual y Arévalo no valia tanto, diósele por alguna recompensa título y armas de duque de aquella villa. En aquella ciudad de Trujillo se otorgó perdon al maestre de Alcántara, ca siguió la voz del infante don Alonso, y á Gutierre de Cáceres y Solís, su hermano, hizo el Rey merced de la ciudad de Coria, ó se la restituyó, como la tenia del Infante, su hermano. Tal era la condicion del rey don Enrique, que muchos, por lo que merecian ser castigados, eran remunerados con grande liberalidad y demasía. Demás desto, le vinieron cartas de la infanta doña Isabel, su hermana, comedidas, pero graves. En ellas, despues de contar cómo no quiso admitir el reino que le ofrecian por la muerte de don Alonso, su hermano, se excusaba por su edad y por el olvido del Rey de haber apresurado sus bodas. Que por grandes razones debió anteponer el casamiento de Aragon á los demás que le traian. Decia asimismo que no queria hacer mencion, antes poner en olvido los agravios que ella y su madre muchos y graves recibieran. Ofrecia que ella y su marido le servirian como hijos, si fuese servido de tratallos con amor y obras de padre. Leidas estas cartas en una junta, no se les dió otra respuesta sino que, llegado que el Rey fuese á Segovia para donde caminaba, tendria cuenta con lo que se le representaba. Desta manera fué despedido el mensajero. Tornaron de nuevo á enviar otros embajadores á Segovia al principio del año 1470 para que hiciesen instancia con el rey don Enrique diese licencia á los nuevos casados para podelle hacer reverencia. Prometian de recompensar el disgusto pasado con señalados servicios y ayudar con todas sus fuerzas á remediar los daños del reino, el tiempo pasado trabajado y afligido. Tampoco á estos embajadores se dió otra respuesta sino que negocio tan grave se debia comunicar con los grandes. Este era el color que tomó, como quier que en hecho de verdad, por tenerse por ofendido de doña Isabel, tenia vuelta su aficion á doña Juana, su hija, como él la nombraba, la cual con una nueva embajada que el rey Luis de Francia le envió, pedia por mujer para Cárlos, su hermano, que poco antes, en lugar de los estados que tenia de Bria y de Campaña, hizo duque de Guiena. Las cabezas desta embajada eran el Cardenal albigense, que primero se llamaba atrebatense, y el conde de Boloña. Demás desto, pedia al rey don Enrique juntase con él sus fuerzas para hacer un concilio de obispos de todo el orbe cristiano contra el papa Paulo, con quien andaba encontrado. En esto llanamente no quiso venir el rey de Castilla por ser muy cierto principio y seminario de discordias y fuente de algun scisma desgraciado, de que los años pasados se vieron muchos ejemplos; á lo del casamiento dió por respuesta le parecia se difiriese para otro tiempo, creo por miedo de nuevas alteraciones. Los grandes y el pueblo por las pasadas tan graves se hallaban muy cansados, en especial que no estaban del todo apaciguadas. A la verdad, en el mismo tiempo que estos tratos andaban en Segovia, don Alonso de Aguilar en Córdoba puso las manos en el mariscal don Diego de Córdoba, que venia descuidado al regimiento; y esto sin tener cuenta con la amistad que á instancia del Rey pusiera poco antes con el conde de Cabra, padre del agraviado. Mariscal conforme á lo antiguo era lo que hoy es maestre de campo. Llevóle pues preso; él, despues que á instancia del Rey fué puesto en libertad, por pensar que á causa de su poca autoridad y su natural descuido no haria castigar aquel exceso tan grave, se retiró á Granada. Allí con consentimiento del rey Moro retó á su contrario á hacer campo con él, confiado en su mocedad y deseoso de vengarse. Señaló para el combate la vega de Granada, y aplazó el dia en que le esperaria en el palenque. El dia señalado como don Diego hasta puesta de sol hobiese esperado con las armas, y el contrario no compareciese, arrastró á la cola de su caballo por afrenta su estatua. Tras esto envió cartas á todas partes afrentosas contra don Alonso, y un retrato, que por ultraje representaba todo lo que pasó. Por otra parte, los caballeros de Alcántara no querian obedecer á su Maestre; llegó el negocio al rompimiento y á las armas. El Maestre no tenia bastantes fuerzas para contrastar él solo con tantos. Hizo recurso á la ayuda de Gutierre de Solís, su hermano. Faltábales dinero para el sueldo; prestóles don Garci Alvarez de Toledo, conde de Alba, con quien emparentaran, cierta suma, y en prendas hasta que se la contasen la ciudad de Coria. Con esta ocasion los condes de Alba, que despues se llamaron duques, adquirieron el señorío de aquella ciudad, que con aprobacion de los reyes hasta este tiempo se ha conservado en su casa. En aquella guerra no sucedió cosa alguna memorable, fuera de que las gentes del Maestre no pudieron pasar el rio Tajo por la resistencia que les hicieron los contrarios; con esto, poco despues sin hacer algun efecto se desbandaron. El Maestre, despojado de su estado y afligido de una enfermedad que le ocasionó aquella congoja y desabrimiento, en breve falleció los años siguientes. En su lugar por voto de los caballeros, cuya mayor parte granjearon con dádivas ó con amenazas, fué puesto don Juan de Zúñiga, hijo del duque de Arévalo, que fué el postrero en la cuenta de los maestres de Alcántara por la cesion que hizo adelante de aquella dignidad en la persona del rey don Fernando. El maestre de Santiago don Juan Pacheco por el mismo tiempo se entretenia en Ocaña á causa de una dolencia de cuartanas que le aquejaba; la privanza y autoridad era mayor que jamás, tanto que se decia tenia enhechizado al Rey, cosa que, aunque era mentira, se hacia probable por causa que despues de tantos deservicios y agravios como le hizo se ponia á sí y á sus cosas en sus manos para que él lo gobernase todo; y aun se rugia y murmuraba pasó la corte á Madrid solo para tenello mas cerca, por lo menos el mismo Rey salió á recebir al Maestre cuando volvia á la corte despues de su enfermedad. Hízole otrosí de nuevo merced de la villa de Escalona; y como los moradores no le quisiesen recebir por señor, sin tener

cuenta con la autoridad de su persona, él mismo fué hasta allá para entregársela de su mano, muestra de mayor amor. El conde de Armeñac vino á Madrid huido de Francia por miedo que tenia no le matasen, por casarse, como se casó, por amores con hija del conde de Fox sin dar dello parte á su padre. Recibióle el Rey muy bien, é hízole mucha honra. Volvió á su tierra poco despues con seguridad que en nombre del rey de Francia le dió el Cardenal albigense. Sus pecados le llevaban para que pagase en breve con la vida, segun que adelante se verá. Los vizcaínos, de tiempo muy antiguo divididos en dos parcialidades, Oñez y Gamboas, por este tiempo gravemente se alborotaron. Para sosegarlos envió el Rey á Pero Fernandez de Velasco, el cual por muerte de su padre, que tenia el mismo nombre y fué enterrado en Medina de Pomar, poco antes sucedió en el condado de Haro. Este caballero, luego que partido de Madrid llegó á Vizcaya, apaciguó aquella provincia, que de mucho tiempo atrás andaba alborotada. Acordó para sosegallo todo desterrar de toda la tierra las cabezas de los dos bandos, que se llamaban el uno Pedro de Avendaño, y el otro Juan de Mojica. Concedió el papa Paulo II en esta sazon jubileo y perdon de los pecados á los que acudiesen con cierta limosna, los ricos de cuatro reales, los medianos de tres, y los mas pobres de dos. Del dinero que se juntase, las dos partes queria fuesen para el edificio de la iglesia mayor de Segovia, la tercera parte se reservaba para el mismo Papa. Publicóse el jubileo en Segovia. Acudió desde Madrid el rey don Enrique para ganalle, que fué devocion señalada. En Portugal, en la villa de Setubal, falleció el duque de Viseo á 8 de setiembre, en edad de treinta y siete años. Dejó por heredero á su hijo don Diego. Su cuerpo, del monasterio de San Francisco de aquella villa, en que le depositaron, trasladaron á Beja, ciudad puesta á la raya de Portugal; allí le sepultaron en la iglesia de la Concepcion, la cual, con un monasterio de monjas que tenia pegado, á su costa fundó la duquesa doña Beatriz, su mujer. En Valladolid, á la misma sazon, un grande alboroto se levantó; el pueblo tomó las armas contra los que venian de raza de judíos, dado que fuesen bautizados. Acudieron desde la villa de Dueñas el rey don Fernando y doña Isabel para enfrenar los alborotados. Poco faltó que no les perdiesen el respeto los amotinados y les hiciesen algun desaguisado. La parte mas flaca, y que era mas aborrecida por ser de linaje de judíos, llamó en su favor al rey don Enrique, que fué medio para reducir á su servicio aquel pueblo. Para su gobierno y seguridad nombró al conde de Benavente; hízole otrosí merced de las casas de Juan de Bivero, persona que, por favorecer grandemente á la otra parcialidad, y seguir con grande aficion el partido de doña Isabel y de don Fernando, tenia muy ofendido al rey don Enrique. Volviéronse los príncipes á Dueñas; en aquella villa doña Isabel, á 2 de octubre, parió una hija, que tuvo su mismo nombre. Los embajadores que tornaron de Francia volvieron á hacer instancia sobre el casamiento de que se trató antes; vino el Rey en que se hiciese. El marqués de Santillana, ya que lo tenian todo á punto, trajo consigo á la princesa doña Juana. Por este servicio y habella guardado le hizo el Rey la merced de Alcocer, Valdolivas y Salmeron, villas muy principales del infantado. Pertenecian al marqués de Villena, como dote que eran de la condesa de Santistéban, su mujer; en recompensa le dieron y en trueque la villa de Requena con los derechos del puerto, que son de mucho interés por estar aquel pueblo á la raya del reino de Valencia. Para concluir los desposorios señalaron el valle de Lozoya, que está entre Segovia y Buitrago, y en él el monasterio muy señalado y muy rico de cartujos, que se llama el Paular. Acudieron allí, como lo tenian concertado, el Rey y la Reina con su hija. Demás desto el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, el duque de Arévalo, el obispo de Sigüenza y sus hermanos; el acompañamiento y libreas muy lucidas y costosas. Como estuvieron juntos, en un público auto que para esto se hizo renunciaron todos los presentes los homenajes hechos á la infanta doña Isabel. Tras esto se celebraron los desposorios de la princesa doña Juana un dia viérnes á 26 de octubre. El Rey y la Reina juraron que era su hija legítima; los grandes otrosí le hicieron pleito homenaje, con que quedó jurada por Princesa y por heredera del reino. Desposóse como procurador y en nombre del duque Cárlos con la doncella y pretensa Princesa el conde de Boloña. Hizo la ceremonia y desposólos el Cardenal albigense. Concluida toda la solemnidad y despedida la junta, se levantó un torbellino al volver á Segovia de vientos, de agua y de nieves tan grande, que los embajadores de Francia se vieron en peligro de perder la vida y murieron algunos de sus criados. Algunos pronosticaban por esto que aquel desposorio seria desgraciado, gente curiosa y dada á semejantes vanidades. Desde Segovia los embajadores, alegres por dejar concluido lo que pretendian, se volvieron á Francia; para mas honrallos los acompañó hasta Búrgos el obispo de Sigüenza don Pero Gonzalez de Mendoza, por órden del Rey. Todo era abrir las zanjas para una nueva y gravísima guerra que resultara en España y Francia, si los santos desde el cielo con ojos piadosos no desbarataran aquella tempestad. Fué así, que al rey de Francia poco antes desto nació un hijo, que se llamó Cárlos, con que el duque de Guiena perdió la esperanza que tenia de suceder en el reinado de su hermano; y aun poco adelante, que no pasaron dos años, perdió él mismo tambien la vida, con que se desbarataron estas tramas, segun que se tornará á referir en su propio lugar.

CAPITULO XVI.

De la muerte de tres príncipes.

En un mismo tiempo las fuerzas de Aragon se aumentaron con el casamiento de Castilla, y en otras partes andaban trabajadas porque la guerra de Cataluña continuaba en su mayor fuerza; la isla de Cerdeña y el reino de Navarra se alborotaron de nuevo; la ocasion fué diferente, la porfía y rabia semejante. Los sardos se movian á contemplacion y debajo de la conducta de Leonardo de Alagon, hijo que era de Artal de Alagon, señor de Pina y de Sástago, y de parte de su madre Benedicta Arborea venia de los Arboreas, casa antigua

y poderosa en aquella isla. Fundado pues en este derecho, por muerte del marqués de Oristan Salvador Arboroa que falleció sin hijos, tomó las armas para apoderarse de aquel estado, por no asegurarse de podelle alcanzar por las leyes y en juicio. Hobo en la prosecucion desto encuentros en diversos lugares, con que ganó al Rey y á otros señores muchos pueblos y castillos. Era virey Nicolás Carroz, persona de mas autoridad que de fuerzas y poder para sosegar aquellos movimientos, que fué causa de alargarse la guerra. En Navarra el conde de Fox con codicia de reinar acudió á las armas, y ayudado de los biamonteses se apoderó de gran parte de la tierra, y tenia sus estancias puestas sobre Tudela con tan gran determinacion, que perdida la esperanza de que por su voluntad hobiese de desistir, el Rey envió delante con gentes al arzobispo de Zaragoza. No pareció bastante esta prevencion para allanar al Conde. El mismo rey de Aragon, sin embargo de su edad, acompañado de buen número de soldados, acudió al peligro y forzó al yerno á levantar el cerco. Tratóse de concertarse por medio de embajadores que de ambas partes se enviaron. En fin, en Olite se hizo la avenencia y se dejaron las armas. Quedó el de Aragon conforme á lo que concertaron con el nombre y título solo de rey de Navarra; el gobierno se encargó para siempre al conde de Fox y á su mujer, cuando una muy triste nueva que vino de Francia alteró grandemente á la una y á la otra parte, como desgracia que á todos tocaba. Esto fué que entre los demás regocijos que Cárlos, duque de Guiena, hacia por sus desposorios concertados con la princesa doña Juana, banquetes, juegos y saraos, en una justa que se tuvo, hirió grave y mortalmente á Gaston, hijo del conde de Fox, una astilla que de su misma lanza, que quebró en los pechos del contrario, se le entró por la visera. Sucedió este desastre á 23 de noviembre, dia viérnes. Murió en edad de veinte y seis años. Su cuerpo, de Liburna, donde falleció, por mandado de su cuñado el duque de Guiena fué llevado á Burdeos y sepultado en San Andrés, que es la iglesia mayor de aquella ciudad. Dejó dos hijos de su mujer madama Madalena, el uno se llamó Francisco Febo, y la hija madama Catarina, entonces de poca edad, y adelante consecutivamente reyes de Navarra. Todo esto ponia en gran cuidado y aquejaba el corazon del rey de Aragon, sobre todo le atormentaba el peligro en que via puesto á su hijo don Fernando, porque ni era seguro dejalle en Castilla, do tenia muchos contrarios y al Rey por enemigo, ni era á propósito llamalle por no estar asegurado el derecho de su sucesion ni saberse en qué pararian aquellos debates, en especial que se rugia que el arzobispo de Toledo, persona de tanta importancia para todo, andaba desabrido. Por su mucha ambicion y deseo que tenia de mandallo todo llevaba mal que don Fernando se aconsejase y comunicase sus puridades con Gutierre de Cárdenas y con el almirante don Alonso Enriquez, su tio. Además que en cierta ocasion como mozo se dejó una vez decir que estaba determinado no sufrir que nadie se le calzase y le gobernase, cosa que á otros príncipes acarreó mucho daño y afrenta. Esta palabra penetró mas hondo en el pecho del Arzobispo de lo que fuera razon. Estaba con resolucion de ausentarse. El rey de Aragon, avisado del desgusto, con maña procuró apartalle de aquel propósito y voluntad con una carta que escribió á su hijo, en que le reprehendia, y mandaba que en todas las cosas hiciese mas caso del consejo y parecer del Arzobispo que de todos los demás, á quien decia debia respetar y regalar como á padre. No fué de mucho efecto esta diligencia por estar muy irritado el Arzobispo, sin querer de todo punto recebir satisfaccion alguna. Por otra parte, las cosas de Aragon en Cataluña mejoraban, y parecia que en breve se acabaria la guerra por la muerte que sobrevino á Juan, duque de Lorena, que finó muy á propósito de una enfermedad á 16 de diciembre en Barcelona, do habia ido á invernar. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor con enterramiento y honras muy moderadas. Verdad es que los alterados, no por faltalles aquella cabeza y ayuda, perdieron el ánimo, antes acordaron llamar en su socorro al rey Francés, que entendian no dejaria de aceptar el partido para juntar con lo de Ruisellon y Cerdania todo aquel principado. Con este intento publicaron un decreto y echaron bando, en que mandaban que ninguno en los castillos y ciudades que se hallaban sin cabeza fuese recebido por gobernador ó alcaide si no viniese en persona ó el mismo Renato, duque de Anjou, ó Nicolás, su nieto, hijo del difunto, que ya se intitulaba príncipe de Aragon y duque de Calabria, apellidos vanos y sin provecho. Buscaban ocasion de descompadrar para con buen color quitalles la obediencia y el mando y ayudarse de brazo mas fuerte, por ser la edad del uno y del otro poco á propósito para la guerra, y las fuerzas no muy grandes. En Castilla tenia el rey de Aragon diversas prácticas para granjear los grandes; á don Juan Pacheco prometian muy mayor estado, de que era muy codicioso; al arzobispo de Toledo, que parecia y se mostraba muy inclinado á mudar partido, aseguraban que á sus hijos, Troilo y Lope, se darian rentas y lugares, y se les harian otras ventajas; lo mismo hacian con los demás, que conforme á como los sentian aficionados, á unos conquistaban con promesas de dineros, á otros de diversas mercedes; mas ni don Juan Pacheco ni el Arzobispo se cebaron de esperanzas semejantes para dejarse engañar. Trataba de lo mismo el rey don Enrique, en especial pugnaba de traer á su servicio al de Toledo. No se podia entender de su condicion le vencerian con benignidad; pareció seria acertado usar de alguna fuerza. Así, Vasco de Contreras por órden del Rey ó con intento de serville le tomó un su pueblo, llamado Perales. El Arzobispo, como era de gran coraje, con gentes que llegó en su arzobispado acudió á valer sus vasallos. Púsose sobre aquella villa, y en su compañía don Juan Arias, obispo de Segovia. Acordó el Rey atajar aquellos bullicios, porque de aquel principio no se emprendiese alguna llama. Partió luego para Madrid por año nuevo de 1471. Dende acudió al cerco acompañado de ochocientos de á caballo. Por esto el Arzobispo dió la vuelta, alzado el cerco, á Alcalá, el Rey á Madrid. Buscóse una nueva traza para sosegar los prelados alborotados, en particular al de Toledo y al de Segovia. Ganó el Rey dos bulas del Padre Santo; en la una citaba al de Segovia para que dentro de noventa dias despues de la notificacion de aquellas letras

pareciese personalmente en Roma; por el otro breve mandaba al Arzobispo que se enmendase y obedeciese al rey don Enrique, y en caso que no cumpliese lo que le mandaba, cometia sus veces á cuatro canónigos de Toledo para que sustanciasen el proceso y cerrado se lo enviasen á Roma. Fueron estos cuatro jueces nombrados y señalados, como en el breve se contenia, por el cabildo de la santa iglesia de Toledo; pero el maestre de Santiago con sus mañas hizo tanto, que no pasaron adelante, y era cosa maravillosa que en aquella sazon no se tenia por afrenta jugar á dos hitos y usar de tratos dobles, especial entre los grandes, para cuyo acrecentamiento era provechoso que las cosas anduviesen revueltas, sin respeto alguno á lo que era honesto; tan grande era su codicia y tal su ambicion. Así, todo el reino parecia estar dado en presa, y cada cual de los señores se apoderaba de todo lo que podia. El Rey hizo merced al maestre de Santiago de la ciudad de Alcaráz, á don Rodrigo Ponce, conde de Arcos, dió la isla de Cádiz con nombre de marqués á instancia del mismo maestre de Santiago y como por dote del público, porque en aquella sazon, muerto el Conde, su padre, casó con doña Beatriz, hija del Maestre; parentesco enderezado y á propósito para hacer rostro al duque de Medina Sidonia, con quien el Maestre y el Conde tenian grande enemiga. Vizcaya se volvió á alborotar por causa que las dos cabezas de los bandos, Avendaño y Mojica, tornaron del destierro á la patria por el favor que el conde de Treviño les dió. Hizo él de mejor gana este oficio por estar encontrado con el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco, que los desterró. Acudieron estos dos señores cada cual con sus gentes, y entraron en Vizcaya movidos de aquellos alborotos. Vinieron á las manos cerca de un pueblo llamado Monguia á 27 de abril; fué la pelea muy reñida. El de Treviño tenia mas infantería, gente mas á propósito que la caballería, por la aspereza de la tierra, que es fragosa y doblada; los naturales otrosí tenian de su parte gente valiente, y conforme á la calidad y aspereza de los lugares sufridora de trabajos. Así, los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida con muerte de algunos, mayormente de los hidalgos y gente noble, y prision de muchos mas. El rey don Enrique, avisado del peligro y de lo que pasaba, sin dilacion se partió para Búrgos, de allí pasó á Orduña á grandes jornadas. Con su venida todo se apaciguó; mandó á los unos y á los otros desembarazasen la tierra y pusiesen entre sí treguas entre tanto que se trataba de concertar todos aquellos debates, y en particular hizo que á los que prendieron en el encuentro pasado, los pusiesen en libertad. Tras esto en todo el reino de Castilla se hicieron grandes levas de gentes, en especial fueron llamados los grandes; todo se enderezaba á forzar á don Fernando y á doña Isabel á que saliesen de todo el reino. Verdad es que por consejo del maestre de Santiago se dejó este intento; decia seria mas á propósito vencellos por maña que con fuerza; que aquel género de victoria era mas excelente y necesario para la república trabajada con tantos males. Este parecer prevaleció, que ninguno se atrevió á contradecille, ni aun el mismo Rey, dado que entendia lo contrario. Toledo y Sevilla á un mismo tiempo se alborotaron por estar de tiempo antiguo divididas en parcialidades. Los de Toledo en Ayalas y Silvas; cabeza de los Silvas era el conde de Cifuentes, y de los Ayalas el de Fuensalida. Para remedio deste daño, á instancia del obispo fray Pedro de Silva, casó el conde de Cifuentes con doña Leonor, hija del conde de Fuensalida; lo que pensaban seria para sosegarse fué ocasion de mayor revuelta por haber dado entrada contra la voluntad del Rey en aquella ciudad, no solo al conde de Cifuentes, sino á don Juan de Ribera, su tio de parte de madre, que venian, el uno á desposarse, y el otro á hallarse en los regocijos y honrar la fiesta. Los Silvas por hallarse con su cabeza tomaron las armas contra sus contrarios con tanta rabia, que el rey don Enrique fué forzado á acudir con toda presteza, y pacificado el alboroto, quitó al conde de Fuensalida el gobierno de la ciudad, en que por muchos años continuara, y puso en su lugar á Garci Lopez con nombre de asistente para que la gobernase. En Sevilla el marqués de Cádiz fué echado por el duque de Medina Sidonia de aquella ciudad. El Marqués en venganza en cierto encuentro mató dos hermanos bastardos de su contrario, y junto con esto tomó por fuerza á Medina Sidonia. Resultó desta reyerta una guerra formada, la cual don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, enviado para este efecto, sosegó, mas por maña que por fuerza y severidad. Medina Sidonia al tanto se restituyó á cuya era. Hizo grande falta para todo lo de Castilla la muerte del papa Paulo II; falleció á 23 de julio. En el tiempo de su pontificado concedió grandes bienes y favores á toda nuestra nacion. Sucedió en su lugar, á 9 del mes de agosto, el cardenal Francisco de la Ruvere, fraile de la órden de los Menores. Llamóse Sixto IV, persona de no menor bondad que el pasado, ni menos aficionado á nuestra España. A la misma sazon un escuadron de moros rompió por la parte del Andalucía la tierra adentro y hizo grandes estragos en la comarca de Alcántara; fué tan grande la presa y los despojos, que apenas los moros por ir tan cargados podian marchar en ordenanza. Para satisfacerse deste daño y para divertir al enemigo, por mandado del Rey, el marqués de Cádiz con sus gentes tomó en el reino de Granada por fuerza de armas la villa de Cardella; dejó en ella poca gente de guarnicion, y así en breve tornó á perderse y á poder de moros.

CAPITULO XVII.

Cómo falleció Cárlos, duque de Guiena.

Fué este año dichoso para los portugueses y no menos para el reino de Aragon. En Portugal el rey don Alonso con una gruesa armada que juntó de no menos que trecientos bajeles, entre mayores y menores, desde Lisboa se hizo á la vela mediado el mes de agosto, con intento de volver á la guerra de Africa. Llevaba en su compañía al príncipe don Juan, su hijo, para que en aquella guerra sagrada diese principio al ejercicio de las armas, y con él de todo el reino lo mas granado y mas noble; todo el ejército era como de treinta mil hombres. Con estas gentes de su primera llegada tomó por fuerza á los moros la villa de Arcilla; murieron dos mil enemigos demás de cinco mil que vendieron por

esclavos, con que se juntó buena suma de dineros. Costó la victoria sangre á los portugueses, en murió mucha gente noble, en particular los condes, el de Montesanto, llamado don Alvaro de Castro, y el de Marialva, por nombre don Juan Coutiño, cuyo cuerpo muerto como el Rey le viese, vuelto á su hijo: «Ojalá, dijo, Dios te haga tal y tan grande soldado.» Con el aviso de lo que pasó en Arcilla, espantados los moros de Tánger, á la hora, desamparada la ciudad, se huyeron; encomendóla el Rey á Rodrigo Merlo para que la guardase. En Arcilla y en Alcázar dejó á don Enrique de Meneses, conde de Valencia; y concluidas en breve tiempo cosas tan grandes, volvió triunfante con su armada entera á su tierra. Hizo en esta jornada á don Alonso Basconcelo conde de Penella en recompensa de muchos servicios que le hizo. En Cataluña la ciudad de Girona despues de la muerte del duque de Lorena volvió á poder del rey de Aragon por entrega de los ciudadanos. Los enemigos que restaban, cuyos principales capitanes eran Reiner, hijo bastardo del duque de Lorena, y Jacobo Galeoto, fueron parte apretados con cerco que los de Aragon pusieron sobre un pueblo, llamado San Adrian, á la ribera del rio Bese; otra parte yendo desde Barcelona, que cae cerca, á dar socorro á los cercados, fué en una pelea muy brava vencida y desbaratada por don Alonso de Aragon, que era general en aquella guerra por su padre. El Rey, aunque se hallaba en tan larga edad, no cesaba de perseguir á los enemigos con gran diligencia en la comarca de Ampúrias. Tenia sus reales cerca de Toroella; vió en sueños, segun dicen, la imágen de un valiente soldado que murió en aquella guerra; amonestábale no moviese de allí sus reales, que de otra manera corria peligro. El Rey, por no hacer caso de cosas semejantes, como casuales, partió de allí con sus gentes, y ganado que hobo á Roses, en el cerco que tenia sobre la villa de Peralada, de noche en una encamisada con que dió sobre él el conde de Campobaso, capitan de los contrarios, estuvo á punto de perecer. La priesa y sobresalto fué tal, que muertas las centinelas, desarmado y medio desnudo fué forzado á recogerse para salvarse dentro de la villa de Figueras. Sin embargo, el dia siguiente volvió al cerco y dió la tala á los campos, con que últimamente los cercados fueron forzados á rendirse. Allanada toda aquella comarca, pasó con sus reales sobre Barcelona. Fué este cerco de la ciudad de Barcelona muy largo. El de Aragon estaba determinado de no usar de fuerza y antes ganar aquella gente con maña. Mas ¿qué le prestara destruir, saquear y quemar aquella nobilísima ciudad? ¿A qué propósito darla en prenda á los soldados, y no mas aína con la clemencia y conservar la vida y riquezas de sus ciudadanos, ganar para sí gloria inmortal y provecho muy colmado? En Castilla la Vieja los reyes don Fernando y doña Isabel procuraban atraer á sí muchos pueblos; algunos se les entregaron, y entre ellos Sepúlveda. Determinaron con esto de llamar al arzobispo de Toledo, que se entretenia en Castilla la Nueva; y conforme á lo que mandó su padre, el rey de Aragon, le prometian de poner á sí y á sus cosas en sus manos, y para mas obligalle luego que le tuvieron aplacado, en su compañía con buen número de caballos que les seguian se fueron á Tordelaguna, villa del mismo Arzobispo en el reino de Toledo, de sitio y tierra apacible. Cárlos, duque de Guiena, en esta sazon sin hacer caso del casamiento de doña Juana, por no saberse cuya hija era y andar el dote en balanzas, trataba de casarse con hija del duque de Borgoña á instancia del padre de la doncella y tambien por su voluntad. Así, luego que esto vino á noticia del rey don Enrique, desde Segovia, do estaba, al principio del año 1472 enderezó su camino á Badajoz para verse con el rey de Portugal. El conde de Feria, en cuyo poder estaba aquella ciudad, por odio del Maestre no quiso dar en ella entrada al Rey, que fué una grande mengua y desacato. El suceso de todo el viaje no tuvo mejor efecto. La habla con el rey de Portugal fué entre aquella ciudad y la de Yelves; trataron en ella que el rey de Portugal casase con la princesa doña Juana, que era la principal causa de aquella jornada. No quedó asentada cosa alguna. El Portugués no se aseguraba ni del Rey por su condicion fácil, ni del maestre de Santiago, por estar acostumbrado á fácilmente seguir el partido que á él en particular mejor le venia, mayormente que de cada dia crecia la aficion que la gente tenia á los príncipes don Fernando y doña Isabel, á que ayudaban mucho, así sus virtudes y ser de suyo muy amables, como la industria del arzobispo de Toledo, que no cesaba de granjear todas las ciudades que podia. Disimulóse por entonces con el conde de Feria y con su desacato; pero no mucho despues el rey don Enrique desde Madrid, do volvió despues de la habla que tuvo con el rey de Portugal, enderezó de nuevo su camino para el Andalucía con intento de reprimir los señores de aquella tierra y castigar á quien lo mereciese. Llegó á Córdoba; á Sevilla no quiso pasar á causa que el duque de Medina Sidonia estaba apoderado de aquella ciudad con buen número de gente de á caballo por miedo, como él decia, del Maestre, que en muchas ocasiones se le mostrara contrario. Por esta causa y porque la ciudad de Toledo de nuevo andaba alborotada, se volvió el Rey sin hacer en el Andalucía cosa de momento. La revuelta de Toledo fué por esta ocasion; el conde de Cifuentes se apoderó del alcázar de San Martin, que á la sazon era muy fuerte, y juntamente prendió al asistente. Apenas se sosegaron estas alteraciones de Toledo, que fueron grandes, con la presencia del Rey y por el esfuerzo y armas de los canónigos de Toledo, cuando vino aviso que Segovia asimismo ardia en llamas de discordias, nueva que puso al Rey en mucho cuidado y le forzó á acudir luego allá por causa de sus tesoros y recámara que volviera á aquella ciudad. Ningun género de mal se puede pensar que no padeciese aquel reino en aquellos tiempos tan miserables, robos, muertes, agravios; la disolucion en todas maneras de deshonestidades y libertad para todo género de maldades andaban sueltas y volaban por todas partes. Las cosas sagradas eran menospreciadas no menos que las profanas. La moneda, ó era falsa, ó baja de ley, cosa de gran perjuicio para los mercaderes y para la contratacion. Muchas veces se daban al Rey memoriales para suplicalle atendiese al remedio destos daños; pero cualquier diligencia era en vano. Llegó esto á tanto, que Hernando de Pulgar, hombre conocido en aquel tiempo por su inge-

nio y por lo que escribió, trovó unas coplas muy artificiosas, que se llaman de Mingo Revulgo, en que, callado su nombre por el peligro que le corriera, en persona de dos pastores en lengua castellana, á manera de égloga y con libertad y agudeza de sátira, se lamenta del descuido y flojedad de don Enrique, de las mañas de los grandes y de los trabajos que todo el reino padecía. Los nombres de los pastores, Domingo y Gil, debajo de semejanza y de que hablan entre sí de sus ganados y haciendas, con aquella parábola dan razon del estado miserable de la república y males que padecia. Este mismo año falleció á 12 de mayo Cárlos, duque de Guiena, en Burdeos, en coyuntura que se apercebia para emprender una nueva guerra junto con los duques de Borgoña y Bretaña, hecha liga entre sí contra el rey de Francia. Con la muerte deste Príncipe se desbarataron grandes tramas, los casamientos, las guerras, las alianzas; asimismo la Guiena volvió á poder del Francés y se puso en su sujecion, dado que el de Borgoña por hacelle odioso le achacaba mató con yerbas á su hermano por medio de sus mismos criados que tenia para este efecto negociados. Llegó el desgusto á que el Rey y el Borgoñon volvieron de nuevo á las armas, y de una y de otra parte se tomaron algunas plazas de poca importancia, y acometieron, aunque en vano, otros mayores lugares. El Borgoñon se mostraba mas enojado; el rey de Francia tenia mas fuerzas y mas maña. Muchas veces asentaron treguas, y muchas las quebrantaron antes del dia señalado. Mas el suceso de toda esta guerra y cómo destos principios el duque de Borgoña se despeñó en su perdicion, y últimamente, cinco años adelante fué desbaratado y muerto en una batalla que trabó con los esguízaros en Lorena, junto á la ciudad de Nanci, dejarémos para que se entienda de los historiadores franceses como cosa propia de su nacion. Gaston, conde de Fox, pertenece á la historia de España por la pretension que tenia á ser rey de Navarra por parte de doña Leonor, su mujer, si viviera mas tiempo; atajóle empero la muerte y falleció este año en Roncesvalles al pasar de Francia á Navarra; príncipe que fué de los muy señalados en esta era por las muchas guerras en que se halló en Francia y por aumentar mucho su estado. Tuvo un hermano, que se llamó Pedro, vizconde de Lautreque, de igual esfuerzo y renombre, que le acompañó y ayudó en todas las guerras, y fué principio y cabeza de la casa y linaje nobilísimo de Lautreque. Falleció en Miranda, pueblo de Francia, los años pasados, y dejó su mujer preñada de un hijo, que se llamó Juan. Este tuvo dos hijos, el uno llamado Odeto, y el otro Andrés Esparroso, ambos capitanes señalados y de fama. El postrero se señaló en la guerra de Navarra al tiempo que despues de la muerte del rey don Fernando el Católico se levantaron las comunidades en Castilla; el primero se aventajó mucho en las guerras que los franceses hicieron en Italia. Fuera destos dos tuvo el dicho Juan otro tercero hijo, llamado Tomás Lescuño, que no menos se señaló en las guerras de Francia. Odeto tuvo un hijo, llamado Enrique, que vivió mas tiempo que otros sus hermanos y llegó hasta cerca de nuestra edad.

CAPITULO XVIII.

Cómo el cardenal don Rodrigo de Borgia vino por legado á España.

El obispo de Sigüenza pretendia por medio del Rey alcanzar del Papa le hiciese cardenal, honra debida á su nobleza y á sus servicios notables; la tardanza que en esto hobo le desgustó de suerte, que comenzó á mostrarse muy desabrido. Llegó á tanto, que, aunque de ordinario hacia su residencia en la corte, no quiso acompañar al Rey ni en la jornada de Portugal ni en la del Andalucía. Trataron de aplacalle por ser persona de tanta importancia para los negocios y tener muchos hermanos y deudos muy ricos y poderosos. El maestre de Santiago, por muerte de su primera mujer viudo, casó segunda vez con hija del conde de Haro y de doña María de Mendoza; así, con este casamiento emparentó con los Velascos y con los Mendozas, y los volvió de su parte; en particular los Mendozas dejaron al duque de Medina Sidonia, con quien estaban muy aliados. Con esto el Maestre, como hombre astuto que era, y de ingenio muy diestro para granjear los hombres y evitar cualquier peligro, se aseguró mucho contra la envidia de los que llevaban mal que él solo pudiese mas que todos. Para facilitar estos tratos dieron al de Sigüenza grande esperanza del capelo luego que llegase el cardenal don Rodrigo de Borgia, valenciano de nacion, de quien tenian aviso venia por legado del nuevo Pontífice, y que llegó á la ciudad de Valencia, antigua patria suya y de sus pasados, á los 20 de junio. Fué en aquella ciudad muy festejado; de allí por tierra pasó á Tarragona para hablar con el rey de Sicilia don Fernando, que por el mismo tiempo era ido á Barcelona á verse con su padre, y despues que le habló volvia do dejó su mujer. Allí le entregó el Legado la dispensacion sobre su matrimonio, que el papa Sixto cometia al arzobispo de Toledo. Desta jornada de don Fernando se dijeron muchas cosas; la verdadera causa fué el deseo que tenia de avisar á su padre cómo se trataba de casar á don Enrique, duque de Segorve, con la princesa doña Juana, negocio que el hijo pretendia se debia atajar y desbaratar. El padre no lo creia como viejo experimentado y muchas veces engañado con reportes y nuevas falsas, además que tenia aficion á don Enrique por ser su sobrino y huérfano, hijo de su hermano. En conclusion, don Fernando desde Tarragona pasó á Valencia, de allí se apresuró para volver á Castilla por recelo que con su ausencia alguna mala gente, que eran asaz y en gran número, no alterasen mas las cosas. El Cardenal legado llegó á Barcelona á verse con el rey de Aragon á tiempo que los cercados, bien que cansados con los trabajos de tan largo cerco y afligidos por la falta de todas las cosas, no aflojaban en su obstinacion como hombres cabezudos y animosos contra los males. Muchas veces los convidaron á que se redujesen; ellos hacíanse sordos á amonestaciones tan saludables. Visto esto, el rey de Aragon por último remedio acordó escribilles una carta para muestra de su buen ánimo y de su clemencia. En ella les decia que pues las cosas se hallaban en tal término que ni con sus fuerzas ni con las ajenas podian conservarse mas tiempo, era justo se

moviesen por el peligro que corria de ser destruida, quemada y saqueada aquella hermosa ciudad, cabeza de aquella nacion, y que no daba ventaja á ninguna de las de España en nobleza, hermosura y arreo; que estaba determinado de no usar de miedo ni de fuerza, si no fuese forzado de la necesidad, de lo cual y deste su buen ánimo para con ellos ponia por testigo á Dios; que nunca los tuvo sino en lugar de hijos, ni los tendria jamás en otra figura; antes determinaba, si ellos no lo impedian, remediar los daños de aquella provincia y principado con todas las fuerzas suyas y de su reino. Ablandados los de la ciudad con esta carta y perdida la esperanza de poderse defender, acordaron de entregarse. Señalaron personas que hiciesen las capitulaciones y determinasen todas las diferencias. La guarnicion de franceses con su capitan el hijo del duque de Lorena dejaron ir libremente. Otorgóse perdon general á todos los que en aquella guerra tomaron las armas contra el Rey; solo quedó excluido deste perdon el conde de Pallas, el cual desde ciertos lugares que tenia en las cumbres de los Pirineos y con ayuda de Francia dió por largo tiempo en qué entender y se conservó en aquella parte. Todas las cosas que los ciudadanos hicieron por espacio de diez años y todo lo decretado por ellos despues que se dió principio á aquella guerra las ratificó el Rey y las aprobó. Desta manera y con estas condiciones se riudió aquella ciudad. El perdon se dió á los postreros de octubre; señalado ejemplo de clemencia y de templanza que este Rey dejó á sus descendientes en conservar aquella ciudad, que le hizo tantos deservicios, trofeo y blason mas esclarecido que todos los demás que ganó. A la verdad arrepentido de la muerte de su hijo el príncipe don Cárlos, consideraba que si tomaron las armas, fué con buen ánimo, primero por la defensa, despues en venganza de su hijo y no en favor de gente extraña. En Nápoles se concertaron dos casamientos, de don Fadrique, hijo de don Fernando, rey de Nápoles, con doña Juana, hija del rey de Aragon, que adelante no tuvo efecto. Asentóse otrosí que doña Leonor, de quien dijimos la tenian concertada con Galeazo María Esforcia, casase sin embargo con Hércules de Este, duque de Ferrara. Esto en Nápoles. En Navarra la princesa doña Leonor residia en Sangüesa, pueblo de Navarra. Allí, despues de la muerte de su marido, que sucedió como poco antes queda dicho, á persuasion del rey de Francia le entregó los castillos de Navarra por entender era esto muy á propósito para asegurar en aquel estado la sucesion de sus nietos, que tambien á él le tocaban por ser sus sobrinos, hijos de su hermana. Esta negociacion dió mucho desabrimiento al rey de Aragon. Por esto y por los demás agravios que por todo el tiempo de la guerra de Cataluña recibió de Francia determinó tomar las armas para efecto de recobrar lo de Ruisellon y de Cerdania. Partió con esta resolucion de Barcelona á los 29 de diciembre, fin deste año en que vamos y principio del siguiente 1473. Elna y Perpiñan luego que llegó le abrieron las puertas. Estaba comunmente aquella gente cansada del gobierno y mando de Francia, y por las victorias ganadas casi todos favorecian al rey de Aragon. Deste principio entendian que los demás pueblos harian lo mismo y se le rendirian sin dificultad. El Cardenal legado partió de aquellos estados para Castilla. En Madrid le recibieron con grande acompañamiento y solemnidad debajo de un palio; los grandes y prelados iban delante, y el Rey le llevaba á su mano derecha; cortesía, conforme á la costumbre de España, de mucha honra. Tratóse de cierta suma de dineros que el Pontífice queria se recogiese de las rentas eclesiásticas para gastalla en la guerra contra los turcos. Ofrecianse en esto graves dificultades, y la principal que con la revuelta de los tiempos todos se hallaban gastados y pobres. Todavía el Legado salió con lo que pretendia por su buena diligencia y maña y porque el Rey le ayudaba. Decretóse pues el subsidio que pedia el Pontífice, si bien algunos murmuraban ser aquella concesion en perjuicio de la libertad de las iglesias, y principio para llevar las riquezas de España fuera della. La ignorancia se apoderara de los eclesiásticos en España en tanto grado, que muy pocos se hallaban que supiesen latin, dados de ordinario á la gula y deshonestidad, y lo menos mal á las armas. La avaricia se apoderara de la Iglesia, y con sus manos robadoras lo tenia todo estragado. Comprar los beneficios en otro tiempo se tenia por simonía, en este por granjería. No entendian los príncipes ciegos y los prelados que esta sacrílega manera de contratacion mucho enoja y ofende á Dios, así bien el disimulallo como el hacello. En la junta que se hizo de los eclesiásticos para acudir á lo que el Legado pedia se trató de poner remedio á estos daños. Entre otras cosas acordaron de hacer instancia con el Papa para que en las iglesias catedrales se proveyesen por voto del obispo y del cabildo dos canonicatos, el uno á un jurista, y el otro á un teólogo. La demanda era tan justificada, que el Padre Santo otorgó con ella; sobre que expidió una bula suya, que ingiriéramos aquí de buena gana si la primera que se ganó se hallara, y si un pedazo que della está en otra segunda que dos años adelante se expidió sobre el mismo caso, y le pusimos en nuestra historia latina, se pudiera cómodamente trasladar en lengua castellana con todos los requisitos y condiciones que en los proveidos y provision manda miren y guarden.

CAPITULO XIX.

Del cerco de Perpiñan.

La diligencia de que el Cardenal legado usó para apaciguar y sosegar las alteraciones y diferencias de Castilla, muy grande, fué toda de poco efecto por estar las voluntades enconadas, y él mismo, como era cosa natural, de secreto mas aficionado al partido de don Fernando, que con todas sus fuerzas pretendia adelantar. Con este intento partió para Alcalá, do estaban el rey don Fernando y doña Isabel, su mujer, con el arzobispo de Toledo. Desde allí pasó á Guadalajara no con otro deseño sino de granjear la casa de los Mendozas y apartallos del rey don Enrique y del maestre de Santiago. Iba confiado de salir con esto por su grande ingenio, acostumbrado á fingir y disimular, propio término de cortesanos. A un mismo tiempo en las ciudades y pueblos se levantaron alborotos contra los que

descendian de judíos, hombres que eran dados á la codicia y acostumbrados á engaños y embustes. Comenzóse esta tempestad en Córdoba. El pueblo furioso se embraveció contra aquella miserable gente sin miedo alguno del castigo. Hiciéronse robos y muertes sin número y sin cuento. Las personas prudentes echaban esto y decian era castigo de Dios por causa que muchos dellos de secreto desampararon y apostataron de la religion cristiana, que antes mostraron abrazar. A Córdoba imitaron otros pueblos y ciudades del Andalucía; lo mas recio desta tempestad cargó sobre Jaen. El condestable Iranzu pretendió amparar aquella gente miserable para que no se les hiciese allí agravio y hacer rostro al pueblo furioso; esto fué causa que el odio y envidia de la muchedumbre revolviese contra él de tal guisa, que con cierta conjuracion que hicieron un dia le mataron en una iglesia en que oia misa. La rabia y furia fué tan arrebatada y tal el sobresalto, que apenas dieron lugar para que doña Teresa de Torres, su mujer, y sus hijos se recogiesen al alcázar. Por su muerte se repartieron sus oficios; el de chanciller mayor que tenia se dió al obispo de Sigüenza; el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco fué nombrado por condestable, dignidad que, como antes se acostumbrase á dar á diferentes casas y linajes, en lo de adelante siempre se ha continuado en los sucesores de aquel su estado y en su linaje. Fué esta una gran lástima, y el rey don Enrique perdió una grande ayuda para sus cosas por la señalada y muy constante lealtad de Iranzu y su valor. Por la industria del maestre de Santiago don Juan Pacheco se buscaron otros reparos; uno fué concluir que don Enrique, duque de Segorve, viniese desde Aragon, como lo hizo, por tierras del reino de Valencia á Castilla con intencion cierta que le dieron de casalle con la princesa doña Juana. Venia en su compañía su madre doña Beatriz Pimentel. Salióle al encuentro hasta Requena el mismo Maestre para recebille y acompañalle; no respondió la prueba á lo que de su persona pensaban. Esto fué causa que al que por la fama estimaban, luego que le vieron, le menospreciasen, en especial le notaron de asaz arrogante, pues á los grandes que llegaban á hacerle mesura extendia la mano para que se la besasen, sin estar efectuado lo que pretendia y sin recelarse él de que las cosas podrian trocarse. De aquí procedió que por industria del mismo Maestre se impidió aquel casamiento, junto con que de secreto no estaba nada aficionado á don Enrique, por entender que si venia á ser Rey, recobraria los pueblos que fueron de su padre. Recelábase asimismo del conde de Benavente, tio de don Enrique, el cual se tenia por muy agraviado á causa del maestrazgo que le quitó. Estas eran las verdaderas causas, dado que usaba de otros colores, como era decir tenian necesidad de algun gran príncipe y de mayores fuerzas para sosegar las alteraciones del reino. Al Rey parecia cosa recia faltar en su palabra y hacer burla de aquel Príncipe. A esto replicaba el Maestre que por lo menos para hacer la guerra seria necesario apercebirse de mucho dinero. Esto se enderezaba á armar otro lazo á Andrés de Cabrera, que tenia á su cargo en el alcázar de Segovia los tesoros reales. En aquella ciudad antes desto por industria del Maestre y á ejemplo del Andalucía se levantó un alboroto contra los que descendian de judíos. Procuró Andrés de Cabrera atajalle; y apenas con su buena maña pudo sosegar la canalla, no sin riesgo de su persona y grande ofension del pueblo encarnizado. Al obispo de Sigüenza trajo el capelo un embajador particular que para este efecto envió el Papa. Diósele en Madrid, y para que la merced fuese mas cumplida, vino el Rey en que se llamase cardenal de España. Al duque de Segorve don Enrique no dejaron entrar en Madrid, antes se le dió órden que en Getafe, un aldea muy larga allí cerca puesta en el camino por do se va á Toledo, se entretuviese. En el campo de aquel lugar habló con el Rey. Acordóse en la habla que de Getafe se pasase á Odon, que es otra aldea no léjos de allí. Estaban mudados de parecer; tomaron por achaque y por color para dilatar el casamiento que era menester que el Padre Santo dispensase en el parentesco, por ser los casamientos que se hacen entre deudos, no solo inválidos, sino desgraciados. Desta manera quedó burlada la esperanza de aquel Príncipe, llamado vulgarmente por esta desgracia don Enrique Fortuna. El rey don Enrique se partió para Segovia. Pretendia proveerse de dinero á causa que Andrés de Cabrera acudia con escaseza por dar en esto desgusto al maestre de Santiago, de quien sabia muy bien pretendia para sí el alcázar de Segovia, como poco antes le quitara el de Madrid con color de asegurarse. Además que de secreto se inclinaba á don Fernando, así de su voluntad como por estar casado con doña Beatriz de Bobadilla, que se crió en servicio de la infanta doña Isabel. El nuevo Cardenal asimismo creció en renta y autoridad por la muerte de don Alonso de Fonseca, prelado de grande ingenio y de ánimo ardiente; falleció en Coca, villa en que dejó fundado el mayorazgo asaz rico de los Fonsecas, y á instancia y por suplicacion del Rey el Cardenal fué nombrado en su lugar por arzobispo de Sevilla con retencion de la iglesia de Sigüenza, que fué cosa nueva y ejemplo no de alabar. La soltura de aquel tiempo y el estrago era tal, que lo que á cada cual se le antojaba, eso le parecia ser lícito, y si podia lo ejecutaba. En el condado de Ruisellon sobre la villa de Perpiñan, á 9 de abril, se puso un ejército francés, en que se contaban como veinte mil infantes y mil hombres de armas debajo de la conducta de Filipo de Saboya. El rey de Aragon se metió dentro, determinado de ponerse á cualquier riesgo antes que desamparar aquella plaza, que es muy fuerte y está á la entrada de Francia. Para animar mas á los cercados los juntó en la iglesia, y allí les hizo juramento de no partirse ni dejallos antes que el cerco se alzase; grande resolucion y demasiada confianza para aquella su edad, y hecho que no sé yo si se debe aprobar, pues en el riesgo de su persona le corria todo aquel estado si fuera preso por el enemigo dentro de aquel pueblo. El favor del cielo ayudó para excusar aquel daño, y los moradores se señalaron en esfuerzo; todos por estar á vista del Rey hacian con todas sus fuerzas lo que podian. La lealtad de Pedro de Peralta, condestable de Navarra, en este caso se señaló mucho, que en hábito de fraile francisco y ayudado de la lengua francesa, que

sabia muy bien, por medio del ejército y reales de los enemigos pasó y entró en aquella villa para hacer compañía al Rey en aquel peligro y trance. Era justo, de quien tenia todo lo que era y valia, por su servicio lo aventurase. De los tres hijos del rey de Aragon, don Alonso acompañaba á su padre, el arzobispo de Zaragoza se puso en la ciudad de Elna, que está allí cerca, con buen número de soldados á propósito de hacer lo que le fuese mandado. El rey don Fernando, avisado de lo que pasaba, partió de Talamanca con cuatrocientos de á caballo que de Castilla llevó de socorro; por el camino se le juntaron otros ciento. Con esta gente por el mes de junio llegó á ponerse sobre Ampúrias; el miedo que con esto puso á los enemigos fué tal, que alzado el cerco y poco despues hechas treguas que durasen hasta el mes de octubre, desembarazaron la tierra. Por esta manera concluida esta guerra, el rey de Aragon hizo finalmente su entrada en Barcelona á manera de triunfo debajo de un palio, en un carro cubierto de brocado morado, tirado de cuatro caballos blancos; acompañábanle al uno y al otro lado la nobleza y magistrados con grande muchedumbre del pueblo que salió á este espectáculo y se derramó por aquellos caminos y campos. Entró por la puerta de San Daniel; su aspecto muy venerable por sus canas y por la vista recobrada y por sus grandes hazañas. El cuerpo sin fuerzas sustentaba el brio y valor de su ánimo. Su hijo el rey don Fernando era partido para Tortosa con intento de tener Cortes á los aragoneses y presidir en lugar de su padre; pero desistió deste intento por una dolencia que le sobrevino y porque de Castilla, en que resultaban muchas novedades, le hacian grande instancia que apresurase la vuelta. Por el mismo tiempo los huesos de don Fernando, maestre de Avis, de quien se dijo murió cautivo en Africa, cierto moro de la ciudad de Fez, en que estaban, los hurtó y los trajo á Portugal. Diéronles sepultura en Aljubarrota entre los sepulcros de sus antepasados. Las exequias y honras que le hicieron, á la manera que entre cristianos se usa y acostumbra, fueron solemnes y grandes.

CAPITULO XX.

Del concilio que se tuvo en Aranda.

En las demás provincias de España á esta sazon ninguna cosa aconteció que de contar sea, salvo lo que es mas importante, que gozaban de una grande y alegre paz; solo el reino de Castilla no sosegaba, antes cada dia resultaban nuevos miedos y asonadas de guerra. Las diferencias continuas de los grandes eran ordinarias; el pueblo, perdida por su ejemplo la modestia y todo buen respeto, se alteraba. Las villas y ciudades andaban divididas en bandos. Las fuerzas de don Fernando y doña Isabel iban en aumento; muchos se les arrimaban y seguian su partido; las del rey don Enrique desfallecian y se disminuian por su poquedad y por tener al pueblo disgustado. Sin duda como en el cuerpo, así en la república aquella enfermedad es la mas grave que se derrama y tiene su principio de la cabeza. En Vizcaya se veian alteraciones á causa que el nuevo Condestable pretendia reducir aquella gente feroz y constante al servicio del rey don Enrique. Por el contrario, el conde de Treviño por estar aficionado al partido de Aragon le hacia resistencia, al cual y á su casa de tiempo antiguo tenian los vizcaínos mas aficion. Con esto se hacian talas y robos por toda aquella tierra de suyo estéril y falta. En Toledo se levantaron nuevos alborotos. El conde de Fuensalida, confiado en que el maestre de Santiago le hacia espaldas, y con intento que tenia de apoderarse de aquella ciudad, se resolvió de entrar en Toledo con gente armada para echar della á Hernando de Rivadeneyra, mariscal, y aficionado al servicio del rey don Enrique. Este atrevimiento reprimió el pueblo con las armas, y la venida del Rey, que avisado del peligro acudió á gran prisa para atajar el alboroto; así las alteraciones del pueblo se sosegaron; dióse perdon á los culpados, con que los malos quedaron mas animados. Despues deste caso el maestre don Juan Pacheco con deseo de quietud se partió para Peñafiel, donde tenia su mujer, además que por los muchos años que anduvo de ordinario en la corte sospechaba, como era la verdad, que tenia á muchos cansados; enfado que queria remediar con ausentarse. En su lugar envió á su hijo don Diego, en cuya persona, como arriba queda dicho, tenia renunciado y traspasado el marquesado de Villena. Recibió el Rey al Marqués con tan grandes muestras de amor como si su padre le hubiera hecho señalados servicios. Tenia buen parecer, la edad en su flor, y el trato y arreo era conforme á sus riquezas. De Toledo volvió á Segovia el Rey; allí se aumentó el amor y privanza con el trato y familiaridad ordinaria. Llegó esto á tanto, que en persona iba cada dia á visitar al Marqués, que tenia su aposento en el Parral de Segovia, monasterio de jerónimos. Tratóse con don Andrés de Cabrera se reconciliase con los Pachecos y que se pusiese en las manos del Rey y entregase el alcázar de Segovia con los tesoros que allí tenia. En recompensa le ofrecian la villa de Moya, que está cerca de la raya de Valencia y no léjos de Cuenca, patria y natural de don Andrés. Daba él de buena gana orejas al partido; pero como se entendiese esta negociacion, los de aquella villa se agraviaron y alborotaron. Pasaron en esto tan adelante, que hicieron venir en su defensa y recibieron soldados aragoneses de guarnicion, cuyo capitan Juan Fernandez de Heredia acudió del reino de Valencia, y se apoderó de aquella villa en nombre de la princesa doña Isabel. Recibió desto pesadumbre el rey don Enrique. Doña Isabel, en ausencia de su marido, desde Tordelaguna, villa en el reino de Toledo, acudió á Aranda de Duero, llamada de comun consentimiento por los moradores de aquella villa por el aborrecimiento que tenian á la reina doña Juana, cuya era antes, por su poca honestidad, de que todo el reino se ofendia, y el mismo Rey, mas que nadie, como al que aquella mengua mas tocaba. Pero hay personas que si bien se ofenden de la maldad, no tienen ánimo para reprimirla ni castigarla; tal fué la condicion deste Príncipe por todo el tiempo de su vida. Tenian á esta sazon á la Reina y á su hija doña Juana en el alcázar de Madrid á cargo del marqués de Villena y en su poder. Agreda, que es una villa situada cerca del sitio en que antiguamente estuvo otro pueblo de los pelendones, la-

mado Augustobriga, movida por el ejemplo de Aranda, que no léjos le cae, se entregó tambien á la infanta doña Isabel. El sentimiento del Rey se dobló, y en particular del conde de Medinaceli, á quien tenia hecha merced de aquel pueblo. En esta misma sazon don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, que acompañó en esta jornada á la Infanta, convocó para aquella villa de Aranda un concilio provincial de los obispos sus sufragáneos. Despachó sus edictos y cartas en esta razon; acudieron los obispos y arciprestes de toda la provincia sin otro gran número de personas, así eclesiásticas como seglares. La voz corria que se juntaban para reformar las costumbres de los eclesiásticos, muy estragadas con vicios y ignorancias por la revuelta de los tiempos. Puédese sospechar que el principal intento fué afirmar con aquel color la parcialidad de Aragon y granjear las voluntades de los que allí se hallasen. A los 5 de diciembre promulgaron cuatro decretos solos, que fueron estos: «Los obispos en público siempre anden con roquete. Cada cual de los sacerdotes por lo menos diga misa tres ó cuatro veces al año. Los eclesiásticos no asienten al servicio ni lleven gajes de ningun señor fuera del Rey. Los beneficios curados y las dignidades no se provean á ninguno que no sepa gramática.» Apenas habian despedido el Concilio, cuando el rey don Fernando llegó á Almazan y Berlanga. Allí el conde de Medinaceli y Pedro de Mendoza, señor de Almazan, mucho le festejaron. Dende pasó á Aranda; con su presencia pretendia dar calor á sus aficionados y adelantar su partido. Fallecieron en este mismo año en Castilla el almirante don Fadrique y el maestre de Alcántara don Gomez de Cáceres y Solís, á quien sucedió, como queda dicho, don Juan de Zúñiga. En Francia finó otrosí Nicolao, hijo de Juan, duque de Lorena. Quedaba todavía en vida Renato, su abuelo, cuyo nieto, hijo de una hija suya, llamado asimismo Renato, sucedió en el ducado de Lorena por parte de su abuela materna, mujer que fué del mismo Renato. Este nuevo duque de Lorena alcanzó gran renombre, mas que por otra cosa por una famosa batalla que ganó de los flamencos cerca de Nanci, ciudad de aquel su estado, en que quedó vencido y muerto Cárlos, duque de Borgoña, que llamaron el Atrevido. Juan, conde de Armeñaque, despues que se huyó á España, como queda dicho, nunca entró en gracia de su Rey ni dél se hizo confianza. Por este despecho con ayuda y gentes del duque de Borgoña hizo guerra en la Guiena, y en ella prendió la persona de Pedro de Borbon, gobernador de aquel ducado, por trato que tuvo con los suyos. Este insulto ofendió mucho mas al dicho Rey, mayormente que no le quiso soltar antes de ser restituido en su villa de Lectorio, de que el tiempo pasado le despojaron. El Cardenal albigense con gentes que le dieron recobró á Lectorio y le echó por tierra; y al mismo Conde, sin embargo que se le rindió á partido, le hizo morir. Dió este caso mucho que decir, si bien los pareceres eran diferentes; todos concordaban comunmente en que tenia muy merecido aquel desastre y castigo. Sus delitos y desórdenes eran muy feos; uno en particular y muestra de su soltura, que con bulas falsas del Papa en razon de dispensar con él, se casó con su misma hermana, y della se aprovechó; torpeza vergonzosa y afrenta digna y merecedora por justo juicio de Dios de aquella su muerte desgraciada.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

La infanta doña Isabel se reconcilia con el Rey, su hermano.

No sosegaban las pasiones entre los grandes y nobles de Castilla. El partido de Aragon todavía se adelantaba en fuerzas y reputacion. El maestre de Santiago no se descuidaba en allegar riquezas, poder y vasallos y apercebirse de los mayores reparos que pudiese. Crecia con el aumento la codicia de tener mas; dolencia ordinaria y sin remedio. El miedo le aquejaba grandemente si los aragoneses viniesen á tener el mando y el gobierno, que á él seria forzoso partir mano de gran parte de su estado, como de herencia que fué de aquellos infantes de Aragon y por el mismo caso de sus hijos. Por este recelo pretendió desbaratar el casamiento de los príncipes don Fernando y doña Isabel, y al presente intentaba lo mismo del que tenian concertado entre don Enrique de Aragon y la princesa doña Juana. Representaba para entretener grandes dificultades. La capacidad del Rey era tan corta, que no entendia estas tramas; si las entendia, disimulaba; tal era su poquedad. En particular deseaba con el alcázar de Madrid juntar el de Segovia. Parecíale si lo alcanzaba tendria en su poder como con grillos al Rey, y para todo lo que podia suceder se aseguraria mucho por este camino. Este era su mayor deseo; solo y principalmente Andrés de Cabrera por la privanza que tenia con el Rey y ser persona de grande ingenio, y que no fiaba de las promesas que le hacia el Maestre, bien que eran muy grandes, le hacia resistencia; de donde resultaron sospechas y se aumentaron entre ellos los disgustos. Cada cual trataba de usar de maña y derribar al contrario, como personas que eran el uno y el otro sagaces y astutas. El Maestre tenia mas poder y fuerzas; Andrés de Cabrera fué mas venturoso y acertado. Puso todas sus fuerzas y la mira en reconciliar á doña Isabel con el rey don Enrique, su hermano. Venia muy á propósito para esto la ausencia de su competidor; que su hijo

el marqués de Villena por su edad no era persona de tantas mañas y astucia. Al contrario, don Andrés asistia mucho con el Rey, y con servicios que le hacia conforme al tiempo le ganaba de cada dia mas la voluntad. Sucedió que cierto dia tuvo comodidad para persuadille con muchas palabras mandase llamar á la infanta doña Isabel, y diese lugar para que le visitase; cosa que decia seria saludable para la república, y para el Rey en particular provechosa y honesta. Añadió que ninguno ignoraba dónde iban á parar los intentos del Maestre, que era con la revuelta del reino acrecentar las riquezas de su casa; codicia y ambicion intolerable. «De su poca lealtad y firmeza dan muestra claramente, aunque yo lo calle, las alteraciones graves y largas de que él mismo ha sido causa, como hombre que es compuesto de malicias y engaño. Bien veo que el amor de la Princesa impide esto, y que parece cosa indigna despojar su inocente edad de la herencia paterna. Verdad es esto; pero si va á decir verdad, ¿cómo podrémos persuadir al pueblo desenfrenado en sus opiniones que sea vuestra hija? Los príncipes prudentes no deben pretender en la república cosa alguna de que los vasallos no son capaces. No se puede hacer fuerza á los corazones como á los cuerpos; y los imperios y mando se conservan y caen conforme á la opinion de la muchedumbre y conforme á la fama que corre. Mas en esto, sea lo que fuere, ¿por ventura para dotar á la hermana y á la hija no bastarán las riquezas grandes deste nobilísimo reino, repartidas conforme al concierto que se hiciere entre ambas? Que si parece cosa pesada diminuir la majestad del reino y sus fuerzas, muy mas grave será enredarle con una guerra civil y despeñarle en los daños perpetuos que della resultaran. Este sin duda es el camino ó ningun otro hay para excusar tantos males; en que si hay alguna cosa contraria á los intentos particulares, entiendo se debe disimular por el deseo de la paz y amor de la patria. Cuantos males hayan de resultar de la discordia civil, es razon considerarlo con tiempo y con eficacia evitarlos.» Movióse con este razonamiento el ánimo del rey don Enrique, como persona que fué por toda la vida de una maravillosa inconstancia en sus acciones y consejos, indigno del nombre de Rey y afrenta de la silla real. Pasó adelante Andrés de Cabrera, y en otras ocasiones que se le presentaron por su buena diligencia y amonestaciones persuadió al Rey hiciese llamar á su hermana. Hecho esto, dió órden que doña Beatriz de Bobadilla, su muger, se partiese para la villa de Aranda, y para que todo fuese mas secreto, disfrazada, en un jumento y traje de aldeana. Hízose así: habló ella con la infanta doña Isabel y la persuadió que sin dar parte á nadie se fuese lo mas presto que pudiese á Segovia. Avisóle de la aficion que el Rey, su hermano, la mostraba; y que si se trocase estaria en el alcázar segura para que nadie la hiciese agravio. Decia que dado que corriese cualque peligro, en cosas grandes era forzoso aventurarse. En aquella ocasion convenia usar de presteza, que cualquiera detenimiento seria dañoso, pues muchas veces en poco espacio se hacen grandes mudanzas. Concertado el negocio, doña Beatriz se volvió á su marido; en pos della á poca distancia la princesa doña Isabel entró en el alcázar de Segovia á 28 de diciembre, principio del año del Señor de 1474. Sabida su venida, los ánimos de todos se alteraron, así de los ciudadanos como de los cortesanos, unos de una manera, otros de otra, conforme á la aficion que cada uno tenia. El marqués de Villena por sospechar algun engaño y tratado, en un caballo muy de priesa y con mucho miedo se fué á recoger á Ayllon, que es un pueblo por allí cerca. El rey don Enrique en el bosque de Balsain se entretenia en el ejercicio de la caza cuando le vino esta nueva. Acudió luego á Segovia y fué á visitar á su hermana. Las muestras de alegría con que se saludaron y abrazaron fueron grandes, tanto con mayor aficion, que de mucho tiempo atrás no se vieran. Gastaron mucho tiempo en hablar en puridad. Por la despedida la infanta doña Isabel encomendó sus negocios á su hermano y su derecho, que dijo entendia ser muy claro. Respondió el Rey que miraria en lo que le decia. Desta manera se despidieron ya muy tarde. El dia siguiente cenó el Rey en el alcázar con su hermana, y el tercero la Infanta salió á pasear por las calles de la ciudad en un palafren que él mismo tomó de las riendas para mas honralla. Ningun dia amaneció mas claro, así para aquellos ciudadanos como para toda España, por la cierta esperanza que todos concibieron de una concordia muy firme, despedido el miedo que por la discordia tenian de grandes males. Aumentóse esta esperanza y confirmóse con que el mismo rey don Fernando, de Turuégano, do estaba alerta y á la mira por ver en qué paraba esto, vino tambien á Segovia movido de la fama de lo que pasaba y persuadido por las cartas de su mujer. El dia de los Reyes, don Enrique, don Fernando y doña Isabel salieron á pasear juntos por la ciudad, que fué un acompañamiento muy lucido y espectáculo muy agradable para los ojos de todos. Despues del paseo yantaron juntos y á una mesa en las casas obispales, en que Andrés de Cabrera les tenia aparejado un banquete muy regalado. Diego Enriquez del Castillo dice que comió con ellos don Rodrigo de Villandrando, conde de Ribadeo, en virtud de un privilegio que se dió á su padre, como arriba queda dicho, que todos los primeros dias del año se asentase y comiese á la mesa del Rey. Alzadas las mesas, hobo música y saraos, y por remate trajeron colacion de conservas varias y muy regaladas. La alegría de la fiesta se enturbió algun tanto con la indisposicion del rey don Enrique, que le retentó un dolor de costado de tal manera, que le fué forzoso irse á su palacio. Lo que sucedió acaso, como lo juzgan los mas prudentes; el vulgo, inclinado siempre á lo peor y que en todo y con todos entra á la parte, lo echaba á que le dieron algo; opinion y sospecha que se aumentó por la poca salud que en adelante siempre tuvo, y la muerte, que le sobrevino antes de pasado el año. La perpetua felicidad de aquellos príncipes, don Fernando y doña Isabel, y la grandeza de las cosas que hicieron dan bastante muestra que por lo menos si hobo alguna cosa no tuvieron ellos parte; ni es de creer diesen principio á su reinado con una tan grande maldad como sus contrarios les achacaban. Los odios encendidos que andaban y la grande libertad que se veia en decir unos de otros mal, dieron lugar á sospechar

esta y otras semejantes fábulas. Hiciéronse por la salud del Rey muchas procesiones, votos, rogativas y plegarias para aplacar á Dios, con que mejoró algun tanto por entonces de aquel accidente.

CAPITULO II.

De la muerte del maestre don Juan Pacheco.

Luego que el Rey convaleció, se comenzó á tratar de concertar aquellos príncipes y hacer capitulaciones para ello. Pedia doña Isabel que todos los estados del reino la jurasen por heredera, pues tenia derecho para ello. Si esto se hacia, que ella y su marido perpetuamente estarian á obediencia del Rey. Ofrecia otrosí que por seguridad daria su hija en rehenes para que estuviese como en tercería en el alcázar de Avila y en poder de Andrés de Cabrera. Por el contrario, el conde de Benavente pedia con instancia que la princesa doña Juana casase con don Enrique de Aragon. Sentido de la burla que hicieron á su primo, amenazaba que si esto no se hacia, desbarataria el asiento que se pretendia tomar entre los dos reyes y pondria impedimento para que no pasase mas adelante, como el que podia mucho por andar al lado del rey don Enrique y agradarle mas por el mismo caso que esto pedia. Los otros grandes no eran de un parecer ni de una misma voluntad. Los cortesanos y palaciegos parte favorecian á doña Juana, los mas se inclinaban á doña Isabel, y mas los que tenian mas cabida y mas privanza en la casa real, cosa que mucho ayudó á mejorarse su partido. Todos se gobernaban por aficion sin hacer mucha diferencia entre lealtad y deslealtad. En particular la casa de Mendoza se comenzó á inclinar á esta parte, señores muchos en número, muy poderosos en riquezas y en aliados. Por el mismo caso el arzobispo de Toledo comenzaba á divertirse y aficionarse á la parcialidad contraria de doña Juana, de quien le parecia se podian esperar mayores premios y mas ciertos. El rey don Enrique se hallaba muy dudoso de lo que debia hacer. El maestre don Juan Pacheco con cartas que de secreto le envió le persuadia que de noche se apoderase de la ciudad y prendiese y pusiese en su poder á don Fernando y á doña Isabel, pues se le presentaba tan buena ocasion de tenerlos como dentro de una red metidos en el alcázar; para efectuallo le prometia su ayuda y su industria. Cosa tan grande como esta no pudo estar secreta ni desbaratarse por fuerzas humanas el consejo divino y lo que del cielo estaba determinado. Luego pues que se supo lo que se trataba, don Fernando se fué arrebatadamente á Turuégano. La infanta doña Isabel se quedó en el alcázar de Segovia, resuelta de ver en qué paraban aquellos intentos y no dejar la posesion de aquel alcázar nobilísimo en que tenian los tesoros y las preseas mas ricas de la casa real, y de donde entendia tomaria principio y se abriria la puerta para comenzar á reinar; hembra de grande ánimo, de prudencia y de constancia mayor que de mujer y de aquella edad se podian esperar. Despues que el rey don Enrique y don Fernando se apartaron, se tornaron á juntar por un nuevo accidente. Fué así, que el conde de Benavente alcanzó del rey don Enrique los años pasados con la revuelta de los tiempos que le diese á Carrion, villa principal en Castilla la Vieja. Hecha la merced, la fortificó con muros y con reparos. Llevaba esto mal el marqués de Santillana á causa que aquella villa de tiempo antiguo estaba á su devocion por la naturaleza que la casa de Mendoza tenia en ella por los de la Vega y Cisneros, linajes incorporados en el suyo. Demás desto, movido por sus ruegos y lágrimas, persuadió al conde de Treviño que al improviso se apoderase con gente de aquella villa. Hízolo él como lo concertaron; para socorrerle el marqués de Santillana se partió de priesa de Guadalajara con golpe de soldados. El conde de Benavente para vengar por las armas aquel agravio hizo lo mismo desde Segovia, do le tomó la nueva. Con esto y por estar divididos los demás grandes y acudir con sus gentes, unos á una parte, otros á otra, corria peligro que sucediese algun desman señalado por cualquiera de las partes que la victoria quedase. Acudieron por diversas partes los reyes mismos, don Fernando para asistir al marqués de Santillana, bien acompañado por si fuesen menester las manos, don Enrique para poner paz, como lo hizo, que puestas sus estancias en medio de los dos reales contrarios y entre las dos huestes, apenas y con trabajo pudo alcanzar que dejasen las armas. El conde de Benavente se puso de todo punto en las manos del Rey. Dióle el arzobispo de Toledo en recompensa el lugar de Magan, y con tanto vino en que abatiesen el castillo de Carrion y le echasen por tierra, que era la principal causa por que aquel pueblo estaba alterado, y la villa volvió á la corona real. Hechas las paces, el de Santillana se vió con doña Isabel en Segovia; dende se volvió á Guadalajara, ya determinado de todo punto de tomar nuevo partido y seguir nuevas esperanzas, así él como los suyos. El rey don Enrique, despues de visitar á Valladolid y detenerse algun tanto en Segovia, á persuasion y por consejo del maestre don Juan Pacheco para comunicar y tratar cosas muy importantes, se partió para Madrid; tal era la voz. Hízole grande instancia, y al fin le persuadió que tratase de casar á la princesa doña Juana con el rey de Portugal, y que para poner esto en efecto se partiese, si bien tenia poca salud, hasta la raya de aquel reino. Este era el color que se tomó para este viaje. El mayor y mas verdadero cuidado del Maestre era de apoderarse de Trujillo; grande codicia y deseo de amontonar riquezas y estados. Conformáronse los moradores con la voluntad del Rey por tener el Maestre granjeada gran parte del regimiento y seguir el pueblo lo que la nobleza queria; solo el castillo por su fortaleza les era impedimento, que el alcaide Gracian de Sese no le queria entregar hasta tanto que le gratificasen lo que en él gastara, que era mucha parte de su hacienda, y le tomasen las cuentas. El rey don Enrique con la tardanza y por ser aquellos lugares malsanos y el tiempo poco á propósito, agravada la indisposicion, se volvió á Madrid. El Maestre, algo mejor de una enfermedad que asimismo le sobrevino, se hizo llevar á Trujillo en hombros. Llegó con este intento á Santa Cruz de la Sierra, que es una aldea dos ó tres leguas á la parte de mediodía de aquella ciudad. Trataba de persuadir al Alcaide que entregase la fortaleza y de ganalle, cuando en medio destas prá-

ticas murió de repente. La ocasion fué que se le hinchó una mejilla y un corrimiento, con que mucha sangre se le cuajó en la garganta, que le salia por la boca y por las narices. Dicen que á las postreras boqueadas ninguna otra cosa preguntaba á los que presentes tenia y le ayudaban á bien morir, salvo si quedaba entregado el alcázar; pensamiento poco á propósito para quien se hallaba tan cercano á la muerte; bien que sin duda fué gran persona, de mucho valor, de maña y ingenio notable. Tuvieron secreta su muerte hasta tanto que el alcázar se entregó. En recompensa dieron al alcaide Gracian el lugar de San Félix, en Galicia, por juro de heredad, dádiva para él muy desgraciada, porque en una revuelta, no se sabe por qué causa, los vecinos de aquel pueblo le apedrearon y mataron; venganza del cielo por dejarse granjear con dádivas, como el vulgo lo decia, muy inclinado á semejantes dichos y hablas y á creer y decir de ordinario lo peor.

CAPITULO III.

Cómo el rey don Fernando fué á Barcelona.

Los franceses y aragoneses tenian diferencia y contienda sobre lo de Ruisellon y Cerdania. Los aragoneses pretendian recobrar aquellos sus estados; los franceses se excusaban con que los tenian empeñados por el dinero que prestó su Rey al Aragonés y el que gastaron en el sueldo de los soldados con que ayudaron en la guerra de Barcelona y aun no estaba pagado. No se conformaron; y así, las armas, que se dejaron por causa de las treguas que concertaron, las tornaban á tomar y á mover la guerra. El temor de los nuestros no era menor que la esperanza, por ser la guerra contra las riquezas de Francia y contra aquel Rey muy poderoso, sin estar sosegadas las pasiones de Castilla, de que asimismo resultaban muchas y grandes dificultades. Procuróse componer estas diferencias, y con este intento se enviaron embajadores á Paris para tratar de concierto, personas de gran cuenta. Estos fueron don Juan Folch, conde de Cardona, y Hugon de Rocaberti, castellan de Amposta; para que tuviesen mas autoridad llevaron grande acompañamiento y repuesto. Pretendian dar razon por donde no parecia se debiese pagar el dinero que pedian, lo uno que los socorros de Francia para la guerra de Barcelona ni se enviaron á tiempo ni fueron de provecho; lo otro que contra las capitulaciones del concierto, Juan, duque de Lorena, fué ayudado con gentes de Francia. Volviánse los embajadores sin concluir cosa alguna. Detuviéronlos en Leon contra el derecho de las gentes y las leyes divinas y humanas. Por quedar estos señores arrestados en Francia y como en rehenes, los aragoneses no se atrevian por el peligro que sus personas corrian á hacer grande resistencia, magüer que por el mismo tiempo al principio del verano quinientos caballos franceses debajo de la conducta de Juan Alonso, señor de Aluda, entraron en son de guerra por la parte de Ruisellon, y juntándose con las demás guarniciones y gentes francesas, se pusieron sobre la ciudad de Elna, cuya parte mas baja desampararon á la hora los ciudadanos por ser flaca. El rey de Aragon en Barcelona tenia Cortes á los catalanes. Allí se apercebia para la guerra, bien que se hallaba en lo postrero de su larga edad y doliente de cuartanas. Tenia sus fuerzas gastadas; determinó buscar socorros de fuera. Envióle el rey don Fernando de Nápoles, su sobrino, por el mar quinientos hombres de á caballo, pequeña ayuda para guerra tan larga. Don Fernando, su hijo, por el mes de junio se apoderó de Tordesillas, que es una buena villa en Castilla la Vieja. Los vecinos le llamaron para valerse de sus fuerzas contra Pedro Mendavia, alcaide de Castro Nuño, que hacia mal y daño por los pueblos y campos comarcanos con una compañía de salteadores, de los que en gran número andaban por todo el reino desmandados. Hecho esto y vuelto á Segovia, do quedó su mujer, avisado del peligro y poca salud de su padre, determinó irse á ver con él, como lo hizo. Púsose en camino á 2 de julio; de pasada visitó en Alcalá al arzobispo de Toledo, que estaba allí retirado. Pretendia con aquella cortesía quitalle el disgusto que tenia grande y ganalle si pudiese. Desde allí pasó á Guadalajara para visitar al tanto al marqués de Santillana y obligalle mas con esto. Llegó por sus jornadas á Zaragoza y á Barcelona, do halló á su padre, viejo de mucha prudencia y que nunca reposaba. Sucedieron á la misma sazon muy fuera de tiempo alteraciones en el reino de Valencia. Fué así, que Segorve y Ejerica, dos pueblos principales en aquella comarca, tomaron las armas y se alborotaron á un mismo tiempo. La porfía fué igual, los intentos contrarios; los de Ejerica para librarse del señorío de Francisco Sarsuela, que pretendian les tenia hechos grandes agravios y demasías, los de Segorve por conservarse contra la voluntad del Rey en la obediencia de don Enrique de Aragon. Fueron estas alteraciones mas largas que grandes, sin que en ellas sucediese cosa memorable mas de que al fin se hizo lo que el Rey quiso y era razon, que Segorve quedó confiscada, y Ejerica volvió á cuya antes era. Don Fernando en Barcelona consultaba con su padre sobre la guerra de Ruisellon, cuando le vino aviso de Castilla que el maestre de Santiago don Juan Pacheco era pasado desta vida á 4 de octubre. Por su muerte andaba mayor alboroto que nunca entre los grandes; muchos señores pretendian aquel maestrazgo; la diligencia era igual y la ambicion; los caminos diversos y el color que para su pretension cada cual alegaba. El de Alburquerque, el de Benavente, el de Santillana, el de Medina Sidonia confiaban mas en sus riquezas que en alguna otra cosa. Por votos de los caballeros fueron nombrados dos, cada cual en uno de los principales conventos de la órden, donde los caballeros, unos en una parte, otros en otra, se juntaron. En el de Leon fué elegido don Alonso de Cárdenas, comendador mayor que era de Leon; en Uclés nombraron á don Rodrigo Manrique, conde de Paredes. El marqués de Villena por tener el favor del Rey y ser sus fuerzas muy grandes pretendia despojar los dos, y alegaba que el Pontífice en vida de su padre le hizo gracia de aquella dignidad; pero como quier que no presentase bulas ni testimonio alguno de la voluntad del Papa, los mas sospechaban era invencion á propósito de tener tiempo para usar de mayor diligencia y ganar del Papa aquella dignidad. Andaba en

su pretension con poco recato; iba camino del Villarejo de Salvanés para hablar con el conde de Osorno, comendador mayor de Castilla; echáronle mano y llevároule preso á Fuentidueña. Fué grande esta afrenta y resolucion; con que el rey don Enrique irritado, y por no parecer que el conde de Osorno obedeceria á sus mandatos, determinó acudir á las armas; y dado que andaba con poca salud, se puso con gente sobre Fuentidueña. Acudiéronle los prelados de Toledo y de Búrgos, el de Benavente, el Condestable y el de Santillana, sin otros señores, todos deseosos de servir á su Rey y alterados contra un hecho tan atroz. Erales muy pesada la tardanza por irse agravando la enfermedad del Rey y ser el tiempo poco á propósito. Acordaron valerse de un engaño contra otro; esto fué que Lope Vazquez de Acuña, hermano del arzobispo de Toledo, á quien no menos pesaba que á los demás del agravio que se hizo al marqués de Villena, con muestra que queria tener habla con la mujer del conde de Osorno, la prendió á ella y á un hijo suyo, y los llevó á la ciudad de Huete. Con esta maña, vencido el ánimo de su marido, puso al de Villena en libertad. Desta manera se desbarataron los intentos del conde de Osorno, que por aquel camino y prision pretendia ganar la gracia de don Fernando, y con su ayuda quitar el maestrazgo de Santiago á todos los demás, mayormente que la princesa doña Juana se tenia en Escalona, apartada de su madre por su poca honestidad, y en poder del dicho marqués de Villena. Sabidas todas estas cosas en Barcelona, el rey don Fernando dejó el cuidado de la guerra á su padre, que pretendia luego marchar la vuelta de Ampúrias, y él se volvió á Zaragoza con intento, si las cosas de Castilla diesen lugar, juntar allí Cortes de los aragoneses para efecto de allegar dinero, de que tenian grande falta; tanto mas, que de cada dia acudian nuevas compañías de franceses, y estaban ya juntos sobre Elna novecientos caballos y diez mil infantes, con que el cerco de aquella ciudad se apretó de suerte, que por falta de mantenimientos y de todo lo necesario los cercados se rindieron un lúnes, á 5 de diciembre, á partido que la guarnicion de soldados y los capitanes saliesen libres, sin embargo que durante el cerco tuvieron entre sí mas diferencias que ánimo para contra los enemigos. Con la pérdida de Elna tenian gran miedo no se perdiese tambien Perpiñan, por caelle muy cerca y estar rodeada aquella villa por todas partes de guarniciones de enemigos, además que el mismo castillo de Perpiñan estaba en poder de franceses; por todo esto se recelaban que no se podria mantener largo tiempo. Fué este año memorable, particularmente en Sicilia, por el estrago grande que en las ciudades y pueblos se hizo de los judíos. La muchedumbre del pueblo sin saberse la causa como furiosos tomaban las armas, sin tener cuenta ni respeto á los mandatos y autoridad del virey don Lope de Urrea, ni aun enfrenallos la justicia que hizo de algunos de los culpados. Mataron muchos de aquella gente miserable, y les saquearon y robaron sus casas. Los moros de Granada á este tiempo tenian sosiego, ni trataban los nuestros de hacelles guerra por la grande revuelta y alteracion en que las cosas se hallaban. En Navarra andaban alborotos entre los biamonteses, que seguian el partido de la princesa doña Leonor, y los agramonteses, de muy antiguo aficionados al servicio del rey de Aragon. El pueblo seguia el ejemplo de los principales en semejantes locuras y en hacerse unos á otros desaguisados.

CAPITULO IV.

De la muerte del rey don Enrique.

Agravábase de cada dia la dolencia del rey don Enrique, que de algun tiempo atrás le traia trabajado; y con el movimiento de aquel viaje que hizo y los cuidados pesados y desabridos se hizo mortal. Ordenaron los médicos que volviese á Madrid. Confiaban que con aquellos aires mejoraria; ni la bondad del cielo muy saludable de que goza aquella villa ni muchos remedios que le aplicaron fueron parte para que aflojase el dolor del costado, antes se embraveció de manera, que perdida la esperanza y recebidos los sacramentos como buen cristiano, á 11 de diciembre, dia domingo, á la segunda hora de la noche rindió con reposo el alma, al fin del año cuarenta y cinco de su edad. Reinó veinte años, cuatro meses, veinte y dos dias. No otorgó algun testamento; solo hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo, su secretario, de quien mucho se fiaba. Nombró por ejecutores de lo que ordenaba al cardenal de España y al marqués de Villena. Preguntado por fray Pedro de Mazuelos, prior de San Jerónimo de Madrid, que le confesó en aquel trance, á quién dejaba y nombraba por sucesor, dijo que á la princesa doña Juana, que dejó encomendada á los dos ejecutores de su testamento, y junto con ellos al de Santillana, al de Benavente, al Condestable y al duque de Arévalo, de quien mas que de otros hacia confianza. Su cuerpo por la larga dolencia estaba tan flaco, que sin embalsamalle le depositaron en San Jerónimo de Madrid. El enterramiento y honras que le hicieron no fueron muy grandes ni tampoco muy pequeñas. Despues, en cumplimiento de lo que él mismo mandó á la hora de su muerte, le sepultaron en la iglesia de Guadalupe, junto al sepulcro de su madre. Fué este Príncipe señalado en ninguna cosa mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad, faltas con que desdoró mucho su reinado. No dejó hijo alguno varon, y fué en la línea y alcuña de los varones que decendieron del rey don Enrique el Bastardo el postrero como en el tiempo y cuento, así bien en la fama. Punto asaz de advertir, y que hace maravillar sea la inconstancia de las cosas tan grande como se ve, y su mudanza tal, que no solo mueren los hombres, sino tambien se acaba el vigor y fuerza de los linajes, y mas en la sucesion de los príncipes, en que convenia mas continuarse. Cada uno de los particulares estamos sujetos á esto; las propiedades y virtud asimismo de las plantas, yerbas y animales en comun tienen sus nacimientos y aumentos, y en fin se envejecen y faltan. Tuvo el rey don Enrique, tronco y principio deste linaje, el natural muy vivo, y el ánimo tan grande, que suplia la falta del nacimiento. Don Juan, su hijo, fué persona de menos ventura, y de industria y ánimo no tan grande ni valeroso. Don Enrique, su nieto, tuvo el entendimiento encendido y altos pensamientos, el corazon capaz del cielo y de la tierra; la falta de salud y

lo poco que vivió no le dejaron mostrar mucho tiempo el valor que su aventajado natural y su virtud prometian. El ingenio de don Juan, el segundo deste nombre, era mas á propósito para letras y erudicion que para el gobierno. Finalmente, en su hijo don Enrique, cuyas obras y vida y muerte acabamos de relatar, desfalleció de todo punto la grandeza y loa de sus antepasados, y todo lo afeó con su poco órden y traza; ocasion para que la industria y virtud se abriese por otra parte camino para el reino de Castilla y aun casi de toda España, con que entró en ella una nueva sucesion y línea de grandes y señalados príncipes. Del derecho en que fundaron su pretension, por entonces se dudó; el provecho que adelante su valor acarreó fué sin duda muy grande y aventajado.

CAPITULO V.

Cómo alzaron á don Fernando y doña Isabel por reyes de Castilla.

Con la muerte del rey don Enrique todas las cosas en Castilla se trocaron. La mayor parte acudió á doña Isabel, hermana del difunto. Algunos, y no pocos, perseveraron en el servicio de doña Juana la princesa; en especial el marqués de Villena y el duque de Arévalo le acudieron con sus deudos y aliados como los primeros y principales entre los que quedaron nombrados para el amparo de aquella señora. Persuadíanse que ella tendria el nombre de reina, y ellos la mano en todo y se apoderarian del gobierno; el marido seria el que les pareciese mas á propósito para sus intentos particulares, que era su principal cuidado. Seguian á estos dos grandes todos los pueblos y comarca que hay desde Toledo hasta Murcia, y juntamente la mayor parte de la nobleza de Galicia hasta tomar las armas contra el arzobispo de Santiago don Alonso de Acevedo y de Fonseca, porque en esto no se conformaba con los demás, antes andaba muy declarado por la parte contraria. En la plaza de Segovia en un tablado que se levantó de madera, los que se hallaron en aquella ciudad en público juraron á doña Isabel, que presente estaba, por reina, puesta la mano, como es de costumbre, sobre los Evangelios. Hecho esto, levantaron los estandartes en su nombre con un faraute que en alta voz dijo: Castilla, Castilla por el rey don Fernando y la reina doña Isabel. El pueblo con grande alarido y aplauso repetia las mismas palabras. Acudieron todos á besalle la mano y hacelle homenaje; así como estaba con vestidos reales, puesta en un palafren la llevaron á la iglesia mayor para dar gracias á Dios por aquel beneficio y rogar fuese servido continuallo y llevar adelante lo comenzado. Halláronse entonces muy pocos titulados en Segovia y ningunos grandes. Los primeros que muy de priesa acudieron para dar muestra de su lealtad y aficion fueron el cardenal de España y el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel. Poco despues el arzobispo de Toledo, el marqués de Santillana, don García Alvarez de Toledo, duque de Alba, el Condestable, el Almirante y el duque de Alburquerque. Otros enviaron sus procuradores para que en su nombre hiciesen los homenajes y jurasen á la reina doña Isabel. No pareció se hiciese el pleito homenaje por entonces á su marido el rey don Fernando hasta tanto que personalmente jurase, como su mujer la Reina lo hizo, el pro del reino y guardalles, como es de costumbre, sus franquezas y privilegios. Hallábase á la sazon en Zaragoza ocupado en las Cortes de Aragon y con intento de allegar dinero para la guerra de Ruisellon. Esto iba á la larga; así, sabida la muerte del rey don Enrique, sin dilacion se partió para Castilla, por entender que ninguna cosa hay mas segura en revueltas y mudanzas semejantes que la presteza. Dejó en su lugar para presidir en las Cortes á doña Juana, su hermana, que tenian concertada con don Fernando, rey de Nápoles, viudo de su primera mujer. Los señores de Castilla no se podian granjear sino á poder de grandes dádivas y mercedes, por estar acostumbrados á vender sus servicios y lealtad lo mas caro que podian. Luego que el Rey llegó á Almazan, le envió el conde de Medinaceli don Luis de la Cerda á representar por medio de Francisco de Barbastro que el reino de Navarra pertenecia á doña Ana, su mujer, como á hija que era de don Cárlos, príncipe de Viana, legítima, así por casarse despues el Príncipe con su madre como por dispensacion del Papa, de todo lo cual presentaba escrituras, si verdaderas ó falsas, no se sabe. De cualquiera manera, era grande su determinacion, y el negocio y pretension en que entraba pedia mayores fuerzas que las suyas. Decia que si el rey don Fernando no le ayudaba para alcanzar aquel reino, no le faltaria ayuda de otra parte; que era en suma amenazar con la guerra de Francia; demasía fuera de sazon. Despedido pues el que vino con esta embajada sin respuesta, continuó el Rey su camino. Llegado á Turuégano, allí se entretuvo hasta tanto que en la ciudad de Segovia le aparejasen el recebimiento necesario. Hizo su entrada un dia despues de año nuevo de 1475. En aquel dia, puesto todo á punto, fué recebido en la ciudad con todas las demostraciones de alegría. Todos los estados le hicieron sus homenajes y besaron la mano como á su rey. Sobre la manera que se debia tener en el gobierno hobo alguna diferencia y debate. Los criados de la Reina decian que no podia ni debia entremeterse el rey don Fernando en el gobierno ni aun intitularse rey de Castilla; de lo cual, demás de las capitulaciones matrimoniales, traian algunos ejemplos, tomados del reino de Nápoles, donde en tiempo de las dos reinas, por nombre Juanas, sus maridos no tomaron apellido de reyes, antes se contentaron con el casamiento y con la honra que á cada cual daba la Reina, su mujer; hicieron grandes letrados informaciones y alegaron sobre el caso. Los aragoneses, por el contrario, pretendian que por no quedar ningun hijo varon del rey don Enrique, el reino volvia á don Juan, rey de Aragon, como al mayor del linaje. Pero esto que en Francia, conforme á las costumbres de aquel reino se guardaba, fácilmente lo rechazaban con muchos ejemplos, así antiguos como modernos, de Ormesinda, de Odisinda, de doña Sancha, de doña Urraca y de doña Berenguela, que mostraban claramente cómo muchas hembras los tiempos pasados heredaron el reino de Castilla. Desistieron pues desta empresa, y entre marido y mujer se concertaron estas capitulaciones: que en los privilegios, escrituras, leyes y moneda el nombre de don Fernando se pusiese primero, y despues

el de doña Isabel; al contrario en el escudo y en las armas, las de Castilla estuviesen á manderecha en mas principal lugar que las de Aragon; en esto se tenia consideracion á la preeminencia del reino, en lo primero á la de marido. Que los castillos se tuviesen en nombre de doña Isabel, y que los contadores y tesoreros le hiciesen en su nombre juramento de administrar bien las rentas reales. Las provisiones de los obispados y beneficios rezasen en nombre de ambos; pero que se diesen á voluntad de la Reina y á personas en doctrina aventajadas. Cuando se hallasen juntos, de consuno administrasen justicia á los de cerca y á los de léjos; cuando en diversas partes, cada cual administrase justicia en su nombre en el lugar en que se hallase. Los pleitos de las demás ciudades y provincias determinase el que tuviese cerca de sí los oidores del consejo, órden que asimismo se guardase en la eleccion de los corregidores. Mostró sentimiento don Fernando que sus vasallos en lugar de obedecer le quisiesen dar leyes; todavía le pareció disimular; consideraba que con un poco de sufrimiento y disimulacion él se arraigaria en el gobierno y todo estaria en su mano. Juntamente la reina doña Isabel, como princesa muy discreta, se dice que aplacó la pesadumbre que su marido tenia con un razonamiento que le hizo á este propósito, deste tenor: «La diferencia que se ha levantado sobre el derecho del reino, no menos que á vos me ha desgustado. ¿Qué necesidad hay de deslindar los derechos entre aquellos cuyos cuerpos, ánimos y haciendas el amor muy casto y el vínculo del santo matrimonio tiene atados? Sea á las otras mujeres lícito tener alguna cosa propia y apartada de sus maridos; á quien yo he entregado mi alma, ¿por ventura será razon ser escasa en franquear con él mismo la autoridad, riquezas y ceptro? ¿Qué fuera esto sino cometer delito muy grave contra el amor que se deben los casados? Seria yo muy necia si á vos solo no estimase en mas que á todos los reinos. Donde yo fuere reina, vos seréis rey, quiero decir, gobernador de todo sin límite ni excepcion alguna. Esta es nuestra determinacion, y será para siempre; ¡ojalá tan bien recibida como en mi pecho asentada! Alguna cosa era justo disimular por el tiempo y mostrar hiciamos caso de los letrados que con sus estudios tienen ganada reputacion de prudentes. Mas si por esta porfía los cortesanos y señores pensaren haberse adelantado para tener alguna parte en el gobierno, ellos en breve se hallarán muy burlados; si no fuere con vuestra voluntad, no alcanzarán cosa alguna, sean honras, cargos ó gobiernos. Verdad es que dos cosas en este negocio han sucedido á propósito, la primera que se ha mirado con esto por nuestra hija y asegurado su sucesion; la cual, si vuestro derecho fuera cierto, quedaba excluida de la herencia paterna, cosa fuera de razon y que á nos mismos diera pena. Queda otrosí proveido para siempre que los pueblos de Castilla sean gobernados en paz; que dar las honras del reino y los castillos, las rentas y los cargos á extraños, ni vos lo querreis, ni se podria hacer sin alteracion y desabrimiento de los naturales; que si esto mismo no os da contento, vuestra soy, de mí y de mis cosas haced lo que fuere vuestra voluntad y merced. Esta es la suma de mi deseo y determinada voluntad.» Aplacado con estas palabras el rey don Fernando, volvió su pensamiento al remedio del reino, que por la alteracion de los tiempos pasados y el peligro evidente que corria de nuevas revueltas se hallaba grandemente trabajado.

CAPITULO VI.

Cómo el rey de Portugal tomó la proteccion de doña Juana, su sobrina.

Parecia que el marqués de Villena en un mismo tiempo se burlaba del rey don Fernando y de don Alonso, rey de Portugal, pues juntamente traia sus inteligencias con los dos. Era de no menor ingenio que su padre, y todos se persuadian que se inclinaria á la parte de que mayor esperanza tuviese de acrecentar su estado y riquezas de su casa, conforme al humor que entonces corria, y aun siempre corre, sin respeto alguno de lo que las gentes dirian ni de lo que por la fama se publicaria. Del rey don Fernando pretendia que, despojados los dos competidores en el maestrazgo con achaque que las elecciones no fueran válidas, él fuese legítimamente entronizado y nombrado por maestre de Santiago. Era esta demanda pesada, que persona de quien no tenian bastante seguridad, creciese tanto en poder y riquezas, y que juntase con lo demás aquella dignidad tan rica y de tanta renta. Sin embargo, le dió buena respuesta; que es prudencia conformarse con el tiempo. Prometióle que si pusiese á doña Juana en tercería para casalla conforme á su calidad, vendria y le ayudaria en lo que pedia. A esto replicó él que en ninguna manera lo haria ni quebrantaria la fe y palabra que dió al rey don Enrique de mirar por su hija. Junto con esto envió personas de quien hacia confianza para persuadir al rey de Portugal tomase á su cargo la proteccion de su sobrina, pues por ser el pariente mas cercano le pertenecia á él en primer lugar, y como tal queria se encargase del gobierno de Castilla. Reprehendia sus miedos, sus recatos y demasiada blandura; protestábale y amonestábale por todo lo que hay en el cielo no desamparase aquella doncella inocente y sobrina suya, pues era rey tan poderoso y tan rico. Que en Castilla hallaria muchos aficionados á aquel partido, así bien del pueblo como de la nobleza, los cuales, presentada la ocasion, se mostrarian en mayor número de lo que podia pensar; que mas les faltaba caudillo que voluntad para seguir aquel camino. Hallábase el de Portugal en Estremoz, á la raya de su reino, al tiempo que falleció el rey don Enrique. Hizo consulta sobre este negocio y sobre lo que el de Villena representaba. Los pareceres fueron diferentes; los mas juzgaban se debia abrir la guerra y sin dilacion romper con las armas por las tierras de Castilla; hombres habladores, feroces, atrevidos, ni buenos para la guerra ni para la paz. Hacian fieros y alegaban que tenian grandes tesoros allegados con la larga paz, huestes de á pié y de á caballo y grandes armadas por la mar. El principal autor deste consejo y atizador de la guerra desgraciada era don Juan, príncipe de Portugal, el cual, conforme al natural atrevimiento que da la juventud, se arrojaba mas que los otros. Solo don Fernando, duque de Berganza, como al que su larga edad hacia mas recatado y mas

prudente, lo que otros atribuian á miedo ó amor que tenia á doña Isabel por el parentesco y ser nieta de su hermano, sentia lo contrario, que no se debian ligeramente tomar las armas. Que el de Villena y sus aliados eran los mismos que poco antes alzaron por rey al infante don Alonso contra don Enrique, su hermano, y juntamente sentenciaron que doña Juana era hija bastarda; lo cual ¿con qué cara ahora, con qué nueva razon lo mudan, sino por ser personas que se venderian al que diese mas, y que volverian las proas adonde mayor esperanza se les representase? ¿Qué castillos daban por seguridad que no se mudarian con la misma ligereza que de presente se mudaban, si don Fernando les prometiese cosas mas grandes? ¿En qué manera podrian desarraigar la opinion que el pueblo tenia concebida en sus corazones que doña Juana era ilegítima? Cosa que el mismo rey don Alonso confirmó cuando pidió por mujer á doña Isabel, y no quiso aceptar en manera alguna el casamiento que le ofrecian de doña Juana. «Mintiendo sin duda y haciendo fieros y gloriándose de las fuerzas que no tienen, hinchan á los otros con el viento de vanas esperanzas, y ellos mismos están hinchados. Los perros cuanto mas medrosos ladran mas, y los pequeños arroyos muchas veces hacen mas ruido con su corriente que los rios muy caudalosos. Afirman que los señores y las ciudades seguirian su opinion, de quien sabemos cierto que con la misma lealtad con que sirvieron al rey don Enrique abrazarán el partido de doña Isabel. ¡Ojalá pudiera yo poner delante de vuestros ojos el estado en que las cosas están! Ojalá como los cuerpos, así se pudieran ver los corazones! Entendiérades el poco caso que se debe hacer de las vanas promesas del marqués de Villena.» Bien advertian las personas mas prudentes que todo esto era verdad, todavía prevaleció el parecer de los mas; desórden muy perjudicial que en la consulta no se pesen los votos, sino se cuenten de ordinario, y se esté por los mas votos, aun cuando los reyes están presentes, por cuyo parecer todos pasan y en cuyo poder está todo. Verdad es que primero que se declarasen, Lope de Alburquerque, que enviaron para mirar el estado en que todo se hallaba, llevó firmas de muchos señores de Castilla que prometian al rey de Portugal, que á la sazon era ido á Ebora, y le daban la fe, si casaba con doña Juana, que á su tiempo no le faltarian. Para encaminar estas trazas venia muy á cuenta el desabrimiento del arzobispo de Toledo, que con color que residiera muchos años en la corte, enfado que á los grandes personajes hace perder el respeto y que la gente se canse dellos, y con muestra que queria descansar, se salió de Segovia á 20 de febrero. Este era el color, la verdad que claramente se tenia por agraviado de los nuevos reyes. Querellábase le entretenian con falsas esperanzas sin hacelle alguna recompensa de sus servicios y de su patrimonio, que tenia consumido, y hechos grandes gastos para dar de su mano el reino á aquellos príncipes ingratos. Sobre todo llevaba mal la privanza del Cardenal, que iba en aumento de suerte, que los reyes todos sus secretos comunicaban con él, y por él se gobernaban. Procuraron aplacalle, pero todo fué en vano. Amenazaba haria entender á sus contrarios lo que era agraviar al arzobispo de Toledo, y mostraria cuán grandes fuesen sus fuerzas contra los que le enojasen. Tampoco fueron los ruegos de efecto mezclados con amenazas de su hermano don Pedro de Acuña, conde de Buendía, en que le protestaba no empeciese á sí y á sus deudos, y por esperanzas dudosas no se despeñase en peligros tan claros; antes, como él que de suyo era soberbio de condicion, suelto de lengua, mas se irritaba con las amonestaciones que le hacian, mayormente que un Hernando de Alarcon, que por ser de semejante condicion tenia mas cabida con él que otro alguno, como le andaba siempre á las orejas, con sus palabras henchia su pecho cada dia de mayor pasion y saña.

CAPITULO VII.

Cómo el rey de Portugal se llamó rey de Castilla.

La partida del Arzobispo y su desabrimiento tan grande alteró á los nuevos reyes y los puso en cuidado. Temian, si se declaraba por la parte contraria, no revolviese el reino, conforme lo tenia de costumbre, por ser persona de condicion ardiente, de ánimo desasosegado, demás de su mucho poder y riquezas. Esto les despertó para que con tanto mayor cuidado buscasen ayudas de todas partes, así del reino como de fuera. Sobre todo procuraron sosegar á los grandes y ganallos. El primero que redujeron á su servicio fué don Enrique de Aragon con restituille sus estados de Segorve y de Ampúrias y dalle perdon de todo lo pasado; camino con que quedó otrosí muy ganado el de Benavente, su primo. Fué esto tanto mas fácil de efectuar, que tenia él perdida la esperanza de que aquel casamiento que tenian concertado pasase adelante y se efectuase, á causa que á doña Juana desde Escalona la llevaron á Trujillo para casalla con el rey de Portugal, al cual pretendia el marqués de Villena contraponelle á las fuerzas de Aragon, á la sazon divididas por la guerra de Francia y las alteraciones de Navarra. La villa de Perpiñan se hallaba muy apretada con el largo cerco que le tenian puesto, tanto, que por estar muy trabajada y no tener alguna esperanza de ser socorrida, se rindió á los 14 de marzo á partido que se diese libertad á los embajadores que detuvieron en Francia, como queda dicho, y á los vecinos de aquella villa de irse ó quedarse, como fuese su voluntad. Concertaron otrosí treguas por seis meses entre la una nacion y la otra. Envió el rey don Fernando al de Francia para pedir paces, y que con ciertas condiciones restituyese lo de Ruisellon, cierta embajada. El rey de Francia dió muy buena respuesta, y prometió grandes cosas si venia en que su hija casase con el delfin de Francia. Prometia en tal caso que le ayudaria con tanta gente y dinero cada un año cuanto fuese menester para sosegar las alteraciones de Castilla y apoderarse del reino, en particular que se concertaria sobre el principado de Ruisellon, estaria á justicia y pasaria por lo que los jueces árbitros ordenasen. Para tratar esto envió por su embajador desde Francia á un caballero, llamado Guillelmo Garro. Los reyes don Fernando y doña Isabel daban de buena gana oidos á estos tratos, si bien el rey de Aragon recibia gran pesadumbre y los acusaba por sus cartas

que moviesen sin dalle á él parte cosas tan grandes. Sobre todo le congojaba que el arzobispo de Toledo estuviese desabrido; temia, por ser hombre voluntario y su condicion vehemente, no intentase de nuevo á poner en Castilla rey de su mano y dar la corona como fuese su voluntad. Venia este consejo tarde por estar las voluntades muy estragadas y mostrarse ya el Portugués á la raya del reino con un grueso campo, en que se contaban cinco mil caballos y catorce mil infantes, todos bien armados y con grande confianza de salir con la victoria. Perdida pues la esperanza de concertarse, lo que se seguia y era forzoso, los nuevos reyes acudieron á las armas. Andrés de Cabrera, lo que hasta entonces dilatara para que el servicio fuese mas agradable cuanto mas necesario y las mercedes mayores, les entregó los tesoros reales; ayuda de grande momento para la guerra que se levantaba. En recompensa le hicieron merced de la villa de Moya, pueblo principal, aunque pequeño, á la raya de Valencia, con título de marqués. Diéronle otrosí en el reino de Toledo la villa de Chinchon con nombre de conde, y por añadidura la tenencia de los alcázares de Segovia para él y sus herederos y sucesores; que fueron todos premios debidos á sus servicios y á su lealtad y constancia, ca si va á decir verdad, gran parte fué don Andrés para que don Fernando y doña Isabel alcanzasen el reino y se conservasen en él. Partidos los reyes de Segovia con intento de apercebirse para la guerra, pusieron en su obediencia á Medina del Campo, mercado á que los mercaderes concurren, y en sus tratos y ferias que allí se hacen, la mas señalada y de las ricas de España, y por el mismo caso á propósito para juntar dinero de entre los mercaderes. El de Alba con deseo de señalarse en servir á los nuevos reyes, luego que llegaron les entregó el castillo de aquella villa, que se llama la Mota de Medina, y la tenia en su poder. Hacíase la masa de las gentes en Valladolid; fueron allá los nuevos reyes; cada dia les venian nuevas compañías de á pié y de á caballo, con que se formó un ejército, ni muy pequeño ni muy grande. Repartieron los reyes entre sí el cuidado, de suerte que don Fernando quedó en Castilla la Vieja, cuya gente les era mas aficionada y la tenian de su parte; doña Isabel pasó los puertos para intentar si podria sosegar al arzobispo de Toledo; mas él no quiso verse con ella, antes por evitar esto, desde Alcalá se fué á Brihuega, pueblo pequeño, pero fuerte por el sitio y por sus muros. Alegaba para hacer esto que por una carta que tomó constaba trataban de matalle. Asimismo el condestable Pero Hernandez de Velasco, que envió la Reina para el mismo efecto, no pudo con él acabar cosa alguna. Todavía este viaje de la Reina fué de provecho, porque aseguró la ciudad de Toledo con guarnicion que puso en ella, conforme á lo que el negocio y tiempo pedia, y con hacer salir fuera al conde de Cifuentes y á Juan de Ribera, parciales y aliados del arzobispo de Toledo. No entró la Reina en Madrid por estar el alcázar por el marqués de Villena. Concluidas estas cosas, volvió á Segovia para acuñar y hacer moneda toda la plata y oro que se halló en el tesoro real, así labrado como por labrar. En el mismo tiempo el rey don Fernando aseguró la ciudad de Salamanca, bien que con su venida saquearon las casas de los ciudadanos de la parcialidad contraria, que eran en gran número. Zamora al tanto con la misma facilidad le abrió luego que llegó las puertas. Entrególe primero Francisco de Valdés una torre que tenian sobre la puente con guarnicion de soldados, principio para allanar los demás. El alcázar principal no le quiso entregar su alcaide Alonso de Valencia por el deudo que tenia con el marqués de Villena; usar de fuerza pareció cosa larga. Tampoco no quiso el Rey ir á Toro, ciudad que está cerca de Zamora, por no asegurarse de la voluntad de Juan de Ulloa, ciudadano principal y que se mostraba aficionado á los portugueses, no tanto por su voluntad como por miedo del castigo que merecia la muerte que dió á un oidor del consejo real, y otros muchos y feos casos de que le cargaban. Vueltos que fueron los reyes á Valladolid, la ciudad de Alcaráz se puso en su obediencia; los ciudadanos por no ser del marqués de Villena tomaron las armas y pusieron cerco á la fortaleza. Acudieron á los ciudadanos el conde de Paredes y don Alonso de Fonseca, señor de Coca, con el obispo de Avila, que era del mismo nombre. El de Villena, por el contrario, sabido lo que pasaba, vino con gente en socorro del alcázar; mas como no se sintiese con bastantes fuerzas, desistió de aquella su pretension de hacer alzar el cerco y recobrar la ciudad. Esta pérdida le encendió tanto mas en deseo de persuadir al de Portugal que apresurase su venida con cartas que le escribió en este propósito. Decíale que en tal ocasion mas necesaria era la ejecucion que el consejo; que toda dilacion empeceria grandemente; que con sola su ayuda, aunque los demás se estuviesen quedos y aflojasen, vencerian á los contrarios. El agravio que juzgaba le hacian le aguijoneaba para desear que luego se acudiese á las armas y á las manos. Hallábase el rey de Portugal á la frontera de Badajoz por el mes de mayo; en el mismo tiempo, es á saber, á los 18 de aquel mes, dia juéves, le nació en Lisboa un nieto, que de su nombre se llamó don Alonso. Vivió poco tiempo, y así no vino á heredar el reino, dado que le juraron por príncipe y heredero de Portugal, aun en caso que su padre el príncipe don Juan falleciese antes que su abuelo. Por el nacimiento deste niño en esta sazon algunos de los portugueses pronosticaban que la empresa seria próspera, y que del cielo estaba determinado gozase del reino de Castilla, como hombres que eran livianos los que esto decian, y vanos, y que creian demasiado á sus esperanzas mal fundadas. Estaba en Badajoz el conde de Feria con gente, y era muy aficionado al rey don Fernando; demás que se apoderó de un lugar de aquella comarca, que se llama Jerez, que quitó á los contrarios. Debieran los portugueses echar á manderecha y romper por el Andalucía, en que tenian de su parte á Carmona, á Ecija y á Córdoba, para que ganada Sevilla, ninguna cosa les quedase por las espaldas que les pudiese dar cuidado; torcieron el camino á manizquierda, en que grandemente erraron, y por tierra de Alburquerque y por Extremadura llegaron á Plasencia, ciudad pequeña y que goza de muy alegre cielo, si bien el aire y sitio por su puesto es algo malsano. En aquella ciudad se desposó el rey de Portugal con doña Jua-

na; y dado que no se efectuó el matrimonio por pretender antes de hacerlo alcanzar del Pontífice dispensacion del parentesco, que era muy estrecho, coronáronlos por reyes y alzaron los estandartes de Castilla en su nombre, como es de costumbre. En esta sazon y en medio destos regocijos nombró aquel Rey á Lope de Alburquerque y le dió título de conde de Penamacor, recompensa debida á sus servicios y trabajos que pasó en granjear las voluntades de los señores de Castilla. Pusieron otrosí por escrito los derechos en que fundaban la pretension de doña Juana, y enviaron traslados y copias á todas partes, bien largos, y en que iban palabras afrentosas y picantes claramente contra los reyes, sus contrarios. Sucedieron estas cosas á los postreros del mes de mayo; consultaron asimismo cómo se haria la guerra y sobre qué parte primeramente debian cargar.

CAPITULO VIII.

Que el rey de Portugal tomó á Zamora.

La llama de la guerra á un mismo tiempo se emprendió en muchos lugares. La fuerza y porfía era muy grande y extrema como entre los que debatian sobre un reino tan poderoso. Villena con las villas que le estaban sujetas comenzó á ser trabajada por gentes del reino de Valencia. Por esta causa y á persuasion del conde de Paredes, tomadas las armas de comun acuerdo, los naturales de aquella ciudad se pasaron al servicio del rey don Fernando. Para hacerlo sacaron por condicion que perpetuamente quedasen incorporados en la corona real. Al maestre de Calatrava quitaron á Ciudad-Real, de que se habia apoderado sin tener otro derecho mas del que pueden dar las armas. En el Andalucía y en Galicia hacian unos contra otros correrías y robaban la tierra en gran perjuicio mayormente de los labradores y gente del campo. Pedro Albarado se apoderó de la ciudad de Tuy en nombre del rey de Portugal; al contrario, los ciudadanos de Búrgos acometieron y apretaron con cerco á Iñigo de Zúñiga, alcaide de aquella fortaleza, y al obispo don Luis de Acuña, que seguian el partido de Portugal. Estaba suspenso aquel Rey y muy dudoso sin resolverse á qué parte debia primeramente acudir; unos le llamaban á una parte, otros le convidaban á otra, conforme á la necesidad y aprieto en que cada cual se hallaba. Los señores acudian escasamente con lo que largamente prometieran, es á saber, dineros, soldados, mantenimientos. Los pueblos aborrecian aquella guerra como desgraciada y mala, y por ella á los portugueses; y aun ellos comenzaban á flaquear, en especial por ver que el rey don Fernando, que apenas tenia quinientos de á caballo al principio y al tiempo que los portugueses rompieron por las tierras de Castilla, ya le seguia un muy bueno y poderoso ejército, en que se contaban diez mil de á caballo y treinta mil de á pié. Cerca de Tordesillas pasaron alarde, do tenian asentados sus reales, todos con un deseo encendido de hacer el deber y venir á las manos. El rey de Portugal, resuelto en lo que debia hacer, pasó primero á Arévalo, villa que tenia su voz. Desde allí fué á Toro, llamado de Juan de Ulloa, con esperanza de apoderarse, como lo hizo, de aquella ciudad y tambien de Zamora, que cae cerca. Movióle á intentar esto ser aquella comarca muy á propósito para proveerse de mantenimientos, ca están aquellas ciudades á la raya de Portugal. Al contrario, el rey don Fernando, alterado por este daño, sin dilacion marchó con su gente sin parar hasta hacer sus estancias cerca de Toro, donde estaba el enemigo. Pretendia socorrer el castillo de aquella ciudad, que todavía se tenia por él. No vinieron á las manos ni aquella ida fué de algun efecto; solo el rey don Fernando desafió por un rey de armas á los portugueses á la batalla. Ellos, bien que son hombres valerosos y arriscados, estuvieron muy dudosos. Parecíales que si salian al campo correrian peligro muy cierto por ser menos en número, que no pasaban de cinco mil de á caballo y veinte mil de á pié, aunque era la fuerza y lo mejor de Portugal, demás de las ayudas y gentes de Castilla que seguian este partido. Si rehusaban la pelea, perdian reputacion, y el coraje de los soldados se debilitaria, y su brio, que es en la guerra tan importante. Para acudir á todo el de Portugal, como príncipe recatado, por una parte se excusó de la pelea con decir que tenia derramadas sus gentes, por otra parte para no mostrar flaqueza, se ofreció de hacer campo de persona á persona con el Rey, su contrario; todo á propósito de entretener y acreditarse, que nunca llegan á efecto con diversas ocasiones desafíos y ripios semejantes, y así no se pasó adelante de las palabras. Con esto el rey don Fernando, despues que tuvo en aquel lugar sus estancias por espacio de tres dias, visto que ningun provecho sacaba de entretenerse, pues no podia dar socorro al castillo, que al fin se rindió, y mas que padecia falta de dinero para pagar á los soldados y de mantenimientos para entretenerlos por tener el enemigo tomados los pasos y alzadas las vituallas, dió la vuelta á Medina del Campo. En las Cortes que se tenian en aquella villa, de comun acuerdo los tres brazos del reino le concedieron para los gastos de la guerra prestada la mitad del oro y de la plata de las iglesias, á tal que se obligase á la pagar enteramente luego que el reino se sosegase; con esta ayuda partió para poner cerco sobre el castillo de Búrgos. Muchas cosas se dijeron sobre la retirada que el rey don Fernando hizo de Toro; los mas decian que fué de miedo; y lo achacaban á que sus cosas empeoraban; por lo menos fué ocasion al arzobispo de Toledo para de todo punto declararse; y aunque era de mucha edad, pasados los montes, se fué con quinientos de á caballo á juntar con el rey de Portugal. No queria que acabada la guerra le culpasen de haber desamparado aquel partido, cuyo protector principal se mostrara. Hizo esto con tanta resolucion, que no tuvo cuenta con las lágrimas del Conde, su hermano, ni de sus hijos don Lope, que era adelantado de Cazorla, y don Alonso, por respeto del tio, promovido en obispo de Pamplona, Fernando y Pedro de Acuña, hermanos de los mismos; todos sentian mucho que su tio temerariamente se fuese á meter en peligro tan claro. Llegado el Arzobispo, fué de parecer, así él como el duque de Arévalo, que el rey de Portugal con mil y quinientos de á caballo y buen número de infantes fuese en persona á socorrer el castillo de Búrgos, que cercado le tenian. Hízolo así, y de

camino rindió el castillo de Baltanas, que está entre Pisuerga y Duero, asentado en lugares ásperos y montuosos, y al conde de Benavente que allí halló envió preso á Peñafiel. Con esto el Portugués, sea por parecelle habia ganado bastante reputacion, sea por no tener fuerzas bastantes para contrastar y dar la batalla á don Fernando, alegre y rico con grandes presas que hizo, de repente dió la vuelta sin pasar adelante en la pretension que llevaba de dar socorro al castillo de Búrgos. Quedáronse doña Juana en Zamora, y doña Isabel en Valladolid. La primera, fuera del nombre, poco prestaba; doña Isabel, como princesa de ánimo varonil y presto, sabido el peligro de su marido y lo que los portugueses pretendian, con las gentes que pudo de presto recoger pasó á Palencia, resuelta, si fuese menester, de acudir luego á lo de Búrgos. Todo esto y el cuidado de la gente que andaba á la mira de lo en que paraban cosas tan grandes se sosegó con la vuelta que sin pensar dieron los portugueses. Los reyes de Castilla y de Aragon enviaron á Roma sus embajadores, personas de gran cuenta, los cuales por el mes de julio en consistorio relataron sus comisiones y dieron la obediencia en nombre de sus príncipes, oficio debido, pero que hicieron dilatar hasta entonces las grandes alteraciones y guerras civiles de aquellos reinos. El Pontífice respondió benignamente á estas embajadas, ca estaba muy aficionado á los aragoneses á causa que Leonardo, su sobrino, hijo de su hermana, prefecto que era de Roma, casó con hija bastarda de don Fernando, rey de Nápoles. Esta acogida tan graciosa del Pontífice dió pesadumbre á los embajadores de Portugal. Alegaban y decian que antes que se determinase aquella diferencia y se oyesen las partes era justo que el Papa estuviese neutral y á la mira; si ya no queria interponer su autoridad para componer aquellos debates, que no se mostrase parte. Por esta causa declaró el Pontífice lo que en semejantes casos se suele hacer, que aceptaba aquellos embajadores y recebia la obediencia que por parte de Castilla le daban, sin perjuicio de ningun otro príncipe y de cualquier derecho que otro pudiese pretender en contrario. El principal entre los embajadores de Aragon era Luis Dezpuch, maestre de Montesa, persona muy conocida en todo el mundo por la fama de su esfuerzo y prudencia que mostró en particular en las guerras de Italia en que se halló en tiempo del rey don Alonso de Aragon y de Nápoles. Convidáronle con el virreinado de Sicilia, vaco por muerte de don Lope de Urrea, que finó por el mes de setiembre, y se gobernó en aquel cargo con mucha loa. No quiso el Maestre aceptar en manera alguna aquel gobierno por estar determinado de recogerse en algun monasterio y partir mano, bien así de las cosas de la guerra como de todo lo al, y allí acabar lo que le quedaba de la vida en servicio de Dios y aparejarse para la partida. En el castillo de Albalate, á la ribera de Segre, á 19 de noviembre, falleció asimismo don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, hijo del rey de Aragon, y de parte de su madre persona noble, prelado de grande autoridad y que tuvo gruesas rentas. Fué este año muy señalado en todo el mundo por el jubileo universal que publicó en Roma el pontífice Sixto por una nueva constitucion en que ordenó que cada veinte y cinco años se celebrase y otorgase á todos los que visitasen aquellos santos lugares, como quier que de antes se ganase de cincuenta en cincuenta años. Muchos acudieron á Roma para ganar esta gracia, entre los demás don Fernando, rey de Nápoles, con la edad mas devoto, al parecer, y religioso que solia ser los años pasados.

CAPITULO IX.

Cómo el rey don Fernando recobró á Zamora.

Al fin deste año el rey de Aragon tuvo Cortes á los aragoneses en Zaragoza; viejo de mucha prudencia y sagacidad; las fuerzas del cuerpo eran flacas, el ánimo muy grande. Poníale en cuidado la guerra que hacia el rey de Portugal, y no menos la de Francia, porque un capitan de ciertas compañías de franceses, llamado Rodrigo Trahiguero, sin respeto de las treguas que tenian asentadas, por la parte de Ruisellon hizo entrada en tierras de Cataluña, y tomado un pueblo, llamado San Lorenzo, puso espanto en toda la provincia y comarca, en tanto grado, que lo que no se suele hacer sino en extremos peligros, mandaron en Cataluña por edictos que todos los que fuesen de edad se alistasen y acudiesen á la guerra. En Castilla el partido de Portugal y las armas prevalecian. La esperanza que les daban de que en Francia se apercebian nuevas gentes en su ayuda, como lo tenian asentado, los alentaba. Avisaban que para acudir mas fácilmente el Inglés y el Francés, que hasta entonces tuvieron grandes guerras, en una puente que hicieron en la comarca de Amiens se hablaron y concertaron paces en que comprehendian los duques de Bretaña y de Borgoña. Fué esto en sazon que el de Borgoña entregó al rey de Francia el condestable de Francia Luis de Lucemburg, que andaba huido en Flándes; extraña resolucion, si bien el Condestable tenia merecida la muerte que le dieron por su inconstancia y por estar acostumbrado á no guardar la fe mas de cuanto era á propósito para sus intentos, con que parecia burlarse de todos; esto dicen los mas; otros afirman que padeció sin razon. Los que tienen mucho poder, riquezas y mando, de unos son envidiados, que la prosperidad cria de ordinario mas enemigos que la injuria; otros los defienden; así pasan las cosas, y tales son las opiniones de los hombres. Para acudir á estas guerras no eran bastantes las fuerzas de Aragon por estar consumidas con los gastos de una guerra tan larga y ser la provincia no muy grande. Determinó pues el rey de Aragon usar de maña, y por el mes de noviembre concertó treguas con los franceses por lo de Aragon y por espacio de siete meses. Para la guerra de Portugal procuró tener habla con el arzobispo de Toledo; escribióle con este intento una carta muy comedida. Deciale que muy bien sabia cuán grandes eran los servicios que habia hecho á la casa de Aragon; que le pesaba mucho no se le hobiese acudido como era razon; todavía si olvidados por un poco los enojos se quisiese ver con él, que en todo se daria corte y se enmendarian los yerros á su voluntad. No quiso el Arzobispo aceptar los ruegos del Rey, por ser hombre voluntario y estar determinado de morir en la demanda ó salir con la empresa. Su coraje llegaba á

que muchas veces se desmandaba en palabras hasta amenazar y decir: Yo hice reina á doña Isabel, yo la haré volver á la rueca. Los reyes de Castilla no hacian mucho caso de su enojo ni de sus fieros; recelábanse que si él volvia, el cardenal de España, que tanto les ayudaba, se podria desabrir, mayormente que ellos de cada dia crecian en poder y fuerzas y su partido se mejoraba. Y aun en este tiempo el marqués de Villena y el maestre de Calatrava de Castilla la Vieja se partieron para Almagro con intento, segun se entendia, de pasar á Baeza, cuyo castillo tenian cercado sus contrarios. Con esta ocasion los de Ocaña se alborotaron, villa que se tenia por el Marqués. Desde Toledo, el conde de Cifuentes y Juan de Ribera con las gentes que llevaron en favor de los alzados, echaron la guarnicion del Marqués y quedó la villa por el conde de Paredes, maestre que se llamaba de Santiago. El rey don Fernando desde Búrgos secretamente acudió á Zamora por aviso de Francisco de Valdés, alcaide que era de las torres, y le prometia darle entrada en la ciudad. Hízose así, y el Rey luego se apoderó de la ciudad. Restaba de combatir el castillo, que, sin embargo, se tenia por Portugal. Púsosele sitio con resolucion de no desistir antes de tomarle. Tratóse á esta sazon que el rey de Aragon y don Fernando, su hijo, se viesen y que se hallase á la habla la princesa doña Leonor; todo á propósito de sosegar las alteraciones de Navarra, que resultaban de las parcialidades y bandos que andaban entre biamonteses y agramonteses, y se aumentaban por tener mujer el gobierno. Asimismo les ponian en cuidado los socorros que les avisaban venian de Francia á los portugueses debajo la conducta de un capitan valeroso, llamado Ivon; sospechaban que por la parte de Navarra pretendia entrar en Castilla y juntarse con los contrarios. De Vizcaya, que les caia mas cerca, la aspereza de la tierra y falta de vitualla's y tambien el esfuerzo de los naturales aseguraban que los franceses no acometerian á romper por aquella parte. Estaba el rey don Fernando ocupado en lo de Zamora, cuando el castillo de Búrgos, perdida toda la esperanza de poderse entretener, por el esfuerzo de don Alonso de Aragon y su buena maña, que poco antes llegara de Aragon con cincuenta hombres de armas escogidos, por principio del año 1476, se rindió á la reina doña Isabel, que avisada del concierto acudió á la hora para este efecto desde Valladolid. Fué de grande importancia para todo echar con esto de todo punto los portugueses de aquella ciudad real y de su fortaleza. Quedó por alcaide Diego de Ribera, persona á quien la Reina tenia buena voluntad, porque fué ayo de su hermano el infante don Alonso. A la misma sazon falleció en Madrid, á 17 de enero, la reina doña Juana, mujer que fué del rey don Enrique, y madre de la que se llamaba reina doña Juana, quién dice que el año pasado á 13 de junio. Su cuerpo enterraron en San Francisco en un túmulo de mármol blanco, que se ve con su letrero junto al altar mayor. Para este efecto quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo, persona que los años pasados fué con una embajada al gran Tamorlan. Vuelto, labró á su costa la capilla mayor de aquel templo para su entierro; así se truecan las cosas, y es ordinario que á los mas flacos, aun despues de muertos, no falta quien les haga agravio. Muchas cosas se dijeron de la muerte desta Reina y del achaque de que murió; su poco recato dió ocasion á las hablillas que se inventaron. Entre los coronistas los mas dicen que secretamente y con engaño le hizo dar yerbas su hermano el rey de Portugal. Alonso Palentino se inclina á esto, y añade corrió la fama que falleció de parto; tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de echar las cosas á la peor parte y mas infame.

CAPITULO X.

De la batalla de Toro.

Quedóse el príncipe don Juan en Portugal para tener cuenta con el gobierno; el brio que le ocasionaba su edad y su condicion era grande. Avisado pues de lo que en Castilla pasaba, y como el partido de los suyos se empeoraba á causa que los grandes de aquel reino ayudaban poco, hizo nuevas levas y juntas de gentes. Recogió hasta dos mil de á caballo y ocho mil infantes, los mas número, mal armados, y poco á propósito y de poco provecho contra el mucho poder de los contrarios. Con estas gentes acordó de acudir á su padre. Pasada la puente de Ledesma, acometió de camino á tomar un pueblo, llamado San Felices; no pudo forzarle ni rendirle. Llegó á Toro á 9 dias del mes de febrero, do halló á su padre con tres mil y quinientos de á caballo y veinte mil peones alojados y repartidos en los invernaderos de los lugares comarcanos. La gente que venia de nuevo, como juntada de priesa, daba mas muestra de ánimo y brio que esperanza de que podrian mucho ayudar. El rey don Fernando estaba sobre el castillo de Zamora con menor número de gente, ca tenia solamente dos mil y quinientos caballos, dos tantos infantes; hizo llamamiento de gentes de todas partes por estar muy cierto que los portugueses no pararian antes de hacer alzar el cerco ó venir á batalla. El de Aragon por sus cartas y mensajeros avisaba que en todas maneras se excusase, y amonestaba al Rey que por el fervor de su mocedad se guardase de aventurarlo todo y ponerlo al trance de una jornada; ¿á qué propósito poner en peligro tan grande el reino de que estaba apoderado? A qué propósito despeñar las esperanzas muy bien fundadas por tan pequeño interés, aunque la victoria estuviera muy cierta? Que enfrenase el brio de su edad con el consejo y con la razon y obedeciese á las amonestaciones de su padre, á quien la larga experiencia hacia mas recatado. Acompañaban al rey don Fernando el cardenal de España, el duque de Alba, el Almirante con su tio el conde de Alba de Liste, el marqués de Astorga y el conde de Lemos; todos á porfía procuraban señalarse en su servicio. Sin estos en Alahejos alojaban con buen número de gente don Enrique de Aragon, primo del Rey, y don Alonso, hermano del mismo, y con ellos el conde de Treviño, todos prestos para acudir á Zamora, que cerca está. Hasta la misma reina doña Isabel para desde mas cerca dar el calor y ayuda mayor que pudiese, de Búrgos se volvió para Tordesillas. El de Portugal, puesto que se hallaba acrecentado de nuevo con las gentes que su hijo le trajo, como sabia bien que las fuerzas no eran conformes al número, se halla-

ba suspenso sin saber qué acuerdo tomase, si debia socorrer al castillo, si seria mejor excusar aquel peligro; vacilaba con estos pensamientos. En fin, se resolvió en lo que era mas honroso, que era socorrer el castillo, á lo menos dar muestra de quererlo hacer. En la parte de Castilla la Vieja que los antiguos llamaron los vaceos hay dos ciudades asentadas á la ribera del rio Duero, sus nombres son Toro y Zamora. Muchos han dudado qué apellidos antiguamente tuvieron en tiempo de los romanos; los mas concuerdan en que Toro se llamó Sarabis, y Zamora Sentica, cuyo parecer no me desagrada. Son los campos fértiles, la tierra fresca y abundante; en el cielo saludable de que gozan no reconocen ventaja á ciudad alguna de España; el número de los moradores no es grande, y aunque su asiento es llano, son fuertes por sus muros y castillos. Zamora es catedral; en esto se aventaja á Toro, que es de su diócesi. En lo demás, en policía, número de gente y riquezas entre las dos hay muy poca diferencia. Báñalas el rio por la parte de mediodía con sendas puentes con que se pasa. Salió pues el rey de Portugal de Toro. Dió muestra de ir por camino derecho á verse con el enemigo; mas, como mudado de repente el parecer, pasó la puente, y por aquella parte fué á poner sus reales junto al monasterio de San Francisco, que está en frente de Zamora, de la otra parte del rio. A la entrada de la puente, por donde desde la ciudad se podia pasar á sus estancias, contrapuso y plantó su artillería. Desta manera, ni podia impedir la batería del castillo, ni daba lugar á la pelea. En altercar de palabras, en demandas y respuestas se pasaron trece dias sin hacer efecto alguno. Despues desto, un viérnes, 1.° de marzo, antes de amanecer, recogido el bagaje, dió la vuelta. Para que el enemigo no le siguiese en aquella retirada, rompió primero una parte de la puente. Don Fernando, avisado de lo que su contrario pretendia, se determinó ir en pos dél con toda su gente. Adobado el puente, en que se gastó mucho tiempo, á la hora dió órden á Alvaro de Mendoza que con trecientos caballos ligeros picase la retaguardia de los enemigos y los entretuviese. Desta manera y por ir el de Portugal poco á poco á causa del carruaje, tuvo tiempo el rey don Fernando de alcanzar á los contrarios, como legua y media de Toro, pasada cierta estrechura que en el camino se hace y se remata en una llanura bien grande. Era muy tarde y el sol iba á ponerse. Todavía el enemigo no pudo excusar la pelea por estar don Fernando tan cerca y á causa de la estrechura de la puente, que les era forzoso pasar. Revolvió pues sus haces, puso sus gentes en ordenanza; ayudaba el lugar, la ciudad cerca y el socorro por el mismo caso en la mano, y si fuesen vencidos segura la acogida, además de la noche, que por estar cercana les podia en tal caso mucho servir. Todo esto daba ánimo á los portugueses, y por el contrario, ponia en cuidado al rey don Fernando. Los mas prudentes de entre los suyos esquivaban la batalla. Luis de Tovar, encendido en deseo de pelear, en voz alta: «O hemos de dejar el reino, dice, ó venir á las manos. Con la reputacion y con la fama mas que con las fuerzas se ganan los señoríos; ¿á qué propósito llegamos hasta aquí sino para pelear? ¿Qué otra cosa dará á entender el excusar la batalla sino que tuvimos miedo? Buen ánimo, señor; no hay que dudar; apenas habrémos venido á las manos, cuando verémos desbaratarse los enemigos, que están medrosos y turbados, si bien por fuerza y por no poderlo excusar se aparejan para la batalla.» Esto dijo; juntamente consultados los grandes y los capitanes, fueron de aquel parecer. Dióse la señal de acometer. La gente de á caballo que llevaba don Alvaro se adelantaron los primeros y cerraron. Recibiólos don Juan, príncipe de Portugal, que tenia en la avanguardia ochocientos hombres de armas, y entre ellos mezclados arcabuceros, cuya carga el escuadron de Alvaro de Mendoza no pudo sufrir, antes se desbarataron y pusieron en huida. Los dos reyes iban cada cual en el cuerpo de su batalla; allí cargó lo mas recio y la mayor furia de la pelea, que duró algun tanto y estuvo un rato en peso sin declararse la victoria por ninguna de las partes. Combatian, no á manera de batalla; no guardaban sus ordenanzas, antes como en rebate y de tropel cada uno peleaba con el que podia. Sobre el estandarte del rey de Portugal hobo grande debate. Pero Vaca de Sotomayor le tomó por fuerza al alférez que le llevaba, llamado Duarte de Almeida; acudieron soldados de ambas partes, que le hicieron pedazos. El mesmo Almeida quedó preso; otros dicen muerto. Sus armas en lugar del estandarte pusieron despues por memoria en la iglesia mayor de Toledo para memoria desta victoria, que son las que hoy se ven colgadas en la capilla de los Reyes Nuevos. Por conclusion, los portugueses se pusieron en huida, y el mismo Rey con algunos pocos se recogió á los montes sin parar hasta que llegó á Castronuño. No quedó rastro ni nuevas dél, y así entendieron que era muerto entre los demás. No pudieron los vencedores seguir el alcance por las tinieblas y escuridad de la noche. Don Enrique, conde de Alba de Liste, llegó en seguimiento de los que huian hasta la puente de Toro; á la vuelta fué preso por cierta banda de los enemigos, que con don Juan, príncipe de Portugal, sin ser desbaratados, se estuvieron en un altozano en ordenanza hasta muy tarde. No pareció al rey don Fernando, que hizo alto en otro ribazo allí cerca, de acometerlos, por andar los suyos esparcidos por todo el campo y estar ocupados en recoger los despojos; así, á vista los unos de los otros, se estuvieron en el mismo lugar algunas horas. Los portugueses guardaron mas tiempo su puesto, que fué algun alivio para el revés y para la afrenta recebida. Los historiadores portugueses encarecen mucho este caso, y afirman que la victoria quedó por el príncipe don Juan; así venzan los enemigos del nombre cristiano. Don Fernando se volvió á Zamora, y despues de su partida los portugueses se fueron á Toro. Hallóse en esta batalla el arzobispo de Toledo, que no se apartó del lado del príncipe don Juan. La matanza fué pequeña respecto de la victoria, y aun el número de los cautivos no fué grande; la presa mayor, ca saquearon en gran parte el bagaje de los portugueses. Despues desta victoria pasó el rey don Fernando á Medina del Campo; allí, á instancia del Condestable, que tenia su hija desposada con el conde de Ureña, le perdonó y recibió en su gracia á él y á su hermano el maestre de Calatrava, si bien no del todo acababan de

allanarse, antes, así ellos como otros muchos señores, estaban á la mira de lo en que las cosas paraban, resueltos de seguir el partido que fuese mas á cuenta de sus particulares.

CAPITULO XI.

Que el rey de Portugal se volvió á su tierra.

En muchos lugares á un mismo tiempo andaba la guerra y se hacia sin quedar parte alguna del todo libre destos males, de que resultaba, como suele acontecer, muchedumbre de malhechores y gran libertad en las maldades, en particular los de Fuenteovejuna una noche del mes de abril se apellidaron para dar la muerte á Fernan Perez de Guzman, comendador mayor de Calatrava; extraño caso, que se le empleó bien por sus tiranías y agravios que hacia á la gente por sí y por medio de los soldados que tenia allí por órden de su Maestre, y el pueblo por el rey de Portugal. La constancia del pueblo fué tal, que magüer atormentaron muchos, y entre ellos mozos y mujeres, no les pudieron hacer confesar mas de que Fuenteovejuna cometió el caso y no mas. Por toda la provincia andaban soldados descarriados, por las ciudades, pueblos y campos hacian muertes y robos, ensuciábanlo todo con fuerzas y deshonestidades, prestos para cualquier mal. Los jueces prestaban poco y eran poca parte para atajar estos daños. Esto fué causa que entre las ciudades, como dijimos arriba que se hizo los tiempos pasados, se renovasen las hermandades viejas á propósito de castigar los insultos, y se ordenasen otras nuevas; para esto tenian soldados pagados con dineros que para éste efecto se recogian. El inventor deste saludable consejo fué Alonso de Quintanilla, tesorero mayor del Rey, persona prudente y de valor. Ordenáronse muy buenas leyes para el gobierno destas hermandades, que se continuaron en su vigor por espacio de veinte años, cuando vencidos los enemigos de fuera y sosegadas las discordias de dentro, acabó la gente de sosegarse. Esto fué adelante; al presente la mayor fuerza de la guerra acudió á lo postrero de Vizcaya. En aquella parte que vulgarmente se llama Guipúzcoa, en lo postrero de España está una fortaleza, contrapuesta á las fronteras de Francia, inexpugnable por el sitio que tiene y por estar rodeada de mar; llámase Fuente-Rabía; está muy fortificada de reparos á propósito de impedir las entradas de los franceses, que muchas veces trabajan aquella comarca con sus robos y correrías. Este pueblo acometieron primeramente las gentes de Francia con intento que las fuerzas del rey don Fernando al tiempo que se puso sobre el castillo de Zamora con este ardid y astucia se divirtiesen á otra parte. Apretaron el cerco, y con la artillería, de que son grandes maestros los franceses, así de su fundicion como de jugarla, abatieron gran parte de los adarves, con lo cual y con henchir los fosos de las piedras que de las ruinas cayeron, quedó la batería muy llana y la entrada muy fácil, por ser pocos los de dentro, y esos con las continuas velas y trabajos muy cansados. Visto esto, don Diego Sarmiento, conde de Salinas, á cuyo cuidado estaba aquella guerra, se metió en aquel castillo para con su peligro, como lo hizo, dar ánimo á los cercados, gente que por la aspereza de los lugares ellos al tanto son de corazones fuertes y los cuerpos muy sufridores de trabajos. Animados con tal ayuda hicieron una salida, en que pasados los reparos de los enemigos, les quemaron y desbarataron todas sus máquinas. Con este tan buen principio y con nuevas gentes que les acudieron se determinaron pelear en campo y aventurarse. El daño que hicieron no fué menor que el que recibieron, ni bastó para que el cerco se desbaratase. Esto en Vizcaya. Por otra parte, el alcázar de Madrid se tenia por el marqués de Villena, y era de grande momento para aquella parcialidad. Sitiáronle los moradores de aquella villa. Pedro Arias y Pedro de Toledo, hombres principales en aquel pueblo, apellidaron la gente, y para que tuviesen mas fuerza, la Reina por una parte les envió gente de ayuda, y por otra les acudió el marqués de Santillana. Por el mismo tiempo tenian puesto cerco sobre Trujillo y sobre Baeza en nombre del rey don Fernando, ciudades, la una del Andalucía, y la otra de Extremadura. En el marquesado de Villena Chinchilla y Almansa llamaron gente de Valencia, y se alzaron contra el Marqués, que fuera un daño notable si salieran con su intento; pero él por entonces se dió tan buena maña, que los sosegó y redujo á su servicio. Todo lo demás sucedia á los aragoneses prósperamente, y á los portugueses al contrario. El castillo de Zamora se rindió al rey don Fernando, á 19 de marzo, con toda la artillería, municiones y pertrechos de guerra. Ayudó mucho para salir con esto la venida de don Alonso de Aragon, por la mucha experiencia y destreza que tenia en empresas semejantes. Esta pérdida nueva quitó el ánimo á los portugueses en tanto grado, que el príncipe don Juan por miedo del peligro llevó á Portugal con cuatrocientos caballos de guarda á la princesa doña Juana, causa que era de la guerra. Con otros tantos caballos partió el arzobispo de Toledo para su arzobispado; la voz era de sosegar algunos caballeros y señores que por allí andaban alborotados y trataban de reconciliarse con el rey don Fernando. La verdad, que se retiraba cansado y harto de la guerra y por no tener esperanza de salir con la demanda. El rey don Fernando pasó adelante en su empresa; puso cerco sobre Cantalapiedra, que es un castillo en tierra de Segovia, en que los portugueses tenian buen número de valientes soldados. Desistió empero del cerco y hizo treguas por espacio de medio año á condicion que restituyesen al conde de Benavente tres pueblos suyos, Villalva, Mayorga y Portillo, que él entregara los dias pasados como en rehenes por alcanzar libertad y que le soltasen. Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes, se nombraba maestre de Santiago, y se apoderara de la villa de Uclés, cabeza de aquella órden. Tenia asimismo sitiado el castillo que se tenia por el marqués de Villena. Acudieron él y el arzobispo de Toledo en socorro de los cercados. No pudieron hacer efecto, antes fueron rechazados con afrenta y peligro por el esfuerzo, así del mismo don Rodrigo como de don Jorge Manrique, su hijo, mozo de prendas, y que en esta guerra dió grandes muestras de su valor. Vivió poco, que fué causa de no poder por mucho tiempo ejercitar ni manifestar al mundo sus virtudes y la luz de su ingenio, que fué muy señalado, como se referirá

en otro lugar. Desta manera se hacia la guerra por tierra en tantos y tan diferentes lugares; tampoco por el mar sosegaban. Andrés Sunier con algunas galeras aragonesas andaba haciendo daño por las riberas de Portugal. Con tantas adversidades se enflaquecieron los ánimos, así del rey de Portugal como de los grandes de Castilla, de su valía. No ignoraban cuán grandes fuerzas perdieran en las desgracias pasadas, junto con la aficion de la gente, que era muy menor que antes. Estos reveses fueron causa á los de Castilla de aborrecer aquella milicia desgraciada y de que la mayor parte dellos tratase de reducirse á mejor partido. El primero el duque de Arévalo, por medio de Rodrigo de Mendoza, á quien dió en recompensa deste trabajo la villa de Pinto, en tierra de Toledo, se reconcilió y hizo sus homenajes á la reina doña Isabel en Madrigal. Con esto, en lugar del castigo que tenia merecido, le fueron hechas grandes mercedes, en particular ultra de confirmarle lo que antes tenia, hicieron que don Juan de Zúñiga, hijo del Duque, quedase con el maestrazgo de Alcántara, sobre que traia pleito con don Alonso de Monroy, clavero de aquella órden. Luego despues hizo lo mismo doña Beatriz Pacheco, condesa de Medellin, como mujer mas recatada que su hermano el marqués de Villena, bien que en esto no tuvo mucha constancia. Á la misma sazon, á 4 del mes de mayo, se concertó casamiento entre don Fernando, nieto del rey de Nápoles, y doña Isabel, hija del rey don Fernando de Castilla; señalaron por dote para la doncella docientos mil escudos que prometió el rey de Nápoles, y ciento y cincuenta mil que le prometió su padre en caso que tuviese hijo y heredero varon. La principal causa de dar orejas á este concierto fué una gran suma de dineros que ofrecieron al rey don Fernando, cosa de grande importancia para todo lo que restaba, por la gran mengua que dél tenian y estar consumidos los tesoros reales. Todo esto movió al rey de Portugal y la fama destas trazas y ayudas, que suele de ordinario aumentarse, para que, perdida la esperanza de la victoria, se resolviese de desamparar á Castilla y dar la vuelta á su reino. Remedió el daño pasado de comenzar la guerra con otro que fué desamparar la empresa, si bien llevaba intento de buscar socorros de fuera y procurar que gente de Francia viniese á hacer guerra en España, pues sus fuerzas no eran bastantes, y los señores, sus parciales, poco le podian ó querian ayudar. Antes que se resolviese en su partida, movió tratos de paz; ofrecia de poner todas estas diferencias en las manos del rey de Aragon y del arzobispo de Toledo. Venia este partido y acuerdo muy tarde á tiempo que la guerra la tenian casi del todo acabada. Dejó en Toro al conde de Marialva con guarnicion de soldados; y él, triste y avergonzado por tantas adversidades, se partió para Portugal á 13 de junio. Hiciéronle compañía algunos caballeros de Castilla, resueltos de continuar en su devocion y servicio, mas por no tener esperanza de alcanzar perdon del vencedor que por voluntad que tuviesen al Portugués ni esperanza de mejorar por aquel camino su partido.

CAPITULO XII.

El rey de Portugal se partió para Francia.

Con la ida del rey de Portugal y su salida de Castilla sus cosas se fueron mas empeorando. En lo de Rusellon y Cerdania andaban los franceses alterados, sin respeto de la confederacion y treguas que tenian asentadas. Pasaron tan adelante, que forzaron á que se les rindiese Salsas, que es un castillo muy fuerte contrapuesto á Narbona, como baluarte de España contra los intentos y fuerzas de Francia. Pusieron otrosí cerco en el principado de Ampúrias sobre un pueblo, llamado Lebia. Allegóse á esto otra grande incomodidad, de que fueron causa los mismos naturales, y que fué que los soldados de Luis Mudarra, que sirvieron muy bien en el cerco de Perpiñan, se amotinaron, no con voluntad de hacer daño, sino porque no les daban las pagas que les debian de muchos meses. Apoderáronse de muchos lugares, y comenzaron por su parte á hacer guerra como si enemigos fueran; en lo cual se temia otro peligro, no se concertasen con los franceses y se aviniesen con ellos. No se pudo esta tempestad sosegar antes que los que se hallaban por la parte del Rey en la ciudad de Lérida, con prendas y bastante caucion que les dieron, los aseguraron que en breve les seria pagado todo lo que les debian. Con esto se sosegaron aquellos soldados; pero no podian impedir las correrías de franceses por tener gastadas las fuerzas y el rey de Aragon hallarse muy léjos, es á saber, en Navarra, ca las revueltas de aquellas parcialidades no aflojaban en manera alguna. Llevaban en estas reyertas lo mejor los biamonteses por estar apoderados de Pamplona, cabeza del reino, y tener cercada á Estella. Favorecia este bando el rey don Fernando, de que mucho se sentia su padre, y era menester proveer que no se abriese entrada por aquella parte á los franceses y se despertase y revolviese otra nueva tempestad. Persuadíase aquella gente que la princesa doña Leonor y su padre el rey de Aragon traian tratos para entregar el reino de Navarra al rey don Fernando y excluir á Francisco Febo, hijo, como se ha dicho, de Gaston, conde de Fox, y nieto de la misma infanta doña Leonor. Para sosegar estas alteraciones y por el peligro que corria Fuente-Rabía pasó el rey don Fernando á Vizcaya. Para acudir á lo de Fuente-Rabía pretendia juntar socorros y una armada, de que dió cargo á don Ladron de Guevara, persona de mucha nobleza. Para asentar lo de Navarra envió á suplicar á su padre se allegase á la ciudad de Victoria, que deseaba verse con él. Habíase quedado la reina doña Isabel en Tordesillas, villa puesta á la ribera de Duero, y á propósito para impedir las correrías que hacian los portugueses de Toro. Hallábase allí don Alonso de Aragon, su cuñado, con trecientos hombres de á caballo; pretendia le restituyesen el maestrazgo de Calatrava, que se le quitaron los años pasados. No tenia mucha esperanza de salir con esta pretension por no querer los reyes desabrir á los dos hermanos Girones, á quien poco antes perdonaran. Cansado pues don Alonso con tardanza tan larga, aunque era entrado en edad, se casó con Leonor de Soto, dama de la Reina, de quien andaba enamorado. Para hacello alcanzó dispensacion

del Papa del voto de castidad, con que como maestre de aquella órden estaba ligado. Para el sosiego de Castilla era esto muy á propósito por cesar con tanto aquella su pretension tan fuera de sazon. Al rey de Aragon, su padre, dió tal pesadumbre, que le quitó á Ribagorza y á Villahermosa, y las dió en su lugar á don Juan, hijo bastardo del mismo don Alonso; estados que pretendia ser suyos don Jaime de Aragon, como pertenecientes á su padre don Jaime y á su abuelo don Alonso, duque de Gandía. No tenia esperanza que le harian justicia y razon; como se adelantase á valerse de las armas sobre el caso, perdió la pretension con la vida, que en castigo del desacato le quitaron; tal fué el pago que se dió á los servicios de sus antepasados. Los ciudadanos de Segovia se alborotaron á la misma sazon, y con las armas acudieron á cercar el alcázar en que tenian la hija de los reyes, la princesa doña Isabel, y aun corria fama que le habian tomado. El movedor de este alboroto fué Alonso Maldonado por el desabrimiento que tenia con don Andrés de Cabrera, que le quitó la tenencia de aquel alcázar. Ayudábanle para esto don Juan Arias, obispo de aquella ciudad, y un ciudadano principal, llamado Luis de Mesa. Acudió con presteza la reina doña Isabel, no mas por el cuidado en que le ponia su hija que por no perder aquella fuerza tan importante. Con su venida todo se sosegó; algunos de los alborotadores huyeron, de otros se hizo justicia. Sucedió esto por el mes de agosto, en el cual mes el rey de Aragon, como se hobiese hasta entonces detenido por un pié que tenia malo, al fin llegó á Victoria. Ningun dia tuvo aquel viejo mas alegre en su vida; parecíale no le quedaba que desear mas, pues llegara á ver á su hijo rey de Castilla, de donde él fuera antes echado con deshonra y afrenta y despojado de todos sus bienes. «Santos, dijo, bienaventurados, no permitais que dia tan alegre como este y tan sereno le escurezca algun nublado ó algun desastre le enturbie; y porque la prosperidad cuando encumbra suele volver atrás y mudarse, otorgadme, si yo he cometido algun pecado y le quereis castigar, que en particular yo sienta esta mudanza, y no padezcan ni los vasallos ni mis hijos muy amados alguna calamidad.» Dichas estas palabras con muchas lágrimas que le bañaban el rostro, juntamente abrazó á su hijo y le dió paz. Dióle en todo el primer lugar, no consintió que le besase la mano, si bien él acometió á hacello, como era razon; antes le llevó á su mano derecha, y le acompañó hasta su posada. En todo esto se tuvo respeto á la dignidad, preeminencia y majestad de Castilla. Hallóse presente la infanta doña Leonor, gran parte deste agradable espectáculo y de la comun alegría y fiesta. Consultaron entre sí sobre las cosas del gobierno y que á todos tocaban; y aun escriben que el rey de Aragon estuvo determinado de renunciar en su hijo la corona de Aragon. Hacen esto verisímil su larga edad, y el deseo que tenia de descansar; dicen empero que desistió deste propósito por no estar las cosas de Castilla de todo punto sosegadas. En especial que Colora, general que era de una armada francesa, despues que acometió las marinas de Vizcaya y las de Galicia, era pasado á Portugal con intento de llevar en aquella flota al rey de Portugal á Francia, que en Lisboa, donde estaba, se aprestaba de todo lo necesario para aquel viaje. Cuando todo estuvo á punto se embarcó. Pasó primero en Africa para dar calor á aquella conquista y afirmar aquellas plazas que allí tenia. Iban con él dos hermanos del duque de Berganza, el conde de Penamacor, su gran privado, y el prior de Ocrato. Acompañóle otrosí Juan Pimentel, hermano del conde de Benavente; llevaba dos mil y quinientos soldados para dejallos de guarnicion en Tánger y en Arcilla. En Ceuta se tornó á hacer á la vela; llegó á Colibre por el mes de setiembre, puerto que se tenia por Francia; dende fué á Perpiñan y á Narbona, que le recibieron con aparato real. Con su venida se avivó la guerra de Ruisellon por entrambas las partes; los de Aragon recobraron la villa de San Lorenzo; los franceses hicieron muchos daños, quemas y robos en la comarca de Ampúrias. Lo que era peor, los naturales andaban entre sí alborotados y divididos en bandos; así, no podian acudir á hacer resistencia á los enemigos extraños. En el mismo tiempo el rey de Aragon desde Victoria dió la vuelta á Tudela, pueblo de Navarra, ca tenia muy gran deseo de sosegar los alborotos de aquella nacion. Doña Juana, su hija, quedó por gobernadora de Cataluña en ausencia de su padre. Por conocer las pocas fuerzas que tenia deseaba excusar la guerra; enviáronse embajadores de una y de otra parte para pedir satisfaccion de los daños y restitucion de lo que tomaron. No tuvo efecto lo que pedian; solo concertaron que las treguas que antes tenian puestas pasasen adelante. El rey de Portugal, llegado que fué á Francia, como queda dicho, enderezó por tierra su camino á Turon, do el rey de Francia á la sazon residia. Recibiéronle solemnemente y regaláronle con mucho cuidado. Despues en dia señalado, hechas sus cortesías entre los dos reyes, el de Portugal, se dice, habló en esta sustancia: «Soy forzado á ser cargoso antes de hacer algun servicio, cosa que para mí es muy pesada. Porque dado que en el tiempo de nuestra prosperidad diversas veces dimos muestras de ánimo agradecido, sabemos y confesamos que nuestras obras fueron menores que la deuda, y no iguales á nuestra voluntad. Esto se quedará aparte, que no está bien á los miserables y caidos hacer alarde de sus cosas. Yo no tengo alguna enemiga con el rey de Sicilia en particular, ni perseguimos la nacion aragonesa, sino sus maldades, sino sus latrocinios. El haber quitado á doña Juana, mi esposa y sobrina, el estado y riquezas de su padre, afrenta é indignidad para vengarse con las armas de todas las naciones, esto me puso en necesidad de dar principio á esta guerra desgraciada. Así lo ha querido Dios y los santos del cielo, que muchas veces acostumbran á trocar los principios tristes en un alegre remate. Todo está puesto en vuestras manos, vos solo podeis remediar y aplacar nuestro dolor justo y razonable, y de camino satisfaceros de vuestros daños y dar el fin que se desea á la guerra de Ruisellon y de Vizcaya, demás de librar por esta via de la garganta de aquel tirano muy codicioso el reino de Navarra. ¿Por ventura cuidais faltarán ó razones para apoderarse de aquel estado al que el reino y dote ajeno acometió y tomó con las armas sin otro mejor derecho, ó poder para

usurpar aquel reino tan pequeño y cercado de las tierras de Castilla y de Aragon? Engáñase quien piensa que á la ambicion se puede poner término alguno. Bien sabemos que Francia tiene abundancia de oro y de gente muy escogida; las fuerzas de toda España, aunque se junten en uno, nunca le fueron iguales; además que nuestro partido no está del todo desamparado y caido, dado que hemos tomado tan gran trabajo para implorar vuestra ayuda. Las fuerzas de Portugal quedan enteras, en Castilla muchos aficionados, algunos al descubierto, los mas de secreto, y que con la ocasion y cuando las cosas mejoraren se declararán. Solo deseamos que con vuestra ayuda y en vuestro nombre se prosiga la guerra que ya está comenzada. Ninguna vanidad hay en nuestras palabras; fuera de que dar ayuda á los reyes afligidos, acudir al remedio de los males públicos, anteponer el deber y lo que es honesto y justo á cualquiera interés, aunque ninguno hobiese, cuanto mas que le hay muy grande, ¿á quién pertenece todo esto sino á los grandes príncipes y soberanos?» Oyó el Francés estas razones con buen talante; respondió en pocas palabras que tendria cuenta con lo que le representaba, y que procuraria no pareciese acudió en vano á pedir su ayuda. Las obras no correspondieron á las palabras; antes en Paris, para donde se partieron, y el rey de Portugal hizo de nuevo instancia, se excusó con dos guerras á que le era forzoso acudir. Era así, que el duque de Borgoña y el rey de Inglaterra con mayor ímpetu que antes volvian á tomar las armas. Demás desto, decia que por ser aquel casamiento inválido á causa del deudo que tenia con su esposa, no le parecia se podia hacer la guerra lícitamente para llevalle adelante; excusas con que quedó burlada la pretension del rey de Portugal, dado que se fué á ver con el duque de Borgoña por ser su primo y su confederado. Pretendia ser medianero y procurar hiciese la paz con Francia. No tuvo esto mejor suceso que lo demás. Desto y de las nuevas guerras que en Francia se emprendieron resultó otra nueva comodidad para Castilla, que los franceses que sitiaban á Fuente-Rabía, avisados de lo que pasaba, concertaron treguas con los de Vizcaya, primero de poco tiempo y solamente por tierra, despues, á instancia del cardenal de España, mas largas y sin aquella limitacion.

CAPITULO XIII.

Que la ciudad de Toro se tomó á los portugueses.

Los reyes padre é hijo, despues que partieron de Victoria, de nuevo se tornaron á juntar, á 2 de octubre, en Tudela para ver si podrian sosegar las alteraciones de Navarra. Era dificultosa esta empresa á causa que, mal pecado, cada una de las partes tenia sus aficionados y valedores dentro y fuera del reino, hasta en los mismos palacios de aquellos príncipes andaban aquellas pasiones. Acudieron á la junta el conde de Lerin y el condestable Pedro Peralta, cabezas que eran de aquellas parcialidades; prometieron de ponerse á sí y á los suyos en las manos de los reyes y que tendrian por bien lo que ellos determinasen. Sobre esta razon hicieron pleito homenaje; y para mayor seguridad, los bia-monteses pusieron á Pamplona como en tercería en poder del rey don Fernando; los contrarios otrosí entregaron otros castillos al rey de Aragon. Hallóse presente don Alonso Carrillo, hermano del conde de Buendía y sobrino del arzobispo de Toledo, que era obispo de Pamplona. Hicieron un compromiso con término de diez y seis meses para nombrar jueces árbitros y componer aquellos debates. Tuvo gran sentimiento destas práticas madama Madalena, mujer que fué de Gaston, el mas mozo, conde de Fox. Con el cuidado de madre sospechaba que algun engaño y trama se hurdia á propósito de excluir á su hijo de la herencia de su padre. Para sosegalla le enviaron por embajador á Berenguel de Sos, dean de Barcelona, que le declarase las causas y capitulaciones de aquella concordia y le dijese debia tener buen ánimo, y esperar de los reyes, padre é hijo, todo favor y proteccion. Advertíanle del mayor peligro que le podria correr de Francia, por tanto no se dejase engañar ni juntase sus fuerzas con aquella nacion para acometer á España. Que si bien el Francés era su hermano, pero que con el rey de Aragon y con sus hijos tenia mas trabado deudo y alianza. Residia aquella señora á la sazon en Pau, ciudad de Bearne. Respondió á esta embajada que agradecia mucho el amor que le mostraban, que nunca ella dudara de aquella voluntad; que el Rey, su hermano, nunca trató de hacer liga con ella, ni ella haria por donde pareciese estar olvidada del parentesco que tenia con ambas las partes; y que por lo que á ella tocaba y estuviese en su mano, mas aína seria causa de la paz que de la guerra. Ocupábanse los reyes en apaciguar el reino de Navarra, cuando se ofreció causa de otra nueva alegría; esto fué que á 5 de octubre se firmaron en aquel mismo lugar las condiciones del casamiento que ya tenian concertado entre don Fernando, rey de Nápoles, y doña Juana, hija del rey de Aragon. Celebráronse los desposorios en Cervera, pueblo de Cataluña, cuyo gobierno la desposada tenia; así, en adelante la llamaron reina de Nápoles. Quedó desembarazada aquella casa real para estas nuevas bodas con la partida de doña Beatriz, hija del rey de Nápoles, que él envió en una armada á Matías, rey de Hungría, con quien en ausencia la desposaran. Fué esta señora de mucha bondad y honestidad, pero mañera; ni deste matrimonio tuvo hijos, ni del rey Ladislao, con quien casó segunda vez; y él algunos años adelante sucedió en lugar del dicho Matías, aunque no se le igualó en el esfuerzo, ni en sus cosas fué tan concertado. No estaba entre tanto ociosa la reina doña Isabel, antes la ciudad de Toro fué entrada de noche por las gentes y soldados de Castilla debajo la conducta de don Alonso de Fonseca, obispo de Avila, y de don Fadrique, hijo que era de don Rodrigo Manrique, conde de Paredes. Un pastor, llamado Bartolomé, les dió aviso, y mostró que podian escalar cierta parte del muro, que se llamaba las Barrancas de Duero, y por estar fortificada de un barranco tenia menos guarda. Hízose así, y juntamente sitiaron el alcázar; con la nueva la Reina á toda priesa acudió desde Segovia, do se hallaba ocupada en apaciguar el alboroto pasado y sosegar los ciudadanos. Con su venida doña María, mujer de Juan de Ulloa, perdida la esperanza de poderse te-

ner, rindió aquella fuerza á 19 de octubre. El conde de Marialva, su yerno, y capitan de aquella tierra por los portugueses, desamparado otro castillo cerca de Toro, por nombre Villalfonso, con la poca gente que le guardaba, á grandes jornadas se recogió á Portugal por caminos y senderos extraordinarios. Fué todo esto de grande importancia. Quedaba Castronuño, desde don de Pedro de Mendavia hacia grandes robos y correrías en gran daño de aquella comarca; hombre de un ánimo ardiente y muy ejercitado en las armas. Por esta causa luego que la ciudad de Toro se tomó, acudieron los del Rey y se pusieron sobre este castillo. Plantaron la artillería y los demás pertrechos para batir, que llevaron con trabajo de algunos dias. Tomaron este trabajo de buena gana por la esperanza que tenian que tomada aquella fuerza, toda aquella comarca quedaria en paz. Por otra parte se movian tratos para reducir al de Villena y al arzobispo de Toledo. El Marqués se mostraba mas blando, y parecia se sujetaria al servicio del rey don Fernando, pero con algunas condiciones; sobre todo queria le restituyesen á Villena y mas de veinte villas que por aquella comarca le quitaran. El Arzobispo se mostraba mas duro, puesto que el rey de Aragon no cesaba de amonestar que procurasen ganar persona tan principal con cualquier partido, aunque fuese desaventajado. Que se acordasen de las mudanzas de la fortuna, que á veces suele de lo mas alto volver atrás y aun despeñarse. Que se tuviese consideracion á los grandes servicios que antes hizo, y por ellos perdonasen las ofensas que de nuevo cometiera. Mirasen que con solo ganalle quedaria por el suelo el partido de Portugal. Aun no estaba este negocio sazonado, dado que se iba madurando. Comenzaron por el marqués de Villena; prometieron de le perdonar y restituille todo su estado á tal que rindiese los alcázares de Madrid y de Trujillo, que todavía se tenian por él; lo mismo ofrecieron al arzobispo de Toledo. Don Lope de Acuña, su sobrino, entregó á los reyes la ciudad de Huete, que con título de duque le dió el rey don Enrique en aquellos tiempos estragados y revueltos. Por el mismo tiempo dos grandes príncipes fueron violentamente muertos, es á saber, los duques el de Borgoña y el de Milan. Galeazo, duque de Milan, en la iglesia de San Estéban de aquella ciudad oia misa por ser la festividad de aquel Santo. En aquel tiempo y lugar le dieron la muerte algunos que estaban conjurados contra él con intento de vengar sus particulares agravios y la mucha soltura de aquel Príncipe en materia de deshonestidad. El duque de Borgoña, llamado Cárlos el Atrevido, fué muerto en batalla en sazon que tenia puesto sitio sobre Nanci, ciudad de Lorena, ya la segunda vez, si bien el tiempo no era á propósito, y el invierno era muy áspero, y los suyos desgustados. Por todo esto el rey de Portugal, que á la sazon se fué á ver con él, como queda apuntado, le persuadia desistiese de aquella empresa. No prestó su diligencia; así, á 5 de enero fué desbaratado y muerto por Renato, duque de Lorena, y por los esguízaros, cuyo nombre desta gente desde entonces ha sido muy conocido y su esfuerzo señalado. Ayudóles mucho para la victoria Nicolao Campobaso, que servia al Borgoñon y con trato doble daba avisos á los contrarios, y en lo mas recio de la batalla con los italianos que tenia desamparó á su señor. Una sola hija que quedó deste Príncipe, llamada María, casó adelante con Maximiliano, duque de Austria. ¡Cuán grandes guerras resultarán deste casamiento para España! El rey Luis de Francia por la muerte del Duque luego se apoderó del ducado de Borgoña y restituyó á su corona á San Quintin y á Perona con otros pueblos que están á la ribera del rio Soma, y el de Borgoña los tenia en empeño. Sobre todo lo cual se movieron grandes diferencias y guerras, primero con la casa de Borgoña, y despues con España, sin que se haya recobrado lo que entonces les tomaron. Tuvo Maximiliano en madama María, su mujer, tres hijos, que fueron don Filipe, doña Margarita y Francisco. Falleció la Duquesa al cuarto año despues que casó; el achaque fué una mortal caida que dió de un caballo por estar preñada. El duque Galeazo dejó un hijo, por nombre Juan Galeazo, que casó con Isabel, nieta de don Fernando, rey de Nápoles, aunque él era de poca edad y no bastante para el gobierno de aquel estado. Demás deste, dejó dos hijas, que se llamó la una Blanca María, con quien Maximiliano, ya emperador, casó la segunda vez, pero no dejó deste casamiento sucesion alguna; la otra hija del duque Galeazo se llamó Ana.

CAPITULO XIV.

De otros castillos que se recobraron en Castilla.

La reina doña Isabel con mucha prudencia apaciguó un nuevo debate que fuera de sazon se levantó sobre el maestrazgo de Santiago con esta ocasion. Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes y maestre que se llamaba de Santiago, falleció en Uclés por el mes de noviembre; caballero que fué muy noble y muy principal, y que ganó los años pasados de los moros la villa de Huéscar en el reino de Granada, con que se hizo muy nombrado. Su cuerpo sepultaron en aquel pueblo do falleció, en la capilla mayor con enterramiento y honras que le hicieron muy principales. Su hijo don Jorge Manrique en unas trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas y ricos esmaltes de ingenio y sentencias graves, á manera de endecha lloró la muerte de su padre. Don Alonso de Cárdenas, con ocasion de la muerte de su competidor, se determinó ir á Uclés con gente y soldados, resuelto de usar de fuerza, si los trece, á cuyo cuidado incumbia la eleccion, no le diesen aquella dignidad. Otros muchos señores pretendian lo mismo, quién con buenos medios, quién con malos; cosa peligrosa y que podria parar en alguna revuelta. Por este recelo ó con codicia de haber para sí un estado tan grande, en la ciudad de Toro los reyes consultaron entre sí lo que en aquel caso debian hacer. Usar de fuerza era cosa larga y ni muy segura ni muy justificada. Determinaron ayudarse de maña. El Rey se quedó en Toro; la Reina se enderezó para Ocaña y Uclés con tanta priesa, que, segun lo refiere Hernando de Pulgar, en solos tres dias desde Valladolid llegó á Uclés. En aquella villa trató con los caballeros que para mayor concordia se fuesen con ella á Ocaña, que por ser el

pueblo mayor y mas fuerte, podrian con mas seguridad resolverse en lo que les pareciese mas acertado y cumplidero. Que á ninguno pareceria novedad, pues muchas veces semejantes juntas el tiempo pasado se hicieron allí en el palacio del Maestre. Vinieron en esto los caballeros; la Reina por medio de don Alonso de Fonseca, obispo de Avila, y de su secretario Hernando Alvarez de Toledo, les amonestó que para excusar alborotos viniesen en que aquella órden y dignidad con consentimiento del Pontífice por cierto tiempo se diese en administracion al rey don Fernando, su marido. Que para sosegar las voluntades de los caballeros y apaciguallo todo no era menester ni bastaria menos autoridad y fuerzas que las suyas. Tuvieron los caballeros su acuerdo sobre esto, y en fin se resolvieron de venir en lo que la Reina pedia, muchos por ganar con ésto su gracia, los mas á fin que sus contrarios no saliesen con lo que pretendian; abuso grande, pero ordinario en semejantes elecciones. Este fué el principio de enflaquecer el poder y fuerzas de aquella caballería, y ejemplo que en breve pasó á las órdenes de Calatrava y de Alcántara, dado que poco despues los reyes concedieron á don Alonso de Cárdenas que fuese maestre de Santiago con cargo de cierta pension para la guerra de los moros, no sin gran pesadumbre de los otros señores, que se agraviaban fuese este caballero antepuesto á los demás, sin tener mas méritos que los otros ni mejor derecho ni ser de tanta nobleza, como ellos decian. El rey don Fernando, asentadas las cosas de Castilla la Vieja y puestas treguas con los contrarios, se fué á Ocaña en sazon que comenzaba el año de nuestra salvacion de 1477; en el cual tiempo tornó de nuevo á dar perdon y recebir en su gracia al conde de Ureña don Juan Tellez Giron, que parecia reducirse al servicio del Rey con entera voluntad. Desde Ocaña fué junto con la Reina á visitar á Toledo, donde por voto que los reyes hicieran si vencian al de Portugal, mandaron edificar el muy sumptuoso monasterio de franciscos, que hoy se ve en aquella ciudad con nombre de San Juan de los Reyes, en las casas de Alonso Alvarez de Toledo, contador mayor que fué de los reyes pasados. De Toledo pasaron á Madrid; allí se tuvo aviso que diversas compañías de portugueses trabajaban las tierras de Badajoz y de Ciudad-Rodrigo con grande daño y molestia de los naturales. Para remedio y hacer resistencia á aquella gente, enviado que hubo delante á don Gomez de Figueroa, conde de Feria, trató con la Reina que repartidos los negocios entre los dos, ella acudiese, como lo hizo, á las fronteras de Portugal á dar calor en la defensa de aquella tierra. El rey don Fernando se detuvo algunos dias en Madrid con esperanza que tenia de ganar al arzobispo de Toledo; al cual, aunque le ofrecieron poco antes y dieron perdon, su feroz ánimo no le dejaba reposar. No quiso verse con el Rey; tan grande era su contumacia; así, el Rey, á 24 de marzo, dia lúnes, se partió para Castilla la Vieja con deseo de apaciguar los navarros; que de nuevo se tornaban á alterar aquellas parcialidades, y los agramonteses poco antes se apoderaron de Estella, y la princesa doña Leonor pretendia volvella á recobrar con sus fuerzas y las de Castilla. Al mismo tiempo un nuevo miedo puso á los reyes en mucho cuidado, y fué que Alboha-cen, rey de Granada, sin respeto de las treguas que se continuaban de algunos años atrás, rompió de repente por el reino de Murcia con cuatro mil de á caballo y hasta treinta mil de á pié. Causó aquel acometimiento mucho espanto, en especial por estar los fieles seguros y descuidados. Tanto fué el miedo mayor, que á 6 de abril, dia de pascua de Resurreccion, tomó por fuerza en aquella comarca un pequeño lugar, llamado Ciesa, que quemó y derribó pasados á cuchillo los moradores. Demás desto, hizo grandes presas de ganado mayor y menor, con que los moros dieron la vuelta á su tierra sin recebir algun daño, dado que Pedro Fajardo, adelantado de Murcia, salió á la defensa. El interés y daño no era de tanta consideracion cuanto el peligro y molestia que sin estar apaciguados los alborotos de dentro se ofreciese ocasion de nueva guerra y necesidad de vengar aquel agravio. Deseaban para todo abreviar con lo de Castilla. Los dos castillos, que todavía se tenian por los portugueses, el de Cantalapiedra y el de Castronuño, fueron de nuevo cercados y combatidos con toda la fuerza posible sin cesar hasta que se rindieron, primero Cantalapiedra, á 28 de mayo, porque Castronuño por el esfuerzo de su capitan Mendavia se tuvo mas tiempo; pero al fin hizo lo mismo. Era tan grande el desgusto de los naturales por los daños que de aquel castillo recibieron, que acudieron, y porque no fuese en algun tiempo acogida de ladrones por ser de sitio muy fuerte, le abatieron por tierra. A los soldados destos dos castillos se dió licencia, conforme á lo capitulado, para que libremente y con su bagaje se fuesen á Portugal. Demás desto, á Mendavia le contaron siete mil florines; capitan en lo demás esforzado, y que en particular ganó y merece gran renombre por haber defendido aquel castillo tanto tiempo contra el poder y voluntad de reyes tan poderosos. La Reina ponia no menor diligencia en sujetar á Trujillo, cuyo alcázar se tenia por el marqués de Villena. Avisaron á Pedro de Baeza, que tenia allí por alcaide, rindiese aquella fuerza. Respondió al principio que no lo haria, sino fuese á tal que al Marqués, su señor, restituyesen á Villena con las otras villas de aquel estado, segun que tenian antes concertado; en que dió muestra de persona de mucha constancia y valor. La Reina no rehusaba poner aquellos pueblos en tercería en poder de quien el Alcaide nombrase, para que pasados seis meses se entregasen al marqués de Villena; mas él por sospechar algun engaño se entretenia, y no venia en hacer la entrega. Finalmente, por contentar á la Reina el mismo marqués de Villena entró en el alcázar, y apenas pudo acabar con él hiciese la entrega que pedia la Reina. Grande fué el desgusto que desta resolucion y mandato recibió el Alcaide; no miraba su particular, sino por el deseo que tenia del pro y autoridad de su señor. Llegó á tanto, que hecha la entrega, se despidió del Marqués y de su servicio, enfadado de su mal término. Quejábase que ni se movia por lo que á él le tocaba, ni tenia cuidado de la vida y libertad de los suyos. Esto decia porque con la priesa no se acordó de capitular que al dicho alcaide y á sus soldados no se les hiciese daño. Deseaba el rey don Fernando por una parte ir al Anda-

lucía, para donde la reina doña Isabel le llamaba; por otra visitará doña Juana, su hermana, antes que se embarcase para Italia. Las cosas de Navarra le entretenian y no le daban lugar para alzar dellas la mano. Hízose á la vela aquella señora por el mes de agosto en la playa de Barcelona en una armada en que vinieron para llevalla don Alonso, su antenado, y don Pedro de Guevara, marqués del Vasto, y otras personas principales. Tocaron á Génova, en que fué muy festejada; últimamente aportó á Nápoles. Allí celebraron las bodas con toda suerte de juegos, convites, regocijos y galas á porfía, así bien los ciudadanos como los cortesanos. En Sigüenza fundó un colegio de trece colegiales y un monasterio de jerónimos, título de San Anton, Juan Lopez de Medinaceli, arcediano de Almazan y canónigo de Toledo, criado que fué del cardenal Pedro Gonzalez de Mendoza, prelado á la sazon de Sevilla y de Sigüenza.

CAPITULO XV.

Cómo el Andalucía se apaciguó.

Las demás partes de Castilla apenas sosegaban; las alteraciones del Andalucía todavía continuaban á causa que los señores cada cual por su parte se apoderaba de ciudades y castillos, y conforme á las fuerzas que tenia, robaba la gente, y parece se burlaban de la majestad real. El duque de Medina Sidonia tenia á Sevilla, el marqués de Cádiz á Jerez, don Alonso de Aguilar estaba apoderado de Córdoba. El color que tomaban era afirmarse contra los intentos de sus contrarios y hacer resistencia á los portugueses por caelles aquel reino cerca. Lo que á la verdad pretendian era acrecentar sus estados con los despojos y daños de la provincia; cosa que ordinariamente acaece cuando los temporales andan revueltos, que se disminuyen las riquezas públicas y crecen las particulares. Resultaba asimismo otro daño, que dentro de aquellas ciudades andaba la gente dividida en parcialidades. En la ciudad de Sevilla unos seguian al duque de Medina Sidonia, otros al marqués de Cádiz; en Córdoba traian bandos don Alonso de Aguilar y el conde de Cabra, muy grandes y muy pesados. La reina doña Isabel, aunque muchos se lo desaconsejaban por no tener bastante gente para si fuese necesario usar de fuerza, acudió primero á Sevilla; allí se apoderó del castillo de Triana y de las atarazanas que tenia el duque de Medina Sidonia con mayor ánimo y esfuerzo que de mujer se esperaba. El rey don Fernando, desamparadas las cosas de Navarra y en alguna manera asentadas las de Castilla la Vieja, nombró por gobernador de Galicia á Pedro de Villandrando, conde de Ribadeo; de lo demás de Castilla á su hermano don Alonso de Aragon y al Condestable. Hecho esto, se resolvió de ir en persona al Andalucía para dar en todo el órden que convenia. De camino en nuestra Señora de Guadalupe hizo sus votos y devociones; dió otrosí órden al duque de Alba y al conde de Benavente fuesen en su compañía, ca se recelaba dellos, y tenia aviso que entre sí y con otros grandes trataban de poner sus alianzas. Llegó á Sevilla á 13 de septiembre. Allí halló que se sentia mal del marqués de Cádiz, y se decia que se inclinaba á dar favor á los portugueses, y con este intento á los ojos de los reyes tenia puesta guarnicion en Alcalá de Guadaira. Tratóse de ganalle y sosegalle; para hacello de noche tuvo á solas habla con el Rey. Tratóse que entregase las fortalezas que tomara; dijo que no lo podria hacer si no fuese que el duque de Medina entregase al tanto á Nebrija y á Utrera y otros castillos; que sin esto despojalle á él de sus fuerzas no serviria sino para que el poder y riquezas de su contrario se aumentasen. Pareció pedia razon, y así el uno y el otro entregaron sus castillos al Rey, y á su ejemplo fácilmente vinieron en lo mismo los otros señores y grandes, especial á la misma sazon con el rey de Granada, en quien aquellos señores ponian gran parte de su confianza, se concertaron de nuevo treguas por industria de don Diego de Córdoba, conde de Cabra, persona señalada en lealtad, y que con aquel rey Bárbaro tenia mucha familiaridad y trato. Desta manera se hallaban las cosas del Andalucía, no léjos de asentarse del todo. Las de Navarra se empeoraban sin alguna esperanza de reparo, á causa de las parcialidades antiguas que nunca sosegaban. La princesa doña Leonor hacia instancia por remedio, y avisaba que ya casi eran pasados los diez y seis meses señalados en el compromiso que se hizo para concertar todas aquellas diferencias, al tiempo que los reyes se juntaron en Tudela. Juntamente protestaba que pues ni en su padre ni en su hermano hallaba ayuda bastante, que acudiria al socorro de otra parte; culpa de que quedarian cargados los que á hacello la necesitaban. Que si no prevenian y se adelantaban, todo aquel reino se hallaba á punto de perderse. Las cuitas, cuando son extremas, hacen que los miserables hablen con libertad. Sin embargo, las orejas parecia estar sordas á sus peticiones tan justificadas, por hallarse los reyes léjos y á causa de las grandes dificultades que los tenian enredados. Al de Aragon, fuera de la guerra de Ruisellon, ponian en cuidado las cosas de Cerdeña y de Sicilia. Era virey de Sicilia don Ramon Folch, conde de Cardona, que fué en compañía de la reina doña Juana á Nápoles, y de allí pasó á su cargo al tiempo que por muerte de don Juan de Cabrera, que falleció de poca edad, su condado de Módica, herencia de sus antepasados, recayó en su hermana doña Ana; muchos pretendian aquel estado; unos la excluian de aquella herencia, otros se querian casar con ella. El rey de Aragon, por ser de importancia que tomase marido á propósito por sus muchas riquezas y estado, estuvo determinado de casalla con don Alonso de Aragon, hijo bastardo de su hijo el rey don Fernando. No tuvo esto efecto, antes adelante don Fadrique, hijo y heredero del almirante de Castilla, se la ganó á todos, y por medio deste casamiento juntó con su casa y metió en ella aquel principal condado. En Cerdeña comenzó á alborotarse Leonardo de Alagon, marqués de Oristan; nunca del todo sosegara, y de nuevo alegaba agravios que el virey Nicolás Carroz de Arborea le habia hecho sin respeto de las condiciones y del asiento antes tomado. Ni la flaca y larga edad del rey de Aragon, ni tan grandes cuidados eran parte para quebrantalle, antes como desde una atalaya proveia á todas partes. Fué puesta acusacion al marqués de Oristan,

y por sentencia que se dió en Barcelona, á los 15 de octubre, le privaron de aquel estado. Demás desto, para ayuda se envió una nave con soldados, socorro ni grande ni fuerte para aquella guerra; así duró muchos dias. Al rey don Fernando despues que apaciguó el Andalucía, todavía le ponia en cuidado lo de Portugal; la esperanza y el temor le aquejaban. De una parte se alegraba que el rey de Portugal, si bien era vuelto por el mar á su reino con dispensacion que el pontífice Sixto últimamente le dió para casar con doña Juana, pero no traia algunos socorros de fuera. Por otra le congojaba que el arzobispo de Toledo, segun se decia, le tornaba á llamar; temia no hobiese de secreto alguna zalagarda y trato. Verdad es que aquel Prelado por su larga edad no tenia mucha advertencia en lo que hacia; en especial la ira, enemiga de consejo, y la ambicion, enfermedad desapoderada, le hacian despeñarse y le cegaban los ojos para que no advirtiese cuán pocas fuerzas tenia el rey de Portugal. Decíase dél por fama, y era así, que, perdida toda esperanza de ser socorrido, despechado, de noche se partió de Paris para ir en romería á Roma y á Jerusalem y meterse fraile en aquellas partes, mas por el desgusto que tenia que de entera voluntad. Prosiguió su viaje algunos dias; desde el camino, de tres criados que solos llevaba, á uno dellos envió con una llave para que abriese un escritorio que dejó en Paris, hallaron en él dos cartas; la una para el rey de Francia, en que le daba cuenta de su intento; en la otra amonestaba á su hijo que sin esperar mas se coronase por rey; que no tuviese algun cuidado dél, pues de los santos y de los hombres se hallaba desamparado. Que confiaba en Dios le perdonaria sus pecados, y para adelante se aplacaria y tomaria en cuenta de penitencia aquel su trabajo y afrenta; que era todo lo que podia desear. Su hijo, leida esta carta, magüer que con sollozos y lágrimas, en fin se coronó por rey á 11 de noviembre, cinco dias, y no mas, antes que su padre á deshora llegase á Cascais. Fué así, que el rey de Francia á toda diligencia envió tras él personas que le hicieron volver. Venido, le aconsejó que, mudado parecer, volviese á su tierra, como lo hizo. Venia triste y flaco extraordinariamente. Su hijo le salió á recebir con muestra de grande alegría, y á la hora le restituyó el reino y la corona. Este suceso tuvo aquel viaje del rey de Portugal, y sus intentos, cuyos ímpetus al principio fueron muy bravos, por conclusion quedaron burlados. El año siguiente, que se contaba 1478, fué señalado y alegre porque en él, á 23 de enero, en Flándes, de madama María, heredera de Cárlos el Atrevido, mujer que era de Maximiliano, duque de Austria, nació don Filipe, que adelante fué dichoso por los grandes estados que alcanzó y por la sucesion que dejó, dado que poco le duró la prosperidad á causa de su muerte, que le arrebató en la flor de su juventud. Poco despues por el mes de abril sucedió en Florencia, ciudad á la sazon libre, que en el templo de Santa Librada, ciertos ciudadanos conjurados contra los dos hermanos Médicis por entender querian tiranizar aquella ciudad, al uno llamado Julian de Médicis, mataron; el otro llamado Lorenzo de Médicis, se salvó dentro de la sacristía de aquella iglesia. Alteráronse los ciudadanos por este hecho y acudieron á las armas. Prendieron á Salviato, arzobispo de Pisa, sabidor y participante de aquella conjuracion, en el palacio de la Señoría, donde acudió para desde allí mover al pueblo á que defendiesen su libertad. Llevaba el rostro turbado; echáronle mano, y sabido lo que pasaba, le ahorcaron de una ventana; que fué un espectáculo cruel y de poca piedad por ser la persona que era. El cardenal de San Jorge, que se hallaba en Florencia y se decia favorecia á los conjurados, corrió gran peligro de que con el mismo ímpetu le maltratasen. Valióle el miedo que tuvieron del Papa, su tio, y el respeto que mostraron á su dignidad. De que resultó una nueva guerra, con que por algun tiempo fueron trabajados los florentines por las armas y fuerzas del Papa y de Nápoles. Quedaron los de Florencia descomulgados por la muerte del Arzobispo. Hizo instancia el rey de Francia por la absolucion; alcanzó lo que pedia del Papa, mas por miedo que de grado, á causa que en una junta que se hacia en Orliens trataba de restituir y poner en uso la pragmática sancion en gran perjuicio de la Sede Apostólica. Finalmente, se les dió la absolucion y se concertaron las paces, sin que por entonces se tocase en la libertad de aquella ciudad.

CAPITULO XVI.

Nació el príncipe don Juan, hijo del rey don Fernando.

La guerra se hacia en Cerdeña cruel, sangrienta y dudosa; las fuerzas de aquella isla divididas en dos partes iguales; los revoltosos peleaban con mas coraje que los del Rey, como los que aventuraban en ello la vida y la libertad. La esperanza de la victoria consistia en las fuerzas y socorro de fuera. Los ginoveses, á los cuales corria obligacion de ayudar al marqués de Oristan por las antiguas alianzas que tenia con ellos, se detuvieron á causa de ciertas treguas que se concertaron en Nápoles entre aquellas dos naciones, aragoneses y ginoveses. Por el contrario, desde Aragon y desde Sicilia acudieron nuevos socorros á los reales, tanto, que el mismo conde de Cardona, virey que era de Sicilia, se embarcó en una armada para acudir al peligro. Hobo algunos encuentros y escaramuzas en muchas partes; últimamente, se juntaron los campos de una parte y de otra cerca de un castillo, llamado Macomera. Allí se dió la batalla, en que el Marqués quedó muerto y su campo desbaratado. Su hijo, llamado Artal, como quier que pretendiese huir por la mar en una barca que halló á la ribera, cayó en manos de dos galeras aragonesas, y preso le llevó á España Villamarin, general de la armada. Fué puesto él en el castillo de Játiva, y sus estados quedaron confiscados con todos sus pueblos, que los tenia muchos y grandes en Cerdeña y tambien en tierra firme. En particular los marquesados de Oristan y de Gociano se aplicaron para que estuviesen siempre en la corona real, y desde entonces se comenzaron á poner en las provisiones reales entre los otros títulos y nombres de los principados reales. Dióse esta batalla á 19 de mayo. La victoria, no solo de presente fué alegre, sino para adelante causa que todo se asegurase, con que aquella isla, sobre la cual tantas

veces y con tanta porfía con los de fuera y con los de dentro se debatiera, de todo punto quedó sujeta al señorío de Aragon. El rey don Fernando, sin embargo que no tenia de todo punto asentadas las cosas del Andalucía y que su mujer quedaba preñada, fué forzado dar la vuelta al reino de Toledo por dos causas: la primera para reducir al arzobispo de Toledo y acabar con él no hiciese entrar de nuevo al rey de Portugal en el reino, como se rugia que lo trataba; la segunda para dar calor á las hermandades que para castigar los robos y muertes, como queda dicho, los años pasados se ordenaron entre las ciudades y pueblos. El ejercicio de las hermandades aflojaba, y la gente se cansaba por el mucho dinero que era menester para el sueldo de los soldados, que se repartia por los vecinos, sin exceptuar á los hidalgos. Graveza mala de llevar, pero de que resultaba gran provecho para la gente, ca no solo por esta via se reprimian las maldades, sino tambien en ocasion acudian al Rey con sus fuerzas y gentes en las guerras que se ofrecian. Por esta causa se tuvieron Cortes generales en Madrid, en que de comun consentimiento y acuerdo se confirmaron las dichas hermandades por otros tres años. Con el arzobispo de Toledo no sucedió tan bien, dado que se puso diligencia en quitalle la sospecha que tenia de que se trataba de matalle. Despedidas las Cortes, el rey don Fernando dió la vuelta á Sevilla; la reina doña Isabel le hacia instancia por estar en dias de parir. Allí vinieron embajadores de parte del rey de Granada para pedir tornase á conceder las treguas que antes entre las dos naciones se concertaron. La respuesta fué que no se podrian hacer, si demás de la obediencia y homenaje no pechasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Despachó el Rey sus embajadores á Granada para tratar este punto. Respondió aquel rey Bárbaro que los reyes que pagaban aquel tributo muchos años antes eran muertos; que de presente en las casas de la moneda de la ciudad de Granada no acuñaban oro ni plata, sino en su lugar forjaban lanzas, saetas y alfanjes. Ofendióse el rey don Fernando con respuesta tan soberbia; no obstante esto, forzado de la necesidad, otorgó las treguas que le pedian, que es gran cordura acomodarse con el tiempo. En tanto que estas cosas se trataban, á la Reina sobrevinieron sus dolores de parto, de que nació un niño, que llamaron el príncipe don Juan, á 28 de junio, domingo, una hora antes de medio dia, que heredara los estados de sus padres y abuelos si, por lo que Dios fué servido, no le arrebatara la muerte cruel y desgraciada en la flor de su edad, como se relatará adelante. Bautizóle el cardenal don Pero Gonzalez, arzobispo de aquella ciudad. El rey de Aragon, aunque cansado, no solo de negocios, sino de vivir, con el grande vigor que siempre tuvo pedia le enviase este niño para que se criase á la manera y conforme á las costumbres de Aragon; además que por su larga experiencia se recelaba que si le entregaban á alguno para que le criase, lo que sucedió los años pasados, no fuese ocasion que en su nombre se revolviesen las cosas en Castilla. Tenia el mismo rey de Aragon otro debate muy grande sobre la iglesia de Zaragoza. Pretendia, por estar vaca por la muerte de don Juan de Aragon, se diese á don Alonso, su nieto, al cual su hijo el rey don Fernando en Cervera, pueblo de Cataluña, hobo de una mujer fuera de matrimonio. Ofrecíanse dos dificultades: la una que no era legítimo, y por esta fácilmente pasaba el pontífice Sixto; la segunda su pequeña edad, que no tenia mas que seis años, en ninguna manera la queria suplir. Entre las demandas y respuestas que andaban sobre el caso, por el mucho tiempo que aquel arzobispado vacaba, le coló el Papa al cardenal Ausias Dezpuch. Entendia que el Rey lo llevaria bien, atento los grandes servicios de su deudo el maestre de Montesa. No fué así; antes mostró sentirse en tanto grado, que se apoderó de los bienes y rentas del Cardenal y maltrató á sus deudos. Con esto y por la instancia que el rey de Nápoles hizo por tener gran cabida con el Pontífice, el de Aragon salió últimamente con lo que pretendia, que aquella iglesia se diese á don Alonso, su nieto, con título de administracion perpetua. Ejemplo malo y principio de una perjudicial novedad. La importunidad del Rey venció la constancia del Pontífice, daño que siempre se tachará y siempre resultará, por querer los príncipes meter tanto la mano en los derechos de la Iglesia, en especial que en aquel tiempo tenian introducida una costumbre, que ningun obispo fuese en España elegido sino á suplicacion de los reyes y por su nombramiento; ocasion con que poco despues resultó otra contienda sobre la iglesia de Tarazona. Por muerte del cardenal Andrés Ferrer la dió el Pontífice á uno, llamado Andrés Martinez; hizo resistencia el rey don Fernando con intento que, revocada aquella eleccion, se diese aquel obispado al cardenal de España, como últimamente se hizo. Acabóse este pleito con otra reyerta semejante. El pontífice Sixto confirió cuatro años adelante el obispado de Cuenca que vacaba á Rafael Galeoto, pariente suyo; opúsose el rey don Fernando, y en fin acabó que se diese aquella iglesia de Cuenca á don fray Alonso de Búrgos, su confesor, que ya era obispo de Córdoba. Juntamente se expidió una bula en que concedió el Papa á los reyes de Castilla para siempre que en los obispados fuesen elegidos los que ellos nombrasen y pidiesen, como tambien cuatro años antes deste en que vamos, á instancia del rey don Enrique, él mismo otorgó otra bula en que mandó no se diesen de allí adelante á extranjeros expectativas para los beneficios de aquel reino, pleito sobre que de atrás hobo grandes reyertas. Diego de Saldaña, embajador de aquel Rey, fué el que alcanzó esta gracia, segun que consta por la misma bula, cuyo traslado no me pareció poner aquí. Fué este caballero persona muy principal. Pasóse á Portugal con la pretensa princesa doña Juana, cuyo mayordomo mayor fué, y dél hay hoy descendientes en aquel reino, fidalgos principales. Don fray Alonso de Búrgos, de Cuenca trasladado últimamente al obispado de Palencia, edificó en Valladolid el monasterio muy célebre de San Pablo, de su órden de Santo Domingo, si bien en tiempo del rey don Alonso el Sabio, y mas adelante con ayuda de su nuera la reina doña María, señora de Molina, se comenzó. La iglesia sin duda que hoy tiene la fabricó los años pasados el cardenal Juan de Turrecremata, hijo que fué de aquel convento y casa.

CAPITULO XVII.

El santo oficio de la Inquisicion se instituyó en Castilla.

Mejor suerte y mas venturosa para España fué el establecimiento que por este tiempo se hizo en Castilla de un nuevo y santo tribunal de jueces severos y graves á propósito de inquirir y castigar la herética pravedad y apostasía, diversos de los obispos, á cuyo cargo y autoridad incumbia antiguamente este oficio. Para esto les dieron poder y comision los pontífices romanos, y se dió órden que los príncipes con su favor y brazo los ayudasen. Llamáronse estos jueces inquisidores, por el oficio que ejercitaban de pesquisar y inquirir; costumbre ya muy recebida en otras provincias, como en Italia, Francia, Alemania y en el mismo reino de Aragon. No quiso Castilla que en adelante ninguna nacion se le aventajase en el deseo que siempre tuvo de castigar excesos tan enormes y malos. Hállase memoria antes desto de algunos inquisidores que ejercian este oficio, á lo menos á tiempo, pero no con la manera y fuerza que los que despues se siguieron. El principal autor y instrumento deste acuerdo muy saludable fué el cardenal de España, por ver que á causa de la grande libertad de los años pasados y por andar moros y judíos mezclados con los cristianos en todo género de conversacion y trato, muchas cosas andaban en el reino estragadas. Era forzoso con aquella libertad que algunos cristianos quedasen inficionados, muchos mas, dejada la religion cristiana que de su voluntad abrazaran convertidos del judaismo, de nuevo apostataban y se tornaban á su antigua supersticion, daño que en Sevilla mas que en otra parte prevaleció; así, en aquella ciudad primeramente se hicieron pesquisas secretas y penaron gravemente á los que hallaron culpados. Si los delitos eran de mayor cantía, despues de estar largo tiempo presos y despues de atormentados, los quemaban. Si ligeros, penaban á los culpados con afrenta perpetua de toda su familia. A no pocos confiscaron sus bienes y los condenaron á cárcel perpetua; á los mas echaban un sambenito, que es una manera de escapulario de color amarillo con una cruz roja á manera de aspa, para que entre los demás anduviesen señalados y fuese aviso que espantase y escarmentase por la grandeza del castigo y de la afrenta, traza que la experiencia ha mostrado ser muy saludable, magüer que al principio pareció muy pesada á los naturales. Lo que sobre todo extrañaban era que los hijos pagasen por los delitos de los padres, que no se supiese ni manifestase el que acusaba, ni le confrontasen con el reo ni hobiese publicacion de testigos, todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demás desto, les parecia cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo mas grave, que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la libertad de oir y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas á propósito para dar aviso de lo que pasaba; cosa que algunos tenian en figura de una servidumbre gravísima y á par de muerte. Desta manera entonces hobo pareceres diferentes. Algunos sentian que á los tales delicuentes no se debia dar pena de muerte; pero fuera desto confesaban era justo fuesen castigados con cualquier otro género de pena. Entre otros, fué deste parecer Hernando de Pulgar, persona de agudo y elegante ingenio, cuya historia anda impresa de las cosas y vida del rey don Fernando. Otros, cuyo parecer era mejor y mas acertado, juzgaban que no eran dignos de la vida los que se atrevian á violarla religion y mudar las ceremonias santísimas de los padres; antes que debian ser castigados, demás de darles la muerte, con perdimiento de bienes y con infamia, sin tener cuenta con sus hijos, ca está muy bien proveido por las leyes que en algunos casos pase á los hijos la pena de sus padres, para que aquel amor de los hijos los haga á todos mas recatados. Que con ser secreto el juicio se evitan muchas calumnias, cautelas y fraudes, además de no ser castigados sino los que confiesan su delito ó manifiestamente están dél convencidos. Que á las veces las costumbres antiguas de la Iglesia se mudan conforme á lo que los tiempos demandan; que pues la libertad es mayor en el pecar, es justo sea mayor la severidad del castigo. El suceso mostró ser esto verdad y el provecho, que fué mas aventajado de lo que se pudiera esperar. Para que estos jueces no usasen mal del gran poder que les daban ni cohechasen el pueblo ó hiciesen agravios, se ordenaron al principio muy buenas leyes y instrucciones. El tiempo y la experiencia mayor de las cosas ha hecho que se añadan muchas mas. Lo que hace mas al caso es que para este oficio se buscan personas maduras en la edad, muy enteras y muy santas, escogidas de toda la provincia, como aquellas en cuyas manos se ponen las haciendas, fama y vida de todos los naturales. Por entonces fué nombrado por inquisidor general fray Tomás de Torquemada, de la órden de Santo Domingo, persona muy prudente y docta y que tenia mucha cabida con los reyes por ser su confesor y prior del monasterio de su órden de Segovia. Al principio tuvo solamente autoridad en el reino de Castilla; cuatro años adelante se extendió al de Aragon, ca removieron del oficio de que allí usaban á la manera antigua los inquisidores fray Cristóbal Gualbes y el maestro Ortes, de la misma órden de los Predicadores. El dicho Inquisidor mayor al principio enviaba sus comisarios á diversos lugares conforme á las ocasiones que se presentaban, sin que por entonces tuviesen algun tribunal determinado. Los años adelante el Inquisidor mayor con cinco personas del supremo Consejo en la corte, do están los demás tribunales supremos, trata los negocios mas graves tocantes á la religion. Las causas de menos momento y los negocios en primera instancia están á cargo de cada dos ó tres inquisidores, repartidos por diversas ciudades. Los pueblos en que residen los inquisidores en esta sazon y al presente son estos: Toledo, Cuenca, Murcia, Valladolid, Santiago, Logroño, Sevilla, Córdoba, Granada, Ellerena; y en la corona de Aragon, Valencia, Zaragoza, Barcelona. Publicó el dicho Inquisidor mayor edictos en que ofrecia perdon á todos los que de su voluntad se presentasen. Con esta esperanza dicen se reconciliaron hasta diez y siete mil personas entre hombres y mujeres de todas edades y estados; dos mil personas fueron quemadas, sin otro mayor número de los que se huyeron á las provincias

comarcanas. Deste principio el negocio ha llegado á tanta autoridad y poder, que ninguno hay de mayor espanto en todo el mundo para los malos, ni de mayor provecho para toda la cristiandad. Remedio muy á propósito contra los males que se aparejaban, y con que las demás provincias poco despues se alteraron; dado del cielo, que sin duda no bastara consejo ni prudencia de hombres para prevenir y acudir á peligros tan grandes como se han experimentado y se padecen en otras partes.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del rey don Juan de Aragon.

Partieron de Sevilla los reyes don Fernando y doña Isabel. Antes de la partida dejaron mandado al duque de Medina y al marqués de Cádiz que no pudiesen entrar en aquella ciudad; con tanto, quitadas las cabezas de las parcialidades, todo quedó apaciguado. Por otra parte, Lope Vasco, portugués de nacion, se apoderó en nombre del rey don Fernando del castillo de Mora, cuyo alcaide era. Está situada esta fuerza en Portugal á la raya de Castilla. Hecho esto, dió aviso para que le enviasen socorro. Tenia el rey don Fernando gran deseo de hacer en persona guerra á Portugal por parecelle que con esto ganaba reputacion, pues mostraba en ello tener tantas fuerzas y ánimo, que no solo defendia su reino, sino acometia las tierras de sus contrarios. Intento que ni al rey de Aragon, su padre, ni á los mas prudentes pareció bien; porque ¿á qué propósito sin gran esperanza poner á su riesgo su persona? A qué fin aventurar su estado, de que tenia pacífica posesion, y ponello todo al trance de una batalla? Encargó pues el cuidado de aquella guerra al maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas. Dióle mil y quinientos caballos y quince mil infantes; esto por el mes de agosto. El ruido fué mayor que el provecho, mayormente que don Juan, príncipe de Portugal, recobró á Mora, con que todos aquellos intentos se desbarataron. Importaba mas confirmar en su servicio á Trujillo; á esta causa despues por Córdoba los reyes pasaron allá. En este tiempo en Francia, en un pueblo llamado Laudo, en la comarca de Cahors, á 11 de setiembre por medio de embajadores que se enviaron sobre el caso, se concertó casamiento entre don Fadrique, hijo segundo del rey de Nápoles, y madama Ana, hija de Amadeo, duque de Saboya. El rey de Francia á la desposada, por ser hija de su hermana, señaló en dote un estado principal en Francia, y entre tanto que no se le daba y hasta que el rey de Aragon pagase el dinero, sobre que tenian diferencias, ofreció de dalle en prendas lo de Ruisellon y Cerdania. Dió este negocio gran desabrimiento á los reyes, padre y hijo, sobre todo se ofendieron del rey de Nápoles, que sin respeto de ser tan parientes, parecia hacer mas caso de la amistad de Francia que de la de España, y sentian mucho aceptase, aunque se los ofreciesen, aquellos estados sobre que ellos traian pleito y guerra, mayormente que el tiempo de las treguas que tenian con el rey de Francia espiraba, y corria peligro no volviesen á las armas en sazon muy poco á propósito para la una nacion y la otra. El Francés, ocupado en apoderarse de Flándes, parecia no hacer caso de todo lo demás. En Castilla aun no estaban del todo las cosas apaciguadas á causa que el rey de Portugal se apercebia de nuevo para la guerra, y la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco, mujer de ánimo varonil, juntamente con el clavero de Alcántara Alonso de Monroy, andaban alborotados. Por esto Juan de Gamboa, gobernador de Fuente-Rabía, y el arcediano de Almazan por mandado del rey don Fernando trataron con los embajadores de Francia que vinieron á Bayona de asentar una nueva confederacion. Diéronse tan buena maña en ello y apretaron el tratado de suerte, que á 10 de octubre concertaron que las treguas se mudasen en paces con las mismas condiciones que antes de aquella guerra de tiempo antiguo hobo entre aquellas dos casas reales; comprehendieron tambien en las paces al rey de Aragon. Lo cual ¿qué otra cosa era sino hacer burla dél, pues no le restituian el estado sobre que era el debate? Asentaron empero que se nombrasen por cada parte dos jueces para componer esta diferencia y las demás que quedasen por determinar. El alegría que toda Castilla recibió por esta causa, se aumentó con otras dos ocasiones: la una fué que don Enrique, conde de Alba de Liste, y tio del Rey, vino á Trujillo puesto en libertad de la prision en que le tenian desde la batalla de Toro; la otra que el arzobispo de Toledo, forzado de la necesidad, ca le tenian embargadas todas sus rentas y tomados los mas de sus lugares, se redujo últimamente al servicio del rey don Fernando, y para mas seguridad entregó todos sus castillos que se tuviesen por el Rey. Achacábanle que de nuevo traia inteligencias con el rey de Portugal y que le atizaba para que entrase en Castilla. Todavía el arcediano de Toledo, llamado Tello de Buendía, hombre docto y grave, y que adelante murió obispo de Córdoba, enviado para descargar al Arzobispo, su amo, con su buena diligencia alcanzó de los reyes que le diesen perdon, quier fuese verdadero, quier falso aquel cargo. Demás desto, en Roma el pontífice Sixto revocó la dispensacion que dió al rey de Portugal para casar con su sobrina doña Juana, en que al parecer de alguno se tuvo mas cuenta con dar gusto al rey de Nápoles, que hacia sobre esto grande instancia, que con la constancia y autoridad pontifical. Así, por el mes de diciembre envió un breve á España en este propósito. Para dar órden en todo, y sobre todo para asentar las paces con Francia trataban los reyes, padre y hijo, de tener habla entre sí, y á este fin ir á Molina y á Daroca, cuando al rey de Aragon sobrevino en Barcelona una dolencia, de que murió un mártes, á 19 de enero, principio del año de nuestra salvacion de 1479. Su cuerpo enterraron en Poblete; su pobreza era tal, que para el gasto del enterramiento fué menester empeñar las alhajas de la casa real. Vivió ochenta y un años, siete meses y veinte dias; tuvo siempre el cuerpo recio y á propósito para los trabajos de la guerra y de la caza, el ánimo vivo y despierto, y que por la grandeza y variedad de las cosas que hizo, junto con los muchos años que reinó, se puede igualar con los grandes reyes. Verdad es que afeó lo postrero de su edad con el apetito que tenia mas que fuerzas para la deshonestidad, ca puso los ojos y su aficion en

una moza de buen parecer, llamada Francisca Rosa, que trató el tiempo pasado de casarla con don Jaime de Aragon, aquel de quien se dijo que hizo justiciar en Barcelona. En su testamento, que tenia hecho diez años antes deste, dió órden se hiciesen muchas obras pias, muestra de su cristiandad, en particular que se edificasen dos templos y monasterios de la órden de San Jerónimo, que son al presente muy señalados en santidad y devocion, el uno de Santa Engracia, en Zaragoza, que está pegado con el muro de la ciudad; el otro en Cataluña, su advocacion de Santa María de Belpuche: su hijo cumplió enteramente lo que en esta parte dejó ordenado. Mandó otrosí que heredasen el reino de Aragon los nietos del rey don Fernando, su hijo, aunque fuesen de parte de hija, en caso que no tuviese hijo varon. Item, que los tales nietos fuesen preferidos á las hijas del mismo; ordenacion bien extraña. Así ruedan, y muchas veces por voluntad de los reyes se mudan y truecan los derechos de reinar y de la sucesion real.

CAPITULO XIX.

De doña Leonor, reina de Navarra.

Por la muerte del rey de Aragon, como era necesario y como él lo dejó proveido en su testamento, se dividieron sus estados: lo de Aragon quedó por el rey don Fernando; la princesa doña Leonor por parte de su madre heredó el reino de Navarra. Estaba viuda de siete años antes, y por el mismo caso sujeta á continuas y muy grandes desgracias. Aquella gente andaba como furiosa, dividida en sus antiguas parcialidades, que parece era castigo y pena de la muerte impía dada á don Nicolás, obispo de Pamplona, y no castigada como fuera justo. Llevaban lo mejor los biamonteses, contrarios á la nueva Reina. Demás de la culpa ya dicha, castigaba Dios á aquella familia y generacion destos príncipes, y congojaba sus ánimos en venganza de las injustas muertes que se dieron á don Cárlos, príncipe de Viana, y á doña Blanca, su hermana, sin dejar reposar á los culpados ni quedar alguno que no fuese castigado. El reinado de doña Leonor fué muy breve, que aun no duró mes entero. En hijos y sucesion fué mas afortunada que en su vida; tuvo cuatro hijos: Gaston, el mayor, Juan, Pedro, Jacobo; cinco hijas, María, Juana, Margarita, Catarina y Leonor; de todos y en particular de cada uno se dirá alguna cosa, como príncipes de quien se deducen los linajes de muchas y grandes casas. Gaston murió, como queda dicho; dejó dos hijos, que fueron Francisco Febo y Catarina, reyes el uno en pos del otro de Navarra. Juan fué señor de Narbona, ciudad que su padre compró con dineros; tuvo por hijos á Gaston y á doña Germana; Gaston murió en la de Rávena, en que era general por el rey Luis XII de Francia; doña Germana casó con el rey don Fernando el Católico, viudo de su primer matrimonio. Pedro se dió á las letras y á los ejercicios de la piedad, y el pontífice Sixto le hizo cardenal. Jacobo se ejercitó con grande ánimo en la guerra sin casarse en toda la vida, bien que tuvo algunos hijos fuera de matrimonio, ni muy señalados, ni tampoco de poca cuenta. María, la hija mayor, casó con Guillermo, marqués de Monferrat. Juana con el conde de Armeñac, llamado Juan. Con Francisco, duque de Bretaña, casó Margarita, y deste matrimonio quedaron dos hijas, llamadas Ana y Isabel. Ana, como heredera de su padre, juntó aquel estado con la casa de Francia, porque casó con Cárlos VIII, y muerto este, con Luis XII, reyes que fueron de Francia. Catarina, cuarta hija de doña Leonor, casó con Gaston de Fox, conde de Candalla; parió dos hijos y una hija, que se llamó Ana, y casó con el rey Ladislao de Hungría. Leonor, la menor de las hijas desta nueva Reina, falleció doncella en edad de casar. La cepa de toda esta generacion, que fué esta reina doña Leonor, por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos y el corazon aquejado con las penas, falleció á 12 de febrero en Tudela, do comenzó á reinar. Mandó en su testamento que en Tafalla de su hacienda se edificase una iglesia de franciscos, y que allí fuese enterrado su cuerpo y trasladados los huesos de la reina doña Blanca, su madre, que depositaron los años pasados en la iglesia de nuestra Señora de Nieva, pueblo en Castilla la Vieja no léjos de Segovia. Fué tanta su pobreza por estar consumidas las rentas reales á causa de los alborotos y parcialidades, que por falta de dineros era forzada para sustentar su casa á vender las joyas de su persona. Sucedióle en el reino su nieto Francisco en edad de solos once años; por su extremada hermosura le llamaron Febo por sobrenombre. Encargáronse del gobierno hasta tanto que fuese de edad conveniente madama Madalena, su madre, y el cardenal su tio, llamado Pedro; cargo que ejercitaron prudentemente segun los tiempos tan estragados. Tuvo la Reina difunta poca ayuda en sus trabajos del rey de Castilla, su hermano; por esto no le nombró en su testamento; antes por su mandado y por ser ellos de nacion franceses comenzaron los gobernadores á inclinarse á la parte de Francia; cosa muy perjudicial para ellos, y ocasion que en breve perdiesen aquel su antiguo reino. Esto era lo que se hacia en Navarra. En Castilla andaban algunas opiniones nuevas en materia de religion. Fué así, que Pedro, oxomense, lector que era de teología en Salamanca, hombre de ingenio atrevido y malo, publicó un libro lleno de muchas mentiras, que no será necesario relatar aquí por menudo; basta saber que principalmente se enderezaba contra la majestad de la Iglesia romana y el sacramento de la confesion. Por una parte decia que el sumo Pontífice en sus decretos y determinaciones puede errar; por otra porfiaba que los sacerdotes no tenian poder para perdonar los pecados, y que la confesion no era institucion de Cristo, sino remedio inventado por los hombres, aunque provechoso, para enfrenar la maldad y la libertad de pecar. Para reprimir este atrevimiento el arzobispo de Toledo, por mandado del papa Sixto, juntó en Alcalá, donde era su ordinaria residencia, personas muy doctas, con cuya consulta condenó aquellas opiniones, y puso pena de descomunion á su autor, si no las dejaba y retrataba. Pronunciósе esta sentencia á 24 de mayo, y poco despues el pontífice Sixto la confirmó en una bula suya. Escribió contra el dicho Pedro un libro asaz grande Juan Prejano, teólogo señalado en aquella edad, y adelante obispo de Ciudad-Rodrigo;

su estilo es grosero conforme al tiempo; el ingenio agudo y escolástico. Hacíase la guerra sobre el estado de Villena, ca el Marqués porque no cumplian con él acudió á las armas, y en sazon que la gente del Rey se puso sobre Chinchilla, el marqués de Villena vino á darle socorro, y con su venida forzó á los contrarios á alzar el cerco. Demás desto de los dos capitanes principales que hacian la guerra por el Rey, Pero Ruiz de Alarcon fué desbaratado cerca de Alverca por Pedro de Baeza, y don Jorge Manrique en una nueva refriega que tuvo con el mismo Pedro de Baeza cerca de Cañavete salió herido, de que poco despues murió; gran lástima que tal ingenio faltase en lo mejor de su edad. El marqués de Villena quedaba por el mismo caso cargado de haber tomado las armas contra la gente del Rey. El se excusaba con las insolencias de aquellos capitanes que le forzaron á defenderse. Alegaba otrosí que no tenia otros nuevos tratos ni con el rey de Portugal ni con el arzobispo de Toledo. Estas excusas, sea verdaderas, sea aparentes, últimamente le valieron para que no fuese mas maltratado ni se procediese con mas aspereza contra él. Sucedió en esta guerra un caso extraordinario y digno que se sepa. Los del Rey hicieron ahorcar á seis de los muchos prisioneros que tenian. En venganza desto, Juan Berrio, capitan por el Marqués, mandó que se hiciese otro tanto con los cautivos que tomara de los contrarios. Echaron suerte entre todos para se ejecutar. Tenian presos dos hermanos, el uno que tenia mujer y hijos, el otro mancebo, cuyos nombres no se saben, el caso es muy cierto. Cupo la triste suerte al casado, y ejecutárase sino fuera por la instancia del otro hermano, que se ofreció en su lugar para ser puesto en el palo, como al fin se hizo despues de muchas lágrimas y porfía que hobo entre los dos, con grande lástima de todos los que se hallaron presentes á un tan triste y tan cruel espectáculo.

CAPITULO XX.

De las paces que se hicieron entre Castilla y Portugal.

A los reyes don Fernando y doña Isabel vino nueva de la muerte del rey don Juan y de la herencia que por el mismo caso les venia de la corona de Aragon en sazon que en Extremadura se ocupaban en apaciguar los alborotos que en aquella tierra causaban la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco y el clavero de Alcántara don Alonso de Monroy. La Condesa era de ánimo mas que de mujer, pues tuvo preso algunos años á su mismo hijo don Juan Portocarrero, y por remate le echó de su casa, que fué la causa para tomar las armas, ca temia no la forzasen por justicia á restituir á su hijo aquel condado como herencia de su padre, sobre lo cual tenia puesta demanda. Pretendia otrosí no le quitasen la ciudad de Mérida, en que tenia puesta guarnicion de soldados. El Clavero sentia mucho que le hobiesen injustamente, como él se quejaba, quitado el maestrazgo de su órden por dársele á don Juan de Zúñiga. Con este color se apoderaba con las armas de muchos lugares de aquella órden. Demás desto, trataban los reyes de apercebirse para la guerra de Portugal, que se temia seria mas brava que antes. Pero como quier que todos se hallasen cansados y entendiesen cuán miserable cosa sea la guerra civil, que hace á los hombres furiosos, y al vencedor, por gratificar á los que le ayudan, pone en necesidad de hacer muchos desaguisados contra su voluntad, acordaron de mover tratos de paz; de que tanto mayor deseo tenian los portugueses, que junto al Albufera, dos leguas de Mérida, quedaron rotos en una batalla señalada que les dió el maestre de Santiago á los 24 de febrero. El destrozo fué tan grande, que pocos pudieron salvarse en Mérida, que, como se ha dicho, se tenia por la condesa de Medellin. En esta batalla el Maestre se mostró muy prudente y esforzado; con él otros capitanes, entre los demás Diego de Vera, que mató al alférez real y le tomó el estandarte. El premio al Maestre quitalle la pension de tres cuentos que le pusieron cuando los reyes le dieron el maestrazgo; á Diego de Vera y á otros capitanes diferentes mercedes. Con esta ocasion doña Beatriz, tia que era de la reina doña Isabel de parte de madre, y duquesa de Viseo, viuda y tambien suegra de don Juan, príncipe de Portugal, señora por todo esto de grande autoridad y prudencia no menor, tomó la mano para concertar estas diferencias entre Portugal y Castilla. Era cosa muy larga para el rey don Fernando esperar el remate en que estas prácticas paraban, por el deseo que tenia de ir á tomar posesion del reino de su padre, en que resultaban novedades en tanto grado, que para enfrenar el orgullo de los navarros, que en aquel reino se habian apoderado de algunos castillos mal apercebidos, y no dejaban de hacer robos y cabalgadas en la tierra, los aragoneses convocaron Cortes sin dar al nuevo Rey dello parte; resolucion que, si bien no se tiene por ilícita conforme á los fueros de Aragon, era muy pesada, y convenia atajalla. Todo esto le puso en necesidad de remitir á la Reina el cuidado de tratar y concluir las paces con su tia. Para este efecto se acordó entre las dos habla en la villa de Alcántara. Esto concertado, él se fué á Guadalupe para de camino visitar aquella santa casa y hacer en ella sus votos y plegarias. Desde allí por Santolalla, villa no léjos de Toledo, y por Hariza y Calatayud entró en Aragon. En Zaragoza hizo su entrada á 28 de junio con toda solemnidad y grande aplauso de la ciudad y concurso del pueblo, que le salió al encuentro. Iba á su lado Luis Naia, el principal y cabeza de los jurados. El Rey, quitado el luto, á caballo debajo de un palio, vestido de brocado y con un sombrero muy rico. El pueblo á voces pedia á Dios fuese su reinado dichoso y de muchos años. Ocupóse en aquella ciudad en hacer justicia y dar grata audiencia á todos los que se tenian por agraviados. Poco despues pasó á Barcelona. Allí trató de recobrar lo de Ruisellon y de Cerdania, si bien por entonces no tuvo efecto; no estaba aun el negocio sazonado, dado que no andaba muy léjos de madurarse; solo por entonces se nombraron los cuatro jueces para concertar todas las diferencias que resultaban entre el rey de Francia y el de Aragon, conforme al acuerdo que en Bayona se tomó. De Barcelona dió el Rey vuelta á Valencia; allí fué recebido con las mismas muestras de alegría que en los otros estados. En aquella ciudad atendió á sosegar ciertos alborotos nuevos que se levantaron á causa que don Jimeno de Urrea, vizconde

de Biota, con mano armada al improviso prendió á don Jaime de Pallas, vizconde de Chelva, y con él á su mujer. El achaque era que le pertenecian á él los pueblos de Chelva y de Manzanera que su contrario poseia. El que pudiera seguir su justicia, por acudir á las armas y usar de fuerza perdió su pretension, como era justo. Lo primero por mandado del Rey dejaron las armas. Despues á cabo de tres años que duró el pleito, los jueces, movidos por el atrevimiento de don Jimeno, dieron contra él la sentencia y adjudicaron aquellos pueblos á su contrario don Jaime de Pallas. En el mismo tiempo la reina doña Isabel y doña Beatriz, su tia, se juntaron en Alcántara. Gastáronse dias en demandas y respuestas. Por conclusion, pusieron por escrito estas capitulaciones: que el rey de Portugal no se intitulase rey de Castilla ni trajese en sus escudos las armas de aquel reino; lo mismo hiciese el rey don Fernando en lo tocante al reino de Portugal; que la pretensa princesa doña Juana casase con el príncipe don Juan, hijo del rey don Fernando, luego que él tuviese edad bastante; que si el Príncipe, llegado á los años de discrecion, no viniese en aquel casamiento, pagasen en tal caso sus padres á doña Juana cien mil ducados; que todavía ella tuviese libertad, si le pareciese mucha la tardanza y no quisiese aguardar, de meterse monja: item, que con don Alonso, nieto del rey de Portugal y su heredero, casase doña Isabel, hija de los reyes de Castilla; á los nobles de Castilla no se les diese acogida en Portugal, por ser ocasion de revueltas y alteraciones; de la navegacion y descubrimiento y conquista de las riberas de Africa á la parte del mar Océano, acordaron quedase para siempre por los reyes de Portugal, sin que nadie les pusiese en ello impedimento; últimamente, para seguridad que todas estas capitulaciones se cumplirian, la misma doña Juana y doña Isabel, hija del rey don Fernando, y don Alonso, nieto del rey de Portugal, fuesen puestos como en rehenes para que la duquesa misma doña Beatriz los tuviese en su poder en el castillo de Mora; demás desto, el rey de Portugal á la raya de Castilla diese en prendas de que guardaria lo concertado otros cuatro castillos. Desta manera se dejaron las armas y cesó la guerra, que duró tanto tiempo en gran daño de las dos naciones, mayor de la portuguesa. Los regocijos y procesiones que por estas paces el mes de octubre se hicieron en toda España fueron extraordinarios. La una nacion y la otra, que antes se hallaban temerosas y cuidadosas del suceso y remate de aquella guerra, trocaban el temor en alegría y concebian en sus ánimos mejor esperanza para adelante. Todos alababan mucho la prudencia y valor de la duquesa de Viseo doña Beatriz. El mismo rey don Fernando desde Valencia, do le tomó esta alegre nueva, acudió á Toledo al fin deste año. Doña Isabel, su mujer, reina mas esclarecida que antes y de mayor crédito por las paces que hizo tan á ventaja suya, le aguardaba en aquella ciudad. Allí se dobló aquella alegría á causa que la reina doña Isabel parió, á 6 de noviembre, una hija, que se llamó doña Juana, la cual tenia determinado el cielo heredase finalmente los reinos de sus padres y de sus abuelos. Poco despues desto la pretensa princesa doña Juana, vista la burla que della se hizo, bien que con muestra de querella honrar, se metió monja en Santa Clara de Coimbra; manera de vida que, si bien la tomó forzada de la necesidad, perseveró en ella muchos años en mucha virtud hasta lo postrero de su vida, enfadada de la inconstancia y variedad de las cosas que por ella pasaron. Sin embargo, los infantes doña Isabel y don Alonso, segun que dejaron acordado, fueron entregados á doña Beatriz para seguridad que las demás condiciones se cumplirian. Juntamente la condesa de Medellin y el clavero de Alcántara de su voluntad se redujeron á mejor partido. Lo mismo hicieron otros nobles de Castilla, que eran la principal fuerza del partido de Portugal. El marqués de Villena otrosí, mudadas algunas condiciones de las que antes le ofrecieran, volvió otra vez en la gracia de los reyes, que fué por principio del año 1480. En virtud del nuevo asiento, el Marqués se quedó con los estados de Escalona y Belmonte. Villena y Almansa con las demás villas de aquel estado quedaron por los reyes. Pasó por esto el Marqués por entender fuera poco acierto trabajar en lo que no podia alcanzar y por pretender recobrar lo perdido poner á riesgo lo que le quedaba. Desta manera se enflaquecieron las fuerzas y poder del de Villena; por el mismo caso la concordia tuvo mas seguridad. Renato, duque de Anjou, príncipe señalado, así por sus adversidades como por su larga vida, falleció en Francia por el mes de enero. Hasta el fin de su vida se intituló rey de Aragon, de Sicilia y de Jerusalem, apellidos de solo título, vanos y sin fruto alguno ni esperanza de recobrallos. Nombró por su heredero universal en su testamento á Cárlos, su sobrino, hijo de Cárlos, su hermano. A Renato, duque de Lorena, nieto suyo de parte de madre, dejó el ducado de Bari, estado principal que él mismo poseia en Francia.

CAPITULO XXI.

Que el rey de Portugal falleció.

Tuviéronse en Toledo Cortes generales de Castilla; concurrieron á ellas muchas gentes; los votos fueron libres y muchas las quejas. Los pueblos pretendian que los nobles robaban las haciendas de los pobres, y que su avaricia tenia los tesoros reales consumidos, las rentas públicas enajenadas, de que resultaba necesidad de intentar cada dia nuevas imposiciones en grave perjuicio de los que las pagaban. Tratóse de remedio, nombráronse jueces, que oidas las partes, pronunciaron que las donaciones hechas imprudentemente por el rey don Enrique, ó ganadas como por fuerza por la revuelta de los tiempos, no fuesen válidas. El atrevimiento de los nobles y sus demasías con todo esto no se podian refrenar ni hacer que los magistrados y leyes tuviesen autoridad, por estar todo muy estragado. Solamente por el mes de mayo todos los tres brazos juraron á don Juan, hijo de los reyes, por príncipe y heredero de sus padres y de sus estados para despues de sus dias, todo á propósito de ganar mas autoridad y asegurar mas el reino. Parecia que con aquel nuevo vínculo del juramento sosegarian las voluntades dudosas de los naturales en su servicio. Desta manera asentadas las cosas de Castilla la Nueva, pasaron los reyes á Medina del Campo y á Va-

lladolid; hiciéronse en aquellas partes algunos castigos señalados de personas nobles por delitos que cometieron, con que otros quedaron escarmentados. Los gallegos por ser gente feroz todavía no sosegaban; antes las ciudades de Lugo, Orense, Mondoñedo y tambien Bivero y la Coruña no querian obedecer ni allanarse á los reyes. Despacharon á Hernando de Acuña y un jurista, llamado García de Chinchilla, para quietar aquellos movimientos. Estos con una junta que hicieron de aquella gente en Santiago y con justiciar al mariscal Pedro Pardo y otros hidalgos revoltosos pusieron en todos grande espanto. Desta manera la autoridad de los reyes quedó en aquella provincia en su punto, y las leyes y magistrados despues de mucho tiempo cobraron las fuerzas que antiguamente tenian, sin embargo que el rey don Fernando se hallaba ausente y era ido á Cataluña, que es lo postrero de España, con esta ocasion. El gran turco Mahomete, soberbio por las muchas victorias que ganara, combatia la isla de Rodas, que era un fortísimo baluarte por aquella parte de todo el imperio de los cristianos. Teníala cercada por mar y por tierra; gastó en esto en balde tres meses á causa que aquellos caballeros se defendieron valerosamente y que el rey de Nápoles les envió dos naves cargadas de municiones, vituallas y soldados. Con este socorro los turcos, perdida la esperanza de salir con la empresa, alzado el cerco, parte dellos por mar se fueron á la Bellona, ciudad de Macedonia, puesta sobre el golfo de Venecia, en frente de la Pulla, provincia del reino de Nápoles. Con esta armada el Basa, llamado Acomates, pasó en Italia y tomó por fuerza la ciudad de Otranto á 13 de agosto. El estrago fué grande; no perdonaron aquellos bárbaros á ninguna persona, fuese soldado ó de otra calidad. Desde allí hacian correrías por toda la Pulla, y todo lo ponian á fuego y á sangre. Lo demás de Italia por el mismo caso estaba con gran miedo, y aun las naciones extrañas no se aseguraban. Este recelo movió á los reyes cristianos á juntar sus fuerzas para acudir á apagar aquel fuego. En particular el rey don Fernando envió á Gonzalo Beteta por su embajador al papa Sixto, que á la sazon parecia estar algo desabrido y desgustado con el Rey, de que se vieron muchas muestras; y de nuevo se confirmó esta sospecha, á causa que sin dar al Rey parte nombró al arzobispo de Toledo, sin embargo de su condicion, por su legado en España. El comun peligro que todos corrian, pudo mas que los particulares desgustos para que tratasen de poner remedio en aquel daño. Con este intento de nuevo envió otrosí á don Juan Melguerite, obispo de Girona, desde Barcelona, por el mes de febrero del año 1481, á los príncipes de Italia para hacer liga con ellos. Junto con esto, el Rey en Barcelona para acudir con sus fuerzas hizo juntar una armada de treinta y cinco bajeles entre mayores y menores; lo mismo hizo el rey de Portugal, que armó para este efecto veinte naves. Iban estos socorros muy despacio. Así don Alonso, duque de Calabria, con las fuerzas de Italia que juntó, aunque con dificultad, en fin apretó á aquellos bárbaros con un cerco que puso á aquella ciudad. Pudiera durar mucho tiempo la guerra y el cerco y tener grandes dificultades, si no sobreviniera nueva de la muerte del gran turco Mahomete, que falleció en Nicomedia de Bitinia á 3 de mayo. Los turcos con este aviso el quinto mes despues que el cerco se puso rindieron la ciudad á partido que los dejasen ir libres. Quedóse el duque de Calabria con parte de aquella gente, que serian hasta mil y quinientos turcos, para ayudarse dellos contra florentines. Decíase comunmente que se les empleaba bien este daño, por ser ellos los que hicieron venir aquella gente á Italia. Si bien muchos sospechaban era invencion de don Alonso á propósito de cargar á sus enemigos el odio que contra él de entretener esta gente resultaba. Por la muerte de Mahomete se levantaron en Constantinopla grandes alteraciones; unos querian por emperador á Bayazete, hijo mayor del difunto; otros á Gemes, su hermano, con color que su padre le hobo ya que era emperador. Llegó el negocio á las armas y á las manos. Bayazete venció á su hermano junto á Prusia, ciudad de Bitinia, y le forzó á huirse, primero á Egipto, y despues á Rodas. Los caballeros de Rodas, recebido que le hobieron y tratado muy bien, entre muchos príncipes que le pidieron, le enviaron como en presente al rey de Francia. Los socorros de Aragon y de Portugal fueron de poco efecto á causa que nuestras armadas llegaron á aquellas riberas despues que Otranto se rindió. Desta tardanza, demás de caer aquellas partes tan léjos de España, fueron ocasion otras ocupaciones en que aquellos dos reyes se hallaban embarazados; el rey don Fernando en las Cortes de Aragon que se tenían en Calatayud, adonde la reina doña Isabel por mandado de su marido trajo á su hijo el príncipe don Juan. Quedó encomendado el gobierno de Castilla al almirante don Alonso Enriquez y al condestable Pero Hernandez de Velasco. Lo que pretendian los reyes era que los aragoneses le jurasen por príncipe y heredero de aquel reino, como lo hicieron á 29 de mayo; lo mismo se hizo poco despues en Barcelona por lo que tocaba al principado de Cataluña. Demás desta ocupacion, un nuevo cuidado sobrevino al rey don Fernando de parte del reino de Navarra. Fué así, que dos tios del nuevo Rey, es á saber, el cardenal Pedro y Jacobo, su hermano, vinieron á Zaragoza. Allí, habida audiencia, en una larga plática que tuvieron pusieron delante los ojos al Rey las miserias de aquella nacion; que los alborotados estaban apoderados de las ciudades y pueblos, los biamonteses de Pamplona, los contrarios de Estella, Sangüesa y Olite; que al rey de Navarra no le quedaba mas que el nombre, sin autoridad ni fuerzas. Para movelle á compasion de aquellos daños alegaban el deudo muy estrecho y la flaqueza de aquel Príncipe mozo. Quejáronse de don Luis, conde de Lerín, que como hombre que era bullicioso y atrevido, no cesaba de hacer muertes, quemas y robos en sus contrarios, y por engaño diera la muerte á Pedro de Navarra y á Filipe, su hijo, mariscales de Navarra. Que por la muerte del condestable Pedro de Peralta se apoderó por fuerza de aquel oficio, y con él hacia mayores desaguisados. Por tanto, le suplicaban acorriese á aquel reino miserable y le librase de la boca de aquella codicia y furia infernal. Que Troilo Carrillo, yerno de Pedro de Peralta, y heredero de su casa por via de su mujer, no tenia bastantes fuerzas para resistir al atrevimiento de su contrario

el conde de Lerin, que solo en comun y en particular podia mas que todo el resto. Oyó esta embajada el rey don Fernando, prometió tendria cuidado de las cosas del rey Francisco, y para muestra desta su voluntad envió con estos príncipes personas á propósito para que de su parte avisasen á los alborotados que se templasen y prestasen el vasallaje debido á su Rey. Hízose en Tafalla una junta y Cortes de aquel reino. Los embajadores representaron á los presentes lo que les fué mandado; respondieron los navarros que si el Rey no habia tenido libre entrada en el reino, no era por culpa de todos, sino de algunos pocos que alteraban el reino; que si él viniese, los pueblos no faltarian en ninguna cosa de las que deben hacer buenos vasallos. Esta respuesta dió contento, y así se trató con el rey don Fernando que el rey Francisco viniese á Pamplona. Pareció debia venir guarnecido de soldados para que en aquella revuelta de tiempos alguno no se le atreviese. Esto se trataba en los mismos dias que al rey de Portugal sobrevino la muerte en Sintra; á 28 de agosto falleció en el mismo aposento en que nació. Su cuerpo llevaron á Aljubarrota. Sucedióle en su reino y estado su hijo don Juan, segundo deste nombre; por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hazañas tuvo renombre de Grande. Este Príncipe por toda su vida tuvo grande enemiga con los reyes de Castilla, como tambien su padre; el padre procedió mas al descubierto y á la llana; el hijo mas astutamente, y por tanto con mayor rabia descargó la saña sobre algunos señores de su reino, que sospechaba favorecian el partido de Castilla, como luego se dirá. Por lo demás en la clemencia, piedad, severidad contra los malhechores, en agudeza de ingenio, presta y tenaz memoria igualó á los demás reyes de su tiempo y aun se aventajó á muchos dellos. Suya fué aquella sentencia: «El reino ó halla á los príncipes prudentes, ó los hace»; por el perpetuo trato que tienen con hombres de grandes ingenios, aventajados en todo género de saber, cuales son muchos de los que andan en los palacios reales, además que los que tratan con los príncipes usan de palabras muy estudiadas á propósito de salir con lo que pretenden y dar muestra de lo que saben.

CAPITULO XXII.

De la muerte de tres príncipes.

En tres años continuos fallecieron contínuadamente otros tantos príncipes. En Marsella al fin deste año falleció Cárlos, duque de Anjou; dejó por su heredero al rey de Francia. ¿Cuántos torbellinos y tempestades se levantaran contra Italia por esta causa? Por la muerte deste Príncipe al cierto se juntaron con el reino de Francia dos estados muy principales, el de Anjou y el de la Provenza, sin otras pretensiones que turbaron el mundo. El año luego siguiente de 1482, á 1.° de julio, falleció don Alonso Carrillo y de Acuña, arzobispo de Toledo, bien que de larga edad, siempre de ingenio muy despierto y á propósito, no solo para el gobierno, sino para las cosas de la guerra. Retiróse los años postreros forzado de la necesidad y por desabrimiento mas que de su propia voluntad. Sepultáronle en la capilla mayor de la iglesia de San Francisco, monasterio que él mismo á su costa edificó en Alcalá de Henáres, donde pasó lo postrero de su edad en mejores ejercicios. Erigió otrosí la iglesia de Sant Juste, parroquial de aquella villa, en colegial, siete dignidades, doce canónigos, siete racioneros. Fué muy dado al alquimia y murió pobre. Todavía se dice dejó cantidad de dinero llegado para reparar la escuela de Alcalá, de que se ayudó despues el cardenal fray Francisco Jimenez para lo mucho que allí hizo los años adelante. A mano izquierda del sepulcro del Arzobispo sepultaron asimismo el cuerpo de Troilo, su hijo; mas el cardenal don fray Francisco Jimenez, por ser cosa fea que hobiese memoria tan pública de la incontinencia de aquel Prelado, hizo que el dicho sepulcro se quitase de allí y le pasasen al capítulo de los frailes. Deste Troilo y de su hijo don Alonso, que fué condestable de Navarra, descienden los marqueses de Falces, señores conocidos en aquel reino; su apellido de Peralta. Sucedió en la iglesia de Toledo y en aquel arzobispado el cardenal de España, gran competidor de don Alonso Carrillo, y que acompañó á los reyes en el viaje de Aragon. Sus padres, Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, y doña Catalina de Figueroa. Sus hermanos Diego Hurtado de Mendoza, primer duque del Infantado, Lorenzo y Iñigo, condes, el primero de Coruña, el otro de Tendilla, y otros. Fué este Prelado gran personaje, no mas por la nobleza de sus antepasados que por sus grandes partes y virtudes. Con aquella dignidad le quisieron pagar sus servicios y voluntad que siempre tuvo de ayudar al público. A don Iñigo Manrique, obispo de Jaen, trasladaron en lugar del Cardenal al arzobispado de Sevilla. En Navarra despues de una nueva alegría se siguió un trabajo y revés muy grande; que así se aguan los contentos y se destemplan. El rey Francisco desde Francia, ca se entretuvo allí por las revueltas grandes y largas de Navarra, últimamente, como tenian concertado, en compañía de su madre y de sus tios y de muchos nobles que de Francia y de Navarra le acompañaban, llegó á Pamplona. Recibiéronle los naturales con grande aplauso y solemnidad, y en la iglesia mayor de aquella ciudad se coronó por rey y se alzaron los pendones reales por él á 3 dias de noviembre. Estaba en la flor de su edad, era de quince años, su belleza por el cabo, de muy buenas inclinaciones. Lo primero que hizo fué mandar, so pena de muerte, que ninguno se llamase de allí adelante ni biamontés ni agramontés, apellidos de bandos odiosos y perjudiciales en aquel reino. A don Luis, conde de Lerin, hizo condestable, como antes se lo llamaba, y juntamente le hizo merced de Larraga y otros pueblos. Deseaba con esto ganalle por ser hombre poderoso y granjear los de su valía; acuerdo muy avisado, vencer con beneficios á los rebeldes. Visitó el reino, castigó los malhechores, estableció y dió órden que los magistrados fuesen obedecidos. Trataban de casalle para tener sucesion. El rey don Fernando pretendia desposalle con su hija doña Juana. El de Francia era de parecer que casase con la otra doña Juana de Portugal, bien que ya era monja profesa. Queria por esta via con las armas de Francia recobrar en dote el reino de Castilla. A esto se inclinaba mas madama Madalena, madre deste Rey, mujer ambiciosa y inclinada á las cosas de Francia. Por esto y

por recelo de alguna fuerza ó engaño persuadió á su hijo que pasase los montes, do tenia grande estado. Apenas era llegado, cuando en la ciudad de Pau ó de San Pablo, en Bearne, á 30 de enero, año de nuestra salvacion de 1483 le sobrevino una dolencia y della la muerte envidiosa, triste y fuera de sazon. Desta manera cayó por tierra la flor de aquella mocedad, como derribada con un torbellino de vientos, al tiempo que se comenzaba á abrir y mostrar al mundo su hermosura. Su cuerpo enterraron en Lescar, ciudad asimismo de Bearne. Sucedióle en el reino su hermana Catarina, como era razon. Con su casamiento poco adelante pasó aquel reino á los franceses, que no les duró ni dél gozaron mucho tiempo; de que resultaron forzosamente alborotos, intentos descaminados de aquella gente, y en fin, tiempos acingos, como se puede entender por heredar aquel reino una moza de poca edad, cuya madre era francesa de nacion y por el mismo caso poco aficionada á las cosas de España.

CAPITULO XXIII.

De una conjuracion que se hizo contra el rey de Portugal.

En Portugal el rey don Juan castigaba algunos de sus grandes que se conjuraron entre sí para dalle la muerte, y con la sangre de algunos se satisfacia de aquella celada que contra él tenian parada, á que el mismo Rey dió ocasion, por ser de condicion áspera, y por su rigor en hacer justicia y sobre todo por la soltura en el hablar. Esto tenia ofendido á los grandes, sobre todo los desgustaba que contra lo que antiguamente se acostumbraba, los alguaciles del Rey con el favor y alas que les daba y porque así se lo mandaba, se atrevian en sus estados contra su voluntad á prender y castigar á los malhechores. Consultaron entre sí lo que debian hacer, y por la poca esperanza que tenian de ser por bien desagraviados, se resolvieron en defender si fuese menester con las armas la libertad y privilegios que sus antepasados por sus servicios ganaron y dejaron á sus sucesores. Las principales cabezas en estos tratos eran los duques don Fernando, de Berganza, y don Diego, de Viseo, por su nobleza, que eran de sangre real, y por sus estados los mas poderosos de aquel reino. Juntábanse con ellos otros muchos, como fueron el marqués de Montemayor, el conde de Haro, los hermanos del duque de Berganza, don García de Meneses, arzobispo de Ebora, y su hermano don Fernando; item, don Lope de Alburquerque, conde de Penamacor. La ocasion con que se descubrió esta conjuracion fué esta. Hacíanse Cortes de aquel reino en la ciudad de Ebora. Ordenáronse algunas cosas muy buenas, y en particular que los señores no pudiesen libremente agraviar ni maltratar al pueblo, ni tuviesen ellos mas fuerza que las leyes y la razon. Quejábase el duque de Berganza que por este camino los desaforaban y quebrantaban los privilegios y autoridad concedidos á sus antepasados; ofrecíase á mostrar esto por escrituras bastantes, otorgadas por los reyes en favor de los duques de Berganza. Buscaba por su órden estos papeles Lope Figueredo, su contador mayor; halló á vueltas otros por donde constaba de algunos tratos que el Duque traia con el rey de Castilla, en gran perjuicio de aquel reino. Llevólos él con toda puridad y mostrólos al Rey. El, enterado de la verdad, le mandó dejar traslado y volver los originales donde los halló. Aconteció que la Reina á la primavera del año 1483 estaba en Almerin doliente de parto. Viniéronla á visitar su hermano el duque de Visco y su cuñado el duque de Berganza. Acogiólos el Rey muy bien, y regalólos con mucho cuidado. Deseaba sin rompimiento remediar el daño. Un dia, despues de oir misa, habló en secreto con el de Berganza en esta sustancia: «Duque primo, yo os juro por la misa que hemos oido y por el sagrado altar delante del cual estamos, que os trato verdad en lo que os quiero decir. Yo tengo muy averiguados los tratos que en nuestro deservicio habeis traido con el rey de Castilla, afrentosos para vos, y muy fuera de lo que yo esperaba. Apenas acabo de creer lo que sé muy cierto, que con hecho tan feo hayais amancillado vuestra casa, trocado en deslealtad los servicios pasados; ¡con cuánta pena os digo esto! Sea lo que fuere, yo estoy determinado de borrallo perpetuamente de la memoria y haceros mas crecidas mercedes y honraros mas que antes, con tal que os emendeis y querais estar de nuestra parte. Dios fué servido que yo tuviese la corona, y vos despues de mí el lugar mas preeminente en estado y autoridad y riquezas poco menos que de rey, demás del casamiento en que me igualais, pues estamos casados con dos hermanas. ¿Quién romperá tan grandes ataduras de amistad? O ¿de quién podréis esperar mayores mercedes y mas colmadas? El dolor sin falta os ha cegado; pero si en nuestro nuevo reinado usamos de alguna demasía, si nuestros jueces han hecho algun desaguisado, fuera razon que con vuestra paciencia diérades ejemplo á los otros. Yo tambien, avisado, de buena gana emendaré lo pasado; que para el bien y en pro del reino fuera justo que me ayudárades, no solo con consejo, sino con las armas, lo que os torno á encargar hagais con aquella aficion y lealtad que estáis obligado.» Alteróse el Duque con las razones del Rey. Suplicóle no diese oidos ni crédito á los malsines, gente que quiere ganar gracia con hallar en otros faltas; que no amancillaria su casa con semejante deslealtad; que las mercedes eran mayores que los agravios; nunca Dios permitiese que él hiciese maldad tan grande, cosa que ni aun por el pensamiento le pasaba. Todo lo cual afirmaba con grandes sacramentos. Con esto se puso fin á la plática. El Rey se fué á Santaren, los duques á sus estados, los ánimos en ninguna manera mudados. Entre tanto que esto pasaba, fray Hernando de Talavera, prior de Prado, monasterio que es de jerónimos junto á Valladolid, y confesor de los reyes de Castilla, por su mandado fué á Portugal para confirmar de nuevo las avenencias puestas y tratar que los infantes que pusieron en rehenes fuesen vueltos á sus padres, como se hizo; solamente mudaron en las capitulaciones de antes y concertaron que con el príncipe de Portugal don Alonso casase doña Juana, la hija menor del rey don Fernando, por ser los dos de una edad. Con esto la infanta doña Isabel por fin del mes de mayo volvió á Castilla á poder de sus padres, y el príncipe don Alonso al de

los suyos. Acompañóle el duque de Berganza para muestra de su voluntad hasta Ebora, en que la corte se hallaba. Allí fué preso, ca se tenia aviso que por medio de Pedro Jusarte de nuevo volvia á los tratos de antes que tenia con el rey don Fernando. Descubrióle Gaspar Jusarte, hermano de Pedro Jusarte, y en premio deste aviso y oficio fueron adelante ambos honrados y galardonados, en particular á Pedro se hizo merced de un pueblo, llamado Arroyuelo. Pusieron acusacion al de Berganza, y oidos sus descargos, por no parecer bastantes, le sentenciaron á muerte como quien cometió delito contra la majestad. La sentencia se ejecutó á 22 de junio, aviso para los demás que pocas veces las novedades paran en bien, antes son perjudiciales, y mas para los mismos que les dieron principio. Juntamente con el Duque justiciaron otros seis hidalgos que hallaron culpados en aquel tratado. El condestable de Portugal con otros se salieron de aquel reino, y los hermanos del duque de Berganza con presteza se ausentaron. Asimismo la duquesa doña Isabel, luego que le vino la triste nueva de la prision de su marido, envió á Castilla sus tres hijos, Filipe, Diego y Dionisio, por no asegurarse que les valdria su inocencia si venian á las manos del Rey sañudo y airado. Destos, don Filipe falleció en Castilla sin casarse, don Diego volvió á Portugal con perdon que adelante se le dió, don Dionisio casó en Castilla con hija heredera del conde de Lemos. Al duque de Viseo valió su poca edad; solo el Rey otro dia depues de justiciado el de Berganza le avisó y reprehendió de palabra sin pasar adelante. Ni el castigo del un duque, ni la clemencia que con el otro se usó, fueron parte para que los conjurados amainasen y desistiesen de sus intentos; antes de secreto se quejaban de tiempos tan miserables, que eran tratados como esclavos, y por estar algunos pocos apoderados de todo, no se hacia caso alguno de los demás. Que el duque de Berganza por no poder disimular con aquellas insolencias pagó con la cabeza. Lo que con él hicieron ¿quién los aseguraria que no se ejecutase con los que quedaban? «¿Hasta cuándo, señores, sufrirémos cosas tan pesadas? Si no ganamos por la mano y no prevenimos tan malos intentos, todos juntamente perecerémos. ¿Por qué no vengamos aquella muerte con matar, y con la sangre del tirano hacemos las exequias y honras de aquel Príncipe inocente y bueno?» Acordaron que se hiciese así, y que muerto el Rey, pondrian en su lugar al duque de Viseo, intento atrevido, porfía pertinaz, miserable remate. Esperaban solamente coyuntura para ejecutar lo concertado; mas antes que lo pudiesen hacer, toda la conjuracion fué descubierta por esta manera. Tenia Diego Tinoco una hermana amiga del arzobispo de Ebora. Está mujer, sabido lo que pasaba y el peligro que corria el Rey, lo descubrió á su hermano, y él al Rey en hábito de fraile francisco, con que fué á Setubal á hablalle y dalle el aviso para que fuese mas secreto. Lo mismo le avisó Vasco Coutiño, cuyo hermano, llamado Gutierre Coutiño, era cómplice en la práctica. En premio, pasado el peligro, le hizo merced del condado de Barba y de Estremoz. Salió el Rey un dia de aquella villa con intencion de visitar una iglesia muy devota que estaba allí cerca. Iban en su compañía los conjurados, alegres por parecelles que en tantos dias no habian sido descubiertos, determinados al salir el Rey de la iglesia acometelle y matalle. Quiso su ventura que su camarero, llamado Faria, le avisó á la oreja del riesgo que le amenazaba. Habló á los conjurados cortesmente, con que ellos reprimieron algun tanto su rabia. Sin embargo, como no se tuviese por seguro, se entró en otro templo, que se dice de nuestra Señora la Antigua, y está en el arrabal de aquella villa hácia el mar. Hizo esto disimuladamente por entretenerse hasta tanto que le acudiese mayor número de cortesanos; para esto de propósito alargaba la plática que tenia con Vasco Coutiño. Pesábales á los conjurados de aquella tardanza; temian que si perdian aquella ocasion, alguno de tantos como eran participantes por ventura los descubriria y querria ganar gracias á costa de los otros. Cuando esto sucedió era viérnes, 27 de agosto. El Rey, libre de aquel peligro, envió con otro achaque á llamar al duque de Viseo, que se hallaba con la Duquesa, su madre, en Palmela á la mira de en qué paraba lo que tenian los conjurados tramado. El peligro á que se ponia en obedecer á aquel mandato era grande; pero en fin se resolvió, confiado en que ninguno le habria faltado, á ir al llamado del Rey. Engañóle su pensamiento; luego que llegó y entró en el aposento del Rey, en presencia de algunos pocos que allí se hallaron, él mismo le dió de puñaladas. Díjole solamente estas palabras: «Andad, decid al duque de Berganza el fin en que ha parado la tela que dejó comenzada.» Era el duque de Viseo como de treinta años cuando acabó desta manera. Los astrólogos por el aspecto de las estrellas le tenian pronosticado que seria rey; gente vanísima, cuyas mentiras, bien que muchas y conocidas de todos, en todas las naciones han siempre corrido y correrán. Su estado todo fué luego dado á don Emanuel, su hermano, salvo que, mudado el apellido, le llamaron duque de Beja. El cielo le tenia aparejado el reino de Portugal, lo cual dió á entender y pronosticó, como decian, una esfera que traia acaso en su escudo por divisa y blason. A su ayo Diego de Silva, en premio de sus servicios, hizo él mismo adelante merced de Portalegre con título de conde. Los demás conjurados, unos fueron presos, como el arzobispo de Ebora y don Fernando, su hermano, y Gutierre Coutiño; los mas en Castilla vivieron desterrados, pobres y miserables. Por el mismo tiempo el rey Luis XI de Francia falleció en un bosque en que se entretenia junto á la ciudad de Turon, á 30 dias de agosto; dejó en su testamento mandado que lo de Ruisellon y Cerdaña se restituyese á cuyo solia ser. Sucedióle su hijo Cárlos VIII, en edad de trece años, enfermizo, de muy poca salud y mal talle. Su padre le hizo criar en Amboesa, sin dar lugar á que le hablasen ni conversasen fuera de unos pocos criados que le señaló. El retiramiento fué tal, que aun no quiso estudiase gramática. Decia que bastaba supiese en latin estas tres palabras solas: El que no sabe fingir no sabe reinar. Pero nuestro cuento ha pasado en el tiempo muy adelante; será forzoso volver á relatar las cosas de Castilla y tomar el agua de un poco mas atrás.

LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Granada.

Principio de una nueva narracion, y fin deseado de toda esta obra será la famosa guerra de Granada, la cual debajo la conducta y por mandado de los reyes don Fernando y doña Isabel se continuó por espacio de diez años, llena de varios y maravillosos trances, y en cuyo discurso se dieron batallas muy bravas. Su remate últimamente alegre y dichoso para España y para todo el orbe cristiano, pues por esta manera cayó por tierra de todo punto el reino de los moros que en aquellas partes se conservó por mas de setecientos años; grande mengua y afrenta de nuestra nacion. Llegamos á vista de tierra despues de una larga y dificultosa navegacion; queremos caladas las velas tomar puerto, y y con un nuevo aliento y fuerzas de nuestro ingenio poner fin á este trabajo. El socorro y ayuda del cielo y de los santos confiamos que, como hasta aquí, no nos faltará. El reino de Granada está puesto entre el de Murcia y el Andalucía, parte de la antigua Bética y de la provincia cartaginense. Tiene en ruedo setecientas millas, que hacen casi docientas leguas, y es mas largo que ancho. Desde Ronda hasta Huéscar se cuentan sesenta leguas por el largo; por el ancho desde Cambil hasta Almuñecar solas veinte y cinco. Sus aledaños á la parte de levante el reino de Murcia; por la parte de mediodía le baña el mar Mediterráneo; por las demás partes del poniente y del septentrion le ciñen las otras tierras de la Andalucía. Goza de cielo muy alegre y suelo muy apacible. Sus campos son muy fértiles y abundantes en todo género de frutos y esquilmos tanto como los mejores de España. La tierra doblada por la mayor parte; los mismos montes empero por las muchas aguas con que se riegan son á propósito para ser cultivados y criar toda suerte de árboles, por donde perpetuamente están verdes y muy frescos. De aquí resulta ser el aire templado en invierno y en verano, cosa muy saludable para los cuerpos, mayormente en la ciudad de Granada, cabeza del reino, una de las mas nobles, abastadas y mas grandes de toda España, de cuyo nombre toda la provincia se llama el reino de Granada, y la ciudad se llamó así de una cueva que llega hasta una aldea, llamada Alfahar, en que hay fama que antiguamente los naturales se ejercitaban en el arte de nigromancia. Gar en lengua arábiga es lo mismo que cueva, y cierto número de soldados que vinieron en compañía de Tarif á la conquista de España, naturales de una ciudad de la Suria, llamada Nata, acabada aquella guerra desgraciada, hicieron su asiento en aquella parte. De Gar y de Nata se forjó el nombre de Granada, como lo sienten y dicen personas de prudencia y erudicion; otros traen otras etimologías deste nombre, en que no hay para qué gastar tiempo ni ser pesados con referir diversas opiniones y derivaciones de vocablos, mayormente inciertas. Averíguase al cierto que en aquel reino á la sazon que se comenzó esta guerra y cuando últimamente quedaron vencidos los moros y sujetos, se contaban catorce ciudades y noventa y siete villas. Las mas principales ciudades, fuera de la ya dicha, eran Almería, Málaga y Guadix; Plinio la llamó Acci. Todas tres tienen iglesias catedrales y buen número de ciudadanos. Muchas causas se ofrecian para emprender esta guerra; el odio comun contra aquella gente, la diversidad en la religion y haberse fundado aquel reino en España á siurazon y conservado por largo tiempo con vergüenza y afrenta de los cristianos, muchos y grandes agravios de la una y de la otra parte como suele acontecer entre reinos comarcanos. La flaqueza de nuestros reyes fué causa que las reliquias de aquella gente, aunque reducidas á un rincon de España, se conservaron tanto tiempo por estar dividida España en muchos principados, poco unidos entre sí á propósito de destruir los enemigos de cristianos. Es así de ordinario, que tanto sentimos los daños públicos, y no mas, cuanto se mezclan con nuestros particulares. El amor de la religion poco mueve cuando punza el deseo de vengar otras injurias ó la codicia de acrecentar el estado. Si alguna vez, como era justo, se concertaban para destruir los moros, impedian las fuerzas de Africa, que cae cerca, de do tenian cierta esperanza de socorros; además que muchas veces innumerables gentes, pasado el mar, á manera de rio arrebatado se derramaron y rompieron por España con espanto de todos los cristianos. Esta fué la causa que el imperio de aquella gente, que ellos fundaron en menos de tres años, se conservó tanto tiempo. Así fué la voluntad de Dios, que castigó con este daño los pecados de nuestra nacion. Quien tiene el cielo ofendido ¿qué maravilla que su trabajo é intentos salgan vanos? Y al contrario, todo sucede prósperamente cuando tenemos á Dios y á los santos aplacados. Así se vió en este tiempo. Ordenado que se hobo el santo oficio de la Inquisicion en España y luego que los magistrados cobraron la debida fuerza y autoridad, sin la cual á la sazon estaban para castigar los insultos, robos y muertes, al momento resplandeció una nueva luz, y con el favor divino las fuerzas de nuestra nacion fueron bastantes para desarraigar y abatir el poder de los moros. Estas eran las causas antiguas que justificaron esta guerra, á las cuales se añadió una nueva insolencia. Esto fué que la villa de Zahara, asentada entre Ronda y Medina Sidonia, pueblo bien fuerte, estaba en poder de cristianos desde que el infante don Fernando, abuelo del rey don Fernando, la ganó de los moros, como arriba queda declarado. Hernando de Saavedra, que

tenia cuidado de aquella plaza, por no recelarse de cosa semejante, no se hallaba bastantemente apercebido de soldados, almacen y vituallas; falta de proveedores, aprovechamiento de capitanes acarrean estos daños. Vino este descuido á noticia del rey moro Albohacen: acudió con gente de los suyos, y de noche al improviso escaló aquel pueblo á 27 de diciembre, principio del año 1481; ayudábale la noche, que era muy tempestuosa de lluvias y vientos. Los moradores, atemorizados sin saber á qué parte acudir, fueron muertos todos los que se atrevieron á hacer resistencia con las armas; los demás á manera de ganado los llevaron delante los vencedores á Granada sin tener compasion á viejos, niños ni mujeres, de cualquier estado y calidad que fuesen. El pueblo quedó por los moros, y ellos le fortificaron muy bien. A los nuestros pareció que este daño era grande, y tal la afrenta, que no se debia disimular. Algunos asimismo se alegraban por verse puestos en necesidad de vengar las injurias pasadas y la presente y destruir aquella gente malvada. Los reyes don Fernando y doña Isabel desde Medina del Campo, do tuvieron aviso de lo que pasaba, mandaron á los que tenian cargo de las fronteras y á las ciudades comarcanas que se apercibiesen para la guerra y que no aflojasen en el cuidado y vigilancia. Que el daño recebido les debia hacer mas recatados, y avisar que los moros en ninguna cosa guardan la fe y la palabra. Verdad es que ellos se excusaban con la costumbre que tenian durante el tiempo de las treguas, de hacer los unos y los otros cabalgadas y correrías, y aun se tomaban lugares con tal que la batería no pasase de tres dias y que no asentasen ni fortificasen cerca del pueblo que batian sus reales. Desta misma licencia y color se aprovecharon los moros al principio del año siguiente 1482 para acometer á Castellar y á Olbera, mas no los pudieron tomar. Los nuestros, movidos destos daños tan ordinarios, se determinaron á vengallos. Juntaron en Sevilla buen número de gente y todo lo al que era necesario. Consultaban entre sí por qué parte seria bueno hacer entrada en tierra de moros, cuando les vino aviso que la villa de Alhama tenia pequeña guarnicion y flaca, y las centinelas poco cuidado; que seria á propósito acometer á tomalla. Diego de Merlo, asistente de Sevilla y que tenia el cargo de la guerra, trató esto con el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce. Acordaron de acudir á toda priesa de noche y por caminos extraordinarios. Llevaban dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones; llegaron en tres dias á un valle rodeado por todas partes de recuestos y collados mas altos. Allí los capitanes avisaron á los soldados que venian cansados del camino que Alhama no distaba mas que media legua, que era justo de buena gana llevasen el trabajo restante para vengarse de los moros, perpetuos enemigos de cristianos. Demás desto, les avisaron de la presa y saco. Trecientos escogidos y plíticos entre todos los soldados se adelantaron. Estos, llegado que hubieron muy de noche, como vieron que nadie se rebullia en el castillo, puestas sus escalas, subieron á la muralla. El primero se llamaba Juan de Ortega, y despues dél otro Juan, natural de Toledo, y Martin Galindo, todos tres soldados muy denodados y animosos. Mataron las centinelas que hallaron dormidas, y degollados algunos otros, abrieron la puerta del castillo que sale al campo, por la cual entraron los demás soldados. Los del pueblo, espantados con aquel sobresalto, acuden á las armas; hicieron reparos y palizadas para que del castillo no les pudiesen entrar el pueblo, que luego al reir del alba probaron los nuestros á ganar. No pudieron salir con su intento; antes Sancho de Avila, alcaide de Carmona, y Martin de Rojas, alcaide de Arcos, como quier que fuesen los primeros al arremeter, pagaron su osadía con las vidas. En la misma puerta del castillo cayeron muertos por los tiros, flechas, dardos y piedras que les arrojaron. El negocio no sufria tardanza. Está aquel lugar distante de Granada solamente ocho leguas; corrian peligro que toda la reputacion ganada con la toma del castillo la perdiesen si luego no se apoderaban del pueblo. La dificultad por entrambas partes era grande. Algunos pretendian que seria bien abatir y quemar el castillo, y con esto volver atrás. Los mas atrevidos y arriscados, gente acostumbrada á poner su vida á riesgo por la esperanza de la victoria y codicia de la ganancia, eran de contrario parecer, que no se alzase la mano hasta salir con la empresa; así se hizo; á un mismo tiempo acometieron á entrar por diversas partes. Algunos de fuera escalaron el muro. Acudió contra ellos la fuerza de los moros de la villa, que dió lugar á los que estaban dentro del castillo de entrar el pueblo por aquella parte. Peleóse valientemente por las calles; los fieles se aventajaban en el esfuerzo; el número de los moros era mayor; y dado que era gente flaca por la mayor parte mercaderes, y el regalo de los baños, que los hay en aquella villa muy buenos, les tenia debilitadas las fuerzas; todavía la misma desesperacion, arma muy fuerte en el peligro, los hacia muy animosos. Duró la pelea hasta la noche, cuando contra la obstinacion de los enemigos prevaleció la constancia de los nuestros. Los que se recogieron á la mezquita, que fueron muchos en número, parte degollaron, y los demás tomaron por esclavos. Desta manera la pérdida de Zahara se recompensó, y del agravio se tomó la debida satisfaccion; mas perdieron los moros que ganaron, y su insulto se rebatió con hacerles mayor daño. Estos fueron los primeros principios de aquella larga guerra y sangrienta. Sobre la toma de Alhama anda un romance en lengua vulgar, que en aquel tiempo fué muy loado, y en este en que los ingenios están mas limados no se tiene por grosero, antes por elegante y de buena tonada. Ganóse Alhama á postrero de febrero. Esta pérdida puso grande espanto en los moros, y á los fieles en grande cuidado. Los moros, por ver que los contrarios llegaron tan cerca de la ciudad de Granada, se recelaban de mayores daños, y temian no fuese venido el fin de aquel principado y reino. Congojábanles algunas señales vistas en el cielo, y un viejo adevino, luego que los moros tomaron á Zahara, refieren dijo en Granada á gritos: «Las ruinas deste pueblo ¡ojalá yo mienta! caerán sobre nuestras cabezas. El ánimo me da que el fin de nuestro señorío en España es ya llegado.» Todo esto fué causa que con mayor diligencia hiciesen gente por toda aquella provincia; el mis-

mo rey Albohacen apresuradamente acudió la vuelta de Alhama con tres mil de á caballo que llevaba y como cincuenta mil de á pié. Atemorizaba á los nuestros este ejército tan grande. Las cosas las tenian tan adelante, que no podian sin daño y mengua desistir de aquella empresa ni volver atrás. Despacharon mensajeros á todas partes á pedir y requerir les socorriesen, y en el entre tanto ni de noche ni de dia no cesaban de fortificar aquella plaza y reparar las partes de la muralla que, ó de nuevo quedaron maltratadas por la batería pasada, ó de antes eran flacas. Dióles la vida que los enemigos por la priesa no trajeron artillería ni los demás ingenios á propósito de batir. Así, toda su porfía salió en vano, ca los nuestros desde la muralla se defendian valientemente, tiraban dardos, saetas, piedras y todo lo demás que les venia á las manos. El mayor debate fué cerca del rio que por allí pasa. Los del lugar, á causa que no tenian dentro fuentes ni cisternas, eran forzados á salir al rio á proveerse de agua; los moros al contrario, pretendian sacarle de madre y echarle por otra parte con que, no sin dificultad y sangre de muchos que les hirieron y mataron, últimamente salieron. La gente del Andalucía, movida por el riesgo que los suyos corrian, acudieron al socorro; en particular desde Córdoba mil caballos y tres mil infantes debajo la conducta de don Alonso de Aguilar. Tenian los enemigos tomados los pasos y atajados los caminos; así, fueron forzados á volver atrás. La esperanza quedaba en don Enrique de Guzman, duque de Medina Sidonia, bien que flaca á causa que demás de las enemistades particulares que tenia con el marqués de Cádiz, de nuevo le irritaran con intentar cosa tan grande como era aquella sin darle parte. El amor de la patria prevaleció en su noble ánimo, y la grandeza del peligro comun hizo que se uniesen los que antes andaban discordes y desgustados. Determinó pues de ir á socorrer á los cercados. Sacó el estandarte de Sevilla, y juntóse con otros señores, en especial con don Rodrigo Giron, maestre de Calatrava, y don Diego Pacheco, marqués de Villena. Llevaban cinco mil de á caballo y como cuarenta mil infantes, que de todas partes les acudieron en gran número por el gran deseo que tenian de pelear contra los moros, enemigos de Dios. El rey don Fernando el mismo dia que tuvo aviso de la toma de Alhama y del riesgo de los nuestros, de Medina del Campo, dejado órden que la Reina fuese en pos dél, se partió para allá á grandes jornadas. Escribió á los grandes que en su ausencia no innovasen ni entrasen en tierra de moros, que era necesario llevar mayores fuerzas y mayor número de gente. El negocio le tenian tan adelante, que no podian seguir este órden, mayormente que en la tardanza corrian gran peligro los cercados por la gran falta de agua que padecian. Fué este acuerdo que tomaron saludable y acertado. Los bárbaros no esperaron á que los nuestros llegasen, antes sin venir á las manos alzaron el cerco. Los cercados, idos los enemigos, salieron á recebir á los que les venian de socorro. Saludáronse y abrazáronse con lágrimas que por la alegría les saltaban. El marqués de Cádiz fué el primero á abrazar al duque de Medina Sidonia. Dijéronse palabras muy corteses, con que se sosegaron las diferencias que por muchos años traian entre sí aquellas dos casas. Dichoso principio de que algunos pronosticaban que conforme á él seria el remate próspero y alegre de toda la guerra. Sin embargo, faltó poco para no enturbiarse aquella alegría por un debate que se levantó entre los soldados. La gente que vino de socorro, queria tener parte en los despojos que se ganaron en aquel pueblo. Decian era justo participasen del fruto de la victoria los que se pusieron á tanto riesgo para socorrer á los cercados. De las palabras llegaran á las manos, si el Duque, avisado del peligro, no amansara los ánimos de los suyos con pocas palabras que les dijo: «Quédense, dijo, soldados con los despojos aquellos á quien la fortuna los dió; nos por la honra y por la salud comun hemos trabajado. Este sea el fruto de presente, que para adelante, pues se ha de proseguir la guerra, yo os aseguro serán vuestras con vuestro esfuerzo y valor todas las riquezas de los moros y del reino de Granada.» Con estas palabras se sosegó la riña; dejaron nueva guarnicion en el pueblo de soldados, y con tanto las demás gentes volvieron atrás. No faltó el Moro á la ocasion que se le presentaba; antes volvió luego al cerco con mayor coraje que antes, ansimismo diversas bandas de moros entraron á robar por los campos comarcanos del Andalucía. La parte mas alta de Alhama por su sitio y ser la subida agria fué ocasion de descuidarse en guardalla. Los contrarios, convidados desta ocasion, una noche, á 20 de abril, al amanecer la subieron. Despertaron los cristianos, acudieron al peligro, pelearon valientemente, y cargaron sobre los contrarios con tal furia, que algunos de los bárbaros perdieron las vidas, otros por las salvar se echaron de los adarves abajo; desta manera escaparon los nuestros deste gran peligro. Los que mas se señalaron en esta refriega y rebate fueron dos ciudadanos de Sevilla, llamados el uno Pedro Pineda, y el otro Alonso Ponce.

CAPITULO II.

Cómo el rey Albohacen fué echado de Granada.

Al mismo tiempo que Alhama estaba cercada y los moros la batian con todas sus fuerzas, en Córdoba los reyes luego que llegaron comenzaron á tratar de la manera cómo se debia hacer aquella guerra. Los mas recatados eran de parecer que desamparasen á Alhama por estar rodeada de enemigos y los socorros léjos, además que de ordinario el suceso de la guerra es dudoso y sus trances variables. La Reina con ánimo varonil juzgó la debian defender. Haciasele de mal desamparar aquella plaza por ser la primera que en su tiempo se ganó de moros; ¿qué otra cosa seria hacerlo, sino dar muestra de miedo muy feo, con que los enemigos se animarian, y al contrario los nuestros perderian el brio? Este parecer prevaleció, y aun para ganar mayor reputacion acordaron de tomar una nueva empresa, y si bien en esto los pareceres tambien eran diferentes, siguieron el de Diego de Merlo, de quien el Rey hacia mucho caso, y fué poner cerco sobre Loja, ciudad muy fuerte en aquella comarca, y que no cae muy léjos de Alhama. Dióse órden que la masa del

ejército se hiciese en Ecija; juntáronse cinco mil de á caballo y ocho mil infantes, número pequeño para intento tan grande. Con parte destas gentes, ya partidos los moros, llegó el Rey á Alhama á 29 de abril; guarnecióla de nuevos soldados, y por su general á don Luis Portocarrero, señor de Palma, guerrero de fama y de cuenta en aquel tiempo. Luego despues desto, talado que hobo la vega de Granada, sin recebir daño alguno se volvió á Córdoba para dar órden en las demás cosas que eran necesarias para la guerra, mayormente que la Reina estaba cercana al parto y queria hallarse presente. Parió dos criaturas á 29 de julio, la una en tiempo, que se llamó doña María, la otra por nacer antes de tiempo no vivió. El vulgo tomó desto ocasion para hablar diversamente y hacer pronósticos sobre aquella guerra, unos de una manera, y otros de otra, como á cada cual se le antojaba. El temor que muchos tenian se aumentó por una tristeza extraordinaria que se veia en los que llevaban los estandartes reales á la iglesia mayor para que allí los bendijesen; otros se burlaban de todo esto como de cosas vanas y que suceden acaso. El dia siguiente el Rey partió para Ecija, acompañado de muchos señores; casi ninguna persona de cuenta habia que no desease ayudar en aquella empresa. Conforme á lo que tenian acordado y pretendian, fueron sobre Loja. Llegados á aquella ciudad, asentaron sus estancias, y las barrearon junto á los arrabales entre los olivares por la parte que pasa el rio Genil tan cogido y acanalado, que apenas se puede vadear, y por sus riberas, que son muy altas. El lugar era estrecho y no á propósito para extenderse la caballería, y por estar los ciudadanos apoderados de la puente con dificultad podian pasar de la otra parte del rio. Está allí cerca un ribazo ó cuesta, llamada de Albohacen, de que por ser á propósito para impedir las salidas de los enemigos y por enseñorear la ciudad, se dió cuidado al maestre de Calatrava y á los marqueses de Villena y de Cádiz que se apoderasen della y allí hiciesen sus estancias. Dentro de la ciudad tenian hasta tres mil de á caballo con un valiente capitan, llamado Alatar. Estos hicieron diversas salidas, en especial un sábado, animados con nuevas compañías que les acudian y con la esperanza que en breve serian socorridos por el mismo rey Moro que desde Granada venia con gente, divididos en dos escuadrones, acometieron el cuerpo de guardia que tenian los nuestros en aquel ribazo. Con el sobresalto las guardas dieron las espaldas; los demás que allí alojaban salieron á pelear, pero sin órden de batalla y sin dejar alguna guarnicion en los reales. Vino esto á noticia de los contrarios; así, el uno de los escuadrones casi sin poner mano á las armas se apoderó dellos, que fué ocasion de gran miedo y espanto para los que peleaban. Volvieron á la defensa de sus estancias y tornaron á pelear con grande ánimo. Apretábanlos los enemigos por frente y por las espaldas, que fué causa de perderse los nuestros. Murió en la pelea el maestre de Calatrava con dos saetas; la una le acertó debajo del brazo, cuya herida fué mortal. Su muerte causó gran compasion por ser personaje tan grande y estar en la flor de su edad, que no pasaba de veinte y cuatro años; otros muchos fueron muertos con él; los demás se salvaron por los piés. El Rey, alterado por este revés, como era justo, y entendiendo, aunque tarde, ser verdad lo que su hermano el duque de Villahermosa le tenia avisado que los reales se asentaron mal y que no tenia fuerzas bastantes para empresa tan grande, juntamente con la nueva que le vino que el campo enemigo marchaba, el dia siguiente, recogido el bagaje, volvió atrás sin parar hasta que llegó á la Peña de los Enamorados, que está de Loja distante siete leguas. Ayudó mucho para que no recibiesen grande daño que se retiraron en ordenanza. A los moros, que no cesaban de picar en la retaguardia, hizo rostro el marqués de Cádiz con los suyos. El denuedo y la carga fué tal, que por no poderla los moros sufrir, se recogieron á la ciudad. Este fué el suceso desta empresa mal trazada. No faltaron rumores de gente que publicaba que por asechanzas que su misma gente puso al rey don Fernando, le fué forzoso, dejado el cerco, retirarse; mas él en cartas que despachó á todas partes se excusaba de la retirada por el pequeño número de soldados que tenia, en especial que muchos desamparaban las banderas, con que las compañías quedaban muy flacas, por ser gente allegadiza y enviada de las comunidades y que no tiraba sueldo del Rey; cosa á que la necesidad de los tiempos y falta de dinero forzaba; por lo demás sujeta á grandes inconvenientes, como aconteció entonces. De pequeños principios suelen resultar grandes tropiezos y daños. Así, los moros, ensoberbecidos por lo que sucedió, volvieron á poner cerco sobre Alhama, no con menor resolucion que antes ni con menor coraje. El rey don Fernando, movido del peligro de los cercados acudió en persona á 14 de agosto, y con su ida les proveyó de vituallas para nueve meses, señaló otrosí para la tenencia de aquella plaza á don Luis Osorio, que si bien era electo obispo de Jaen, sabia mucho de la guerra y era persona de grande ánimo. Demás desto, para que la reputacion fuese mayor, de nuevo dió la tala á la vega de Granada, y en ella quemó y robó todos aquellos campos. Salieron de Granada seiscientos moros de á caballo para hacer resistencia. El conde de Cabra y el comendador mayor de Calatrava les hicieron rostro, mataron buen número, y forzaron á los demás á recogerse á la ciudad; grandes daños para los moros, y sobre todos el mayor y mas perjudicial la discordia y bandos que tenian entre sí; por la cual causa gran número de los ciudadanos de Granada, tomadas las armas, forzaron á Albohacen que se saliese de Granada. Achacábanle que tiranizaba la gente y que por su mal órden y locura dió causa para que se emprendiese aquella guerra tan brava. Pusieron en su lugar á su mismo hijo Mahomad Boabdil, llamado vulgarmente el rey Chiquito; otros le llaman Hali Muley Alcadurbil. Por el rey Albohacen quedaron todavía Málaga y Baza con otras ciudades. Desta manera aquella nacion se dividió en dos parcialidades, que no les daban menos trabajo, ni los tenian puestos en menor aprieto que los enemigos de fuera; estado miserable y revuelto, como se puede pensar, cuando dos se llaman reyes, y mas en una provincia pequeña. Lo que hace maravillar es que dado que andaban tan revueltos, ninguna de las partes llamó á los fieles en su socorro; antes

consta que en lo mas recio de aquella guerra civil hicieron diversas entradas y cabalgadas en tierra de cristianos, y aun tomaron la villa de Cañete, que está asentada á la frontera de aquel reino; muestra en aquella ocasion de ánimo muy grande y resolucion notable.

CAPITULO III.

De la rota que los moros dieron á los cristianos en los montes de Málaga.

Los reyes por cosas que sobrevinieron fueron forzados á desistir por un poco de tiempo de la guerra de los moros y dar la vuelta al reino de Toledo. Por su ausencia encargaron la frontera de Ecija á don Pedro Manrique, al cual poco antes, de conde de Treviño, intitularon duque de Najara; á don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, dejaron por frontero en Jaen; á don Juan de Silva, conde de Cifuentes, encomendaron el gobierno de Sevilla, por muérte de Diego de Merlo, que falleció en aquel cargo á este tiempo. Compuestas las cosas en esta forma, se fueron á Castilla; llegaron á Madrid á la boca del invierno. En aquella villa se tuvieron Cortes á propósito de reformar con nuevas leyes las hermandades que se ordenaron los años pasados, como queda dicho, para que no usasen mal del poder y de la mano que tenian; querian otrosí que ayudasen para los gastos de la guerra. Acordaron de acudir para ayuda de la guerra de los moros, y se ofrecieron á proveer diez y seis mil bestias de carga para las vituallas y el bagaje de los soldados. Fuera desto el pontífice Sixto mandó contribuir á las iglesias con cien mil ducados por una vez; concedió asimismo la cruzada á todos los que á su costa fuesen á la guerra, por lo menos ayudasen con ciertos maravedís para los gastos, lo cual se tornó á conceder el tercer año adelante; y deste principio, que se continuó adelante, ya todos los años se recoge por este medio gran dinero para los gastos reales; camino que inventaron en aquella sazon personas de ingenio, y que por semejantes arbitrios pretenden adelantarse y ganar la gracia de los príncipes y ayudar á sus necesidades. Demás desto, tomaron de los cambios y de otros particulares gran suma de dineros prestada. Los aragoneses no querian recebir por virey á don Ramon Folch, conde de Cardona, que el Rey tenia señalado para este cargo; decian era contra sus fueros poner en el gobierno de su reino hombre extranjero. Hobo demandas y respuestas; mas al fin el Rey temporizó con ellos, y nombró por virey á su hijo don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza. Las cosas de Portugal asimismo y la de Navarra ponian en mayor cuidado á los reyes. Recelábanse no se revolviese y armase tan fuera de sazon alguna guerra por aquellas partes. El rey de Portugal trataba de casar á doña Juana, su prima, hija de don Enrique, rey de Castilla, con el rey de Navarra don Francisco Febo, que á esta sazon aun no era muerto. Los de Navarra se inclinaban á la parte de Francia. Para ganar al rey de Portugal los Reyes le despacharon á Lope Dantouguia, portugués de nacion, y á don Juan de Ortega, obispo de Coria. Al reino de Navarra fué Rodrigo Maldonado, en sazon que ya aquel Rey mozo era muerto, para tratar que la reina doña Catalina, sucesora de su hermano, casase con el príncipe don Juan, hijo del rey don Fernando. Llevó órden que con todos los medios posibles granjease á todos los que le pareciese ser á propósito, mayormente que se valiese de la parcialidad de los biamonteses, en cuyo poder estaba la ciudad de Pamplona y la mayor parte del reino; que los reyes mas tenian el nombre de sello que autoridad alguna para mandar, si bien tenian puesto por virey á monsieur de Abena, de nacion francés, persona de gran prudencia y grande experiencia de negocios. Madama Madalena, madre de la Reina, dió muestras de alegrarse mucho con la embajada de Castilla, quier fuesen verdaderas, quier fingidas. La respuesta fué que ningun partido se le podia ofrecer mejor; que por su parte no habria dificultad ninguna en efectuar aquel casamiento. En Galicia el Condestable y el conde de Benavente y los aliados de ambos andaban alborotados; cada cual de las partes pretendia apoderarse de los castillos de los obispos para desde allí hacer mal y daño á los contrarios. El rey don Fernando por atajar estos inconvenientes y bullicios mandó á don Hernando de Acuña, su gobernador en aquellas partes, que ganando por la mano se apoderase de aquellas fuerzas. Resultó que como tuviese el Gobernador puesto cerco sobre el castillo de la ciudad de Lugo, don Pedro de Osorio, conde de Lemos, acudió con gentes en ayuda de su hermano, que era obispo de aquella ciudad; ocasion de nueva guerra, que puso en necesidad al rey don Fernando de salir de Madrid á los 11 de febrero del año 1483. No paró hasta llegar á Galicia; queria con su presencia dar asiento en todas las cosas. En el mismo viaje le vino nueva de la muerte del conde de Lemos; dejó por su heredero á don Rodrigo, su nieto, el cual su hijo don Alonso hobo fuera de matrimonio. Su abuelo con dispensacion del Pontífice le legitimó, y puso durante su vida en posesion de aquel estado. Resultaron desto nuevos debates á causa que doña Juana, hija del dicho Conde difunto, y casada con don Luis, hijo del conde de Benavente, pretendia para sí aquel condado. Andaban alborotados sobre el caso hasta venir á las manos. El Rey, llegado á Galicia para sosegallos, les mandó que, dejadas las armas, cada uno siguiese su derecho por la vía de justicia, con apercebimiento de maltratar al que no se allanase, si bien se inclinaba mas á la parte que poseia, es á saber, al nieto del difunto. Andaba ocupado en estos negocios en sazon que los moros cerca de Málaga hicieron grande estrago en los nuestros, que fué el desman mayor que sucedió en toda aquella guerra. Pedro Enriquez, adelantado del Andalucía, recobrado que hobo con la ayuda del marqués de Cádiz á Cañete, villa de su estado, procuró de reparalla, y deseaba vengarse de los moros; por otra parte, don Alonso de Aguilar y el maestre de Santiago con un buen escuadron de los suyos, animados por algunas cosas que hicieron á su gusto, se determinaron entrar en tierra de moros. Asimismo don Juan de Silva, conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, acometió á ganar á Zahara con la gente de á caballo de aquella ciudad. Esta su pretension no tuvo efecto. Despertólos empero para que con ocasion de

la gente que junta tenian se concertasen todos estos capitanes, divididos en tres escuadrones, de hacer entrada en los campos de Málaga, tierra muy rica por los ingenios y trato de la seda. Cuidaban por esta causa seria la presa y cabalgada muy grande; el interés los punzaba, y mas á los soldados, que tienen el robo por sueldo y la codicia por adalid. El suceso fué conforme á los intentos que llevaban, y el remate muy triste. Hay cerca de Málaga unos montes, que llaman Ajarquia, fragosos y ásperos por las peñas y matorrales que tienen. Por aquella parte hicieron su entrada; talaron los campos, robaron gentes y ganados, pusieron fuego á las alquerías y á las aldeas, sin perdonar á cosa alguna, con tanto ánimo y denuedo, que algunos de nuestra gente de á caballo con el fervor de su mocedad no pararon hasta dar vista y llegar á las mismas puertas de Málaga; atrevimiento, no solo temerario, sino loco, con que irritados los ciudadanos de Málaga y juntamente los que moraban en aquellas montañas, gente endurecida por la aspereza de los lugares y embravecida por el daño, se apellidaron y se derramaron y los cercaron por todas partes. Quisieran los fieles retirarse, si les dieran lugar. Dos caminos se ofrecian para volver atrás; el mas llano por la ribera del mar era mas largo, y por el castillo de Málaga que está por aquella parte, y los esteros que por allí hace el mar, peligroso; el otro por do vinieron era mas corto, pero fragoso á causa de los bosques y montañas que se traban unas de otras, en especial hay dos montes, que de tal manera se cierran y encadenan, que hacen en medio un valle muy hondo, con un rio que pasa por medio y los divide en dos partes. Abajaron los nuestros á aquel valle llenos de miedo y embarazados con la presa que llevaban, cuando por una parte se vieron acometer por los moros que les venian á las espaldas, y por otra parte oyeron grande alarido de gente que les tenia atajado el paso, causa de mayor espanto; además del cansancio con que venian por el camino de dos dias y falta de comer, no podian pasar adelante, ni les era lícito volver atrás. Hirieron los moros y mataron muchos de nuestra gente con saetas y pelotas de arcabuces que les tiraban, como los que estaban muy ejercitados en la puntería y tirar al blanco. Venida la noche, fué mayor el miedo por la escuridad, que todo lo hace mas espantable, y por la gritería continua que los enemigos daban. Entonces el Maestre: «Hasta cuando, dijo, soldados, nos dejarémos degollar como reses mudas? Con el hierro y con el esfuerzo hemos de abrir camino; procurad á lo menos de vender caro las vidas y no morir sin vengaros.» Dichas estas palabras, comenzó á subir la cuesta, llegaron con dificultad á lo mas alto; allí fué la pelea mas brava, y la matanza en especial de los nuestros muy grande. Entre otros murieron personas muy señaladas por su linaje y hazañas. Al de Cádiz ciertas guias que halló encaminaron por senderos extraordinarios, y le pusieron en salvo por otra parte. El escuadron del conde de Cifuentes, que era el postrero, recibió mayor daño; él mismo y su hermano Pedro de Silva fueron presos y llevados á Granada. Parecia que todos pasmaban y que tenian entorpecidos los miembros sin podellos menear; de dos mil y setecientos de á caballo que llevaban, fueron muertos ochocientos, y entre ellos tres hermanos del marqués de Cádiz, es á saber, Diego, Lope y Beltran, sin otros deudos suyos. El número de los cautivos fué casi doblado; entre ellos cuatrocientos de lo mas noble de España. Algunos pocos con el Maestre se salvaron por los desiertos y matorrales, que con afan llegaron á Antequera; otros, cada cual segun le guiaba la esperanza ó temor, fueron á parar á diversas partes. Sucedió este desastre señalado á 21 de marzo, dia de san Benito, que por entónces de alegre se mudó en triste y desgraciado para España. La mengua se igualó al daño. El caudillo de los moros, llamado Abohardil, hermano del rey Albohacen y gobernador de Málaga, con el buen suceso desta empresa ganó gran crédito y reputacion de esforzado y prudente entre los de su nacion y aun para con los cristianos.

CAPITULO IV.

Que el rey Mahomad Boabdil fué preso.

Los ánimos de los cristianos en breve se conhortaron de la gran tristeza y lloro que les causó aquel desastre, por otro mayor daño que hicieron en los moros, con que su atrevimiento se enfrenó. Peleaban entre sí los dos reyes moros Albohacen y Boabdil con grande pertinacia y porfía; solamente concordaban en el odio implacable y deseo que tenian de hacer mal á los cristianos. Ponian la esperanza de aventajarse con la parcialidad contraria en perseguir y hacer daño á los nuestros, y por esta via ganar las voluntades y favor del pueblo. Por esto y por la victoria susodicha que ganó su padre, Boabdil en competencia se resolvió de acometer por otra parte las tierras de cristianos. Juntó un buen número de gente de á caballo y de á pié, así de los suyos como de la parcialidad contraria; hizo entrada por la parte de Ecija; llevaba intento y esperanza de apoderarse de Lucena, villa mas grande y rica que fuerte. Dióle este consejo Alatar, su negro, persona que de muy bajo suelo, tanto, que fué nercero, á lo menos esto significa su nombre, por u gran esfuerzo pasó por todos los grados de la milicia y llegó á aquella honra de tener por yerno al Rey, además de las muy grandes riquezas que habia llegado; y estaba acostumbrado á hacer presas en tierra de cristianos, en particular en la campiña de Lucena. Digo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles que era señor de aquel pueblo, junto con otros lugare que por allí tenia, luego que supo lo que los moros pretendian, advirtió á su tio el conde de Cabra del pligro que corria. A causa del estrago pasado quedab muy poca gente de á caballo por aquella comarca, fera de que los moradores de Lucena estaban amedrentidos, y los muros no eran bastantes para resistir á le bárbaros. Llegaron los moros á 21 de abril. El Alcaid recogió los moradores á la parte mas alta del lugar. Fotificó otrosí con pertrechos, guarneció con soldad, que llegó hasta docientos de á caballo y ochocient de á pié de los lugares comarcanos, lo mas bajo de la villa, por entender que los moros acometerian por quella parte. Fué mucho el esfuerzo de los soldados, nto, que los enemigos perdieron la esperanza de gan la villa; mas

por alguna gente que perdieron en el combate y otros que les hirieron, en venganza volvieron su rabia contra los olivares. Demás desto, Amete, abencerraje, con trecientos de á caballo dió la tala á la campiña de Montilla. Tenia este con el alcaide de Lucena Diego de Córdoba conocimiento y familiaridad á causa que los años pasados los abencerrajes echados de Granada, estuvieron en Córdoba mucho tiempo. Hecho pues lo que le encomendaron, vuelto á Lucena, convidó al Alcaide para tener habla con él, con intento, debajo de color de amistad, de ponelle asechanzas y engañalle. Un engaño fué burlado con otro. Dió esperanza el Alcaide de rendir el pueblo; con que entretuvo al enemigo hasta tanto que llegase el conde de Cabra. Como el Bárbaro supo que se acercaba, alzados sus reales, comenzó á retirarse la vuelta de su tierra con la presa, que era muy grande. Los cercados, avisados de lo que pasaba, salieron de la villa, acometieron á la retaguardia para impedilles el camino y entretenellos. Entre tanto como llegase el conde de Cabra, se determinó cargar á los enemigos, que iban turbados con el miedo, revueltos entre sí y sin ordenanza. Apenas los venideros creerán esto, que con ser los moros diez tantos en número, no pudieron sufrir la primera vista de los contrarios. Dios les quitó el entendimiento; y la fama, como de ordinario acontece, de que el número de los nuestros era mucho mayor los hizo atemorizar. Está un arroyo legua y media de Lucena en el mismo camino real de Loja; las riberas frescas con muchos fresnos, sauces y tarais, y á la sazon por las lluvias del verano llevaba mucha agua; la gente de á pié, pasado el arroyo, se pusieron en huida sin otro ningun cuidado mas de llevar la presa delante; la gente de á caballo, aunque atemorizada por la misma causa, hizo rostro. El rey Bárbaro procuró animallos, díjoles: «¿Dónde vais, soldados? ¿Qué furor os ha cegado los entendimientos? ¿Por ventura estáis olvidados que estos son los mismos que poco há fueron vencidos por menor número de los nuestros? Tendréis pues vos y ellos en esta pelea los ánimos que suelen tener los vencedores y vencidos. Mirad por la honra, por vos mismos y por lo que dirá la fama. ¿Pensais que á las manos entorpecidas pondrán en salvo los piés?» Poco aprovecharon estas palabras. Marcharon á priesa los cristianos; acometió por el un costado don Alonso de Aguilar, que desde Antequera con cuarenta de á caballo y algunos pocos peones mezclados acudió á la fama del peligro. Los bárbaros, sea que sospechasen que el número era mayor, ó lo que yo mas creo, por habellos amedrentado Dios, dieron las espaldas y se pusieron en huida. El Rey se apeó de un caballo blanco en que iba aquel dia, procuró esconderse entre los árboles y matas de aquel arroyo con deseo de escapar si pudiese. Halláronle allí tres peones, y él mismo porque no le matasen, dió aviso de quién era. Así le prendieron, y el Alcaide, que seguia el alcance, le mandó llevar á Lucena. El estrago que hicieron los nuestros hasta la noche en los que huian fué tal, que mataron mas de mil de á caballo, y entre ellos al mismo Alatar, viejo de noventa años, y como cuatro mil peones, parte quedaron muertos, parte presos; juntamente les quitaron la presa. Con el aviso desta victoria los Reyes, que á la sazon se hallaban en Madrid, acordaron partir entre sí los negocios, que eran muy grandes. La reina doña Isabel fué á la raya de Navarra para apresurar lo del casamiento de su hijo, por el gran deseo que tenian de impedir á los franceses la entrada en España y la posesion del reino de Navarra. El rey don Fernando se partió al Andalucía para cuidar de la guerra. Salió de Madrid á 28 de abril; llegado á Córdoba, se trató de hacer la guerra con mayores fuerzas y apercebimientos que antes, en especial que los moros por la prision del rey Chiquito se tornaron á unir debajo de su rey Albohacen, que volvió al señorío de Granada, dado que muchos de los ciudadanos, aunque sin cabeza, todavía perseveraban en su primera aficion, personas á quien ofendia la vejez, crueldad y avaricia de aquel Rey. Juntaron los nuestros á toda diligencia seis mil de á caballo y hasta cuarenta mil infantes; con este ejército volvieron á la guerra. Iba por su caudillo el mismo rey don Fernando; hizo destruir los arrabales de Illora, y tomó por fuerza y echó por el suelo á Tajara, pueblo cerca de Granada, en cuya batería don Enrique Enriquez, tio del Rey y mayordomo de la casa real, fué herido, y para curalle le enviaron á Alhama. Despues desto llegaron á la vega de Granada, en que hicieron grande destrozo, quemaron y talaron todo lo que hallaban, y para mayor seguridad de los gastadores, asentaron los reales en un puesto fuerte, desde donde los enviaban guarnecidos de soldados y con escolta á hacer daño en los campos comarcanos, con tanto menor peligro suyo y mayor perjuicio de los enemigos. El rey Albohacen, por no fiarse de los ciudadanos, no se atrevió á salir de la ciudad, solo algunos pocos soldados se mostraban por los campos con intento de prender á los que se desmandasen y pelear á su ventaja. Envió otrosí aquel Rey desde Granada sus embajadores; prometia si le entregaban á Boabdil, su hijo, que daria en trueque al conde de Cifuentes y otros nueve de los mas principales cautivos que tenia; otras condiciones ofrecia para hacer confederacion, pero insolentes y demasiadas. Era de su natural feroz, y ensoberbeciale mas la victoria que poco antes ganara. El rey don Fernando rechazó las condiciones, ca decia no ser venido para recebir leyes, sino para dallas, y que no habia que tratar de paz en tanto que no dejaba las armas. Los nuestros eran aficionados á Boabdil; el favor y la misericordia tienen á las veces ímpetus vehementes. El marqués de Cádiz y otros no cesaban de persuadir al Rey que le pusiese en libertad; que por este medio sustentase los bandos y parcialidades entre aquella gente, cosa muy perjudicial para ellos y muy á propósito para nuestros intentos. Acabadas pues las talas y puesta guarnicion en Alhama, y por cabeza don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, con órden, no solo de defender el pueblo, sino tambien de hacer salidas y robar las tierras comarcanas, el rey don Fernando volvió á Córdoba. Allí por su mandado trajeron el Rey preso del castillo de Porcuna, pueblo que los antiguos llamaron Obulco. Como él se vió en presencia del Rey, hincó la rodilla y pidióle la mano para besalla. Abrazóle el Rey y hablóle con mucha cortesía. Parecióle era justo tenelle respeto y honralle

como á rey, dado que fuese bárbaro y su prisionero. Trataron de concertarse; finalmente, se hizo con estas condiciones: que Boabdil diese en rehenes á su hijo mayor con otros doce hijos de los mas principales moros para seguridad que no faltaria en la devocion, obediencia y homenaje del rey de Castilla; mandáronle otrosí que pagase cada un año doce mil escudos de tributo, y viniese á las Cortes del reino cuando fuese avisado; demás desto, que por espacio de cinco años pusiese en libertad cuatrocientos esclavos cristianos. Con esto le otorgaron libertad y licencia de quedarse en su secta y le enviaron á su tierra. El rey don Fernando, puestas nuevas guarniciones por aquellas partes y señalado Luis Fernandez Portocarrero para que en lugar del maestre de Santiago tuviese el gobierno de Ecija y cargo de aquella frontera, se partió de Córdoba para do la Reina le esperaba. En la misma sazon mil y quinientos moros de á caballo y cuatro mil de á pié, debajo la conducta de Bejir, gobernador de Málaga, rompieron por la campiña de Utrera; mas fueron rechazados por el esfuerzo de Portocarrero y del marqués de Cádiz, que les salieron al encuentro, y los desbarataron cerca de Guadalete con grande estrago que en ellos hicieron. Para memoria de aquel servicio se despachó un privilegio en que se concedió á los marqueses de Cádiz para siempre jamás que todos los años hobiesen el vestido que los reyes vistiesen el dia de nuestra Señora de Setiembre, premio muy debido á sus hazañas y lealtad, mayormente que dentro del mismo mes, no solo desbarató á los moros, como queda dicho, sino tambien recobró á Zahara, que la tomó de sobresalto. Fueron los reyes don Fernando y doña Isabel á la ciudad de Victoria; tenian poca esperanza de efectuar aquel casamiento que pretendian. Madama Madalena á persuasion del rey de Francia, su hermano, se excusaba con la edad de los novios, que era muy desigual, ca el Príncipe era niño, y su hija casadera. Decia que semejantes casamientos pocas veces salen acertados. En aquella ciudad el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles por mandado de los reyes fueron recebidos solemnemente, y para mas honrallos en compañía del cardenal de Toledo don Pero Gonzalez de Mendoza les salieron al encuentro toda la nobleza y todos los prelados; honra que muy bien se les empleaba. En particular hicieron merced al conde de Cabra de cien mil maravedís de juro por toda su vida. Concediéronle otrosí que á sus armas antiguas añadiese y pintase en su escudo la cabeza de un rey coronado, y al derredor por orlo nueve banderas en señal de otras tantas que ganó de los moros cuando de sobre Lucena se retiraban, todo á propósito de gratificar aquel servicio, y despertar á otros á emprender cosas grandes por la patria y por la religion. Cayóse con las aguas del invierno de repente gran parte de la muralla de Alhama; los soldados por miedo trataban de desamparar aquella plaza. El conde de Tendilla con prudente y presto consejo hizo tender un lienzo en toda aquella abertura, pintado de tal manera, que parecia no faltar cosa alguna; con esto antes que el enemigo advirtiese el engaño y fuese avisado de lo que pasaba, tuvieron lugar de reparar lo caido y asegurarse. Hizo otrosí por la grande falta de dinero para pagar y entretener los soldados moneda de cartones, de una parte su firma, y por la otra el valor de cada cual de las monedas, con promesa de trocallas con buena moneda y legal pasado aquel aprieto y necesidad; traza notable y usada de grandes personajes. Este año, á 15 de noviembre, dió el Papa el capelo al obispo de Girona don Juan de Melguerite, embajador por su Rey en aquella corte. Escribió de los reyes de España una breve historia, que intituló *Paralipomena*; pocos meses gozó de aquella dignidad. Yace sepultado en Roma en nuestra Señora del Pópulo.

CAPITULO V.

De las cosas de Navarra.

Los navarros no sosegaban; demás de las parcialidades antiguas, al presente, por el poco caso que hacia la gente de los que gobernaban, los odios tenian menos enfrenados y reprimidos, sin que se pudiese entre ellos asentar una paz firme y duradera. Muchas veces se dejaron las armas, y muchas las tornaron á tomar. Estaban las cosas de tal manera trabajadas, que apenas se pudieran reparar con una larga paz, cuando se emprendió de otra parte una nueva guerra. Juan, vizconde de Narbona, tio de la reina doña Catalina, pretendia aquel reino con achaque que cuando murió la reina doña Leonor, su madre, él debia suceder como pariente mas cercano que los nietos, además que no podia mujer heredar aquella corona; concluia que contra derecho y justicia aquella señora tomó la posesion de aquel reino. Esto decia y alegaba; la verdadera causa del daño era el poco caso que hacia de la Reina por ser mujer y por su poca edad; que de otra suerte, ¿qué derecho podia pretender, pues constaba que muchas veces los nietos se preferian á los hijos menores, y aquel reino recayó en hembras diversas veces? La mudanza de los príncipes y sus muertes dan ocasion á semejantes pretensiones, y la insaciable codicia de reinar no se muove por alguna razon ni se enfrena. No tenia esperanza de alcanzar por bien y por via de justicia su pretension; con las armas hizo que todo el condado de Fox le reconociese por señor, castillos y pueblos, parte de su voluntad, parte por fuerza. Los mas favorecian sus intentos por la memoria que tenian de los señores pasados y por el miedo y odio de sujetarse por medio del casamiento de la Reina á algun señor extranjero. Para sosegar estos bullicios tenian necesidad de mayores fuerzas, y las cosas pedian algun varon que las gobernase. Pareció apresurar el casamiento de la Reina, sobre que resultaron nuevas dificultades. Madama Madalena, su madre, se inclinaba á la casar en Francia. Los navarros pretendian tener por costumbre que se tratase y determinase en los estados y Cortes del reino del casamiento de sus reyes; que los matrimonios que sin dalles parte ó contra su voluntad se efectuaban, siempre salieron desgraciados; en particular los moradores de Tudela protestaron que si de otra forma se hiciese, se entregarian al rey don Fernando, el cual á la sazon en Tarazona tenia Cortes de Aragon por principio del año 1484, sin que haya sucedido cosa memorable, sino que los catalanes al principio rehusaron de hallarse en ellas. Alegaban que,

conforme á sus fueros, no era lícito llamallos fuera de su provincia, pero al fin se conformaron con la voluntad del Rey. En el entre tanto doña Catalina, reina de Navarra, se casó con Juan de Labrit, hijo de Alano, persona muy noble, y que tenia grandes estados en Francia, es á saber, lo de Perigueux, lo de Limoges, lo de Dreux, sin otros pueblos y señoríos. Deste casamiento resultaron nuevas alteraciones en Navarra. El rey don Fernando, con intento de aprovecharse del temporal turbio para ensanchar su estado y vengar la poca cuenta que dél se tuvo, al contrario de lo que antes hizo, él se quedó en aquella comarca, y envió á la Reina á la Andalucía para aprestar lo necesario para continuar la guerra de los moros. Las cosas no daban lugar á descuidarse, ca tenian aviso que todavía el poder de Albohacen iba en aumento, y que tenia debajo de su obediencia casi toda aquella nacion; que su hijo apenas dentro de la ciudad de Almería que la tenia por suya, y con poca gente que se le arrimaba, conservaba el nombre de rey. La principal causa desta mudanza era que aquella gente le aborrecia como renegado, por lo menos aficionado á los cristianos. Los predicadores que su padre envió por todas partes no cesaban de maldecille y declaralle al pueblo por blasfemo y descomulgado. De nuestra parte las gentes de Córdoba y de Sevilla, en número de mas de diez mil hombres, por el mes de abril, por toda la campiña de Málaga, talaron las mieses que estaban ya para segarse, con que pusieron grande espanto, y con los grandes daños que hicieron, se satisficieron en el mismo lugar del que se recibió el año pasado. Sobre todo pretendian y confiaban que los moros, cansados con tantos males, en fin se vendrian á sujetar, pues de Africa no les venia socorro ninguno, á lo menos de importancia, sea por estar aquella gente embarazada en sus guerras, sea porque los nuestros con sus armadas, como señores que eran del mar, no daban lugar á los contrarios de rebullirse. Esto dió ocasion y avilenteza á los ginoveses para que debajo de la conducta de un cosario llamado Jordieto Doria, trabajasen las riberas de Cataluña y de Valencia, que se hallaban sin armada. Robaron, quemaron y mataron todo lo que hallaban. Fueron los ginoveses antiguamente competidores por el mar de los catalanes, y al presente les dió lugar para desmandarse cierta discordia que resultó en aquella ciudad, y la poca autoridad que por esta causa aquella república tenia. Fué así, que á Pedro Fregoso, duque de aquella señoría, echó de la ciudad y despojó de su dignidad Paulo Fregoso, arzobispo de Génova y cardenal, sin tener consideracion al parentesco que los dos tenian. Cargábale que llamaba á los duques de Milan para entregalles aquella ciudad. Erales al pueblo muy pesado que los milaneses, malos antes de sufrir, volviesen á gobernallos; además que por haber gustado una vez la libertad, no podian llevar el señorío de ninguno, puesto que fuese muy blando, ni sabian templarse en sus pasiones. Lo que resultó fué que se aparejó á costa de aquel reino en Valencia una nueva armada, y por su capitan Mateo Escrivá, á propósito de reprimir el orgullo de los cosarios y defender nuestras riberas. Demás desto, las cosas eclesiásticas andaban tambien revueltas en aquellos estados y corona; para todo era necesaria la presencia del rey don Fernando. El caso pasó desta manera: por la muerte del maestre de Montesa Luis Dezpuch, persona en aquella era de gran fama, prudencia y valor, bien así como cualquier otro de los muy nombrados, los caballeros de aquella órden pusieron en su lugar á don Filipe Boil. Alegaba contra esta eleccion el rey don Fernando que el sumo Pontífice le concediera una bula, en que disponia que sin su voluntad no pudiese ser elegido de nuevo ningun maestre; las voluntades de los reyes son vehementes, así fué necesario que, depuesto el nuevo electo, sucediese en su lugar don Filipe de Aragon, sobrino del Rey, hijo de don Cárlos, príncipe de Viana, que, aunque señalado por arzobispo de Palermo, se contentó de trocar aquella dignidad con el maestrazgo de Montesa. Demás desto, el pontífice Sixto por la muerte de don Iñigo Manrique, arzobispo de Sevilla, dió aquella iglesia al cardenal Rodrigo de Borgia, cosa que sintió mucho el rey don Fernando, hasta mandar prender á Pero Luis, duque de Gandía, hijo que era de aquel Cardenal; torcedor con que al fin alcanzó que, revocada la primera gracia, don Diego de Mendoza, obispo que era de Palencia, fuese hecho arzobispo de Sevilla por contemplacion de su hermano el conde de Tendilla y de su tio el cardenal de España. Por esta eleccion don Alonso de Búrgos, que era obispo de Cuenca, pasó al obispado de Palencia; á Cuenca don Alonso de Fonseca, obispo de Avila; el obispado de Avila se dió á fray Hernando de Talavera, prior en Valladolid de nuestra Señora de Prado. Desta manera en España los reyes pretendian fundar el derecho de nombrar los prelados de las iglesias. La revuelta que andaba en Italia fué causa que en muchas cosas se disimulase con los príncipes; y aun en esta misma sazon se emprendió entre los venecianos y neapolitanos una nueva guerra. La ocasion fué ligera; la alteracion grande por acudir los demás príncipes de Italia, unos á una parte, otros á otra. El principio y causa desta guerra fué que los venecianos pretendian maltratar á Hércules, duque de Ferrara, y los de Nápoles acudieron á su defensa por estar casado con una hija de don Fernando, rey de Nápoles. En lo mas recio desta guerra falleció el papa Sixto á 12 de agosto. Sucedióle el cardenal Juan Bautista Cibo, natural de Génova, con nombre que tomó de Inocencio VIII. En el mismo tiempo pasó otrosí desta vida don Iñigo Davalos, hijo del condestable don Ruy Lopez Davalos. Tuvo este caballero gran cabida con los reyes de Nápoles; alcanzó grandes riquezas, y fué muy señalado, bien así como cualquier otro, en las armas. De su mujer Antonela, hija de Bernardo, conde de Aquino y marqués de Pescara, dejó muchos hijos; el mayor se llamó don Alonso y le sucedió en el marquesado; demás dél á Martin, Rodrigo y Iñigo, que fué marqués del Vasto; fuera destos á Emundo y una hija, llamada doña Costanza, personas de quien descienden muchos príncipes de Italia. En especial don Fernando, marqués de Pescara, hijo de don Alonso, con sus muchas hazañas que obró en tiempo de nuestros padres y con su valor hinchó á Italia y á todo el mundo con su fama, ca fué grande caudillo en la guerra, y se pudo comparar con muchos de los antiguos. Iñigo Davalos fué padre de don Alonso, marqués del Vasto,

que ganó asimismo gran fama por su esfuerzo; y por morir su primo sin hijos, heredó aquel estado, y junto con el suyo le dejó á sus descendientes, con tal condicion que alternativamente el uno de los sucesores se llamase marqués de Pescara, y el siguiente marqués del Vasto, y que esto se guardase perpetuamente, como vemos que hasta hoy se guarda.

CAPITULO VI.

Que Abohardil se alzó con el reino de Granada.

A esta misma sazon los soldados de Andalucía y los capitanes, así de su voluntad como por mandado de la Reina, trataban con mucho calor de hacer guerra á los moros. Persuadíanse que pues los principios procedian prósperamente y casi sin tropiezo, que lo demás sucederia como deseaban. Con este intento no cesaban de espiar los intentos de los enemigos, sus pretensiones y caminos, sin aflojar ni descuidarse en cosa alguna ni dejar á los enemigos alguna parte segura. No descansaban de dia ni de noche, ni en invierno ni en verano, antes ordinariamente hacian correrías y todo mal y daño en todos los lugares que podian. Tratábase en Córdoba de hacer una nueva jornada, y consultaban por qué parte seria mejor acometer. Y dado que el maestre de Santiago era de contrario parecer, los mas se conformaron con el marqués de Cádiz, que debian acometer á Alora, que es un pueblo puesto casi en medio del camino que hay desde Antequera á Málaga. Un rio pequeño que pasa junto á él, algunos piensan que los antiguos le llamaron Saduca. Era esta villa mas fuerte por su sitio, ca está por la mayor parte asentada sobre peñas, que por las murallas ó otra fortificacion. Estaba el ejército con esta resolucion á punto de marchar, cuando el rey don Fernando, que partió de Tarazona á postrero de mayo, continuado su camino, sobrevino para hallarse en persona en aquella guerra por ser su presencia de tan grande importancia para todo. Parecióle bien el acuerdo que los suyos tomaron, si bien para mayor disimulacion y desmentir á los contrarios que no entendiesen su intento dió muestra de ir de nuevo á guarnecer á Alhama de gente. Como llegó á Antequera, torció el camino y dió al improviso con todas sus gentes sobre Alora. Fué grande el miedo de los moradores y la turbacion. Púsose sitio; combatieron las puertas y murallas de aquel lugar, y con la artillería abatieron parte de los adarves con tanto mayor espanto de los moros, que no estaban acostumbrados á cosa semejante. Rindiéronse á partido que los dejasen ir libres y llevar todas sus alhajas. La toma deste pueblo fué á 21 de junio; la alegría y provecho mas colmado á causa que ningunos de los nuestros fueron muertos, y que los moros se pudieran entretener mucho tiempo; que no les podian quitar el agua del rio por ir cogido entre peñas y por estar la gente acostumbrada á sustentarse con poco y usar de la comida y de la bebida mas para sustentar la vida que para regalo y deleite. Venciéronse estas dificultades mas con ayuda del cielo que por industria humana. Acometieron otros pueblos comarcanos, y por el demasiado brio cerca de un lugar, llamado Cazarabonela, do vinieron á las manos con cierto número de enemigos, en un rebate mataron á don Gutierre de Sotomayor, conde de Benalcázar, en la flor de su edad, y que tenia por mujer una dueña parienta del Rey, con una saeta enherbolada que le tiraron. Despues desto dejaron en Alhama trecientos caballeros de Calatrava por cuenta de Garci Lopez de Padilla, maestre de aquella órden, al cual eligieron en lugar de Rodrigo Tellez Giron y por su muerte, con gravámen que se encargase de la defensa de aquel pueblo. El Rey con la demás gente pasó hasta dar vista á Granada; allí asentó sus reales en un lugar fuerte. Tenia seis mil de á caballo; los infantes apenas eran diez mil. En la ciudad se decia tenian setenta mil combatientes, gran número y que no se puede creer; siempre es mas lo que se dice en estas cosas que la verdad; la misma mentira empero da á entender que la muchedumbre era grande. Sin embargo, el rey don Fernando, talado que hobo toda aquella vega y puesto grande espanto á toda la morisma, gastados en esto cincuenta dias, volvió con su ejército sano y salvo, y alegre por los despojos de los moros que llevaba á tierra de cristianos. Para la defensa de Alora dejó á Luis Fernandez Portocarrero, y por general de las armadas y del mar nombró á don Alvaro de Mendoza, conde de Castro, persona de grande esfuerzo y prudencia. Pretendia con esto que de Africa no pudiese venir socorro á los moros; que por pequeños descuidos se suelen perder empresas muy grandes. Pasados los calores del estío, volvieron á la guerra con el mismo denuedo que antes. Batieron un castillo cerca de Málaga, llamado Septenil, fuerte y enriscado. Sucedió lo mismo que en Alora, que espantados los de dentro con el ruido y estruendo de la artillería, rindieron la plaza, con libertad que se les dió para irse donde quisiesen con el dinero que les dieron por el trigo y los bastimentos que allí dejaban, conforme á lo que ciertas personas señaladas juzgaron que podia todo valer. Tras esto se enderezaron los nuestros la vuelta de Ronda, ciudad puesta entre montes muy altos y ásperos, y por esta causa, aunque pequeña, inaccesible y fuerte, en especial que la mayor parte está rodeada del rio que por allí corre, y lo restante de peñascos enriscados. Los moradores de aquella ciudad eran diferentes en el traje y vivienda de los demás; moros muy feroces y arriscados, y para todo lo que sucediese, guarnecidos de soldados y de armas, bastecidos de vituallas, tanto, que á los lugares comarcanos, que son de la misma aspereza, proveian ellos de todo lo necesario para su defensa y guarnicion. Todo esto ponia en los fieles mayor deseo de acometer aquella ciudad por entender que, quitado aquel baluarte, todo lo demás hasta Málaga quedaria muy llano. Llegaron á vista de los muros y de aquel sitio tan bravo; dieron el gasto á los olivares y huertas, que las hay por allí muy buenas. No continuaron estos buenos principios; la falta del dinero para hacer las pagas les forzó á no detenerse mucho en aquel lugar; daño que muchas veces impide y desbarata grandes empresas. Enviada la gente á los invernaderos, el Rey y la Reina se partieron para Sevilla; llegaron á aquella ciudad á 2 del mes de octubre, alegres por los buenos sucesos y por la esperanza que tenian de dar fin á aquella empresa cual todos deseaban. Era tan grande este

deseo, que en medio del invierno, por el mes de enero, año de 1485 tornaron á la guerra. El invencible ánimo del Rey no sabia sosegar; tenia esperanza de tomar la ciudad de Loja de rebato y de noche; mas desistió desta empresa por las muchas aguas y temporales del invierno, que forzaron á los nuestros á volver atrás, además que un soldado muy plático, llamado Juan de Ortega, les avisó, no solo ser temeridad, sino locura, intentar cosa semejante. Cada dia acudian nuevas compañías de Castilla y señores. Entre otros, el condestable Pero Fernandez de Velasco, el duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, Pedro de Mendoza, adelantado de Cazorla, don Juan de Zúñiga, maestre de Alcántara, cada cual con su particular banda de gente. Acudieron otrosí el maestre de Santiago y el duque de Najara, que se hallaron en las empresas pasadas. Con estos socorros llegaron á nueve mil de á caballo y veinte mil infantes. Pareció, pues, el ejército era tal, volver á la guerra con mayor denuedo y resolucion que antes. Al mismo tiempo los ciudadanos de Almería tomaron las armas contra su rey Boabdil; aborrecíale aquella gente como á renegado, y decian que por su cobardía sucedieran los males pasados. Acometieron el palacio, y en él mataron un hermano de Boabdil, y prendieron á su madre, principal causa y atizadora de aquella discordia tan perjudicial que entre padre y hijo antes se levantó. El mismo rey Moro, por estar á la sazon ausente de aquella ciudad, luego que le avisaron de aquel desastre, perdida toda esperanza de prevalecer, con algunos pocos que le acompañaron se fué á Córdoba. Por otra parte, los moradores de Ronda, que eran pocos y menos que ser solian, tenian cobrado gran miedo. Un moro, llamado Juzef, jerife, dió desto aviso al marqués de Cádiz; pareció seria conveniente acudir en primer lugar á aquella empresa, bien que primero acometieron otros lugares, como fué Cohin, que caia cerca de Alora, el cual pueblo tomaron por fuerza y le echaron por tierra, porque á causa de ser muy ancho el circuito de los muros, era dificultoso ponelle en defensa. Murió en la batería Pedro Ruiz de Alarcon, que en esta guerra dió muestra, como antes en la de Villena, de esfuerzo singular, y acabó grandes hazañas. Ganaron otrosí á Cartama, pueblo que conserva su apellido antiguo solamente mudada una letra, ca en tiempo de romanos se llamaba Cartima, y dél toma nombre todo aquel valle en que este pueblo está, que se llama el valle de Cartama. Rindióse á Pedro de Mendoza, y dióse el cargo de defendelle al maestre de Santiago, á pedimento del mismo. Hecho esto, con todo el ejército pasaron á Málaga, do residia Abohardil, hermano de Albohacen, en quien y en su valor hallo que en aquella sazon tenian los moros puesta su esperanza, por la grande reputacion que ganó cuando en el Ajarquia, que así se llaman los montes de Málaga, destrozó, como se dijo, gran número de cristianos. Poco efecto se hizo en aquella parte, fuera de cierta escaramuza de menor cuenta. Dieron pues la vuelta por el mismo camino que fueron, y revolvieron sobre Ronda. Para cercar la ciudad por todas partes dividieron las gentes en cinco reales ó estancias. El mismo Rey con la mayor parte del ejército se puso en frente del castillo. Atajaron con gente de guarda, que llaman atajadores, todos los caminos para que no les pudiesen entrar socorro ni provision de parte alguna. Lo que hizo mucho al caso, que se hallaban pocos dentro á causa que parte de los ciudadanos eran idos á hacer correrías por los campos comarcanos del Andalucía. Por esta ocasion los moros, movidos del grande riesgo en que se veian y de los sollozos y lágrimas de las mujeres y alcmorizados por la diligencia de los cristianos, que de dia ni de noche no reposaban, se hobieron de rendir, á 23 dias de mayo, á partido. Entre otras cosas y condiciones, á los mas principales ciudadanos dieron ciertas tierras y posesiones en Sevilla, de Gonzalo Pizon y de otros, cuyos bienes tenian los inquisidores por sus deméritos confiscados. Hecho esto, pusieron guarnicion en aquella ciudad. Rindiéronse al tanto otros pueblos por aquella serranía, entre ellos los mas principales fueron Cazarabonela y Marbella, que está cerca del mar. Era grande el espanto que habia entrado en los moros. En sus reyes tenian poca ayuda; el uno andaba huido, y Albohacen, por su vejez, enfermedad y poca vista, poco les podia prestar. Forzados deste peligro, se determinaron de nombrar por su rey á Muley Abohardil, que residia en Málaga, hombre de gran corazon y prudencia. La nacion de los moros es mudable y desleal, y no se refrena ni por beneficios ni por miedo, ni aun tiene respeto á las leyes y derecho natural; así, el Moro luego aceptó la corona que le ofrecian. Partióse para Granada con este intento. Llegó mas soberbio que antes, por matar de camino noventa hombres de á caballo de los contrarios; salieron estos de Alhama á robar, y llegados hasta la Sierra Nevada, estaban alojados con mucho descuido, que fué causa de su perdicion. Hizo pues su entrada en Granada á manera de triunfo. Los ciudadanos, luego que llegó, con gran voluntad y grandes gritos le apellidaron y alzaron por rey. Albohacen al principio desta revuelta se partió para Almuñecar, do tenia sus tesoros. Allí su cruel hermano le hizo matar, no por otro delito mas de por tener nombre y corona de rey, y por la aficion que todavía le tenian algunos, los que aborrecian la deslealtad del tirano y su ambicion, y por compasion de aquel viejo trataban de acudille. Para librarse deste peligro y cuidado cometió aquel parricidio, en que se mostró no menos cruel que desleal.

CAPITULO VII.

Que nació la infanta doña Catalina, hija del rey don Fernando.

Quedó el Moro muy ufano despues que muerto su mismo hermano se hobo alzado con su reino. La fama del caso se extendió por todas partes; el poder y mando alcanzado por malos medios y con crueldad suele ser poco durable, y semejantes maldades pocas veces pasan sin castigo. Los cristianos, cuanto era mayor la esperanza que tenian de echar por tierra las fuerzas de aquel estado, tanto se encendian mas en deseo de salir con ello. Recelábanse que con la mudanza del caudillo los enemigos no recobrasen nuevos brios, y la guerra por esta causa se hiciese mas dificultosa. Acordó el rey don Fernando para acudir á todo esto emprender una nueva jornada y hacer prueba del ánimo que los suyos

tenian y de sus fuerzas. Los mas eran de contrario parecer, y pretendian convenia dejar descansar á los soldados por estar aquejados con tan continuos trabajos. Todas las dificultades venció la constancia del Rey y el ejemplo del esfuerzo que daba á todos en no excusar él mismo ningun afan ni riesgo, antes era el primero que salia á la pelea, y el primero que acudia á la fortificacion de los reales. Es así, que á los hombres desagrada comunmente que les manden de palabra, y todos obedecen fácilmente al caudillo que con el ejemplo les va delante. Ordenó que la masa de las gentes se hiciese en Alcalá la Real por estar aquel pueblo cerca de la frontera; él mismo se partió para allá desde Córdoba á 1.° de setiembre, si bien los calores eran grandes por ser aquella region mas cálida que lo demás de España. El conde de Cabra, encendido en deseo de acometer alguna grande hazaña, movido así de su esfuerzo como de las muchas cosas en que los otros señores se señalaran, hizo instancia de ser el primero á entrar en tierra de moros, como lo hizo, con las gentes de su regimiento y banderas de su cargo, que eran setecientos caballos y hasta tres mil infantes. Diósele órden que llevase en su compañía á Martin Alonso de Montemayor y que se pusiese sobre Moclin, que es un pueblo cerca de Granada, fuerte por su sitio y murallas; prometió el Rey para asegurallos que les acudiria con todo el ejército. El Conde de dia y de noche apresuró su camino por tomar de sobresalto al nuevo rey Abohardil, de quien tenia aviso que tenia sus alojamientos allí cerca, con mil y quinientos de á caballo y mayor número de gente de á pié. No se le encubrió este intento al enemigo; antes avisado dél, pasó sus gentes á un collado, y al amanecer entre ciertos caminos ásperos y estrechos dió sobre los cristianos con tal furia, que murieron en el rebate los mejores soldados y la mayor parte del peonaje. El Conde entre los demás perdió á don Gonzalo, su hermano, y él mismo, recebidas algunas heridas, con algunos de á caballo se fué huyendo hácia do entendia hallaria á Garci Lopez de Padilla, maestre de Calatrava, que iba en pos de los que se adelantaron. El rey don Fernando, luego que supo el estrago de los suyos, por la tristeza estuvo algun tiempo retirado; despues sosegada la pasion, «Por la imprudencia, dice, del Conde y demasiada confianza de los demás se ha recebido este revés; pero yo pretendo con presteza satisfacerme y recompensalle aventajadamente; con vuestro esfuerzo, soldados, tomaré venganza de la muerte de nuestros ciudadanos y soldados, varones esforzados mas que venturosos.» Caian junto á la frontera de los enemigos por la parte de Jaen dos castillos y pueblos, el uno llamado Cambil y el otro Albahar; el rio Frio pasa por en medio de ambos, que aunque lleva poca agua, especial en aquel tiempo del año, por ser las riberas muy estrechas con dificultad se puede vadear. Sobre estos dos pueblos se puso toda la gente con intento de tomallos. Albahar, que está de la otra parte del rio, tiene un padrastro ó montecillo, que se levanta á manera de pirámide. Sobre aquel montecillo por mandado del Rey, bien que con grande trabajo, se plantó la artillería. Puso esto tanto espanto á los cercados, que sin dilacion rindieron los castillos y pueblos á 23 de setiembre, el mismo dia en que en tiempo del rey don Pedro los moros se apoderaron de aquellas plazas, como ciento y veinte años antes deste tiempo. El rey don Fernando, ganadas tantas victorias y tomados tantos lugares, y los mas sin derramar sangre, comenzó á ser mas temido y nombrado. No se hablaba de otra cosa en todas partes. Envió á invernar el ejército, y con tanto él y la Reina se partieron para Alcalá de Henáres. En este viaje en Linares, á las haldas de Sierramorena, falleció don Alonso de Aragon, duque de Villahermosa y hermano del rey don Fernando, caudillo esclarecido en aquel tiempo tanto como el que mas, como quier que se halló en muchas guerras. Su cuerpo fué primero depositado en Baeza, despues le trasladaron á Poblete, entierro de sus antepasados. Dejó muchos hijos. En María Junques fuera de matrimonio tuvo á don Juan, conde de Ribagorza, y á doña Leonor; de otras concubinas á don Alonso, que fué los años adelante obispo de Tortosa, y despues arzobispo de Tarragona; tambien á don Fernando y á don Enrique. Fuera destos, de su legítima mujer tuvo á don Alonso y á doña Marina. La hija casó con Roberto, príncipe de Salerno, y deste matrimonio nació don Fernando, que fué el postrer príncipe de Salerno, y por su mal órden vivió en trabajos, desgracias y destierro hasta nuestra edad. Don Alonso fué duque de Villahermosa, cepa de que descienden aquellos duques de Villahermosa y condes de Ribagorza. En Toledo á los que dejada la religion cristiana que recibieron, se tornaban á la secta judáica, castigaban los inquisidores con mucho rigor y severidad. Verdad es que á otro mayor número desta gente, porque se redujeron, pidieron misericordia y confesaron sus culpas, les fué otorgado perdon. Estos se llaman hoy los de la gracia. Tratamos los hechos de España sin salir della; á las veces empero es forzoso por la trabazon que las cosas tienen entre sí y para cumplir con lo que se pretende en esta obra tocar asimismo algunas de fuera. Abrasábanse los señores napolitanos con una guerra que levantaron contra don Fernando, su rey, conjurándose y haciendo liga entre sí con intento de vengar los agravios muy graves y ordinarios que pretendian les hacia. Ayudábalos el pontífice Inocencio y animábalos, si bien mas los favoreció con el nombre que con fuerzas, á causa de su vejez y de otros cuidados que dél cargaban. Las cabezas de la conjuracion eran tres príncipes, el de Salerno, llamado Antonelo, y el de Besiñano, que se llamaba Jerónimo, y el de Altamura por nombre Pirro Bauçio; demás destos Pedro de Guevara, marqués del Vasto, y otros, sin embargo de estar muy obligados por las muchas mercedes que recibieron del Rey. Llegó á tanto, que por la fama cargaban asimismo á don Fadrique, hijo del Rey, de que con esperanza de suceder en el reino favorecia de secreto á los parciales; cosa que si fué verdad ó mentira, aun entonces no se pudo averiguar. La principal causa del odio que se levantó contra el Rey era don Alonso, su hijo, duque de Calabria, por sus malas costumbres y soltura tan grande en todo, que igualmente en deshonestidad y crueldad mucho se señalaba. El Rey por su grande prudencia y mucha experiencia de cosas determinó sosegar aquellas alteraciones mas con maña que con fuerzas. Así, á instancia del Pon-

tífice, que veia las cosas no sucedian prósperamente, y de Pedro, cardenal de Fox, el cual con este intento se partió para Roma al llamado del Papa para terciar en el caso, fué dado perdon general á los alborotados. Desde España otrosí el rey don Fernando envió para sosegar aquellas alteraciones por su embajador al conde de Tendilla, que para asegurar á los barones en nombre de su Rey y debajo de su palabra real con pleito homenaje que hizo, recibió en su salvaguarda y debajo de su amparo aquellos señores alborotados, á tal que, dejadas las armas, se redujesen á la obediencia. Mas el rey de Nápoles, luego que calmó la tempestad, hizo poco caso de aquellas promesas; su larga edad le inclinaba á creer lo peor; su condicion ejecutiva á vengarse de los que se le atrevian, confiado para todo lo que le podia suceder en las muchas riquezas que le dejó su padre, y él mismo con el mucho tiempo de su reinado las aumentó mucho mas. Determinado pues, despues de tomado el asiento, de castigar á sus contrarios, con ocasion de ciertas bodas que se celebraron en Castelnovo, hizo prender al conde de Sarno, que era uno de los parciales, con algunos otros, que todos pagaron con las cabezas. Otros muchos en diversos tiempos y en diversas coyunturas y ocasiones, entre ellos los príncipes de Altamura y de Besiñano, le vinieron á las manos; á estos hizo morir en prision. El rey de Castilla don Fernando no dejaba de agraviarse por sus embajadores, y protestar que no permitiria que ninguno hiciese burla de su palabra y de su fe. Menudeaban las quejas; mas ninguna cosa bastaba para doblegar el ánimo obstinado del rey de Nápoles, olvidado de la inconstancia de las cosas y muy descuidado de lo que sucedió adelante; que á la verdad la muerte destos señores y el odio que resultó por esta causa en los naturales abrian las zanjas y echaban los cimientos de su daño y de perder aquel reino, como se vió algunos años adelante. Volvamos la pluma atrás. En Alcalá de Henáres la reina doña Isabel á 16 de diciembre parió una hija, que se llamó doña Catalina, muy conocida por casar con dos hermanos, hijos del rey de Inglaterra, y por las desgracias que últimamente le sobrevinieron, y duraron siempre, así á ella como por esta ocasion á toda la nacion inglesa. ¿Cuán grandes olas de desventuras padecerá solo por la torpe deshonestidad de su marido y su deslealtad? Padecerá y llevará la pena de la culpa ajena. Tal fué la voluntad de Dios; las discordias de aquella nacion y las maldades abrieron camino para males tan grandes. Fué así, que presos y muertos Eduardo y Ricardo, legítimos herederos de aquella corona, Ricardo, tio de aquellos mozos, se apoderó violentamente del reino. Los medios y remates de su reinado fueron conformes á estos principios; su gobierno tiránico. Por esta causa Enrique, conde de Riquemonda, que primero estuvo preso en Bretaña, despues puesto en libertad venció al tirano en batalla y le quitó la vida, con que él mismo se quedó en su lugar con el reino que adquirió por este medio. Hijo deste Enrique fué Enrique VIII, rey de Inglaterra, muy conocido por sus desórdenes. El repudio que dió á la dicha doña Catalina, su mujer, y juntamente el apartarse, como se apartó, de la religion católica de sus antepasados, además de sus grandes torpezas, hicieron que su nombre y su memoria para siempre sea aborrecible y detestable.

CAPITULO VIII.

De las alteraciones de Aragon.

En Aragon hobo algunas ligeras alteraciones; los alborotos que en Cataluña se levantaron fueron mayores, con mayor porfía y de mayor riesgo. La prudencia del rey don Fernando y su mucha autoridad hizo que todo se allanase. La ciudad de Zaragoza está asentada en un llano á la ribera del rio Ebro; en hermosura de edificios, muchedumbre de ciudadanos, riquezas, arreos, gala y anchura igual ó casi á cualquiera otra de España, guarnecida de armas, soldados y murallas, acostumbrada á un gobierno muy templado, y por ende muy leal para con sus reyes, si no le quebrantan sus fueros y sus libertades que le dejaron sus antepasados; ca por guardar su libertad hallamos haberse muchas veces alborotado con un increible coraje y furor encendido. Están aquellos ciudadanos recatados por lo que han visto en otros, y por entender que de pequeños principios muchas veces resultan grandes tropiezos y accidentes muy pesados, como aconteció en este tiempo. Juan de Búrgos, alguacil del Rey, como es esta suerte de gente insolente, dijo ciertas palabras descomedidas á Pedro Cerdan, cabeza de los jurados y del Senado. Acudieron otros y prendieron al Alguacil. Puéstale acusacion y sustanciado su proceso, por sentencia le ahorcaron, sin tener respeto al desacato que en aquello se cometia contra la majestad real. Tenia el Rey á punto su gente para hacer entrada en el reino de Granada, como queda dicho, que la hizo al principio deste año, cuando avisado de lo que pasaba, mandó á Juan Hernandez de Heredia, gobernador de la general gobernacion del reino, que castigase aquel atrevimiento con severidad y rigor en los que hallase culpados. Sin embargo, á los embajadores que vinieron de parte de la ciudad sobre el caso despidió con palabras blandas. Díjoles que mandaba no se les hiciese algun agravio, como príncipe que era astuto y sagaz y de un ingenio muy hondo para disimular y fingir todo lo que le parecia á su propósito. No pudieron prender á la cabeza de los jurados, que le amparó el justicia de Aragon, que conforme á sus fueros y leyes tiene en esta parte suprema y mayor autoridad; hicieron justicia los ministros del Rey de Martin Pertusa, que era y tenia el segundo lugar entre los jurados, y fué el que mas se señaló en hacer se diese la muerte al Alguacil real. La ejecucion fué presta y sin tardanza, sacáronle á justiciar con las cartas del Rey, que llevaban en una lanza para efecto de reprimir el pueblo que se alborotaba, y queria en su defensa tomar las armas. El castigo de uno puso escarmiento en los demás, y los hizo advertir que los ímpetus de los reyes son bravos y grandes sus fuerzas. Con esto se sosegó esta revuelta. Mas poco despues se revolvió aquella ciudad y alteró por una maldad mas grave que la pasada. Hacia oficio de inquisidor en aquella ciudad Pedro Arbue, y conforme á lo que hallaba, castigaba á los culpados. Ciertos hombres homicianos de mala raza, con color de volver por la libertad ó aquejados de su mala conciencia y por temer de ser castigados, se resolvieron entre sí de dar la muerte al dicho Inqui-

sidor. Pensaron primero matalle de noche en su cama; no pudieron salir con esto á causa que las ventanas por do pretendian forzar el aposento tenian muy buenas rejas de hierro, que no pudieron arrancar. Acordaron ejecutar su rabia en la iglesia mayor á la hora de los maitines, en que acostumbraba á hallarse. Un miércoles, 14 de setiembre (quién quita deste número un dia, quién le añade, de cuyas opiniones nos hace apartar la razon del cómputo eclesiástico), como pues estuviese de rodillas delante el altar mayor junto á la reja, le dieron de puñaladas. El primero que le hirió en la cerviz fué Vidal Duranso, gascon, uno de los sacomanos, que con rostro muy fiero y encendido y palabras descompuestas le acometió; acudiéronle los otros con sus golpes hasta acaballe. No falleció hasta la noche siguiente del juéves, á los 15, en el cual espacio no se ocupó en otra cosa sino en alabanzas de Dios. Hiciéronle muy solemnes honras y enterramiento; su cuerpo sepultaron en el mismo lugar en que le dieron las heridas. Díjose que su sangre derramada hervia por todo aquel tiempo, si ya no fué que los ojos se engañaron y se les antojaba á los que miraban. Poco despues por mandado de la ciudad fué puesta una lámpara sobre su sepulcro; honra que no se suele hacer sino con los santos canonizados, así el emperador Cárlos V procuró adelante que se hiciese con autoridad del papa Paulo III y que se celebrase fiesta á los 15 de setiembre, como hoy se hace todos los años; todo á propósito que la virtud y méritos de aquel notable varon fuesen honrados como era justo. Los que le mataron, hombres perdidos y malos, dentro de un año todos con diversas ocasiones sin faltar uno perecieron, que fué justo juicio de Dios y muestra de su venganza, de que aquellos malos hombres no pudieron escapar, magüer que no cayeron en manos de jueces ni fueron por ellos justiciados. Además que la conciencia de los malos tiene dentro de sí no sé qué verdugos, ó ella misma es el verdugo que quita á los hombres el entendimiento. Resultó que en adelante para seguridad de los inquisidores les fué concedido que morasen dentro del alcázar que se llama del Aljafería. Esto en el reino de Aragon. En el principado de Cataluña, y particularmente en la comarca de Ampúrias, los vasallos, que vulgarmente llamaban pageses, eran maltratados de sus señores, poco menos que si fueran esclavos, desafuero que no se podia sufrir entre cristianos. Las imposiciones que los moros al tiempo que eran señores mandaban pechar á los cristianos, que eran muy graves en demasía, hacian aquellos señores que se las pagasen á ellos. Valíanse para esto y alegaban la costumbre inmemorial. Sentíase mal comunmente de lo que en aquella provincia pasaba. Las historias catalanas no declaran qué imposiciones eran estas; tampoco es razon adevinar; solamente dicen que por ser muy graves las llaman los Malos Usos, y que ninguno se podia eximir si no compraban la libertad á dineros como si fueran esclavos. Por esta causa muchas veces los naturales, tomadas las armas, intentaban ó librarse de aquella servidumbre, ó con la muerte poner fin á miserias tan grandes. Los ímpetus que nacen de la fuerza y necesidad son muy bravos. Por el contrario, la muchedumbre sin fuerzas y sin cabeza comunmente tiene poca eficacia en sus intentos, presto se cansa y amaina. Acudieron á pedir justicia á los reyes, primero á don Alonso, que fué tambien rey de Nápoles, despues á don Juan, su hermano, y últimamente á don Cárlos, príncipe de Viana. Todos mandaron que aquellas imposiciones se moderasen en cierta forma. No bastaba, mal pecado, su autoridad y mandado para refrenar el atrevimiento y codicia de la nobleza, que estaba determinada á defender con las armas lo que sus antepasados les ganaron y dejaron por juro de heredad. Era menester para allanallos las fuerzas y autoridad del rey don Fernando; él, visto que se continuaban ya algunos años los alborotos de aquella gente, con la ventura que tuvo en lo demás, su prudencia y buena maña, lo sosegó todo y con el buen órden que dió en aquellos debates. Hallábase en Alcalá de Henáres en este tiempo. Desde allí pasó con la Reina, su mujer, á Segovia y á Medina del Campo; en este viaje visitó en Alba á don García de Toledo, que ya se llamaba duque de Alba por merced del Rey, y por su edad se retiró á aquella su villa, en su lugar para que sirviese en la guerra de Granada quedó don Fadrique, su hijo. Pretendia el Rey en esto, fuera de honralle, reconciliálle, como lo hizo, con el condestable Pero Fernandez de Velasco; al cual y á don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Santiago, pensaba dejar para el gobierno de Castilla, resuelto de volver en persona á la guerra de Granada. Con esta determinacion pasó á nuestra Señora de Guadalupe. Allí, á 28 de abril, pronunció sentencia en el negocio de los pageses y en favor suyo, en que declaró ser aquella servidumbre muy pesada para cristianos y que no se usaba en ninguna nacion. Por tanto, mandaba que se revocase y se mudase en otra cosa mas llevadera. Esto fué que cada cual de los vasallos pagase á su señor cada un año sesenta sueldos barceloneses, tributo, aunque muy grave, pero que aceptó aquella gente de muy buena gana, tanto mas, que les dieron libertad de poder franquearse y redemir esta carga con pagar de una vez á razon de veinte por uno. Desta manera, despues de largas alteraciones que en aquella parte de España largamente continuaron, todo se sosegó. En Portugal con la muerte de aquellos señores conjurados, de que arriba se habló, las cosas se hallaban en sosiego, y el Rey ocupado en ennoblecer su reino, en particular Azamor, que es una ciudad de la Mauritania Tingitana, puesta á la ribera del Océano Atlántico al salir de la boca del estrecho de Cádiz á mano izquierda, plaza que algunos piensan los antiguos llamaron Timiaterium, como quier que los años pasados fuese tributaria á los reyes de Portugal, de nuevo hizo juramento de estar á su devocion y obediencia, y en señal de homenaje pecharia y enviaria á Portugal por parias cada un año diez mil alosas, cierto género de pescado de que hay allí mucha abundancia; reconocimiento muy honroso para aquella nacion y para sus príncipes, pues no solo por las armas y esfuerzo pudieron los años pasados mantenerse en libertad y fundar aquel reino, á que no tenian derecho muy claro, sino que de presente se adelantaron á sujetar naciones y ciudades apartadas, y se abrieron camino para alcanzar mayor gloria y mayores riquezas que antes.

CAPITULO IX.

Que muchos pueblos se ganaron de moros.

Iban las cosas de los moros de caida. Trabajábanlos no menos las discordias de dentro que el miedo de fuera. En la misma ciudad de Granada, Boabdil, llamado por la gente de su parcialidad, se apoderó del Albaicin, y con su llegada vinieron á las manos en las mismas calles de la ciudad unos ciudadanos contra otros con grande coraje y rabia. Todavía cuando los nuestros les hacian guerra se concertaban entre sí y acudian á la defensa. El miedo de mayor peligro los hacia apaciguarse. Pasada la tempestad, luego volvian á sus acostumbrados debates y á las puñadas. Estaban las cosas en este término, cuando un alfaquí, llamado Mozer, hombre tenido por santo, como por divina inspiracion andaba dando voces por las calles y plazas. «¿Hasta cuándo, decia, locuearéis? Hasta cuándo seréis frenéticos, que es locura mas grave? ¿Será justo que por ayudar á las codicias de otros y á la ambicion os mostreis olvidados de vos mismos, de vuestras mujeres, hijos y patria? Cosa es pesada decillo; pero si no lo ois de mí, ¿qué remedio tendrán nuestros males? ¿Por qué no volveis vuestros ánimos á lo que es razon? Y si no os mueve la infamia, á lo menos muévaos el riesgo en que todo está. ¿Por ventura teneis por legítimos estos reyes que, apoderados del reino malvadamente, no son parte para remediar estos males, y fuera del nombre de reyes, ni tienen valor ni fuerza? Por ventura la sombra destos vos amparará? Si no sacudís de presto esta cobardía, yo os anuncio que está muy cerca vuestra perdicion.» Movíase el pueblo con estas palabras; los mismos que no quisieran las dijera, juzgaban que decia verdad. A instancia pues asi deste alfaquí como de otros de la misma calidad que acudieron á concertar los reyes, se hizo entre ellos avenencia con estas condiciones: que el tio se quedase con Granada y con Almería y con Málaga, y todo lo demás fuese de Boabdil, su sobrino; el cual yo entiendo que se tenia en esta sazon en el Albaicin, dado que las historias lo callan por el gran descuido de los que las escribieron. Lo que principalmente se pretendia en esta confederacion era que por cuanto el rey Chiquito tenia confederacion con el rey don Fernando, quedasen á su cargo y en su poder todas aquellas plazas sobre que se entendia los nuestros darian primeramente. Entendieron este artificio los cristianos. Juntadas de todas partes sus gentes, acordaron de ir sobre Loja con mayor esperanza de ganalla que antes y mayor deseo de vengar el daño pasado. Boabdil, sea forzado de la necesidad de conservar su reputacion entre los suyos, ó con intento de mudar partido, con quinientos de á caballo salió de aquella ciudad para impedir el paso á los nuestros, que iban por caminos fragosos. Pero no obstante estas dificultades, llegaron á los arrabales, do tuvieron una escaramuza con los moros, y con muerte de algunos dellos, forzaron á los demás á retirarse dentro de la ciudad. Para cerrar mas el cerco asentaron sus reales en tres partes. Demás desto, rompieron la puente de la ciudad para que los enemigos no pudiesen hacer salidas; y por dos puentes que fabricaron de madera podian los cristianos libremente pasar de la una y de la otra parte del rio con toda comodidad. Plantaron la artillería, con que derribaron parte de la muralla. Aparejábanse para dar el asalto y entrar por la batería la ciudad, cuando los cercados, el noveno dia despues que el cerco se puso, se rindieron á partido de salir libres y sacar y llevar consigo todo lo que pudiesen de sus bienes y preseas. Salió Boabdil á los reales, y puestos los hinojos en tierra, protestó tuvo siempre el mismo ánimo; que no era razon le cargasen por lo sucedido de desleal, y pensasen hacia de voluntad lo que era necesidad y fuerza. Aceptáronse estas excusas, y fuéle dado perdon, especial que, aunque fuera culpado, era muy á propósito disimular con él para fomentar las discordias que entre los moros andaban. Hecho esto, el rey don Fernando fortificó aquella ciudad. Dió el cargo de guardalla á Alvaro de Luna, señor de Fuentidueña, nieto que era del condestable don Alvaro de Luna, con que pasó á combatir otros pueblos. En algunos pocos hicieron resistencia los moros, mas en vano, y los mas se rendian sin dificultad; entre los otros tomó á Illora á 28 de junio, y consiguientemente á Zagra, á Baños y á Moclin. Fué mucho lo que se obró, á causa que algunos destos pueblos eran tan fuertes por su sitio y murallas, que se pudieran entretener largo tiempo, y están á la vista de Granada ó muy cerca della, de donde podian ser socorridos; pero el miedo era mayor que las causas de temer. Illora se encargó á Gonzalo Fernandez de Córdoba, hermano de don Alonso de Aguilar. Destos principios tan flacos ¿cuán grande y señalado capitan en breve será en Italia? Solian los ciudadanos de Granada llamar á Illora el ojo derecho, y á Moclin el escudo de aquella ciudad; y así, con la pérdida destos lugares casi de todo punto perdieron la esperanza de poderse valer, mayormente que los vencedores pusieron fuego en la vega de Granada y la corrieron; los lloros, muertes y estragos por todas partes eran sin cuento. Todavía Abohardil envió parte de su caballería á la puente de los Pinos, muy conocida por los muchos daños que en nuestra gente hicieron los moros en aquel lugar los años pasados, y esto para que impidiesen á los fieles el paso del rio Genil. Quedóse él mismo en la ciudad por recelo no sucediese alguna novedad dentro della. No pudieron impedir los moros el paso de aquel rio, solamente con gran vocería, á su costumbre, cargaron sobre el postrer escuadron de los que quedaban por pasar, en que iba por capitan don Iñigo de Mendoza, duque del Infantado. Defendiéronse los nuestros valientemente; mas como estuviesen rodeados de gran morisma, que eran no menos que mil de á caballo y diez mil de á pié, y se hallasen muy apretados, fueron ayudados de los demás escuadrones que acudieron á socorrellos. Retiráronse con tanto los moros, y como los nuestros les fuesen picando por las espaldas, de nuevo se encendió la pelea en los olivares de la ciudad. En esta refriega don Juan de Aragon, conde de Ribagorza, se señaló de muy valiente, y fué gran parte para que la victoria se ganase. Acudia á todas partes con su caballo y armas resplandecientes, que era ocasion de que todos los contrarios le pretendiesen herir. Libróle Dios, si bien le mataron el caballo; y por lo mucho que hizo aquel dia, pareció á todos igualar en el esfuerzo y valor á su

padre. Estaba ya el estío muy adelante, cuando el rey don Fernando, puestas guarniciones en las plazas que se tomaron, nombró por gobernador para las cosas de la guerra y de la paz á don Fadrique, su primo, hijo del duque de Alba, para quitar la competencia que los señores del Andalucía tuvieran entre sí y el agravio que formaran si cualquiera dellos fuera antepuesto á los demás. Los gallegos á esta sazon se alteraban á causa que el conde de Lemos, sin embargo de lo que el Rey le tenia mandado y contra su voluntad, se apoderó de Ponferrada, villa muy fuerte en aquella comarca, y echó della la guarnicion que la tenia por el Rey. Esto forzó á los reyes, dejadas las cosas del Andalucía, de acudir á sosegar estos bullicios. Hízose así; luego que allí llegaron, los vecinos de aquella villa les abrieron las puertas. Los soldados se excusaban con el Conde, que les dió á entender lo hecho era órden del Rey y su voluntad. Aceptóse su excusa, y juntamente al Conde fué dado perdon porque acudió en persona y se puso en manos del Rey; solo le penó en quitalle aquel pueblo y algunos otros, que quedaron por la corona real. Desta manera á un mismo tiempo los moros eran combatidos con gran fuerza, y los señores por lo que al Conde pasó quedaron escarmentados, y comenzaron á allanarse para no hacer, como lo tenian de costumbre, fuerzas, robos ni agravios. Sobre todo los reyes, despues de cumplidas sus devociones en la ciudad y iglesia del apóstol Santiago, vueltos á Salamanca, en que se detuvieron algunos dias, al principio del año 1487 acordaron de poner en Galicia una nueva audiencia con sus oidores y presidente y suprema autoridad, á propósito de reprimir aquella gente de suyo presta á las manos y mover bullicios, sin hacer caso de las leyes ni de los jueces ordinarios. En este medio don Fadrique, hijo del duque de Alba, ardia en gran deseo de mostrarse y ganar reputacion, acometer alguna hazaña señalada. Gran número de cristianos que tenian encerrados en las mazmorras en el castillo de Málaga daban intencion que si los fieles sobreviniesen, quebrantarian las prisiones y les darian entrada en aquella plaza. Seiscientos de á caballo que envió para este efecto, por ir los rios muy crecidos á causa de las continuas aguas, no pudieron pasar adelante ni salir con lo que pretendian. Dentro de la ciudad de Granada andaba no menos debate que antes entre los dos reyes moros, tanto, que Abohardil con soldados que hizo venir de Guadix y Baza acometió el Albaicin y le entró. Acudió Boabdil al peligro y rebate con los suyos, y forzó al enemigo á retirarse. Pelearon con gran fuerza en la plaza de la mezquita mayor; ensangrentóse la ciudad malamente; murieron muchos de la una y de la otra parte. Llegó á esta sazon el rey don Fernando desde Salamanca, y entró en Córdoba á 2 de marzo. Desde allí, sabido el aprieto en que se hallaba aquel Rey su confederado, le envió gente de socorro con el capitan Hernando Alvarez de Gadea, alcaide de Colomera. Con esta ayuda cobró tanto ánimo, que no cesaba, no solo de defender su partido, sino tambien de acometer al enemigo con gran ventaja suya y espanto de los contrarios, y no menos estrago de los ciudadanos, que pagaban á su costa la locura de aquellos dos reyes con la pasion desatinados y sandios.

CAPITULO X.

La ciudad de Málaga se ganó.

Tratábase en Córdoba y consultábase sobre la manera que se debia tener en hacer la guerra á los moros. Los pareceres eran diferentes; unos decian que fuesen sobre Baza, otros que sobre Guadix. El Rey se resolvió de marchar la vuelta de Málaga por ser aquella ciudad á propósito para venir á los moros socorros de Africa, como les venian, á causa que el mar es angosto y el paso estrecho por aquella parte. Con esta resolucion, sin dar á entender lo que pensaba hacer, salió de Córdoba á 7 de abril. Llevaba doce mil de á caballo y cuarenta mil infantes. Llegados que fueron á tierra de moros, el Rey descubrió lo que pretendia. Dijo en pocas palabras á los soldados que los llevaba á do tenian la victoria cierta, á causa que hallarian los enemigos desanimados por la discordia que tenian entre sí y por el miedo, y las fuerzas que les quedaban, las tenian repartidas en muchas guarniciones. Que si con la alegría acostumbrada y su buen talante se diesen priesa, sin duda saldrian con aquella empresa muy honrosa para todos y de aventajado interés, lo cual hecho y sujetada con esta traza gran parte de aquella provincia, demás de los otros pueblos y ciudades que ya les pagaban tributos y les reconocian homenaje, ¿qué le quedaria al enemigo últimamente fuera del nombre de rey? Que por sí mismo caeria, aunque ninguno le hiciese fuerza; y con todo eso la gloria de dar fin á cosa tan grande se atribuiria á los que se hallasen en la conclusion y remate. Mirasen cuánto era el aplauso y cuán gran concurso de gente acudian á animallos para aquella jornada; y era así, que por do quiera que iban, hombres, niños, mujeres les salian al encuentro de todas partes por aquellos campos, y les echaban mil bendiciones; llamábanlos amparo de España, vengadores de las injurias hechas á la religion cristiana y de los ultrajes; que en sus manos derechas y en su valor llevaban puesta la salud comun y la libertad de todos; que Dios les diese bueno y dichoso viaje y muy presto la victoria deseada de sus enemigos. Hacian sus votos y plegarias á los santos para tenellos propicios, y á ellos convidaban á porfía, y cada uno les hacia instancia que tomasen dél lo que les fuese necesario. Al contrario, la modestia de los soldados era tan grande, que ni querian ser cargosos ni detenerse ni apartarse de las banderas para recebir refresco ni regalo. Sabida pues la voluntad del Rey y su determinacion, con mayor esfuerzo y alegría respondieron que los llevase á la parte que fuese su voluntad y merced, que por su mandado y debajo de su conducta no esquivarian de acometer cualquier peligro y afan. Comenzó á marchar el ejército; pareció que debian primero combatir á Vélez, que es un buen pueblo cerca de Málaga. Con esta resolucion hicieron sus estancias junto al rio que por allí pasa. Salieron á escaramuzar los del pueblo y dieron sobre los gallegos, gente, aunque endurecida con los trabajos y poco regalo de su tierra, pero no acostumbrada á pelear en ordenanza, sino repartidos por diversas partes y de tropel como sucedia juntarse; así fueron maltratados. Acudieron otros á su defensa, con que los del pueblo mal

su grado se retiraron dentro de las murallas. Ganaron los arrabales y plantaron la artillería para batir los adarves. Acudieron los aldeanos del contorno para dar socorro á los cercados; mas fué el ruido que el provecho. Abohardil, luego que supo en Granada el intento de los cristianos, determinó socorrer aquella ciudad, en cuyo peligro consideraba se ponia á riesgo todo su estado. Con esta resolucion envió á Roduan Vanegas, gobernador de Granada y capitan valeroso, para que fuese delante, y con él algunas banderas de soldados á la ligera, y espaldas de trecientos de á caballo. Prometióles que dentro de pocos dias iria él mismo en persona y los seguiria. Hízose así. Pretendia Roduan de noche sin ser sentido dar sobre los nuestros y enclavar la artillería. No pudo salir con su intento. Acudió el rey Moro y asentó sus reales en cierta fragura que hay cerca de aquella villa. Tenia veinte mil hombres de á caballo, y de á pié otros tantos. Todavía su ejército ni era tan grande ni tan fuerte como el contrario; confiaba empero se podria sustentar con la fortaleza del lugar en que se puso. No le valió su traza á causa que los cristianos cargaron sobre él y le entraron los reales y saquearon el bagaje. El rebato fué tal, que todos los moros se pusieron en huida, cada cual como pensó ó pudo salvarse. Lo que fué peor, que como vieron á este Rey vencido, los que le eran aficionados le desampararon, y porque volvia sin su ejército, los de Granada cerraron las puertas al miserable y desgraciado. Hecho esto, alzaron por rey de comun consentimiento y dieron la obediencia á Boabdil, su competidor, que á los que huyen todos les faltan. Los de Vélez, perdida toda esperanza de poderse defender, por medio de Roduan y á su persuasion, ca tenia familiaridad con el conde de Cifuentes desde el tiempo que estuvo preso en Granada, se rindieron á 27 de abril á partido y con condicion que tuviesen libertad de irse do les pluguiese y llevar consigo sus bienes. Luego que los nuestros quedaron apoderados de aquella plaza sin derramar sangre ni perder gente, un pueblo, llamado Bentome, que cae allí cerca, á ejemplo de Vélez se entregó y recibió dentro guarnicion de soldados. El gobierno y guarda deste pueblo se entregó á Pedro Navarro, hombre que de bajo suelo y marinero que fué, salió capitan señalado, mayormente los años adelante. Con esto los de Málaga cobraron gran miedo; dudaban de poder entretenerse mucho tiempo á causa que no tenian esperanza, á lo menos muy poca, de que les viniese socorro. Así, el alcaide y gobernador, llamado Abenconnija, salió de la ciudad á tratar de rendirse por intervencion de Juan de Robles, que estuvo mucho tiempo cautivo en Málaga. Tuvieron noticia destos tratos y práticas cierto número de soldados berberiscos que allí tenian de guarnicion para defender aquella ciudad; temian no les entregasen á los enemigos, y juntamente indignados de que sin dalles parte se tratase de cosa semejante, acometieron el castillo principal que está sobre aquella ciudad, y se llama el Alcazaba, y se apoderaron dél; echaron fuera y degollaron los soldados que tenia de guarnicion, y entre ellos un hermano del mismo Abenconnija. Tras esto acuden á las murallas, cierran las puertas para que nadie de los ciudadanos pudiese tener habla con los cristianos. Si alguno se desmandaba, pagaba con la vida; castigo con que pretendian escarmentar á los demás. Perdida pues esta esperanza, el Rey hizo traer tiros mas gruesos de Antequera, y con ellos adelantó sus reales y los puso, á 15 de mayo, á vista de Málaga. Está aquella ciudad asentada en un llano si no es por la parte que se levanta un recuesto en que están edificados dos castillos; el mas bajo se llama Alcazaba, y el que está en lo mas alto se llama Gebalfaro. La ciudad es pequeña de circuito, pero muy hermosa, y conforme á su grandeza llena de gente. Tiene puerto y atarazanas por la parte que es bañada del mar; por las espaldas se levantan ciertos montes y collados plantados de viñas y de huertas, en que los ciudadanos tienen muchas casas de placer. Del un castillo al otro van dos muros tirados con que se juntan entre sí y se pasa del uno al otro. La campiña es hermosa, el cielo alegre, la vista del mar muy ancha, y en aquel tiempo era rica y muy noble por el comercio y contratacion de Africa y de levante. Hallábanse en los reales del Rey y en su compañía el maestre de Santiago, el almirante de Castilla, el de Villena, el de Benavente, el maestre de Alcántara y don Andrés de Cabrera, marqués de Moya; demás destos casi todos los señores del Andalucía y muy buenos socorros que acudieron de aragoneses. Pareció cercar aquella ciudad de mar á mar con foso, con trincheas y albarradas y poner golpe de gente en el collado en que está el castillo menor. Hízose lo uno y lo otro; dióse cuidado de los que pusieron en el collado al marqués de Cádiz. La Reina otrosí vino al cerco, y en su compañía el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza y fray Hernando de Talavera, por su buena y santa vida de fraile de san Jerónimo, como queda dicho, promovido en obispo de Avila. Antes que se acabasen los fosos y valladar salieron algunas veces á escaramuzar los moros; al contrario, los cristianos asimismo acometian las murallas. En uno destos rebates fué muerto Juan de Ortega, soldado que se señaló mucho en esta guerra, así bien en la toma del castillo de Albama como en muchas otras empresas memorables. A 29 de mayo salieron tres mil moros de la ciudad con intento de acometer las estancias del marqués de Cádiz. Mataron las escuchas, rompieron el primer cuerpo de guarda, y hecho esto, entraron en los reales. El marqués de Cádiz, sin perder el ánimo por aquel sobresalto, con su gente puesta en ordenanza salió al encuentro á los enemigos. La pelea fué brava, muchos de los fieles cayeron muertos, el mismo Marqués quedó herido; el estrago de los enemigos fué mayor, si bien los mas escaparon por tener la acogida cerca. Sucedió que en la ciudad por la gran cuita en que se veian puestos, algunos se resolvieron de matar al Rey; en particular un moro, tenido por santo entre aquella gente, para salir con este dañado intento se dejó prender; pidió le llevasen al Rey. Fué Dios servido que á la sazon reposaba; mandó la Reina le llevasen á la tienda del marqués de Moya. El moro por el arreo y riquezas que veia, se persuadió que era aquella la tienda real. Puso mano á un alfanje, que por poca advertencia no le quitaron, y con él se fué denodado, feroz y con aspecto y rostro espantable para don Alvaro de Portugal, que acaso estaba hablando con la marquesa doña Beatriz de Boba-

dilla. Don Alvaro, abajado el cuerpo, huyó el golpe. El moro fué preso y muerto por la gente que acudió al ruido. Desta manera por merced de Dios se evitó este peligro. Aumentóse el número de la gente con la venida del duque de Medina Sidonia. Asimismo desde Flándes, Maximiliano, duque de Austria, que poco despues fué césar y rey de romanos, envió dos naves gruesas cargadas de todos los pertrechos y municiones de guerra, y por capitan á don Ladron de Guevara. El número de los enemigos asimismo se acrecentó á causa que algunos moros, por los reparos que caian junto al mar, se metieron en la ciudad para socorrer á los cercados. Apretábalos la hambre, y con todo esto los berberiscos no se doblegaban á querer partido. Los ciudadanos, cuyo así riesgo como miedo era mayor, se inclinaban á rendirse. Uno dellos, persona en autoridad y riquezas de los mas principales, llamado Dordux, salió á los reales á tratar de conciertos. Respondió el Rey que en ningun partido vendria si no fuese que entregasen la ciudad á su voluntad. Esto en público; mas de secreto y en puridad prometió á Dordux que si terciaba bien y lealmente, daria libertad á él y á todos sus parientes sin que recibiesen algun mal, demás de las mercedes que le haria muy grandes. Dió el Moro la palabra de hacello así. Llevó consigo gente del Rey, y dióles entrada en el castillo y puso el estandarte real en lo mas alto de la torre del homenaje. El espanto de los ciudadanos por esta causa y de los africanos fué grande, bien que mezclado con alguna esperanza. Persuadíanse los mas que lo que se asentara con Dordux guardarian los vencedores con los otros. Con esta persuasion enfardelaban resueltos de partirse. Engañóles su pensamiento; acudieron los nuestros y les quitaron todos sus bienes junto con la libertad. Lo mismo se ejecutó con los soldados que tenian de guarnicion en los castillos, y por semejante yerro para irse se salieron al mar. En particular los africanos con su capitan Zegri fueron presos. Los que de los cristianos se pasaran á los moros, que eran muchos, pagaron con las vidas. A los judíos que despues de bautizados apostataron de la religion cristiana quemaron. A los demás, así judíos como moros naturales de aquella ciudad, se les hizo gracia que se librasen por un pequeño rescate y talla; la toma de aquella nobilísima ciudad sucedió á los 18 de agosto. Hiciéronse alegrías en toda España por esta victoria, procesiones y rogativas para dar gracias por tanta merced á Dios nuestro Señor. Averiguóse que aquella ciudad en tiempo de los godos tuvo obispo propio; y así, con bula que para ello se ganó del pontífice Inocencio, le fué restituida aquella dignidad. Enturbióse algun tanto esta alegría con un aviso que vino de levante que el gran turco Bayazete con una gruesa armada que tenia junta, pretendia bajar á Sicilia para divertir las fuerzas de España y hacer que aflojasen en la guerra de Granada; y aun se rugia que para este efecto y quedar desembarazado hizo paces con el gran soldan de Egipto.

CAPITULO XI.

En Aragon se asentó la hermandad entre las ciudades.

Los moros de Granada se hallaban apretados y á punto de perderse por la guerra que les hacia el rey don Fernando. Los portugueses, por el contrario, con las navegaciones que hacian y flotas que enviaban cada un año, se abrian camino para las ciudades de levante, empresa grande á que dió principio, como arriba queda dicho, el infante don Enrique, que hizo los años pasados descubrir las marinas exteriores de Africa. Continuóse esto los años siguientes sin cesar de llevallo siempre adelante. Pero como quier que el provecho no respondiese á tan grandes trabajos y gastos, trataban de pasar á las ricas provincias de la India con intento de encaminar á su tierra las riquezas de aquellas partes, de que era grande la fama; y el cielo con mano liberal repartió mas copiosamente de sus bienes con aquellas gentes que con otras todo género de drogas y especias, piedras preciosas, perlas, oro, marfil, plata, sin otras cosas, que mas la ambicion de los hombres que la necesidad ha hecho estimar en mucho. Nunca se refieren las cosas puntualmente como pasan; siempre la fama las acrecienta y pone mucho de su casa. Deciase que tenian bosques de árboles muy grandes y en extremo altos de canela, cañafístola y clavos, grande abundancia de pimienta y jengibre, animales de formas extrañas y hombres de costumbres y rostros extraordinarios. Parecia á las personas prudentes cosa de grande locura acometer y pretender con las fuerzas de Portugal, que eran muy pequeñas, de pasar á aquellas regiones y gentes, puestas en lo postrero del mundo por tan grande espacio de tierra y de mar; vencia empero todas estas dificultades la codicia de tener y el deseo de ganar honra. Con esta resolucion los años pasados el rey de Portugal envió á Bartolomé Diaz, piloto muy experimentado, para que fuese al cabo de Buena Esperanza, en que hácia la parte de mediodía muy adelante de la equinoccial adelgazándose las riberas por la parte de poniente y por la otra de levante, se remata la grande provincia de Africa, tercera parte del mundo. Este pues, pasado aquel cabo, llegó hasta un rio, que llamaron el rio del Infante. Fué este grande acometimiento y porfía extraordinaria. Fray Antonio, de la órden de San Francisco, iba en compañía de Bartolomé Diaz, y era persona diligente, sagaz y atrevida. Este desde allí por tierra, considerada gran parte de la Africa y de la Asia, llegó á Jerusalem; últimamente, él por tierra, y Bartolomé Diaz por el mar, vueltos á Portugal, dieron aviso al Rey y á los portugueses de lo que vieron por los ojos. Animados pues con tan buen principio, cobraron mayor ánimo para llevar al cabo lo comenzado. Para mejor ejecutar esto escogieron dos personas de grande ánimo y experiencia, y sobre todo muy diestros y ejercitados en la lengua arábiga para que pasasen adelante; el uno se llamaba Pedro Covillan y el otro Alonso Paiva. Por excusar el gran gasto que se hiciera si los enviaran por el mar con armada, les ordenaron que por la tierra fuesen á ver y atalayar las partes mas interiores de Africa y de Asia. Con este órden salieron de Lisboa á los 15 de mayo, pasaron á Ná-

Poles, tocaron á Rodas, visitaron á Jerusalem, dieron vuelta á Alejandría y llegaron al Cairo, ciudad la mas principal de Egipto. Allí se apartaron, Pedro Covillan para Ormuz, que es una isla á la boca del seno Pérsico, donde pasó á Calicut; Alonso de Paiva tomó cuidado de mirar y calar las partes interiores de Etiopia, en que le sobrevino la muerte. Por esta causa y por cartas que vinieron de su Rey á Pedro Covillan en que le mandaba no volviese á su tierra antes de tomar noticia de todas aquellas provincias, pasó á Etiopia. Pagáronse de sus costumbres y su ingenio Alejandro, al cual vulgarmente llaman Preste Juan, y Nahu y David, sus sucesores; no le dejaron por ende partir, antes le casaron, heredaron y dieron con que se sustentase. Visto que no podia volver, desde allí envió por escrito al rey de Portugal una informacion de todo lo que vió y halló. Avisaba que Calicut era una plaza y mercado el mas rico y famoso de todo el oriente, los naturales de color bazo y de membrillo, poco valientes y de costumbres muy extravagantes. Que de la cinta arriba andaban desnudos, vestidos solo de la cintura abajo, los mas con mucho oro y seda, y los brazos cargados de perlas, de los hombros fiada una cimitarra con que peleaban; lo que mas espanta, que una mujer casaba y casa con muchos maridos, por la cual causa, como quier que nadie conozca su padre ni sepa con certidumbre quién le engendró, los hijos no heredan, sino los sobrinos, hijos de hermanas. Avisaba otrosí que en Etiopia hay muchas naciones muy extendidas, todas de color negro, y que tienen nombre de cristianos, la antigua religion en gran parte estragada y mezclada con ceremonias de judíos y errores de herejías. Todas obedecen á un rey muy poderoso, que tiene grandes ejércitos de á pié y de á caballo, y siempre se aloja en los pabellones y reales. Que cuidaba se podria reducir aquella gente, si con embajadas que se enviasen de la una á la otra parte se asentase con aquellos reyes alguna confederacion; pero lo mas desto sucedió los años siguientes. Volvamos con nuestro cuento al rey don Fernando. Despues de tomada Málaga, ya que pretendia pasar adelante, las alteraciones de Aragon le forzaron á ir allá para atajar grandes insultos, robos y muertes que se hacian. Particularmente en Valencia, don Filipe de Aragon, maestre de Montesa, vuelto de la guerra de Granada, mató á Juan de Valterra, mozo de grande nobleza y que era su competidor en los amores de doña Leonor, marquesa de Cotron, hija de Antonio Centellas. Desta muerte resultaron grandes alborotos en aquella ciudad. Para acudir á todo esto los reyes don Fernando y doña Isabel partieron de Córdoba. Por sus jornadas llegaron á Zaragoza á los 9 de noviembre. En aquella ciudad se mudó la manera de nombrar los oficiales y magistrados. Antiguamente lo hacia el regimiento y el comun del pueblo, de que resultaban debates. Ellos mismos pidieron les quitasen aquella autoridad y la tomase el Rey en sí á propósito de evitar los alborotos que sobre los nombramientos se levantaban; demás desto, á ejemplo de de Castilla, se ordenaron ciertas hermandades entre las ciudades que acudiesen cada cual por su parte con dineros para la paga de ciento y cincuenta de á caballo que anduviesen por toda la tierra y reprimiesen por temor y castigasen con severidad los insultos y maldades. Sacóse otrosí por condicion que el capitan y superior de toda esta hermandad le nombrase el Rey; pero que fuese uno de tres ciudadanos de Zaragoza que señalase el senado y regimiento. Diéronles asimismo ordenanzas para que se gobernasen, en razon que no usasen mal de aquel poder que se les daba. Esto se efectuó por principio del año siguiente de 1488 en los mismos dias que un embajador del rey de Nápoles, llamado Leonardo Tocco, griego de nacion y del linaje de los emperadores griegos, al cual los turcos quitaron un gran estado y forzaron á huirse á Italia, vino á tratar del casamiento que los años pasados se concertó entre don Fernando, príncipe de Capua y nieto del rey de Nápoles, y la infanta doña Isabel, hija del rey don Fernando. Esta demanda no hobo lugar, ni se efectuó el casamiento á causa que el Rey pensaba casar su hija con el rey de Francia ó con el príncipe de Portugal para que fuese, como se persuadia, un vínculo perpetuo de concordia entre aquellas naciones. Bien que ofrecieron en su lugar á la infanta doña María con tal que desistiesen aquellos príncipes del primer concierto y los primeros desposorios se diesen por ningunos. De Zaragoza pasaron los reyes á Valencia; sobrevino sin pensallo Alano, padre de Juan de Labrit, rey de Navarra. El deseño y intento era que el Rey les ayudase para defender su estado del rey de Francia, que les tomara gran parte dél pasados los montes, y para sosegar á los navarros de aquende, que andaban alborotados. En particular los biamonteses estaban apoderados de gran parte de Navarra, sin dar lugar á los reyes que pudiesen entrar en su reino, si bien tres años antes tomaron asiento con el conde de Lerin, por el cual á él y á sus deudos y aliados fueron dados los cargos y pueblos que tuvieron sus antepasados, y aun le añadieron de nuevo otros muchos para ganalle; pero la deslealtad y ambicion no se doblega por ningunas mercedes. Demás desto, pretendia que el Rey amparase á Francisco, duque de Bretaña, con cuya hija, llamada Ana, por no tener hijo varon, muchos deseaban casar. En especial Cárlos VIII, rey de Francia, le hacia guerra por esta causa. De parte del Duque estaba el dicho monsieur de Labrit y el duque de Orliens. A Maximiliano, que ya era césar y rey de romanos, tenian preso con guardas que le pusieron. Los de Brujas, ciudad de Flándes, con grande atrevimiento le acometieron y prendieron dentro de su mismo palacio. Ponia esto en nuevo cuidado, porque aquel Príncipe era amigo de los españoles, y el dicho Labrit, que venia á dar aviso de todo esto, su confederado. Por conclusion, á instancia de Alano, que no rehusaba cualesquier condiciones que le pusiesen, se hizo entre el Rey y él alianza y liga contra todos los príncipes, excepto solo el rey de Francia. No era seguro que Alano y su hijo se le mostrasen contrarios al descubierto por tener su estado todo, parte sujeto, parte comarcano á la corona de Francia; todo era disimulacion; la intencion verdadera de valerse de las fuerzas de España contra Francia. Púsose por condicion, entre otras, que se hiciese una armada y se levantase gente en las marinas de Vizcaya, que se envió finalmente á Bretaña debajo de la conducta y regimiento de Miguel Juan Gralla,

maestresala del Rey, de nacion catalan. Otorgáronse las escrituras de toda esta confederacion y capitulaciones á 21 de marzo, cuyo traslado no me pareció poner aquí.

CAPITULO XII.

Que volvieron á la guerra de los moros.

Comenzaron los reyes á tener Cortes del reino de Valencia en aquella ciudad, que se acabaron en la ciudad de Origüela. Pretendian por este camino castigar los insultos y maldades que se hacian en aquella provincia, no con menor libertad que en Aragon. Sosegadas estas alteraciones, el rey don Fernando se apresuraba para pasar por el reino de Murcia, que caia cerca de tierra de moros. Hacíanse nuevos aparejos para proseguir aquella guerra hasta tomar aquel reino, donde Abohardil con grande dificultad sustentaba el nombre de rey, si bien se hallaba con mayores fuerzas que su sobrino, por tener debajo su jurisdiccion á Guadix, Almería y Baza, con toda la serranía de Granada, que llega hasta el mar, de que podia recoger mayores intereses á causa que la guerra, por ser la tierra tan fragosa, no habia llegado á aquellos lugares, demás de los grandes provechos que se sacaban del artificio de la seda, que era y es la mas fina de toda España. Allegábase que los naturales andaban desabridos con Boabdil; teníanle por cobarde y enemigo de su secta; decian era moro de solo nombre, y de corazon cristiano. Demás desto, Abohardil ganara reputacion y crédito con una entrada que por bosques y lugares ásperos hizo en la campiña de Alcalá la Real; la presa y cabalgada fué grande que llevó á Guadix, de ganados mayores y menores, por estar la gente descuidada y no pensar en cosa semejante á causa que todo lo que caia por allí de moros se tenia por Boabdil, amigo y confederado, atrevimiento de que muy en breve se satisfizo Juan de Benavides, á cuyo cargo quedó aquella frontera. Quemó los campos de Almería y hizo otros muchos daños. Los apercebimientos para la guerra no se hacian con el calor que quisiera el rey don Fernando, por cuanto la tierra del Andalucía estuvo trabajada con peste este año y el pasado; por lo demás muy deseosos todos de hacer el postrer esfuerzo y concluir con guerra tan larga. Por este respeto mandó que acudiesen todas las gentes á la ciudad de Murcia, do él quedaba, con resolucion de combatir á Vera, que es una villa á la ribera del mar, y se entiende que es la que Pomponio Mela llamó Vergi ó Antonino Varea. No hobo dificultad alguna en tomarla; los moradores sin dilacion, por estar sin esperanza de poderse defender, se rindieron á 10 de junio, y á su ejemplo hizo lo mismo Mujacra, llamada de los antiguos Murgis, y tambien los dos lugares llamados Vélez el Blanco y el Rojo, con otros muchos castillos y pueblos que no estaban bien fortificados ni tenian guarnicion bastante. Tan grande era el miedo que cobraron y el peligro en que los enemigos se veian, que desanimados y porque no les destruyesen los campos, se rendian sin dificultad. Deseaba el Rey pasar sobre la ciudad de Almería, que está por allí cerca. Impedia la entrada un castillo, por su sitio inexpugnable, llamado Taberna, que para fortificalle mas y poner nueva guarnicion de soldados, el Rey mas viejo acudió desde Guadix con mil de á caballo y veinte mil de á pié. Pretendia juntamente con aquella gente ponerse en los bosques y dar sobre los que de los cristianos se desmandasen, determinado de excusar la batalla como el que sabia que sus fuerzas no eran bastantes á causa que su ejército era gente allegadiza y no tenia ejercicio en las armas. Como los bárbaros rehusasen la batalla, los nuestros con mayor ánimo enviaban de ordinario escuadrones de gente para destrozar y talar los campos. El mayor daño cargó en la campiña de Almería, y despues en los campos de Baza, tierra que por ser de regadío es de mucho provecho y fertilidad. Las acequias con que se reparten las aguas por aquellos llanos embarazaron á los nuestros, y fueron en esta entrada ocasion que recibiesen no pequeño daño. Muchos fueron muertos por los moros que acudieron, y entre otros don Filipe de Aragon, maestre de Montesa, mozo feroz y brioso por su edad y por su nobleza. El rey don Fernando por este revés y por otros encuentros se hallaba con poca gente. Puso por entonces guarniciones en lugares á propósito, y con tanto se fué primero á Huescar, pueblo que está cerca de Baza; despues por la ribera abajo del rio Segura pasó á Murcia; desde allí á Toledo con intento de pasar á Castilla la Vieja, ca le forzaban ir allá ocasiones que se ofrecian. Con su partida el rey Moro cargó sobre los pueblos que le tomaron, y los redujo todos á su obediencia, parte con promesas, parte con amenazas. En este comedio los moradores de Gausin, que era un pueblo muy fuerte cerca de Ronda, cansados del señorío de cristianos, ó por su acostumbrada ligereza y poca lealtad, se conjuraron entre sí para matar los soldados, como lo hicieron, los que tenian de guarnicion y que andaban por el pueblo descuidados de cosa semejante. No les duró mucho la alegría deste hecho. Los moros comarcanos, para mostrar que no tenian parte en aquel insulto y por temor de ser castigados, se apellidaron para tomar emienda de aquel caso y cercaron á Gausin. Acudieron con nuevas gentes desde Sevilla el marqués de Cádiz y el conde de Cifuentes, y recobrado que hobieron aquella plaza, á todos los moradores en venganza del aleve pasaron á cuchillo ó los dieron por esclavos. Llegó á Valladolid el rey don Fernando un sábado á 6 de setiembre. Allí se le ofreció una nueva ocasion para recobrar la ciudad de Plasencia, que la poquedad de los reyes pasados la enajenó y puso en poder de la casa de Zúñiga. Fué así, que por muerte de don Alvaro de Zúñiga, que falleció en aquella sazon, sucedió en aquel estado un nieto suyo del mismo nombre, hijo de su mayorazgo, que falleció en vida de su padre. Pretendia tener mejor derecho Diego de Zúñiga, tio del sucesor, por estar en grado mas cercano al defunto. Los deudos y aliados estaban repartidos y divididos entre los dos. Con esto tuvieron ocasion los Carvajales, que eran el bando contrario y muy seguidos en aquella ciudad, para apoderarse della con las armas. No pudieron hacer lo mismo del castillo, que se le defendieron los soldados que le guardaban. Acudió luego el rey don Fernando con muestra de apaciguar aquellos alborotos. Apoderóse de todo, por causa que el nuevo duque don Alvaro se le rindió, y contento con la villa de Béjar y lo

demás de aquel estado, partió mano de aquella ciudad, si bien el rey don Juan el Segundo, á trueco de la villa de Ledesma, la dió á don Pedro de Zúñiga, bisabuelo deste don Alvaro. Desto resultó gran miedo á los demás señores; recelábanse les seria forzoso restituir al Rey, por tener mas poder y prudencia, lo que por las revueltas de los tiempos como por fuerza les dieron los reyes pasados. En Aragon otrosí resultaron nuevos alborotos. La ocasion, que los señores pretendian desbaratar la hermandad que poco antes se puso entre las ciudades, como cosa pesada y que los enfrenaba y que era muy contraria á sus particulares intereses y pretensiones. No pararon hasta tanto que los años adelante en unas Cortes que se tuvieron en Tarazona alcanzaron que aquella hermandad se deshiciese por espacio de diez años. Para librar á Maximiliano de la prision en que le tenian los de Brujas, los reyes despacharon á Flándes por sus embajadores á Juan de Fonseca y á Alvaro Arronio. Gobernáronse ellos prudentemente; en fin, concluyeron aquel negocio como se deseaba, y Maximiliano se apaciguó con sus vasallos. Pretendia él por estar viudo de madama María, su primera mujer, señora propietaria de aquellos estados, de casar con doña Isabel, infanta de Castilla. En esto no vinieron sus padres por estar prometida al príncipe de Portugal, si bien dieron intencion que una de las hermanas de la infanta doña Isabel podia casar con Filipe, su hijo y heredero, luego que tuviese edad para ello. Con este deseño de casarle en España su abuelo el emperador Federico en aquella sazon le dió título de archiduque de Austria, como quier que los señores de aquel estado antes deste tiempo solamente se intitulasen duques. En Roma hacian oficio de embajadores por los Reyes Católicos acerca del Papa el doctor Medina y el protonotario Bernardino de Carvajal, poco despues obispo de Astorga, en lugar de don García de Toledo, y adelante el dicho Bernardino fué cardenal y obispo de Osma, de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza y de Plasencia sucesivamente. Mandaron los reyes á estos embajadores que por cuanto Maximiliano, rey de romanos, envió sus embajadores al Papa fuera de lo que se acostumbraba, como algunos pretendian, por ser vivo el Emperador, su padre, que les diesen el primer lugar solamente en caso que los embajadores de Francia hiciesen lo mismo. Que advirtiesen no los dejasen asentar en medio de los de Francia y ellos, sino que si los de Francia precedian, ellos al tanto tomasen mejor lugar. Ayudó mucho para poner en libertad á Maximiliano el recelo que los de Brujas tuvieron de la armada que el señor de Labrit aparejaba en las marinas de Vizcaya, como quedó concertado. Pasó á Bretaña la armada; la pérdida y daño que allí se recibió fué grande; el duque de Orliens y sus confederados quedaron desbaratados por las gentes del rey de Francia en una batalla que se dió junto á San Albin. El Duque y Juan Gralla, que era capitan de los españoles, vinieron en poder de los vencedores, desbaratada y destrozada gran parte de la gente que llevaban, como se dirá algo mas adelante.

CAPITULO XIII.

Tres ciudades se ganaron de los moros.

En un mismo tiempo y sazon la corona de Castilla se aumentaba con nuevas riquezas y estados, y los turcos, enemigos continuos y grandes de cristianos, ponian gran temor por el gran poder que tenian por mar y por tierra. Al fin deste año falleció don Garci Lopez de Padilla, maestre de Calatrava; el letrero de su sepulcro, que está en la capilla mayor de la iglesia de aquella villa, señala el año pasado. Por su muerte, como quier que muchos pretendiesen aquella dignidad, el rey don Fernando por bula del pontífice Inocencio la tomó para sí en administracion, y la incorporó en su corona con todas sus rentas y estado, principio que pasó adelante á los demás maestrazgos por la misma órden y traza, con que se aumentó el poder de los reyes; pero la autoridad de aquellas órdenes y fuerzas se enflaquecieron á causa que los premios que se acostumbraban dar á los soldados esforzados y que servian en la guerra, mudadas las cosas, se dan por la mayor parte á los que siguen la corte. Las revueltas y pretensiones que resultaban en las elecciones de los maestres y los tesoros reales, que estaban gastados, dieron ocasion á esto. Verdad es que ordinariamente de buenos principios las cosas con el tiempo desdicen algun tanto; y do quiera hay lisonjeros que dan color á todo lo que se hace. Mejor será pasar por esto, aunque ¿quién podrá dejar de sentir que las riquezas que los antepasados dieron para hacer la guerra á los enemigos de cristianos se derramen y gasten en otros usos diferentes? ¿Cuán gran parte de la tierra y del mar se pudiera con ellas conquistar? De levante venian nuevas que el gran turco Bayazete juntaba grandes gentes de á caballo y de á pié, y que tenia cubierto y cuajado el mar con una gruesa armada. Recelábanse no volviese sus fuerzas contra las tierras de cristianos, y era así, que no le faltaba voluntad de extender su imperio hácia el poniente y vengar el sentimiento que tenia por no le entregar, como él lo pretendia, á Gemes, su hermano. Lo que le detenia era el soldan de Egipto, al cual pesaba mucho que el poder y mando de los turcos creciese tanto. Volvió pues sus fuerzas contra el Soldan. Solas once galeotas de cosarios apartados de la demás armada fueron sobre la isla de Malta, y toda casi la pusieron á saco, y la robaron hasta los mismos arrabales de la ciudad. Esta isla, por tener dos puertos, es capaz de cualquiera armada por grande que sea. Divide estos dos puertos una punta de tierra, que llaman de San Telmo; pareció seria bien edificar allí un fuerte y castillo á propósito de impedir que los enemigos con sus armadas no se apoderasen de aquella isla, y desde allí acometiesen á nuestras riberas, como lo comenzaban á hacer. De Sicilia fué una armada contra estos cosarios; pero llegó tarde el socorro en sazon que el enemigo era ya partido con la presa. De España al tanto enviaron una nueva armada, por general Fernando de Acuña, que iba de nuevo á ser virey de Sicilia. Pretendian con esto no sólo defender nuestras riberas, sino acometer asimismo las de Africa. Demás desto, el rey don Fernando puso confederacion y hizo de nuevo liga con

los reyes de Inglaterra y casa de Austria, contra las fuerzas del rey de Francia. Todas estas prácticas se enderezaban para apoderarse por las armas del reino de Nápoles, con que los señores neapolitanos que andaban desterrados de su tierra, unos convidaban al rey don Fernando, otros al Francés, en quien hacian mas fundamento por ser mayores sus fuerzas y mayor el odio contra los de Aragon. Pasó esto tan adelante, que al principio del año siguiente, que se contaba de nuestra salvacion 1489, fueron desde España mil caballos y dos mil infantes en socorro de Bretaña contra el poder y intentos del rey de Francia y en defensa de madama Ana, que por muerte de su padre el Duque habia heredado aquel estado. Iba por capitan desta gente don Pedro Sarmiento, conde de Salinas. Atendíase á esto como quier que la guerra de los moros de Granada ponia en mayor cuidado, y cuanto mayor era la esperanza y mas de cerca se mostraba de deshacer aquel reino, tanto crecia mas el fervor y el ánimo. Así, los reyes partieron de Medina del Campo á 27 de marzo para el Andalucía con intento de volver á las armas y á la guerra. Hacíase la masa del ejército en Jaen. Llegados allí los reyes, despues de pasar por Córdoba, hicieron alarde de la gente; hallaron que eran doce mil de á caballo y cincuenta mil infantes, los mas escogidos y animosos soldados de todo el reino. Un buen golpe de gente vino de sola Vizcaya y los lugares comarcanos, provincia que por ser gobernada con mucha blandura, es muy leal á sus reyes, y por tener los cuerpos endurecidos por la aspereza y falta de la tierra es muy á propósito para los trabajos de la guerra. Pareció ir con esta gente sobre Baza. En la entrada, para que no les hiciese algun embarazo, se apoderaron de un pueblo, llamado Cujar, aunque pequeño, pero de sitio muy fuerte. Hecho esto, por principio del mes de junio se pusieron nuestras gentes sobre Baza, cuyo sitio, despues que el rey don Fernando le consideró bien, con pocas palabras animó á los soldados y los mandó apercebirse para el combate. Esta ciudad está asentada en la ladera de un collado, por do y la llanura que está debajo del pasa un rio pequeño; las otras partes tiene rodeadas de otros recuestos. Teníanla guarnecida de hombres y armas, bastecida de almacen y de trigo para quince meses. El sitio no daba lugar para arrimarse á la muralla con mantas ni con otros pertrechos de guerra. Salieron de la ciudad los soldados de guarnicion, con que se trabó una escaramuza muy brava en el llano. Cada cual de las partes peleaba con grande ánimo. Los nuestros, á causa de las acequias por do va el agua encañada y fosos encubiertos, andaban embarazados y no se podian aprovechar del enemigo. Acudiéronles nuevas compañías de refresco de los reales, con que cobraron ánimo, y forzaron á los enemigos á retirarse dentro de la ciudad con mayor daño del que hicieron por ser mucho menos en número, que no pasaban de mil de á caballo y dos mil peones. Desta manera otras muchas veces con los moros que salian á pelear se hicieron delante de los reales otras escaramuzas. Los nuestros talaban los sembrados y las huertas con gran sentimiento de los ciudadanos. Murió en estas refriegas don Juan de Luna, hijo de don Pedro de Luna, señor de Illueca, mozo de poca edad y muy privado del Rey; y por sus buenas prendas entre todos señalado, como lo testifica Pedro Mártir Angleria, hombre natural de Milan, que estuvo mucho tiempo en España, y como testigo de vista compuso comentarios desta guerra. Los cristianos, tantos á tantos, no eran iguales á los moros en las escaramuzas y rebates, por estar aquella gente acostumbrada á retirarse y volver las espaldas, y luego con una increible presteza revolver sobre los contrarios, herir en ellos y matallos. Ayudábales el lugar, en que eran plíticos, y la manera del pelear; los cristianos eran mas en número y se aventajaban en el esfuerzo. Desta manera el cerco se alargaba mucho tiempo, tanto, que el Rey, congojado de la tardanza, pensaba si seria bien desistir de aquella empresa, pues no se hacia nada; si esperar el remate, que muchas veces sin embargo de dificultades semejantes le habia sucedido prósperamente. Lo que mayor espanto le ponia eran las muchas enfermedades y muertes de los suyos, á causa de ser el tiempo caluroso y los manjares de que se sustentaban no eran muy sanos; demás que la infeccion de la peste que anduvo los años pasados no quedaba de todo punto apagada. El marqués de Cádiz, al cual por aquellos dias se dió título de duque, era de parecer que se alzase el cerco; decia que no era justo comprar con el riesgo de tan grande ejército aquella pequeña ciudad: «Es así, que cuando los premios y lo que se interesa es igual al peligro, si la empresa sucede bien, el provecho es mayor, y si mal, menor la pena y desconsuelo. Si el cerco durase hasta el invierno, cuando los rios van crecidos, ¿cómo se podrán retirar? Forzosa cosa será que todos perezcamos si no miramos con tiempo lo que conviene. Pone espanto solo el peusallo, y el decillo es atrevimiento; parece, señor, que haceis poco caso de vuestra salud, con la cual todos vivimos y vencemos.» Todos entendian que el de Cádiz tenia razon; sin embargo, venció la constancia del Rey y Dios, que en las dificultades acudia á su buen ánimo. Resolviéronse pues de llevar adelante lo comenzado, y para apretar mas el cerco rodear todas las murallas con un foso y con su valladar y nueve castillos que levantaron á trechos, y en ellos gente de guarda, á propósito todo que los enemigos no pudiesen de sobresalto hacer alguna salida. Las demás gentes se repartieron por los lugares y puestos que parecian mas convenientes, en particular el de Cádiz con cuatro mil de á caballo se encargó de guardar la artillería. Desta manera no podian entrar en la ciudad socorros de fuera, si bien tenia mucha abundancia de vituallas. Al contrario, en los reales padecian falta de trigo para sustentarse, y de dinero para socorrer y hacer las pagas á los soldados, puesto que cada dia sobrevenian nuevas compañías. Por el mes de octubre llegaron los duques don Pedro Manrique de Najara y don Fadrique de Alba, vestido de luto por su padre, que falleció poco antes. El almirante don Fadrique asimismo acudió y el marqués de Astorga. Pocos dias despues llegó la Reina con la infanta doña Isabel, su hija, y en su compañía el cardenal de Toledo y otros prelados. La venida de la Reina, como yo pienso, fué causa que los cercados perdiesen el ánimo y el brio por entender se tomaba el cerco

muy de propósito. Trocóse pues de repente el gobernador de la ciudad, llamado Hacen, el viejo, que tenia tambien cuidado de la guerra. Por una plática que con él tuvo Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, dado que se pudiera entretener mucho tiempo, se inclinó á concertarse; comunicó el negocio con su Rey, que estaba en Guadix. Acordaron de rendir la ciudad, muy fuera de lo que los cristianos cuidaban. Concluidas las capitulaciones y concierto, que fué á 4 de diciembre, el dia siguiente el Rey y la Reina con mucha fiesta, á manera de triunfo, entraron en aquella ciudad. La guarda y gobierno della encomendaron á Diego de Mendoza, adelantado de Cazorla y hermano del cardenal de España. Puso esto mucho espanto á los comarcanos, y fué ocasion que muchos lugares de su voluntad se rindieron; y para mas seguridad dieron rehenes y proveyeron de trigo y de todo lo necesario en abundancia. Entre estos lugares los principales fueron Taberna y Seron. Lo que es mas, Guadix y Almería, ciudades que cada una dellas pudiera sufrir un muy largo cerco, cosa maravillosa, sin probar á defenderse, se entregaron. El mismo rey Abohardil vino en ello, que junto á Almería, donde acudió el campo, salió á verse con el rey don Fernando, que le recibió muy bien y le hizo grande fiesta. Demás desto, dos castillos fortísimos cerca el uno del otro, y ambos puestos sobre el mar, se ganaron; el uno, llamado Almuñecar, en que solian estar los tesoros de los reyes moros y su recámara; el otro fué Salobreña, que los antiguos llamaron Selambina, puesto en los pueblos llamados bástulos, sobre el mar Ibérico, en un sitio muy áspero y muy fortificado, á propósito de tener, como tenian, los moros allí guardados los hijos y hermanos de los reyes á manera de cárcel. La tenencia deste castillo se encomendó á Francisco Ramirez, natural de Madrid, general que era de la artillería, caudillo que se señaló de muy esforzado, así bien en esta guerra como en la de Portugal. Señalóse otrosí y aventajóse entre los demás en el cerco de Baza Martin Galindo, ciudadano de Ecija, que pretendia en esfuerzo y valor semejar á su padre Juan Fernandez Galindo, caudillo de fama y uno de los mas valientes soldados de su tiempo. Concluidas cosas tan grandes, en Guadix se hizo alarde del ejército á postrero de diciembre, entrante el año de nuestra salvacion de 1490. Hallaron conforme á las listas que faltaban veinte mil hombres; los tres mil muertos á manos de los moros, los demás de enfermedad. No pocos por la aspereza del invierno se helaron de puro frio; género de muerte muy desgraciado; los mas que murieron desta manera era gente baja, forrajeros y mochilleros; así fué menor el daño.

CAPITULO XIV.

Que don Alonso, príncipe de Portugal, casó con la infanta doña Isabel.

El fin y destruicion de aquella gente bárbara y de aquel reino, que contra razon se fundó en España, se llegaba muy de cerca. Apretábalos el rey don Fernando sin faltar punto á la buena ocasion que el cielo le presentaba, como príncipe animoso, diligente, astuto y recatado, feroz en la guerra, y despues de la victoria manso y tratable. Por medio de Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, que sirvió muy bien y con mucho esfuerzo en esta guerra, se tomó asiento y se hicieron las capitulaciones con aquel rey Bárbaro, humillado y caido. En virtud del concierto le hizo merced de la villa de Fandarax, que está en la sierra de Granada, con otras alquerías, aldeas y posesiones por allí, que rentaban hasta en cantidad de diez mil ducados, con que se pudiese sustentar; pequeña recompensa y consuelo de la pérdida de un reino. Tanto menos digno era de tenelle compasion por dar, como dió, principio á su reinado por la muerte cruel de su mismo hermano. A los moros de nuevo conquistados se concedió que poseyesen sus heredades como antes; pero que no morasen dentro de las ciudades, sino en los arrabales, á propósito que no se pudiesen fortificar ni alborotarse; para lo mismo les quitaron tambien toda suerte de armas. Publicáronse estas capitulaciones y concierto en Guadix. Los reyes por fin de diciembre se partieron de allí, y por Ecija fueron á Sevilla. Por todo el camino los pueblos los salian á recebir, y los miraban como á príncipes venidos del cielo; y ellos, con haber concluido en tan breve tiempo cosas tan grandes representaban en sus rostros y aspecto mayor majestad que humana. Los príncipes extranjeros, movidos por la fama de hechos tan grandes, les enviaban sus embajadores á dar el parabien, y á porfía todos pretendian su amistad. Sobre todos el rey de Portugal, cosa tratada de antes, pretendia para el príncipe don Alonso, su hijo, á la infanta doña Isabel, hija mayor de los reyes, como prenda muy cierta de una paz perpetua que resultaria por aquel medio entre aquellas dos coronas. Envió para este efecto á Fernando Silveira, justicia de Portugal, y á Juan Tejeda, su chanciller mayor; por cuya instancia en Sevilla, á 18 de abril, se concertó este casamiento, que á todos venia bien y á cuento, mayormente que la esperanza de efectuar el casamiento de Francia faltaba á causa que aquel Rey queria casarse con madama Ana, duquesa de Bretuña. Las alegrías que se hicieron en el un reino y en el otro por estos desposorios fueron grandes, menores en Portugal por ocasion que el mes siguiente falleció en Avero la infanta doña Juana, hermana de aquel Rey, sin casar por no querer ella, bien que muchos la pretendieron y ella tenia partes muy aventajadas. La hermosura de su alma fué mayor y sus virtudes muy señaladas, de que se cuentan cosas muy grandes. Tampoco la alegría de Castilla les duró mucho, si bien la doncella desde Constantina partió á Portugal á 11 de noviembre. En su compañía el cardenal de España y don Luis Osorio, obispo de Jaen, los maestres de Santiago y de Alcántara, los condes, el de Feria don Gomez de Figueroa, y el de Benavente don Alonso Pimentel, con otra mucha nobleza, todo á propósito de representar majestad; que parece aquellas dos naciones andaban á porfía sobre cuál se aventajaria en arreo, libreas y galas. A la ribera del rio Caya, que corre entre Badajoz y Yelves, se hizo la entrega de la novia á los señores portugueses que salieron para recebilla y acompañalla. El principal el duque don Emanuel, que sucedió adelante en

aquel casamiento y en el reino; así lo tenia el cielo determinado. Acudieron el rey de Portugal y su hijo á Estremoz, pueblo de aquel reino; para mas honrar la esposa la hicieron sentar en medio, y el suegro á la mano izquierda. Allí se hicieron los desposorios, á 24 de noviembre, que fué miércoles, y el dia siguiente se velaron por mano del arzobispo de Braga, que es la principal dignidad de Portugal. Los regocijos y alegrías de la boda por espacio de medio año se continuaron en Ebora y en Santaren, do fueron los príncipes. No hay gozo puro ni duradero entre los mortales, segun se vió en este caso. Todos estos regocijos se trocaron en lloro y en duelo por un desastre no pensado. Salió el Rey en aquella villa una tarde á la ribera del rio Tajo. El príncipe don Alonso, que iba en su compañía, quiso con Juan de Meneses correr en sus caballos á la par. En la carrera su caballo, que era muy brioso, tropezó, y con su caida maltrató al Príncipe de manera, que en breve espiró. Cuán grande haya sido el llanto de sus padres, de su esposa y de todo el reino no hay para qué decillo. Quejábanse con lágrimas muy verdaderas que tantas esperanzas y tantos regocijos en un dia y un momento se trocasen en contrario. Su cuerpo sepultaron entre los sepulcros de sus antepasados. Las honras se le hicieron á la costumbre de la tierra muy grandes; acompañaron su cuerpo el Rey y toda la nobleza enlutados. La princesa doña Isabel sin gozar apenas del principio de su desposorio, y que en tan breve tiempo se via desposada, casada y viuda, en una litera cubierta y cerrada se volvió á sus padres y á Castilla. Desta manera las cosas de yuso y los gozos en breve tiempo se revuelven, y truecan los temporales. La tristeza que cargó del Rey, su suegro, fué tal, que della le sobrevino una enfermedad lenta, de que cuatro años adelante falleció. Fundó en Lisboa poco antes de su muerte el hospital Real, que es un principal edificio, y él mismo se halló á echar la primera piedra, y debajo della se pusieron ciertas medallas de oro, como se acostumbra en señal de perpetuidad. No dejó hijo legítimo. Solo quedó don Jorge, habido en una dama, llamada doña Ana de Mendoza, el cual, bien que muy niño, procuró y hizo quedase nombrado por maestre de Avis y de Santiago en Portugal. Por su muerte comenzó en aquel reino una nueva línea de reyes; don Emanuel, primo del Rey muerto, y hijo de don Fernando, duque de Viseo, como pariente mas cercano, sin contradicion sucedió en aquella corona. Hijo deste Rey fué el rey don Juan el Tercero, nieto del príncipe don Juan, que por morir muy mozo no llegó á heredar el reino. Así sucedió en él á su abuelo el rey don Sebastian, hijo deste Príncipe; el cual por su muerte, que los moros le dieron en Africa, dejó el reino de Portugal, primero al cardenal don Enrique, su tio mayor, y despues dél á don Filipe II, rey de Castilla, sobrino tambien del Cardenal, y nieto del rey don Emanuel por parte de su madre la emperatriz doña Isabel. Tal fué la voluntad de Dios, á quien ninguna cosa es dificultosa; todo lo que le aplace se hace y cumple. Dejado esto para que otros lo relaten con mayor cuidado y á la larga, volvamos con nuestro cuento á la guerra de Granada.

CAPITULO XV.

Que los nuestros talaron la vega de Granada.

Deseaba el rey don Fernando concluir la guerra de los moros, que traia en buenos términos. Una dificultad muy grande impedia sus intentos; esta era que demás de la fortaleza de la ciudad de Granada guarnecida, municionada y bastecida asaz, tenia empeñada su palabra en que prometió los años pasados al rey Boabdil que él y todos los suyos no recibirian agravio ni daño alguno. Ofrecíase una muy buena ocasion para sin contravenir al concierto sujetar aquella ciudad. Esto fué que los ciudadanos, sin tener cuenta con el peligro que de fuera les corria, tomadas las armas, como muchas veces lo acostumbraban, cercaron á su Rey dentro del Albaicin, y le apretaron tanto, que muy poca esperanza le quedaba, no solo de conservar el reino, que sin obediencia no era nada, sino de la vida y de la libertad. El pueblo se mostraba tan indignado, que bramaba y amenazaba de no desistir hasta dalle la muerte. No era razon desamparar en aquel peligro aquel Príncipe confederado, mayormente que él mismo pedia le socorriesen. Esto en sazon que de levante se representaban nuevos temores; el gran soldan de Egipto amenazaba que si el rey don Fernando no desistia de perseguir, como comenzara, á los moros que eran de su misma secta, él en venganza desto haria morir todos los cristianos sus vasallos en Egipto y en la Suria. El guardian de San Francisco de Jerusalem, llamado fray Antonio Millan, que envió con este mensaje, de camino se vió con el rey de Nápoles; vino á España, declaró su embajada, y aun el mismo rey de Nápoles le dió cartas en la misma razon; príncipe, como se entendia, mas aficionado á los moros de lo que era honesto y lícito á cristianos. La suma era que pues ningun agravio recibiera de los moros, no debia tampoco hacer ni intentar cosa de que resultasen mayores males. Que si bien aquella gente era de otra secta, no seria razon maltratalla sin alguna justa causa. El rey don Fernando ni se espantó por las amenazas del Bárbaro, ni le plugo el consejo del rey de Nápoles, dado que acabada la guerra, envió por su embajador á Pedro Mártir para que diese razon al Soldan de todo lo que en aquella conquista pasó y con palabras comedidas le aplacase. Al rey de Nápoles en particular, ya que se aprestaba para comenzar esta nueva jornada y romper, escribió cartas en que le avisaba de las causas que tuvo para emprender aquella guerra. Decíale que era justo deshacer aquel reino que antiguamente se fundó contra derecho, y de nuevo nunca cesaba de hacer grandes insultos y agravios á sus vasallos. Que le ponia en cuidado el riesgo que corrian los cristianos de aquellas partes; todavía cuidaba que aquellos bárbaros, sabida la verdad, templarian el sentimiento, y por el deseo de vengarse no querrian perder las rentas muy gruesas y tributos que aquella nacion les pechaba. El Guardian por su oficio de embajador y por el crédito de santidad que tenia, no solo no fué mal visto, antes muy regalado, y con mucha honra que se le hizo y dones que le presentaron le enviaron contento. Junto con esto el rey don Fernando envió á avisar los ciuda-

daños de Granada que si, dejadas las armas, quisiesen entregarse, serian tratados de la misma manera que los demás que se le habian rendido. Movió este aviso á ambas las parcialidades para que, sosegados los odios, tratasen de lo que á todos tocaba, tanto mas, que el rey Moro sabia muy bien que el rey don Fernando, aunque de palabra se mostraba por él, todavía mas querria pretender para sí, y que no desistiria hasta tanto que se viese apoderado de aquella ciudad. Los alfaquíes y otras personas tenidas por venerables entre aquella gente no dejaban de exhortar, ya los unos, ya los otros á la paz, rogallos y amonestallos lo que les convenia, es á saber, que, ora pretendiesen volver á las armas, ora concertarse con los cristianos, un solo reparo les quedaba, que era tener ellos paz entre sí; si la discordia iba adelante, los unos y los otros se perderian. Con esta diligencia se tomó cierto acuerdo y se hizo cierto asiento entre los moros. Los fieles, sin embargo, entraron en la vega de Granada á robar y talar debajo la conducta del Rey, que la Reina se quedó en Moclin. Destruyeron y quemaron los sembrados con gran sentimiento de los ciudadanos, que temian no los tomasen por la hambre y necesidad. El príncipe don Juan acompañó en esta jornada á su padre, que para mas animalle le armó caballero en aquella sazon. Volvieron á Córdoba con la presa, contentos de la gran cuita en que los moros quedaban y con la esperanza que ellos cobraron de concluir con aquella empresa. El cuidado de la frontera quedó encomendado al marqués de Villena en recompensa de que en aquella jornada perdió á don Alonso, su hermano, y de una lanzada que por librar, como príncipe valeroso y que tenia gran experiencia en las armas, á uno de los suyos rodeado de moros le dieron, de que el brazo derecho le quedó manco. Apenas los moros se vieron libres deste miedo, cuando debajo de la conducta de Boabdil, ya declarado por enemigo de cristianos, acometieron el castillo de Alhendin, en que los nuestros poco antes dejaron puesta guarnicion, y tomado, le echaron por tierra. Este atrevimiento vengó el Rey con una nueva entrada que hizo para destrozar el panizo y el mijo, semillas tardías, en que solamente los de Granada tenian puesta la esperanza para sustentar la vida el año siguiente. Esta tala se hizo el mes de setiembre por espacio de quince dias. Por otra parte, los moros de Guadix se alborotaron, y tomadas las armas, pretendian matar á los que quedaron en el castillo de guarnicion. Salieron sus intentos vanos; acudió muy á tiempo el marqués de Villena; daba muestra de ir contra Fandarax, que estaba alzado contra Abohardil, pero revolvió sobre Guadix con buen número de gente de á pié y de á caballo. Entró dentro, y con color de querer hacer alarde de los moros, los sacó fuera de la ciudad y les cerró las puertas, con que de presente y para adelante se remedió aquel peligro. Tornó otra vez el rey don Fernando al fin deste año á dar la tala y destruir los campos de Granada. Al contrario Boabdil tenia puesto cerco sobre Salobreña, que le defendió Francisco Ramirez con gran esfuerzo y diligencia. Entendíase otrosí queria el rey don Fernando acudir á dar socorro; así el Moro fué forzado á alzar el cerco y volverse á Granada. Demás desto, porque los vasallos de Abohardil andaban alborotados y no le querian obedecer, el rey don Fernando, conforme á lo capitulado, de grado vino en que se pasase en Africa con muchas riquezas y tesoros que le dió en recompensa de lo que dejaba.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Granada.

Pasaron los reyes el invierno en Sevilla; llegada la primavera, volvieron á la guerra. La Reina con sus hijos se quedó en Alcalá la Real para acudir á todo y proveer de lo necesario, y en breve, como lo hizo, pasar adelante y ser participante de la honra y del peligro de aquella empresa. Acudieron los grandes; los concejos y comunidades de las ciudades enviaron compañías de soldados á su sueldo, con que y las demás gentes el rey don Fernando en tres dias llegó á vista de Granada un sábado, á 23 de abril, año de nuestra salvacion de 1491. Asentó su campo y sus reales á los ojos de Guetar, que es una aldea legua y media de Granada. Desde allí envió al marqués de Villena con tres mil de á caballo para correr los montes que allí cerca están. Prometióle de seguille él mismo con la fuerza del ejército para socorrelle si los moros de aquellos montes, gente endurecida en las armas, ó los de la ciudad por las espaldas le apretasen. Cumplió la promesa; adelantóse hasta llegar á Padul, y rechazó los moros que salieron de la ciudad para cargar el escuadron del Marqués. Con tanto, el Marqués pudo ejecutar fácilmente el órden que llevaba sin tropiezo; quemó nueve aldeas de moros, y cargado de mucha presa, se volvió para el Rey. Pareció que conforme aquel principio seria lo demás. Acordaron de pasar juntos adelante y hacer la tala en lo mas adentro de la sierra. Hízose así; todo sucedió prósperamente. Dieron sacomano, quemaron y abatieron otras quince aldeas. Demás desto, buen golpe de moros de á pié y de á caballo, que por ciertos senderos en lugares estrechos y á propósito pretendian atajar el paso á los nuestros, fueron desbaratados y echados de allí. La presa fué muy grande por estar aquella gente rica á causa que de las guerras pasadas no les habia cabido parte, ni de sus daños, y por ser la tierra á propósito para proveer á la ciudad de bastimentos, era forzoso procurar no lo pudiesen hacer. Concluidas estas cosas sin recebir algun daño y sin sangre, dentro de tres dias volvieron los soldados alegres al lugar de do salieron. En aquel puesto fortificaron sus reales con foso y trinchea por entonces. Pasaron alarde diez mil de á caballo y cuarenta mil infantes, la flor de España, juntada con grande cuidado, gente de mucho esfuerzo y valor. En la ciudad asimismo se hallaba gran número de gente de á pié y de á caballo, soldados de grande experiencia en las armas, todos los que escaparan de las guerras pasadas. La muchedumbre de los ciudadanos poco podian prestar, gente que comunmente bravean y se muestran feroces en tiempo de paz, mas en el peligro y á las puñadas cobardes. La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificacion, murallas y baluartes parecia ser inexpugnable. Por la parte de poniente se extiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible y muy fértil, así de sí misma, como por la mucha sangre que en ella

se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame, y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, mas fresca y provechosa de lo que fácilmente se podria encarecer. Por la parte de levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Iliberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira; la Sierra Nevada cae á la banda de mediodía, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está asentada parte en llano, y parte sobre dos collados, entre los cuales pasa el rio Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en Jenil, rio que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenia siete puertas; al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad y por do la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia mayor, mezquita en tiempo de moros de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su majestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos, señalada é ilustre, no tanto por sus riquezas, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene. Cerca deste templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho docientos piés, y tres tanto mas largo; los edificios que la cercan tirados á cordel, las tiendas y oficinas cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatin, la Alcaicería. De dos castillos que tiene la ciudad, el mas principal está entre levante y mediodía, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demás edificios; llámase el Alhambra, que quiere decir roja, del color que la tierra por allí tiene, y es tan grande, que parece una ciudad. Allí la casa Real y monasterio de San Francisco, sepultura del marqués don Iñigo de Mendoza, primer alcaide y general. Las zanjas deste castillo abrió el rey Mahomad, llamado Mir; prosiguieron la obra los reyes siguientes; acabóla de todo punto el rey Juzef, por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel Rey, año de los moros 747, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de 1346. Este mismo Rey hizo la muralla del Albaicin, que está en frente deste castillo. El gasto fué tal, que por no parecer á la gente bastaban sus rentas y tesoros, corrió fama que se ayudó del arte del alquimia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaicin está puesto lo demás de la ciudad, el arrabal de la Churra y calle de los Gomeles por la parte del Alhambra; por la opuesta la calle de Elvira y la ladera de Zenete, de mala traza lo mas; las calles angostas y torcidas, por la poca curiosidad y primor que tenian los moros en edificar. Fuera de la ciudad el Hospital Real y San Jerónimo, sumptuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Fernandez. Refieren tenia sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer. Lo que pone mas maravilla es lo que los embajadores de don Jaime el Segundo, rey de Aragon, se halla certificaron al pontífice Clemente V en el concilio de Viena, es á saber, que de docientas mil almas que á la sazon moraban en Granada, apenas se hallaban quinientos que fuesen hijos y nietos de moros. En particular decian tenia cincuenta mil renegados y treinta mil cautivos cristianos. De presente sin duda hay en aquella ciudad veinte y tres parroquias y colaciones. Del número de vecinos por la grande variedad no hay que tratar, mayormente que en esto siempre la gente se alarga. Tambien es cierto que en tiempo de los reyes moros las rentas reales que se recogian de aquella ciudad y de todo el reino llegaban á setecientos mil ducados, gran suma para aquel tiempo, pero creible á causa de los tributos é imposiciones intolerables. Todos pagaban al rey la setena parte de lo que cogian y de sus ganados. Del moro que moria sin hijos, el rey era su heredero; del que los dejaba, entraba á la parte de la herencia y llevaba tanto como cualquiera dellos. Este era el estado y disposiciones en que se hallaban las cosas de Granada. El cerco entendian iria á la larga; así la Reina con sus hijos vino á los reales, ca el rey don Fernando venia resuelto de poner el postrer esfuerzo y no desistir de la empresa hasta sujetar aquella ciudad. Con este intento hacia de ordinario talar los campos á fin que los de la ciudad no tuviesen cómo se proveer de vituallas; y en el lugar en que se asentaron los reales hizo edificar una villa fuerte, que hasta hoy se llama de Santa Fe. La presteza con que la obra se hizo fué grande, y todo se acabó muy en breve. Dentro de las murallas tenian sus tiendas y alojamientos repartidos por su órden, sus cuarteles con sus calles y plazas á cierta distancia con una traza admirable. En el mismo tiempo diversas bandas de gente que se enviaban á robar, muchas veces escaramuzaban con los moros que salian contra ellos de la ciudad. En una refriega pasaron tan adelante, que ganaron á los moros la artillería, prendieron á muchos, y forzaron á los demás á meterse en la ciudad. El denuedo de los cristianos fué tal, que se arriscaron á llegar á la muralla de mas cerca que antes solian y apoderarse de dos torres que servian á los contrarios de atalayas y de baluartes por tener en ellas puesta gente de guarnicion. El alegría que por estos sucesos recibieron los del Rey se hobiera de destemplar por un accidente no pensado. Fué así, que á 10 de julio, de noche, en la tienda del Rey se emprendió fuego, que puso á todos en gran turbacion por el miedo que tenian de mayor mal. Los alojamientos por la mayor parte eran de enramadas, que por estar secas corrian peligro de quemarse, la Reina acaso se descuidó en dejar una candela sin apagar; así, la tienda del Rey como las que le caian cerca comenzaron de tal manera á abrasarse, que no se podia remediar. El Rey sospechó no fuese algun engaño y ardid de los enemigos que se querian aprovechar de aquella ocasion. En los ánimos sospechosos aun lo imposible parece fácil. Salió en público desnudo embrazada una rodela y su espada. Para prevenir que los moros con tan buena ocasion no acometiesen los reales, el marqués de Cádiz se adelantó con parte de la caballería, y estuvo toda la noche alerta en un puesto por do los mo-

ros habian forzosamente de pasar. La turbacion y ruido fué mayor que el peligro y que el daño; así, el dia siguiente volvieron á las talas. Los dias adelante asimismo diversas compañías fueron á los montes á robar. No dejaban reposar á los enemigos, ni les quedaba cosa segura, si bien en todas partes se defendian valientemente, irritados con la desesperacion, que es muy fuerte arma. La cuita de los moros por todo esto era grande, tanto, que cansados con tantos males, y visto que nunca allojaban, se inclinaron á tratar de partido. Bulcacin Mulch, gobernador y alcaide de la ciudad, salió á los reales á tratar de los conciertos y capitular. Señaló el Rey para platicar sobre ello á Gonzalo Fernandez de Córdoba, que despues fué gran capitan, y á Hernando de Zafra, su secretario. Ventilado el negocio algunos dias, finalmente fueron de acuerdo y pusieron por escrito estas capitulaciones, que se juraron por ambas partes á 25 de noviembre. Dentro de sesenta dias los moros entreguen los dos castillos, las torres y puertas de la ciudad. Hagan homenaje al rey don Fernando, y juren de estar á su obediencia y guardalle toda lealtad. A todos los cristianos cautivos pongan en libertad sin algun rescate. Entre tanto que estas condiciones se cumplen, dén en rehenes dentro de doce dias quinientos hijos de los ciudadanos moros mas principales. Quédense con sus heredades, armas y caballos; entreguen solamente la artillería. Tengan sus mezquitas y libertad de ejercitar las ceremonias de su ley. Sean gobernados conforme á sus leyes, y para esto se les señalarán de su misma nacion personas con cuya asistencia y por cuyo consejo los gobernadores puestos de parte del Rey harán justicia á los moros. Los tributos de presente por espacio de tres años se quiten en gran parte, y para adelante no se impongan mayores de lo que acostumbraban de pagar á sus reyes. Los que quisieren pasar á Africa puedan vender sus bienes, y sin fraude ni engaño se les hayan de dar para el pasaje naves en los puertos que ellos mismos nombraren. Concertaron otrosí que á Boabdil restituyesen su hijo y los demás rehenes que el tiempo pasado dió al Rey, pues entregada la ciudad y cumplido todo lo al del asiento, no era necesaria otra prenda ni seguridad. En cumplimiento los trajeron del castillo de Moclin en que los tenian para se los entregar. Hobo la iglesia de Pamplona á los 12 de setiembre César Borgia, por muerte de don Alonso Carrillo, su prelado.

CAPITULO XVII.

De un alboroto que se levantó en la ciudad.

Concertóse la entrega de Granada con las capitulaciones que acabamos de contar; lo cual todo puso en cuentos de desbaratarse cierta ocasion que avino, ni muy ligera ni muy grande. El vulgo, y mas de los moros, es de muy poca fe y lealtad, mudable, amigo de alborotos, enemigo de la paz y del sosiego, finalmente poco basta para alteralle. Un cierto moro, cuyo nombre no se refiere, como si estuviera frenético y fuera de sí, con palabras alborotadas no cesaba de persuadir al pueblo que tomase las armas. Decia que debajo de capa de amistad y de mirar por ellos les tramaban traicion, engaño y asechanzas. Que Boabdil y los principales de la ciudad solo tenian nombre de moros, que de corazon favorecian á los contrarios. «Yugo de perpetua esclavonía es el que ponen sobre vos y sobre vuestros cuellos; mirad bien lo que haceis, catad que os engañan y se burlan de vos. Que si es cosa pesada sufrir las miserias, cuitas y peligros presentes, mayor mengua será por no sufrir un poco de tiempo los trabajos trocar los menores y breves males con los que han de durar para siempre y son mas pesados. Mas ¿qué seguridad dan que nos guardarán lo que prometen y la palabra? No trato de los bienes que con la misma vanidad dicen nos los dejarán, como si los nuevos ciudadanos se hobiesen de sustentar de otras heredades. ¿Por ventura ignorais cuánta sed tienen de vuestra sangre? ¿Dejarán de vengar los padres y parientes que en gran parte han perdido en el discurso destas guerras? No quiero tratar de lo pasado; un año ha que nos tienen cercados, y si nos han aquejado, ellos no han sufrido menores daños. Muchas veces han quedado tendidos en el campo, y no menos han estado ellos cercados dentro de sus estancias que nos en la ciudad, y aun para defenderse han tenido necesidad de edificar un nuevo pueblo. Serian insensibles y de piedra si entregada la ciudad no hiciesen las exequias de sus muertos con derramar vuestra sangre, de que están muy sedientos á manera de fieras muy bravas. La verdad es que no somos hombres, y si lo somos, sufrámonos un poco, que Dios nos ayudará y nuestro profeta Mahoma. Las profecías antiguas y las estrellas nos favorecen, pero si mostramos esfuerzo; que contra los cobardes las piedras se levantan. Si decís que hay falta de mantenimiento, con repartille por tasa y hacer cala y cata de lo que los particulares tienen escondido, nos podemos entretener muchos dias, y acabadas todas las vituallas, ¿qué inconveniente hay que nos sustentemos de los cuerpos y carne de la gente flaca que no son á propósito para pelear? Diréis seria cosa nueva, grande y espantable maldad. Respondo que si no tuviésemos ejemplo de los antiguos que se valieron desto en semejante peligro, yo juzgaria seria muy bueno dar principio y abrir camino para que nuestros descendientes en otro tal aprieto nos imitasen. Mi resolucion es que si no podemos evitar ni excusar la muerte, excusemos siquiera los tormentos y afrentas que nos amenazan. Yo á lo menos no veré tomar, saquear y poner á fuego y á sangre mi patria, ser arrebatadas las madres, las doncellas, los niños para ser esclavos y para otras deshonestidades. Que si os contenta esto mismo, sed hombres, tomad las armas, desbaratad este mal concierto. No debeis usar de recato ni dilacion, donde el detenerse es mas perjudicial que el resolverse y arrojarse.» Predicaba estas cosas con ojos encendidos, con rostro espantable y á gritos por las calles y plazas, con que amotinó veinte mil hombres, que tomaron las armas y andaban como locos y rabiosos. No se sabia la causa del daño ni lo que pretendian, que hacia mas dificultoso el remedio. Boabdil, llamado el rey Chiquito, por no tener ya autoridad ninguna y temer en tan gran revuelta no le perdiesen el respeto, se estuvo dentro del Alhambra. La muchedumbre y canalla tiene las aco-

metidas primeras muy bravas; mas luego se sosiega, mayormente que estaba sin cabeza y sin fuerzas, y sus intentos por ende desvariados. Así, el dia siguiente, algun tanto sosegada aquella tempestad, pasó al Albaicin, do tenia la gente aficionada. Juntó los que pudo y hablóles desta manera: «Por vuestro respeto, no por el mio, como algunos con poca vergüenza han sospechado, he venido á amonestaros lo que vos está bien, de que es bastante prueba que con tener en mi poder el castillo del Alhambra, no quise llamar al enemigo y entregaros en sus manos, magüer que me lo teníades bien merecido. Ni aun antes de ahora en tanto que con vuestras fuerzas os defendíades ó esperábades socorro de otra parte, ni en tanto que en la ciudad duró la provision, os persuadí que tratásedes de paz. Bien confieso haber en muchas cosas errado, en fiarme del enemigo y en alzarme con el reino contra mi padre, pecados que los tengo bien pagados. Perdida toda la esperanza, hice asiento con el enemigo, si no aventajado, á lo menos conforme al tiempo y necesario. No puedo entender qué alegan estos hombres locos y sandios para desbaratar la paz que está muy bien asentada. Si de alguna parte hay remedio, yo seré el primero á quebrantar lo concertado; pero si todo nos falta, las fuerzas, las ayudas, la provision y casi el mismo juicio, ¿á qué propósito con locura, ó ajena si os desconfiata, ó vuestra si venís en este dislate, quereis despeñaros en vuestra perdicion? De dos inconvenientes, cuando ambos no se pueden excusar, que se abrace el menor aconsejan los sabios, cuales yo me persuadiria sois los que presentes estáis, si el alboroto pasado no me hiciera trocar parecer. Todo lo que teneis es del vencedor, la necesidad aprieta; lo que dejan debeis de pensar es gracia, y os lo hallais. No trato si los enemigos guardarán la palabra; yo confieso que muchas veces la han quebrantado. El hacer confianza es causa que los hombres guarden fidelidad, especial que para seguridad podemos pedir nos dén en rehenes castillos ó personas principales; que con el deseo que el enemigo tiene de concluir la guerra, no reparará en nada.» Con este razonamiento los ánimos alterados del pueblo se sosegaron. Muchas veces, así los remedios de semejantes alteraciones como las causas, son fáciles. Qué se haya hecho del moro que amotinó el pueblo, no se dice; puédese entender que huyó. Consta que el rey Chiquito, avisado por el peligro pasado y por miedo que entre tanto que los dias que tenian concertados para entregar la ciudad se pasasen, podrian de nuevo resultar revoluciones y novedades, sin dilacion envió una carta al rey don Fernando con un presente de dos caballos castizos, una cimitarra y algunos jaeces. Avisábale de lo que pasara en la ciudad, del alboroto del pueblo, que convenia usar de presteza para atajar novedades, viniese aina, pues pequeña tardanza muchas veces suele ser causa de grandes alteraciones. Finalmente, que muy en buen hora, pues así era la voluntad de Dios, el dia siguiente le entregaria el Alhambra y el reino como á vencedor de su mano misma, que no dejase de venir como se lo suplicaba.

CAPITULO XVIII.

Que Granada se ganó.

Esta carta llegó á los reales el dia de año nuevo, la cual como el rey don Fernando leyese, bien se puede entender cuánto fué el contento que recibió. Ordenó que para el dia siguiente, que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad, todas las cosas se pusiesen en órden. El mismo, dejado el luto que traia por la muerte de su yerno don Alonso, príncipe de Portugal, vestido de sus vestiduras reales y paños ricos, se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza y armados como para pelear, muy lucida compañía y para ver. Seguíanse poco despues la Reina y sus hijos, los grandes, arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el Rey cerca del alcázar, Boabdil, el rey Chiquito, le salió al encuentro acompañado de cincuenta de á caballo. Dió muestra de quererse apear para besar la mano real del vencedor; no se lo consintió el Rey. Entonces, puestos los ojos en tierra y con rostro poco alegre: «Tuyos, dice, somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de clemencia y de templanza.» Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El Rey las dió á la Reina, y la Reina al Príncipe, su hijo; dél las tomó don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, que tenia el Rey señalado para la tenencia de aquel castillo y por capitan general en aquel reino, y á don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y á don Alonso, su hijo, por general de la armada de la mar. Entró pues con buen golpe de gente de á caballo en el castillo. Seguíale un buen acompañamiento de señores y de eclesiásticos. Entre estos los que mas se señalaban eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de Santiago, el duque de Cádiz, fray Hernando de Talavera, de obispo de Avila electo por arzobispo de aquella ciudad, el cual, hecha oracion como es de costumbre en accion de gracias, juntamente puso el guion que llevaba delante de sí el cardenal de Toledo, como primado, en lo mas alto de la torre principal y del homenaje, á los lados dos estandartes, el real y el de Santiago. Siguióse un grande alarido y voces de alegría, que daban los soldados y la gente principal. El Rey, puestos los hinojos con grande humildad dió gracias á Dios por quedar en España desarraigado el imperio y nombre de aquella gente malvada y levantada la bandera de la cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raíces y fuerza. Suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced y fuese durable y perpétua. Acabada la oracion, acudieron los grandes y señores á dalle el parabien del nuevo reino, é hincada la rodilla, por su órden le besaron la mano. Lo mismo hicieron con la Reina y con el Príncipe, su hijo. Acabado este auto, despues de yantar, se volvieron con el mismo órden á los reales por junto á la puerta mas cercana de la ciudad. Dieron al rey Chiquito el valle de Purchena, que poco antes se ganó en el reino de Murcia de los moros, y señaláronle rentas con que pasase, si bien no mucho despues se pasó á Africa; que los que

se vieron reyes no tienen fuerzas ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos cristianos, segun que tenian concertado, fueron sin rescate puestos en libertad. Estos en procesion luego el otro dia despues de misa se presentaron con toda humildad al Rey. Daban gracias á los soldados por aquel bien que les vino por su medio. Alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria. No pareció entrar en la ciudad antes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos; lo cual todo hecho, el cuarto dia adelante, por el mismo órden que la primera vez, entraron en la ciudad. En los templos que para ello tenian aderezados cantaron himnos en accion de gracias; capitanes y soldados á porfía engrandecian la majestad de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras y los triunfos que ganaron de los enemigos de cristianos. Los reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad y dejar concluida aquella guerra y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor majestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales; mirábanlos como si fueran mas que hombres y como dados del cielo para la salud de España. A la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caida. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleitos. Volvieron por la religion y por la fe, fundaron la paz pública, sosegadas las discordias y alborotos, así de dentro como de fuera. Ensancharon su señorío, no solamente en España, sino tambien en el mismo tiempo se extendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme á la nobleza de los antepasados ni por favor de cualquier que fuese, sino conforme á los méritos que cada uno tenia, con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse á la virtud y á las letras. De todo esto cuánto provecho haya resultado, no hay para qué decillo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va á decir verdad, ¿en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni mas eruditos ni mas santos? ¿Dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es así, que antes destos tiempos pocos se pueden contar de los españoles señalados en ciencia; de aquí adelante ¿quién podrá declarar cuán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudicion? Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la majestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algun tanto á moreno. En particular el Rey tenia el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condicion suave y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fué diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par, tan amigo de los negocios, que parecia con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacia mal á un caballo con mucha destreza; cuando mas mozo se deleitaba en jugar á los dados y naipes; la edad mas adelante solia ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La Reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fué muy dada á la devocion y aficionada á las letras; tenia amor á su marido, pero mezclado con celos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey don Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados. El mismo dia que nació el rey don Fernando, segun que algunos lo refieren, en Nápoles cierto fraile carmelita, tenido por hombre de santa vida dijo al rey don Alonso, su tio: «Hoy en el reino de Aragon ha nacido un infante de tu linaje; el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y ventura; será muy devoto, aficionado á lo bueno, y defensor excelente de la cristiandad.» Entre tantas virtudes casi era forzoso, conforme á la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. El avaricia de que le tachan se puede excusar con la falta que tenia de dineros y estar enajenadas las rentas reales. Al rigor y severidad en castigar, de que asimismo le cargan, dieron ocasion los tiempos y las costumbres tan estragadas. Los escritores extraños le achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba en la palabra, si le venia mas á cuento. No quiero tratar si esto fué verdad, si invencion en odio de nuestra nacion; solo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como tambien al contrario engañan y son alabados los vicios que semejan á las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, al trato y mañas que entonces se usaban. Emparentó con los mayores príncipes de todo el orbe cristiano, con los reyes de Portugal y Inglaterra, y duques de Austria. Tenia deudo con otros muchos, ca era tio de madama Ana, duquesa de Bretaña, hermano de su abuela materna, primo hermano de don Fernando, rey de Nápoles, tio mayor de doña Catalina, reina de Navarra, hermano asimismo de su abuela. En esto cargan sobre todo lo al al rey don Fernando, que sin tener respeto al parentesco, solo por la demasiada codicia de ensanchar sus estados los años adelante echó á esta señora y á su marido del reino que heredaron de sus antepasados, y les forzó á retirarse á Francia; otros le excusan con color de religion y con la voluntad del sumo Pontífice que así lo mandó, de que todavía resultaron grandes y largas alteraciones. Enrique Labrit, hijo destos señores, pretendió recobrar el reino de sus padres con mayor porfía que ventura; tuvo en madama Margarita, hermana que era del rey Francisco de Francia, una hija y heredera de sus estados, llamada Juana, que

casó con Antonio Borbon, duque de Vandoma, madre de aquel Enrique que casó con madama Margarita, hermana de tres reyes de Francia, Francisco el Segundo, Cárlos y Enrique; y por ser el pariente mas cercano por línea de varon y por faltar todos sus cuñados sin sucesion, quedó por sucesor de aquella corona, sin embargo que abrazó desde su tierna edad las nuevas herejías, desamparada la religion verdadera de sus antepasados, y que los señores y pueblos de Francia pretendian no podia poseer aquella corona persona manchada con opiniones semejantes, y que en su lugar se debia nombrar otro sucesor, pleito que ya el Papa le ha determinado. Nos, llegados al puerto y puesto fin á este trabajo, calarémos las velas, y harémos fin á esta escritura en este lugar. Concluyo con decir que con la entrada de los reyes en Granada y quedar apoderados de aquella ciudad, los moros por voluntad de Dios dichosamente y para siempre se sujetaron en aquella parte de España al señorío de los cristianos, que fué el año de nuestra salvacion de 1492, á 6 de enero, dia viérnes; conforme á la cuenta de los árabes el año 897 de la egira, á 8 del mes que ellos llaman rahib haraba. El cual dia, como quier que para todos los cristianos por costumbre antigua es muy alegre y solemne por ser fiesta de los Reyes y de la Epifanía, así bien por esta nueva victoria no menos fué saludable, dichoso y alegre para toda España, que para los moros aciago; pues con desarraigar en él y derribar la impiedad, la mengua pasada de nuestra nacion y sus daños se repararon, y no pequeña parte de España se allegó á lo demás del pueblo cristiano, y recibió el gobierno y leyes que le fueron dadas, alegría grande de que participaron asimismo las demás naciones de la cristiandad. En particular se escribieron en esta razon cartas al pontífice Inocencio y á los reyes, y despacharon embajadores que les diesen aquellas nuevas tan alegres y avisasen que la guerra de los moros quedaba acabada, muertos y sujetados los enemigos de Cristo, puesto el yugo á Granada, ciudad antiguamente edificada y soberbia con los despojos de cristianos. Por conclusion, que toda España con esta victoria quedaba por Cristo nuestro Señor, cuya era antes. Las ciudades y provincias, así las comarcanas como las que caian léjos, festejaban esta nueva con regocijos, fuegos y invenciones. Así hombres como mujeres, de cualquiera edad ó calidad que fuesen, acudian en procesiones á los templos, y postrados delante los altares, daban gracias á Dios por merced tan señalada. Estaba Roma alegre por las paces que tres dias antes se asentaran entre el Pontífice y los reyes de Nápoles, cuando llegó de España, primer dia de febrero, Juan de Estrada, embajador del rey don Fernando, y con la nueva de aquella victoria colmó y aumentó la alegría pasada. Para muestra de contento y para reconocer aquella merced por de quien era, el Papa, cardenales y pueblo romano ordenaron y hicieron una solemne procesion á la iglesia de Santiago de los Españoles. Allí se celebraron los oficios, y en un sermon á propósito del tiempo alabó el predicador y engrandeció, como era justo, á los reyes y toda la nacion de España, sus proezas, su valor y sus victorias notables.

LIBRO VIGÉSIMOSEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

Que los judíos fueron echados de España.

Concluida la guerra de Granada con tanta honra y provecho de toda España y echado por tierra el señorío de los moros á cabo de tantos años que en ella duraba, los reyes don Fernando y doña Isabel volvieron su pensamiento á nuevas empresas, mayores y mas gloriosas que las pasadas. Valerosos príncipes y grandes, pues ni de dia ni de noche sabian reposar, ni pensaban sino cómo pasarian adelante, y por el camino que habian tomado llevarian al cabo sus intentos muy santos, que todos se enderezaban á la gloria de Dios y al ensalzamiento de la religion cristiana; y no era razon que con la paz tan deseada de España su valor y grandeza de ánimo reposasen, ni que sus nobles soldados, que por causa de las guerras pasadas tenian muchos y muy señalados, con los deleites y el ocio, fruto muy ordinario de la abundancia y prosperidad, se marchitasen; antes que pues en sus tierras no quedaba en qué mostrar su esfuerzo, los empleasen léjos dellas, y los enviasen á conquistar gentes y reinos extraños, como sucedió al presente; camino y traza por donde el nombre y valor de España, conocido de pocos, y apretado dentro de los angostos términos de España, en breve pasó tan adelante, que con gran gloria suya se derramó, no solo por Italia y por Francia y Berbería, sino llegó hasta los últimos fines de la tierra; de manera que de levante á poniente no quedó parte alguna do no hayan puesto los trofeos y blasones de sus victorias y esfuerzo. Grande balumba de cosas se nos pone delante, y mayor peso que tan pequeñas fuerzas puedan llevar; inmenso piélago y hondura, que con dificultad podrán apear aun los grandes ingenios. Por lo cual estaba resuelto, como se dijo en la prefacion latina desta obra, de hacer punto en la guerra de Granada y no pasar adelante, pues es justo que cada uno se mida con el trabajo que emprende y haga balanzo de sus fuerzas, fuera de otras dificultades que se ofrecian y en el mismo lugar se apuntaron. Pero deste parecer me hicieron apartar algun tanto personas doctas y graves, las cuales pretendian que esta obra sin lo de adelante quedaba imperfecta y

falta de lo que naturalmente mas se desea saber, que son las cosas modernas, sin hacer mucho caso de las antiguas. Además que las cosas que sucedieron poco adelante por ser tan gloriosas y grandes, y la puerta que se abrió para la grandeza y imperio de que hoy goza España darian á esta obra el mas noble remate que se pudiese desear; lustre de muy grande importancia, que á imitacion de los que escriben y representan comedias, el acto postrero se aventaje á lo demás, para que el lector con aquel postre y dejo quede con mayor gusto y agrado, y toda la obra mas hermosa. Razones eran estas de mucho peso. ¿Qué era justo que yo hiciese? O ¿qué partido debia seguir y qué traza? Resolvíme en condescender algun tanto y para acudir á todo continuar esta historia algunos pocos años adelante, en que acontecieron las cosas mas grandes y dignas de memoria que jamás los españoles acometieron y acabaron; ni aun sé yo que alguna otra nacion en el mundo en tan breve espacio pasase tan adelante ni ensanchase tanto los términos de su imperio. Pero antes que pongamos la mano á cosas tan grandes es bien que el lector se acuerde de lo que arriba queda apuntado, es á saber, que Francisco, duque de Bretaña, casó con Margarita, hija de doña Leonor, reina que fué de Navarra, y por el mismo caso sobrina del rey don Fernando. Deste matrimonio quedaron dos hijas; sus nombres, de la mayor Ana, y de la menor Isabel, y ningun hijo varon. Por esta causa muchos príncipes pretendian casar con estas doncellas, mayormente con la mayor. Entre los demás, Cárlos VIII, rey de Francia, se aventajaba por tener mas fuerzas y caer mas cerca de Bretaña, fuera de otras alianzas y correspondencia que con aquel estado tenia como moviente de su corona, sin embargo que de años antes se concertara con Margarita, hija del rey de romanos, y que el mismo Maximiliano, por estar viudo de María, su primera mujer, pretendia para sí este casamiento y aun le tuvo concertado. Al Francés ni faltaban mañas ni fuerzas, y con ocasion que algunos señores de su reino, en particular Luis, duque de Orliens, su cuñado, casado con Juana, su hermana menor, por ciertos disgustos se recogió á Bretaña por ser aquel Duque, su primo hermano, hijo de Margarita, hermana de Cárlos, padre del de Orliens, determinó tomar las armas contra el Duque, y por medio de aquel torcedor traelle á lo que deseaba. El Breton en este aprieto acudió á Inglaterra y Alemania para que le valiesen, y en particular hizo recurso á España; para esto Alano de Labrit, padre del rey de Navarra, con intencion que se le dió de aquel casamiento tan pretendido, los años pasados se vió en Valencia con el rey don Fernando, y dél alcanzó enviase en su compañía una buena armada, que se juntó en San Sebastian, y por su capitan á Miguel Juan Gralla, su maestresala. Hobo diversos encuentros, que no son de nuestro propósito; finalmente, junto á San Albin se vino á batalla, en que los bretones quedaron vencidos, y presos el general de la armada española y el duque de Orliens y Juan Chalon, príncipe de Oranges, que asistia al duque de Bretaña por ser su sobrino, hijo de Catarina, su hermana. Dióse esta batalla, que fué en aquel tiempo muy famosa, por el mes de agosto del año que se contaba 1488. Despues se tomó asiento con el Francés, que soltó los presos, aunque no en un mismo tiempo ni por la misma ocasion, y el Breton se obligó de no casar sus hijas sin su consentimiento, condicion que él cumplió porque sin disponer dellas falleció luego el año siguiente. Dejó por tutor de sus hijas y gobernador de aquel estado al mariscal de Bretaña, persona aficionada al casamiento de monsieur de Labrit, como lo tenian concertado aun antes del asiento que se tomó con Francia. Pero el conde de Dunois y el chanciller de Bretaña le eran de todo punto contrarios, y mas el príncipe de Oranges, que como deudo tan cercano, se apoderó de la Duquesa y su hermana. Acudieron por socorros, el mariscal á Inglaterra, y el de Oranges al Rey de romanos y á España. Vinieron gentes de todas partes, y en particular de España por mar envió el rey don Fernando mil hombres de armas y jinetes de socorro debajo la conducta y gobierno de don Pedro Gomez Sarmiento, conde de Salinas, que desembarcó con su gente en Bretaña al principio del año 1490. Este socorro fué de poco efecto, por sospechas que nacieron entre los naturales y los españoles, demás que la Duquesa se inclinaba á casar con el Rey de romanos, y aun se trató y concertó el casamiento. Por esto el mismo Labrit, perdida la esperanza de casar con aquella señora, ó de que un hijo suyo, que tambien lo pretendia, casase con la hermana menor, que falleció por este mismo tiempo, y con prómesa que le hicieron de nombralle por condestable de Francia, resuelto de mudar partido entregó á Nantes, cabeza de aquel ducado, plaza que tenia en su poder, al Francés. El rey don Fernando otrosí hizo salir su gente de Bretaña por lo poco que allí hacian y con esperanza que se le dió de restituille lo de Ruisellon y Cerdania, conforme á lo que el rey Luis XI de Francia dejó dispuesto en su testamento, movido de su conciencia y á persuasion de fray Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, al cual hiciera venir desde lo postrero de Italia, de do era natural, con esperanza que por su medio recobraria la salud, que le faltó mucho tiempo, á lo postrero de su vida; y persuadido de sus razones antes de su muerte enviara al obispo de Lombes y al conde de Dunois para que hiciesen la entrega de Perpiñan. Mas como el Rey falleciese á la sazon, los que gobernaban el reino les mandaron dar la vuelta sin efectuar el órden que llevaban. Con la salida de los españoles el Francés tuvo comodidad de apoderarse de la mayor parte de aquel estado, y Ana, madama de Borbon, su hermana mayor, que todo lo gobernaba á su voluntad, tuvo órden y se dió tan buena maña, que el Rey, su hermano, dejada Margarita, su esposa, con color de su poca edad, finalmente casó con la duquesa de Bretaña. Con este matrimonio las fuerzas y poder de Francia se adelantaron, y sosegadas las alteraciones de aquel reino, los franceses tuvieron comodidad de acometer lo de Italia. En España los reyes don Fernando y doña Isabel, luego que se vieron desembarazados de la guerra de los moros, acordaron de echar de todo su reino á los judíos. Con esta resolucion en Granada, do estaban, por el mes de marzo del año 1492 hicieron pregonar un edicto en que se mandaba á todos los de aquella nacion que dentro de cuatro meses desembarazasen y saliesen de todos sus

estados y señoríos, con licencia que se les daba de vender en aquel medio tiempo sus bienes ó llevallos consigo. Luego el mes siguiente de abril, fray Tomás de Torquemada, primer inquisidor general, por otro edicto y mandato vedó á todos los fieles, pasado aquel tiempo, el trato y conversacion con los judíos, sin que á ninguno fuese lícito de allí adelante dalles mantenimiento ni otra cosa necesaria, so graves penas al que hiciese lo contrario; que fué causa de que una muchedumbre innumerable desta nacion se embarcase en diversos puertos. Unos pasaron á Africa, otros á Italia, y muchos tambien á las provincias de levante, do sus descendientes hasta el dia de hoy conservan el lenguaje castellano, y usan dél en el trato comun. Gran número desta gente se quedó en Portugal con licencia del rey don Juan el Segundo, que les dió con condicion que cada uno dellos pagase ocho escudos de oro por el hospedaje, y que dentro de cierto tiempo que se les señaló saliesen de aquel reino, con apercebimiento que pasado el dicho término serian dados por esclavos, como muchos dellos lo fueron dados adelante, y despues por el rey don Manuel les fué restituida su libertad luego al principio de su reinado. El número de los judíos que salieron de Castilla y Aragon no se sabe; los mas autores dicen que fueron hasta en número de ciento y setenta mil casas, y no falta quien diga que llegaron á ochocientas mil almas; gran muchedumbre sin duda, y que dió ocasion á muchos de reprehender esta resolucion que tomó el rey don Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada y que sabe todas las veredas de llegar dinero; por lo menos el provecho de las provincias adonde pasaron fué grande, por llevar consigo gran parte de las riquezas de España, como oro, pedrería y otras preseas de mucho valor y estima. Verdad es que muchos dellos por no privarse de la patria y por no vender en aquella ocasion sus bienes á menosprecio, se bautizaron algunos con llaneza, otros por acomodarse con el tiempo y valerse de la máscara de la religion cristiana, los cuales en breve descubrieron lo que eran y volvieron á sus mañas, como gente que son compuesta de falsedad y de engaño.

CAPITULO II.

De la eleccion del papa Alejandro VI.

En este medio falleció en Roma el papa Inocencio VIII á 25 de julio. Juntáronse luego el dia siguiente los cardenales para nombrar sucesor divididos en dos parcialidades: la una seguia al cardenal de San Pedro Julian de la Rovere, sobrino de Sixto IV, el cual se inclinaba á acudir con sus votos á don Jorge de Costa, cardenal de Portugal; de la otra parte eran cabezas los cardenales Ascanio Esforcia, hermano del duque de Milan, y don Rodrigo de Borgia, vicecanciller, personas poderosas y ricas, aunque el de Borgia tenia mas que dar, y finalmente, sea con buenos medios, sea con malos, salió con el pontificado y [illegible] él se llamó Alejandro VI. Ayudóle mucho el cardenal Ascanio; así en recompensa, segun se entendió, de [illegible] mucho que trabajó en granjear las voluntades del conclave, le dió luego el oficio de vicecancelario, y en el primer consistorio que tuvo dió su capelo á don Juan de Borgia, su sobrino, arzobispo de Monreal. Muchas cosas siniestras se dijeron deste Pontífice; puédese sospechar que algunas fueron verdaderas, otras impuestas; y que por el odio que como á extranjero le tenian, por lo menos que sus faltas no fueron tan graves como las encarecen. Lo cierto es que fué natural de Valencia; sus padres se llamaron Jofre Lenzo y Isabel Borgia. Luego que se supo la eleccion de su tio el papa Calixto, se partió á toda priesa para Roma con cierta esperanza que llevaba del capelo. Hecho cardenal, en una moza romana, llamada Zanozia ó Vanocia, hobo cuatro hijos, á Pedro Luis, el mayor, á César, á Juan y á Jofre, y una hija, por nombre Lucrecia. Era tan rico; que compró el ducado de Gandía, y le puso en cabeza de Pedro Luis, su hijo mayor, que falleció antes que su padre subiese al pontificado, y en su lugar puso á Juan, su tercero hijo, al cual dió por mujer á doña María Enriquez, hija de don Enrique Enriquez, mayordomo mayor de los Reyes Católicos, y de doña María de Luna, su mujer, de quien nació el duque don Juan, padre de don Francisco de Borgia, varon santo, pues renunciado el estado que heredó de su padre y abuelo, le vimos primero religioso, y despues prepósito general de nuestra compañía; que fué una de las cosas notables de nuestra edad. La creacion de Alejandro se hizo á 11 dias de agosto, y á los 27 del mismo se coronó. En el mismo dia confirmó la ereccion hecha pocos dias antes de la iglesia de Valencia en metrópoli, y juntamente nombró por arzobispo de aquella iglesia á don César, su hijo segundo, que ya era obispo de Pamplona, y el año siguiente en las témporas de setiembre salió nombrado cardenal, con probanza de muchos testigos que juraron no era hijo del Papa, sino de Dominico Ariñano, marido que era de Zanozia; probanza que pasó por Rota y por el consistorio, sin que casi persona se atreviese á hacer contradiccion: tal era el poco miramiento de aquel tiempo. El hijo menor de todos se llamó Jofre, á quien por ciertos conciertos que el Papa tuvo con don Alonso el Segundo, rey de Nápoles, en lo postrero de Calabria hicieron príncipe de Esquilache. Lucrecia casó primero con el señor de Pesaro, por nombre Juan Esforcia; despues con Luis Alonso de Aragon, hijo bastardo del dicho don Alonso, rey de Nápoles; y muerto este á manos de César, su cuñado, que renunciado el capelo se llamaba el duque Valentin, últimamente casó con Alonso de Este, hijo mayor de Hércules, duque de Ferrara. En el pontificado de Alejandro se dió el capelo á catorce españoles; entre los demás fué uno don Bernardino de Carvajal, obispo que fué de diversas iglesias de Castilla, como se dijo de suso sucesivamente, y á la sazon embajador de Roma por don Fernando, rey de España. Su promocion fué agradable, así por sus buenas partes de ingenio asaz despierto como por la memoria del cardenal de Santangel, su tio, don Juan de Carvajal, que fué notable prelado. Destos principios ¿cuán grandes inconvenientes se seguirán? Lo de Navarra andaba muy alterado por dos causas: la primera que Juan, vizconde de Narbona, tio de la reina de Navarra, pretendia tener derecho á aquella corona, fundado en que su hermano mayor Gaston de Fox falleció en vida de su madre

doña Leonor, reina que era propietaria de Navarra; decia que por su muerte debia él ser antepuesto á los nietos, que era grado mas apartado, pleito tantas veces ventilado. Por otra parte, el conde de Lerin, condestable de Navarra, con los de su valía traia desasosegado aquel reino, en que estaba apoderado de la ciudad de Pamplona, y poco adelante tomó la villa de Olite, sin otras plazas que tenia á su mano. Acudieron de todas partes al rey don Fernando, como á príncipe á quien tanto tocaban las cosas de aquel reino, para alegar cada cual de las partes de su derecho y valerse de las fuerzas del rey de España. En lo del Vizconde el Rey declaró que asistiria á aquellos reyes, y no permitiria se les hiciese fuerza ni agravio, como á los que tenian su derecho mas fundado. Con esta respuesta el de Narbona acudió por una parte á las armas, y en el condado de Fox se apoderó de algunos lugares; por otra seguia su pleito en el parlamento de Paris; pero finalmente se vino á concierto, y desistió por algun tiempo de aquella demanda. Cuanto á lo del conde de Lerin, el mismo rey don Fernando interpuso su autoridad, y en cierto asiento que se tomó con aquellos reyes, entre otras condiciones se puso una que el Conde restituyese las plazas que tenia usurpadas, y nombradamente la villa de Olite, y juntamente saliese de Navarra desterrado por toda su vida, junto con don Luis y don Fernando, sus hijos. Para facilitar este acuerdo se le dió en recompensa la villa de Huéscar en el reino de Granada con título de marqués, sin otras ventajas y vasallos que para adelante le prometieron; concierto que se trató el año siguiente, y se ejecutó tres años adelante. Volvamos á lo que queda atrás.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de las Indias Occidentales.

La empresa mas memorable, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España fué el descubrimiento de las Indias Occidentales, las cuales con razon por su grandeza llaman el Nuevo Mundo; cosa maravillosa y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad. La ocasion y principio desta nueva navegacion y descubrimiento fué en esta manera. Cierta nave desde la costa de Africa, do andaba ocupada en los tratos de aquellas partes, arrebatada con un recio temporal aportó á ciertas tierras no conocidas. Pasados algunos dias y sosegada la tempestad, como diese la vuelta, muertos de hambre y mal pasar casi todos los pasajeros y marineros, el Maestre con tres ó cuatro compañeros últimamente llegó á la isla de la Madera. Hallábase acaso en aquella isla Cristóbal Colon, ginovés de nacion, que estaba casado en Portugal y era muy ejercitado en el arte de navegar, persona de gran corazon y altos pensamientos. Este albergó en su posada al maestre de aquel navío, y como falleciese en breve, dejó en poder de Colon los memoriales y avisos que traia de toda aquella navegacion. Con esta ocasion, ora haya sido la verdadera, ó sea por la astrología, en que era ejercitado, ó como otros dicen, por aviso que le dió un cierto Marco Polo, médico florentin, él se resolvió en que de la otra parte del mundo descubierto y de sus términos hácia do se pone el sol habia tierras muy grandes y espaciosas. Este pensamiento suyo comunicó primero con el rey de Portugal, despues con Enrique VII, rey de Inglaterra; pero como al uno y al otro pareciesen sueños lo que decia, con todo esto no desistió de su empresa; antes se fué á la corte del rey de España don Fernando. Allí como no le diesen mas oidos que los demás, con sufrimiento que tuvo de siete años, últimamente alcanzó al mismo tiempo que el reino de Granada se acababa de conquistar que á costa del Rey le armasen tres navíos con que hiciese prueba si salia verdadero lo que prometia. Escosa notable que con solos diez y siete mil ducados, que por estar los reyes tan gastados tomaron prestados, se emprendió una cosa tan grande y que habia de ser de tanto interés. Hízose pues Colon á la vela á 3 de agosto de Palos de Moguer, do se apresturon las naves, y vencidas las olas del mar Atlántico, primero aportó á las islas Canarias; desde allí, tomando la derrota del poniente, á cabo de muchos dias y de grandes dificultades que pasó, descubrió ciertas islas, que llamó las islas del Príncipe. Reparó por aquellas partes algunos dias, y dejados en un castillo que hizo allí algunos compañeros de los suyos, y por capitan á Diego de Arana, dió la vuelta con las nuevas y muestras de las riquezas que dejaba descubiertas, y fué muy bien recebido en España. Prosiguió en descubrir con nuevas navegaciones que hizo los años siguientes otras muchas islas; entre las otras, las mas principales y mayores fueron la Española y la Cuba. Demás desto costeó gran parte de la tierra firme que corre el polo Antártico y el polo Artico desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Bacallao, con marinas y riberas que se extienden por espacio de mas de cinco mil leguas. Verdad es que las dichas marinas con una grande ensenada que hacen, como á la mitad de todas ellas se ciñen de tal manera, que desde el puerto del Nombre de Dios, que está en nuestro mar, hasta Panamá, puerto del mar opuesto, que llaman del Sur, apenas hay distancia y camino de diez y ocho leguas, y bien que las riberas del uno y del otro mar hácia la parte del septentrion por grande espacio con diligencia increible de los nuestros han sido descubiertas, hasta ahora no se ha podido entender bastantemente si la India Occidental se continúa con la Oriental, ó si mas arriba del Catayo, puerto de la China, y mas arriba del Japon, isla que algunos llamaron Cipangri, haya algun estrecho de mar con que se aparten la una de la otra. Falleció Colon el año de nuestra salvacion 1506; varon digno de inmortal renombre. Fué hecho almirante de las Indias y duque de Veraguas, merced debida á sus grandes méritos y servicios. Continuaron otros estas navegaciones, así en vida de Colon como principalmente despues dél muerto, y á su ejemplo descubrieron al poniente diversas islas y riberas. Entre estos Americo Vespucio, de nacion florentin, por mandado del rey de Portugal don Manuel, el año de 1500, primeramente descubrió todo el Brasil, parte sin duda del Nuevo Mundo y de aquella tierra firme. Despues de corridas casi todas las riberas hácia nuestro mar del Norte con diversas navegaciones que se emprendieron por personas diferentes, entre ellas Vasco Nuñez Balboa, natural de Badajoz, varon de gran corazon, fué el primero que descubrió el estrecho que hay de

tierra, á causa de aquella grande ensenada que hace el mar desde el puerto del Nombre de Dios hasta Panamá, y halló el mar del Sur el año de 1513 para grande honra y provecho de nuestra España. Resultó de las navegaciones de Colon y de Americo cierta diferencia entre Castilla y Portugal, á causa que el Portugués pretendia pertenecelle por concesion de los pontífices, y en particular de Eugenio IV, todo el descubrimiento del Nuevo Mundo. El rey de Castilla en contra alegaba una bula de Alejandro VI, en que el año de 1493 le concedió que tirada con la imaginacion una línea de polo á polo, cien leguas mas adelante de las islas Hespérides, que hoy se llaman del Cabo Verde, todo lo que desde aquella línea se descubriese hácia el poniente fuese suyo, y que al Portugués quedase todo lo demás. La cual concesion poco despues modificó con otra nueva bula, en que mandó que la dicha línea de la demarcacion se señalase otras trescientas y setenta leguas mas adelante hácia el poniente, y esto para efecto que el Brasil de nuevo descubierto se comprehendiese dentro de la conquista de Portugal. Jerónimo Osorio, obispo de Silves, en la vida del rey don Manuel afirma que la dicha línea se señaló por la imaginacion treinta y seis grados al poniente mas adelante del meridiano de Lisboa. Lo cierto es que deste asiento que tomaron resultó otra nueva contienda, porque los castellanos pretendian que las islas Malucas, de donde viene la especería, se comprehendian en la mitad del mundo que les fué consignado en aquel repartimiento. Los portugueses niegan todo esto, y por los eclipses de la luna, que es el solo camino que hay para medir la longitud de la tierra, dicen estar observado que la boca del rio Indo dista de Lisboa por espacio de noventa grados y no mas, desde do hasta el meridiano, que se señala con la imaginacion por lo postrero de las Malucas, hay cuarenta y dos grados. A la cual suma, si añadimos los treinta y seis grados mas adelante de Lisboa, principio de la conquista de Portugal, aun no vendrémos á cerrar con los ciento y ochenta grados que tiene la mitad deste grande globo y mundo; cuya longitud se divide en trecientos y sesenta grados. Y consta que Fernando de Magallanes, de nacion portugués, por queja que tuvo de su rey de no le haber recompensado bastante los servicios hechos en la India Oriental en que estuvo largo tiempo, despues de la muerte del rey don Fernando el Católico persuadió al rey don Cárlos, su nieto, que siguiendo la derrota entre poniente y mediodía, se podria pasar á las Malucas por diferente camino. Ofreció su industria para ejecutar este aviso, y con cinco naves que le dieron se hizo á la vela desde Sevilla, año de nuestra salvacion de 1519. Aportó primero á las Canarias; desde allí á la vista del Brasil, costeadas todas aquellas riberas, halló un estrecho de mar cincuenta y tres grados mas adelante de la equinoccial, el cual de su nombre llamaron el estrecho de Magallanes. A la entrada de aquel Estrecho una de las naves dió en ciertos riscos y se abrió; otra cansada de aquella tan larga y tan pesada navegacion de noche alzó las velas y dió la vuelta á Sevilla. Con las otras tres naves pasó el Estrecho, y despues de muchos dias en una isla que descubrieron, llamada Zubu, fué muerto alevosamente por los bárbaros con algunos otros de sus compañeros. Los demás por falta de marineros y jarcias, puesto fuego á la una de las tres naves, con las otras dos últimamente aportaron á las Malucas. Hicieron su carga en la isla de Tidor para muestra de las riquezas que allí hallaron; y porque la una de las dos naves hacia agua, se perdió. La otra sola que quedaba, por diferente camino que habia traido, pasado el cabo de Buena Esperanza, llegó á Sevilla tres años despues que de allí partiera. La nave se llamaba Victoria; el maestre Juan Sebastian Cano, vizcaíno de nacion ó guipuzcoano, natural de un pueblo llamado Guetaria; que por su grande constancia y dicha nunca oida de haber rodeado todo el mundo, merece que su nombre quede inmortalizado. Probaron otros los años siguientes una, segunda y tercera vez á hacer aquella navegacion; pero porque el provecho no era conforme al trabajo, últimamente desistieron della, especial que el rey don Juan de Portugal prestó al emperador don Cárlos trecientos y cincuenta mil ducados con condicion que así él como sus descendientes se apartasen de aquella demanda hasta en tanto que hobiesen restituido aquel empréstido. En este tiempo del todo se ha sosegado esta contienda por haber toda España reducídose debajo del poder y mando de un monarca y señor universal. Pasado aquel estrecho de tierra que dijimos hácia el mar del Sur, á la mano derecha está situada la Nueva España con su ciudad de Méjico, asentada á la sazon en una laguna y cabeza de aquellas provincias. Donde y en las provincias comarcanas era muy poderoso y muy gran señor de muchos y de muy grandes reinos el emperador Motezuma, al cual Hernan Cortés el año de 1520 prendió dentro de su mismo palacio; notable resolucion. Y muerto que fué por los suyos con una piedra que acaso le tiraron á una ventana á que se asomó para apaciguallos, sujetó aquellas muy anchas provincias al emperador don Cárlos; para sí ganó inmortal renombre, á sus descendientes los marqueses del Valle dejó en aquellas partes de Méjico aquel muy rico estado. A mano izquierda del Estrecho y de Panamá Francisco Pizarro el año 1525 descubrió el Perú, y seis años adelante con prision y muerte que dió á Atabalipa, señor de aquellas tierras, le sujetó, que es la mas rica provincia de minas de oro y de plata de cuantas se han descubierto, en tanto grado, que todo el menaje de las casas hasta las ollas y las calderas eran destos ricos metales. El despojo, que fué muy grande, y la presa dividió Pizarro con Diego de Almagro, su principal compañero en aquella conquista, y con los demás no como fuera razon, y sin embargo, á cada uno de los soldados ordinarios cupieron nueve mil ducados, que fué la mayor presa y botin que jamás se ganó. Los soldados eran como trecientos, que en una batalla vencieron á mas de cien mil indios. De la abundancia nació la soberbia y demasías, ca Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, por entender que Almagro públicamente se quejaba del agravio y trataba de vengarse, le dió la muerte. Un hijo de Almagro, habido fuera de matrimonio en una india, por nombre don Diego, acometió en Lima las casas en que Francisco Pizarro posaba, y dentro dellas le mató en venganza de su padre. Fué este atrevimiento muy grande. Por vengalle se juntaron el gobernador Cristóbal Vaca de Cas-

tro y Gonzalo Pizarro, otro hermano de Francisco, y con sus gentes vencieron en batalla y dieron la muerte al dicho don Diego. Con esta victoria y por sus muchas riquezas quedó Gonzalo Pizarro tan ufano, que pretendió hacerse señor de aquella tierra. Acudió desde España por mandado del Emperador primero Blasco Nuñez Vela, con nombre de virey, al cual prendieron y mataron en el Perú los mismos españoles. Despues el licenciado Pedro de la Gasca, dado que era clérigo de profesion y del consejo de la general Inquisicion, sosegó aquellos movimientos, mas por maña que con fuerzas; castigó é hizo morir á Gonzalo Pizarro y las demás cabezas principales de aquellas revueltas. Hecho esto, volvió á España, donde fué obispo, primero de Palencia, y despues de Sigüenza hasta lo postrero de su edad, que fué muy larga. Hernando Pizarro, que solo de los tres hermanos quedaba vivo, estuvo mucho tiempo preso en España, ca antes que su hermano se levantase, vino para dar razon de la muerte de Almagro, primera ocasion de aquellas revueltas. Por esta manera castigó Dios la muerte dada contra razon al emperador Atabalipa, sin dejar ninguno de sus enemigos que no fuese castigado, y las riquezas mal ganadas perecieron juntamente con sus dueños. Las costumbres de todas estas gentes que descubrieron en aquellas partes eran extrañas, y todas las mas cosas muy extraordinarias. Los animales, las aves, que se crian de muchas raleas y muy vistosos colores; los peces, los árboles, las yerbas, todo extraño y de lo de acá diferente. No tenian letras, notable mengua. No usaban de moneda ni de peso. No sabian fabricar naves con sus jarcias, velas y gobernalle; solo navegaban en barcas como artesas, cavadas en un solo madero, que llaman ellos canoas. Para el vestido y arreo no tenian lino, lana ni seda; sus telas y ropa de algodon, que se da muy bien en la tierra sin teñillo, de diferentes colores. Carecian del uso del hierro, de las armas y herramientas que dél se forjan; de trigo y de molinos para moler su maíz, que es el grano de que se sustentan. Faltábales aceite y vino de uvas, si bien las producia de suyo la tierra, y ellos usaban de otros brebajes de diversas maneras para sus borracheras, á que son muy dados. Del sebo y de la cera no sabian hacer candelas para alumbrarse. Ningunas bestias de carga ni para cabalgar, no carros ni literas. Sacrificaban hombres cautivados en guerra y esclavos en número tan grande, que se tiene por cierto en sola la ciudad de Méjico pasaban de veinte mil por año, cuya carne comian sin asco ninguno. Pasaban con muchas mujeres, y sin escrúpulo usaban del pecado nefando; tan sucios y deshonestos eran. Su traje muy diferente, y por la mayor parte desnudos. Gran bien les hizo Dios y gracia en traellos á poder de cristianos, y para que los buscasen y conquistasen, repartir con ellos con larga mano el oro y la plata en tanta abundancia, cebo para codiciosos. Sobre todo dalles su conocimiento para que dejada la vida de salvajes viviesen cristianamente. Mas merced fué sujetallos que si continuaran en su libertad. Adelante se descubrió el Chille hácia el mar del Sur y polo Antártico, do hallaron indios belicosos y malos de sujetar, y hácia nuestro mar, pasado el Brasil y el rio de la Plata, el Paraguay y el Tucuman, que se extiende hasta el estrecho de Magallanes. Las Filipinas, islas no léjos de la China, con diversas ocasiones se descubrieron, y llamaron así del nombre de don Filipe II, rey de España. La de Luzon, que es la cabeza, con su ciudad Manila conquistó el adelantado Miguel Lopez de Legaspi á 18 de mayo, año de 1572. Ultimamente, el año 1598, de Méjico salió un buen número de soldados, y su general el adelantado don Juan de Oñate á la conquista del Nuevo Méjico. Cae esta provincia hácia nuestro polo en altura de mas de treinta grados; la tierra fértil, la gente mas política que lo demás de las Indias, las casas de tres, cuatro y siete sobrados. Teníase della noticia desde el tiempo de Hernan Cortés, y diversas veces acometieron á conquistalla, pero esta fué la de mas consideracion. Del suceso della y todo el efecto que se hizo, que para tanto ruido fué corto, el capitan Gaspar de Villagra, que se halló presente, escribió un libro en metro castellano. De la conquista toda de las Indias han resultado provechos y daños. Por lo menos las fuerzas flaquean por la mucha gente que sale y por estar tan derramadas; el sustento que la tierra nos daba, y no mal con sus frutos, ya todos los años le esperamos en gran parte de los vientos y de las olas del mar; el príncipe mas necesidades que antes, por acudir forzosamente á tantas partes; la gente muelle por el mucho regalo en comidas y trajes.

CAPITULO IV.

De la restitucion que se hizo de Ruisellon.

Ardia Cárlos VIII, rey de Francia, en un vivo deseo de acometer la conquista del reino de Nápoles, para lo cual pretendia tener derecho muy fundado, sin otras causas diferentes que á ello le movian. No le faltaban gentes ni riquezas para llevar al cabo una empresa tan grande; solo se recelaba por una parte del Rey de romanos, que le tenia malamente agraviado con quitalle su esposa la duquesa de Bretaña, y dejar á su hija Margarita, con quien estaba concertado. Por otra temia al rey don Fernando no le acometiese por la parte de España en defensa de los reyes de Nápoles, que eran de la casa de Aragon. Por esta causa le pareció en primer lugar de hacer confederacion con el dicho rey de España; y para este efecto se trataba muy de veras por comisarios que de una y otra parte se nombraron de restituir los estados de Ruisellon y Cerdania, que tenia en su poder el Francés por empeño que se hizo los años pasados. Apretábase muy mucho este tratado, tanto, que los reyes don Fernando y doña Isabel para estar mas cerca y procurar la conclusion de cosa que tanto deseaban, con dejar á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, por alcaide del Alhambra y capitan general de aquel nuevo reino, por principio del mes de junio partieron de Granada la vuelta de Aragon. Llevaban en su compañía sus hijos el Príncipe y las infantas. Entraron en aquel reino por la parte de Borgia, para donde tenian concertada la junta de la hermandad. De allí pasaron á Zaragoza, donde dieron órden que los jurados y otros oficiales del regimiento fuesen puestos en aquellos oficios, no por eleccion de los ciudadanos, como antes se acostumbraba, sino por nombramiento

del Rey, órden que no duró mucho tiempo. Llegaron á Barcelona por el mes de octubre. Allí sucedió un caso atroz; tenia costumbre el rey don Fernando de dar audiencia pública por lo menos un dia en la semana; sucedió que un viérnes, á 7 de diciembre, se entretuvo en ella mas de lo acostumbrado. Al salir de la audiencia, un hombre, llamado Juan Canamares, catalan de nacion, natural de Remensa, sin ser sentido se llegó al Rey, y con la espada desnuda le tiró un golpe para matalle, del cual quedó herido debajo de la oreja. Fué grande la turbacion de la ciudad; prendieron al malhechor por saber si alguno se lo habia aconsejado. Averiguóse que estaba loco y que acometió aquel caso por haber soñado que muerto el Rey, le sucederia en la corona; sin embargo, le atenacearon vivo, y despues de muerto le quemaron. Tenia el Rey grande deseo de concluir el asiento que se trataba con Francia. Juntáronse los comisarios diversas veces, que eran los principales, por Francia Luis de Amboesa, obispo de Albi, y por España el secretario Juan de Coloma. Tratóse de las condiciones, primero en Figueras en los confines del Ampurdan y Ruisellon, despues en la ciudad de Narbona. Allí últimamente, á 18 del mes de enero del año 1493, se asentó amistad entre España y Francia, y della excluian á todos los demás príncipes, excepto solo el Pontífice romano. Las condiciones fueron que el rey don Fernando no pudiese casar sus hijas con ningun Príncipe sin consentimiento del rey de Francia, y que con esto el Francés le restituyese lo de Ruisellon y Cerdania. Sin embargo, en la ejecucion hobo algunas dificultades, y se entretuvieron algunos meses antes que se efectuase. Restaba solamente al Francés concertarse con el rey de romanos Maximiliano de Austria, que aunque con dificultad, al fin se hizo con restituille á su hija Margarita, que todavía se la entretenian en Francia, y el condado de Artoes, dote de aquella señora, y con seguridad que le dieron de volvelle el condado de Borgoña y lo demás del ducado que por fuerza y contra razon le tenian usurpado; cosa muchas veces tratada y concertada, pero que nunca se cumplió de todo punto. Concertóse esta paz en sazon que el emperador Federico se hallaba muy al cabo, de una pierna que se le encanceró y al fin fué menester cortársela, de que en breve murió á 19 del mes de agosto. Por su muerte le sucedió en el imperio y en los demás estados su hijo Maximiliano, que ya era rey de romanos. Luis Esforcia, duque de Bari, tio de Juan Galeazo, duque de Milan, con increible tiranía é inhumanidad por apoderarse del estado de su sobrino, trataba con el nuevo César que casase con Blanca María, hermana del dicho duque Juan Galeazo, con tal que le diese para él y sus sucesores la investidura de Milan y de todo aquel estado; ambicion ciega y perjudicial que fué ocasion de revolver á toda Italia. Por esta investidura y por el dote se obligó Luis Esforcia, y lo que mas es, hizo obligar al Duque, su sobrino, contra quien se enderezaba toda esta trama, de dar cuatrocientos mil ducados al emperador Maximiliano. El color que se tomó para cosa tan exorbitante fué que ni Francisco Esforcia ni Galeazo, su hijo, fueron por los emperadores investidos de aquel estado, y por tanto, como vaco le daba al dicho Ludovico. Entreteníase en este tiempo el rey don Fernando en las partes de Aragon y Cataluña hasta tanto que, como tenian asentado, le restituyeron por el mes de setiembre lo de Ruisellon y Cerdania, y las gentes francesas que tenian de guarnicion, salieron de aquellos estados. Resolucion que dió á muchos que decir, y que los historiadores extranjeros, y particularmente los franceses, nunca acaban de reprehender, que aquel Rey por esperanza incierta se desposeyese de aquellos estados. Muchos cargan al obispo de Albi que se dejó cohechar con el oro de España.

CAPITULO V.

Que los tres maestrazgos militares se incorporaron en la corona real de Castilla.

Por el mismo tiempo que el rey don Fernando recobró lo de Ruisellon, en la otra parte opuesta y mas distante de España se apoderó de la isla de Cádiz con su puerto, que es uno de los mas señalados del mundo. El rey don Enrique el Cuarto los años pasados con la facilidad que tenia en hacer mercedes, la habia dado con título de marqués á don Juan Ponce de Leon, conde de Arcos. Por cuya muerte, que sucedió algunos meses despues de la toma de Granada, quitaron aquella isla á don Rodrigo Ponce, su nieto, que le sucedió en sus estados, y volvió á la corona real, si bien en recompensa le dieron la villa de Casares en Africa, y que en lugar de conde, de allí adelante se intitulase duque de Arcos. Asimismo la isla de Palma, que es una de las Canarias, ganó Alonso de Lugo que enviaron los reyes á aquella conquista. Pero la cosa de mayor consideracion que en este año sucedió fué apoderarse el Rey de los maestrazgos de las tres órdenes militares de Castilla. Eran los maestres exemptos de la juridiccion real; tenian tanto poder y parte en el reino á causa de sus muchas riquezas y aliados, que se hacian temer de los mismos reyes. Por esto el papa Inocencio VIII concedió al rey católico don Fernando que tuviese en administracion aquellos maestrazgos. Ganóse esta bula por el mismo tiempo que don García de Padilla, maestre de Calatrava, pasó desta vida, que fué el fin del año 1487; y porque en el presente falleció el maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas, tomó asimismo posesion de aquel maestrazgo; y por concluir luego el año siguiente se negoció y acabó con el maestre de Alcántara don Juan de Zúñiga que renunciase en favor del Rey, y permutase aquella dignidad con el arzobispado de Sevilla. Con esto el Rey quedó maestre de aquellas tres órdenes por todo el tiempo de su vida; y aun el papa Alejandro le dió por compañera y con derecho de suceder en esta administracion á la reina doña Isabel. Ultimamente, el papa Adriano los años adelante, por contemplacion del rey don Cárlos, su discípulo, le concedió á él y á sus sucesores autoridad de presentar los obispos de España, que antes se proveian á suplicacion de los reyes; asimismo sin limitacion de tiempo les concedió perpetuamente la dicha administracion de los maestrazgos, que fué una notable resolucion. A este maestre postrero de Alcántara, que fué despues

cardenal, dedicó su diccionario el maestro Antonio de Nebrija, varon de inmortal renombre, y digno que quede su memoria en las historias de España, así por el principio que dió á todo lo que en su tiempo de la lengua latina se supo en España como por los muchos libros que escribió llenos de erudicion y doctrina. Entre otros dejó escritas en latin dos guerras, la de Granada y la de Navarra, que sucedió algunos años adelante, si bien en las dichas historias usó de mas diligencia y verdad que elegancia. Al mismo tiempo que fallecieron el marqués de Cádiz y el maestre de Santiago, murieron don Enrique de Guzman, duque de Medina Sidonia, y don Pedro Enriquez adelantado del Andalucía. Al Duque sucedió su hijo don Juan; poco antes al condestable Pero Hernandez de Velasco habia sucedido su hijo Bernardo de Velasco, que casó con doña Juana de Aragon, hija bastarda del rey don Fernando.

CAPITULO VI.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Ninguna cosa por estos tiempos sucedió mas notable ni que en mayor confusion pusiese las cosas de Italia y aun de toda la Europa que la guerra muy famosa de Nápoles, que emprendió Cárlos VIII, rey de Francia, con los preparamentos que arriba quedan apuntados. De la cual será bien declaremos de raíz por qué vias se haya encaminado. El papa Urbano VI desde Hungría hizo pasar en Italia con gentes á Cárlos, príncipe de Durazo, contra Juana, reina de Nápoles, que habia favorecido la eleccion de Clemente VII, su competidor, con que en gran manera se perturbó la paz de la Iglesia. Ella para su defensa llamó desde Francia á Ludovico, duque de Anjou, hijo menor de Juan, rey de Francia. Para esto le adoptó por hijo para que le sucediese en aquel estado. Hijo deste Ludovico fué otro de su mismo nombre, que hizo guerra con Ladislao, rey de Nápoles, hijo del sobredicho Cárlos, pero no con mayor ventura que su padre, ca el uno y el otro fueron en aquella guerra desgraciados. El nieto, que asimismo se llamó Ludovico, fué llamado por el papa Martino V contra Juana, la mas moza, hermana de Ladislao y reina de Nápoles. Este Ludovico echó de aquel reino á don Alonso, rey de Aragon, al cual la dicha Juana habia primero adoptado por hijo, y despues, arrepentida de lo hecho, revocado aquella adopcion. A Ludovico por fallecer sin hijos sucedió Renato, su hermano, con quien el rey don Alonso por largo tiempo tuvo guerra con mejor ventura que la pasada, tanto, que forzó á su contrario á que se volviese en Francia. Hijo deste Renato fué Juan, duque de Lorena, el que despues que en la guerra de los Barones revolvió grandemente el reino de Nápoles y puso en gran aprieto al rey Fernando de Nápoles, adelante en la guerra de Cataluña fué capitan de los catalanes alzados contra el rey de Aragon don Juan, y por su muerte, que sucedió en Barcelona, como queda dicho, vino á suceder en los estados de Renato Cárlos, sobrino suyo, hijo de su hermano. Cárlos en su testamento nombró por su heredero á Ludovico XI, rey de Francia, por parecelle que Renato, duque de Lorena, sobrino suyo, y nieto de parte de madre de Renato, duque de Anjou, no tenia bastantes fuerzas contra los aragoneses y su poder. Este fué el primer principio de la guerra de Nápoles. Allegóse otra segunda causa, y fué que por la muerte de Galeazo Esforcia, duque de Milan, que le mataron sus vasallos los años pasados, Luis Esforcia, su hermano, se apoderó del gobierno de aquel estado con color que Juan Galeazo, hijo del muerto, por su pequeña edad no era bastante para gobernar. Estaba casado Luis Esforcia con Beatriz, hermana de Hércules, duque de Ferrara. Item, don Alonso, duque de Calabria, hijo del rey de Nápoles, tenia por mujer á Hipólita, hermana del susodicho Luis Esforcia; del cual matrimonio nacieron don Fernando y doña Isabel; don Fernando fué rey de Nápoles despues de su abuelo y padre; doña Isabel casó con Juan Galeazo, verdadero duque de Milan. Esta señora por ver á su marido desposeido, dado que ya tenia dos hijos en ella, por sus cartas persuadió á su padre que fuese parte para que, quitado aquel estado al tirano, su marido tomase la posesion de aquel señorío de sus antepasados. Luis Esforcia, vista la tempestad que desde Nápoles se le armaba, por sus embajadores y cartas convidó á Cárlos VIII, rey de Francia, para que tomase aquella empresa del reino, que decia pertenecelle de derecho. Ayudaba á esto Estéfano de Vers, gran privado de aquel Rey, que le hizo senescal de Belcaire, y Guillen Brisoneto, obispo de San Maló; allegábanseles muchos barones de Nápoles, que, desterrados de su patria por la crueldad de Fernando, rey de Nápoles, buscaban algun remedio para volver á sus casas y estados. Eran los principales Antonelo y Bernardino de Sanseverino, príncipes de Salerno y de Bisiñano. Fué así, como lo testifica Filipe de Comines, que aunque aquellos señores fueron bien vistos y recogidos en Francia, el tratamiento no fué tal que no pasasen muchas necesidades y menguas; por donde fueron forzados á hacer tambien recurso á España para suplicar al rey don Fernando tomase aquella empresa por ser su derecho mas cierto á causa de la bastardía de los que poseian aquel reino de Nápoles; pero el Rey, por entender que aquellos barones pretendian solamente sus particulares, y que acudirian con sus fuerzas al que primero llegase, no quiso por entonces embarazarse en aquella guerra; solo pretendia con buenos medios y sin rompimiento divertir al Francés de aquella conquista; mas teníanla tan adelante, que con gran dificultad se pudiera volver atrás. Acudieron de una y de otra parte á buscar valedores é ayudas. El Francés y el de Milan para ofender se confederaron con todos los demás potentados de Italia, fuera de los florentines, que al principio estuvieron de parte de los aragoneses, y los venecianos que, conforme á su costumbre, quisieron mas estarse á la mira que mostrarse por ninguna de las partes. Asimismo el pontífice Alejandro, si bien al principio se mostró averso de aquellos reyes de Nápoles, últimamente con intencion que se le dió y concierto que se hizo poco adelante de heredar á sus hijos en aquel reino y acudir al mismo Papa con cierta pension cada un año, acordó mudar partido y mostrarse por los que le tenian tan obligado. Por otra parte, los reyes de Nápo-

les no se descuidaban en aprestarse para la defensa y solicitar á todos los que podian para que los valiesen en aquel peligro. En particular con un embajador que enviaron á España hicieron instancia con el rey Católico para que se declarase contra Francia. Alegaban para movelle el deudo grande, que era ser primo hermano y juntamente cuñado del rey de Nápoles don Fernando. Proponíanle el peligro que correria lo de Sicilia si los franceses se viesen señores de Nápoles. Todo esto no bastó para que el rey Católico rompiese con Francia; solo se determinó de enviar al Papa á Garcilaso de la Vega para asegurralle en la proteccion y buena voluntad que mostraba á los reyes de Nápoles; y á don Alonso de Silva, hermano del conde de Cifuentes y clavero de Calatrava, despachó para Francia con intento de divertir aquel Rey del propósito que tenia y avisalle que si otra cosa hiciese, él no podia desamparar á sus deudos y aliados. Todo esto pasó al principio del año de nuestra salvacion de 1494, cuando los reyes don Fernando y doña Isabel, que hasta entonces se habian entretenido en Aragon, de Zaragoza, do estaban, partieron para Tordesillas, y desde allí pasaron á Valladolid y á Medina del Campo; allí les llegó aviso que el rey don Fernando de Nápoles era pasado desta vida. Falleció á 25 de enero cargado de años y cuidadoso del remate de aquella guerra; desgraciado por una parte á causa del peligro en que dejaba sus cosas, ocasionado principalmente de su áspera condicion, por otra parte dichoso por no haber visto echado por tierra aquel su reino poco antes muy florido y muy rico. Sucedióle don Alonso, su hijo, en ninguna cosa mas agradable á sus vasallos que lo fué su padre. Coronóle el cardenal Juan de Borgia, al cual el Papa, su tio, para este efecto envió por su legado á Nápoles. Asimismo el Papa este año concedió por su bula á los reyes de Castilla perpetuamente las tercias, no solo de Castilla y de Leon, sino tambien del nuevo reino de Granada, con condicion que se gastasen en la guerra contra los moros. En Tordesillas, á 7 del mes de junio, se tomó asiento sobre la diferencia que tenian Castilla y Portugal en sus navegaciones de las Indias, de tal manera, que la conquista y descubrimiento de los castellanos comenzase treinta y seis grados mas adelante de Lisboa hácia el poniente; desde allí todo el medio mundo hácia levante perteneciese á Portugal, como queda arriba tocado. Asimismo en la conquista de Africa, sobre que tenian tambien diferencia, se dió traza por este tiempo que la conquista del reino de Fez perteneciese á Portugal, y á Castilla la del reino de Tremecen; si bien no se señaló la línea por do se dividiesen, que fué ocasion de nuevos debates.

CAPITULO VII.

Que el rey de Francia se apoderó del reino de Nápoles.

Juntaba el rey de Francia todas sus fuerzas resuelto de pasar en persona á Italia; hacíase la masa del ejército en Leon de Francia. Acudió allí desde Ostia, do por miedo del Papa estaba retirado, el cardenal de San Pedro para dar calor á aquella empresa. Por el contrario, don Alonso de Silva, conforme al órden que llevaba, hizo de parte de su Rey sus protestaciones para que no pasasen adelante. Sin embargo el Francés, dejando por gobernador de Francia á Pedro, duque de Borbon, su cuñado, partió con toda su gente de aquella ciudad un mártes á 22 de julio. Llevaba en su compañía toda la nobleza de Francia. El ejército era de hasta veinte mil infantes y cinco mil caballos; para pagar esta gente tomó dineros prestados de los señores, demás de ciento y cincuenta mil francos que recibió de un cambio ginovés; pequeña suma para gastos é intentos tan grandes. Acometió el rey don Alonso á alterar el estado de Génova con una gruesa armada que envió para este efecto, y por almirante á su hermano don Fadrique; por tierra despachó á su hijo el duque de Calabria para que hiciese la guerra en las tierras de Milan. Todo le sucedió al revés, porque don Fadrique no hizo cosa de momento, y al de Calabria no dejaron pasar de la Romaña las gentes de Francia y de Milan que acudieron á estorballe el paso. El rey de Francia no paró hasta que por sus jornadas pasó las Alpes, y llegó á la ciudad de Aste á 9 de setiembre, principio del estado de Milan, y sujeta al duque de Orliens, que entre los demás iba á aquella empresa, y pretendia tener derecho muy cierto á todo aquel estado. Andaba el embajador de España don Alonso en aquella corte muy desfavorecido y mal mirado, tanto, que en Viena de Francia le mandaron despedir; pero él pasaba por todo con gran disimulacion como persona que era muy sagaz, puesto que pasaron tan adelante, que en la ciudad de Aste no le dieron aposento, y le fué forzado salirse de aquella corte y partirse para Génova; desde do trató con Luis Esforcia, que ya comenzaba á estar arrepentido de lo hecho, que se confederase con el rey Católico con intencion que le dió de que una de las infantas casaria con su hijo mayor, atento que no podian casar con otros príncipes por el asiento que se puso con Francia. Cebóse Luis Esforcia tanto con esta plática, que desde entonces se resolvió en mudar partido, dado que acudió á Aste para festejar al rey de Francia, y le dió cantidad de dinero para el sueldo de la gente de guerra. Con tanto y con dejar en Aste al duque de Orliens, que pretendia aprovecharse de aquella buena ocasion para apoderarse del estado de Milan, el Rey pasó con su gente á Pavía; allí visitó al duque Juan Galeazo, que se hallaba muy al cabo de una grave enfermedad, y era su primo hermano; porque las madres de los dos eran hermanas, hijas de Luis, duque de Saboya. Partido el Rey la via de Placencia, falleció el Duque á 21 de octubre con claras señales del veneno que le dieron; cosa que, fuese verdad ó mentira, aumentó en gran manera el odio que tenian contra su tio. Todos condenaban y maldecian un caso tan atroz, pues no contento con habelle quitado el estado, le despojó de la vida con tanta crueldad. Llegó el rey de Francia á Placencia el mismo dia que murió el Duque, y en su compañía el mismo Luis Esforcia; mas sabida la muerte de su sobrino, á la hora dió la vuelta á Milan. Allí públicamente y sin ningun empacho tomó el nombre é insignias de duque de aquella ciudad, sin embargo que su sobrino dejaba un hijo de cinco años, llamado Francisco Esforcia, y otros dos hijos y la mujer preñada. ¡Cuán

poderosa es y perjudicial la desenfrenada codicia de mundar! Todo lo atropella sin tener temor de Dios ni vergüenza de las gentes, en tanto grado, que el mismo dia escribió al rey don Alonso sobre la muerte de su sobrino, en que le avisaba que la nobleza y pueblo de Milan le habian forzado á llamarse Duque; que entendia le daria esta nueva contento, pues sabia con cuanta voluntad acudiria á las cosas suyas y de aquel reino. De Placencia pasó el Rey á Toscana; acudianle de todas partes embajadores, en particular los venecianos le enviaron los suyos para ofrecelle toda buena amistad; y el Papa le envió por su legado al cardenal de Sena, que llegó hasta Pisa, pero el Rey no le quiso ver. Los florentines despacharon á Pedro de Médicis para el mismo efecto, el cual como sin guardar la comision que llevaba concertase de entregar al Francés á Sarazana, Sarazanela y á Piedra Santa, fuerzas que tenia aquella señoría en el Apenino, y los castillos de Pisa y de Liorna, con otras cargas muy graves; fué tan grande la indignacion del pueblo, que le desterraron á él y á sus hermanos el cardenal Juan de Médicis y Julian con tan grande furia, que pusieron á saco sus casas, y les confiscaron sus bienes, que eran muy grandes. Llegó el Rey á Pisa, donde se detuvo algunos dias, y á instancia de los ciudadanos, dió libertad á aquella ciudad y la sacó de la sujecion de florentines, en que la tenian de muchos años atrás. En Florencia hizo su entrada el mismo dia que Pico Mirandula falleció en ella, en edad de treinta y cuatro años, persona de raro ingenio y excelente erudicion, por donde le dieron renombre de Fénix. Concertóse el Rey con los florentines en que, acabada aquella guerra, les restituiria sus fortalezas, y que ellos por contemplacion suya perdonarian á Pedro de Médicis y á sus hermanos, y para el gasto de la guerra contribuirian con ciento y veinte mil florines. Estaba á la sazon Roma muy alborotada, los cardenales poco conformes, la nobleza dividida porque Próspero y Fabricio Colona seguian el partido de Francia, y Virginio Ursino el de Nápoles, y los coloneses, junto con el cardenal Ascanio Esforcia, se habian los dias pasados apoderado de la ciudad de Ostia, por donde tenian á Roma puesta en grande aprieto y falta de bastimentos, que no le podian entrar por el mar. Todos tenian entendido que el Papa se concertaria con el rey de Francia, ó que pretendia salirse de Roma; por esto el pueblo comenzó á alterarse, y el Papa fué forzado en consistorio á desengañar los cardenales y caballeros romanos con decilles que su intento era favorecer la justicia, y si el rey de Francia porfiase á entrar con el ejército en Roma, hacelle rostro y defendérselo hasta morir en la demanda. Todas sus razones eran de poco momento para animar la gente, que tenian atemorizada las nuevas que cada dia venian de la llegada del Rey, y de los pueblos de la Iglesia de que los franceses continuamente se apoderaban. El mismo Pontífice, visto que no era parte para defender la entrada á enemigo tan poderoso ni con sus fuerzas ni con las de Nápoles, dado que don Fernando, duque de Calabria, estaba á la sazon aposentado en el Burgo con buen número de gente, despedido el Duque porque no le fuese hecho algun agravio, se retiró al castillo de Santangel. Finalmente, el Rey con toda su gente entró en Roma, postrero de diciembre, principio del año 1495, con grandes demostraciones que todo aquel pueblo y aun algunos de los cardenales hicieron de alegría y contentamiento. Aposentóse en el palacio de San Márcos. En esta sazon el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza falleció en Guadalajara, á 11 dias del mes de enero, en edad de sesenta y siete años y tres meses, persona de mucha nobleza y partes aventajadas, y que todo el tiempo que vivió tuvo gran mano en el gobierno del reino. En vida edificó un colegio en Valladolid; en su testamento mandó se fundase á sus expensas un hospital en Toledo, y le nombró por su heredero. El título de ambas fábricas, de Santa Cruz. Vacó por su fin la iglesia de Toledo. Quisiérala el Rey para don Alonso, su hijo, arzobispo de Zaragoza; la Reina no vino en ello; ofrecióla al doctor Pedro de Oropesa, del su consejo, persona de virtud muy aventajada, natural de Torralva, aldea de Oropesa; no aceptó por mucha instancia que sobre ello le hicieron. Finalmente, se dió á fray Francisco Jimenez de Cisneros, fraile menor, de virtud muy conocida y de altos pensamientos. Su natural Tordelaguna, sus padres pobres; estudió derechos, adelante fué capellan mayor y provisor de Sigüenza por el cardenal de España. Tomó el hábito de san Francisco en San Juan de los Reyes en Toledo; vivió tiempo en el Castañar y en la Sazeda, monasterios recoletos de aquella órden. Cuando le nombraron por arzobispo era confesor de la Reina; algunos años adelante le dieron el capelo y le hicieron cardenal. En Roma se trataba de concierto entre el Papa y el rey de Francia; intervinieron personas de autoridad, por cuyo medio se concertó que el cardenal de Valencia fuese en compañía del Rey con título de legado, y que le entregase el hermano del gran Turco, y que se pusiesen en su poder los castillos de Civitavieja, Terracina y Espoleto para que durante aquella guerra se tuviesen por él. Con esto se obligó el Rey, fenecida aquella guerra, de hacer restituir la ciudad de Ostia á la Iglesia, y que antes de su partida daria en persona la obediencia al Papa, como lo hizo poco dias adelante en el palacio de San Pedro. Ayudó mucho á facilitar estos conciertos el capelo que se dió entonces á Brisoneto, obispo de San Maló. Hecho esto, el Rey partió de Roma á 28 dias de enero la via de Nápoles, donde tenia aviso que la ciudad del Aguila y otros muchos lugares sin ponerse en resistencia ni esperar los enemigos se le habian rendido y alzado por él banderas. El rey don Fernando, avisado de lo que pasaba y particularmente del poco respeto que se tuvo al Papa, determinó declararse; para este efecto desde Ocaña, do estaba fin del año pasado, despachó á Antonio de Fonseca y á Juan de Albion para requerir al Francés que desistiese de hacer guerra á Roma y á las tierras de la Iglesia, pues sabia que en el asiento que se tomó el año pasado exceptuaron la persona del Papa y sus cosas. Juntamente despachó al conde de Trivento para que fuese general del armada que tenia aprestada en Alicante; por otra parte, enviaba á Gonzalo Fernandez de Córdoba con quinientas lanzas para que hiciese la guerra por tierra. Los embajadores llegaron á Roma

el mismo dia que partió el rey de Francia; sin detenerse le siguieron, y como le hallaron en el campo á caballo, le presentaron las cartas que llevaban de creencia, y le protestaron no pasase adelante sin satisfacer primero á la Iglesia. Turbóse el Rey con esta embajada; respondió que llegado á Velitre, les daria audiencia. En aquel lugar declararon mas por extenso su embajada; la suma era quejarse de los agravios y desacatos hechos al Papa; y en cuanto á la empresa del reino, protestalle no pasase adelante sin que primero por términos de justicia se declarase á quién pertenecia. Hobo demandas y quejas de una y otra parte; por conclusion, el Rey se resolvió, y dió por respuesta que tenia las cosas tan adelante, que no se podia volver atrás; que conquistado aquel reino, holgaria se viese por términos de justicia el derecho de cada cual. Entonces Antonio de Fonseca replicó: «Pues vuestra majestad así lo quiere, y sin dar lugar á la razon determina proceder por via de fuerza, Dios nuestro Señor, que está en el cielo y suele volver por la inocencia, será el juez desta causa; por lo menos el Rey mi señor con hacer esto ha cumplido con lo que debe, y de aquí adelante quedará libre para disponer de sí y de sus cosas y acudir con sus fuerzas donde y como le pareciere.» Esto dijo, y juntamente en presencia del Rey y de su consejo rasgó la escritura de la concordia que se concertara últimamente; grande osadía, y que faltó poco para que no pusiesen en él las manos; pero en fin los dejaron volver á Roma. Fué esta embajada de grande efecto, porque el Papa se animó con ella, y se determinó de no pasar por el concierto hecho con el Francés; y la noche siguiente el cardenal de Valencia se salió disfrazado de Velitre, aunque no tomó el camino de Roma porque no se entendiese huia con órden del Papa; sino fuese á Espoleto, ciudad de la Iglesia muy fuerte.

CAPITULO VIII.

Que el rey de Francia entró en Nápoles.

Al mismo tiempo que el Francés estaba en Roma, don Alonso, rey de Nápoles, perdida la esperanza de poderse defender, trataba de renunciar aquella corona, que aun no habia tenido un año entero. Juntó para esto los grandes de su reino y los principales de su consejo, juntos les habló en esta manera: «Bien veis, amigos y parientes, el aprieto en que están las cosas. El enemigo poderoso y bravo á las puertas; en los nuestros poca seguridad; no se dan mas priesa á entrar los franceses, que los del reino á rendirse y alzar por ellos las banderas. Los socorros de fuera están léjos, y los que eran mas obligados á valernos muestran cuidar menos de nuestra afrenta. No pretendo quejarme de nadie ni mostrar en esta parte flaqueza; mis pecados son, bien lo veo, y es justo que lo laste quien lo hizo. La vida no está en poder y en mano de los hombres. Dios es el que alarga y acorta sus plazos como es servido. Con lo que yo puedo satisfacer es con esta corona que quito de mi cabeza, como indigno de traella, y la paso á la del Duque, mi hijo, de las esperanzas y valor que todos sabeis. Trueque de mucha ganancia, pues en lugar de un viejo y enfermo, os doy un rey mozo, valiente y que tiene fuerzas y ánimo para poner el pecho al trabajo. Mucho quisiera que las cosas estuvieran en estado con que pudiera mostrar al mundo cuán poco caso hago de sus grandezas. Esto fuera muestra de valor; y no lo será de menor prudencia rendirme á la necesidad, cuyas fuerzas son muy grandes, pues no todas veces el sabio piloto debe contrastar á las olas y al viento, antes caladas las velas, dejar pasar la tormenta. Finalmente, esta es mi determinada resolucion; y pues no puedo ayudar en este aprieto, quiero, aunque lo siento á par de muerte, salirme desterrado de mi cara pátria, siquiera por no ver los trabajos de mi casa y de mi reino. Por ventura con este sacrificio que yo hago de mí mismo se aplacará Dios y alzará la mano del castigo, y los hombres, movidos á compasion, acudirán con mayor voluntad á nuestra defensa. No será menester encomendar á los que presentes estáis, ni á los ausentes, que guardeis la lealtad acostumbrada al nuevo Rey, ni á él que tenga cuidado con sus súbditos y con remunerar vuestros servicios, que confieso han sido muchos y muy grandes.» Hízose este auto de renunciacion, á los 23 de enero, en el castillo del Ovo, do se recogió para este efecto el rey don Alonso. Desde allí con su recámara, que era muy rica, se embarcó para Sicilia, determinado de pasar en Mazara, ciudad que era de la reina doña Juana, su madrastra, lo restante de su vida en hábito clerical. Escribió á los príncipes en razon de lo que hizo; y en particular al rey don Fernando decia que su edad y poca salud le habian forzado á tomar aquella resolucion, y el escrúpulo de la conciencia por voto que tenia hecho de partir mano del gobierno y dejar la corona. La verdad era que por ser muy aborrecido de los suyos, y su hijo muy bienquisto, entendió con aquella traza reparar algun tanto el peligro. Vivió poco tiempo, aun no año entero despues desto, ocupado en ejercicios virtuosos. Su cuerpo está enterrado en la iglesia y capilla mayor de Mecina, al lado del Evangelio, con un letrero en dos versos latinos muy agudos, que hacen este sentido:

DE ALONSO HUYES MIENTRAS LAS ARMAS MUEVE,
MATAS AL DESARMADO. ¿QUÉ PREZ, QUÉ LOA,
MUERTE, DE MUERTE TAL? ¡OH GRANDE ALEVE!

El nuevo Rey, luego que se encargó del gobierno, salió en paseo por toda la ciudad, y para granjear mas las voluntades mandó soltar gran número de presos, así de la nobleza como del pueblo; solo quedaron presos Juan Bautista Marzano, hijo de Marino Marzano, príncipe de Rosano y duque de Sesa, y el conde del Pópulo, que estaban en prision desde que se acabó la guerra de los Barones, y eran enemigos mortales de la casa de Aragon. Con esto salió de Nápoles para volver á su ejército, que quedó en San German á los confines del reino, por donde parte término con las tierras de la Iglesia. Dejó en el gobierno de Nápoles á don Fadrique, su tio, príncipe de Altamura. Llegó el rey de Francia con su ejército á ponerse sobre San German; por esto al pueblo fué forzoso rendirse, y al nuevo Rey retirarse á Capua, ciudad que tenian puesta en defensa, pero con la misma facilidad se dió luego al Francés por trato de Trivuicio, capitan de fama, natural de Milan, el cual á la sazon desamparó el partido de Nápoles y se pasó al de Francia, y

aun fué ocasion que Virginio Ursino y el conde de Pitillano, otros dos caudillos principales, fuesen presos por los franceses dentro de Nola. Estando el rey de Francia en Capua, murió el hermano del gran Turco, otros dicen que en Nápoles, para donde partió en breve, y con la misma facilidad sin hallar resistencia alguna entró en aquella nobilísima ciudad, un domingo, á 22 de febrero. El nuevo rey don Fernando, antes que llegasen los franceses, desamparada la ciudad y las demás fuerzas que en ella tenia, se recogió á Castelnovo, do ya estaba la reina viuda doña Juana y su hija y don Fadrique, su tio, con otros señores. De allí, por no asegurarse bastantemente, se pasó al castillo del Ovo, aunque estrecho, muy fuerte por estar asentado en un peñasco rodeado de mar por todas partes. Pretendia recogerse con los suyos en las galeras que allí tenia, con intento de pasar á la isla de Iscla, y de allí, si fuese necesario, encaminarse á Sicilia, como lo hizo, con esperanza que las cosas en breve tomarian otro camino, dado que los franceses procedian tan prósperamente, que en menos de quince dias desde los primeros confines del reino hasta la postrera punta de Italia todo se puso debajo de su obediencia; hasta los mismos castillos de Nápoles dentro de pocos dias asimismo se rindieron por traicion de los que á su cargo los tenian. Tambien se ganó el castillo de Gaeta por combate, fuerza que es y era de las principales de aquel reino. Yo dudo que empresa tan grande se haya jamás acabado en tan poco tiempo. Solo quedaban por el rey don Fernando algunos lugares en Calabria, reparo de poco momento, porque como el Rey se entretenia en Iscla sin podelles enviar socorro, cada dia se le iban rindiendo al enemigo. El mismo riesgo corria Rijoles, que al fin se entregó, si bien está á vista de Mecina, y allí se tenia la armada de España, pero sin órden de lo que se debia hacer.

CAPITULO IX.

De la liga que se hizo contra el rey de Francia.

Luego que casi todo lo de Nápoles quedó por los franceses, los demás príncipes, así de Italia como de fuera della, comenzaron á considerar y comunicar entre sí cuán pesado seria el señorío de aquella nacion, si se arraigase en Italia. El rey don Fernando de España era el que corria mayor riesgo por lo de Sicilia, ca tenia aviso que concluido lo de Nápoles, pretendian pasar allá los franceses, á instancia principalmente del príncipe de Salerno, uno de los forajidos, y el mayor enemigo de la casa de Aragon. Para prevenirse deseaba que los demás príncipes se ligasen y juntasen sus fuerzas contra Francia. Para este efecto los meses pasados envió á Lorenzo Suarez de Figueroa á Venecia á mover esta prática con aquella señoría; y de nuevo al duque de Milan despachó otro caballero, por nombre Juan Deza, con órden de dar á aquel Príncipe intencion, no solo de casar una de las infantas con su hijo, sino de hacelle rey de Lombardía; cosas á que él daba orejas de buena gana. Trataba asimismo que el Emperador y el Inglés entrasen en la liga, con quien de veras pretendia emparentar; y en especial el tratado que de dias antes se traia de casar á trueque el príncipe don Juan y la infanta doña Juana con el archiduque don Filipe y Margarita, su hermana, se apretó de tal manera, que en fin se concluyeron los conciertos por medio de Francisco de Rojas, que para este efecto pasó á Flándes. Para el gasto de la guerra en Castilla y en Aragon se procuraba allegar dinero. En Aragon se juntaron Cortes para esto, en que pretendió el Rey presidiese la infanta doña Catalina; pero no salió con ello, y hobo de venir el Rey en persona á hacello. Fué tanta la diligencia, que en fin se hizo la liga en Venecia, donde concurrieron los embajadores de los príncipes por fin de marzo entre el Papa, el Emperador y rey de España con la señoría de Venecia y duque de Milan. Concertóse que esta liga, que llamaron Santísima, durase por espacio de veinte y cinco años, y que entre todos se juntase un ejército de treinta y cuatro mil de á caballo y veinte y ocho mil infantes, repartidos conforme á la posibilidad de cada una de las partes. La voz era para defender la Iglesia y cada cual sus estados; el intento para echar á los franceses de Italia. Adelantóse este negocio con tanto secreto, que el mismo embajador de Francia Filipe de Comines, señor de Argenton, persona de gran prudencia y experiencia, que se hallaba en Venecia, no supo nada, y quedó de tal manera espantado, que dándole la razon de lo hecho el duque de Venecia Augustin Barbadico, como fuera de sí le preguntó si el Rey, su señor, podria volver seguro á Francia. Mucho se trocaron las cosas despues desto, mayormente que los neapolitanos se arrepentian de lo hecho á causa de los malos tratamientos y agravios que de ordinario recebian de franceses, cuyas demasías por todas partes eran grandes. Asimismo el duque de Milan se via apretado por haberse el duque de Orliens apoderado de la ciudad de Novara; además que tenia aviso que el Francés por medio de su armada pretendia alteralle y sacar de su obediencia lo de Génova, tanto, que le fué forzoso acudir con toda humildad á venecianos para que le ayudasen. El rey de Francia, avisado de lo que pasaba, porque no le atajasen el camino, determinó con toda brevedad dar la vuelta. Antes de su partida nombró por virey de Nápoles á Gilberto, duque de Mompensier, príncipe de la sangre; con él dejó parte de su ejército y otros capitanes de fama. Por otra parte envió á pedir al Papa la investidura de Nápoles, y que deseaba pasar por Roma para comunicar algunas cosas con su Santidad. Cuanto á la investidura, respondió el Papa que estaba aparejado á hacer justicia y dar la sentencia conforme á lo que hallase; en lo de la ida de Roma, que no podria ser sin grande escándalo por estar el pueblo muy indignado contra los franceses. Con esta respuesta, que no fué nada gustosa, apresuró el Rey su partida. Salió de Nápoles á 20 de mayo. Llegó en breve á Roma; no halló allí al Papa, que por no asegurarse de la voluntad del Francés, se retiró á Perosa. Pasó el rey de Roma á Toscana, detúvose algunos dias en Sena, y sin tocar á Florencia, llegó á Pisa. Pretendian los florentines les entregase aquella ciudad como se lo tenia prometido. La instancia y lágrimas de los pisanos, que le suplicaban los conservase en la libertad que les dió, fueron tantas, que le movieron á no determinarse. Partió de allí á Lombardía. Acudió para atajalle el camino Francisco, marqués de Mantua, al cual la señoría de

Venecia nombrara por general de sus gentes. El Francés rehusaba por su poca gente de venir á las manos con los contrarios, y se apresuraba para juntarse con el duque de Orliens, pero no pudo excusar la batalla. Juntáronse los campos á las riberas de Tarro, rio que pasa á una legua de la ciudad de Parma. El de venecianos alojaba junto á Fornovo, aldea asentada á la raíz de los montes. El Francés se puso á la entrada de aquel valle; allí rompieron los ejércitos y se dió la batalla, que fué una de las mas famosas de Italia, en que los italianos desbarataron los primeros escuadrones de los franceses; mas como por tener la victoria por suya se embarazasen en robar el carruaje y tomar la artillería, los franceses tuvieron lugar de recogerse y volver en ordenanza con tal denuedo, que rompieron á los contrarios con gran matanza que en ellos hicieron. Vióse el Rey en gran peligro porque le mataron la gente de su guarda, y aunque vencedor, no pudo alcanzar de los contrarios le diesen treguas de tres dias; por donde fué forzado á cencerros atapados partirse para Aste. Ayudóle para no recebir algun daño y revés grande que aquel rio con su creciente impidió á los italianos que no le pudiesen tan presto seguir, aunque de los caballos ligeros que se adelantaron y de la gente de la comarca, que pretendian atajalle los pasos, recibió algun daño. En la batalla murieron pasado de cuatro mil italianos. El de Mantua sin dilacion se puso sobre Novara, donde tuvo al de Orliens muy apretado.

CAPITULO X.

Que el rey don Fernando entró en Nápoles.

Apenas el Francés era salido de Nápoles, cuando las cosas comenzaron á trocarse en gran manera. La armada de España estaba en el puerto de Mecina, y por su general el conde de Trivento. Acudieron allí los reyes desposeidos don Alonso y don Fernando y la reina viuda doña Juana. Gonzalo Fernandez de Córdoba, á causa del tiempo contrario, con la gente que llevaba se detuvo algunos dias en Mallorca y en Cerdeña; en fin, aportó á Mecina á los 24 de mayo, en sazon que ya el rey don Fernando se apoderara de Rijoles con su fortaleza y otros lugares comarcanos de Calabria; provincia en que por órden del rey de Francia quedó por gobernador Everardo Estuardo, señor de Aubeni, un capitan muy valeroso y de fama. A Gonzalo Fernandez se entregaron Rijoles, Cotron y Amantia con otras plazas de aquella comarca para que, conforme á lo que tenian tratado, las tuviese en nombre de su Rey hasta tanto que se le pagasen los gastos que en aquella guerra se hiciesen y tambien para asegurar lo de Sicilia. Hobo alguna diferencia entre el nuevo Rey y Gonzalo Fernandez á causa que el Rey con todas sus fuerzas pretendia, pospuesto todo lo al, ir luego á Nápoles, para donde le convidaban aquellos ciudadanos aun desde antes que el rey de Francia partiese de aquella ciudad. Gonzalo Fernandez no queria desamparar lo de Calabria, do tenia aquellas fuerzas, y aun confiaba que todo lo demás tomaria la voz de España por la aficion que mostraban de estar debajo el amparo del rey Católico. Acordaron de ir á Semenara, pueblo que tenian muy apretado los franceses. El señor de Aubeni con su gente se puso en un sitio por do los nuestros forzosamente habian de pasar. Vinieron á las manos; fué vencido el Rey, y aun fuera muerto ó preso, porque le mataron el caballo, si un caballero de su casa, llamado Juan Andrés de Altavila, no le socorriera con el suyo, con que el Rey escapó, y el caballero quedó muerto en el campo; grande lealtad para tiempos tan estragados. Dióse esta batalla, que fué al cierto muy famosa, á los 21 de julio. Recogiéronse los nuestros á Semenara. Desde allí el Rey se partió para Sicilia con determinacion de pasar á Nápoles antes que la nueva de aquella desgracia allá llegase. Gonzalo Fernandez, desamparado aquel pueblo por no poderse defender, se fué con sus gentes á otras partes de Calabria, donde en breve se apoderó de diversas plazas y lugares sin parar hasta que allanó toda aquella provincia. El Rey con sesenta naves que halló en el puerto de Mecina, casi sin otra gente mas que los marineros, alzó velas, y en breve llegó á vista de Nápoles; entró en la ciudad el mismo dia que se dió la batalla de Tarro, es á saber, á los 6 de julio. Fué grande el alegría de los neapolitanos, alzaron las banderas por su Rey. El pueblo tomó las armas, saquearon las casas de los príncipes de Salerno y Bisiñano; el de Mompensier se recogió á Castelnovo, y en su compañía el de Salerno. Los de Capua hicieron lo mismo que los de Nápoles, y todo lo de la Pulla se entregó al nuevo Rey, Salerno y otras ciudades sin número. Asimismo con la nueva que llegó de la batalla de Tarro, Próspero y Fabricio Colona, capitanes de gran nombre y cabezas de aquella casa tan poderosa, se concertaron con el rey de Nápoles, y dejado el partido de Francia, se pasaron al suyo. Por el contrario, los Ursinos se pusieron de la parte de Francia, cuyos prisioneros eran el conde de Pitillano y Virginio Ursino. Los castillos de Nápoles todavía quedaban por los franceses. Apretábanlos los contrarios. Un moro que estaba dentro del monasterio de Santa Cruz, que le tenian tambien por Francia, dió aviso á don Alonso Davalos, marqués de Pescara, que le daria entrada en aquel monasterio. Acudió el Marqués de noche para hacer el concierto á un portillo de la muralla, donde aquel hombre alevosamente le hirió de muerte con un pasador. Esta desgracia se tuvo por muy grande por ser este caballero de gran valor y general por su Rey en aquella guerra. Dejó un hijo muy pequeño, que se llamó don Fernando, y adelante fué capitan muy señalado. En su lugar nombró el Rey por su general á Próspero Colona. Los castillos al fin se rindieron, y poco antes el de Mompensier y el de Salerno en la armada que allí tenian se fueron á Salerno, ciudad que habia tornado á estar por Francia. En esta guerra de Nápoles se descubrió una nueva manera de enfermedad, que se pegaba principalmente por la comunicacion deshonesta. Los italianos le llamaron mal francés. Los franceses, mal de Nápoles. Los africanos, mal de España. La verdad es que vino del Nuevo Mundo, de este mal de las bubas es muy ordinario; y como se hobiese desde allí derramado por Europa como lo juzgan los mas avisados, por este tiempo los soldados españoles le llevaron á Italia y á Nápoles. La isla Tenerife, una de las Canarias, se sujetó este año á la corona de los reyes de

España por gentes y soldados que para este efecto se enviaron. El Rey de aquella isla, traido á España, de allí le enviaron á Venecia en presente á aquella señoría. A Alonso de Lugo, en premio de lo que trabajó en la conquista desta isla y de Palma, se dió título de adelantado de Canaria. Con esto todas aquellas islas se acabaron de conquistar y sujetar á la corona de Castilla, empresa que se comenzó muchos años antes deste tiempo.

CAPITULO XI.

De la muerte del rey de Portugal.

Procuraba el rey Católico con todo cuidado que los reyes de Portugal y de Inglaterra entrasen en la liga que los demás príncipes tenian hecha contra el rey de Francia. Excusóse el de Portugal por estar de tiempo antiguo muy aliado con Francia y poco satisfecho del Papa por no venir, como él procuraba, en legitimar á su hijo don Jorge, habido fuera de matrimonio en una noble dueña, al cual él pretendia por este medio nombrar por su sucesor, tanto, que juntamente trató con el Emperador, que era su primo, renunciase en él el derecho que decia tener al reino de Portugal, que era todo abrir la puerta para grandes revueltas. Del inglés, no solo pretendia que entrase en la liga, sino que emparentase con España por medio de una de las infantas que casase con el heredero de aquel Rey. Hízose lo uno y lo otro, pero adelante. El rey de Portugal andaba en esta sazon muy doliente de hidropesía; con deseo de tener salud se fué al Algarve para usar de los baños, que los hay allí los mejores de Portugal. No prestó nada este remedio; antes en breve le apretó el mal y falleció en Alvor á los 14 de setiembre. Nombró en su testamento por sucesor suyo á don Manuel, duque de Beja, su primo hermano, hijo de don Fernando, su tio. Verdad es que si muriese sin hijo, sustituia en su lugar á don Jorge, al cual encomendaba diese de presente el maestrazgo de Christus, y le hiciese duque de Coimbra, y dél descienden los duques de Avero. Tuvo sin duda este Príncipe de bueno y de malo. Favoreció á los hombres virtuosos y de valor; fué amigo de justicia, de agudo natural y de muy altos pensamientos. Traia en la boca siempre: «No merece nombre de rey el que por otro se deja gobernar.» La mucha sangre que derramó le hizo malquisto con los suyos, si bien por divisa usaba de un pelícano, ave que con su sangre da la vida á sus pollos. Su cuerpo enterraron en la iglesia mayor de Silves; de allí le trasladaron al monasterio de la Batalla, enterramiento de aquellos reyes. Por su muerte sin contradicion alzaron por rey de Portugal al dicho don Manuel en Alcázar de Sal, do á la sazon se hallaba con la Reina, sin embargo que el emperador Maximiliano pretendia le debia ser preferido por causa que era el varon de mas edad entre los primos hermanos del Rey difunto. Derecho harto aparente, que no se tenga cuenta con la cepa de que procede el que debe suceder, sino con el grado de parentesco, y con la persona cuando no sucede por recta línea, sino de través y de lado; prevaleció empero el consentimiento del pueblo y las buenas partes de aquel Príncipe, en que ninguno de los de su tiempo le hizo ventaja. Don Enrique Enriquez, conde de Alba de Liste, que estaba por frontero de Francia por la parte de Ruisellon, por mandado de su Rey, hizo entrada en Francia por tierra de Narbona; lo mismo don Pedro Manrique por la parte de Guipúzcoa. Pero fuera de robos no hicieron cosa de consideracion; solo fueron ocasion que el Francés, que se entretuvo algun tiempo en Aste hasta el fin del otoño para acudir á lo de España, se diese priesa en concluir el concierto que se trataba con el duque de Milan. Las condiciones fueron: que Novara se entregase al de Milan; que el Castellete de Génova se pusiese en tercería en poder del duque de Ferrara con paso libre para la gente de Francia y ayuda para recobrar á Nápoles; demás desto, al de Orliens de contado dió el duque de Milan cincuenta mil escudos. Hecho esto, el de Francia á fin del otoño con sus gentes dió la vuelta á Francia. Quejábase el rey de Nápoles que con aquel concierto le desamparaba el Duque y desbarataba sus intentos, sin tener cuenta que era su tio. El se excusaba con la poca ayuda que los otros príncipes le daban y con el riesgo que corria de perderse si no se concertara. Para apercebirse de socorros pretendia el de Nápoles casar con una de las hijas del rey Católico por tenelle mas obligado. Como esto fuese á la larga, al fin se resolvió, á persuasion de la Reina viuda de casar con su hija doña Juana, sin embargo que era su tia, hermana de su padre. Por otra parte trató con venecianos que le ayudasen. Hobo en esto algunas dificultades; finalmente, se resolvieron de enviar en su ayuda buen número de gente de á caballo y de á pié debajo de la conducta del marqués de Mantua, demás de quince mil ducados que le dieron en dinero. En prendas deste socorro puso el Rey en poder de venecianos á Brindez, Otranto y Trana, tres ciudades de la Pulla que mucho deseaba aquella señoría para que sirviesen de escalas de la contratacion de levante. Todas eran tramas y principios de otras nuevas tempestades. Por otra parte, el rey don Fernando en España se apercebia para la guerra que tenia rompida por Ruisellon. Tocaba esta empresa á la corona de Aragon, y por esta causa juntó Cortes de los aragoneses el año pasado en Tarazona. Allí, visto lo que importaba llevar adelante lo comenzado, acordaron de servir á su Rey para esta guerra por tiempo de tres años con docientos hombres de armas y trecientos jinetes repartidos en siete compañías, y que el Rey nombrase los capitanes; con esto el Rey vino en que los oficios del reino se proveyesen por las matrículas, como antes se acostumbraba. Despues desto, en Tortosa se tuvieron Cortes de los catalanes, que se continuaron hasta principio del año siguiente de 1496. La pretension era la misma, y el efecto semejante, tanto mas, que lo de Ruisellon es parte de aquel principado. Haciase juntamente instancia que los matrimonios con la casa de Austria se efectuasen á causa que el Archiduque no venia bien en ellos, y como mozo andaba desasosegado y se mostraba poco obediente á su padre.

CAPITULO XII.

Que los franceses fueron echados del reino de Nápoles.

La guerra se continuaba en el reino de Nápoles, y puesto que los franceses eran pocos, todavía tenian al-

gunas fuerzas de importancia. Gaeta tenia cercada el nuevo Rey. En Calabria, Gonzalo Fernandez andaba muy pujante, y de cada dia se apoderaba de castillos y de lugares, y traia muy apretado el partido de Francia. Sin embargo, los señores de Persi y de Aubeni se concertaron que el de Aubeni quedase en Calabria para hacer rostro á los españoles, y el de Persi con parte de la gente se fuese al principado para juntarse con el de Mompensier y hacer la guerra por aquella parte. Hízolo así, y de camino se le rindieron muchos lugares; junto á Eboli desbarató cuatro mil neapolitanos, que por órden del Rey le salieron al encuentro debajo la conducta del conde de Matalon. Con esta victoria ganaron los franceses tanta reputacion, que quedaron señores del campo sin hallar quien les hiciese rostro. Para juntar dineros acordaron de pasar á la Pulla y cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reino. Tenia el Rey á la sazon divididas sus gentes en diversas partes, y él estaba en Benevento, de donde por impedir aquel daño pasó hasta Fogia. Acudiéronle el marqués de Mantua con las gentes de venecianos. Fabricio con seiscientos suizos que tenia en Troya pretendia hacer lo mismo. Atajáronles los franceses el camino y matáronlos casi todos; con que cobraron tanta avilenteza, que llegados delante de Fogia, presentaron al Rey la batalla. Rehusóla él por no tener junta su gente, dado que salió á escaramuzar con los contrarios, en que hobo prisioneros y muertos de ambas partes. Los franceses pasaron adelante por cobrar el aduana; parte cobraron ellos, parte el Rey, y otra se perdió, que no se pudo cobrar. Era de grande importancia rebatir por esta parte el orgullo de los franceses. Gonzalo Fernandez traia en buenos términos lo de Calabria, tanto, que tenia en su poder casi toda aquella provincia hasta la misma ciudad de Cosencia, y el castillo de aquella ciudad muy apretado. El señor de Aubeni en lo postrero de la Baja Calabria arrinconado sin ser parte para hacer resistencia; sin embargo, avisó el Rey á Gonzalo Fernandez que, pospuesto todo lo demás, se viniese á juntar con él por lo que importaba acudir á la cabeza de la guerra. Determinó hacello así; dejó en su lugar al cardenal don Luis de Aragon, primo hermano del Rey. Su padre fué don Enrique de Aragon, hijo natural de don Fernando el Primero, rey de Nápoles. Acudieron los villanos de la tierra para atajalle el paso, cosa que era fácil por la fragura de aquella tierra. Mas como quier que los españoles venian acostumbrados á pelear con los moros de las Alpujarras en lugares semejantes, cerraron con los villanos y hicieron en ellos gran matanza junto á un lugar de Calabria, llamado Muran. Allí se supo que muchos barones de la parte angevina alojaban cerca de allí en otro lugar, llamado Laino, con intento que tenian de dar socorro al castillo de Cosencia. Caminó toda la noche con su gente, y al amanecer se puso sobre el lugar. Entróle por combate con muerte de gran parte de aquella nobleza; otros fueron presos, que envió por mar al Rey, los principales el conde de Nicastro y Honorato de Sanseverino, hermano del príncipe de Bisiñano. Pusieron cerco los franceses sobre Jercelo, diez millas de Benevento; acudió el Rey y puso cerco sobre Frangito, que tenia guarnicion francesa. Vino el campo francés al socorro á tiempo que los del Rey entraron la villa y la quemaron por no detenerse en el saco. Estuvieron los dos campos á vista el uno del otro en dos cerros con un valle de por medio, que ninguna de las partes se atrevió á pasalle. Iban de caida las fuerzas de los franceses, y sin embargo el Rey, habido su consejo, se resolvió en no dar la batalla sino muy á ventaja suya, y para esto dar lugar á que llegase Gonzalo Fernandez con su gente. El se apresuró, y si bien el de Mompensier salió para impedille el paso, no fué parte para ello. Andaba el Rey en seguimiento del campo francés, que ya rehusaba la batalla. Metiéronse los enemigos en Atela, por otro nombre Aversa, pueblo principal, y que era del príncipe de Melfi. No pudo el Rey impedir que los franceses no se apoderasen de aquella plaza. Púsose todavía con su gente sobre ella. Allí le halló Gonzalo Fernandez, y se juntó con él el mismo dia de san Juan. Luego que llegó, miró la disposicion de aquel sitio, y visto que lo hobo bien todo, 1.° de julio con su gente acometió la guarnicion que el enemigo tenia en defensa de los molinos, de que se mantenian los cercados. Hízolo con tal denuedo, que echados los suizos de allí, les rompió y desbarató los molinos. Fué tan grande la reputacion que con esto ganó, además de las victorias pasadas, que los mismos italianos le comenzaron á dar renombre de Gran Capitan; y así fué que los demás caudillos, llegado él, no parecian sus iguales, sino sus inferiores, y él como general de todos. Hobo en este cerco diversos encuentros; y los príncipes de Salerno y Bisiñano con los demás de su valía juntaban en sus tierras gente de á pié y de á caballo para esforzar su partido. Prestaron poco todas estas diligencias. El cerco se apretó de manera, que el de Mompensier y Virginio Ursino y el de Persi acordaron de rendirse á partido. Las condiciones fueron que si dentro de treinta dias no les viniese socorro de Francia, sacarian sus gentes del reino con sus bienes, armas y caballos, y rendirian todas las demás tierras, excepto Gaeta, Venosa y Taranto, que se reservaban, además de los lugares que tenian en su poder, el señor de Aubeni y el duque de Monte. Con esto se obligaba el Rey á dalles paso seguro por tierra y por mar. Todo esto se concertó por el mes de julio, y adelante se ejecutó como lo concertaron. En las escrituras que otorgaron es cosa notable que llaman á Gonzalo Fernandez y le dan el título ya dicho de Gran Capitan. Sin embargo, pocos de los franceses llegaron á su tierra; el mismo señor de Mompensier falleció en Puzol de su enfermedad; y aun con Virginio Ursino no se guardó lo capitulado; antes por órden del Papa fué preso con Juan Jordan, su hijo, y otros señores italianos. Mucho le pesó al Rey de no cumplir su palabra y lo que tenia jurado de ponellos en libertad; no se atrevió empero á desobedecer al Papa que con tanta resolucion se lo mandaba, cuyo sobrino el cardenal don Juan de Borgia, obispo de Melfi, diferente del otro del mismo nombre que queda ya nombrado, se halló en esta guerra por su legado; y el duque de Gandía vino por capitan de las gentes del Papa. Las cosas de Calabria con la partida del Gran Capitan se habian empeorado; por tanto, otro dia despues que se tomó el asiento con los franceses se partió la vuelta

de Calabria. Con su llegada de tal suerte apretó á los contrarios, que ya estaban enseñoreados de lo mas de aquella provincia, que el señor de Aubeni fué forzado á pasar por el concierto que se tomó sobre Aversa, y dejado el reino, volverse á Francia con reputacion de valiente caudillo, pero poco venturoso por el gran contrario que tuvo en el Gran Capitan. Al mismo tiempo que las cosas de Nápoles se mejoraban, en España pasó desta vida, mediado el mes de agosto, la reina doña Isabel, madre de la reina de España. Su cuerpo depositaron en Arévalo, do pasó lo postrero de su edad turbado el entendimiento. De allí los años adelante le trasladaron á la Cartuja de Búrgos, templo en que su marido el rey de Castilla don Juan el Segundo estaba sepultado. Su nieta la infanta doña Juana, á 22 del mismo mes, en una armada que tenian aprestada en Laredo, partió para casarse, como tenian concertado, con Filipe, archiduque de Austria. Acompañóla la Reina, su madre, hasta el puerto; el almirante don Fadrique Enriquez hasta Flándes, donde fué muy festejada. Asimismo en este año dió el Pontífice al rey don Fernando de España sobrenombre de Católico, segun y como Pio II los años antes dió título de Cristianísimo á Luis XI, rey de Francia. Esto es que como antes se acostumbrase á escribir en los breves pontificios: Al rey de Castilla ilustre, se comenzó á decir: Al rey de las Españas Católico. Fué grande el sentimiento que por esta causa mostraron los portugueses; alegábase por su parte en contrario que aquellos reyes poseian buena parte de España, y que el rey don Fernando no era señor de toda ella; debate que se continuó hasta nuestra edad todo el tiempo que hobo propios reyes de Portugal. Mayor debió ser el desabrimiento de Francia, si es verdad lo que Filipe de Comines dice, que se trató de dalle el apellido de Cristianísimo. Todo se hace creible por la grandeza de las cosas que este Príncipe llevó al cabo.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Portugal.

Luego que el rey don Manuel tomó la posesion del reino de Portugal, juntó Cortes de todos los estados en Montemor, no léjos de Ebora, para dar órden en muchas cosas tocantes al buen gobierno. Allí vino don Jorge, hijo del Rey difunto, que andaba á la sazon en catorce años. Hízole compañía su ayo don Diego de Almeida, prior de San Juan. Recibióle muy amorosamente el Rey con lágrimas que derramó muchas por la memoria de cuyo hijo era. Ofrecióle que le tendria en lugar de hijo y le trataria como á tal. Despachó luego embajadores á los reyes de Castilla para avisalles de su coronacion, y al papa Alejandro para dalle, como es de costumbre, la obediencia. Tenian con el nuevo Rey gran cabida su ayo, que se llamaba don Diego de Silva, y un su hermano de leche, por nombre don Juan Manuel, hijo que era de don Juan, obispo de la Guardia, y de Justa Rodriguez, ama de leche deste Rey. A don Diego hizo conde de Portalegre en gratificacion de sus servicios; á don Juan recibió por su camarero mayor, cuya privanza fué adelante tan grande, que ninguno se le igualaba. Publicóse un edicto por el cual puso en libertad á los judíos, que su predecesor, como queda apuntado, habia dado contra razon por esclavos. Juntamente se acudió á las cosas de Africa con gentes y municiones. Los portugueses poseian en aquellas partes á Ceuta, que está en el Estrecho, y la ganó el rey don Juan el Primero, y á Tanger y Arcilla, plazas mas al poniente, y que á las riberas del mar Océano quitó á los moros el rey don Alonso, tio del rey don Manuel. El capitan de Arcilla don Juan de Meneses, porque ciertos casares comarcanos no acudian con el tributo acostumbrado, junto con el capitan de Tanger salió contra ellos. Encontráronse sin pensar con Barraja y Almanderino, dos caudillos moros, con cuyo escuadron, si bien traian mucho mayor número de gente, pelearon con tanto valor, que los vencieron y destrozaron. Fué esta victoria muy alegre y principio de otras mayores. Todo esto sucedió antes que se acabasen las Cortes de Montemor. No se pudo pasar adelante en los negocios, que restaban muchos y muy graves, á causa que picaba la peste por aquellas partes, tanto, que el Rey fué forzado salirse de allí al principio deste año, y por Carnestolendas se fué á Setubal á verse con sus dos hermanas viudas la reina doña Leonor y doña Isabel, duquesa de Berganza. Allí se trató muy de veras que don Alvaro, hermano del duque de Berganza, y los hijos del dicho Duque, que andaban desterrados en Castilla, sin hallarse culpa alguna contra ellos en lo que culparon al Duque, volviesen á Portugal y les fuesen restituidos sus bienes y estados. Hacia sobre esto instancia el rey don Fernando de España; las hermanas con lágrimas lo suplicaban al nuevo Rey, y en especial la Duquesa, como mas lastimada por las desgracias tan grandes de su casa. Sobre todos la duquesa de Viseo doña Beatriz le importunaba con lágrimas como á Rey, y como madre se lo mandaba. «No pienses, decia, que te ha Dios hecho rey para tí solo, sino para tu madre, para tus hermanas y parientes, finalmente, para todos aquellos que tienen puestas en tí sus esperanzas; á todos es razon quepa parte de tu prosperidad. Todos tenemos derecho á desfrutar el árbol de nuestra casa, que de otra manera, si esto nos falta y nuestra esperanza nos miente, ¿dónde irémos? ¿A cuya ayuda nos acogerémos y amparo? ¿Será bien dés ocasion á los tuyos con tu sequedad para que nos pese de verte puesto en tan alto lugar? Cuando eras particular quejábamonos de nuestro desastre solamente; ahora demás de nuestra desgracia, nos podrémos agraviar de la injuria que á tu madre y á todos tus deudos haces. Por donde, si tienes cuenta con lo que es razon y con lo que debes á la que te engendró y crió y te acuerdas del mucho amor que siempre te he mostrado, vuelve á la madre su hija, sus hijos á la hermana, y los nietos á la abuela; finalmente, haz que yo toda sea vuelta á mí misma, y que todos mis miembros tan destrozados y apartados se junten en uno. Y ten por el mayor fruto de tu reinado poder hacer esta maravilla en tu casa.» Habia dificultad en esto por no dar muestra que tan presto mudaba lo establecido por su antecesor, y temia de ofender á los que tenian en su poder los bienes de los desterrados; pero en fin venció la piedad y los justos ruegos de sus deudos y madre; á los que fueron

desposeidos recompensó con otras mercedes de manera que ninguno quedase quejoso. Tratábase de casar al Rey, que tenia cuando heredó la corona edad de veinte y seis años. Ningun partido se ofrecia mas aventajado que el de Castilla. Venian aquellos reyes bien en ello; no le querian empero dar por esposa la hija mayor; la segunda era ida á Flándes, y juntamente doña Catalina la tenian concertada en Inglaterra. Ofreciánle á la infanta doña María; él tenia por agravio que ningun otro príncipe le fuese antepuesto, además que se pagó mucho de la infanta doña Isabel el tiempo que estuvo en Portugal. Andaban las práticas deste casamiento, y con esta ocasion el rey Católico le pedia que entrase en la liga contra el rey de Francia; la Infanta que echase los moros y los judíos de Portugal, que no queria por esposo á quien daba favor y acogida á gente tan mala. A la demanda del Rey se excusó con la amistad que tenia Portugal con Francia de tiempo muy antiguo. Bien venia en ligarse para la defensa de España, mas no queria ofender ni empacharse en querellas extrañas. Lo que la Infanta pedia, puesto que tenia algunas dificultades y muchos lo contradecian, al fin por ser cosa tan justificada se hizo por un edicto que á los postreros deste año se publicó, en que se mandaba á los moros y judíos que dentro de cierto tiempo saliesen de aquel reino, so pena que pasado el plazo que les señalaban, serian dados por esclavos. Los moros sin contraste se pasaron en Africa; en lo de los judíos hobo mayor dificultad, porque el Rey poco despues acordó que les quitasen los hijos de catorce años abajo, y que los bautizasen por fuerza; resolucion extraordinaria y que no concordaba con las leyes y costumbres cristianas. ¿Quieres tú hacer á los hombres por fuerza cristianos? ¿Pretendes quitalles la libertad que Dios les dió? No es razon, y tampoco que para esto quiten los hijos á sus padres. Sin embargo, los malos tratamientos que hicieron á los demás fueron de tal suerte, que era lo mismo que forzallos. Y aun así se tiene comunmente que la conversion de los judíos de Portugal tuvo mucho de violenta, y los efectos lo han mostrado. Fué grande el número de los judíos que en esta coyuntura se bautizó; algunos se ayudaron de la necesidad para hacer lo que era razon; otros disimularon, y adelante dieron muestra de lo que en sus pechos tenian encubierto. Alcanzóse otrosí del Papa que los comendadores de las tres órdenes de Portugal que de nuevo profesasen en aquellas órdenes no fuesen obligados á guardar castidad, salvo la conyugal, que era dalles licencia para casarse. Grandes ocasiones hobo para hacer esta mudanza tan grande; todavía no faltó quien la murmurase como sucede en todas las cosas nuevas, y no hay duda sino que con esto se abrió puerta para que las rentas de aquellas órdenes se gastasen muy diferentemente de lo que antes desto se acostumbraba, y aquellos caballeros, en lugar de las armas, se diesen á deleites y ociosidad, que fueron daños notables.

CAPITULO XIV.

De la muerte del rey don Fernando de Nápoles.

Las cosas de Italia aun no acababan de sosegar. El Inglés con el parentesco que tenia concertado con España se resolvió de entrar en la liga contra Francia. El Emperador pasaba adelante, y publicaba de querer pasar en Italia y dar órden en las cosas de Lombardía y de Toscana. Con esto el duque de Milan se inclinó al tanto á dejar el partido de Francia, particularmente que por este tiempo falleció el delfin de Francia, niño de muy pocos años; y por la poca salud de aquel Rey se temia que aquella corona recayese en el duque de Orliens, su mayor contrario; por esto no queria desasirse de los otros príncipes. En el reino de Nápoles los venecianos poseian su parte en la Pulla. El Gran Capitan tenia por el rey Católico á Rijoles y la Amantia y otras fuerzas de la Calabria. Los angevinos, sin embargo del concierto, quedaban apoderados de algunas plazas. Para allanallo todo el rey de Nápoles envió á don César de Aragon, hermano no legítimo de su padre, á Taranto, y al duque de Urbino, que le ayudó en esta guerra, mandó reparar en el Abruzo, desde donde, allanada en breve casi toda aquella parte, se fué á Roma con Próspero Colona. Lo de Gaeta, por ser fuerza tan grande, los tenia en mayor cuidado, porque dado que el conde de Trivento y galeras de venecianos la apretaban por mar, no hacian mucho efecto; tratábase de sitialla por tierra, cuando al rey don Fernando en Soma sobrevino la enfermedad de cámaras, de que falleció en Nápoles, do le llevaron, á 7 de octubre. ¿Qué le aprovechó su edad? Qué los contentos? Qué tantas victorias ganadas? Todo lo desbarató la muerte, que sobrevino muy fuera de sazon. Por su fin don Fadrique, su tio, desde Castellon, do supo lo que pasaba, acudió á Nápoles, y el mismo dia que falleció su sobrino el Rey alzaron por él los estandartes reales, y él se concertó con los príncipes de Salerno y Bisiñano y los condes de Lauria y Melito, que eran los mayores enemigos de la casa de Aragon. A muchos príncipes se levantaron los pensamientos, y en particular por parte del rey Católico en Roma y en Nápoles se hicieron diligencias para fundar su derecho y llevalle adelante, que por entonces no prestaron nada, ca el Papa y los otros potentados mas querian tener por vecino un rey de pocas fuerzas que el poder de España; y el Gran Capitan que pudiera acudir á esto todavía se hallaba ocupado en el cerco que tenia sobre el castillo de Cosencia, que pensaba rendir en breve y con esto asegurar todo lo de aquella provincia. Verdad es que dentro de pocos dias, allanado lo de Calabria y rendida aquella fortaleza, pasó á Nola, y dejadas allí sus gentes, fué á visitar las reinas y consollallas de la muerte del Rey. Púsose el nuevo Rey sobre Gaeta con toda su gente. Sucedió que el señor de Aubeni, que por tierra iba la via de Roma, llegó allí en sazon que los de dentro se hallaban muy apretados; entró pues, é hizo que se rindiesen á partido. Saliéronse los franceses en un galeon y dos naves cargadas de los despojos y plata de las iglesias. La una nave con tormenta se perdió, la otra junto á Tarracina dió al través, que se tuvo por castigo de Dios. Por otra parte el César, como tenian acordado, pasados los Alpes, entró en Lombardía con mil de á caballo y con cinco mil infantes. Juntósele con su gente el duque de Milan, llamó desde Aste á los duques de Saboya y marqués de Monferrat como feudatarios del imperio. Su

reputacion era tan poca, que no le quisieron acudir; lo mismo el duque de Ferrara, que le tenia obligado por lo de Módena y Regio, ciudades y feudos del imperio. Lo que pretendia el César era defender lo de Génova, que no se apoderase de aquel estado el Francés, como lo intentó por medio de una armada que envió allá para este efecto; y con inteligencias que tenia con el cardenal de San Pedro y algunos otros naturales esperaba llevar al cabo aquel desiño. Demás desto, cuando el Francés pasó por Pisa, de camino que iba á Nápoles, puso aquella ciudad en libertad, sacándola del señorío de florentines, que la tenian de tiempo atrás en su poder. Para defender la libertad de los pisanos acudieron á valerse de los otros príncipes de Italia, y en especial de venecianos que fueron los que mas se señalaron en su defensa. El duque de Milan deseaba grandemente enseñorearse de aquella ciudad y quitar aquella presa á los venecianos. Para esto persuadió cautelosamente al César que ayudase á los pisanos é hiciese la guerra á florentines. Con este intento el César en persona sitió á Liorna. El cerco no fué de efecto alguno, y al fin se hobo de levantar. Andaba muy vario en sus deliberaciones, y fiábase poco de los príncipes que le llamaron; por esto trataba de veras de dar la vuelta para Alemaña con menos reputacion de lo que se esperaba. Tuvo sobre el caso junta en Pavía, en que se hallaron el duque de Milan y el cardenal Bernardino de Carvajal, que en Lombardía era legado del Papa para adelantar las cosas de la liga. Este Prelado persuadió al César se entretuviese algun tiempo y acudiese á lo de Génova, que corria gran peligro por el esfuerzo que hacia el rey de Francia para apoderarse della, cuando vino nueva que lo desbarató todo, é hizo que el Emperador apresurase su partida, es á saber, que los reyes de España y de Francia tenian entre sí concertadas treguas, que entendian era principio para concordarse del todo. El caso pasó en esta manera. Al mismo tiempo que la guerra de Nápoles se hacia con mas fervor, en España tenian recelos de guerra á causa de diversas entradas y correrías que se continuaban á hacer en Francia por la parte de Ruisellon, y por los grandes apercebimientos que en Francia se hacian, temian no quisiese aquel Rey satisfacerse de tantos agravios. Por esta causa el rey Católico se acercó por aquellas fronteras, y por algun tiempo estuvo en Girona acompañado de muy buena gente que tenia allí juntada de todas partes. Pero como el otoño se pasase, y él estuviese deseoso de volver á Castilla y á Búrgos, donde tenia dado órden fuese la Reina para celebrar las bodas del Príncipe, despedida la mayor parte de la gente, dió la vuelta. El rey de Francia, avisado de lo que pasaba, hizo con gran presteza juntar un ejército de pasados diez y ocho mil combatientes. Cárlos de Albonio, señor de Santander, tenia á su cargo aquellas fronteras por el duque de Borbon, gobernador de Lenguadoc. Así, con esta gente rompió por lo de Ruisellon, y un viérnes, 7 de octubre, se puso sobre Salsas, llave de aquel condado, bien que mal pertrechada, porque, aunque tenia muchos y buenos soldados, la cerca era vieja y muy delgada; que fué ocasion que el dia siguiente la villa fué entrada por combate, y el castillo rendido á partido con muerte de muchos de los de dentro. Acudió el conde don Enrique Enriquez con la gente que pudo llevar; reparó en Ribasaltas, á una legua de Salsas, á tiempo que el daño estaba hecho. Siguió al enemigo, que desamparó el lugar por no poder dejalle en defensa, y se retiró á la sierra que está sobre Salsas con intencion de no venir á las manos. Estuvieron los campos algunos dias á una legua el uno del otro. Moviéronse tratos de concierto, y al fin se asentaron treguas por aquella parte que durasen hasta 17 dias de enero del año luego siguiente de 1497. Resultó gran sospecha deste concierto en los príncipes confederados, que se recelaban que el rey Católico los queria desamparar y tomar consejo aparte; y fué ocasion que el Emperador alzase mano de lo de Italia, y diese en breve vuelta á Alemaña, sin dejar hecho efecto que fuese de consideracion.

CAPITULO XV.

De la muerte del duque de Gandía.

Despues que por órden del Papa prendieron en Nápoles sobre concierto á Virginio Ursino y á su hijo, hecho de muy mala sonada, el Papa movió guerra á las tierras y estados de aquel linaje de los Ursinos, que eran muy grandes. Nombró por capitanes de sus gentes á los duques de Gandía y de Urbino y á Fabricio Colona, que al principio se apoderaron de algunos lugares, y últimamente se pusieron sobre la fortaleza de Braehano. Carlo Ursino y Vitelocio, con dinero que trujeron de Francia, levantaron buen número de gente de á pié y de á caballo; acudieron al socorro de aquella fuerza con trecientos hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros y dos mil y quinientos infantes; para divertir á los contrarios pusiéronse sobre Vasano, villa de la Iglesia. Los enemigos, dado que no eran tantos en número, alzado su campo, fueron en busca de los Ursinos. Trabóse la batalla, que fué á 24 de enero, en que al principio la gente de la Iglesia forzaron á los contrarios á retirarse y subir un montecillo para mejorarse de lugar. Fabricio Colona con parte de la gente acordó subir por el otro lado para dar en los enemigos por las espaldas. Los Ursinos, antes que llegase á do pretendia, revolvieron sobre la demás gente del Papa con tal denuedo, que ligeramente los desbarataron y pusieron en huida. El duque de Gandía salió herido en el rostro, y el de Urbino fué preso. Con esta victoria los Ursinos recobraron los lugares que les habian tomado, y el Papa fué forzado recebillos en su gracia y concertarse con ellos. Tuvo en este concierto gran parte el Gran Capitan, en que se gobernó de tal suerte, que los Ursinos quedaron muy obligados al rey Católico. Vino en esta sazon el Gran Capitan á Roma con su gente para ayudar al Papa en esta guerra, si bien la de Nápoles no quedaba de todo punto acabada. Hecho el concierto con los Ursinos, á ruegos del Pontífice fué á cercar á Ostia, fuerza que todavía se tenia por Francia debajo del gobierno de Menaut de Guerri, por donde Roma padecia grande falta de bastimentos, no de otra manera que si estuviera cercada y tuviera los enemigos á las puertas. La empresa era dificultosa, pero los españoles se dieron tan buena maña, que dentro de ocho dias la

tomaron á escala vista; sin embargo, el capitan Francés fué recebido á merced y tratado con mucha humanidad. Ayudó mucho en este cerco la buena industria de Garcilaso, embajador que era por el rey Católico en corte romana. Tenia el Gran Capitan deseo de dar presto la vuelta para acabar de ganar ciertas fuerzas que se tenian en el reino por el cardenal de San Pedro, muy parcial de Francia. Al despedirse, como quier que en el discurso de la plática el Papa dijese que sus reyes le tenian muchos cargos, y que no respondian á lo que era razon, que nadie los conocia como él, le respondió con grande libertad que creia bien los conocia, pues era su natural; pero en lo que decia que no les tenia cargo parecia notoria ingratitud, pues sabia muy bien que con su favor se sustentaba en aquel grado, sin embargo de la libertad de su persona y de toda su casa; que le suplicaba atendiese á reformar todo esto antes que el Rey, su señor, por escrúpulo de que con su sombra se escandalizase la Iglesia, fuese forzado á desamparalle. Trájole á la memoria otras cosas particulares y cargos, á que el Papa no supo responder. A la verdad la disolucion era tan grande, que dió libertad á un hombre de capa y espada para perdelle el respeto, y forzó á los príncipes, en particular á los reyes de Castilla y de Portugal, á hacelle instancia sobre lo mismo con diversos embajadores que sobre esto le enviaron. Ninguna diligencia bastó, tanto, que poco despues en un consistorio en que se trató de dar la investidura del reino de Nápoles á don Fadrique, juntamente propuso de dar en cierta forma al duque de Gandía la ciudad de Benevento, patrimonio de la Iglesia en aquel reino; además que tenia concertado de hacer suelta del tributo con que aquellos reyes acudian á la Iglesia cada un año por cien mil ducados que aquel Rey ofrecia de dar en cierto estado al dicho Duque. Contradijo lo de Benevento el embajador Garcilaso, con protesto que hizo que no se lo permitiria el Rey, su señor. Ninguna cosa bastara para enfrenalle si no desbaratara todas sus tramas la muerte que en breve sobrevino al duque de Gandía muy desgraciada. Una noche, 14 de junio, venian de un jardin, en que cenaron el Duque y los cardenales de Valencia y de Borgia. Apartóse el Duque solo con un lacayo que envió despues por unas armas. A la vuelta el lacayo no halló á su señor, ni en todo otro dia se pudo saber algun rastro dél mas de que en la via de Pópulo hallaron la mula en que iba. Hiciéronse mas diligencias, y un barquero dijo que á media noche vió que en una mula dos hombres á los lados y otro á las ancas llevaban cierta persona, y que llegados á la postrera puente do él estaba, le echaron en el rio; y el que iba á las ancas preguntó si se iba á fondo; respondieron los otros que sí, y con tanto se fueron. Buscaron el lugar que señaló el barquero; hallaron el cuerpo con nueve heridas, con sus vestidos y joyas, sin que le faltase nada. Nunca se pudo averiguar quién fuese el matador; unos decian que los Ursinos le hicieron matar por estar muy agraviados del Papa; otros que el cardenal Ascanio. La voz comun del pueblo fué que su hermano el cardenal de Valencia don César cometió aquel caso tan atroz por estar muy sentido que siendo menor que él se le hobiese antepuesto en el ducado de Gandía. La verdad ¿quién la podrá averiguar? Quién enfrenar el vulgo que no hable? El odio que al Papa tenian entiendo yo fué la causa que en lo que le tocaba siempre se dijese y creyese lo peor. Dejó el Duque un hijo, que se llamó don Juan como su padre, y le sucedió en aquel estado de Gandía.

CAPÍTULO XVI.

Del casamiento del príncipe don Juan.

En la misma armada que llevó á Flándes á la infanta doña Juana vino á España, aunque despues de algunas dilaciones, la princesa Margarita, hermana del Archiduque, para casar á trueque, como tenian acordado, con el príncipe don Juan. Aportó al puerto de Santander por el mes de marzo. Saliéronla á recebir el Rey y el Príncipe con grande acompañamiento. Viéronse en Reinosa, do los desposados se tomaron las manos. Velóronse en Búrgos, principio del mes de abril, con las mayores fiestas y regocijos que jamás se vieron en España. Velólos el arzobispo de Toledo. Los padrinos fueron el almirante don Fadrique y su madre doña María de Velasco. No quiso la Reina que se hiciese alguna mudanza en la casa de la Princesa, sino que tuviese sus mismos criados que traia y se sirviese á su voluntad. Tratábase de concierto entre los reyes de España y de Francia, para este efecto fué á Francia Hernan, duque de Estrada, y para que allí hiciese oficio de embajador. La paz no se podia concluir tan en breve; acordaron principio deste año en Leon de Francia que se asentasen treguas generales, que comenzasen en España á 5 dias del mes de marzo, y para los otros príncipes de la liga á 25 de abril; y que para todos durasen hasta 1.° de noviembre. Esta fué la causa que el Gran Capitan se apresurase para dar la vuelta de Roma á Nápoles por apoderarse de aquellas fuerzas del cardenal de San Pedro antes que comenzase á correr la tregua, y por ella fuesen forzados á sobreseer en las armas. No lo pudo efectuar como lo deseaba é hiciera si no fuera por cierto motin de sus soldados. Proseguíase el tratado de la paz. Habíase propuesto diversas veces por parte de Francia que pues era cosa averiguada que el rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia algun derecho al reino de Nápoles, era forzoso que aquel reino perteneciese á uno de los dos reyes, es á saber, de Francia ó de España, que seria bien se concertasen entre sí. Daba á esto oidos el rey Católico, y venia de buena gana en que se comprometiese la diferencia en el César, con seguridad que pasarian por lo que él determinase. Al Francés no contentaba este partido por tener, como él decia, su derecho por muy claro; pero ofrecia al rey Católico que si le dejase aquel reino libre, le daria recompensa en dinero ó de otra manera, hasta ofrecer de dalle el reino de Navarra, del cual el rey Católico y de sus príncipes tenia poca satisfaccion por estar muy avenidos con Francia el señor de Labrit y los otros señores de la casa de Fox. Altercábase sobre este negocio en Medina del Campo, do vinieron á verse con el Rey y resolver esto los embajadores de Francia. Pasaron tan adelante en este tratado, que ofrecian de parte de su Rey la provincia de Calabria, á tal que si conquistado lo demás, su Rey la quisiese para

el, cumpliese con dar al rey Católico lo de Navarra y mas treinta mil ducados cada un año por lo que mas valia y rentaba Calabria que Navarra. Todavía el rey Católico se inclinaba mas á que se excusase la guerra, y que el rey don Fadrique se quedase con el reino con dar al Francés dinero por los gastos hechos y cierto tributo cada un año. Ofrecia otrosí que el duque de Calabria casaria con la hija del duque de Borbon, sobrina del Francés, que era camino para dejar aquella demanda muy honrosamente. Con esto se despidieron los embajadores, y sin embargo, porque pasadas las treguas se entendia que volverian á las armas, el rey Católico trataba de asegurarse por la parte de Navarra por do se mostraban asonadas de guerra; pretendia que aquellos reyes le diesen seguridades de homenaje y castillos, y nombró por general de aquella frontera á su condestable don Bernardino de Velasco. El mismo recelo tenian por la parte de Ruisellon. Avino que en cierta revuelta que se levantó en Perpiñan entre los vecinos de aquella villa y los soldados, el general don Enrique por salir á despartillos fué herido con una piedra que tiraron de un terrado, de que murió. Por esta causa fué puesto por general de aquella frontera el duque de Alba, y aun se dió órden á la armada de España que acudiese aquellas marinas, á cuyo capitan era don Iñigo Manrique. Estos apercibimientos se hacian por la parte de España. En Italia el rey don Fadrique no se descuidaba, ca en primer lugar procuraba ganar al duque de Milan; y porque estaba viudo de Hipólita, su mujer, que falleció el año pasado, para mas asegurarle ofreció de casalle con Carlota, su hija, habida en su primera mujer, hija del duque de Saboya; y para el hijo mayor del Duque ofrecia á doña Isabel de Aragon, su hija, y de la reina doña Isabel, su segunda mujer, hija del príncipe de Altamura; partidos honestos, que al fin no se efectuaron por la grande caida que en breve dieron aquellas dos casas. Por otra parte, hacia instancia con el Papa para que le diese la investidura del reino, con lo que parecia aseguraba del todo su derecho; y para esto hacia muchas comodidades á los Borgias, que era el camino para salir con lo que deseaba; pretension que en fin alcanzó, y el cardenal de Valencia poco despues fué enviado para coronar á don Fadrique, como se hizo con solemnidad y fiestas muy extraordinarias, en fin, como en tiempo de paz y en ciudad tan populosa, noble y rica como es Nápoles, y que en esto echó el resto. Coronóse por mano del Legado; asistió el arzobispo de Cosencia; mostróse el Rey muy liberal con los que le habian servido. Acabada la misa, mandó publicar por duque de Trageto y conde de Fundi á Próspero Colona, y á Fabricio Colona por duque de Tallacozo; al gran Gonzalo de Córdoba hizo duque de Monte de Santangel; y á don Iñigo, hermano del marqués de Pescara, que mataron, marqués del Vasto, sin otros títulos que dió á barones y caballeros del reino. El príncipe de Salerno Antonelo de Sanseverino no se halló en esta festividad, sin embargo del perdon pasado y que se hizo llamamiento general de los barones del reino; todo se enderezaba á nuevo rompimiento, porque demás deste exceso, se entendia que fortalecia sus castillos y se pertrechaba de municiones y de armas.

CAPITULO XVII.

Que los portugueses pasaron á la India Oriental.

En el mismo tiempo que las otras provincias de Europa, y particularmente Italia, estaban trabajadas con los males que de presente padecian, y mas por las sospechas que de mayores daños amenazaban, Portugal, que es la postrera de las tierras hácia donde el sol se pone, con la grande y larga paz de que gozaba y con ella de toda prosperidad y abundancia, trataba de ensanchar por otras partes muy apartadas su imperio y llevar la luz del Evangelio á lo postrero del mundo y á la misma India Oriental, empresa que al principio pareció temeraria, y adelante fué de gran gloria, y no menos interés para todo Portugal. Don Enrique, hermano del rey don Duarte, fué el primero que entró en esta imaginacion, y con armadas que enviaba por la parte de mediodía acometió á descubrir nuevas tierras é islas por las costas de Africa. Atajóle la muerte los pasos, que le sobrevino el año que se contaba de nuestra salvacion de 1460, en edad de sesenta y siete años. Ilustre príncipe y de renombre inmortal, así por las demás virtudes y la castidad que guardó sin ensucialla por toda la vida, como principalmente por el principio que dió á cosas tan grandes. Desistió desta empresa el rey don Alonso, su sobrino, no tanto de su voluntad, cuanto por las muchas guerras y desgraciadas con que estuvo embarazado. Su hijo el rey don Juan el Segundo, como era príncipe de pensamientos muy altos, vuelto á esta demanda con armadas que envió diversas veces, descubrió gran parte de las costas de Africa y de Etiopía, sin parar hasta llegar de la otra parte de la equinoccial y averiguar que todas aquellas marinas se remataban en un cabo ó promontorio, que los marineros llamaron de las Tormentas por las muchas que en aquellas costas y mares muy altos se levantan, y él le llamó de Buena Esperanza, como hoy dia se llama, por la que cobró de pasar con sus armadas por aquella parte á las costas de Asia y de la India y por aquel camino participar de sus grandes riquezas. Para mejor informarse envió por tierra á Pedro Covillan y Alonso Paiva, como en su lugar queda dicho, para que calasen los secretos de aquellas tierras y trajesen relacion verdadera de aquellas costas de Asia y Africa por la parte de levante. Murió en la demanda el Paiva; Covillan, andado que hubo todas aquellas marinas, dió vuelta hácia el Cairo, y sabida la muerte de su compañero, determinó de pasar á las tierras del Preste Juan. Desde allí envió á su Rey entera relacion de todo lo que dejaba averiguado. De Etiopía ni pudo volver á Portugal, que no le dejaron, ni tuvo comodidad de enviar mas aviso. Así, le tuvieron por muerto hasta que adelante se supo la verdad. En este medio falleció el rey don Juan; su sucesor el rey don Manuel se inclinaba á llevar adelante esta empresa. Trató se el negocio en su consejo; los pareceres fueron varios. Quién de todo punto condenaba aquellas navegaciones tan peligrosas y tan largas, encarecia los peligros que eran ciertos, los intereses pequeños y la esperanza muy incierta; que harto mar tenian descubierto, y que seria mejor abrir y labrar los baldíos de Portugal, y no permitir que con

semejantes ocasiones se hiciese la gente holgazana. Quién, al contrario, decia que debian pasar adelante, pues ni hasta entonces tenian de qué arrepentirse de lo hecho, como lo daba á entender el aumento de las rentas reales por el trato de Africa; que siempre las cosas grandes tienen al principio dificultades, que las vence el generoso corazon, y el pusilánime queda en ellas atollado; el temor y recato demasiado nunca hicieron cosa honrosa; á los valientes ayuda Dios, á los cobardes todo se les deshace entre las manos. Algunos eran de parecer que se continuase la conquista y descubrimiento de Africa y que no pasasen adelante, pues lo razonable tiene término; la codicia desordenada con ninguna cosa se harta hasta tanto que despeña en su perdicion al que le da lugar y por ella se gobierna; que para las fuerzas de Portugal bastaban algunos millares de leguas que tenian las costas de Africa. Entre esta diversidad de pareceres prevaleció el que era de mas honra y reputacion. Resuelto pues el Rey de seguir aquella empresa, mandó aprestar cuatro naves, y por general nombró á Vasco de Gama, hombre de gran corazon; y bien le fué menester para abrir el viaje mas largo y mas dificultoso que jamás se intentó en el mundo. Iban en su compañía su hermano Paulo de Gama y Nicolás Coello, sin otros hombres de cuenta. Entre marineros y soldados todos no pasaban de ciento y sesenta. Bendijeron el estandarte real en una iglesia de nuestra Señora que estaba á la marina, fundacion del infante don Enrique, donde despues edificó el rey don Manuel el monasterio muy nombrado de Belen. Desde allí con acompañamiento muy grande de gente, que los lloraban no de otra manera que si los llevaran á enterrar, se hicieron á la vela este año á los 9 de julio. Tomaron la derrota de las Canarias, y de allí pasaron á las islas de Cabo Verde, que los antiguos llamaron Hespérides. Pasadas estas islas y la de Santiago, que es la principal dellas, volvieron las proas á levante por un golfo muy grande, en que por las grandes tormentas y altos mares pasaron tres meses antes que descubriesen tierra, hasta que diez grados de la otra parte de la equinoccial descubrieron un rio muy fresco y de grandes arboledas, do surgieron para hacer agua y tomar refresco. La gente era negra, el cabello corto y encrespado. Contrataron con ella por señas, porque nadie entendia su lengua, y con cosillas de rescate que les dieron proveyeron sus naves de fruta de la tierra y de carne, que lo traian los naturales. Pusieron al golfo nombre de Santa Elena, y el rio llamaron de Santiago. Pasaron adelante con intento de doblar el cabo de Buena Esperanza, pero cargó tanto el tiempo, que diversas veces se tuvieron por perdidos. Aquí fué bien menester el valor del Capitan, porque le protestaron sus compañeros volviese atrás y no quisiese locamente pelear con el cielo y con el mar ni llevallos á que todos se perdiesen; no bastaron ruegos ni lágrimas para doblegalle. Concertáronse de dalle la muerte; avisóle su hermano; prendió á los maestres, y él mismo tomó cargo de gobernar su navío. Con esta porfía llegó á lo postrero del Cabo, que comenzaron á doblar á 20 de noviembre, cuando en aquellas partes era primavera. Como cincuenta leguas mas adelante está un golfo, que llaman de San Blas, y en medio dél una isla pequeña, que hallaron llena de lobos marinos. Abordaron á ella para hacer agua. Los moradores de aquella parte eran semejantes á los de la otra costa de Africa que mira al poniente; andan desnudos, traen sus miembros en unas vainas de palo. La tierra tiene elefantes y bueyes, de que se sirven como de bestias de carga; ciertas aves, que llaman sotilicarios, grandes como gansos, sin plumas y con las alas como de murciégalo, de que no se sirven para volar, sino para correr con gran velocidad. Pasaron adelante, y aunque despacio por las corrientes contrarias, llegaron á una tierra, que se llama Zanguebar, y ellos por el dia en que allí abordaron llamaron aquel golfo de Navidad; y á un rio grande que por aquellas riberas descarga en el mar llamaron rio de los Reyes porque tal dia salieron á tomar en él agua. Continuaban las corrientes y las maretas del mar; por esto se engolfaron tanto, que sin tocar á Zofala, que es el lugar de mas consideracion de aquellas riberas por las minas de oro que tiene, de la otra parte descubrieron una tierra donde los moradores no eran tan negros como los pasados, y andaban mas arreados, y en su trato mostraban ser mas humanos y mansos; en los brazos traian ajorcas de cobre, y los varones puñales con las empuñaduras de estaño. La lengua no se entendia, mas de que entre los demás vino uno que en arábigo les dijo que no léjos de allí habia naves semejantes á las que traian los nuestros, y en ellas negociaban hombres blancos. Entendieron por esto que la India caia cerca; dieron gracias á Dios, y en memoria de nueva tan alegre al rio que por allí se mete en el mar llamaron el rio de Buenas Señales. Levantaron en aquella ribera una columna con título del arcángel San Rafael, que dió nombre á aquellas riberas, y de diez hombres condenados á muerte, que llevaban de Portugal para este efecto, dejaron allí dos para que aprendiesen la lengua y tomasen noticia de aquella gente, de sus costumbres y riquezas. Fué grande el contento que todos recibieron por entender cuán al cabo tenian su viaje, dado que el alegría se aguó con los muchos que cayeron enfermos; hinchábanseles las encías, de que no pocos murieron. Unos atribuian esto á ser la tierra malsana; otros á los manjares salados, de que tanto tiempo se sustentaron. Un mes se detuvieron en aquella costa con harto peligro y trabajo. Desde allí pasaron á Mozambique, que es una ciudad asentada en una de cuatro islas muy pegadas á la tierra firme, quince grados de la otra parte de la equinoccial, y veinte mas adelante de la punta postrera del cabo de Buena Esperanza; es tierra de mucho trato por el buen puerto que tiene. Los moradores eran moros, de color bazo, vestidos ricamente de seda y oro; en las cabezas turbantes de lienzo muy grandes; de los hombros colgaban sus cimitarras, y en los brazos sus escudos. Con este traje vinieron en sus barcas á reconocer nuestras naves. Fueron bien recebidos y tratados; supieron dellos que aquella ciudad era sujeta al rey de Quiloa, por nombre Abrahem, que está mas adelante en aquel paraje, y que allí tenia puesto un gobernador, que en arábigo llaman jeque, y él se decia Zacoeya; con el cual con presentes que le

dieron pusieron su amistad, y él les dió dos pilotos que los encaminasen á la India. Al principio los naturales entendieron que los nuestros eran moros de poniente, que fué la causa del buen tratamiento que les hicieron. Despues, sabido que eran cristianos, pretendieron hacelles el mal que pudiesen; los mismos pilotos se les huyeron á nado. Descargaron ellos su artillería contra la ciudad, con que mataron algunos de los que en la ribera andaban. El miedo de la gente fué grande por no estar acostumbrados á aquellos truenos y relámpagos. Humillóse el Gobernador, y ofreció toda satisfaccion. Contentáronse ellos y su Capitan con que les diese un piloto. Este con la misma deslealtad que los otros pretendió entregar á los nuestros en poder del rey de Quiloa. Decíales que los moradores de aquella ciudad eran cristianos de los abisinos, y que en ella se podrian proveer de todo lo necesario. Ayudóles Dios, porque cargó el tiempo y no pudieron tomalla, que á ser de otra suerte, corrieran peligro por ser aquella ciudad poderosa y estar aquel Rey indignado por las nuevas que tenia de lo que pasó en Mozambique. El piloto moro, sin embargo, no desistió de su intento, antes les persuadió fuesen á Mombaza, ciudad puesta en un peñasco, rodeada casi por todas partes de un seno de mar que forma un puerto muy bueno. Saliéronles al encuentro gentes de la ciudad, con las cuales trató el piloto la traicion que traia pensada. Saliera con su intento, si no fuera que al entrar en el puerto, Vasco de Gama, por temor no diese su nao en ciertos bajíos que hay allí cerca, mandó de repente calar las velas y echar áncoras. El piloto por su mala conciencia temió que era descubierto; echóse en el mar para salvarse, y lo mismo hicieron algunos de la tierra que todavía quedaban en las naves, que en esta sazon eran tres, ca la cuarta, que traia los bastimentos, por estar ya consumidos y faltar marineros, la habian antes desto pegado fuego. Dieron los nuestros gracias á Dios por les haber librado de un peligro tan manifiesto; proveyóles su Majestad de guia en esta manera. Partidos de allí tomaron dos bajeles de moros, y en ellos trece cautivos, que los demás se echaron al mar. Destos supieron que caia cerca Melinde, ciudad casi puesta debajo de la equinoccial, cuyo rey era muy humano y muy cortés con los extranjeros. Determinaron ir allá, y hallaron ser verdad lo que los cautivos dijeron. Holgó mucho el Rey con su venida; no pudo por su vejez y enfermedad ir á las naves en persona; envió á su hijo, que hizo á los portugueses gran fiesta, y dellos fué festejado. Dióles guia para la India, y el Capitan le hizo presente de los trece cautivos moros; cosa que dió á aquel Príncipe mucho contento. Proveyéronse de lo necesario, y despidiéronse con promesa de volver por allí, porque queria enviar sus embajadores para trabar amistad con el rey don Manuel. Era ya pasada la pascua de Resurreccion; tomaron la derrota de Calicut, que dista de Melinde casi setecientas leguas, que navegaron en veinte y un dias. Descubrieron la tierra deseada á 20 de mayo, y poco despues echaron anclas á media legua de Calicut. No tiene aquella ciudad puerto, y el tiempo no era nada á propósito, porque en aquella sazon comenzaba en aquellas partes el invierno, que es una de las grandes maravillas del mundo, y en que el entendimiento humano se agota. Dividen la provincia de Malavar, do está Calicut, unos montes muy empinados, que se rematan en el cabo de Comorin, dicho antiguamente el promontorio Cori. La una y la otra parte están en la misma altura, y entrambas hácia nuestro polo; y sin embargo, desta parte de los montes por el mes de mayo comienzan las lluvias y el invierno, cuando de la otra parte se abrasan con los calores del verano y del estío; cosa maravillosa y grande. ¿Quién podrá dar razon desta diversidad? Quién apear el abismo de la sabiduría divina? Todos los entendimientos quedarán cortos en este punto y en esta dificultad.

CAPITULO XVIII.

De lo que Vasco de Gama hizo en Calicut.

Antes que declaremos lo que á Vasco de Gama pasó en Calicut, será bien poner delante los ojos la grandeza de aquellas provincias y tierras tan extendidas de Asia. La India tiene por aledaños por la parte del poniente las provincias de Aracosia y Gedrosia con las Paropomisadas. Hácia el levante llega hasta los confines del gran reino de la China. Al septentrion tiene el monte Imao, que es parte del monte Cáucaso. Por la parte de mediodía la bañan las aguas del Océano. Divídelas en dos partes, en la de aquende y allende, el muy nombrado rio Ganges. Verdad es que los nuestros llaman India sola la tierra que abrazan por una parte el rio Indo, y por otra el rio Ganges. Los naturales llaman toda esta tierra Indestan. En medio destos dos rios corren unas cordilleras de montes, que se rematan en el cabo de Comorin. Muchas naciones son las que están derramadas por estas marinas; las principales Cambaya, que se extiende desde la boca del rio Indo; y tras ella hasta el dicho cabo de Comorin se tienden por muchas leguas los malabares. En medio destas dos naciones está en una isleta la famosa ciudad de Goa, en el reino de Decan. Cércanla por frente el mar, por los dos lados y por las espaldas el rio con sus dos brazos. Hay entre los malabares cuatro calidades ó grados de gente: los nobles, que llaman caimales; los sacerdotes, que son los bracmanes, y tienen grande autoridad; los soldados llaman naides; y el pueblo, que son los labradores y oficiales. Los mercaderes comunmente son extranjeros. De la cintura arriba andan desnudos, lo demás cubren con paños de seda ó algodon, y sus cimitarras, que traen afiadas del hombro derecho y colgadas. Los ritos y costumbres de esta gente son extrañas. Basta decir para conocer lo demás que las mujeres se casan con cuantos hombres quieren; por esto los hijos no heredan á los padres por no tener certidumbre cuyos son, sino los hijos de las hermanas. Están divididos los malabares en muchos reyes; el principal, y á quien los demás reconocen como á señor, y por esta causa le llaman zamorin, que es tanto como emperador, es el rey de Calicut, ciudad rica y grande, y que está casi en medio de aquella nacion, no léjos del mar. Las casas no están continuas, sino muy apartadas, con huertas y arboledas que cada cual tiene; solas las casas del Rey y los templos son de piedra; las demás de madera, bajas y cu-

biertas de hojas de palma, que no se permite á los particulares, quier sean nobles, quier plebeyos, levantar edificios mas sumptuosos. En este estado se hallaban las cosas de Calicut, tales eran sus costumbres, cuando Vasco de Gama aportó á aquellas partes; acudieron luego muchas barcas por ver gente tan extraña. Gama echó en tierra uno de los desterrados que llevaba. Fué grande el concurso de la gente que le cercó por todas partes. Habia entre los demás dos mercaderes moros de Túnez; estos por el traje como entendiesen que era español, el uno, por nombre Monzaida, en lengua española le preguntó de qué parte de España fuese; respondió de Portugal. Llevóle á su casa, y informado de todo, se fué á ver con el Capitan. Allí le declaró cómo en el tiempo que el rey don Juan de Portugal enviaba á Túnez para proveerse de armas, él le sirvió con mucha lealtad. Juntamente le dijo lo que quiso saber de aquella tierra, y le ofreció serviria de buena gana en lo que se le ofreciese. El dia siguiente envió Gama con Monzaida dos embajadores para avisar al Rey de su venida, que sin su licencia no queria desembarcar; si se la daba, le llevaria las letras que le traia de su Rey y cosas de importancia que comunicalle. Estaba el Rey á la sazon en Pandarane, un pueblo á dos millas de la ciudad. Allí recibió muy bien á los embajadores; respondió que oiria de buena gana á su Capitan; que entre tanto por cuanto el lugar do surgió era en aquella sazon poco seguro, llegase las naves al abrigo de Pandarane. Hízose así, y pasados algunos dias, le envió el Gobernador de la ciudad, que es como alcalde y le llaman catual, para que le hiciese compañía hasta su palacio. Dejó Gama en su lugar á su hermano, al cual y á Nicolás Coello avisó que pues no podia excusar de verse con aquel Rey, dado que el riesgo era grande, si sucediese algun desman á su persona, pospuesto todo lo demás, alzadas las velas se volviesen á Portugal para dar aviso al Rey de su viaje; y sin embargo, para todo lo que pudiese suceder, le tuviesen siempre á la marina los esquifes aprestados. Llevó consigo doce compañeros lo mas en órden que pudo. No usaban en aquella sazon en la India de caballos ni jumentos; llevároule desde la ribera en hombros gente señalada para esto hasta la casa real. Luego que llegó, le recibieron algunos de los caimales para honralle mas, y con ellos el principal de los bracmanes, vestido de lienzo blanco. Este tomó á Gama por la mano, y le metió por gran número de salas; la puerta cada una dellas tenia diez guardas. Llegaron á un aposento muy grande, que tenia el suelo cubierto de alhombras de seda verde, y en las paredes colgaduras de seda y oro labradas; al rededor tenia ciertas gradas á manera de teatro, que era el asiento de los grandes. El Rey en un estrado, vestido de una ropa de algodon blanca, sembrada de rosas de oro, en la cabeza un bonete de tela de oro á manera de mitra, los brazos y piernas desnudos á la costumbre de la tierra, pero con ajorcas de oro. En los dedos de piés y manos muchos anillos, y en todo sembradas y engastadas piedras y perlas de gran valor. El color del Rey era bazo, el cuerpo grande, y el semblante que representaba majestad. Gama, luego que saludó al Rey y le mandó asentar á él y á sus compañeros, le habló en esta manerra: «El rey de Portugal don Manuel, príncipe muy excelente y de pensamientos muy altos, con el deseo que tiene de saber muchas y grandes cosas y trabar amistad con los príncipes que en valor y grandeza se aventajan, movido por la fama que de la grandeza deste reino, y en particular de vuestra majestad, vuela por todas partes, desde lo último de las tierras do el sol se pone me ha enviado para saludaros de su parte y asentar entre los dos amistad. No hay cosa mas eficaz para unir las voluntades que la semejanza en el valor, mayormente en los reyes cuya dignidad mucho se allega á la grandeza de Dios, y cuanto ellos son mayores, tanto deben extender sus voluntades á mas partes. Séanos de provecho haber sido los primeros á pretender esta alianza, pues es cosa muy natural y mas de los nobles corazones no dejarse vencer en amor y cortesía, y responder á la voluntad de los que se adelantaron en mostralla. Lo cual yo no dudo sino que será de mucho provecho para todos, por la comunicacion de dos naciones tan distantes. Por lo menos será cosa muy honrosa cuando en todo el mundo se sepa que de tierras tan extrañas venimos á pretender con la vuestra tener comunicacion y trato.» Esto dicho, presentó las cartas que traia escritas en las lenguas arábiga y portuguesa, junto con los presentes que llevaba. Holgó mucho aquel Rey con esta embajada. Dijo que le placia tener trato y alianza con su hermano el rey don Manuel. Preguntó muchas cosas de la navegacion que habian traido y de las cosas de Portugal. Con esto mandó aposentar muy bien al Capitan y á todos sus compañeros. Los mercaderes moros, sabido lo que pasaba, se juntaron, y con el temor grande no les quitasen los portugueses sus ganancias, además del odio que tiene aquella gente á todos los cristianos, acudieron al Rey y á sus cortesanos para con mentiras y invenciones ponellos mal con los portugueses; decian que eran cosarios, enemigos del género humano; que si aquella gente tuviese entrada en Calicut, á ellos seria forzoso ir á buscar otras partes donde vivir y contratar. Que mirasen si les estaba á cuenta por unos pocos ladrones perder amigos tan antiguos como ellos eran, y que les traian con sus tratos tan grandes intereses. Son los malabares gente fácil, de poca constancia y verdad. Persuadidos por los moros, acordaron de buscar traza para dar la muerte á los portugueses. Avisó Monzaida al Capitan de lo que se tramaba. Recogióse lo mas ocultamente que pudo, aunque no sin dificultad y peligro, á las naves. Alargóse al mar, y desde allí con un indio escribió al Rey grandes quejas, principalmente contra el Catual, que con falsas muestras de amor sabia que trataba de hacelle todo el mal que pudiese. Juntamente le suplicó le mandase restituir ciertos portugueses y mercadurías que quedaban en tierra. Respondió el Rey con buenas palabras sin cumplir lo que se le pedia. Gama, determinado de usar de fuerza, tomó la primera nave que por allí llegaba, y en ella cautivó seis hombres principales con algunos criados. Envió el Rey por habellos los portugueses y mercadurías con sus cartas en respuesta de las que Gama le trajo, y sin embargo, el Capitan no quiso restituir los malabares, porque le parecian muy á propósito para llevallos por muestra á Portugal para que mas en particular informasen de las cosas de aquellas partes.

CAPITULO XIX.

Cómo Vasco de Gama volvió á Portugal.

Antes que Vasco de Gama alzase las velas para dar la vuelta á Portugal, Monzaida se recogió á sus naves por miedo no le costase la vida la conversacion que con los portugueses tuvo. Dejó su hacienda en Calicut, ca por la priesa no la pudo recoger, y en Portugal se bautizó y pasó la vida como buen cristiano. No pudo el Rey satisfacerse de Gama á causa que por ser invierno tenia su armada sacada á tierra. Verdad es que con setenta barcas que pudieron varar y arenar acometieron las naves; pero con un recio temporal que cargó las barcas se desbarataron y los nuestros, que por faltalles viento iban muy despacio, tuvieron lugar de alejarse hasta perder de vista á Calicut y llegar á unas islas pequeñas que por allí están. Encontraron con ocho fustas de un cosario, llamado Timoya, tomaron una y desbarataron las demás. De allí pasaron á otra isla, que se llama Anchediva, para rehacer las naves y reparallas lo mejor que pudiesen. Dista esta isla como setenta leguas de Calicut, y de tierra firme no dista mas de una legua; que fué ocasion para que muchos de la tierra pasasen á ver las naves. Entre los demás vino uno que saludó á Gama en italiano. Este les avisó que allí cerca caia la ciudad de Goa, y que el señor della que se llamaba Zabaio, con quien él tenia mucha cabida, holgaria de conocellos y les haria toda amistad. Preguntóle Gama de dónde era; dijo que era italiano, y que navegando la vuelta de Grecia, cayó en poder de cosarios, y de mano en mano le fué forzoso servir aquel príncipe Moro. Gama, por el semblante y porque las respuestas todas veces no concertaban, con sospecha que era espía, le puso á cuestion de tormento. Entonces confesó la verdad, que era judío y natural de Polonia, y que el Zabaio, su señor, le envió para espiar aquella armada; que con la suya pretendia acometellos. Gama con este aviso, lo mas presto que pudo, partió de allí para seguir su viaje. Llevó consigo el judío, que en Portugal se bautizó, y se llamó Gaspar, y sirvió al rey don Manuel en cosas de importancia. La navegacion iba despacio por falta de viento; en fin, hicieron tanto, que pudieron doblar el primer cabo de Africa, que se llama de Guardasuy, no léjos de la boca del mar Bermejo. Llegaron á la ciudad de Magadajo, que está allí cerca; por saber que los moradores eran moros, no quisieron allí parar mas de cuanto con la artillería maltrataron los edificios, y echaron á fondo algunos bajeles que vieron en aquel puerto. Pasados de allí, encontraron con ocho velas de moros, que desbarataron con mucha facilidad. En Melinde fueron de aquel Rey recebidos con mucho amor. Proveyéronse de lo necesario, y como tenian tratado, llevaron consigo un embajador, que aquel Príncipe envió á Portugal para asentar amistad con el rey don Manuel. La nave en que Paulo de Gama iba por capitan, por estar muy maltratada, fuera de que tenian falta de marineros y jarcias, acordaron de pegalle fuego, y que Paulo de Gama se pasase á la capitana. Siguieron su viaje. Descubrieron la isla de Zanzibar, de muchas frescuras y arboledas de todo género de drogas, distante de la costa de Africa seis leguas, y que cae entre Melinde y Quiloa cerca de Mombaza. En Mozambique levantaron una columna de las que para este efecto llevaban. Tocaron en la bahía de San Blas para hacer agua y leña. Doblaron el cabo de Buena Esperanza á los 26 de abril. Finalmente, pasaron las islas de Cabo Verde, y de allí con un gran rodeo á las Terceras, donde falleció Paulo de Gama de una enfermedad que de muchos dias atrás le traia trabajado. Llegaron á Lisboa por el mes de setiembre, pasados dos años despues que de allí partieron. Grande fué el alegría que recibió el Rey con su venida, grande el contento de toda la ciudad. No se hartaban de oir cosas tan nuevas, peligros y tempestades tan grandes como pasaron, ni de ver las muestras que traian de las mercadurías y riquezas de levante. Los hombres otrosí que venian con ellos de aquellas partes causaban no menos maravilla por sus gestos, lengua y trajes tan extraños. Parecian Gama y sus compañeros como venidos del cielo y mayores que los demás hombres, dado que de cuatro naves que partieron, volvieron solas las dos, y de la gente que en ellas fué poco mas de la tercera parte. Todo no bastó para que muchos no deseasen continuar aquel viaje, y con la esperanza de honra y provecho poner el pecho á todas aquellas dificultades que en empresa tan larga y trabajosa se representaban.

CAPITULO XX.

De la navegacion que hoy se hace á la India Oriental.

De la manera que queda dicho hizo esta navegacion Vasco de Gama, que fué la mas señalada del mundo, sea por su largura, sea por las dificultades y peligros que en ella hobo, tanto mayores, que por no saber entonces ni la derrota que debian tomar ni el tiempo de las mociones de aquellos anchísimos mares, fueron casi á ciegas y á tiento. El tiempo y la experiencia ha facilitado mucho aquella navegacion, de suerte que cuanto á la sazon para comenzalla y cuanto á la derrota que siguen, se han mudado muchas cosas, que quiero en suma poner aquí para que el curioso letor tenga alguna noticia de cosa tan grande. Ante todas cosas será bien poner delante los ojos y pintar todas aquellas marinas muy extendidas y grandes. Pasada la boca del estrecho de Cádiz á mano izquierda corre la costa de Africa por gran número de leguas desta parte y de la otra de la línea equinoccial. Lo primero el monte Atlas muy famoso con sus cordilleras muy altas corta de levante á poniente gran parte de Africa, y hace su primera punta y cabo en el mar Océano. Mas adelante está el cabo, que los portugueses llamaron Non, por estar antiguamente persuadidos que el que le pasaba no volvia. Luego el cabo del Boyador, en altura de veinte y ocho grados, en frente de la isla de Palma, que es una de las Canarias. Son todos estos tres cabos puntas del ya dicho monte Atlas. Síguese en la misma costa el cabo Blanco, en altura de veinte y un grados; tras él está la isla pequeña de Argin, que da nombre á todo aquel golfo, ca le llaman golfo de Argin. Desde allí se pasa á cabo Verde y á sus islas, que son diez en número, la principal tiene nombre de Santiago; los antiguos las llamaron Hespérides, si bien algunos pretenden que debajo des-

te nombre antiguamente se comprehendian todas las islas que se han nuevamente descubierto y están á la banda de poniente. Está cabo Verde en altura de diez y seis grados, y antes dél entra en el mar el rio Sanaga, y pasado el cabo, otro, al cual por sus muchas aguas llamaron el rio Grande. Sospechan, lo cierto no se sabe, que son dos brazos de un mismo rio, y añaden que es el rio Nigir, celebrado de los antiguos porque nace de las mismas fuentes del Nilo. Por lo menos tienen estos rios sus crecientes al mismo tiempo que el Nilo, y como él crian crocodilos y caballos marinos. Pasado el rio Grande, que tiene de altura once grados, se empina en ocho grados la sierra Leona, así dicha por los muchos truenos, relámpagos y fuegos que en ella se ven por su altura; y porque los naturales salen á sus labores de noche con luces, como se toca en otra parte, parece que todo arde en vivas llamas. Quieren que este monte sea el que Ptolemeo llamó Carro de los Dioses, dado que él le demarca en elevacion de cinco grados solamente. Debajo de la equinoccial está la isla de Santo Tomé, no léjos de la ribera de tierra firme, y de Portugal algo mas de mil leguas; los aires son malsanos, el provecho, por los azúcares que en ella se dan, mucho. A seis grados de la otra parte de la línea cae la Mina, así dicha por el oro muy acendrado que della se saca. Mas adelante está el rio Santiago y el golfo de Santa Elena, donde Gama abordó para hacer agua. Otros particulares rios y cabos y islas hay, como es forzoso en tan grande distancia; pero los susodichos son los de mas cuenta y mas nombre. El cabo de Buena Esperanza, que es la postrera punta de Africa, y está distante de Portugal como dos mil leguas, se mete hácia el otro polo por espacio de treinta y cinco grados. Este cabo doblado, corren aquellas riberas muy extendidas con cabos que hacen y rios diferentes que tienen. El de San Blas y el de Navidad y el rio de Buenas Señales son los principales hasta dar en Zofala, que es una de las mas notables poblaciones de aquellas marinas por las minas de oro que tiene. Algunos se persuaden que Zofala sea Tarsis, donde, como lo dice la divina Escritura, Salomon por el mar Rojo enviaba sus flotas para traer oro y otras riquezas; y aun los naturales afirman que así lo tienen en sus libros y memorias; otros quieren que sea el promontorio Prasio de Ptolemeo, que él pone quince grados pasada la línea; Zofala está mas de veinte. Adelante de Zofala á mano derecha cae la gran isla de San Lorenzo, que los naturales llaman Madagascar, y á mano izquierda está Mozambique, puerto de gran trato en quince grados de altura; el cual pasado, casi en iguales distancias están Quiloa y Mombaza con la isla de Zanzibar y Melinde casi debajo la línea. Magadajo está desta parte cinco grados, y en diez grados el cabo postrero de Africa hácia la boca del mar Rojo, al cual hoy llaman Guardafuy, y Ptolemeo le llama Aromata; junto al cual está la isla de Zocotora, que se halló poblada de cristianos, aunque muy estéril y falta de toda comodidad. Algunos piensan que es la que Ptolemeo llama Dioscoridis. Poco distante está la boca del mar Rojo ó sino Arábico; dentro della por la parte de Africa cae el puerto de Ercoco, del reino de Barnagaso, y sujeto al Preste Juan. Fuera en la costa de Arabia está Aden, fuerza muy grande y casi la llave de aquel golfo. Entre el seno Arábico y Pérsico Arabia la feliz, y en medio del lomo por donde la baña el mar Océano tiene el promontorio Siagro, que hoy llaman el cabo de Escafallat ó Fartaque; y la postrera punta hácia la boca del sino Pérsico es el cabo Rosalgate, que fué antiguamente el promontorio Corodamo. A la boca del sino Pérsico por la parte de dentro está la isla de Ormuz, pequeña y de suyo estéril, pero por el trato, que es grande, muy rica; tiene veinte y seis grados de altura. Casi en la misma elevacion mas hácia levante á la boca del rio Indo está la isla y fortaleza de Diu, muy conocida por el valor con que los portugueses la han defendido, primero de los soldanes de Egipto, y despues de las fuerzas del gran Turco. Pasado Diu y Bazain que cae allí cerca, las riberas revuelven muy hácia mediodía hasta que se rematan en el cabo de Comorin ó promontorio Cori, en cuyo lado occidental están la ciudad de Goa, en altura de diez y seis grados, y en doce Calicut. Entre las dos cae la ciudad de Cananor, y junto al cabo Cochin y Coulan, ciudades todas del Malabar, y do está el trato mas principal de toda la especería. Desde el cabo de Buena Esperanza hasta Goa cuentan los que navegan mil y docientas y cuarenta leguas. En frente del Malabar están las islas de Maldivar, así dichas del nombre de la principal dellas, que así se llama; son en número pasadas de mil, pequeñas, y á las veces tan pegadas entre sí, que apenas se puede navegar por aquellas estrechuras. La cosa mas principal que tienen es la palma que lleva los cocos, árbol tan provechoso, que dél se sustentan y visten. Por el lado de levante tiene el cabo de Comorin casi pegada la rica isla de Zeilan, de do viene el golpe mayor de la canela. Síguense los reinos de Narsinga y del Pegu, y en medio dellos el de Bengala, que da nombre á aquella ensenada de mar y golfo, que es muy grande. Remátase en la ciudad de Malaca, que tiene muy cerca la isla de Somatra, puesta debajo la equinoccial. Los mas entre gente docta tienen que Somatra es la Trapobana de Ptolemeo y Malaca la Aurea Quersoneso del mismo, sin faltar quien tenga por cierto que Malaca es la antigua Ofir, donde Salomon enviaba sus armadas para traer oro y plata, y aun los del reino del Pegu, que cae por aquellas partes, se tienen por decendientes de los judíos que Salomon envió condenados para beneficiar las minas de Ofir. Que si hoy allí no se hallan estos metales, hallábanse antiguamente, como lo dan á entender el nombre de Aurea Quersonesus. Gastaban tres años las naves de Salomon en ida y vuelta, como lo dice la Escritura, en particular de la navegacion de Tarsis, á causa de ir tierra á tierra sin engolfarse por no estar aun descubierto el uso del aguja del marear, con que los navegantes se alargan mucho al mar y las navegaciones se han facilitado mucho. Desde Malaca á mano derecha, la vuelta de levante se navega á las islas Malucas, que las principales son cinco, y dellas se traen los clavos, cosa de grande ganancia; en lo demás son estériles y faltas de todo lo necesario para la vida; así repartió sus bienes la naturaleza. A mano izquierda hácia nuestro polo van al grande y rico reino de la China y á la isla de Macan, estancia que tienen los portu-

gueses á la entrada de aquel reino por no dejallos entrar dentro de la China. Ponen desde Goa á la China mil y trecientas leguas, las ochocientas hasta Malaca, y desde allí á Macan otras quinientas. Desde Macan hácia el norte llegan á lo postrero de lo que los portugueses tienen descubierto, que es Japon, distante del puerto de la China como trecientas leguas. Divídese Japon en tres islas principales, sin otras muchas pequeñas que tiene junto á las tres; corre entre poniente y norte de los treinta grados de altura á los cuarenta de largo docientas leguas, y por lo mas ancho no pasa de ochenta. Tiene muchos reyes y reinos, y es gente de valor en las armas y de ingenio asaz para las letras. La navegacion de Portugal á la India se hace desta manera. Parten de Lisboa por el mes de marzo ó á principio de abril; llegan á la isla de la Madera, que está distante ciento y cincuenta leguas, y dende á las Canarias, que están trecientas. Pasan de allí al cabo Blanco y á las islas de Cabo Verde. Desde allí dejan la costa de Africa, y por los continuos vientos que á la sazon corren de mediodía siguen á orza la derrota entre poniente y mediodía hasta llegar á las veces á la vista del Brasil, donde si los vientos no les dan lugar á tomar el cabo de San Agustin, que está diez grados de la otra parte de la línea, se vuelven sin poder por aquel año continuar su navegacion. Si le pasan, dan la vuelta para doblar el cabo de Buena Esperanza, y siguen la derrota entre mediodía y levante. Para excusar las tormentas ordinarias que en aquel cabo se levantan suben hasta cuarenta grados hácia el otro polo. Con esto doblan el cabo y tocan en Zofala ó Mozambique, do si la navegacion no es muy próspera, se quedan á invernar; de otra manera pasan aquel golfo y la línea hasta llegar en pocos dias á Goa. Tiénese por muy próspera la navegacion que se acaba en cinco ó seis meses, ca de ordinario pasa de año entero. De Goa para Malaca y las demás partes mas orientales navegan á sus tiempos determinados. Para volver á España esperan las mociones del fin del mes de diciembre cuando de ordinario corren lestes ó solanos, muy á propósito para la vuelta. Doblan el cabo por el mes de marzo ó abril. Pasan por la isla de Santa Elena, que parece proveyó la naturaleza como una venta en mares tan anchos para refresco de los que navegan, por las frutas, caza y pescado que hallan, sin que haya en ella quien more ni la cultive por ser tan estrecha, que de traviesa no tiene mas de cuatro leguas, y estar tan adentro en el mar. Desde allí por las islas Terceras llegan finalmente las naves á Lisboa de ordinario por los meses de agosto y de setiembre.

LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De la muerte del príncipe don Juan.

A un mismo tiempo las cosas de los españoles en Italia se aventajaban; en España, conforme á la costumbre y naturaleza de las cosas humanas, iban mezcladas de dulce y de amargo. Concertáronse los casamientos de dos hijas del rey don Fernando de España, es á saber, de la infanta doña Catalina con Artus, príncipe de Gales, heredero de Enrique VII, rey de Inglaterra, y el de la princesa doña Isabel, no solo se acabó de concertar despues de algunas dificultades y dilaciones, sino se concluyó y efectuó con don Manuel, rey de Portugal. Era negocio muy importante tener con estos casamientos y con los de Austria trabados con deudo tan estrecho príncipes tan poderosos y grandes, con que las cosas dentro y fuera de España grandemente se aseguraban. El casamiento de Inglaterra se acabó de concertar dia de la Asuncion de nuestra Señora deste año de 1497; y el doctor Ruy Gonzalez de Puebla, como procurador de la Infanta en el palacio de Wodestoquio en presencia del Rey y Reina y otros grandes señores de Inglaterra, hizo los autos y ceremonias que en semejante solemnidad se acostumbran. Para apretar las práticas que se traian sobre el casamiento de Portugal vino á Castilla por aquel Rey su hermano de leche y muy privado don Juan Manuel. Con su venida se acordó que los reyes don Fernando y doña Isabel llevasen á la Princesa, su hija, á la raya de Portugal, y que allí viniese el rey don Manuel para concluir aquel matrimonio postrero de setiembre. Concertóse primero que los reyes se juntasen en Ceclamin; despues, por ser aquella comarca muy estéril, señalaron á Valencia de Alcántara, que seria mas á propósito, donde los reyes estuvieron juntos tres dias. Aguóse mucho la alegría de la fiesta con la nueva que vino de la enfermedad del príncipe don Juan, el cual acabo de tres dias que con la Princesa, su mujer, llegó á Salamanca, adoleció de fiebre, que le acabó en tres dias. Partió el Rey de Valencia á toda priesa, y llegó á Salamanca á tiempo que el Príncipe le pudo conocer. En fin, falleció á 4 dias de octubre, que fué grande dolor y lástima, no solo para sus padres, sino para todo el reino. Dejó la Princesa preñada, alivio pequeño, por causa que dentro de poco tiempo malparió. El cuerpo del Príncipe llevaron á Avila para le sepultar en el monasterio muy célebre de dominicos, llamado de Santo Tomás. Llegaron las nuevas deste triste caso á Valencia en tiempo que la alegría de las bodas, que se celebraron despues de partido el rey don Fernando, se continuaba. El rey don Manuel pidió á la Reina, su suegra, no dijese nada á la Princesa, ya reina de Portugal; y así, partió luego con ella para la ciudad de Ebora. Allí al fin fué avisada de la muerte del Príncipe, su hermano, cosa que le dió pena muy grande, como era razon, por el amor que le tenia y por la grande falta que hacia á toda España. Sus padres, como príncipes

tan cristianos y prudentes, llevaron este golpe con señalada paciencia, en que mostraron no menos valor que en las muchas victorias que ganaron de sus enemigos; y es cosa muy natural que lo que es mortal perezca, y lo que es frágil se quiebre, y muy justo que dejemos á Dios hacer de nuestras cosas, que mas verdaderamente son suyas, lo que á su Majestad agradare. El reino de Nápoles no sosegaba del todo á causa que el príncipe de Salerno con los de su valía y casa no se fiaban del nuevo Rey, y ponian en defensa sus castillos y plazas. La primera muestra que el Príncipe dió desta mala voluntad fué que, como quier que se hallase presente cuando en Nápoles alzaron por rey á don Fadrique, no quiso acudir á su coronacion; el color que se hallaba muy gastado. Solo el príncipe de Bisiñano acudió un dia despues para dar razon de sí, y se interpuso por medianero para concertar al de Salerno con el Rey y traelle á su servicio. No aprovecharon ningunas de las muchas diligencias que se hicieron, hasta tanto que el Rey con su gente hobo de salir contra él y cercalle dentro de Diano, que era una muy fuerte plaza de las muchas que aquel Príncipe tenia. Trataba el Gran Capitan á la sazon de volverse á España por tener aquella guerra de Nápoles por concluida. Con este intento habia dado vuelta á Calabria y pasado á Sicilia; al presente vino á Nápoles para despedirse de aquel Rey y reinas. Hiciéronle instancia se fuese á hallar en aquel cerco en que resultaban dificultades á causa de los muchos que dentro el lugar tenia y de la poca lealtad con que los naturales servian á su Rey. Recogió pues el Gran Capitan como quinientos españoles, y con otros tantos alemanes que el Rey le dió se arrimó tanto á la muralla, que él se puso á mucho peligro, y apretó tanto á los cercados, que el Príncipe fué forzado de rendirse. Capitularon que el Príncipe saliese seguro del reino y todos los que quisiesen ir con él, con facultad de llevar consigo sus bienes. Que todos los castillos y estado del Príncipe se entregasen al Rey á tal que pagase la artillería y bastimentos que tenian. Con esto se entregó Diano á los 28 dias de diciembre, y el Príncipe se puso en poder del duque de Melfi para que le llevase seguro á Senagalla, ciudad del Prefecto en la Marca, que seguia las partes del rey de Francia. De sus aliados los condes de Conza y Lauria le hicieron compañía. El de Capacho, por ser muy viejo, se quedó á merced del Rey. En este mismo año por el otoño don Juan de Guzman, duque de Medina Sidonia, envió una armada á Africa para poblar á Melilla, que está en frente de Almería, y los moros por ciertos respetos la habian despoblado. Hízose así, y dióse esta plaza por juro de heredad y por merced del Rey á aquel Duque y sus sucesores en recompensa del gasto que hicieron en poblalla. Asimismo el jeque de los gelves, que se habia levantado contra el rey de Túnez, su señor, por valerse de los nuestros entregó aquella isla y puerto al rey Católico, y en su nombre á Juan de Lanuza, que á la sazon era virey de Sicilia, principio que fué de grandes cosas que los años adelante se hicieron en Africa. Quedó el capitan Margarit con gente española para guarda de aquella isla.

CAPITULO II.

De la muerte de Cárlos VIII, rey de Francia.

Continuábanse las prácticas para concertarse los reyes de Francia y de España, y para este efecto vino de Francia una solemne embajada, cuya cabeza era el señor de Clarius, en sazon que los Reyes Católicos se hallaban en Alcalá de Henáres. La suma era que con las fuerzas de entrambos reinos hiciesen guerra á toda Italia, y que cuanto al reino de Nápoles, quedase por el rey Católico lo de Calabria, con tal que cada y cuando que el Francés le diese en trueque el reino de Navarra y treinta mil ducados cada un año por lo que mas valia Calabria, fuese obligado á dejársela. Cuanto á lo demás, que lo de Milan y Génova quedase por el Francés, y los otros potentados se repartiesen igualmente entre los dos. El rey Católico, si bien daba orejas á lo de Nápoles, en lo demás no queria entremeterse, en especial sin dar parte al César, que tanto derecho pretendia á las cosas de Italia. En fin, se resolvió que el rey Católico enviaria sus embajadores á Francia para proseguir lo desta concordia. Esto era en el mismo tiempo que con todas sus fuerzas procuraba que los monasterios claustrales de España se redujesen á la observancia, y se hizo en toda Castilla. Los dominicos y augustinos y carmelitas fácilmente vinieron en lo que era razon; los franciscos hicieron resistencia, pero en fin pasaron por lo que los demás. Despachó el Rey desde Alcalá, conforme á lo que tenian acordado, á Hernan, duque de Estrada, con otros dos compañeros para tratar y concluir lo de la concordia con Francia. Llegaron en sazon que se tuvo por cierto el Francés pretendia con todas sus fuerzas romper por lo de Ruisellon y ponerse sobre la villa de Perpiñan, miedos y revoluciones que atajó la muerte que le sobrevino en su villa de Amboesa á los 7 de abril del año 1498. Falleció de apoplejía que le sobrevino viendo jugar á la pelota. Era de veinte y siete años; no dejó hijo alguno. Sucedió por ende en aquella corona el duque de Orliens como pariente mas cercano por via de varon; llamóse Luis XII. Pretendió Ana, madama de Borbon, que debia suceder á su hermano en aquel reino como la parienta mas cercana. La gente, como tan aficionada á la ley Sálica, no daba lugar á esta demanda; por esto apretaba que á lo menos en lo que no pertenecia á la corona, antes de nuevo en tiempo de su padre y abuelo se habia ayuntado á los demás estados, debia ser preferida, como en el ducado de Anjou y condado de Proenza. Fueron los embajadores del rey Católico á Blos, do estaba el nuevo Rey. Allí y en Orliens se trató de la concordia, á que él se mostraba muy inclinado, y á todos daba muy buenas respuestas, y los entretenia con intencion de arraigarse en el reino, y que de ninguna parte se le hiciese contradiccion en el divorcio que pensaba efectuar con su mujer, hermana del Rey muerto, por casar con la duquesa de Bretaña, que, muerto su marido, trataba de volverse á su casa y estado; todo lo cual al fin se ejecutó como aquel Rey lo pensaba y deseaba. Las razones que por parte del Rey para el divorcio se alegaban eran que el Rey, su suegro, le sacó de Pila, y que si casó con su hija fué por temor y fuerza. En la duquesa de Bretaña no

tuvo mas que dos hijas; la mayor fué Claudia, que casó con Francisco, su sucesor; la menor, Renata, casó con el duque de Ferrara y vivió muchos años en Francia viuda, grande favorecedora de la secta de Calvino. Antes que falleciese el rey Cárlos de Francia se trataba muy de veras que César Borgia renunciase el capelo y estado eclesiástico; nueva y extraña resolucion encaminada para revolver á Italia y escandalizar á todo el mundo. Venia bien aquel Rey en ello como mozo, y con deseo de granjear al Papa le ofrecia estado en Francia, y aun se movió plática de sacar de la Iglesia el condado de Aviñon para dárselo. Juntamente prometia de casalle con Carlota, hija del rey don Fadrique de Nápoles, y de su primera mujer, que la tenia á la sazon en Francia. El padre de la doncella, avisado desto, no quiso venir en deudo que tan mal le estaba, mayormente que pretendian le diese en dote el principado de Taranto, con intento, á lo que se entendia, de apoderarse de todo el reino de Nápoles. El duque de Milan y el cardenal Ascanio, su hermano, hacian grande instancia sobre ello con aquel Rey; decian que debia contentar al Papa por que no tuviesen ocasion de hacer que los franceses otra vez volviesen á Italia, que seria sin duda su total ruina, como al fin lo fué. El rey Católico no aprobaba estos intentos, si bien se le dió intencion que proveeria á su voluntad las iglesias de Pamplona y Valencia, que tenia en su cabeza el dicho César Borgia. La primera le proveyó el Papa Inocencio VIII, como queda tocado; y la segunda el mismo Alejandro se la traspasó luego que salió con el Pontificado. Todo el mundo se escandalizaba que se intentase una cosa tan fea, especial que pocos años antes en tiempo de Inocencio no quisieron dar licencia al cardenal de Aleria para que, renunciado el capelo, se metiese fraile, y agora pretendian se diese á un cardenal de órden sacro libertad para casarse. A la verdad la disolucion de la corte romana era tan grande, que daba lugar á todo desórden y ocasion á los que tenian celo de pensar y aun hablar mal. Así Jerónimo Savanarola, fraile de Santo Domingo, y que tuvo gran parte en el gobierno de la ciudad de Florencia los años pasados, por la grande libertad con que mucho tiempo predicó contra los desórdenes del Pontífice, por su mandado fué con dos compañeros quemado públicamente en la plaza de aquella ciudad el mismo domingo de Ramos, que fué otro dia despues que falleció el rey de Francia; si con razon ó á tuerto, aun entonces no se pudo del todo averiguar. Muchos hasta el dia de hoy en Florencia le tienen por mártir, y otros condenan su atrevimiento, cuyo parecer tengo por mas acertado. Basta que, no solo en Florencia pasó esto, sino en sus propias barbas del Pontífice el embajador del rey Católico Garci Laso reprehendió en presencia del Papa aquellos desórdenes, y le requirió con una carta de su Rey sobre el caso los reformase. Mas ¿qué presta querer sanar á quien Dios desampara y por sus justos juicios le da en presa de sus apetitos desordenados? El Papa se alteró grandemente de aquellas amonestaciones, sin que se sacase otro fruto; antes poco despues el mismo cardenal César Borgia en público consistorio propuso que por fuerza tomó el órden de diácono y suplicó dispensasen con él y aceptasen la renunciacion que hacia del capelo y de las iglesias y beneficios que tenia. Muchos de los cardenales eran de parecer que fuera muy justo, no por via de renunciacion, que era muy honrosa, condescender con él, sino privalle por sentencia de aquellas dignidades, quier fuese por la mala entrada que tuvo cuando se le dió el capelo, quier por su mala vida y notorias deshonestidades, que aun para lego eran muy grandes, como solia decir el embajador de España. Ninguno empero se atrevió á chistar por la fuerza del Pontífice y por los tiempos tan miserables. Finalmente, aquella renunciacion se aceptó por el Colegio, y el nuevo rey de Francia le dió en el Delfinado el condado de Valencia con título de duque; estado que en un tiempo fué de la Iglesia romana y está cerca de Aviñon, y de años atrás le poseian los reyes de Francia. Desta Valencia se llamó adelante el duque Valentin, como de la de España se llamaba antes el cardenal de Valencia. Con esto y con intencion que todavía le daban de casalle con la hija del rey don Fadrique, mudado el hábito, aunque no mejorado en costumbres, se partió para Francia, dado que lo del casamiento salió incierto á causa que la doncella nunca quiso venir en él; de que estuvo muy despechado y á punto de salirse de aquella corte. Al fin le aplacaron con dalle en trueco por mujer á Carlota de Fox, hija del señor de Labrit y hermana del Rey de Navarra, con buen dote y acostamiento que le señalaron, sin otras ventajas que le hicieron. Deste matrimonio dejó una hija, que los años adelante, por muerte de su padre, quedó en poder del rey de Navarra, su tio. Este mismo año el Gran Capitan al fin del verano en una armada que juntó en Nápoles se hizo á la vela para volver á España; gran gloria de nuestra nacion por su mucho valor y grandes victorias que ganó hasta dejar aquel reino allanado y compuestas todas sus revueltas.

CAPITULO III.

De la muerte de la princesa doña Isabel.

Luego que falleció el príncipe don Juan, los reyes, sus padres, entraron en gran cuidado de asegurar la sucesion destos reinos, como cosa en que tanto iba. Entretenialos la preñez de la princesa Margarita para ver en qué paraba; aumentóseles el dolor y el cuidado cuando en Alcalá de Henáres, donde tuvieron el invierno, malparió una hija. Con esto avisaron al rey de Portugal del derecho que por razon de su mujer tenia á la sucesion destos reinos, y le instaron viniese luego con ella á Castilla para ser jurados, como era de costumbre. Juntamente porque el Archiduque y su mujer se intitulaban príncipes de Castilla, sin que se sepa con qué fundamento, les avisaron desistiesen de aquella pretension y apellido, pues conforme á las leyes destos reinos, solo pertenece aquel título al hijo ó hija mayor y herederos de los reyes. Entraron pues los reyes de Portugal en Castilla por Badajoz, do los esperaban los duques de Medina Sidonia y Alba con otros muchos señores. De allí fueron á tener la semana Santa en Guadalupe, y entraron en Toledo á 26 de abril, do los esperaban los Reyes Católicos, y por su órden el domingo luego siguiente, que fué á los 29, los juraron con las

ceremonias y homenajes que se acostumbran en semejante caso. Lo de Aragon no parecia tan llano á causa que el infante don Enrique, duque de Segorve, era vivo, y pretendia que, conforme á las leyes de Aragon, no podia entrar mujer en aquella corona, y por el consiguiente él y su hijo don Alonso eran los que tenian derecho á la sucesion como nieto y bisnieto que eran del rey don Fernando de Aragon por via de varon, es á saber, por su padre, que fué del mismo nombre que él, y uno de los que en Castilla llamaron infantes de Aragon. Para prevenir esta y otras dificultades y allanar las voluntades de todos, los Reyes Católicos y los de Portugal fueron á Zaragoza con toda brevedad. Allí, á 14 del mes de junio, se hizo la proposicion, y el rey Católico declaró la obligacion y necesidad que corria de jurar á los reyes, sus hijos, por príncipes de Aragon. Hobo sobre esto grande alteracion, ca los aragoneses pretendian que nunca en aquel reino mujer fué jurada por princesa; antes que por la disposicion de muchos reyes no debian ser admitidas á la sucesion; que si bien en esto se hallaba diversidad, por lo menos por el testamento del rey don Juan el postrero constaba que las hijas y nietas no debian ser admitidas á la corona, sino en caso que su hijo, que fué el rey don Fernando, muriese sin dejar nietos, aunque fuesen por via de mujer; y que pues no se sabia lo que Dios haria en este caso, no se debian apresurar, sino aguardar la disposicion divina. Particularmente ponian dificultad en jurar por príncipe al rey de Portugal por los inconvenientes que en Navarra resultaron de hacerse lo mismo con el rey don Juan, por estar casado con doña Blanca, heredera y infanta de aquel reino. Otros eran de contrario parecer, y pretendian que las mujeres podian heredar aquella corona, de que era bastante ejemplo la reina doña Petronila, hija de don Ramiro el Monje, junto con el testamento del rey don Alonso, su hijo, en que se hizo ley perpetua sobre este punto y se admitieron las mujeres á la sucesion. Entre los demás, un famoso jurista aragonés, por nombre Gonzalo García de Santa María, escribió un tratado en esta sustancia, y le presentó al rey don Fernando. En estas altercaciones se gastaba tiempo; la reina doña Isabel lo llevaba con tanta impaciencia, que un dia se dejó decir seria mas honesto conquistar aquel reino que aguardar sus Cortes y sufrir sus desacatos. Hallóse presente á estas palabras Alonso de Fonseca; replicó con libertad: «No tengo yo, señora, que los aragoneses hagan mal en mirar por sus privilegios y procurar de mantenerse en la libertad que sus mayores les dejaron; antes como son considerados en lo que deben jurar, así son en guardar lo que juran constantes, y en el servicio de sus reyes muy leales; que como es esta la primera vez que juran hija de rey por princesa, no es maravilla si reparan algun tanto y se recelan de introducir cosa que para adelante les pueda perjudicar.» Fué nuestro Señor servido que la Princesa, á los 23 de agosto, dia juéves, parió un hijo, que llamaron don Miguel, y del parto murió ella dentro de una hora; que fué alegría mezclada con mucho acíbar. El arzobispo de Toledo, que acompañó á los reyes en esta jornada, se halló presente al parto y á la muerte, y con muy prudentes razones la confortó en aquel aprieto. Luego el Rey, su marido, se partió para su reino. El cuerpo de la Princesa se depositó en San Francisco, y de allí le llevaron á Toledo y sepultaron en Santa Isabel, monasterio de monjas fundado por el Rey, su padre, en unas casas que fueron de su abuela materna. Hechas las exequias de la Princesa, se volvió á lo del juramento, y sin dificultad, sea por la compasion que tuvieron al Rey, sea porque las objeciones propuestas cesaban en gran parte, á los 22 de setiembre juraron todos los estados aquel niño por príncipe de Aragon, entre tanto que el rey Católico no tuviese hijos varones; que en tal caso daban desde entonces aquel juramento por ninguno y de ningun valor y efecto; poco despues le juraron asimismo en Ocaña por príncipe de Castilla. Antes que el rey Católico partiese para Zaragoza despachó á don Alonso de Silva, clavero de Calatrava, para dar el parabien al nuevo rey de Francia, y para que, junto con los demás embajadores que allí tenia, apretase lo de la concordia, en que se dieron tan buena maña, que en breve la asentaron. Lo mismo hizo el Archiduque por su parte, que sin comunicallo con su suegro y padre, hizo sus capitulaciones y acuerdos con aquel Rey. Mucho ayudó para concluir estos conciertos Luis de Amboesa, arzobispo de Ruan, por la gran cabida que tenia con el rey de Francia. El Papa por el mes de setiembre le hizo cardenal por contemplacion de aquel Rey, que mucho deseaba, compuestas las demás cosas, pasar á Italia, por el derecho que pretendia tener al ducado de Milan principalmente y tambien al reino de Nápoles. Desde Zaragoza otrosí envió el Rey á don Iñigo de Córdoba, hermano del conde de Cabra, y al doctor Filipe Ponce, para que requiriesen al Papa restituyese á la Iglesia la ciudad de Benevento y reformase los abusos de aquella corte y la disolucion de su casa, que era grande. El rey de Portugal, vuelto á su reino, á persuasion de su suegro, despachó á Roma para el mismo efecto á don Rodrigo de Castro y don Enrique Coutiño. Hicieron ellos, llegados á Roma, sus diligencias y sus requerimientos segun el órden que llevaban, y llegaron á término, que en cierto auto el mismo Garci Laso hizo oficio de notario apostólico para testificar el instrumento y dar fe de lo protestado. El Papa se sintió mucho desto, y amenazó de castigar aquella insolencia; pero en fin respondió que Benevento, si bien tenia el consentimiento del consistorio para dalle al duque de Gandía, no le tenia enajenado ni lo queria hacer. Cuanto á la reformacion de su casa, aunque se mostró áspero en la respuesta, dentro de pocos dias con cierta ocasion salieron del sacro palacio y de Roma, á lo que se entendió por órden del Papa, el príncipe de Esquilache y su hermana Lucrecia con su mujer y marido, que eran tambien hermanos, es á saber, hijos del rey don Alonso de Nápoles; y su disolucion y la de César Borgia era lo que mucho al pueblo escandalizaba. Fué tanto el odio que el Papa concibió contra Garci Laso por estas libertades, que hobo de salirse de Roma; y aun los embajadores de Portugal se partieron poco adelante al principio del año 1499 de aquella corte con disgusto asaz de lo poco que allí negociaron. Los del rey Católico se entretuvieron algun tanto hasta que llegase Lo-

renzo Suarez de Figueroa, que venia nombrado en lugar de su hermano Garci Laso para hacer allí el oficio de embajador, como en Venecia le hacia con mucha satisfaccion por su mucho valor y conocida prudencia.

CAPITULO IV.

Que Ludovico, duque de Milan, fué despojado de aquel estado.

Muchos y graves cuidados cercaban al rey Católico por todas partes. Lo de Italia corria gran peligro por las pretensiones tan viejas, y á su parecer tan fundadas, que tenia el rey de Francia. Soplábanle por una parte el Pontífice de secreto con intento de satisfacerse del rey don Fadrique, que le tenia ofendido, y de aumentar y engrandecer los de su casa, en particular al duque Valentin. Por otra al descubierto los venecianos, resabiados grandemente contra el duque de Milan, primero compañero en la defensa de Pisa, y despues contra ella amigo de florentines y fautor suyo, hicieron liga con el dicho Rey, y se obligaron de ayudalle con mil y doscientos hombres de armas y seis mil suizos ó alemanes contra el duque de Milan. El Rey ofreció de dalles á Cremona y la Geradada, pueblos principales de aquel estado. El Duque, visto el peligro que sus cosas corrian y la poca ayuda que entre cristianos podia tener, acudió al gran Turco, y negoció con él que con su armada hiciese daño en tierras de venecianos; cosa que puso en cuidado á toda la cristiandad, y al Duque hizo muy odioso. Sucedió en el mismo tiempo que Antonelo, príncipe de Salerno, falleció en el estado del duque de Urbino, que era su deudo. Sucedióle en el título y pretension de aquel estado y en el odio contra la casa de Aragon Roberto, su hijo. En España por el mes de julio en Zaragoza se cometió cierto insulto contra Gonzalo García de Santa María, letrado insigne. No se pudo averiguar quién lo hizo, dado que todos cargaban al vizconde de Ebol por grandes conjeturas que resultaban. Demás desto los reyes de Navarra movieron una nueva demanda al rey Católico. Fué así, que cuando se vieron cerca de Bayona, Luis XI, rey de Francia, y Enrique el Cuarto, rey de Castilla, el Francés, como juez árbitro nombrado por las partes para componer ciertas diferencias que andaban entre los reyes de Castilla y Navarra, por su sentencia mandó que por los gastos que en defensa de don Cárlos, príncipe de Viana, hizo el de Castilla y su padre el rey don Juan, á la paga de los cuales se obligó el dicho príncipe don Cárlos, se diese al rey de Castilla la ciudad de Estella con toda su merindad. Verdad es que la ciudad nunca se entregó, y otros lugares se recobraron por los navarros; solo quedaron por Castilla los Arcos, y la Guardia y San Vicente. Estos pretendian aquellos reyes se los entregasen por razones que para ello alegaban, es á saber, que la sentencia fué en sí ninguna, y que el rey Católico los años pasados dió intencion de restituir aquellas plazas. Temíase algun rompimiento por la parte de Francia con aquella ocasion; pero el Francés con la pretension de Italia no tenia lugar de entrar en otras contiendas, ca por el mismo tiempo un grueso ejército de Francia pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste, que de años atrás era de los duques de Orliens; dióla á Cárlos, duque de Orliens, el duque de Milan Filipe, su tio, porque le ayudase en la guerra con que al fin de su vida venecianos le trabajaron. Desde allí por el mes de agosto del año 1499 salieron á hacer la guerra aquellas gentes, y por generales el señor de Aubeni y Juan Jacobo Trivulcio; todo lo hallaron fácil, y en pocos dias se apoderaron de Alejandría y de Pavía y Placencia con otros muchos lugares. Por otra parte, los venecianos no con menos prosperidad hacian la guerra; tomaron á Cremona y la Geradada y á Lodi y todo lo que del ducado de Milan por aquella parte caia. Con esto el comun de Milan se alborotó, tocaron al arma, y el pueblo comenzó á apellidar el nombre de Francia. El Duque por no poder mas se retiró al castillo; desde allí envió con su vicechanciller y el Cardenal, su hermano, sus hijos y tesoros á Alemaña, y poco despues, á 2 de setiembre, de noche, sin dar parte á su gente, él mismo los siguió, que parece le faltó el entendimiento y traza en todo. Iban en su compañía el cardenal de Este y Galeazo de Sanseverino, general de sus gentes. Tras esto, á 6 de setiembre se entregó Génova al vencedor sin ponerse en resistencia. Acudió el rey de Francia desde Leon, do se quedó, á gozar de la victoria y componer las cosas de Italia. Hízole compañía el duque Valentin, al cual para la guerra que pretendia hacer en la Romaña ofreció ayudar con trecientas lanzas á su costa, debajo la conducta de monsieur de Alegre, y cuatro mil suizos, al sueldo del Papa. Concertó asimismo de ayudar á los florentines para recobrar á Pisa. Concluida aquella empresa de Milan tan á voluntad del Francés, luego puso la mira en conquistar el reino de Nápoles, empresa á que demás de estar de suyo muy inclinado, el Papa mucho le animaba, dado que para rehacerse de fuerzas primero quiso dar la vuelta á Francia. Dejó en Génova por gobernador á Filipe Ravestain, y en Milan á Juan Jacobo Trivulcio. Llevó consigo al hijo de Juan Galeazo, verdadero duque de Milan, que se llamó Francisco, y hecho clérigo, los años adelante murió en Borgoña de la caida de un caballo, en que andaba á caza. El rey Católico procuraba con todas sus fuerzas estorbar las guerras de Italia, y ofrecia al Francés cualquier buen partido de parte del rey don Fadrique; y como quier que no bastase diligencia alguna, se resolvió de volver á las pláticas que los años pasados se movieron por parte de Francia, es á saber, que pues el rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia derecho á aquel reino, los dos reyes de España y Francia se concertasen y le conquistasen y repartiesen entre sí. Estaba el rey Católico en Granada en sazon que por el mismo tiempo su hermana la reina de Nápoles doña Juana, que venia de Italia, le halló allí, y la princesa doña Margarita partió para su tierra y pasó por Francia; acompañóla hasta la raya de España don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago. Desde allí despachó el Rey un contino de su casa con instruccion que junto con Miguel Juan Gralla, su embajador á la sazon en Francia, moviesen como de suyo esta plática. Hízose así, y el cardenal de Ruan, que podia mucho con aquel Rey, la oyó de muy buena gana. Monsieur de Clarius, que podia tambien mucho, terció bien en todo con intencion que se le dió de entregalle á Cotron en Calabria,

cuyo marquesado pretendia, y aun se llamaba marqués de Cotron. Túvose por cierto que con tales medios en breve se concluiria esta concordia, sin embargo que el rey don Fadrique amenazaba que si el de Francia le acometia, traeria la armada de los turcos contra Italia para valerse dellos. Y por otra parte intentó de concertarse con el Papa hasta ofrecer al duque Valentin el principado de Teano y ducado de Sesa, que eran del duque de Gandía, con una gran suma de dineros; y á don Alonso de Aragon, su sobrino y yerno del Papa, queria dar á Salerno y Sanseverino con título de príncipe, partidos aventajados; pero desbaratólos el duque Valentin, que escribió al Papa desde Francia, do era ido, la alteracion que allá habia causado la plática de aquella concordia movida tan fuera de sazon. Al fin deste año nació en Flándes doña Leonor, hija primogénita del Archiduque, que fué primero reina de Portugal, y despues de Francia.

CAPITULO V.

Los moros de las Alpujarras se levantaron.

Al tiempo que los Reyes Católicos partieron para Granada, el arzobispo de Toledo se quedó en Alcalá con intento de fundar en aquella villa una universidad á la traza y modelo de la de Paris, que salió con el tiempo obra muy señalada. Abriéronse las zanjas del colegio mayor, que se llama de San Ilefonso, y echóse la primera piedra á 14 del mes de marzo. El trazador se llamó Pedro Gumiel, famoso en aquella arte, dado que la obra por entonces fué toda de tapiería, y despues se edificó la delantera de piedra blanca muy hermosa. Los reyes deseaban con cuidado asegurar aquel nuevo reino; parecióles importaria para todo si los moros, que eran muchos, se hiciesen cristianos. Para dar órden en esto llamaron al dicho Arzobispo, y ordenado lo que se debia hacer, le dejaron allí, y ellos se fueron á Sevilla. Juntáronse para adelantar la conversion de los moros los arzobispos de Toledo y Granada, como personas que eran muy semejantes en la reformacion de sus vidas y en el celo del servicio de Dios. Súpose que cierto número de moros, que llamaban elches, fueron primero cristianos. Trataron con permision de los inquisidores, á quien tocaba este caso, de proceder contra ellos, y en particular de tomalles los hijos pequeños y por fuerza bautizallos. Por otra parte, trataron con mucha blandura con los alfaquíes, los cuales vencidos de aquella benignidad y mas de lo que les daban, persuadieron á muchos se hiciesen cristianos. De todo esto se alteraban mucho los moros del Albaicin, que eran muchos. Tomaron las armas que tenian escondidas, barrearon sus calles y salieron un dia ya tarde á cercar al arzobispo de Toledo en sus casas. Fué grande el temor de aquella noche y el alboroto de la gente. Venida el alba, el conde de Tendilla, como el que era capitan general del reino y alcaide del Alhambra, dió órden que entrasen en la ciudad soldados de fuera, para que ni de la parte de los cristianos, ni de la otra de los moros no se pudiesen hacer daño. Avisaron á los Reyes de aquel peligro, en que avino una cosa notable. Dió el arzobispo de Toledo las cartas á un negro, que le dijeron las llevaria á las veinte leguas, que fué un yerro muy grande, ca el negro en la segunda ó tercera venta comió y bebió de tal manera, que se estuvo durmiendo un dia sin pasar adelante. Las nuevas llegaron por otra via; los Reyes se maravillaban cómo el Arzobispo no avisaba. La Reina estaba corrida, que le favoreció para subir á aquella dignidad. El Rey, enfadado desto, ca pretendió aquella dignidad para su hijo don Alonso de Aragon, como de suso se tocó, dijo á la Reina sobre el caso palabras pesadas. En fin, el negro llegó, y el Arzobispo corrido envió á su compañero fray Francisco Ruiz para que por menudo relatase todo el suceso, porque todos le cargaban que su mal órden fué ocasion de aquel desman. En Granada y en Toledo se hace fiesta de la conversion de tres mil moros que se bautizaron á 18 del mes de diciembre. Envió el Rey un pesquisidor para que hiciese informacion del caso, y averiguada la verdad castigase á los mas culpados. Por otra parte mandó pregonar perdon general á los que se volviesen cristianos. Este justició algunos, prendió á otros que le enviaron á decir querian ser cristianos, y á ejemplo destos, todos los del Albaicin hicieron lo mismo, y sus mezquitas fueron bendecidas en iglesias. Lo mismo hizo otro barrio de moros en Granada y los de las alquerías, por todos hasta en número de cincuenta mil almas. Los moros de las Alpujarras, como se publicase entre ellos que por fuerza los mandaban bautizar, se alborotaron. Los primeros á levantarse fueron los de Huejar, que están en lo mas fragoso de la sierra. Acudieron con presteza el conde de Tendilla y el Gran Capitan, que á la sazon se halló allí. Tomaron por fuerza aquel lugar con muerte de algun número de los alzados; los mas, alzada su ropilla, se recogieron á la sierra. Tomaron los nuestros otras plazas; no pudieron empero sosegar aquellos movimientos á causa que poco á poco todas las Alpujarras se levantaron. Pusiéronse los moros sobre Marjena, que era una fortaleza del Comendador mayor. Don Pedro Fajardo, que á la sazon asistia en Almería, con poca gente se puso sobre Alhumilla, pueblo que está cerca de Marjena. Ganóles la villa por fuerza y la fortaleza, que fué ocasion que los moros se levantasen de sobre Marjena. Esto sucedió en el principio del año que se contaba de nuestra salvacion de 1500 justamente, en sazon que el rey Católico, dejando á la Reina en Sevilla, dió la vuelta á Granada con deseo de allanar aquellos alborotos, que le tenian en cuidado, así por miedo no sucediese algun mal en España por aquella parte que tiene á Africa muy cercana, de donde los levantados se pensaban valer, como porque le podian embarazar sus empresas y fines en lo de Italia. Hizo pues llamamiento general de los pueblos y caballeros del Andalucía, con que se juntó un ejército muy grande, y con él partió el mismo Rey en persona, 1.° de marzo, la vuelta de Lanjaron, que está en un sitio muy áspero. Los moros estaban obstinados sin dar muestra de quererse allanar. Fué aquel lugar entrado por fuerza y puesto á saco. El conde de Lerin y otros caballeros se derramaron por la sierra y tomaron á los moros otras plazas, que fué ocasion de rendirse los alzados. Fueron recebidos á misericordia con condicion que dentro de cuatro dias entregarian á Castil de Ferro, á Adra y Buñol, fortalezas

de que se apoderaron al principio de las revueltas, y aunque flacas, las pusieran en defensa; y entregarian todas las armas ofensivas y defensivas, y que en dos pagas contarian cincuenta mil ducados. Para cumplimiento desto pusieron en poder del Gran Capitan hasta treinta y cuatro de los mas principales y ricos moros. Hecho esto, el Rey despidió y derramó la gente. Entretúvose en Granada por dar calor á la conversion, y así poco adelante los moros de las Alpujarras, los de Almería, Baza y Guadix y los de otros lugares se bautizaron. Enviáronse predicadores por todas partes con gente de respeto que los guardase. Esto y tornarse á publicar que los hacian cristianos por fuerza dió ocasion á los moros de Belefique y Nijar, que están en lo mas áspero de las Alpujarras, de se levantar el invierno adelante. Por el atrevimiento destos hicieron lo mismo los mas lugares de aquella serranía. Nombró el Rey, que todavía asistia en Granada, por general contra ellos al alcaide de los Donceles, el cual juntó sus gentes, y con otros señores y caballeros se puso sobre la villa y fortaleza de Belefique. Defendiéronse los de dentro muy valerosamente; murieron muchos de los nuestros, y entre ellos hombres de cuenta. Duró el cerco algunos meses hasta tanto que por la falta de agua que padecian los cercados se rindieron á partido que les dejasen las vidas y que las haciendas y libertad quedasen á merced del Rey. Atemorizados con esto los de Nijar, hicieron lo mismo, que se rindieron y entregaron las armas y pertrechos, las haciendas y libertad á merced del Rey, pero que se pudiesen rescatar por precio de veinte y cinco mil ducados. Con esto y con la diligencia que se ponia en la conversion, se bautizaron mas de diez mil moros de Seron, Tijola y otros lugares comarcanos. Por otra parte, los moros de las serranías de Ronda y de Villaluenga, tierra no menos fragosa, se alzaron. El Rey para acudir á todo, si bien mandó pregonar que los moros de aquellas serranías que andaban levantados, dentro de diez dias saliesen de la sierra y se fuesen á Castilla, de secreto ordenó que los que de su voluntad se volviesen cristianos quedasen en sus casas y haciendas. Por otra parte, se dió órden al conde de Ureña y á don Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitan, y á don Juan de Silva, conde de Cifuentes, á la sazon asistente de Sevilla, que hiciesen la guerra á aquella gente. Los moros de la tierra fácilmente se sosegaran; pero los gandules que andaban entre ellos, moros de Berbería, procuraban que no se rindiesen. Con todo eso muchos vinieron á Ronda y se bautizaron por miedo de no ser maltratados. Los otros, especial los que vivian en lugares flacos, se recogieron á la sierra Bermeja, que es muy áspera. Acudieron los nuestros hácia aquella parte y asentaron su real cerca de Monarda, pueblo muy fuerte al pié de aquella sierra. Los moros se pusieron en una ladera para defender el paso. Algunos cristianos sin órden ni concierto tomaron una bandera y con intento de robar pasaron un arroyo que allí está, y comenzaron á subir la sierra; siguiéronles los demás porque no recibiesen algun daño. Los moros pretendian defendelles la subida y peleaban con grande esfuerzo. Cuando se veian apretados mejorábanse de lugar, y recogíanse á ciertas partes, que tenian allanadas como fuertes. Los nuestros los apretaban, y los moros se retiraban hasta un gran llano, que está en lo mas alto de la sierra, en que tenian sus mujeres, hijos y haciendas. Como allí llegaron, sin mucha resistencia, los moros desampararon el puesto por la parte que los nuestros cargaban sobre ellos. Iban en la delantera don Alonso de Aguilar y el conde de Ureña con sus dos hijos, matando y hiriendo en los que huian. Entre tanto la demás gente se puso á robar los despojos sin cuidado de seguir la victoria. Era ya muy tarde, cerró la noche. Acaudillaba los demás un moro muy valiente y diestro, que llamaban el Feri de Benastepar. Este moro recogió los que huian, y visto el mal órden de los cristianos, habló á los suyos en esta sustancia: «Amigos y soldados, ¿dónde vais? Dónde dejais vuestras haciendas, mujeres y hijos? Si no os valen vuestras manos, ¿quién os podrá remediar? ¿Dónde iréis que no os alcancen? Locura es poner la esperanza en los piés los que tienen espadas en sus manos. A los valientes todo es fácil; los cobardes de todo se espantan. Mirad el desórden de vuestros contrarios (acaso un barril de pólvora de los nuestros se encendió, que dió lugar á que se viese lo que pasaba); cerraos pues y herid en los que están derramados y cargados de vuestras haciendas. Yo iré delante de todos y os abriré el camino; si en mí no viéredes obras, nunca mas creais mis palabras.» Animados con esto los moros, vuelven á la pelea y cierran con los cristianos. El caudillo acometió á don Alonso, que solo con pocos todavía peleaba. Tenia las corazas desenlazadas; así el Moro le hirió por los pechos malamente. Acudieron otros y cargaron sobre él tantos golpes, que apenas despues pudieron reconocer el cuerpo muerto, que quedó en poder de los moros; con él fueron muertos mas de docientos hombres, y entre ellos Francisco Ramirez, vecino de Madrid, caudillo muy valeroso, y que sirvió mucho en toda aquella conquista de Granada. Apenas pudieron sacar á don Pedro de Córdoba, hijo de don Alonso, de aquella matanza para recogelle á las banderas del conde de Ureña, que reparó con mas gente para hacer resistencia. El conde de Cifuentes con el pendon de Sevilla reparó un poco mas bajo en la ladera de la sierra. Allí se recogieron muchos de los que huian; él los detuvo y animó, y hizo rostro á los moros que venian en su seguimiento, hasta tanto que venida la mañana, los moros se recogieron á lo alto de la sierra. Desta manera pereció uno de los mas valerosos caballeros que tuvo España en este tiempo; los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor nunca perecerá. Estaba el Rey á la sazon en Ronda; trató de ir en persona á castigar aquella gente. Representábansele dificultades; en fin, se resolvió que el duque de Nájara fuese sobre Daidin, que era mas fácil de combatir, y los condes de Ureña y Cifuentes diesen muestra de querer volver á subir la sierra por la parte que antes subieron. Los moros, que se vieron perdidos, acordaron de mover concierto. Asentóse que los que quisiesen pasasen allende con seguro y embarcacion que se les dió en el puerto de Estepona, con tal condicion que por cabeza pagasen diez doblas; los demás que se volviesen cristianos. Hízose así; muchos fueron los que se pasaron á Berbería; muchos mas los que quedaron, puesto que

recebido el bautismo, tan malos como los que se ausentaron. Con esto se concluyó esta guerra, que fué larga y amenazaba mayores males y tenia puesta á toda España en mucho cuidado. La muerte de don Alonso sucedió el año siguiente. Volvamos á lo que se queda atrás conforme á la razon de los tiempos.

CAPITULO VI.

De las cosas de Milan.

Al mismo tiempo que los moros de las Alpujarras andaban alborotados, el rey Católico mandó aprestar con toda diligencia una armada y por su general el Gran Capitan; esto para ayudar á venecianos contra la armada del Turco que los apretaba y amenazaba á lo demás de Italia. El duque de Milan y rey de Nápoles le habian llamado, segun se decia, para valerse dél contra sus enemigos y defender sus estados. Era asimismo necesario acudir á lo de Sicilia, do decian se enderezaba principalmente esta tempestad. El duque Valentin al tanto con gentes de á pié y de á caballo que trajo de Francia hacia la guerra en la Romaña como general de la Iglesia para quitar los tiranos que de diversas ciudades de aquella comarca estaban apoderados. Tomó á Imola y á Forli, cuya Condesa hobo en su poder. Enderezábase principalmente contra el señor de Pesaro, que estuvo casado con su hermana. El, visto el peligro que corria, puesta en defensa la ciudad, se ausentó y puso en salvo. Principios de grandes revueltas fueron estas, tanto mas que Ludovico Esforcia procuraba con todas sus fuerzas de recobrar su estado; solicitó al emperador y príncipes de Alemaña que le ayudasen. Juntó gentes de suizos y grisones, y con ellos envió delante, por el mes de enero, al cardenal Ascanio, su hermano, que lo halló todo muy llano, tanto, que á porfía se le rendian pueblos y castillos por todo el camino hasta la ciudad de Como con todos los pueblos que están junto á aquel lago. A la fama desto los milaneses tomaron las armas en favor del Duque y forzaron á Trivulcio á retirarse al castillo, de donde al tercero dia se salió con la gente de á caballo la via de Pavía. Aquel mismo dia entró el Cardenal en Milan, y tras él el Duque, con grande alegría de todo el pueblo, dado que el castillo se tenia por Francia. Pavía, Lodi, Dertona y Placencia hicieron lo mismo, por lo menos trataban de rendirse al Duque y echar las guarniciones que tenian de franceses. La fuerza del ejército francés se recogió en Novara con intento de reforzarse y si pudiesen hacer rostro al Duque. Allí acudieron al tanto las gentes de Francia que andaban en la Romaña, despidiéndose del duque Valentin, que fué la causa de no proseguir aquella empresa por entonces ni tomar á Pesaro; antes se fué á Roma, do ya eran vueltos sus hermanos. El Papa se le mostraba tan rendido, que ninguna cosa se hacia sino lo que ordenaba ó aprobaba el duque Valentin. Era un estado miserable de las cosas. En Gante la infanta doña Juana parió á don Cárlos, hijo mayor del Archiduque, el mismo dia de santo Matía; el cielo le tenia aparejados muy grandes estados y señoríos. Ocho dias despues de su nacimiento llegó á Gante la princesa Margarita, y le sacó de pila junto con la duquesa Margarita, segunda mujer que fué del duque Cárlos. Diéronle título de duque de Lucemburg, como quier que antes los hijos mayores de los duques de Borgoña se intitulasen condes de Caroloes. Esta nueva dió en España mucha alegría, y la reina Católica dijo: Caido ha la suerte sobre Matía. Aludió al dia de su nacimiento y tambien á la poca salud que tenia el príncipe don Miguel, que falleció poco adelante en Granada, por cuya muerte el Archiduque y su mujer quedaron por príncipes de Castilla y de Aragon. Despues de la vuelta de Vasco de Gama para continuar la navegacion de la India partió de Lisboa, á los 8 del mes de marzo, con una flota de trece naves Pedro Alvarez Cabral. Descubrió de camino el Brasil. Fué bien recebido en Calicut al principio; despues vino á las manos con aquella gente por su poca lealtad. Un hijo bastardo de don Diego, duque de Viseo, hizo el rey don Manuel, su tio, condestable de Portugal, que murió mozo, y una sola hija que dejó casó adelante con el conde de Villareal. La guerra de Lombardía se continuaba, y el Duque poco á poco se hacia señor de todo. Alzóse por él Alejandría, y tomó á Novara, do estaba primero la masa del ejército francés. Deseaba dar la batalla á los enemigos y concluir de una vez. Con este intento sacó su gente fuera de aquella ciudad, que eran todos suizos y alemanes, hasta en número de diez y seis mil. Ordenadas las haces, al romper en los contrarios los suizos no quisieron pelear contra los franceses y contra los que de su nacion seguian su partido. Retiróse el Duque á la ciudad para persuadilles diesen la batalla. Ellos con grande deslealtad le tenian ya vendido por gran dinero á los franceses; así se le entregaron, y fué llevado á Francia, en que pasó lo que le quedó de la vida en duras prisiones. Con esta triste nueva el cardenal Ascanio, su hermano, alzado el cerco que tenia sobre el castillo de Milan, con quinientos de á caballo tomó la via de Placencia. Encontróse con Cárlos Ursino, caudillo de la gente que andaba de venecianos en aquella comarca; fueron los del Cardenal rotos y él preso. Estuvo algun tiempo en poder de venecianos, y al fin le entregaron al rey de Francia, que le puso primero en prision en Burges, y despues en libertad algunos años adelante. Los hijos del Duque, Maximiliano y Francisco, residian á la sazon en Alemaña y en la corte del César; esto les valió para que por entonces no participasen de la ruina y desastre de su padre y de su casa y estado, que quedó con gran facilidad todo por Francia. Las ciudades que con tanta facilidad se dieron al Duque fueron castigadas en dineros, que era proveer á los franceses del sueldo necesario para se apoderar de lo que restaba de Italia, y hacerse ella á sí misma la guerra con sus mismas armas. El cardenal de Ruan residia en Milan; desde allí gobernaba todo lo de Italia á su voluntad. El Papa por tenerle de su parte le concedió la legacía del reino de Francia, sacada Bretaña, por tiempo de año y medio. De los reyes de Navarra tenia el rey Católico sospechas por la aficion que mostraban á Francia y las muchas alianzas que tenian con aquella gente. Por tanto, los años pasados fuera de los homenajes que se concertó hiciesen los alcaides de las fortalezas de aquel reino á los reyes de Castilla, para mas seguridad se pusieron en tercería por espacio de cinco

años las villas de Sangüesa y Viana, los cuales pasados, pretendian aquellos reyes se les restituyesen, y el rey Católico se entretenia. Para concertar esto y allanar otras malas satisfacciones el rey de Navarra por el mes de abril vino en persona á Sevilla, do asistian los Reyes Católicos. Con su venida todo se allanó; las plazas que pedian se restituyeron, y al conde de Lerin, que andaba desterrado en Castilla, recibió aquel Rey en su gracia, y le restituyó la mayor parte de su estado, y juntamente el oficio que solia tener de condestable; dado que don Alonso de Peralta, conde de Santistéban, que tenia aquella dignidad, mostró gran sentimiento que se la quitasen sin algun demérito suyo y sin dalle recompensa; de que se temian nuevos daños y turbaciones. Para mayor seguridad destos conciertos se acordó que la infanta doña Madalena, hija del Navarro, aunque muy pequeña, se criase en la casa y corte de la reina doña Isabel, prenda muy segura de la buena voluntad de sus padres.

CAPITULO VII.

Que el Gran Capitan volvió á Italia.

Era este año de jubileo, en que concurrió á Roma para ganar la indulgencia gran número de gente de todo el mundo; los de cerca y los de léjos pretendian hallarse en un tiempo tan santo en aquella ciudad, cabeza de la religion y maestra de la verdad. La disolucion de las costumbres era grande, y mas en los eclesiásticos, que parece quiso nuestro Señor castigar con un caso extraordinario que sucedió á la persona del Papa. Fué así, que el dia de San Pedro y San Pablo cuatro horas despues de medio dia se levantó un recio temporal de agua y granizo; el viento tan furioso y bravo, y el torbellino tan grande, que abatió un cañon de una chimenea sobre una sala en que se halló el Papa, que llamaban de los Pontífices, y posaba encima el duque Valentin. Cayó con el golpe el enmaderamiento del aposento del Duque, y de tres florentines que allí esperaban al Duque para que les pagase cierta deuda, los dos con el segundo suelo cayeron muertos delante el Papa, y el otro muy mal herido. Muchos ladrillos y tablas dieron delante del Papa, que hacian menos golpe por dar en la vuelta del dosel, do estaba asentado; y aun para que el polvo no le ahogase, le valió cubrirse la cabeza con el mismo dosel. Con todo eso le hallaron sin sentido y mal herido en la cabeza y en una mano. El cardenal de Capua y mosen Po, que solos le acompañaban, se salvaron en los arcos y huecos de las ventanas. Muchas cosas se dijeron y grandes misterios sobre el caso, como suele el pueblo discurrir largamente en materias semejantes, y mas en Roma. Era el Papa de setenta años, y las heridas empeoraban; así, todos le tuvieron por muerto, y el duque Valentin se pretendia apercebir de gentes de Francia y otros de otras partes para sacar papa á su modo. Quiso Dios que las heridas sanaron, con que todos aquellos ruidos cesaron en tiempo que el Gran Capitan con veinte y siete naves, veinte y cinco carabelas, algunas galeras y fustas, en que llevaba cuatro mil infantes y trecientos hombres de armas, se hizo á la vela del puerto de Málaga. Iban en su compañía hombres de cuenta, y entre los demás don Diego Lopez de Mendoza, hijo del cardenal de España, y don Alonso de Silva, clavero de Calatrava. Tocaron en Mallorca y en Cerdeña, tuvieron muchas calmas; en fin, llegaron al puerto de Mecina en Sicilia á 18 de julio. Allí le acudieron los soldados españoles que estaban en Italia, gente muy escogida, y se proveyó de algunos otros bajeles. La armada del Turco tenia sitiada á Modon, ciudad de venecianos en la Morea, que hacian grande instancia al Gran Capitan se fuese á juntar con ellos. Sin embargo, no pudo partir hasta los 27 de setiembre en sazon que ya Modon era perdida. Trataba con el Gran Capitan el jeque de los gelves y hacia instancia se le enviase mas gente de socorro, porque los naturales estaban desabridos con los soldados de Margarit por agravios que les hacian, y toda Berbería alterada contra él por haber llamado á los cristianos. No le acudieron, y así tuvo órden de prender á Margarit con toda su gente; bien que despues los soltó, y quedó apoderado del castillo y isla de los gelves. Llegó pues la armada española á la isla de Corfú, que era de venecianos, el segundo dia de octubre. Con su venida los turcos mudaron el propósito que tenian de venir sobre aquella isla, y se determinaron de ir sobre Nápoles de Romanía. Esto era en el mismo tiempo que se asentaron las paces entre España y Francia con muy honestas condiciones. Cuanto al reino de Nápoles, concertaron que le quitasen al rey don Fadrique, y la Pulla y Calabria quedasen por el rey Católico; lo de Abruzo y Campaña por el rey de Francia. Que la aduana del ganado se repartiese por partes iguales; y aun de todas las demás rentas reales hecha una masa, llevase el uno tanto como el otro, confederacion que no podia durar mucho ni ser firme. El color que tomaron para hacer este asiento, demás del derecho que alegaban á aquel reino, fué que pretendian hacer la guerra á los turcos, y para esto despojar aquel Rey para que no les impidiese tan santos intentos, por estar confederado con ellos y tratar de valerse de sus armadas. Al principio se tuvo este asiento muy secreto; despues se dió parte dél al Papa, que holgó mucho dél, y dió á cada uno de los reyes la investidura de su parte; al Francés con título de rey de Nápoles y Jerusalem; al rey Católico de duque de Pulla. Vino el Papa en esto, sea por el odio que tenia al rey don Fadrique, sea por la esperanza á rio vuelto de aumentar su casa, de que se le daba tambien intencion de hacelle parte en la presa. De Corfu pasó la armada de España á la isla de Zazinto, do llegó á los 7 de octubre. Allí vino la armada veneciana para juntarse con la nuestra. Vinieron al tanto dos carracas de Francia con ochocientos soldados, por haber aquel Rey prometido enviaria socorro á venecianos cuando le entregaron al cardenal Ascanio. Los turcos, que por mar y por tierra tenian muy apretada á Nápoles de Romanía, se levantaron del cerco, sea por estar el tiempo muy adelante, sea por temor de los nuestros; y la armada turquesca, que solia invernar, por estar mas cerca de Italia y tierras de venecianos, en el golfo de Lepanto, se recogió al canal de Negroponte de la otra parte de la Morea. En aquella isla de Zazinto ó Zante hobo diversos acuerdos sobre lo que se debia hacer. El

Gran Capitan se inclinaba á acometer á Modon, y le parecia la empresa fácil. La resolucion fué que echasen los turcos de Cefalonia, isla que boja ciento y cincuenta millas, y tiene á la parte de poniente uno de los mejores puertos del mundo. Está puesta entre las islas de Corfu y Zante, en frente de la boca del golfo de Lepanto. Hízose así, y partidos los franceses de Zante con color que no les pagaban, los demás se pusieron sobre San Jorge, el pueblo mas principal de Cefalonia. Tenia dentro trecientos turcos, gente escogida, que se defendieron con mucho esfuerzo, y en el combate que se dió el mismo dia que asentaron sus estancias algunos de los fieles quedaron heridos, y el lugar no se pudo entrar. El tiempo era muy áspero; así, el cerco se prolongó algunas semanas hasta tanto que un dia, que fué vigilia de Navidad, se dió al lugar un muy bravo combate, con que se entró en espacio de una hora. Murieron en él ciento y setenta turcos, y cincuenta que se hicieron fuertes en una torre al fin se rindieron á merced del Gran Capitan. El primero que entró en el lugar fué el capitan Martin Gomez, y aunque le hirieron al entrar, peleó muy bien con los turcos y los echó del portillo que guardaban. Fué aquella isla de Leonardo Tocco, griego de nacion; á un hermano deste la quitaron los venecianos los años pasados y la dieron al Turco. Al presente el Gran Capitan la dejó á aquella señoría á causa que cae muy léjos de España y era muy á propósito para las armadas de venecianos, especial despues que Modon se perdió. Con tanto el Gran Capitan lo mas presto que pudo dió la vuelta á Sicilia; y aunque por ser el tiempo tan recio algunas naves se derrotaron, él con la mayor parte llegó á Siracusa, donde despues se recogió lo demás de la armada. Los venecianos por el servicio que el Gran Capitan hizo á aquella señoría, le enviaron á Sicilia título de gentilhombre de Venecia, y un rico presente de vajilla y telas de precio. El presente envió á su Rey sin tomar para sí cosa alguna, contento con la honra que ganara y la que de nuevo le hacia aquella ciudad. Todo esto pasaba á tiempo que el duque Valentin, despues que en Roma mató malamente á su cuñado don Alonso de Aragon, duque que era de Viseli, vuelto á la guerra, andaba muy pujante en la Romaña, en que Pesaro y Arimiño sin ponerse en defensa se le rindieron. Faenza hizo grande resistencia con favor de Juan de Bentivolla y por su contemplacion. Estaba apoderado de Boloña, y porque no le hiciesen guerra, queria entretener al Duque fuera de su casa. Asimismo el Papa sentenció este año en favor del divorcio que Ladislao, rey de Hungría, los años pasados hizo con doña Beatriz de Aragon, mujer que fué primero de Matías, predecesor de Ladislao, y hija de don Fernando el Primero, rey de Nápoles, y por lo mismo sobrina del rey Católico. Hecho esto, Ladislao casó con Ana, hija de Gaston de Fox, señor de Candala, que era sobrina tambien del rey Católico, nieta de la reina doña Leonor de Navarra, su hermana.

CAPITULO VIII.

Del casamiento del rey de Portugal.

De cuatro hijas que los Reyes Católicos tuvieron, quedaba la infanta doña María por poner en estado, que era la menor de todas. Pretendíala el rey don Fadrique para su hijo el duque de Calabria con intento de asegurar con este nuevo deudo aquel su reino, que andaba en balanzas. Pedíala asimismo el rey de Portugal, mugér que estuvo casado con su hermana. Este casamiento parecia mas á propósito, bien que la dispensacion era dificultosa por ser en primer grado de afinidad. El Papa, que en otras cosas era liberal, en esta se mostraba tibio con color que de parte del rey de Francia se hacia instancia que no la diese. Decia que no vendria en dalla si el rey Católico no le aseguraba de cualquier mal y daño que por esta ocasion se le pudiese recrecer. Andaban estas práticas, demandas y respuestas muy á la larga, en que se gastó harto tiempo. El rey Católico pretendia que el duque de Calabria casase con su sobrina la reina doña Juana, viuda del rey don Fernando el Segundo de Nápoles, la cual se quedó en aquel reino; su padre la dejó dotada en cuatrocientos mil ducados. El rey don Fadrique venia en este casamiento, que le estaba bien para no pagar dote tan grande; pero queria que en caso que se hiciese, el rey Católico le recibiese debajo de su amparo. En esto no venia el rey Católico por las prácticas que sobre aquel reino tenia movidas con Francia; las cuales, luego que estuvieron para concluirse, como se concluyeron, aunque el rey don Fadrique venia llanamente en aquel casamiento, no quiso el rey Católico que se hiciese. Queria otrosí el rey don Fadrique asegurarse de la parte de Francia, y ofrecia grandes partidos para apartar aquel Rey de la pretension de Nápoles. El Francés pedia que para seguridad de la concordia le diese el castillo de Gaeta y que su hijo fuese á estar en su corte y casase con Germana, hija del señor de Narbona, ó con una hermana de monsieur de Angulema; demás desto, queria le diese un millon de presente, y veinte y cinco mil ducados de tributo cada un año; todas condiciones muy pesadas, y que aquel Rey no las quiso otorgar, dado que venia en dar el millon que se pedia. En fin, ninguno destos casamientos se concluyeron; el Papa últimamente vino en dispensar en el casamiento de Portugal. En Granada por el mes de agosto se celebró el desposorio de la Infanta. Don Alvaro de Portugal hizo oficio de procurador por su Rey; no se hicieron por ende fiestas ni otra ceremonia ni demostracion alguna. En aquella ciudad, á los 12 de setiembre, acordaron los Reyes que el dia de Santa Lucía todos los años se diese á los marqueses de Moya la copa con que el Rey bebiese, en memoria de que en tal dia don Andrés de Cabrera, primer marqués de Moya, les entregó los tesoros del rey don Enrique, que él tenia en su poder en los alcázares de Segovia; servicio que despues de Dios fué gran parte para que quedasen con el reino. Acompañaron á la Infanta hasta Portugal don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla y patriarca de Alejandría; y á la sazon le dieron el capelo y se llamó cardenal de España como su tio, y era hermano del conde de Tendilla. Fueron asimismo en compañía de la Infanta el marqués de Villena y otros muchos señores. Salió á recebilla hasta la raya el duque de Berganza, si bien andaba desabrido por el mucho favor que el rey don Manuel hacia á don Jorge de Portugal, ca le hizo duque

de Coimbra, y le casó con doña Beatriz de Melo, hija de don Alvaro de Portugal, y doña Filipa de Melo, su mujer. Iban con el duque de Berganza otros muchos señores. La entrada en aquel reino fué un mártes, á 20 del mes de octubre, y á los 30 del mismo mes se celebraron en el alcázar de Sal, villa en que el Rey la esperaba, las bodas con grandes fiestas y regocijos. Fué este matrimonio muy fecundo en generacion, y nacieron dél muchos hijos, como se señalará en sus lugares. Poco adelante se concertó y casó la princesa doña Margarita con Filiberto, duque de Saboya, señora poco dichosa en casamientos, pues tambien este marido le vivió poco tiempo. El soldan de Babilonia se mostraba estar sentido contra los Reyes Católicos por la guerra que hicieron á los moros de Granada. Temíase no maltratase los cristianos que vivian en aquellas provincias é impidiese la romería que se hacia á la casa santa de Jerusalem. Determinaron envialle una embajada para dalle razon de todo. Para esto escogieron á Pedro Mártir de Angleria, su capellan, de nacion milanés. Hizo él prudentemente aquel mandado, y alcanzó del Soldan todo lo que pidió. En ida y vuelta gastó un año; hiciéronle dean de Granada. Allí los años adelante falleció, y se mandó sepultar puesto en una silla con una casulla hecha de una ropa rica que le dió el Soldan. Escribió décadas de la guerra de Granada y de su embajada y del descubrimiento de las Indias, mas verdaderas que elegantes.

CAPITULO IX.

De los capitanes que se nombraron para la empresa de Nápoles.

Suspensas estaban todas las provincias y con cuidado del fin que tendria la empresa nueva de Nápoles y la guerra en que se empeñaban las fuerzas de España y de Francia en perjuicio del rey don Fadrique y para despojalle de aquel reino noble y rico. El rey Católico desde Granada envió al Gran Capitan aviso desta resolucion, 1.° de marzo del año 1501. En consecuencia le mandó desistiese de la guerra contra el Turco, y do quiera que se hallase volviese luego con su armada al puerto de Mecina. Poco despues le envió título de su lugarteniente en los ducados de Pulla y de Calabria. Para hacer rostro al Turco negoció que el rey de Portugal enviase su armada á aquellas partes, como lo hizo, y por capitan don Juan de Meneses, su mayordomo mayor y conde de Faroca, que intentó de camino apoderarse del puerto de Mazalquivir, junto á Oran; y como no pudiese salir con ello, pasó adelante, y sin hacer nada de la isla de Corfu, dió la vuelta á Portugal. Lo mismo se trató con el rey de Francia, que enviase su armada contra los turcos; mas él por otra parte para la empresa de Nápoles nombró por su general á Luis de Armeñac, duque de Nemurs y conde de Armeñac y de Guisa. No quiso dar este cargo á Luis de Lucemburg, conde de Liñi, que mucho le pretendia, porque no fuese ocasion de alguna revuelta á causa del derecho que pensaba tener al principado de Altamura por estar casado con hija de Gisota, la hija mayor de Pirro de Baucio, á quien por causa de la guerra de los Barones el rey don Fernando el Primero despojó de aquel estado, y le dió á su hijo don Fadrique, que casó segunda vez con doña Isabel, hija menor del mismo Pirro. El duque de Nemurs se entretuvo en Francia. Por esto el señor de Aubeni, que ya era gran condestable de Nápoles, movió desde Lombardía con la gente francesa la vuelta de Nápoles; en su compañía el conde de Gayazo, persona principal y forajido de Nápoles. En esta sazon fué por embajador á Roma, en lugar de Lorenzo Suarez, Francisco de Rojas, que era un caballero muy sagaz. Acerca del Emperador hacia el mismo oficio de años atrás don Juan Manuel, persona de mucha cuenta, aunque algo bullicioso. En la corte de Francia todavía residia Juan Miguel Gralla; y Juan Claver era embajador del rey Católico en Nápoles. Acudió el Gran Capitan á Mecina con su armada conforme al órden que tenia. De allí pasó á Palermo para dar órden con el virey Juan de Lanuza en recoger la gente y dinero que pudiesen en aquella isla para ayudar á la nueva conquista, en fin, para dar traza en todo. No faltaron repuntas entre los dos como ni el tiempo pasado, que el mandar no sufre superior ni aun igual; pero al fin se allanaron al servicio de su Rey, y el Gran Capitan, recogido el socorro que pudo, en breve dió la vuelta á Mecina, do se juntaba la masa de toda la gente. Tenia el Gran Capitan en la Pulla el ducado de Monte de Santangel por gracia que dél le hizo el rey don Fadrique cuando, acabada la guerra pasada, hizo merced á muchos caballeros italianos y españoles que le sirvieron de diversos estados. Acordó antes que se diese principio á aquella conquista enviar á Nápoles al capitan Gonzalo de Foces para que le excusase con aquel Rey, y en su nombre renunciase la fidelidad que por aquella merced le habia prestado, y juntamente le restituyese aquel estado. Dióle el Rey por libre, y no quiso admitir la renunciacion, antes dijo que le daba el estado, y quisiera fuera mayor por lo mucho que su persona merecia, con condicion empero que desde aquellos castillos no le hiciese guerra ni dañase á sus vasallos. Con esto y con el aviso que sus embajadores le enviaron de España, que el rey Católico no le queria acudir en manera alguna, acabó de entender el rey don Fadrique cuán cerca y cuán cierta le estaba su perdicion. Volvíase á todas partes, y no hallaba ni en los suyos lealtad, ni en su reino fuerzas, ni en los de fuera arrimo ni esperanza. Acordó enviar á su hijo don Fernando á Taranto, que es plaza muy fuerte en lo postrero de la Pulla y de Italia; y aun se decia le enviaba á la Belona para solicitar el socorro que pretendia del Turco para contra aquella tempestad. Juntó otrosí la gente que pudo, que eran ochocientos hombres de armas y cuatro mil infantes; mandó fortificar á Capua, donde puso á Fabricio Colona y don Hugo de Cardona con docientos hombres de armas y mil y seiscientos infantes. El Gran Capitan, como quier que era tan diestro y considerado, advirtió que aquel asiento entre los dos reyes no podia ser durable, así por la condicion de los franceses, que es altiva, como por dificultades que forzosamente se ofrecerian en aquel repartimiento; además que el mando é imperio nunca sufre compañero, ni un reino puede sufrir dos señores. Parecióle que importaba mucho apresurarse para ganar por la mano á los franceses que no le pudiesen estorbar su

conquista. Dióse grande priesa, y envió la mayor parte del armada á las costas de la Pulla, y por general á don Diego de Mendoza para estorbar que los turcos no pasasen al reino. La de Portugal no le acudió en tiempo conforme al órden que llevaba. Con la otra parte de la armada envió á Nápoles á Inigo Lopez de Ayala con órden que llevase en ella la viuda doña Juana, reina de Nápoles, á Sicilia. El rey don Fadrique la dejó ir por verse tan apretado, si bien no queria antes venir en ello para con esta prenda mover al rey Católico, su tio, á que los ayudase. Pasó el Gran Capitan el faro de Mecina con su gente, que eran trecientos hombres de armas y otros tantos jinetes y tres mil y ochocientos infantes. Sin estos el embajador de Roma le envió otros seiscientos españoles, de los que en la Romaña sirvieron al duque Valentin. En Sicilia al tanto quedó órden que de la tierra le enviasen otras cuatrocientas lanzas escogidas. Con esta gente allanó lo de Calabria en breves dias, que fuera de Girachi y Santa Agata, plazas muy fuertes, todos los demás lugares alzaron banderas por España. Pasó la gente española á Calabria á los 5 de julio; y á los 8 los franceses por la via de Roma entraron en el reino de Nápoles. Todos los lugares se les rendian sin ponerse en defensa hasta llegar á Capua, sobre la cual se pusieron. En el Abruzo no hobo mas defensa que en lo demás; todo se allanaba á los franceses que fueron por aquella parte. Pudiérase Capua defender mucho tiempo, si no fuera que el conde de Palena, natural de aquella ciudad, dió entrada á los franceses, que pusieron á saco la ciudad y prendieron á Fabricio Colona y don Hugo con todos los demás capitanes que en ella se hallaron. Llegó esta nueva á Nicastro, do el Gran Capitan se estaba, á los 29 de julio, que le fué ocasion de apresurarse para tomar el castillo de Cosencia. Hízolo así, y dejó en guarda de aquella ciudad á Luis Mudarra, y por gobernador de Calabria nombró al conde Ayelo con intento de partirse para la Pulla y allanar aquella provincia antes que los franceses acabasen con lo de Nápoles. En lo demás halló poca dificultad, que todos los pueblos á porfía se le rendian. Ultimamente, se puso sobre Taranto, do se tenia el duque de Calabria, en sazon que ya Nápoles estaba en poder de franceses. El duque Valentin, apoderado que se hobo de Faenza en la Romaña, y en la Toscana de Pomblin, vino á servir en esta jornada al rey de Francia, cuyo tan servidor se mostraba, que se llamaba don César Borgia de Francia, y en el cuartel principal de sus armas traia las flores de lis; por el contrario, se mostraba del todo averso de España. Concertaron los generales franceses con el rey don Fadrique por fin de julio les rindiese á Nápoles y Gaeta con sus castillos, demás de sesenta mil ducados en que le penaban para los gastos. Que con esto le dejarian ir con su tesoro y criados á Iscla, con término que le señalaron de seis meses para que dentro dellos determinase de su persona lo que por bien tuviese, y se fuese á la parte que mas le agradase. Todo se ejecutó como lo concertaron. Recogióse aquel Rey con su mujer é hijos á aquella isla; en su compañía le reina de Hungría y la duquesa de Milan. Allí acudieron Próspero y Fabricio Colona, ya rescatados por dineros. Con que los franceses quedaron apoderados de todo lo que en el repartimiento de aquel reino les pertenecia. Tras esto luego pusieron los ojos en lo demás, porque ¿quién podrá enfrenar la gente de guerra? Quién poner tasa á la codicia de mandar? En Castilla por este tiempo hobo grandes diferencias entre doña María Pacheco, condesa de Benavente, y el conde don Alonso de Pimentel, su hijo, sobre la tutela y casamiento de la marquesa de Villafranca, nieta de la Condesa. Pretendian este casamiento los duques del Infantado y de Alba para sus hijos, y el mismo conde de Benavente, tio de la doncella, para sí. En fin, despues de muchas demandas y conciertos, acordaron que doña Beatriz, hija de la Condesa, casase con don García de Toledo, hijo mayor del duque de Alba; y con don Pedro de Toledo, hermano de don García, casase la Marquesa, y así se hizo.

CAPITULO X.

Descripcion del reino de Nápoles.

Luego que los franceses se apoderaron de Nápoles, resultaron nuevos debates, como era necesario, entre españoles y franceses sobre algunas provincias de aquel reino que no venian expresadas en el repartimiento. Estas eran la Capitinata, la Basilicata y el Principado de aquende y de allende. Los franceses iban tan resolutos en sus cosas, que sin hacer ningun comedimiento á los confederados, enviaron un hijo del conde de Capacho para que en aquel estado, que es en la Basilicata, hiciese alzar las banderas por Francia; y sobre el principado de Melfi, que está en la misma provincia, se concertaron con aquel Príncipe, y aun el rey de Francia tenia hecha donacion de aquel estado á Juan Jacobo Trivulcio. Salieron otrosí de prision algunos señores que tenian presos los reyes de Nápoles, y entre ellos Juan Bautista Marzano, á cabo de casi cuarenta años de prision; el cual con ánimo denodado intentó de apoderarse del principado de Rosano que fué de su padre en Calabria. Lo mismo hizo Luis de Arsi, capitan del rey de Francia, que con poder del señor de Liñi hizo alzar por él en la Pulla el principado de Altamura; que eran todas ocasiones de desabrimientos y gana de venir á las puñadas. Tratóse de atajar estos desgustos, primero con el señor de Aubeni, y despues con el duque de Nemurs, que llegó acabada la guerra y tomada Nápoles. Acordaron que en las provincias en que no habia duda ninguna de las partes se entremetiese en lo de los otros; y sobre las provincias que se dudaba, en tanto que la diferencia se determinase, los lugares que tuviesen alzadas banderas por Francia alzasen juntamente las de España y al contrario; en el gobierno y rentas dieron asimismo órden, que poco se guardó. Para que mejor se entienda esta diferencia y por cuál de las partes corria la justicia será bien hacer una breve descripcion del reino de Nápoles y de sus partes. El reino de Nápoles comprehende toda la tierra que desde Tarracina ó Fundi, que están á las riberas del mar Mediterráneo, y desde el rio Truento, que descarga en el golfo de Venecia, corre hasta los postreros términos de Italia. Corta este reino por medio, como todo lo restante de Italia, el

monte Apenino, que se desgaja de los Alpes. Luego que se entra en el reino, á manderecha de aquel monte hácia nuestro mar está la parte mas principal de todo él, que se llama Campania ó tierra de Labor, de los liborios, pueblos antiguos. Allí están Gaeta, Nola, Capua y la misma ciudad de Nápoles, cabeza de las demás y de todo el reino. Antiguamente todo lo que hay desde el rio Tibre á Nápoles se llamaba Campania; al presente la tierra desde Roma hasta la raya de aquel reino se llama Marema. A mano izquierda está el Abruzo, que comprehende muchas de las naciones antiguas, es á saber, los sabinos, do está Ascoli; los marrucinos, donde está Teate, y los pelignos y vestinos, donde caen las ciudades del Aguila y de Sulmona; los marsos en que está el lago Fucino, y el ducado de Tagliacozo y parte de los samnites, pueblos muy nombrados en la historia romana, tendidos hasta lo de Campania. Los mas modernos dividen el Abruzo en el de aquende y el de allende por el rio de Pescara, que pasa por medio, y es aledaño de las dos partes. Estas provincias se adjudicaron en la particion al rey de Francia. En el mismo lado del Abruzo mas adelante está la Pulla, que se divide en la Capitinata y tierra de Bari, que tiene muchas ciudades, entre las demás Trani y Monopoli, y tierra de Otranto, que corre desde Brindez hasta Taranto, ciudad principal puesta en la postrera punta de Italia y en los confines de Calabria entre mediodía y levante. Por el otro lado, pasada Nápoles, entra el Principado, cuya cabeza es Salerno. Síguese hácia los montes la Basilicata, que fué Lucania antiguamente, y lo que se llama Calabria al presente, que antiguamente fueron los brucios, tendidos la mayor parte por las riberas de nuestro mar. Allí está Cosencia, ciudad la mas principal de Calabria, y Regio sobre el estrecho de Sicilia. Lo mas adentro se llamó Magna Grecia, á la parte que caen Rosano, Catanzaro y Cotron. Del principado pudo formarse con razon duda si se comprehende en Calabria. En lo de Basilicata corria la misma razon, y así veo que los reyes venian en que se dividiesen estas provincias, dado que algunos pretendian que esta comarca, por estar en los montes que confinan con la Pulla y Calabria, no hacia provincia distinta de las dos, sino que la parte que caia hácia levante pertenecia á la Pulla, y la que caia hácia poniente á Calabria. Están en la Basilicata Melfi, Atela, Barleta y otras ciudades. La Capitinata es lo que desde el rio Fertoro, término del Abruzo, llega hasta el rio Aufido ó Lofanto. En esta parte está Manfredonia y el monte de Santangel y Troya. Quedóle este nombre de tiempo que los griegos poseian aquella parte de Italia, cuyo gobernador llamaron Catapan, y la provincia se dijo Catapania; de allí se formó el nombre que ahora tiene, y asimismo el nombre de capitan tan usado. No hay duda sino que aquella parte se contenia en la Apulia antigua, pues Ptolemeo el monte Gargano que allí está, famoso por el templo de San Miguel, le pone en Apulia, y los modernos siempre entendieron que la Pulla comenzaba desde el fin del Abruzo, y se dividia en las tres partes ó comarcas que ya quedan señaladas; y aun los autores que yo he visto siempre cuentan la Capitinata por una de las provincias de la Pulla; y siempre la aduana de los ganados de Pulla se cobró en aquella provincia; cuestion en que cada cual podrá sentir lo que por bien tuviere. Para nuestro propósito basta que de aquí tomaron asa y ocasion los españoles y franceses para venir á las manos y averiguar por el trance y filo de la espada lo que sus reyes nunca acababan de resolver por mucha instancia que se les hizo para que lo determinasen antes de venir á rompimiento. En que daban á entender que no se contentaban con la parte, y que cada cual de los reyes bastantemente se confiaba de sus soldados y fuerzas; pero á esto se volverá adelante. Por el presente, el rey don Fadrique despues que se pasó á Iscla, como quedó asentado, por la mala satisfaccion que tenia del rey Católico, se concertó con el de Francia; con treinta mil francos que le prometió para sustentar su casa se fué á poner en sus manos y meter por sus puertas, y en su compañía su mujer é hijos y el cardenal Luis de Aragon, su sobrino. Su hermana doña Beatriz, reina de Hungría, se quedó en aquella isla, que despues fué á Sicilia. Su sobrina doña Isabel, que fué casada con Juan Galeazo, verdadero duque de Milan, de allí se fué á Bari en la Pulla. Al tiempo que andaban estas inteligencias entre los dos reyes, don Fadrique y el de Francia, en Flándes se hacia grande instancia con el Archiduque para que él y su mujer viniesen á España á ser jurados por príncipes, como era de costumbre. Nació este año al Archiduque una hija, que se llamó Isabel. El Rey, su suegro, pretendia traelle á España para que aprendiese las costumbres de los naturales y para quitalle algunos siniestros que de sus criados se le pegaron como mozo. Mas ellos, acostumbrados á la libertad de Flándes y gobernallo todo á su voluntad, no querian que el Príncipe tuviese cerca de sí persona á quien debiese respeto. Fué para solicitar esta venida don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba y capellan mayor de los Reyes; y de parte del rey de Francia se le hizo grande instancia para que pasase por su reino, como al fin lo hizo. De España partió en una armada que se aprestó en la Coruña la infanta doña Catalina para casar en Inglaterra, como lo tenian concertado. Salió de Granada, do sus padres quedaron, con grande acompañamiento. Hízose á la vela á los 25 de agosto. Pasaron con ella á Inglaterra don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, el conde y condesa de Cabra con otra gente de cuenta. Despues que salieron del puerto cargó tanto el tiempo, que las naves se derrotaron, y dado que algunas llegaron al puerto de Antona en Inglaterra, las mas se recogieron á Laredo. Dende, á 2 de setiembre, siguieron su viaje, y con buen tiempo llevaron la Infanta á Inglaterra. Celebráronse las bodas con Artus, su esposo, en Lóndres muy solemnemente. ¡Cuán poco durará este gozo! ¡Cuántos trabajos, inocente doncella, te quedan por pasar solo por la locura de un hombre desaforado! Este mismo mes concertó la reina doña Isabel que don Rodrigo Enriquez Osorio, conde de Lemos, casase su hija doña Beatriz de Castro con don Dionís, hermano del duque de Berganza don Diego, é hijo del duque don Fernando, el que mató el rey don Juan el Segundo de Portugal. Para facilitar este matrimonio los Reyes les hicieron merced de Sarria, Castro, Otero, villas á que

el conde de Lemos pretendia tener derecho. Por el mes de octubre en la ciudad de Trento se hicieron paces entre el César y el rey de Francia, cuya principal capitulacion fué que Cárlos, hijo del Archiduque, casase con Claudia, hija del Francés, casamiento que otras veces se trató y concertó, y al fin nunca se concluyó.

CAPITULO XI.

De la venida del Archiduque á España.

Las armadas que de Portugal y de Francia fueron á levante á persuasion del rey Católico en defensa de venecianos contra el Turco no hicieron cosa de momento. La de Portugal llegó á Corfu, y de allí en breve dió la vuelta. La de Francia pasó sobre la isla de Quio, que era de ginoveses, y sin hacer otra cosa mas de embarazar el tributo que de allí llevaba el Turco, padecieron de pestilencia y del tiempo y de enemigos tanta mortandad, que apenas de toda ella quedaron mil hombres. Acudieron á la Pulla, que cae cerca, do fueron muy bien tratados por órden del Gran Capitan. Los venecianos asimismo se recogieron, que traian veinte y cinco galeras mal armadas. Hizo mucho al caso para todo que el Turco este año no sacó su armada, que de otra suerte hallara poca resistencia. En España por una parte los Reyes Católicos pregonaron un edicto, por el cual mandaron que los moros que estaban esparcidos de años atrás por Castilla ó por Andalucía y se llamaban mudejares, ó se bautizasen ó desembarazasen la tierra; por otra parte, al fin deste año hobo algun ruido de guerra, que si no se atajara con tiempo, pudiera revolver el reino. Fué así, que el duque de Medinaceli don Luis de la Cerda, estando para morir, se casó con su manceba por legitimar un hijo que en ella tenia, por nombre don Juan. Pretendia suceder en aquel estado don Iñigo de la Cerda, hermano del Duque, cuyo hijo, llamado don Luis, casara con hija del duque del Infantado, que muerto el duque de Medinaceli, juntó su gente, y en favor de su yerno se puso sobre Cogolludo con intento de apoderarse de aquel estado. Pero el Rey le hizo avisar que derramase aquella gente, que siguiese su justicia y no le alborotase el reino, con apercibimiento, si no se reportase, que se pondria el remédio como mas conviniese. Hobo de obedecer el Duque, y don Juan quedó pacífico en el estado de su padre. Sosegados estos movimientos, se tuvo nueva que el Archiduque y su mujer venian por Francia, y que su llegada seria en breve. Fueron muy festejados por todo el camino; en Paris los recibieron con grande honra y fiesta; allí por entrambas partes, á 13 de diciembre, se juraron las paces que poco antes se concertaron en Trento, y el Archiduque hizo todos los actos necesarios para reconocer aquel Rey por superior suyo como conde de Flándes. La Princesa estuvo muy sobre sí para no hacer acto en que mostrase reconocer alguna superioridad al rey de Francia. De allí enderezaron su camino, y por Guiena llegaron á Fuente-Rabía, á los 29 de enero del año de nuestra salvacion de 1502. Estaban allí para recebillos por órden de los Reyes Católicos el condestable de Castilla, el duque de Nájara y el conde de Treviño, su hijo, y con ellos el comendador mayor don Gutierre de Cárdenas. Para muestra de mayor alegría y que la gente estuviese para recebillos mas lucida, se dió licencia para que los que podian traer jubones de seda sacasen tambien sayos de seda, y aun se dió á entender que holgarian los reyes que los que se vistiesen de nuevo hiciesen los vestidos de colores, que todo es muestra de la modestia de aquellos tiempos. En principio deste año casó Lucrecia de Borgia con el hijo heredero del duque de Ferrara; llevó en dote cien mil ducados, sin otras ventajas y lugares. Los príncipes de Vizcaya llegaron á Búrgos, á Valladolid, Medina, y por Segovia pasaron los puertos y llegaron á Madrid; los reyes del Andalucía y de Granada, do asistian, por Extremadura vinieron á Guadalupe. Allí hicieron merced al duque Valentin por ganalle para su servicio, y por contemplacion del Papa, de la ciudad de Andria con título de príncipe y de otras muchas tierras en el reino de Nápoles. Tratóse otrosí que los reyes el Católico y el de Francia acomodasen de rentas y vasallos al rey don Fadrique y á su hijo. Llegaron los reyes á Toledo á los 22 de abril. Hicieron asimismo en aquella ciudad su entrada los príncipes á 7 de mayo, en por indisposicion del Archiduque se detuvieron algunos dias en Olías. Allí fueron jurados sin dificultad alguna en presencia del Rey y de la Reina por príncipes de Castilla y de Leon en la iglesia mayor de aquella ciudad, á 22 de aquel mes. Halláronse presentes el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza, el arzobispo de Toledo con otros muchos prelados, el condestable don Bernardino de Velasco, los duques de Alburquerque, Infantado, Alba y Béjar, el marqués de Villena con otros muchos señores. Púsose por condicion que caso que sucediesen en aquellos reinos, los gobernarian conforme á las leyes y costumbres de la patria. Por este mismo tiempo que España por la venida destos príncipes estaba muy regocijada, en Inglaterra se derramaban muchas lágrimas por la muerte que sobrevino al príncipe Artus. Quedó la Infanta, su mujer, á lo que se entendió, doncella, dado que cinco meses hicieron vida de casados. Pero el Príncipe era de catorce años solamente y de complexion tan delicada, que dió lugar á que esto se divulgase y se tuviese por verdad. Enviaron los Reyes Católicos á Hernan, duque de Estrada, para visitar al rey Enrique de Inglaterra y tratar que la Princesa casase con el hijo segundo de aquel Rey; él empero ni restituia el dote de la Princesa ni acababa de efectuar aquel matrimonio, que fué despues tan desgraciado. Vino esta nueva de la muerte deste Príncipe en sazon que poco despues, es á saber, á 6 de julio, en Lisboa la reina doña María parió un hijo, que se llamó don Juan, y vino á heredar como primogénito la corona de su padre; grande y valeroso príncipe que fué los años adelante.

CAPITULO XII.

Que el duque de Calabria fué enviado á España.

Púsose el Gran Capitan sobre Taranto los meses pasados, como queda dicho; hallábase dentro asaz fortificado el duque de Calabria. Todavía el mismo dia que asentó su campo trataron de tomar asiento; y al fin el

Duque, por medio de Otaviano de Santis, concertó treguas por dos meses para consultar al Rey, su padre, con seguridades que se dieron de no alterar cosa alguna. Despues, por causa que los mensajeros enviados al rey don Fadrique no volvieron al tiempo señalado, se prorogó la tregua hasta fin del año pasado con las mismas condiciones. Este término pasado, porque la resolucion del rey don Fadrique no venia, acordaron que la tregua se continuase otros dos meses, y la ciudad se pusiese en tercería en poder de Bindo de Ptolomeis, vasallo del rey Católico, y de cuya persona el Gran Capitan hacia mucha confianza, con promesa que pasado aquel nuevo plazo se daria la ciudad sin tardanza; pero que la persona del Duque fuese libre y asegurada con todos sus bienes y servidores. En el mismo tiempo el castillo de Girachi, que está á tres leguas de la marina y era de mucha importancia, se dió; y el príncipe de Salerno vino á verse con el Gran Capitan para tratar de mudar partido, á tal que á él y al príncipe de Bisiñano se les restituyesen sus estados. Pedia asimismo para sí el condado de Lauria y cinco mil ducados de renta que sus antecesores tiraban de los reyes pasados; que eran demasías fuera de sazon y muestra que los ánimos no sosegaban. Por el contrario, muchos barones que con el rey don Fadrique se recogieron á Iscla se vinieron al Gran Capitan; dellos acogió los que le parecieron mas importantes para el servicio del Rey, y entre ellos á Próspero y Fabricio Colona, porque le certificaban que venecianos los pretendian haber á su sueldo. Junto con esto don Diego de Mendoza y Iñigo de Ayala hobieron el castillo y ciudad de Manfredonia por trato con el alcaide, que se tenia por el rey don Fadrique, si bien el señor de Alegre vino con gente á socorrer los cercados. La ciudad de Taranto en fin, conforme al concierto, se entregó con sus castillos al Gran Capitan. Y porque entre las condiciones del concierto una era que el duque de Calabria pudiese libremente ir donde quisiese, por el presente se fué á Bari, que todavía se tenia por su padre, bien que la ciudad no era fuerte, y el castillo casa llana, para esperar allí lo que él le mandase, ca no queria apartarse de su voluntad. El Gran Capitan tenia gran deseo de concertalle con el rey Católico, porque no se fuese á Francia, de que podrian resultar inconvenientes. Moviéronse tratos sobre ello, y ofrecíale treinta mil ducados de renta perpetua en vasallos, parte del reino de Nápoles, parte de España; que era todo lo que él pedia y podia desear en el estado en que se hallaba. Veia el Duque que le venia bien aquel partido, mas no se resolvia sin la voluntad de su padre. Poco adelante la viuda duquesa de Milan, su prima, por no ir á Sicilia, do la convidaban que fuese con la reina de Hungría, su tia, se recogió en aquella ciudad. Esta señora pudo tanto con el Duque, que le hizo escribir una carta de su mano al Gran Capitan, en que le pedia que sin embargo de la libertad que tenia concertada para su persona, por ver que la intencion de su padre era otra de lo que á él le convenia, le rogaba le enviase al servicio de los Reyes Católicos, que esta era su determinada voluntad, dado que por respeto de su padre no se atrevia á publicalla. No parece que el Duque perseveró mucho en este propósito, porque demás que su padre hizo grande esfuerzo con cartas y embajadas que envió al Gran Capitan para que conforme al asiento dejase ir libre á su hijo, que no era de caballero faltar en su palabra, y que se debia acordar de la amistad que le hizo en tiempo de su prosperidad; el Gran Capitan, que le tenia puestas guardas para que no se fuese, por atraelle á lo que deseaba, fuera de la renta que le ofreció antes, de nuevo le prometia de parte del rey Católico de casalle ó con la reina de Nápoles, su sobrina, ó con su hija la princesa de Gales; el uno y el otro partidos muy aventajados. Sospechóse que el conde de Potencia don Juan de Guevara, que andaba siempre á su lado, le mudaba del color que queria. Andaba el Duque por aquellos pueblos de la Pulla, aunque parecia libre, tan guardado, que no se podia ir á parte ninguna, tanto, que apenas podia salir á caza. Por conclusion, este negocio se rodeó de manera, que volvieron al Duque á Taranto. Desde allí se dió órden á Juan de Conchillos que en una galera le llevase á Sicilia y á España, por entender que en presencia las partes mejor acordarian todas sus haciendas, y el Duque se confirmaria mejor en el servicio y aficion del rey Católico, que tanto en deudo le tocaba. No parece se le guardó lo que tenian asentado. En la guerra ¿quién hay que de todo punto lo guarde? En la guerra ¿y no tambien en la paz, y mas en negocio de estado?

CAPITULO XIII.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Los generales de Francia y España, puestos en el reino de Nápoles, comunicaban entre sí y con sus reyes la forma que se podria tener en concordar aquellas diferencias para que se conservase la concordia y no llegasen á rompimiento. Sobre esto poco antes que jurasen al Archiduque por príncipe de Castilla vino á Toledo de parte del rey de Francia el señor de Corcon. La suma de su pretension era que las provincias que se adjudicaron á Francia rentaban menos que la Pulla y Calabria; y que pues era razon se hiciese recompensa, quedase la Capitinata por Francia. A esto respondió el rey Católico que si el rey de Francia se tenia por agraviado en la particion, seria contento que trocasen las provincias; y que si todavía queria recompensa, se hiciese en el Principado y Basilicata que restaban por partir; que la Capitinata era lo mejor de la Pulla, y no era razon que se desmembrase della; en conclusion, que holgaria de dejar aquella diferencia al juicio y determinacion del Papa y de los cardenales. El Francés no venia en ninguno destos partidos, y el trueque no le estaba bien por no privarse de la ciudad de Nápoles y del título de rey de Nápoles y Jerusalem, que conforme á la concordia hecha le pertenecian, y amenazaba que usaria de fuerza, tanto, que un dia como los embajadores de España en este propósito le dijesen que el Rey, su señor, guardaba todo lo asentado, respondió que él hacia lo mismo, y que sobre esto, si fuese menester, haria campo con el rey de España y aun con el Rey de romanos. Respondió Gralla que el Rey, su señor, era tan justo príncipe como en el mundo le hobiese; y cuando fuese conveniente lo defenderia por

su persona á quien quiera que fuese. Replicó el Rey: El rey de España no ha de ser mas que yo. Gralla respondió: Ni vos mas que el Rey, mi señor. La verdad es que el rey Católico se mostró inclinado á la paz, y escribió á su general que por todas vias la procurase; que en esto le haria mas servicio que si con guerra le diese conquistado todo el reino. El primer principio que se dió para venir descubiertamente á las manos, fuera de otras cosas menudas, fué cuando el señor de Alegre, que se intitulaba lugarteniente de Capitinata, entró con gente de guerra para desbaratar el cerco que los españoles tenian sobre Manfredonia, como queda apuntado; y no contentos con esto, en el tiempo que el Gran Capitan se ocupaba en lo de Taranto se apoderaron de la ciudad de Troya, en la Capitinata, y de otras plazas; que si bien los requirieron las restituyesen y no contraviniesen á lo concertado, no hicieron caso. Antes que se pasase mas adelante acordaron los dos generales de venir á habla. Para esto el Gran Capitan, compuestas que tuvo las cosas de Taranto, vino á Atela, el duque de Nemurs á Melfi, pueblos de la Basilicata. Está en medio del camino una ermita de San Antonio; allí acordaron de verse. Llevaron el uno y el otro sus letrados que alegasen del derecho de cada una de las partes. Los franceses decian que la parte de España rentaba setenta mil ducados mas que la de Francia, y que era justo, conforme á lo acordado, hobiese recompensa. Los españoles replicaban que debian ante todas cosas ser restituidos en la Capitinata, de que á tuerto los despojaran, y que hecho esto, serian contentos de cumplir con lo demás que tenian asentado. Despidiéronse sin concluir nada, dado que entre los generales hobo toda muestra de amor y todo género de cumplimiento. Visto que ningunas diligencias eran bastantes para acordarse, determinaron encomendarse á sus manos. Escribieron á sus reyes esta resolucion, hicieron instancia cada cual de las partes para prevenirse de socorros, de gente y de dineros. Junto con esto, el Gran Capitan, por la falta que padecia de mantenimientos, repartió parte de sus gentes por las tierras del Principado. El capitan Escalada con su compañía llegó al lugar de Tripalda; echó algunos franceses que allí alojaban, y se apoderó de aquella villa, que está treinta millas de Nápoles. Otros capitanes españoles se apoderaron al tanto de otras plazas por aquella comarca. Esto tuvieron los franceses por gran befa, tanto, que llegó á oidos del rey de Francia, y mandó embargar todos los bienes que los españoles tenian en aquel su reino; resolucion que parecia muy nueva y exorbitante, que sin pregonar la guerra ni dar término á los españoles para salirse de Francia, les quitasen sus bienes y mercadurías. El rey Católico hacia todavía instancia que los suyos se concertasen, aunque fuese necesario dejar á los franceses lo que tenian en la Capitinata, que era la mayor parte. Tornaron pues los generales á juntarse de nuevo en aquella ermita de San Antonio, nombraron personas que hiciesen el repartimiento de nuevo, de manera que los franceses mostraban contentarse, ca entraban en division el Principado, Basilicata y Capitinata, que era todo lo que podian desear. Mientras este repartimiento se hacia, los franceses reforzaron su campo de mil suizos y docientas lanzas que les vinieron de Francia, junto con cantidad de dineros para paga y socorro de la gente; creciéronles con tanto el brio. Acordaron con este socorro de romper la guerra de nuevo; apoderáronse de Venosa, en que estaba el capitan Pedro Navarro, que á instancia de sus soldados rindió aquella plaza á partido; tomaron á Cuarata, que se la entregó Camillo Caraciolo; el uno y el otro pueblo están á doce millas de Barleta, do á la sazon se hallaba el Gran Capitan con la mayor parte de su gente. En el mismo tiempo se rebeló Viseli, pueblo del principado de Altamura. Acudieron los españoles á recobralle con las galeras; pero ya que le habian entrado por fuerza, fueron rebatidos por los franceses que sobrevinieron en defensa de aquel lugar. El estío en esta sazon iba muy adelante, y el campo francés en Cuarata padecia falta de agua y de mantenimientos, ca nuestra caballería les tomaba los pasos por donde les venian. Acordaron salir dende, y por la via que antes llevaran volvieron á ponerse á la ribera del rio Ofanto. Allí, por estar muy cerca de Barleta, á los últimos de agosto el Gran Capitan con su gente muy en órden les presentó la batalla. Como no saliesen á ella, antes continuasen su camino la vuelta de Melfi, algunos capitanes de caballos les fueron picando en la retaguardia de manera, que les mataron alguna gente y les tomaron buena parte del fardaje y parte de la recámara del duque de Nemurs y señor de Aubeni, caudillos principales de aquel campo. Esperaban los franceses otros mil suizos que eran llegados á Nápoles y cuatrocientas lanzas que llegaran á Florencia, y hasta su venida no se querian aventurar. El Gran Capitan para prevenirse hacia instancia con el Rey le enviase con su armada gente y dineros, en particular pedia cuatrocientos jinetes y dos mil gallegos y asturianos. Al embajador don Juan Manuel avisó en todo caso le encaminase dos mil alemanes para mezclallos con los españoles; y para recebillos y encaminallos por el mar Adriático envió á Ancona á micer Malferit. El rey Católico no se descuidaba; antes mandó aprestar una armada y por su general á Bernardo de Vilamarin, para que llevase dineros y gente, en particular docientos hombres de armas y otros tantos jinetes en algunas galeras, de las cuales le nombró por almirante. Por otra parte, persuadia al César hiciese la guerra en Italia á que tenia tanto derecho, y pusiese en posesion de Milan uno de los hijos del Duque despojado, que andaban desterrados y pobres en su corte. Venia otrosí en que pusiese en Florencia al duque Valentin para que tuviese aquel estado por el imperio con título de rey; esto por tener al Papa de su parte, que sumamente lo deseaba, con quien el rey Católico pretendia por medio de su embajador aliarse.

CAPITULO XIV.

Que el Archiduque partió para Flándes.

Entretúvose el rey Católico algunos dias en Toledo para festejar á los príncipes, sus hijos, que dejó allí con la Reina, y él con intento de allanar los aragoneses, partió la via de Zaragoza á los 8 del mes de julio. Tenia convocadas Cortes de los aragoneses para los 19

del mismo mes; desde el camino envió prorogacion dellas. Hallábase en Zaragoza por principio del mes de setiembre. Allí, por la priesa que el Gran Capitan daba por la armada, dió órden qué se acabase de aprestar otra de nuevo á toda diligencia, y que con parte della partiese Manuel de Benavides, y en su compañía cuatrocientas lanzas, por mitad hombres de armas y jinetes, y trecientos infantes. Poco adelante mandó que con el resto de la armada partiese Luis Portocarrero, señor de Palma, caballero que mucho sirvió en toda la guerra de Granada, para que con igual poder al Gran Capitan ayudase en aquella guerra. Fueron en su compañía en aquella jornada trecientos hombres de armas y cuatrocientos jinetes y tres mil infantes. Todo fué necesario por el mucho aprieto en que las cosas estaban en aquel reino, especial en Calabria. Junto con esto trató el Rey de ligarse con venecianos, que mostraban inclinarse mucho á ello. Para mejor expedicion deste particular tornó á enviar á Lorenzo Suarez de Figueroa á Venecia para que lo concluyese y ofreciese á aquella señoría de su parte ayuda para lo de Milan ó del Abruzo, provincias de que mucho deseaban apoderarse. Hízose la proposicion de Cortes en Zaragoza el dia señalado. Pidió el Rey que pues el príncipe don Miguel era muerto, jurasen por príncipes á la archiduquesa doña Juana, como hija mayor suya, y á su marido. Asimismo pedia le sirviesen para la guerra de Nápoles, pues era tan propia de aquella corona. Vinieron los aragoneses fácilmente en lo que se les proponia. Entre tanto que se trataba de la ayuda para la guerra, proveyó el Rey que los príncipes apresurasen su venida, que aun no eran llegados. Fueron recebidos con mucha alegría, y á los 27 dias de octubre les hicieron el homenaje con las ceremonias y prevenciones que los aragoneses acostumbran. Así la princesa doña Juana fué la primera mujer que en Aragon hasta entonces se juró por heredera, ca la reina doña Petronila no fué jurada por princesa, ni entonces se usaba, sino recebida por reina. Partióse poco despues el Archiduque para Madrid, y trás él la Princesa; hízola el Rey compañía. Para presidir en las Cortes de Aragon hasta que se concluyesen, nombró á su hermana la reina de Nápoles, la cual de meses atrás publicó querer pasar á Italia, y con este intento se partió de Granada, donde á la sazon residian los reyes. Acordaron que todo el tiempo que en Aragon se detuviese fuese gobernadora de aquel reino como antes lo era don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza, hijo del rey Católico. El Archiduque de mala gana se detenia en España; y de peor sus cortesanos, por los cuales se dejaba gobernar, en especial por el arzobispo de Besanzon que le hizo compañía en este viaje, y falleció en España los dias pasados, y por el señor de Vere, personas de aficion muy franceses. Tomó color para partirse que Flándes quedó á su partida desapercebida de gente; que por causa del rompimiento entre España y Francia podria recebir algun daño si él no asistiese. Procuraron los reyes apartalle deste propósito, mayormente que la Princesa se hallaba muy preñada. No bastó diligencia alguna ni para detenelle ni para que no pasase por Francia en tiempo tan revuelto. Decia él que seria parte con aquel Rey para que se viniese á concordia, de que por el mismo tiempo habia dado intencion y propuesto se restituyese el rey don Fadrique en su reino con ciertas condiciones y tributo que queria le pagase; donde no, que los dos reyes renunciasen sus partes, el Católico en su nieto don Cárlos, y el de Francia en su hija Claudia, para que le llevase en dote y se efectuase el casamiento entre los dos como lo tenian concertado. Todo esto pareció entretenimiento, y á propósito para descuidar al rey Católico y tomar á sus capitanes desapercebidos. En conclusion, el Archiduque partió de Madrid, donde dejó con sus padres á la Princesa; tomó el camino de Aragon y de Cataluña y por la villa de Perpiñan. Vínole allí el salvoconducto del rey Ludovico, con que entró en Francia, y siguió su camino hasta Leon, en que á la sazon se hallaba el rey de Francia y el cardenal de Ruan, legado del Papa; pero esto fué al fin deste año y principio del siguiente. Volvamos á la guerra de Nápoles.

CAPITULO XV.

Si fuera conveniente que el rey Católico pasara á Italia.

Continuábase en esta sazon la guerra en el reino de Nápoles, y el fuego se emprendia por todas partes. La mayor fuerza cargaba en lo de la Pulla y en Calabria. Los príncipes de Salerno y de Bisiñano y Rosano y el conde de Melito estaban en aquella parte muy declarados por Francia. Acordaron los franceses de acudir á aquella provincia con mas fuerzas; para esto que en la Capitinata quedase el señor de Alegre con trecientas lanzas, en tierra de Bari monsieur de la Paliza con otras trecientas y mil soldados; para guarda de la Basilicata nombraron á Luis de Arsi con cuatrocientas lanzas y alguna gente de á pié. El duque de Nemurs pretendia ir á Calabria con docientas lanzas y mil infantes, y que monsieur de Aubeni quedase en Espinazola con toda la demás gente á veinte y cuatro millas de Barleta. Porfió el de Aubeni que le consignasen lo de Calabria, ca pretendia el ducado de Terranova, de que hiciera merced el rey Católico al Gran Capitan. Por esta porfía concertaron que ambos se enderezasen hácia la parte de Calabria. Con todo, el de Aubeni fué primero á la tierra de Bari con ciento cincuenta lanzas y mil infantes. El de Nemurs, dado que publicaba ir á Calabria, revolvió la via de Taranto. Tomó de camino á Matera y Castellaneta, pueblos de poca defensa; y desbarató al conde de Matera y al obispo de Mazara que halló en Matera con alguna gente. Con esto se puso sobre Taranto, do pensó hallar al duque de Calabria, que nueve dias antes de su llegada era ya partido para Sicilia. Salieron algunas compañías de españoles que alojaban en aquella ciudad, cargaron con tal denuedo y dieron sobre las estancias de los contrarios, que los forzaron á levantar con vergüenza el campo y pasalle á una casa fuerte, distante á veinte y dos millas de Taranto, y esto con intento de revolver sobre el territorio de Bari y allí juntarse con el de Aubeni y apoderarse de Bitonto ó encaminarse á Calabria. Sucedió que los franceses que alojaban en la Basilicata, que era el mayor golpe del campo francés, enviaron á Barleta un trompeta enderezado á

don Diego de Mendoza, con un cartel en que once caballeros franceses desafiaban otros tantos españoles para hacer con ellos el dia siguiente á hora de nona campo. Señalaron lugar entre Barleta y Viseli y asegurároule. Ponian por condicion que los vencidos quedasen por prisioneros de los vencedores. Aceptó el desafío el Gran Capitan, si bien el término era muy breve. Escogiéronse los once, y entre los demás el muy famoso Diego García de Paredes, que, como muy valiente que era, sirvió en esta guerra muy bien, y al principio della pasó en Calabria por coronel de seiscientos soldados. El dia siguiente luego por la mañana se pusieron en órden. El Gran Capitan para animallos delante Fabricio y Próspero Colona y el duque de Termens y otros muchos caballeros les habló en esta manera: «La primera cosa que en el hecho de las armas deben los caballeros hacer es justificar su querella. Desta no hay que dudar, sino que la justicia de nuestros reyes es muy clara, y que por el consiguiente será muy cierta la victoria. Concertaos por tanto muy bien y ayudaos en el pelear como lo sabeis hacer, y acordaos que en el trance desta pelea se aventura la reputacion y honra de nuestra patria, el servicio de nuestros reyes y el bien y alegría de todos los que aquí estamos, títulos que cada cual dellos obliga al buen soldado á posponer la vida y derramar por ellos la sangre. Que si no es con la victoria, ¿con qué rostro volveréis, soldados? ¿Quién os mirará á la cara?» A estas palabras respondieron todos que estaban prestos á perder las vidas antes que faltar al deber. Salieron con cuatro trompetas y sendos pajes. Entraron en la liza una hora antes que los contrarios. El combate fué muy bravo; el suceso que de los franceses quedó uno muerto y otro rendido y nueve heridos, y muertos otros tantos caballos. De los españoles uno rendido y dos heridos y tres caballos muertos. Llegó el combate hasta la noche; no pudieron los españoles rendir á los franceses que peleaban á pié, porque se hicieron fuertes entre los caballos muertos; así, aunque el daño que recibieron fué mayor, todos salieron del palenque por buenos, de que el Gran Capitan mostró mucho descontento, que pretendia saliera del campo los españoles mas honrados y no desistieran hasta tanto que á todos los contrarios tuvieran rendidos y quedara por ellos el campo. A esta sazon el rey de Francia para dar mas calor á aquella guerra y acudir de mas cerca á todo lo necesario, se determinó pasar en Italia puesto que se detuvo en Lombardía. Lo mismo pretendia hacer el rey Católico, y este intento llevaba cuando fué á Zaragoza á que le convidaban los ejemplos de sus antepasados los reyes de Aragon, que con su presencia en Cerdeña, Sicilia y Nápoles acabaron cosas que por sus capitanes no pudieran ó con gran dificultad. Era este negocio muy grave. Consultóse con grandes personajes. Los pareceres, como suele acontecer, eran diferentes y contrarios. El comendador mayor don Gutierre de Cárdenas, persona muy anciana y de grande experiencia, en una consulta que se tuvo sobre el caso hizo un razonamiento en presencia del Rey desta sustancia: «Yo quisiera, señor, en negocio tan grave oir antes que hablar; pero pues soy mandado, diré lo que siento con toda verdad. Todo hombre que quiere emprender alguna cosa grande debe hacer balanzo de lo que en aquella pretension se puede ganar, con lo que se aventura á perder. Porque como no acometer empresas dificultosas es de bajo corazon, así es temeridad por las de poco momento poner á riesgo lo que es mas. En este negocio si miro la reputacion, que importa mucho conservar, veo que será mayor si vuestros capitanes salen con la victoria, y si se pierde, menos daño que ellos sean vencidos que su señor. Principalmente que la guerra podrá estar concluida cuando lleguemos allá, que forzaria á dar la vuelta con mengua y sin hacer nada; pues si por los nuestros estuviese la victoria, será suya la honra, y nuestro trabajo en balde; y si fuesen vencidos, ¿qué fuerzas bastarán á comenzar de nuevo el pleito aunque se hallasen juntas todas las de España? Las potencias de Italia están á la mira, inclinadas á seguir el partido de España; si se persuaden hay flaqueza de nuestra parte y que no bastan las fuerzas, sino que es necesaria la presencia del Rey, podrán tomar otro camino. Yo no soy de parecer que los príncipes pasen en ociosidad su vida; pero tampoco deben poner á peligro sus personas en casos no necesarios. ¿Quién no ve los peligros del mar en navegacion tan larga? Quién no mira cuán grande es por la mar el poder de ginoveses y cuán pujantes están, en especial si con ellos se juntan las armadas de Francia, como se puede temer para hacer rostro á las nuestras? Quién será de parecer que la vida y salud del Rey se aventure en el trance de una batalla naval, donde tanta fuerza tiene la ventura y tan poco el valor? Como se puede considerar en vuestro tio el rey don Alonso cuando fué vencido y preso con sus hermanos por pocas naves de Génova. No digo nada del desgusto de los grandes que podrán alterar el reino si se ausenta el que los enfrena y tiene á raya. Cuando todo lo demás cesase, ¿cómo podréis dejar á la Reina, que está doliente y sentirá á par de muerte semejante viaje? Si algunos reyes de Aragon pasaron el mar, los tiempos y ocasiones eran diferentes, y no siempre nuestros mayores en sus hechos acertaron. Que deseeis vestir arnés y hallaros en la guerra, no me maravillo, pues os criastes en ella desde vuestra niñez; pero mi parecer es que si esto pretendeis la rompais por España y forceis al enemigo á volver á sus fuerzas á estas partes, traza con que enflaquecerá en lo de Nápoles y aun porná á riesgo lo de Milan. Este, señor, es mi parecer; si acertado, sean á Dios las gracias; si contra el vuestro, merece perdon mi lealtad. Lo que vos determináredes eso será lo mejor y mas acertado; y si fuere de ir á Italia, yo seré el primero que con esta edad y canas os haré compañía, ca resuelto estoy de aventurar vida y hacienda antes que faltar en lo que soy obligado; mas el que es consultado, debe libremente decir lo que siente, y el que consulta oir con paciencia y de buena gana al que habla.» Grande fué el aplauso que los que se hallaron presentes dieron á las razones del Comendador mayor, que parecieron muy concertadas y dignas de persona tan avisada. Divulgóse este parecer, y un prelado, cuyo nombre no se dice, sin ser consultado sobre el caso, dió al Rey escrito un papel desta sustancia: «El atrevimiento que tomo de dar consejo sin ser lla-

»mado merece perdon; pues el negocio es comun, todos tenemos licencia de hablar. Si los inconvenientes y peligros se deben considerar tan por menudo como el Comendador mayor dicen los ha encarecido, nadie acometerá hecho alguno que tenga dificultad. Ni el labrador se pondrá al trabajo de la sementera, ni el piloto á los peligros del mar, ni el soldado embrazará las armas con riesgo de su vida, finalmente, nadie cumplirá con su oficio. Esta es la miseria de los hombres, que ninguna cosa grande da Dios ó la naturaleza á los mortales sino á costa de mucho afan. No hay duda sino que el primer oficio y mas propio de los reyes es el cuidado de la guerra, de juntar y gobernar sus huestes, sea para defenderse, sea para acometer cuando es necesario; y nadie puede negar sino que esto se hace mejor en presencia del Rey que por otro, sea quien fuere. Acúdenle sus vasallos y acompáñanle; los pequeños, los medianos y los mayores tienen por cosa vergonzosa quedarse en casa cuando su cabeza y su Rey se pone al trabajo. Nadie se desdeña de seguille, como quier que muchos tengan por afrenta ser gobernados por los que son menos que ellos. El ejemplo está en la mano. ¿Cuál de los grandes, decidme, es ido á la guerra de Nápoles con tener el general partes tan aventajadas en todo? Fuera desto, el dinero, municiones y todo lo demás se despacha mas en breve. Las determinaciones en las dificultades son mas acertadas cuando el Rey ve por sus ojos lo que pasa. Lo que viene de tan léjos determinado y proveido tarde llega, y muchas veces fuera de sazon, por no decir que las mas veces va errado. El amor de los soldados para con su príncipe es la cosa mas importante en la guerra; este nace del conocimiento, porque son como los perros, y así los llama Platon, que halagan á los que conocen, y ladran á los extraños. En presencia de su príncipe que los ha de premiar, los valientes se hacen leones, y los cobardes se avergüenzan. Homero aludió á esto cuando finge que los mismos dioses se hallaban en las batallas, y que el rey Agamenon llamaba por sus nombres á todos los soldados. Por cierto Alejandro y César nunca hazañas tan grandes acabaran si quedándose en su regalo se encomendaran á sus capitanes. ¿Quién echó por el suelo la grandeza del imperio romano? ¿Los príncipes que se contentaron de dar órden en las cosas de la guerra desde su casa? Y por dejar cuentos antiguos, yo creo, señor, que los moros se estuvieran hoy en España si vos mismo no fuérades á la conquista de Granada. Cárlos, rey de Francia, ¿cuán en breve allanó con su presencia todo lo de Nápoles? Su ausencia fué causa que se volviese á perder lo ganado. Los trabajos no son grandes á causa que á los reyes nunca falta el regalo y el servicio; y el aplauso que todos les dan hace que se sientan menos las incomodidades. Pues ¿qué diré de los peligros del mar? ¿Cuándo vimos algun rey ahogado? Por cierto muy raras veces. Y si el rey don Alonso quisiera excusar aquella batalla naval con que nos espantan, nadie le forzara á dalla. La mucha confianza de sí, el desprecio de los enemigos fueron ocasion de aquel desastre, del cual salió tan bien por el respeto que á su persona se tuvo como á rey, que fué casi el todo para allanar sus contrarios. Que si todavía parece duro que el Rey se halle en las batallas y ponga á riesgo su vida, por lo menos podrá ir á Sicilia, visitará aquel su reino, y dará asiento en sus cosas, y con mas calor se acudirá como de tan cerca á la guerra de Calabria y Pulla. Esto es lo que yo siento en el caso presente; bien sé que mi parecer no agradará á todos, mas no son peores las medicinas que no dan gusto al paladar.» El voto del Obispo, aunque libre, pareció á muchos muy acertado, aun á los mismos que deseaban lo contrario; y si no se conformaban con él, mas era por falta de voluntad que por no aproballe. Siguióse pues el del Comendador mayor que era mas á gusto de todos y mas recatado; en especial que se le arrimaron don Enrique Enriquez, tio del Rey, don Alvaro de Portugal, presidente del Consejo Real, Garci Laso de la Vega, Antonio de Fonseca y Hernando de la Vega, personas de grande autoridad y conocida prudencia. El mismo Gran Capitan por sus cartas se conformaba con esto, y aun daba por muy cierta la victoria, seguridad que en los grandes capitanes no se suele tener por acertada. A la verdad las asonadas de guerra que por las fronteras de Francia se mostraban no daban lugar á que la persona del Rey se ausentase.

CAPITULO XVI.

Que los españoles segunda vez presentaron la batalla á los franceses.

Al mismo tiempo que en Zaragoza se trataba de la jura de los príncipes archiduques, el partido de España iba muy de caida en Calabria. Acudió el Virey á Mecina, juntó la gente extranjera que pudo para socorrer á los suyos. De Roma, don Hugo y don Juan de Cardona, hermanos del conde de Golisano, dejado el cómodo que tenian muy honrado acerca del duque Valentin en la Romaña, á persuasion del embajador Francisco de Rojas llevaron á la misma ciudad docientos y cuarenta soldados, gente escogida. Luego que llegaron al puerto de Mecina, con su gente y la demás que pudieron recoger, pasaron el faro á tiempo que el conde de Melito, hermano del príncipe de Bisiñano, tomada Terranova, sitiaba el castillo y le tenia muy apretado. Don Hugo hizo marchar la gente hácia aquella parte, y desbaratado el Conde que le salió al encuentro, hizo alzar el cerco, y aun los príncipes de Salerno y de Bisiñano, que estaban sobre Cosencia, fueron forzados, dejado aquel cerco, por reparar el daño á bajar á la llanura de Terranova. Sucedió este encuentro cuatro dias antes que Manuel de Benavides llegase con la gente que traia en quince naves al puerto de Mecina. Entre los demás capitanes vino Antonio de Leiva, soldado muy bravo y capitan muy prudente, y mas en lo de adelante. Pasaron lo mas en breve que pudieron á Calabria para juntarse con don Hugo y con los demás. Acordaron los príncipes, que se recogieron en Melito, que el Conde con setecientos suizos y algunos caballos y gente de la tierra fuese á ponerse sobre Cosencia. Llegó á alojar á la Mota de Calamera, que está tres millas de Rosano, do alojaba la mayor parte de los españoles, que amanecieron sobre aquel lugar, y como era flaco y abierto, le entraron. De los contrarios, unos fueron muertos, otros

huyeron, algunos con el Conde se retiraron al castillo. Y porque se tuvo nueva que el señor de Aubeni con todo su poder iba en socorro del Conde, los españoles dieron la vuelta á Rosano. Por el mismo tiempo Fabricio de Gesualdo, hijo del conde de Conza y yerno del príncipe de Melfi, que era frontero de Taranto, fué á correr la tierra de aquella ciudad. Salieron contra él Luis de Herrera y Pedro Navarro, capitanes de la guarnicion en Taranto. Esperaron en cierto paso á los contrarios, en que todos fueron presos ó muertos, que no escaparon sino tres; el mismo Fabricio quedó cautivo. En lo demás de la Pulla se hacia la guerra tanto con mayor calor, que cada cual de las partes pretendia cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reino. Los encuentros fueron diversos, que seria largo el relatallos por menudo; el daño de los naturales muy grande. Españoles y franceses hacian presas en los ganados de la gente miserable. Por atajar estos daños acordó el duque Nemurs en Canosa, do estaba, de venir con todo su campo á romper una puente del rio Ofanto, distante cuatro millas de Barleta. Parecíale que, quitada aquella comodidad, los contrarios no podrian con tanta facilidad pasar á hacer correrías en la Pulla, en especial al tiempo que aquel rio con las lluvias coge mucha agua. Asimismo el señor de Aubeni, luego que entró en la Calabria, fué sobre los contrarios que se hallaban en Terranova. El lugar era flaco y falto de bastimentos; acordaron dejalle y por la sierra pasar á la Retromarina. Atajáronles los pasos los franceses. Así, en aquellas fraguras hicieron huir de los españoles la gente de á pié, y de los caballos prendieron hasta cincuenta, parte hombres de armas, parte jinetes, los mas de la compañía de Antonio de Leiva, que en aquella apretura peleó con mucho esfuerzo; los mas empero se retiraron á Girachi y otras fuerzas de aquella comarca. Con esta rota, que fué segundo dia de Navidad, ganó tanta reputacion el señor de Aubeni, que casi toda la Calabria se tuvo luego por él. Cuatro dias adelante el de Nemurs, como lo tenia acordado, vino con su campo sobre la puente de Ofanto, y con la artillería abatió el arco de en medio junto con una torre que á la entrada de aquella puente quedó medio derribada desde que los dias pasados pasó otra vez por allí. Tuvo el Gran Capitan aviso de la venida del duque de Nemurs. Hizo venir la gente que tenia en Andria, que era buen golpe. Tardaron algun tanto, pero en fin pudo salir á tiempo que descubrió los contrarios; mas ellos no quisieron aguardar, antes volvieron por el camino que eran idos. Envió el Gran Capitan á decir al Duque con un trompeta que ya él iba, que le aguardase. Respondió que cuando Gonzalo Fernandez estuviese tan cerca de Canosa como él llegó de Barleta, le daba la palabra de salir á dalle la batalla. A este mismo tiempo por la via de Alicante llegó á Madrid, do los reyes se hallaban, el duque de Calabria; y magüer que iba preso, el tratamiento y recibimiento que se le hizo fué como á hijo de rey. Por otra parte, el duque Valentin hacia la guerra en la Romaña con grande pujanza, ca el primer dia de enero del año de 1503 se le entregó Senagalla, que era del hijo del Prefecto, sobrino del cardenal Julian de la Ruvere. Sobre seguro prendió allí á Francisco Ursino, duque de Gravina, que se fué á ver con él, junto con Pablo Ursino, Vitelocio y Oliveroto de Fermo. El Papa, avisado desto al tanto, hizo luego en Roma prender al cardenal Ursino. Todo se enderezaba á ejemplo de los coloneses, que andaban desterrados y pobres por la violencia del Papa, á destruir asimismo la casa de los Ursinos y apoderarse de sus estados, sin embargo que poco antes hiciera una estrecha confederacion con ellos. Poco despues cobró él mismo á Perosa y Civita Castelli, y aun pretendia apoderarse de las repúblicas de Sena, Luca y Pisa. Solo enfrenaba esta su codicia demasiada el temor del rey de Francia, que tenia estas ciudades debajo de su proteccion, con que podia desde Francia enviar sus gentes hasta Nápoles como por su casa sin que nadie le pusiese impedimento; dado que la guerra entre Florencia y Pisa se continuaba, y los pisanos por valerse del rey Católico pretendian poco antes deste tiempo ponerse debajo de su amparo. No quiso él por entonces tratar dello por respetos que tuvo; cuando quiso volver á la plática era pasada la coyuntura. De Portugal dos primos, Alonso y Francisco de Alburberque, con cada tres naves partieron para la India Oriental.

CAPITULO XVII.

Que el señor de la Paliza fué preso.

El Gran Capitan en Barleta, do tenia sus gentes, se hallaba en grande aprieto, y era combatido de contrarios pensamientos. Por una parte no queria salir al campo hasta tanto que asegurase su partido con la venida de los alemanes, y el socorro que de España venia, que aguardaba por horas. Por otra parte la falta de bastimentos le ponia en necesidad de desalojar el campo, y ir en busca del enemigo, que tenia su gente repartida en Monorbino, donde el general estaba, y Canosa y Ciriñola, pueblos mas proveidos de mantenimientos. En esta perplejidad siguió el camino de en medio, que fué enviar diversas compañías y escuadrones á correr la comarca, traza muy á propósito para juntamente conservar la reputacion, ejercitar su gente y entretenerse con las presas. Con esta resolucion, á 15 de enero, salió de Barleta. Envió delante al comendador Mendoza con trecientos jinetes para que corriesen la tierra hasta Labelo, distante veinte y cinco millas de allí, y que alcanzaba buena parte de la aduana. El con la demás gente se puso á cuatro millas de Monorbino para hacer rostro si los franceses saliesen contra los suyos. Arrancaron los corredores en aquella salida mas de cuarenta mil ovejas. Salieron de la Ciriñola docientos hombres de armas y otros tantos archeros para juntarse con otros tantos que alojaban en Canosa y ir juntos á quitalles la presa. La gente del Gran Capitan los quiso atajar, pero con mal órden, que fué causa que se pudiesen entrar en Canosa, aunque con pérdida de alguna gente. No salió el de Nemurs, y así los nuestros se pudieron recoger con la presa que llevaban. Cuatro dias despues por aviso que tuvieron que el señor de la Paliza salia con quinientos caballos á correr lo de Barleta, salieron el Gran Capitan y don Diego de Mendoza á ponerse en dos pasos por donde los franceses forzosamente habian

de pasar. Cayó el de la Paliza con su caballo al salir, que fué causa de quedarse con la mas gente; solo fué un su teniente, por nombre Mota, con setenta, parte hombres de armas, parte archeros, á hacer la correría. Cayeron en la celada, y de todos no se salvaron sino dos que no fuesen muertos ó presos. Entre los demás quedó en poder de don Diego de Mendoza Mota, teniente del Capitan. Este en pláticas que tenia se adelantó á decir mal de la nacion italiana. Volvia Iñigo Lopez de Ayala por los italianos y defendíalos con buenas razones. El Francés con el calor y porfía se arrojó á decir que si diez italianos quisiesen hacer armas con otros tantos franceses, que él seria uno dellos, y les probaria ser verdad lo que decia. Llegó esta plática á orejas de los italianos que estaban allí en servicio de España. Quejáronse al Gran Capitan, y pidieron licencia para volver por su nacion. El se la dió de buena gana. Hobo demandas y respuestas sobre asegurar el campo y sobre el número de combatientes; en fin, señalaron el campo entre Andria y Cuarata. Juntamente acordaron que de cada parte peleasen trece. Salieron á los 13 de febrero los unos y los otros, y el Gran Capitan, por lo que pudiese suceder, se puso con toda su gente cerca de Andria. Los jueces señalaron los puestos á los unos y á los otros. Hacia grande viento y ayudaba á los italianos. Pidieron los franceses que el viento se dividiese; no se acordaron los jueces en esto. Encontráronse con las lanzas, y dado que casi á todos los franceses se les cayeron por el gran viento, ningun caballo fué muerto ni caballero derribado. Vinieron á los estoques y hachas, en que los italianos se aventajaron tanto, que en espacio de una hora á los franceses todos echaron del campo y los rindieron; quedó uno dellos muerto, y otro muy mal herido. De los italianos uno solo quedó herido ligeramente. Con esta victoria entraron aquellos caballeros aquella noche en Barleta, los doce prisioneros delante. Fué grande el contento de todos, y mas del Gran Capitan, que para mas honrallos los hizo cenar consigo. A la misma sazon salieron de Taranto Luis de Herrera y Pedro Navarro con su gente; tomaron por trato á Castellaneta y otros muchos lugares por aquella comarca. Ofrecíase otra empresa de mayor importancia; alojaban el señor de la Paliza, que se llamaba virey del Abruzo, y el lugarteniente del duque de Saboya en un pueblo, que se llama Rubo, diez y ocho millas distante de Barleta; tenian pasados de quinientos soldados entre hombres de armas y archeros. Deseaba el Gran Capitan dar sobre ellos. Tuvo aviso que el duque de Nemurs iba á recobrar á Castellaneta, y que con el príncipe de Melfi quedaba en Canosa la fuerza del ejército francés, y que de nuevo otros ciento y cincuenta soldados eran idos á Rubo por asegurar mas aquella plaza. Con este aviso un miércoles, á 22 de febrero, salió al anochecer el Gran Capitan con mil caballos y tres mil infantes y algunas piezas de artillería. Con esta gente y aparato amaneció sobre Rubo. Asestaron la artillería. Los soldados, antes que el muro estuviese abatido del todo, sin órden acometieron con deseo de tomar el pueblo á escala vista. Fueron por los de dentro rebatidos, y retiráronse, aunque sin daño. Prosiguieron la batería, y derribada buena parte del muro, tornaron los de España á acometer. Los de dentro se defendian muy bien, y el combate fué muy sangriento; mas en fin, los de España entraron por fuerza. Murieron docientos franceses, y quedaron heridos otros muchos. El señor de la Paliza con una herida en la cabeza al salir del lugar, ca pretendia salvarse, fué preso. El teniente del duque de Saboya se retiró al castillo para defenderse hasta que llegase el socorro; pero como se plantase la artillería para batille, se rindió á merced. Fueron asimismo presas otras personas de cuenta que hacian grande falta en el campo francés. De los vencedores murieron pocos. Don Diego de Mendoza á la entrada fué herido en la cabeza con una piedra que le sacó de sentido; pero todo el daño quedó en el almete. Con esta victoria y con el saco se retiraron luego los nuestros porque no cargase la gente francesa, que no estaba léjos, mayormente que el de Nemurs, avisado que fué de la resolucion del Gran Capitan, sin tomar á Castellaneta dió la vuelta para juntarse con el príncipe de Melfi y acorrer á Rubo. Su venida fué tarde, por donde ni en lo uno ni en lo otro hizo algun efecto; y desde este tiempo sus cosas comenzaron á ir de caida, en especial que un Perijuan, caballero de San Juan, provenzal de nacion, el cual con cuatro galeras y dos fustas era venido de Rodas en favor de franceses y impedia á los nuestros las vitualias y aun tomaba los bajeles que andaban desmandados por aquellas riberas de la Pulla, fué desarmado por los nuestros. Lezcano, cabo de cuatro galeras que andaban por aquellas costas de Pulla, hombre diestro en el mar, las reforzó de remeros y puso en ellas quinientos soldados para acometer al enemigo. Fué en su busca la vuelta de Brindez; él, aunque tenia mas número de bajeles, no se atrevió á pelear, metióse en el puerto de Otranto, fiado en el amparo de venecianos. Lezcano no se curó desto; tomó primero una nao y una carabela que halló fuera del puerto con otros bajeles; con esto fué tanto el miedo de Perijuan, que sin aventurar á defenderse, de noche sacó la gente y la ropa que pudo, y echó á fondo las galeras y fustas con la artillería porque dellas no se aprovechasen los enemigos. El almirante Vilamarin se tenia en el puerto de Mecina con algunas galeras para asegurar aquella costa y acudir á la parte que fuese necesario. Para reforzarse aguardaba la venida de Luis Portocarrero. Por otra parte, pretendia el Gran Capitan viniese á surgir en algun puerto de la Pulla, porque no se detuviese en lo de Calabria, como lo hizo Manuel de Benavides, contra el órden que él tenia dado, es á saber, que fuese á juntarse con él. Este mismo órden se dió á Luis de Herrera y Pedro Navarro que guardaban á Taranto; y á Lezcano, que desarmado el contrario luego desembarcó los quinientos soldados, y al obispo de Mazara, que estaba en Galípoli, que con sus gentes acudiesen á Barleta; todo á propósito de rehacerse de fuerzas para dar la batalla de poder á poder á los franceses y de una vez concluir con aquella guerra.

CAPITULO XVIII.

Que el marqués del Vasto se declaró por España.

El mismo cuidado de rehacerse de fuerzas tenia el duque de Nemurs en Canosa, tanto mas, que los espa-

ñoles en diversos encuentros le mataban mucha de su gente, ca en San Juan Redondo el capitan Arriaran, que se tenia en Manfredonia, pasó á cuchillo docientos franceses; Luis de Herrera y Pedro Navarro cerca de las Grutallas mataron otros docientos y prendieron cincuenta que les tenian tomado un paso al salir de Taranto, segun que les fuera ordenado. Mas adelante estos dos capitanes y Lezcano, entre Conversano y Casamaxima desbarataron y prendieron al marqués de Bitonto, el cual con obra de quinientos hombres de á pié y de á caballo se iba á juntar con el duque de Nemurs. Murieron en la refriega, entre otros muchos, Juan Antonio Acuaviva, tio del Marqués, y un hijo suyo. Lo mismo sucedió al capitan Oliva, que se encontró con una compañía de franceses y los desbarató con muerte de treinta dellos. Don Diego de Mendoza dió sobre cincuenta caballos y setenta de á pié que salieron de Viseli contra los forrajeros del campo español, en cuya guarda él iba. Los caballos se retiraron á Viseli; los de á pié á una torre, en que fueron combatidos y muertos. Movido destos y otros semejantes daños el duque de Nemurs, envió á avisar al señor de Aubeni y á los príncipes de Salerno y Bisiñano que dejado el mejor órden que pudiesen en Calabria, se viniesen á juntar con él para dar la batalla á los contrarios. No obedecieron ellos por entonces á este órden por causas que para ello alegaron. El Gran Capitan tenia el mismo deseo de venir á las manos, y los unos y los otros eran forzados á aventurarse por la gran falta de bastimentos que padecian; y retirarse de los alojamientos en que estaban fuera perder reputacion, que temian que la tierra se les rebelase. Verdad es que una nave de venecianos á esta sazon llegó á Trana cargada de trigo, que vino á poder de los nuestros, y otras cinco en dos veces arribaron de Sicilia con seis mil salmas de trigo, ayuda con que el Gran Capitan se pudo entretener algun tiempo junto con las presas que de ordinario de ganados se hacian. Traia de dias atrás sus inteligencias con las ciudades del Abruzo, y en particular con la ciudad del Aguila; por otra parte Capua, Castelamar, Aversa y Salerno se le ofrecian. Acordó con todas que luego que saliese en campaña se levantarian por España. Recibió á concierto al conde de Muro, dado que fué el primero á alzarse por los franceses en Basilicata, do tenia su estado. El de Salerno trató de pasar á la parte de España, y aun ofrecia de casar con hija del Gran Capitan. Poco se podia fiar de su constancia ni de la del príncipe de Melfi, que al tanto daba muestra de querer reducirse. La cosa de mas importancia que en este propósito se hizo fué que don Iñigo Davalos se declaró del todo por el rey Católico con la isla de Iscla, en que se entretenia á la sazon. Era el orígen deste caballero de España, ca don Iñigo Davalos, hijo del condestable don Ruy Lopez Davalos, gran camarlengo del reino de Nápoles, casó con Antonela de Aquino, hija heredera de Bernardo Gaspar de Aquino, marqués de Pescara. Deste matrimonio nació don Alonso Davalos, marqués de Pescara, al que mató sobre seguro un negro en un fuerte de Nápoles, y dejó un hijo niño, que se llamó don Fernando. Nació asimismo don Iñigo, á quien el rey don Fadrique hizo marqués del Vasto, y le dió por toda su vida el gobierno de la isla de Iscla con la tenencia de la fortaleza, rentas de la isla y minas de los alumbres. Hermana destos dos caballeros fué doña Costanza Davalos, condesa de la Cerra, y despues duquesa de Francavila. Tuvieron asimismo otro hermano, que se llamó don Martin, y fué conde de Montedorosi, sin otros dos que se nombraron en otro lugar. Concertó el Gran Capitan que se le daria al Marqués todo lo que antes tenia, y de nuevo se le hizo merced de la isla de Prochita, demás de una conducta que le ofrecieron de cien lanzas y docientos caballos ligeros, y á su sobrino se concedió el marquesado de Pescara y el oficio de gran camarlengo; además que si los españoles fuesen echados de aquel reino, se les prometia recompensa de sus estados en España, condiciones todas muy aventajadas. Gastóse algunos meses en concedellas, y por esto tardó tanto el Marqués en declararse, como en lo demás fuese muy español de aficion y muy averso de Francia. Hijo deste marqués fué don Alonso, muy valeroso capitan los años adelante, y que heredó el marquesado de Pescara por muerte de su primo don Fernando, que no dejó hijo alguno. Nieto del mismo fué don Fernando Davalos, marqués de Pescara, al cual los años pasados vimos virey de Sicilia, casado con hermana del duque de Mantua. Alzó el Marqués en Iscla las banderas por España el mismo dia de pascua de Resurreccion. Por el mismo tiempo que el Marqués se pasó á la parte del rey Católico, el comendador Aguilera desembarcó en Cotron con trecientos soldados que envió últimamente desde Roma el embajador de socorro. El comendador Gomez de Solís al tanto socorrió el castillo de Cosencia y entró por fuerza la ciudad; echó al conde de Melito que allí estaba con cuatro tanta gente que la que él llevaba. Sobre los prisioneros que se tomaron en Rubo hobo duda; y entre franceses y españoles anduvieron demandas y respuestas. Tenian concertado que se hiciesen guerra cortés, y para esto entre otras cosas acordaron que los prisioneros de á caballo perdiesen armas y caballo, y se rescatasen por el cuartel del sueldo que ganaban. Prendieron los franceses los dias pasados en cierto encuentro á Teodoro Bocalo, capitan de albaneses, y á Diego de Vera, que tenia cargo de la artillería, y á Escalada, capitan de infantería española, con otros hasta en número de treinta. Soltaron á los demás conforme á lo concertado. Detuvieron los tres con color que eran capitanes y que no se comprehendian en el concierto ni era justo que pasasen por el órden que los otros. Sin embargo, al presente hacian instancia que los prisioneros de Rubo se rescatasen conforme á lo que de los demás tenian asentado, sin mirar que eran los mas gente muy principal y muchos capitanes. Avisaron al Gran Capitan que aquella ley guardada en la milicia neapolitana cuanto á los prisioneros de á caballo que se rescatasen por el cuartel de su sueldo no se extendia á los que en batalla campal eran presos ó en lugar que se tomase por fuerza de armas. Consultóse el caso con soldados y caballeros ancianos de la tierra; y como quier que todos conformasen en este parecer, conforme á él se respondió á los franceses, y los prisioneros quedaron para rescatarse cada cual segun su posibilidad y como se concer-

tasen con los que los rindieron y los tenian en su poder. El principal intento fué entretenellos para que no pudiesen servir al duque de Nemurs en la batalla que segun el término en que las cosas se hallaban se entendia no se podia excusar.

CAPITULO XIX.

De las paces que el Archiduque asentó con Francia.

Al tiempo que el Archiduque partió de Madrid hizo grande instancia con el Rey, su suegro, para que le declarase su determinada voluntad en lo que tocaba á tomar algun medio de paz con Francia, y que le diese comision para tratar della, caso que el rey de Francia viniese en lo que era razon. Rehusó el rey Católico de hacer esto al principio, sea por no fiarse del todo de su yerno, y menos de los que tenia á su lado, que eran tenidos por muy franceses, ó por no desanimar á los que se tenian de su parte en Italia si se entendiese que el Archiduque por su órden y con su beneplácito pasaba por Francia. Sin embargo, la instancia fué tal, que finalmente le dió la comision con una instruccion muy limitada, que prometió de no exceder en manera alguna, y aun despues con fray Bernardo Boil, abad de San Miguel de Cuja, le envió el poder para concluir con nueva instruccion. Dióle órden que no diese parte á nadie que llevaba aquel poder, sino solo al Archiduque, debajo de juramento que lo tendria secreto; y que si no se guardase la instruccion, no diese el poder hasta dar aviso de todo lo que pasaba. Llegó el Archiduque á Leon por el mes de marzo en sazon que la guerra se hacia en la Pulla y Calabria con el calor que queda mostrado; y en Alcalá de Henáres la Princesa parió un hijo, que se llamó don Fernando, á los 10 de aquel mes; bautizóle el arzobispo de Toledo; fueron padrinos el duque de Najara y el marqués de Villena. Estaba en Leon el legado del Papa, el cardenal de Ruan y el mismo Rey. Comenzóse á tratar del negocio, pero muy diferente de la instruccion que llevaban de España. El abad avisó al Archiduque que no se debia pasar adelante sin avisar primero á su Rey. No dieron lugar á ello ni comodidad de despachar un correo, como lo pedia; antes le pusieron tales temores, que le convino entregar el poder que tenia, y aun al Príncipe estrecharon tanto sobre el caso, que buenamente no se pudo excusar por estar en poder del rey de Francia y porque los de su consejo eran de parecer que concluyese, sin tener cuenta con la instruccion que llevaba. Creyóse que los franceses con dinero que les dieron los cohecharon y ganaron. La suma desta concordia fué que se tomasen uno de dos medios, ó que el rey Católico renunciase la parte que le pertenecia del reino de Nápoles en su nieto don Cárlos, y el de Francia la suya en su hija Claudia, que tenia concertados; que entre tanto que los dos no se casaban, la parte del rey Católico se pusiese en tercería en poder del Archiduque y de los que él nombrase, y la otra quedase en poder de franceses; ó que el Católico tuviese su parte, y el de Francia la suya, y la Capitinata sobre que contendian se pusiese en tercería. Eran estos medios muy fuera de propósito, pues por el primero los franceses se quedaban con su parte, y quitaban al rey Católico la suya, pues le forzaban á sacar los españoles de aquel reino; y por el segundo se quedaban las cosas en la misma reyerta que antes. Esto se trataba en sazon que el rey Católico era vuelto á Zaragoza para dar conclusion en las Cortes que allí se continuaban. En ellas al principio del mes de abril en presencia suya fué acordado que Aragon sirviese para aquella guerra por tres años con docientos hombres de armas y trecientos jinetes á sus expensas, con tal que los capitanes y gente fuesen naturales del reino. Pusiéronse en breve en órden, y fué acordado que marchasen la via de Ruisellon, por asonadas de guerra que de Francia se mostraban, para defender aquella frontera si intentasen de romper los franceces por aquella parte, como se temia, á causa que el mariscal de Bretaña, capitan general de Francia, y el señor de Dunoes y el gran Escuyer se acercaban á Carcasona con los pensionarios del Rey, y otras muchas gentes se esperaban allí de diversas partes. Por esto el Rey proveyó que su gente se acercase á Figueras, y don Sancho de Castilla, capitan general de Ruisellon, apercebia todas aquellas plazas para que no le hallasen descuidado. El mismo Rey acordó acercarse á aquellas fronteras. Llegó á Poblete, cuando por una del abad fray Boil tuvo aviso de la premia que al Príncipe se hacia para que asentase la concordia contra el órden que llevaba. Respondióle el Rey lo que debia hacer. Todo no prestó nada, que las paces se publicaron, y el Archiduque despachó á Juan Edin, su aposentador mayor, y el Rey de Francia un Eduardo Bulloto, ayuda de cámara, para que cada cual por su parte avisasen al Gran Capitan y al de Nemurs cómo quedaban las paces concluidas, y que por tanto sobreseyesen, y no se pasase mas adelante en la guerra. Con tanto, el Archiduque se partió de Leon la via de Saboya para verse con su hermana madama Margarita, con quien y con aquel Duque tuvo las fiestas de Pascua. Apresuraron Juan Edin y Eduardo su camino por Roma publicando que las paces eran hechas. Llegaron á Barleta en sazon que los dos generales se aprestaban á toda furia para venir á las manos, en especial el Gran Capitan, despues que dos mil y quinientos alemanes que se embarcaron en Trieste y sin contraste pasaron por el golfo de Venecia, á los 10 de abril aportaron á Manfredonia, socorro que esperaba con grande deseo. Dióle Juan Edin la carta que le llevaba del Archiduque, en que le encargaba y mandaba de parte del Rey que sobreseyese él y todos los demás en todo auto de guerra, porque esto era lo que convenia. Estaba el Gran Capitan prevenido por cartas de su Rey, en que le avisaba de la ida del Archiduque por Francia; y porque della podria resultar que se hiciese algun asiento de paz ó tregua, le ordenaba que puesto que el Archiduque le escribiese alguna cosa en este propósito, no hiciese lo que le ordenase sin su especial mandato. Así, respondió que no se podia cumplir aquel órden sin que primero el Rey, su señor, fuese informado del estado en que las cosas de aquel reino se hallaban; que los franceses rompieron la guerra á tuerto, y que al presente, que tenian perdido el juego, no podia ni debia aceptar semejante paz; que él sabia bien lo que debia hacer, y en persona iria á dar la res-

puesta al duque de Nemurs. Como lo dijo, así lo cumplió. El rey Católico asimismo no quiso venir en esta concordia, si bien para cumplir con todos tornó á mover la plática de restituir el reino al rey don Fadrique; mas el Francés no quiso oir al embajador que para este efecto le enviaron, antes le despidió afrentosamente por el sentimiento que tenia grande de que la concordia no se guardase.

CAPITULO XX.

Que el señor de Aubeni fué vencido y preso.

Con la armada que se apresto en Cartagena partió Luis Portocarrero mediado febrero. La navegacion conforme al tiempo fué trabajosa en el golfo de Leon, y despues en el paraje de la costa de Palermo tuvieron dos tormentas muy bravas. Llegaron en veinte dias al puerto de Mecina con la armada entera y junta, dado que hombres y caballos padecieron mucho. Tratóse allí á qué parte del reino irian á desembarcar; algunos eran de parecer que conforme á los avisos del Gran Capitan pasasen á la costa de Pulla para juntarse con la masa del ejército español; á Luis Portocarrero pareció que la navegacion era muy larga para gente que venia cansada y maltratada del mar. Pasó á Rijoles con su armada con intento de hacer la guerra por la Calabria conforme al órden que traia de España. El señor de Aubeni, despues de la rota que dió á Manuel de Benavides y á don Hugo de Cardona, tenia sus alojamientos en la Mota Bubalina con esperanza de tomar por hambre á Girachi, que está distante tres leguas, y buena parte de los vencidos despues de la rota se recogió á aquella plaza. Era ido el príncipe de Bisiñano á su estado, y el de Salerno y conde de Melito se partieran para Nápoles. Determinó Portocarrero de salir en campaña, y con este intento hizo alarde de su gente en Rijoles cuando le sobrevino una fiebre mortal. Antes que falleciese fué avisado que algunos capitanes de cuenta se entraron en Terranova, lugar que con otros muchos desampararon los franceses luego que supieron que la armada era llegada. Supo mas que el de Aubeni, sabida la enfermedad, acudió á ponerse sobre ellos, y los tenia muy apretados por ser aquel lugar flaco. Con este aviso Luis Portocarrero nombró en su lugar á don Fernando de Andrada para que con la gente de á pié y de á caballo fuese á socorrer á los cercados, y al almirante Vilamarin dió órden que enviase sus galeras delante Joya para desmentir á los franceses que entendiesen iba el socorro por mar y por tierra. Apresuráronse los españoles, porque tenian entendido que los de Terranova padecian gran falta de bastimento. Llegaron á Semenara; tuvo el de Aubeni noticia del socorro que iba, alzóse del burgo de Terranova, do alojaba, y pasóse á los Casales. Don Fernando, contento de haber socorrido á los cercados, se detuvo en Semenara. Allí le acudieron otras compañías de gente, en particular Manuel de Benavides, Antonio de Leiva, Gonzalo Davalos, don Hugo y don Juan de Cardona, cada cual con su gente, con que formó un buen ejército bastante para romper al enemigo al tiempo del retirarse la via de Melito. Deste parecer era don Hugo que le acometiesen; pues todas las veces que se reconoce notable ventaja, los prudentes capitanes se deben aprovechar de la ocasion, que si la dejan pasar, pocas veces vuelve. Mas don Fernando se excusó con el órden que llevaba de no dar en manera alguna la batalla. Falleció finalmente Portocarrero; su cuerpo depositaron en la iglesia mayor de Mecina enfrente de la sepultura de don Alonso el Segundo, rey de Nápoles. Por su muerte resultó alguna diferencia entre los capitanes sobre quién debia ser general. Acordaron de remitirse al virey de Sicilia, el cual se conformó con la voluntad del difunto, y tornó á nombrar á don Fernando de Andrada. Sintiéronse desto y agraviáronse don Hugo y don Juan de Cardona que un caballero mozo y de poca experiencia fuese antepuesto á los que en nobleza no le reconocian ventaja, y en las cosas de la guerra se la hacian muy conocida; pero no por eso dejaron de acudir con los demás, ca venció el deseo de servir á su Rey y hacer lo que debian al sentimiento y pundonor. Tenia toda la gente española mucho deseo de venir á las manos; las estancias muy cerca de las de los contrarios. El de Aubeni mostraba no menor voluntad de querer la batalla, y envió un trompeta á requerilla. Los españoles la rehusaban por el órden que tenian. Cobró avilenteza con esto, y por entender que nuestros soldados estaban descontentos, porque no les pagaban. Salió de Rosano y Joya para acercarse á los contrarios, tanto, que se adelantó á dar vista á Semenara. Pasó el rio y entró por la vega adelante, que fué grande befa. Habian estado los gallegos poco antes amotinados porque no les pagaban. Podíase temer algun desman. El virey de Sicilia con algun dinero y los capitanes con las joyas y plata que vendieron, los aplacaron en breve. Los franceses eran trecientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes y mas de tres mil villanos. Los españoles con buen órden salieron de Semenara en número ochocientos caballos y cerca de cuatro mil peones. Retiróse el de Aubeni á Joya sin atreverse á esperar la batalla. Siguiéronle los contrarios con intento de combatir el lugar. Pasaron algunas cosas de menor cuenta, hasta que un viérnes de mañana, á 21 de abril, los unos y los otros, como si la batalla estuviera aplazada, sacaron sus gentes al campo. El de Aubeni animaba á los suyos, traíales á la memoria la victoria que los años pasados ganaran en aquel mismo lugar y puesto del rey don Fernando de Nápoles y del Gran Capitan: «Si contra ejército tan pujante y capitanes los mas valerosos de Italia salistes con la victoria y distes muestra de la ventaja que hacen los franceses á las demás naciones, ¿será razon que contra unos pocos y mal avenidos soldados perdais el ánimo, perdais el prez y gloria que poco ha ganastes? No lo permitirá Dios, ni vuestros corazones tal sufrirán; morir sí, pero no volver atrás. Acordaos de vuestra nobleza, del nombre y gloria de Francia.» Esto decia el de Aubeni. Adelantábanse los campos por aquella llanura al son de sus atambores y trompetas. Cada parte pretendia aventajarse en tomar el sol. Pasaron los de España con este intento el rio un poco mas arriba. Antojóseles á los franceses que se retiraban. Arremetieron con poco órden, y con menos dispararon el artillería antes que la contraria, que no hizo daño alguno ni desbarató la ordenanza que

los de España llevaban, los cuales á la mano izquierda pusieron la infantería, á la derecha los jinetes, en medio los hombres de armas. Rompieron los caballos con tanto denuedo en los contrarios, que casi no quedó hombre dellos á caballo. Con esto el segundo escuadron de los enemigos, en que iba la gente de á pié, sin aventurarse se puso luego en huida. Siguieron los españoles el alcance hasta las puertas de Joya, do la mayor parte de los vencidos se retiraron. Fueron presos casi todos los capitanes de los franceses, y dentro de Joya se rindieron Honorato y Alonso de Sanseverino, el primero hermano, y el segundo primo del príncipe de Bisiñano; al de Aubeni en la Roca de Angito, donde se retiró, apretaron de manera, que se rindió al tanto por prisionero. Con esta victoria, que fué una de las mas señaladas que se ganaron en toda aquella guerra, toda la Calabria en un momento quedó llana por España.

CAPITULO XXI.

De la gran batalla de la Cirinola.

Hallábase el Gran Capitan en tal aprieto por falta de vituallas, que no tenia provision para mas que tres dias ni órden para proveerse y traellas de otra parte; temia no se rebelasen los lugares de aquella comarca forzados de la hambre que todos padecian igualmente. Acordó de salir á buscar al enemigo, y en primer lugar enderezarse contra la Cirinola, pueblo muy flaco, pero que tenia en el castillo bastante número de soldados, y alojado á seis millas todo el campo francés, por donde seria forzoso venir á las manos. Antes de partir socorrió á los hombres de armas con cada dos ducados, y á los infantes con cada medio. Los soldados estaban muy animados, y no hacian instancia por ser pagados. El primer dia por bajo de la famosa Cannas, á la ribera del rio Ofanto, se fueron á poner á tres millas del campo francés. El dia siguiente prosiguieron su viaje la vuelta de la Cirinola muy en órden por tener los enemigos tan cerca. Fabricio Colona y Luis de Herrera iban con los corredores, que eran hasta mil caballos ligeros. La avanguardia se dió á don Diego de Mendoza con dos mil infantes españoles. Con los alemanes y algunos hombres de armas y caballos ligeros quedó el Gran Capitan en la retaguardia para hacer rostro á los contrarios, si los quisiesen seguir. La tierra era muy seca, el dia muy caluroso, la jornada larga; fatigóse tanto la gente, que murieron de sed algunos hombres de armas y peones de los alemanes y españoles. Tuvieron los franceses aviso desta incomodidad. Acordaron aprovecharse de la ocasion y sacar la gente de su fuerte, en que se tenian muy pertrechados, á dar la batalla. Eran los franceses quinientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros y cuatro mil suizos y gascones, repartidos en esta forma. El príncipe de Salerno llevaba en la avanguardia docientos hombres de armas y dos mil infantes. La retaguardia se dió al príncipe de Melfi con una compañía de hombres de armas, mil villanos y algunos gascones. Con lo demás en la batalla iba el duque de Nemurs. Los de España se aventajaban en la infantería, si no fuera tan fatigada. Los contrarios se señalaban en la caballería, que la tenian muy buena y muy lucida. Con este órden comenzaron los franceses á picar en nuestra retaguardia. Parecia cosa imposible llegar los de España á la Cirinola, do tenian fortificados sus reales, sin perder el carruaje y aun mucha parte de la infantería, que quedaban tendidos por el suelo por la sed y calor grande. En este aprieto el Gran Capitan no perdió el ánimo; antes hizo que los de á caballo tomasen en las ancas los peones que tenian necesidad, y él mismo hacia lo que ordenaba á los otros, y daba con su mano de beber á los que padecian mas sed. Con este órden llegaron al fin á sus estancias sin que se recibiese algun daño dos horas antes que se pusiese el sol. En esto asomó la caballería enemiga. Los de España sin dificultad dentro de sus trincheas se pusieron en ordenanza. El miedo muchas veces puede mas que el trabajo. Entonces el Gran Capitan comenzó á animar á los suyos con estas razones: «La honra y prez de la milicia, señores y soldados, con vencer á los enemigos se gana. Ninguna victoria señalada se puede ganar sin algun afan y peligro. Los que estáis acostumbrados á tantos trabajos no debeis desmayar en este dia, que es en el que habeis de coger el fruto de todo el tiempo pasado. La causa que defendemos es tan justificada, que cuando nos hicieran ventaja en la gente, se pudiera esperar muy cierta la victoria, cuanto mas que en todo nos adelantamos y mas en el esfuerzo de vuestros corazones acostumbrados á vencer; la gana que mostrábades de venir á las manos y el talante ¿será razon que en tal ocasion la perdais? Este dia, si sois los que debeis y soleis, dará fin á todos nuestros afanes.» Tras esto se comenzó la batalla. El de Nemurs, por ser tan tarde, quisiera dejalla para el otro dia. El señor de Alegre hizo instancia que no se dilatase, ca tenia por cierta la victoria. De cada parte habia trece piezas de artillería; los franceses jugaron la suya primero sin hacer algun daño en nuestros escuadrones. La española, que como de lugar mas alto sojuzgaba á los contrarios, hizo en ellos grande estrago. No pudo tirar sino una vez por causa que un italiano, pensando que los españoles eran vencidos, puso fuego á dos carros de pólvora que llevaban. La turbacion de la gente fué grande, y la llama se esparció tanto, que se entendió eran todos perdidos. Estuvo el Gran Capitan sobre sí en este trance, que dijo á los que con él estaban con rostro alegre: «Buen anuncio, amigos, que estas son las luminarias de la victoria que tenemos en las manos.» Por el daño que nuestra artillería hizo el duque de Nemurs quiso luego trabar la pelea; arremetió con ochocientos hombres de armas contra los que estaban en ordenanza, la infantería por frente, y los hombres de armas por los costados. Tenian el arce y la cava delante, reparo que los franceses no advirtieron; por donde les fué forzoso sin romper lanza dar el lado para volver á enristrar. Entonces los arcabuceros alemanes que cerca se hallaron descargaron de tal manera sobre los contrarios, que hicieron grande estrago en aquel escuadron. Seguíase tras los hombres de armas el señor de Chandea, coronel de suizos y gascones con su infantería. Contra estos salieron los españoles y les dieron tal carga, que al punto desmayaron. Adelantáronse los príncipes de Salerno y Melfi que venian este dia en la reguardia. Reci-

biólos el Gran Capitan con su escuadron como convenia. Finalmente, los de España por todas partes cargaron de tal suerte, que los contrarios fueron desbaratados y puestos en huída. Siguiéronlos los vencedores hiriendo y matando hasta meter los franceses por sus reales, que tenian seis millas distantes y fueron con el mismo ímpetu entrados y ganadas las tiendas con la cena que aparejada hallaron, y era bien menester para los que aquel dia tanto trabajaron y tenian tanta falta de vituallas. El despojo y riquezas que se hallaron fué grande. Dióse esta batalla, de las mas nombradas que jamás hobo en Italia, un viérnes, á 28 de abril. Murió en ella á la primera arremetida el duque de Nemurs, general, cuyo cuerpo mandó el Gran Capitan sepultar con toda solemnidad en Barleta en la iglesia de San Francisco. Murieron otrosí el señor de Chandea, el conde de Morcon y casi todos los capitanes de los suizos. Los príncipes de Salerno y Melfi y marqués de Lochito salieron heridos. Perdieron toda la artillería y casi todas las banderas. Muy mayor fuera el daño si la noche que sobrevino y cerró con su escuridad no impidiera la matanza. Reposaron los vencedores aquella noche, el dia siguiente se entregó Cirinola, y todos los que en el pueblo tenian de guarnicion se rindieron á merced. Lo mismo hicieron trecientos que de los vencidos se recogieron al castillo. Canosa asimismo alzó banderas por España. Los que en esta batalla se señalaron fueron los españoles, ca los alemanes, fuera de la rociada que dieron á los hombres de armas franceses, no pusieron las manos en lo demás. Entre todos ganaron grande honra, de los italianos el duque de Termens, de los españoles don Diego de Mendoza, de quien dijo el Gran Capitan que aquel dia obró como nieto de sus abuelos. Mandaron enterrar los muertos. Hallóse que de la parte de Francia murieron tres mil y setecientos, y de los españoles no faltaron sino nueve en la pelea, y ninguno persona de cuenta. Verdad es que en el camino muchos de los del campo español murieron de sed, y aun mil y quinientos no se pudieron sacar del agua que hallaron en ciertos pozos, ni fueron de provecho alguno aquel dia; por lo cual la batalla fué muy dudosa, y la victoria por el mismo caso mas alegre y mas señalada y de mayor gloria para los vencedores.

LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Que la ciudad de Nápoles se rindió al Gran Capitan.

Despues que los españoles ganaron la batalla de la Cirinola, casi todo lo demás de aquel reino se les allanó con facilidad. El Gran Capitan no se descuidaba con la victoria como el que sabia muy bien que la grande prosperidad hace á los hombres aflojar, por donde suele ser víspera de algun desastre; y que es menester ayudarse cuando sopla el viento favorable, sin perdonar á diligencia ni á trabajo hasta tanto que la empresa comenzada se lleve al cabo, tanto mas, que un dia despues que ganó aquella victoria le llegaron cartas de la batalla que los suyos vencieron junto á Semenara y de la prision del señor de Aubeni. No llegaron estas nuevas antes á causa que don Fernando de Andrada no se tenia por sujeto al Gran Capitan por haber sucedido en aquel cargo á Luis Portocarrero, de que él se sintió tanto, que envió á pedir licencia para volverse á España. El rey Católico mandó á don Fernando desistiese de aquella pretension, y al Gran Capitan le diese una compañía de hombres de armas para que ayudase en lo que restaba. Con la nueva destas dos victorias y con enviar diversos barones á sus tierras para que allanasen lo que restaba alzado, muy en breve se redujeron la Capitinata y Basilicata casi todas; y aun en el Principado muchos barones y pueblos se declararon por España. De los que escaparon de la batalla, la mayor parte se retiró la vuelta de Campaña con intento de fortificarse en Gaeta, ciudad de sitio inexpugnable, ca todo lo demás lo daban por perdido. Siguiólos Pedro de Paz con algun número de caballos. Con ocasion de su ida por aquella comarca, Capua alzó banderas por España, y aun gente de aquella ciudad ayudó á seguir los franceses, de los cuales antes que entrasen en Gaeta mataron y prendieron hasta cincuenta hombres de armas que alcanzaron. El marqués de Lochito luego que llegó á su casa, aunque maltratado de la pelea, con su mujer y la hacienda que pudo recoger se partió la via de Roma para el cardenal de Sena, su tio, hermano de su madre. Otros se redujeron á otras partes, en especial monsieur de Alegre y el príncipe de Salerno se recogieron á Melfi, de donde el dia siguiente se partieron la via de Nápoles. El conde de Montela al pasar estos señores por su estado les mató y prendió mas de docientos caballos de quinientos que llevaban. Luis de Arsi se fortificó en Venosa, confiado en el castillo que tenia muy bueno. Acudió luego el Gran Capitan con su campo; hizo sus estancias en la Leonesa, que está cerca de aquellos dos pueblos, Melfi y Venosa. Allí se movieron tratos con el príncipe de Melfi para que se rindiese, como lo hizo á condicion que le dejasen residir en otra villa de su estado, hasta entender si el rey Católico le recebia en su servicio con las condiciones que tenian tratadas, magüer que de su ingenio se pudo presumir tenia tambien puestos los ojos en lo que pararia el partido de Francia. Fabricio Colona y los condes del Pópulo y Montorio fueron enviados al Abruzo